UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO
EDITORIAL
PROSAS

DIARIO ÍNTIMO DE CHILE

LETRAS MAYORES EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Universidad de Valparaíso CHILE
GEROPOLIS UV

Universidad de Valparaíso
Vicerrectoría de Vinculación con el Medio
Rector (s): Christian Corvalán Rivera
Vicerrectora (s): Patricia Reyes Olmedo

Directora de Centro Gerópolis: Viviana García
Miembros Consejo Ejecutivo Mixto: Alicia Gálvez y Juan Pinilla
Coordinadora de Vinculación: Javiera Basáez
Comunicadora: Constanza Castillo
Equipo Gerópolis

Director editorial: Cristián Warnken
Editor general: Ernesto Pfeiffer
Comunicaciones y distribución: Jovana Skarmeta
Administración: Francisca Oyarce

Colección Prosas • Primera edición
Valparaíso, Chile • Noviembre 2020

ISBN: 978-956-214-221-2

Diseño y diagramación: Felipe Cabrera y Gonzalo Catalán
Corrección de estilo: Rubén Dalmazzo y Arantxa Martínez
Corrección de pruebas: Arantxa Martínez

Selección general de los textos: Javiera Basáez, Constanza Castillo, Rubén Dalmazzo, Alicia Gálvez, Arantxa Martínez, Juan Pinilla, Esteban Salinero, Jovana Skarmeta, Ernesto Pfeiffer y Cristián Warnken
Ordenación cronológica de los textos: Cristián Jofré

Coordinación general de la convocatoria: Constanza Castillo
Catalogación general de los textos recibidos: Francisca Oyarce

editorial.uv.cl
contacto: editorial@uv.cl

Los textos de esta publicación fueron parte de la convocatoria «Diario íntimo de Chile. Letras mayores en tiempo de pandemia», realizada por la Editorial UV y Gerópolis UV. La reproducción de estos textos está permitida, siempre y cuando se mencione la fuente y el autor o autora.

DIARIO INTIMO DE CHILE

LETRAS MAYORES EN TIEMPOS DE PANDEMIA

«Me parece que lo mejor de todo es que, lo que pienso y siento,
al menos lo puedo escribir, de lo contrario,
me asfixiaría completamente».

Anne Frank, 16 de marzo de 1944

Índice

Agradecimientos	7
Prólogo de Agustín Squella	9
Nota a la edición	13
Marzo	15
Abril	71
Mayo	123
Junio	351
Índice onomástico	595

Agradecimientos

Agradecemos a todas las personas mayores que enviaron sus textos y que tuvieron la valentía de compartir su intimidad en tiempos de pandemia.

A las personas mayores que colaboraron en el diseño de la convocatoria: María Eugenia Avilés, Silvio Becerra, Eugenio Espinoza, Luisa Reyes, Raúl Santíz y Luz Volpone.

A la Asociación Chilena de Municipalidades por haber ayudado a que esta convocatoria tuviese un alcance nacional.

A la emblemática Radio Valentín Letelier y especialmente al programa *Café Negro*, conducido por Eduardo Drouillas.

A Constanza Castillo, quien dirigió –con entusiasmo y perseverancia– todo el proceso de la convocatoria.

A las estudiantes en práctica de la carrera de Fonoaudiología UV: Catalina Albornoz y Pianeska Quiroz; quienes ayudaron en el uso de plataformas virtuales a las personas mayores que participaron en el diseño de la convocatoria.

A los estudiantes en práctica de Psicología UV que colaboraron en la recepción de textos: Jonathan Alarcón, Álvaro Bitreras, Alejandro Manzano y Valeria Martínez.

A Francisca Oyarce y Jovana Skarmeta por su compromiso permanente en esta travesía.

A la editora y correctora, Arantxa Martínez, por su enorme aporte a esta edición.

A Gonzalo Catalán, quien diagramó este libro con gran rigor y celeridad.

Al autor del prólogo, el abogado Agustín Squella, quien apoyó esta iniciativa desde su origen.

Finalmente, agradecemos a la Universidad de Valparaíso por haber creído en este libro desde sus inicios.

Gracias por el oxígeno

¿Cómo prologar un diario, un diario íntimo, un diario íntimo de Chile, escrito día tras día por nada menos que trescientos ochenta y siete autores y autoras que corresponden a personas mayores, a personas grandes como dicen al otro lado de los Andes, todas ellas inspiradas por su fuego interior y por sus voces también interiores, y todo eso en medio de una pandemia que amenaza, que asusta y que abruma por su persistencia y también por su resistencia a las humanas defensas que se han levantado contra ella, y que, especialmente en el caso de los mayores, nos dejó encerrados en nuestras casas, cuando no en nuestras habitaciones, sin poder salir, sin poder asomar la nariz, sin poder caminar como Dios manda, sin poder ver siquiera a nuestros vecinos? El que nos encerró pudo haber leído alguna vez ese pensamiento de Pascal que dice que el mundo andaría mucho mejor si todos nos quedáramos tranquilos en nuestras habitaciones, aunque menos mal que no se enteró, espero, de la determinación del gobernador del Estado de Texas, quien llamó a los mayores a resignarse al contagio y a la muerte para de ese modo salvar la economía de sus nietos.

El sello editorial de la Universidad de Valparaíso, que nos ha regalado ya tantas cosas, se anotó un nuevo poroto con este *Diario íntimo de Chile*. Ya se había anotado uno antes al ocurrírsele incorporar un libro en las cajas con alimentos que se distribuían en los cerros del Puerto, puesto que ¿qué mejor alimento que un libro, ese objeto que guarda y conserva las palabras, las palabras con que pensamos, sentimos, nos comunicamos y hasta hacemos cosas con ellas? Día tras día, desde el 3 de marzo de 2020, este diario recoge las breves anotaciones de personas comunes y corrientes que encontraron en la escritura esa vía de escape que, al igual que la lectura, está a disposición de todos y todas. Testimonios,

confidencias, reclamos, pensamientos, augurios, recados, oraciones, de todo hay aquí en este libro. Hay también historias, pequeñas grandes historias, pero, sobre todo, hay personas, personas con nombres y apellidos a las que quisiéramos conocer, y conocer en vivo y en directo, como antes, presencial y no solo virtualmente.

Junto a Gerópolis, también de la Universidad de Valparaíso, este sello editorial convocó a un concurso nacional, y el éxito de la convocatoria, en cuanto a la multitudinaria respuesta que ella tuvo, se debió ante todo a las radios de Chile. Ernesto Pfeiffer, quien llevó adelante la gestión de esta iniciativa, recuerda con agrado y no sin emoción algunos de sus contactos con esas emisoras, algunas entrevistas que tuvo en ellas; por ejemplo, con la Radio María de Rancagua, en la que lo pusieron al aire solo después de escucharse varios avemarías, o con el espacio *Trasnoche de la Bío Bío*, a las 2 de la mañana y durante toda una hora. Es probable que la mayoría de los participantes de este proyecto se hayan enterado de él por la radio, un medio en el que hace ya rato están pasando buenas cosas en Chile.

Por su parte, Gerópolis, dirigido por Viviana García, es un centro de nuestra universidad que busca crear condiciones que favorezcan las posibilidades de las personas mayores para que continúen viviendo en forma autónoma. Ofrece cursos y talleres con ese objetivo, en los que se reúne siempre un buen número de personas de todas las comunas de la región de Valparaíso. Personas que quieren seguir estando interesadas y no retirarse del mundo ni menos aislarse de sus semejantes. Personas ahora obligadas a la distancia física, mas no social. Personas con fuego, con voces, y también con palabras interiores.

Personas, igualmente, que envejecen con sentido y que no han dejado de valorar el acto de dar, de darse, de estar consigo mismas y de ir también al encuentro de los demás, cultivando una filantropía de los afectos. Todo en la vida hay que hacerlo con sentido, pero ese sentido no está escrito en ninguna parte, de manera que hay que crearlo, producirlo, y no simplemente descubrirlo.

Los textos que siguen pueden ser leídos también como una antología regional o geográfica. Las imágenes que se contienen en ellos dan cuenta de la diversidad de los entornos. ¿Qué le parecería a usted la imagen de una serpiente sangrando entre las ramas de un espino?

¡Qué ganas de citar algunos de los textos de esta obra! ¡Qué ganas de citarlos todos! ¡Qué ganas de mencionar uno a uno, y una a una, a todos sus autores y autoras! Pero un prólogo nunca debe ser extenso y tiene que limitarse a ser solo una invitación, y también una incitación, a leer el cuerpo principal del libro al que da comienzo. Y, claro, este libro

puede continuar siendo escrito por sus mismos autores, y también por otros que no participaron en la convocatoria.

Cantando se ahuyentan las penas, y escribiendo también. Quien canta, sus males espanta. Quien escribe, mucho recibe. Recibe mucho porque es mucho lo que se da con el acto de escribir. Al escribir, los autores de este libro se dieron un respiro y, de paso, nos dan ahora un respiro a los lectores.

Gracias por el oxígeno.

Agustín Squella Narducci
11 de noviembre del 2020

Nota a la edición

Este libro reúne las anotaciones diarias de trescientas ochenta y siete personas, dispuestas en orden cronológico, desde el 3 de marzo al 30 de junio, estos textos son un registro de una diversidad insospechada. El lector no encontrará en estas seiscientas páginas a la población de riesgo indefensa que los medios y las autoridades han creado, al contrario, conocerá una mirada crítica y honesta de personas que se resisten a ser clasificadas. La escritura también da cuenta de las diferencias de cada autor y autora, mientras algunos optan por una descripción sencilla de lo que viven, otros lo hacen a través de poemas, cuentos, crónicas, ensayos e inclusive mensajes de texto. Esta voluminosa publicación demuestra que escribir es la mejor herramienta para combatir la asfixia y compartir la intimidad.

El resultado de esta publicación es fruto de un trabajo colectivo que duró varios meses. El diseño de la convocatoria, la confección de las bases y el proceso de selección contó con la participación de personas mayores permitiendo acercar la iniciativa a los intereses y particularidades de este segmento de la población. Cabe destacar el alcance nacional que tuvo este proyecto, el cual logró recopilar textos de personas mayores de todas las regiones del país.

Los textos recibidos fueron revisados por un grupo de diez lectores (mencionados en los créditos de este libro) y en esa etapa se realizó una selección inicial del material. Luego se hizo una edición final y se ordenaron los textos de forma cronológica. El libro tuvo una corrección de textos que respetó –lo más posible– la forma inicial de los escritos. Se optó por omitir los títulos genéricos que hacían mención a la convocatoria y se dejaron aquellos que aludían directamente a los textos. En los casos que se escogió un fragmento del día, esto quedó indicado con paréntesis y puntos suspensivos.

Por último, se incluye un índice onomástico para que las personas puedan buscar las páginas donde se encuentran sus textos.

Editorial UV y Gerópolis UV

no veria espectacular con esta
cuarentena ya yo tengo 76 años
y no puedo salir, no puedo
acompañar a mi esposa
al supermercado. Yo manejo
y era yo quien iba a las
compras con ella mi estado
de animo a estado bajo
por el hecho de no poder ir
a trabajar. Y soy pensionado,
pero igual tengo mi trabajo,
debido a mi baja pensión

Manuscrito de Fernando Contreras V.

Marzo

2020

Martes, 3 de marzo

Estamos viviendo la segunda fase del estallido social de octubre. Mas no tengo mucha ilusión desde que en el mes de noviembre los políticos cooptaron el movimiento y lo negociaron por un plebiscito.

Hoy se confirma el primer caso positivo de covid-19 en Chile.

Según las informaciones es una epidemia que no tiene remedios, ni vacuna aún.

Lautaro Ramos Guerra
Quilpué, Valparaíso, 69 años

❁

Pandemia mundial, pone en alerta a todos los países, Chile hoy tiene su primer caso de coronavirus, un médico joven que llegó infectado del extranjero.

Yo figuro instalada en Santiago, cuidando la casa de una querida amiga en La Reina, bueno ya veremos qué sucede.

Mi amiga va en un crucero a Europa y quizás con qué se encontrará por esos lados, pero un viaje por mar en un barco de lujo será igual un gran recuerdo para ella.

Patricia Florencia Echeverría Silva
San Fernando, O'Higgins, 75 años

❁

Cagamos. Se informa del primer caso en Chile y primer caso en Argentina. El virus llegó antes del invierno y ataca principalmente a los mayores de 70. Ayer informaron de 1.804 nuevos casos a nivel mundial (88.948 en total); 206 en China y 1.598 fuera de China. Ya hay en el Caribe, en Europa y Medio Oriente. Se ve fea la cosa.

Rubén Pedreros Quiroga
Ñuñoa, Metropolitana, 74 años

Jueves, 5 de marzo

(...) Anunciaron hoy por televisión que los próximos días estarán muy hermosos en la costa y las temperaturas muy agradables.

Tú, mejor que nadie, sabes que mi amiga Nuncy y yo amamos a Pancho lo indecible, por lo cual, estaba pensando en invitarla a mi ciudad natal a pasar unos días al departamento de mi mamá que está desocupado (el de Población Márquez). ¿Qué te parece la idea?

Es increíble que venimos haciendo esta rutina desde hace 25 años, cuando nos conocimos en un curso de perfeccionamiento en el Instituto Británico y nos hicimos amigas inseparables hasta el día de hoy.

La única gran diferencia con nuestros viajes anteriores, es que ahora tenemos que ir con mi mamá, pues, como te conté el año pasado, los médicos le diagnosticaron demencia senil y no puede estar sola bajo ninguna circunstancia. (...)

Irma América Moraga Cabrera
Pedro Aguirre Cerda, Metropolitana, 70 años

Viernes, 6 de marzo

Comencé a escribir poemas de la pandemia, porque cómo desea uno sacarle la... Porque es inusual y nos ha tenido solamente hablando de ella, nos tiene por el suelo esta asquerosa pandemia. Comenzamos los primeros días de marzo donde casualmente parte una joven que conoció a un galán en el Puerto de San Antonio, este era marino mercante alemán que le prometió todo el firmamento y mucho más, era tan amable que así fue convenciendo a

su gran amor, ya que le decía cosas tan lindas, que jamás había encontrado una joven tan hermosa como ella, era un sueño, ella comenzó a soñar con tanta belleza que se le presentaba ante sus ojos, mientras que uno estaba pendiente de la pandemia esperando el momento en que llegara a Chile, ella soñaba y era como una diosa antigua todo maravilla, cuando llega la promesa esperada por toda mujer joven, justo días antes de que oficialmente se diera la primera persona infectada: «Mi bello amor, ¿te casarías conmigo?», su corazón latía y saltaba de gozo, «Tengo todo preparado», dijo el marino.

María Alicia Morales Segovia
San Felipe, Valparaíso, 72 años

Sábado, 7 de marzo

Comienzan a reanudarse las actividades del año en los grupos a los que pertenecemos. Todavía no asumimos la situación que estamos a punto de experimentar e involucrarnos.

Hoy me corresponde asistir a control médico al consultorio. Pensamos mucho con mi marido si debíamos ir o perder la hora. Fuimos con todas las precauciones que hay que tener, pero aún no hay conciencia de ello en la población.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

❁

Ellos se fueron felices, no sabían la estela que quedaba atrás, ya que dos días después que ellos se fueron un avión traía la pandemia. Es conocido por todos lo que viene después. Ellos se fueron, el viaje fue un sueño, abrazos y besos el encanto de los enamorados. Fue un viaje largo pero tedioso, ya que los abrazos y besos, como si fuera el fin del mundo había que aprovecharlo, estaba el encanto de aquel amor, que como el amor de los dioses enloquecían a quien quisiera el sueño de lo desconocido.

María Alicia Morales Segovia
San Felipe, Valparaíso, 72 años

❁

Gracias a Dios hemos llegado a mi adorado puerto. Añoraba esta brisa marina. Mi mamá se portó regio en el viaje, como nunca (...)

Después de almorzar y hacer una corta sobremesa, Nuncy se fue precipitadamente a probar su soñado traje de baño de lycra azul marino que había comprado en los United States. Se veía bastante bien y mientras modelaba frente al espejo decía:

«¿Cómo saben si hoy es mi día de la fortuna y encuentro en la playa a mi príncipe azul?»

Yo me sonreí sutilmente y cuando estuvo lista nos despedimos y partió a la playa radiante de felicidad.

Entonces, encendí el televisor y los locutores estaban comentando sobre la epidemia que había comenzado en China y se estaba expandiendo por Asia. Pero el problema sería que si continuaba expandiéndose el virus a otros países y continentes, podría transformarse en una nefasta pandemia. Un escalofrío extraño recorrió mi espalda y sentí temor.

Cuando Nuncy llegó de la playa en la tarde, venía muy alegre, cantando y bailando como si estuviera en las nubes. Después de saludarnos exclamó casi gritando:

«¡Encontré a mi príncipe azul! Es un moreno buenmocísimo, agradable, simpático, espectacular, educado, amoroso» (...)

Fue poco lo que vi a Nuncy el resto de la semana. Solo sé que cada vez las noticias en televisión sobre el temido covid-19 eran más escalofriantes, ya que el informe diario de contagiados y fallecidos iba aumentando en grado exponencial.

Al quinto día de haber llegado a nuestro amado puerto, hablé seriamente con Nuncy para explicarle que era necesario regresar a Santiago a la brevedad, ya que por los informes emitidos a través de radio y televisión, la epidemia se estaba transformando en una pandemia, causando estragos en el mundo. Ella se negó rotundamente y no daba crédito a lo que yo le trataba de explicar.

Finalmente me miró con mucha firmeza y dijo en forma lapidaria:

«Lo siento amiga. Te agradezco enormemente el haberme invitado a tu casa para disfrutar de unos días placenteros en esta bella ciudad, pero yo no regresaré a Santiago porque estoy profundamente enamorada de Felipe y soy felizmente correspondida, por lo menos, así lo siento».

Con toda esa argumentación ¿qué más podría decir? Entonces, llorando, me abalancé hacia ella, y le di un gran abrazo para demostrarle que yo la entendía perfectamente bien y que no tendría ningún problema si ella se quedaba en Valparaíso. Luego, nos volvimos

a abrazar y le deseé lo mejor para esta nueva relación que había comenzado después de haber quedado viuda hacía ya muchísimos años.

Esa noche me desvelé completamente y quedé muy triste por tres razones muy puntuales:

1.- Por primera vez en mi vida no pude ir a la playa en verano.

2.- Por primera vez en veinticinco años viajando a Valparaíso con Nuncy, no nos regresamos juntas a Santiago. Y finalmente...

3.- Por primera vez siento la pérdida de una gran amiga, porque a Nuncy la perdí el mismo día que conoció a su «Hombre 10».

Irma América Moraga Cabrera
Pedro Aguirre Cerda, Metropolitana, 70 años

Domingo, 8 de marzo

Me estoy convirtiendo en una vieja de mierda. Tengo que cambiar mi actitud. Esta enfermedad que tengo me hace depender de otros. La verdad es que el Parkinson me ha enseñado muchas cosas, entre ellas a tragarme el orgullo. Pero hay veces que siento que voy a reventar.

Estrella Ramírez Paredes
Valdivia, Los Ríos, 74 años

Hoy 8 de marzo será un día especial. Veré a mis amigas de la adolescencia. Esa etapa en que apostamos que somos invencibles y que podíamos conquistar el mundo con solo pensarlo.

Etapa en que los amores van y vienen.

Me gustaba el joven que vivía frente a mi casa, también el compañero del liceo, o aquel que me sonreía cuando iba a comprar al almacén de la esquina. Estaba en una etapa en que mi cuerpo mostraba lo bello que era, y mis emociones y sentimientos bailaban mil cumbias a la vez. Estaba en el despertar sexual.

Mis amigas eran alegres, bellas y pensaban como yo. Soñábamos con encontrar el amor eterno, ese que dibujábamos mil veces en los cuadernos. Esos sueños fueron pilares para construir la vida que soñamos. Voy al encuentro prometido, verlas después de 40 años.

Recuerdo la última vez que las vi. Mis ojos no estaban cansados, media 1,65, mis cabellos eran rubios, mi piel lozana y luminosa, mis pasos y mi cuerpo con su estructura firme —por cierto que me reconocerán, no hay duda, he cambiado pero muy poco—. Será un encuentro que recordaré siempre. Me reencontraré con mis amigas antes de ir a mi destino final. (...)

Clarisa Vargas Vargas
Linares, Maule, 73 años

Lunes, 9 de marzo

Italia anuncia el aislamiento total del país por el coronavirus. España cierra los colegios y recomienda el teletrabajo, debido a que se han triplicado los casos en apenas 24 horas. Si el virus se extiende como epidemia, será preferible no salir a comprar hasta que pase. Por precaución decidí mejorar la despensa para un mes de aislamiento. Compré en el Líder cosas no perecibles y sellamos una caja. Cuando lo hacíamos, recordé los tiempos cuando casi llegamos a la guerra con Argentina, en que también hice algo parecido. No sé si estaré siendo exagerado, pero si no pasa nada, las cosas nos servirán igual.

Rubén Pedreros Quiroga
Ñuñoa, Metropolitana, 74 años

❁

Fue a comienzos de enero de este año que mi nieto mayor, Manu, en ese tiempo de 11 años, comenzó a hablar del coronavirus. Dijo que había empezado en China, que se llamaba así porque tenía forma de corona, que era muy peligroso y que llegaría a todo el mundo. Sus hermanos, Mateo de 8 años y mi nieta Mila de 5, le pidieron que dejara de hablar de eso, ya que les daba mucho miedo (...).

Viviana Heller Gutiérrez
La Florida, Metropolitana, 71 años

Martes, 10 de marzo

Por las noticias escuchamos de un supuesto virus extraño que se había originado en China y que ya cobraba muchas víctimas. Mis compañeros comentaban que era tremendamente difícil que eso ocurriera acá. En verdad, lo veíamos muy lejano. Recuerdo que un día viernes cuando nos disponíamos a salir de clases, mi tutor me preguntó cómo me estaba sintiendo en el curso, ya que yo era la de más edad y dada la relevancia de ese hecho, hacía mucho más difícil el ritmo que seguían mis compañeros, todos muy jóvenes, por cierto.

Ahí quedó todo suspendido, no pudimos regresar a nuestras clases y el lunes en las noticias comenzó el aviso de que este virus era de una muy rápida propagación y teníamos que tomar las medidas necesarias para enfrentar esta crisis. Así que no pudimos seguir en aulas, hasta nuevo aviso.(...)

Sonia Jazmín Taj Taj V.
Talagante, Metropolitana, 62 años

Jueves, 12 de marzo

Antes que se me borren los recuerdos, es necesario que registre algunos hechos, lugares o situaciones que no quiero olvidar. Aunque pienso, a veces, que me está empezando la demencia senil; todo lo reciente se me olvida y me da por recordar cosas de cuando era niña y me dan ganas de contarlas a mis nietas. Aprovechando que ahora tengo tiempo. Se supone. Aunque tiempo tengo desde septiembre de 2018 cuando jubilé.

Primer recuerdo es el cerro Mariposas (Valparaíso). Recuerdo la dirección. Primero al fondo de una entrada de autos y luego en una casa nueva que hicieron en el mismo número a orilla de la calle. Me acuerdo hasta del número de teléfono. (...)

Mónica Adriana Toledo Pereira
Viña del Mar, Valparaíso, 71 años

Viernes, 13 de marzo

La cirugía fue exitosa, ni siquiera hubo que hacerle transfusión de sangre, no alcanzó a estar tres días en la clínica, su ánimo es excelente. Despertó de la anestesia y comenzó a hacer ejercicios con los brazos como si tocase el violín. Mi hija vino a acompañarnos y nos abrazamos y reímos, las dos.

Le he preguntado si no tuvo miedo al entrar a la sala de operación. Me dice que no, que pensó que si moría no iba a darse cuenta dormido. Y si despertaba ya estaría operado. Han venido amigos jóvenes con sus hijos y mi nieta mayor a visitarlo en este par de semanas de postoperado. Lleva aún el collar que le inmoviliza el cuello, pero no siente dolor, ha cogido ya su violín y ensaya algunas partituras cortas.

La amenaza ahora ya no es su salud, las consecuencias de una caída atroz. Hoy las autoridades de Salud han declarado oficialmente que en Chile se ha presentado en Las Condes, comuna del gran Santiago, el primer paciente diagnosticado con covid-19. Una nueva amenaza nos afecta, somos ambos mayores, octogenarios, pero hábiles, vitales, viajamos, nos queremos, nos sentimos aún jóvenes, con esa juventud de los viejos y de los niños, que viven un mundo imaginario.

Sara Herminia Zelada Muñoz
Santiago Centro, Metropolitana, 78 años

Sábado, 14 de marzo

Hoy invité a mi cuñada Lucy, quien vive en Santiago y tiene Alzheimer, en el caso de ella manifestado después de operación al cerebro; es la viuda de mi hermano Toño quien falleció en julio recién pasado. También estaban mis nietos, Antonio de 11 años y Catalina de 6 años, ambos hijos de Humberto y Karina. El papá está realizando un magíster en España. La verdad que ya me estoy sintiendo algo preocupada, según noticias, en ese país, ya está comenzando a notarse la presencia de la pandemia.

Llamó Karina, diciendo que era de vital urgencia comprar de todo, porque venía la cuarentena. Como te decía, estoy con mi cuñada, mis nietos y ahora resulta que tengo que ir al supermercado. Cualquier sábado por la tarde es tremendo ir al supermercado, la cantidad de personas que se juntan en las cajas es inmensa. Afortunadamente vino Karinita a buscar a los

niños, porque celebra el cumpleaños de Catalina en un local, con sus compañeros de colegio.

Rápidamente, partí con mi cuñada a Quilpué a ver a mi hermano Rodolfo, tiene 80 años y es minusválido, está en un hogar en esa ciudad. Está a mi cargo, debo preocuparme de su bienestar. Quizás no lo vea en cuánto tiempo, esto se está comenzando a poner muy feo.

Aprovechando la salida me dirigí con mi cuñada al supermercado, tratando de abastecerme, seguiremos con los nietos porque mi hijo, por el riesgo de infectar a los niños viene con indicación de aislamiento, mientras no esté el resultado del examen para detectar el covid-19. No te digo cuántas cosas compré, pensando en nosotros con mi esposo y los niños.

En el supermercado, me sentía como perseguida por un enemigo microscópico, es una inquietud que te invade, difícil de describir, en ese momento me hubiese gustado tener anteojos infrarrojos o cualquiera que me permitiera ver a ese asqueroso virus. Realmente no sé cómo compré tan rápido, ya que pronto regresarán los niños a casa, se quedarán con nosotros, su mamá se va, ya que al día siguiente viaja al aeropuerto a buscar a Beto.

No tengo idea de lo que nos espera, solo sé que estoy comenzando a asustarme.

Buenas noches diarito, mañana veremos qué nos trae.

Gloria Amigo Santander
Viña del Mar, Valparaíso, 75 años

❁

(...) Nos reunimos casi toda la familia, mis cuñados, los primos, los nietos y la única que dio una señal de alarma fue mi hija mayor que dijo: yo no voy a saludar a nadie de besos ni abrazos, así de lejitos no más. Los demás la miramos un poco como diciendo: qué exagerada. Cuando nos despedimos lo hicimos de besos y abrazos.

Mi hijo, el del medio, que también estuvo en el cumpleaños con su pareja, me llamó al otro día (que era sábado) para contarme que en su oficina había una compañera que había dado positivo al coronavirus, por tanto el lunes debía ir a buscar un material para trabajar desde la casa. Estaban todos en cuarentena. Afortunadamente ninguno se contagió.

A partir de ese hecho, comencé a pensar seriamente que algo muy grande y grave se nos venía encima.

Viviana Heller Gutiérrez
La Florida, Metropolitana, 71 años

Cuarentena voluntaria

Hoy cerraron el colegio del Diego y la Domi, dos profesores están contagiados, los alumnos y sus familias quedaron confinados en sus casas. Me sentí sola y vulnerable. Me declaré en cuarentena voluntaria.

Mónica Celis Morales
Huechuraba, Metropolitana, 70 años

Inicié el seguimiento y análisis de mis finanzas. Partí por los ahorros en efectivo, posteriormente las acciones, y por último APV, y como era de esperar todas ellos han generado pérdidas significativas.

Ahora me pregunto: ¿para qué ahorré pensando en la jubilación? Y por qué sacrifiqué a mi familia sin darles mayores bienestares, pareciera absurdo el lema: «Ahorre hoy y disfrute mañana», principio básico de las AFP.

Mi única intención de ese pequeño patrimonio era mantener la calidad de vida, y disfrutar a «concho» la etapa de sexalescencia junto a mi señora, que llevamos más de 53 años de matrimonio. Estos sueños se han evaporado, debido a los impactos causados por el movimiento del 18 de octubre, que aún está vigente, y ahora, por la epidemia que está dejando una calamidad mayor, en lo económico, social, y en la humanidad, que afecta no solo a Chile sino al mundo. No sé de qué forma enfrentaré el futuro, pero siempre se abren oportunidades, solo hay que buscarlas. Uno crea los sueños... Hoy aprendí a disfrutar de todos los instantes, esencialmente con los hijos, nietos y seres queridos, conservar parte de las comodidades y a gozar la libertad financiera, todo eso será suficiente para vivir feliz.

Víctor Hugo Moya Carvajal
Viña del Mar, Valparaíso, 75 años

Domingo, 15 de marzo

Lucy nos ha acompañado durante catorce años. Llegó a casa después que Camilo la recogiera atropellada en una calle cercana y se ganó un espacio en nuestros corazones. Lucy era una perra valerosa, pero su sufrimiento era cada día mayor. Hoy debimos tomar la dolorosa decisión de despedirnos de ella.

Mauricio Sánchez González
Rancagua, O'Higgins, 66 años

❁

Llegó implacable el covid-19. Se suspenden las clases en el colegio de mi nieto por un contacto con el virus. Se debilitan mis resabios de certidumbres. Partimos con el estallido social que, para mí, se resolvería con nuestras solidarias conciencias.

Lupe Barría Cataldo
Providencia, Metropolitana, 71 años

❁

Mi hermana que vive en Europa me dijo «Hermana aquí está la cagada, hay una tremenda peste y se está muriendo mucha gente», no le di mayor importancia, luego mi hija que vive por allá, también me hizo el comentario y empecé a ver las noticias, me aterré de ver camiones militares en Italia llenos de ataúdes, parecía una película de terror, quiero contar que una hermana vive en Francia y la otra en Italia, Sofía vive en Génova, ella tenía mucho miedo y me transmitía en su voz el terror que sentía, hacía mucho tiempo que no hablábamos, estábamos enojadas, pero ya no era prudente seguir así y tampoco importaba quién tuvo la culpa, me llamaba cada día, luego me di cuenta de que las noticias me estaban haciendo mal.

Fui a la historia:
1720 Peste negra
1820 Cólera

1920 Gripe española
2020 Covid-19
¿Cada cien años una peste nueva?

Froilina Carvajal
Quillota, Valparaíso, 65 años

❁

Son las 19 horas y recibo una llamada del jefe de Personal de mi trabajo, Sí, aún trabajo, soy asistente social y mi pensión es para reír, para qué llorar ¿verdad? Y como gracias a Dios soy una adulta mayor sana, he podido seguir trabajando en el tan vilipendiado servicio público, al que respeto a pesar de todo y en el que me siento feliz de trabajar. Sigo... Recibo la llamada y me dice José «No te presentes a trabajar para prevenir, empezaremos a trabajar algunos desde la casa», lo que confirmo con el jefe de Gabinete de mi «ofi».

Estaba en Santiago, en casa de una de mis dos hijas, la otra vive en Valparaíso, ella, mi nieto, nieta y mi bisnieto Julián de 6 años, que ya hablaba del «corona» dentro de su inocencia. Ahí vino lo primero. ¡Mamá quédate aquí con nosotros! ¡Cómo vas a estar sola!, etc., etc. Quizás cuánto durará esta cosa! Resumen... El lunes mascarilla puesta, me miraban como bicho raro, regresé a Recreo a mi casa. Aún sin dimensionar lo que seguiría a medida que pasaban los días y que sería el último día que los vería, estamos a 24 de mayo y aún sigo sin verlos.

Margarita Gaete Vargas
Viña del Mar, Valparaíso, 74 años

❁

(...) tengo que organizar mi vida alejada de las actividades del centro comunitario. Dejando atrás las amistades, los afectos, los sueños y los proyectos que ya no se podrán realizar.

Marión Sánchez Vásquez
Temuco, La Araucanía, 79 años

Lunes, 16 de marzo

Hoy lunes 16 a contar de hoy por 15 días no hay clases ¡ayayay! Cambia nuestra vida familiar total y la de muchas familias chilenas, los niños en la casa es un tema, cómo entretenerlos y se gatillan cosas buenas y también cosas difíciles, se chocan todos en la casa, hay que ponerle ingenio, esa es la palabra clave: «ingenio». (...)

Eliana del Carmen Mendoza Peña
Valparaíso, 68 años

❁

Con las tripas revueltas y la voz atorada por la pena, observo —desde afuera— este resto de mi vida con los ojos de Jacinta, mi otro yo.

Es el día uno del contagio comunitario en el gran Santiago. La TV repite sin ton ni son la cantinela del ministro de Salud. Sus dichos se escuchan altisonantes y se perciben antagonistas de la verdad. Desafiante repetía su fábula del contagio de rebaño... Para borregos, pienso, mientras me alejo como si con ello pudiera librarme del letargo que su maquiavélica estrategia persigue. Nos hemos preparado..., escucho, subiendo las escaleras.

Patricia Morgan Cano
Coquimbo, 69 años

Martes, 17 de marzo

(...) Tenemos que unir voluntades e ideas para llamar a la calma. Organizarse para repartir no para acaparar. Trabajar para cuidarse y si a uno le toca, no expandir. La tarea para nuestro país no es nada fácil y exige una actitud de responsabilidad social enorme, pero también implica la instauración de políticas de salud pública oportunas y eficaces y que estén sobre los partidismos, los cálculos electorales o los sacros intereses de las grandes compañías transnacionales y el egoísmo conservador. Es un desafío no solo para los tecnócratas y la mente gerencial que ha convertido a nuestra gente en entes productivos desechables o potenciales y exclusivos clientes de la vitrina luminosa, desde antes de la

cuna hasta después del cementerio. Es también una gran oportunidad para crecer y unirse como pueblo verdaderamente solidario, humanista, generoso y digno de una anterior generación de mujeres y hombres que alcanzó en la segunda mitad del siglo XX una presencia de compromiso y conciencia política cristalizada con el gobierno de la Unidad Popular.

En otras palabras, tenemos también un historial de coraje y esfuerzos sobrehumanos para vencer las dificultades y las crisis ya de la naturaleza, ya de una guerra civil (1891) o de un cruento golpe de estado (1973). Por lo tanto, tenemos que alimentar la confianza en nuestras conductas antes que el miedo de morir. Tenemos que aprender a leer entre líneas lo que el nuevo discurso de la cotidianidad nos está presentando y saber «pa'onde va la micro» porque precisamente si hay un microbio más peligroso que el coronavirus, es el de la ignorancia. Ya para esto existe una poderosa vacuna: los libros, no el dios internet. Los silenciosos y profundos libros, con su humildad, su olor, su piel, su luz.

Omar De La Cruz López Llana
Puente Alto, Metropolitana, 69 años

Pandemia de la vida

(...) Lo lamentable es que esta pandemia no es un caso único y fortuito, sino una muestra de cómo se desarrolla la vida cósmica, donde las diversas especies de animales y vegetales entran en relación de vecinos amigos o vecinos enemigos, según las circunstancias de cada fase. En el caso del coronavirus, no sabemos si es amigo o enemigo, pero lo estamos enfrentando como una amenaza porque nuestra prioridad es nuestra vida y la de los miembros de nuestra familia, entendida como aquellos que están enlazados mentalmente con cada uno de nosotros.

Algunos de los llamados «comunicadores» han asegurado que esta pandemia hará cambiar los modelos de vida que hemos construido y llevado a cabo en los dos últimos siglos, insinuando que las condiciones humanas tienen la oportunidad de mejorar, en condiciones que nadie sabe qué es mejorar. Muchos se atreven a augurar el fracaso total del modelo económico neoliberal, en el que prolifera el emprendimiento de las personas en desmedro de la responsabilidad estatal, provocando el surgimiento de las grandes empresas, cuya finalidad no es el servicio público sino las ganancias para el fortalecimiento de las riquezas de los inversionistas.

De acuerdo a estos antecedentes, no es dable pensar que algo cambiará para mejor respecto de la desigualdad que asola a las sociedades humanas en todas las latitudes; al revés, porque las escalas de valores instaladas a nivel mundial están todas influenciadas por el modelo del pastor y su rebaño, en el plano personal, y la idea de «los pueblos elegidos», que conlleva necesariamente la existencia de «los pueblos excluidos».

Patricio Moreno Farías
Concepción, Biobío, 85 años

❁

Todos los días escribo y entre esos escritos escribí un poema llamado «pandemia» que lo mandé al diario que lo llevaron al extranjero, estuvo en la portada de México, España y Puerto Rico ya que esto es un extra, he estado entre 4 paredes trabajando, soy modista y que saliera esto es magnífico.

María Alicia Morales Segovia
San Felipe, Valparaíso, 72 años

❁

Luna y Nico regresan anticipadamente de Barcelona, un más que merecido viaje, después de siete años de duro esfuerzo en la universidad. Esperaban recorrer y conocer otras ciudades de Europa, pero se encuentran con el temor de los europeos, ya encerrándose tras sus puertas. Durante la escala de su vuelo de ida logran fotografiarse en un París con sus parques casi vacíos. También enviaron fotografías de Barcelona, sus calles y plazas con escasos transeúntes y una hermosa arquitectura.

Con Nora hemos concretado el sueño de adquirir un departamento en Valparaíso para habitarlo y vivirlo una vez que ella termine su etapa laboral en Rancagua. Volver a nuestro amado puerto será un regalo que nos haremos para nuestra vejez. Mientras tanto, Luna y Nico lo ocuparán.

Estamos en Valparaíso haciendo los últimos arreglos para dejárselo preparado. Una vez que lleguen deberán permanecer en cuarentena preventiva por catorce días. Antes

de regresar a Rancagua, pasamos a despedirnos. Se asomaron a la terraza. Nora y yo nos despedimos con señas desde la calle y desde la terraza, ellos nos hacen señas.

Mauricio Sánchez González
Rancagua, O'Higgins, 66 años

❁

Se supone que hoy tenía mi vuelo a Barcelona, España, pero con antelación la compañía aérea lo canceló, debido a la pandemia.

Cada año por estas fechas suelo viajar a Barcelona para ver a mi hijo Guillem y al resto de mi familia catalana, además de participar en la organización de un concurso de piano, del que colaboro desde hace más de diez años. También aprovecho de ver a mis amigos y charlar ampliamente en almuerzos que suelen durar horas, en el Restaurant Cent Focs, y que solemos culminar con un café y luego otro y otro en cualquier cafetería cercana.

Soy un afuerino, catalán, pero identificado con la tierra chilena. Desde que conocí a María Eugenia, mi esposa, hace once años y viajé por primera vez a Chile, hace alrededor de diez, sentí que el país, sus habitantes y mi nueva familia en San Fernando, eran la prolongación afectiva que había tenido mi vida en el pasado. Desde aquel momento, puedo afirmar categóricamente que nada de lo chileno me es ajeno.

José Cuscó y García
San Fernando, O'Higgins, 69 años

❁

Estamos sonados, el coronavirus llegó y está la embarrada, suspendí la celebración de mi cumpleaños porque se bajaron los mayores de 70, era peligroso para la Berni por su diabetes y Cris por su pulmón, que alguien pudiera contagiarlos. El domingo fueron las niñas y nuestro nieto, Peyi, a despedirnos, esa misma tarde nos vinimos a SJ quizás por cuánto tiempo. El lunes nos fuimos a vacunar a Santo Domingo y de ahí al Líder donde la locura era total, la gente llenaba carros con comida desesperada, las colas eran enormes, me asusté. De ahí la comida de los pájaros, de los perros y nos vinimos a guardar. Hoy llegó la Negra, mi hermana, con Maty, su

perra. Igna y la Isa en Monseñor, la Da en su casa con Feña trabajando por teletrabajo, y la Jo saliendo a trabajar a la veterinaria. Angie es asmática así que le dije que se quede en su casa.

Esto está afectando a todo el mundo por lo tanto la situación es muy crítica, muere gente todos los días en Italia y España, mañana se cierran las fronteras, solo dejarán entrar chilenos que vuelven al país. Para qué decir las bolsas por el suelo y se espera que muchas empresas quiebren, por ejemplo, las aerolíneas. Nunca en mis 63 años había vivido una situación así.

Iris Merillan Bustos
San Antonio, Valparaíso, 63 años

❁

Estamos en marzo, está pasando algo distinto en nuestro país, parece que llegó la guerra bacteriológica, muchos años antes escuché esto «que lo más tremendo después de la guerra mundial existiría la guerra bacteriológica» y me pregunto: ¿será esto lo que estamos empezando a vivir?

Elisa Rodríguez Cáceres
Viña del Mar, Valparaíso, 84 años

❁

He quedado sorprendida con la suspensión de todas las actividades para adultos mayores, me parece increíble porque viajé desde la playa de Dichato a Chillán, donde nací y he vivido siempre, los días 4, 5,11 y 12 y ahora se acaban las vacaciones y las actividades. Pienso, bueno pronto se acabarán los días y todo volverá a la normalidad. En casa nunca falta qué hacer, todo lo contrario, lo que falta es tiempo.

María Magdalena Gutiérrez Badilla
Chillán, Ñuble, 79 años

❁

Son las 08.00 de la mañana del martes 17 de marzo y me voy con una prima al Cesfam de Esperanza que me queda cerca a vacunarme contra la influenza y allí empiezo a tomar con-

ciencia de que esto no iba a ser tan simple. Primera vez que me vacunaban con mascarilla, etc., etc. y las personas que habíamos nos tuvimos que quedar en el patio y separados unos de otros.

Margarita Gaete Vargas
Viña del Mar, Valparaíso, 74 años

❁

(...) Ayer me fui a vacunar contra la influenza, yo pensé listo estoy a salvo, cuando volví a casa me llamaron mis hijos, que no debo salir.

¡He tenido un cambio de vida inesperado! ¡Ya no puedo salir a mis talleres, a mis reuniones mensuales con el club de jubiladas de Junji, es decir, nada de vida social! Hace más de 20 años que vivo sola con mi esposo, él siempre trabajando y yo hasta hace 2 años también. Cada uno en sus tareas, voy a tener que desarrollar un alto sentido de tolerancia para llevar un día a día en paz. (...)

Rebeca Herminia Villalobos Courtin
La Florida, Metropolitana, 75 años

❁

Sé que en mi casa tengo que rearmar mi vida, adaptándome a una nueva manera de enfrentar las dificultades propias de una pandemia. Vivo en soledad hace 18 años, esto me ha permitido conocerme mejor; a diario tomo mis propias decisiones. La soledad no es mala, hay momentos para reflexionar, para leer y conocer otras realidades, hay momentos en que yo me comunico con los demás a través de un poema o de una novela. Las redes sociales me han permitido escuchar charlas de sabios y científicos en tiempos de pandemia.

Marión Sánchez Vásquez
Temuco, La Araucanía, 79 años

Miércoles, 18 de marzo

Llevo dos días en cuarentena voluntaria. Desde que dijeron «Estén en sus casas» y vi como en Italia y España la gente moría por haber desobedecido la orden de no salir, decidí no

moverme. He dejado de leer los WhatsApp con recomendaciones para evitar el coronavirus. Me agotan y me agobian. Me he dedicado a tejer, a ver óperas y ballet, a rezar, a jardinear y a leer. Hoy supe que no hay Adoración al Santísimo ni misas en mi parroquia, solo me queda rezar en casita. Dios nos escucha estemos donde estemos.

Catalina del Rosario Larraguibel Lazo
Vitacura, Metropolitana, 70 años

Las sirenas bailaban danzas ya que ellas percibían el karma que ellos tenían en aquel viaje, puro amor, llegaban a la inconsciencia y no era de otro modo ya que las promesas eran abrumadoras como las olas que se cruzan chocando en el mar, sin darse paso y continuar golpeándose, es todo tan triste y tan amargo lo que le sucedió a la joven, que recordarlo se enternece el corazón. Como la pandemia trastornó todo yo opté por hacer mascarillas, ya que yo recibo de todo, soy modista además de alta costura, ya que me especialicé en los trajes de huaso y los ternos de hombre, además de las camisas.

María Alicia Morales Segovia
San Felipe, Valparaíso, 72 años

Hoy supe de la Pía por Daniel. Está asustada por el coronavirus. Le escribí que se cuide mucho, que no se asuste. Tomando precauciones no hay problema. Yo no estoy asustada, pero trato de no salir. Hoy decretaron cierre de todos los malls. Solo abrirán los supermercados y las farmacias. Mi viaje se suspendió. No iré a Los Ángeles ni a Pucón. Mañana iré a vacunarme contra la influenza. Haré algunas compras de supermercado. Lo importante es que no falte la comida y tener paracetamol, por cualquier cosa. Es bien latoso estar recluida por obligación. Espero que pasen pronto los 15 días. Pero, ¿serán solo 15?

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

Se fue el verano muy rápido. La primera serie de mi inmunoterapia ya ha terminado. Los 6 lunes seguidos fueron feos, pero la esperanza de derrotar al cangrejo los hizo tolerables. El doctor me fijó fecha para el 27. Me hará otro examen invasivo para confirmar la buena marcha del tratamiento y programar la segunda etapa con el AUGE.

Patricio Portales Coya
Viña del Mar, Valparaíso, 76 años

...Y llegó a Chile el coronavirus

Aquí estamos con mi marido (opa) encuevados, como digo yo, en casa sin salir de ella a ningún sitio y menos tener acercamiento físico con ninguna persona, tan solo a 2 metros. de distancia desde la puerta de casa que queda a 3 metros de la reja de entrada y solamente para recibir alimentos o medicamentos que deben desde la vereda colocar en un canastillo que colocamos para esos efectos. ¡Así de estrictos! Es que como soy enfermera de mi «gloriosa» ex Escuela Van Buren hoy de la Universidad de Valparaíso (jubilada) no he pasado por alto lo aprendido y practicado en mis 57 años de profesión.

El título de mi relato se parece al de una columna de Cristián Warnken, pero a mí no me da para tanto su sapiencia.

Gran cosa estos teléfonos en que una puede recibir noticias, cantos, chistes para ir sobreviviendo a este encierro preventivo de días aciagos que quedarán en nuestra larga memoria que ojalá nos alcance para soportar tanta información de los medios, que ya no sabe una si le están metiendo el dedo bien en el fondo del «gaznate» como diría una campesina mirando a la gallinita con que pronto se cocinara « su espesita cazuela con chuchoca», que nos creen medio tontos opinando por las famosas redes insociales e imprudentes que solo enredan las neuronas enviando mensajes agoreros que solo consiguen minar la tranquilidad que todos necesitamos.

Celia Maritza Parada Noel
Viña del Mar, Valparaíso, 77 años

❁

Declaran a Chile en estado de excepción constitucional y catástrofe. Parece que me quedé corto hace una semana cuando creía que exageraba. Habrá cuarentena. No me siento angustiado, pues con las nuevas tecnologías confío en que encontrarán remedio o vacuna pronto. Supongo que esto se mantendrá hasta que termine el invierno, pero de acuerdo a lo que informan de Europa, parece que ellos reaccionaron tarde y están colapsados.

Rubén Pedreros Quiroga
Ñuñoa, Metropolitana, 74 años

❁

¡Paren el mundo que me quiero bajar! Así decía la pequeña sabia Mafalda, y pararon el mundo, para que nos bajemos los viejos y parece que los pobres. Los viejos damos muchos gastos con las jubilaciones, enfermedades, hospitalizaciones, y pedimos rebaja en los buses, la luz, el agua, etc. Y a los pobres los gobiernos les pagan sueldos sin trabajar, les tienen que dar medicamentos y comida gratis. Pienso que todo esto es asunto de dinero. Tenemos que saber: ¿qué país lanzó esta bomba? No creo en tanta maldad, pienso que solo se escapó este virus de un laboratorio, porque si la lanzó un científico, quiere decir que nunca conoció el cariño de abuelos o tías abuelas.

Qué lástima que a los países solo les interesa el dinero, SER PODEROSOS.

Elisa Rodríguez Cáceres
Viña del Mar, Valparaíso, 84 años

❁

Fui a trabajar como todos los días. Ustedes saben que aún a mis 65 años todavía ejerzo mi profesión de kinesióloga. Y no quisiera dejar de hacerlo. Me encanta el contacto con los pacientes y ayudarles a mantener y mejorar su salud. Nada más hermoso que los agradecimientos de los enfermos, una vez aliviados de sus malestares.

Nunca imaginé que este día, sería el último en que cumpliría mi rutina laboral.

Ya a la hora de colación, se comentaba en los comedores, donde compartimos profesionales, técnicos y auxiliares de servicio, que nuestro país había entrado en la fase 4 de la

pandemia. Al escuchar los rumores sentí miedo, pero me dije: hay que seguir atendiendo con las debidas precauciones, pues los pacientes nos necesitan y por sobre todo los adultos mayores, a quienes yo dirijo mayormente mis atenciones.

Al término de la jornada me acerqué al reloj control para marcar la salida, me vio la directora y me llamó a su oficina. Tú, Adriana y tu colega de la sala IRA, no vuelven a trabajar mañana. Ante tal orden, mi pregunta fue: ¿por protección directora? Más bien por tu edad; estás en el grupo de mayor riesgo.

Me dolió que me sacaran de mi puesto de trabajo, así tan abruptamente, pero era necesario. Me puedo contagiar y lo que es más grave aún, me puedo morir.

Adriana Jara González
Puente Alto, Metropolitana, 65 años

Hoy cerraron la frontera para los extranjeros, muchos chilenos no pueden regresar y muchas personas no pueden salir de Chile para regresar a sus países.

Mónica Celis Morales
Huechuraba, Metropolitana, 70 años

Hoy, miércoles 18 de marzo, toca levantarme super temprano 5:00 a.m., porque debo exponer una presentación y dirigir un *workshop* muy importante, para mi cliente residente en Valparaíso y yo vivo en Santiago. Siempre voy con mucho agrado una o dos veces por semana a entregar mi servicio de asesoría al comité de la alta administración. Si bien el lunes pasado me propusieron hacer esto en modalidad *on-line* (conferencia remota), en esta oportunidad es preferible la forma presencial dada la sinergia que yo busco y la importancia que tiene el tema para la empresa.

Escogí —como la mayoría de las veces— trasladarme en locomoción colectiva (metro y bus) y no en mi auto, principalmente por costo. Tomando la primera salida del metro (6:00 a.m.) todo va bien, poca gente, pero la combinación en la Estación Pajaritos está con bastante gente apurada; y el bus hacia Valparaíso va completo, lo cual me produjo cierto arrepentimiento de no haber optado por viajar «punto-a-punto» en mi auto, sin rozarme

con nadie, ni respirar la atmósfera común al interior de las locomociones, ni tocar barandas y otros focos con riesgo de contagio... Bueno, ya estoy embarcado, pero todavía me toca volver, sin embargo pienso que por ahora la probabilidad de contagio es bastante baja, e irá subiendo naturalmente en la medida que avance el tiempo. (...)

Llegando al hogar-dulce-hogar al final de la tarde, mi esposa e hija (que vive cerca), vienen con el sermón de que debo quedarme en casa, mi salida a Valparaíso fue un acto que en adelante será reprochable, que todos los otros papás de mi generación están resultando muy porfiados como yo, etc. Pero proponen que vaya a buscar a mi madre para confinarnos los tres; y mi hija se preocupará de traernos mercadería semanalmente, siguiendo protocolos como los que se están publicando. A mí me parece bien, no obstante creo que ellas aún no visualizan ni le toman el peso a esto que es una pandemia y puede durar meses o años. En algún momento no muy lejano, esa apertura de tener a mi madre en casa no sé si va a funcionar, y lo más probable es que deba retornarla, oportunidad en la cual tendré que optar por otra solución. Mi nieta ya dejó de ir al colegio y la suspensión dicen que será al menos hasta mayo. Podría regalonear con ella largos días, pero resulta que tiene su casa y la seguridad del momento es no visitar a abuelos. En realidad, tenemos muchas cosas que no podrán ser disfrutadas (ropa, viajes, escapes cortos a la playa, asaditos, junta para ver el partido, mi otra hija que vive en USA, etc.). Entonces, hay que buscar qué se puede disfrutar aquí y ahora; en qué «gastar» o «invertir» el tiempo. Por mi parte tengo un lote de tareas no hechas, incluso con las soluciones compradas pero no instaladas, porque no tuve el tiempo. Tal vez aproveche y las haga ahora, pero no me quiero comprometer conmigo a hacerlas tampoco; es decir, tal vez haga algunas urgentes. Para visualizar este escenario, lo mejor es verlo con un prisma de entretención, y me imagino que hoy nos subimos a una nave (acuática, aérea o interespacial) que nos llevará a otro lugar, atravesando calmos y tormentas, a un mundo que espero sea mejor y mientras tanto cada cual se las ingenia para permanecer en su camarote. Sí, debemos completar este viaje capitalizando enseñanzas que al final nos desembarquemos en un mundo mejor, aunque la probabilidad de que sea peor también existe, porque el descalabro económico podría venir aparejado, lo cual sería parte de la enseñanza también. No sé qué tan viejo estoy, pero siento que me falta mucho, mucho por aprender y se necesita tiempo que cada vez es más escaso. ¿Llegaremos al final del viaje y todavía me va a faltar tiempo? Me gustaría llegar más sabio. Varias veces he escuchado que la sabiduría viene con los años, pero yo sostengo que quien es sabio, se hace más sabio con los años (...).

Alejandro Johannes Muñoz
La Reina, Metropolitana, 65 años

❁

(...) «Cuarentena de quince días», bromeaba, resignado a estar encerrado en el apartamento porque el bichito de ojos rasgados tenía predilección por los mayores de sesenta años. Si mi conciencia entonces me impulsaba a no hacer caso, mi hija, que es médica, se encargó de ser una centinela estricta.

Julio Villarreal
Ñuñoa, Metropolitana, 65 años

Jueves, 19 de marzo

Toda una vida luchando para llegar a una vejez digna y feliz, pero nunca pensé que sería para ser asesinado por un virus de dudoso origen. Acá, en Valparaíso a orillas del mar, esperando la paloma mensajera que se envió en busca de una tierra libre de enfermedades.

José Manuel Ortega Ramírez
Valparaíso, 70 años

❁

Ya no se habla de otra cosa, todo es coronavirus. Nos reímos con Orlando y reconocemos la realidad, ¡somos adultos mayores y hay riesgos! Nos declaramos en cuarentena voluntaria y alegres-nerviosos, nos tratamos de convencer de que lo mejor es guardarse y no es nada terrible, podremos hacer muchas cosas postergadas. Como orden. Empezamos hoy mismo y aparecen muchas cosas: ¡mira esta foto!, ¡qué jóvenes éramos!, ¡mira los niños chiquitos!, ¡qué lindos!, ¡mira esta! ¡Oh! ¡Qué lindo es recordar!

Lidia Osorio Olivares
Iquique, Tarapacá, 66 años

❁

Día de san José

Querido diarito, siempre he sido devota de san José, y hoy es su día.

Anoche Humberto, mi esposo, comenzó a transmitir que yo no me cuidaba, que me iba a infectar, que me iba a morir, etc. Tiene que haberle avisado a mis hijos porque me llamó Marcela que vive en New Jersey, USA, y comenzó a llamarme la atención porque no me estaba cuidando y «lo peor que iba a exponer a su papá».

La verdad que no he comenzado a «cuidarme» y que me escapé a misa, me sentía prófuga, asustada y preocupada porque no quiero que Humberto se muera, él ama demasiado la vida.

Como todavía no comenzaba la santa misa, un sacerdote, a quien quiero mucho, me preguntó si podía inyectarle un antibiótico, por supuesto, así lo hice, tú sabes soy enfermera, ya retirada. Dejé de trabajar a los setenta y dos años, en 2017, estaba trabajando en la Universidad Andrés Bello, haciendo laboratorio y campo clínico a las alumnas de tercer año de Enfermería. Dejé la docencia porque sentí que ya estaba bueno. Era como decir: «saber retirarte de las canchas a tiempo». Siguiendo con la historia que estoy narrándote, me fui a la sacristía y llegué a tiempo para ayudar, con otro amigo lector y ministro auxiliar de la eucaristía, al sacerdote, quien nos advirtió que era una de las últimas misas ya que se suspendían en el país, a partir de ese día, todos los oficios religiosos públicos, por el peligro del covid-19.

Dentro de todo, me sentí feliz de estar ahí, en una de las últimas misas, en un templo, hasta sabe cuándo, solo Dios sabe. Me correspondió leer el salmo, recibir las ofrendas, ayudar al sacerdote a dar la santa comunión, tenía miedo, asustada de dar la comunión a pesar de que todos los hermanos la recibían en sus manos. Pero lo importante para mí es que precisamente hoy es el día del glorioso san José y me encontraba en su celebración. (...)

Gloria Amigo Santander
Viña del Mar, Valparaíso, 75 años

Viernes, 20 de marzo

Hoy, después de una semana en casa y solo saliendo al consultorio para vacunarme y aprovechar de retirar medicamentos, he sentido mucho miedo. Recordé cuando me chocaron el auto y no podía salir de casa por tener una sensación de «crisis de pánico». En esta

ocasión no encuentro razones para sentirme tan mal, con falta de oxígeno y mucho dolor corporal. Quisiera solo acostarme y poder dormir. No lo hago, ya que no es mi costumbre y decido revisar «novedades» del WhatsApp. (...)

Siento una gran preocupación por mi madre y hermanos que la acompañan, ya que son todos mayores. En la casa de enfrente, vive mi sobrina con sus hijos pequeños, que permanentemente visitan y comparten con su «lelita, tata y abuelita». A menudo siento que están en permanente riesgo. (...)

Cuando se creó el grupo de Bordadoras por la Memoria, el día 23 de octubre del 2018, jamás imaginé que estaríamos tan unidas a través de la pantalla. Hoy, pese a que no quería leer mensajes ni enterarme de tragedias, igual lo hice, ya que me preocupan mis amigos y las familias.

Mis compañeras están revisando los trabajos pendientes, relacionados con la contingencia y que no han sido presentados en nuestras exposiciones de las intervenciones callejeras. Algunas se quejan diciendo: «¡Tengo mucha pega!» y surgen los demás comentarios que nos motivan: «¡Está lindo!»

Ema Barreda Céspedes
Valparaíso, 64 años

❁

La zona donde vivo está muy cerca de la Universidad Austral de Chile, por lo tanto hay mucho transeúnte estudiantil universitario, se escuchan sus pasos, sus risas, sus conversaciones y sus prisas durante el día, es lo habitual. Ahora hay un silencio abismante, calles vacías, silencio... silencio... silencio...

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, 75 años

❁

Anoche, una vez más me desvelé, generalmente yo duermo, o dormía bien, últimamente me despierto a medianoche y no puedo volver a mis sueños, esto me ha servido para estar en continua oración y para pensar en el virus que tiene a toda la humanidad pendiente de la vida para evitar la muerte.

El problema que yo veo, es que hemos tenido que encerrarnos para evitar contagiarnos, claro que sin salir y sin encontrarnos con nadie es difícil que nos contagiemos, pero aun así, todos los hijos están sumamente preocupados de nosotros y eso es admirable, se siente profundamente el cariño y la preocupación por sus padres, y eso me alegra y me conmueve.

Pienso que el amor de la familia es único, es el motor que nos da la vida, yo creo que si no fuera por ese gran cariño que nos une, yo no tendría fuerzas para vivir, y no me refiero a respirar, sino que todavía, a mis ochenta y cinco años, asumir como dueña de casa desde que me levanto hasta que me acuesto, aunque el día se me ha reducido bastante ya que me levanto muy tarde y me acuesto más temprano muy agotada. Me despierto temprano, y puedo estar hasta las diez, once, o doce, y eso ahora no me importa mucho ya que tengo claro cuáles son mis obligaciones, hacer la cama, lo que me cuesta un mundo, hacer el aseo de la pieza, hacer el aseo del baño grande, cocinar, lavar, planchar y mantener el aseo afuera en lo que llamamos, o más bien yo digo: «es mi lugar de reposo», porque cada vez que hago algo y me canso, me voy a sentar en mi sillón favorito, al igual que Guillermo que hace otro tanto...

Es muy agradable para Guillermo y para mí, reposar en ese rinconcito desde donde se puede divisar el parrón, la higuera, la virgen en su casita, el horno de barro que permanece actualmente tapado con un plástico negro que para mí indica que está muerto, junto a la parrilla, tan gastada como el tiempo y que cada vez que se ocupa parece que se fuera a venir abajo... (...)

Ahora que el virus nos obliga a descansar y también la edad, solo nos quedan los recuerdos y los deseos de estar bien, evitando discordias y compartiendo la vida de la mejor manera posible. Gracias a Dios, Guillermo tiene paciencia de santo, y además algo de sordera que me beneficia, aunque también me saca de quicio porque debo repetirle dos o tres veces lo mismo. (...)

Erika Sepúlveda Muñoz
Puchuncaví, Valparaíso, 85 años

Hoy decidí que me aislaré con mi hermana mientras mi marido, médico, insiste en trabajar. Covid-19, sin límites sociales ni territoriales. Me informo de que es un parásito celular con estructura rudimentaria que ni siquiera se reproduce autónomamente y nos pone en

jaque. Yo, adulta mayor setentera, pensaba que era dueña de mi presente y de mi futuro. Y aquí estoy, con mi mañana incierto y todas mis actividades bruscamente suspendidas.

Lupe Barría Cataldo
Providencia, Metropolitana, 71 años

❁

Me dan la orden de no volver a salir a la calle y desinfectarme, no acercarme a nadie, no asistir a yoga, no al taller de ayuda a la memoria, no ir al café con mis amigas, lunes, miércoles y viernes, no juntarme con el grupo de AMAC (Asociación Mujeres Acción Católica), soy agente pastoral. Tampoco podré asistir al grupo de teatro de la Caja de Los Andes. Hace unos meses presentamos *La pérgola de las flores*, actué de alcaldesa. Tampoco podré asistir al curso de nutrición, psicología y celebraciones de cumpleaños. He sacado la cuenta de que en la semana comparto con más de noventa personas, entre saludos, conversaciones, etc. ¿Cómo me voy a comunicar ahora?

Elisa Rodríguez Cáceres
Viña del Mar, Valparaíso, 84 años

❁

Segunda casa fue en el cerro Monjas. También recuerdo la dirección. Mi papá compró una casa de adobe, larga como tren. Las piezas en hilera daban a un pasillo, que nos sirvió para aprender a andar en patines. Le decíamos «el rancho» porque necesitaba muchos arreglos. Mi papá pasó mucho tiempo arreglándola. Fue un cambio muy brusco. Venir de una casa nueva a esa tan fea fue terrible para mi hermana chica. Empezó a escupir todo el día, donde fuera. En ese tiempo no había psicólogos supongo, para nadie fue un problema que escupiera. Se le pasó cuando nos cambiamos de casa.

Recuerdo el disparejo patio de tierra y los raspones en las rodillas porque nos pasábamos cayendo. Ahora me iba y venía sola del liceo. Desde la avenida Brasil al cerro Monjas, por la calle Las Heras. (...)

Tercera casa fue en la calle Carrera, a dos cuadras de la plaza Victoria. Era una casa antigua como todas las de esa cuadra. Estaba bien tenida y a mi mamá le encantó. El liceo

me quedaba más cerca y no había que subir cerro. Nos llevaban a patinar a la plaza Victoria. Patinando me quebré el brazo izquierdo a la altura de la muñeca. (...)

Mónica Adriana Toledo Pereira
Viña del Mar, Valparaíso, 71 años

Sábado, 21 de marzo

Hablo por teléfono con mi amiga Sonia, está muy preocupada... Tiene razón. Hay que leer el poema de Oscar Hahn «El doliente», es perfecto para los tiempos.

Lidia Osorio Olivares
Iquique, Tarapacá, 66 años

Murió primera víctima del virus en Chile. Circulan noticias buenas sobre una posible vacuna y otras apocalípticas. Hay muchos *fake news* que ya no sé qué creer y qué no. La cantidad de noticias hace imposible verlas todas, al igual que los videos. Todos insisten en la necesidad de lavarse las manos. Le pedí a mi hija Viviana que no mande más videos para no terminar histérico.

Rubén Pedreros Quiroga
Ñuñoa, Metropolitana, 74 años

Solo han transcurridos cinco días desde que inicié mi encierro voluntario, y a través del wspp me llega: *Décimas autobiográficas* de Violeta Parra», texto que no conocía y del cual transcribo algunos versos:

«...Afuera estaba que se arde./ La muerte por doquier./ Uno de proceder/ dispuso esa mesma tarde:/ los sanos que bien se guarden/ de ventearse sin objeto/ y ojo con el lazareto/ que el alcalde levantó/ con la bendición de Dios/ que en estos caso'es correcto...» Violeta Parra, en medio de una pandemia, se hace presente y llama «los sanos que bien se guarden de ventearse sin objeto». Bien pudieran los medios de comunicación masivos

hacer llegar este sentir a todo el pueblo chileno; el que hoy la admira, la quiere, la respeta, y que siente que le pertenece. Pero... estos medios son atraídos por otras luces.

Ante su nombre, no puedo dejar de evocar a esa mujer tan digna de admiración y reconocimiento; el que se le entregó solo cuando ella ya había emprendido el viaje final. La conocí en su carpa de La Reina. Violeta ofrecía un curso de guitarra para diez alumnos. Me inscribí y acudí varias veces, junto a mi tía que era quien me encaminaba por las rutas del conocer y por el arte en general, para saber cuándo se iniciaban las clases. Esto nos permitió no solo conversar con Violeta; además ver y admirar sus trabajos. También asistimos a una de sus presentaciones en donde matizaba la interpretación de temas de su creación con la historia de su vida.

El curso de guitarra nunca se inició. Violeta esperaba tener diez alumnos. Solo hubo cinco interesados...

María Elena Olguín Muñoz
Puerto Varas, 73 años

Viendo la TV. Una mujer de 82 años es la primera persona fallecida por coronavirus en nuestro país. «Se optó por un manejo compasivo», señaló el ministro de Salud al confirmar el deceso de la mujer.

Me irrita, no la muerte, sino la constante apelación del encargado de la salud de Chile a restarle importancia a la muerte de una persona adulta mayor. ¿Qué es eso de manejo compasivo? Si fue así, no debería hacerse público, son decisiones muy íntimas de la paciente y la familia.

Lautaro Ramos Guerra
Quilpué, Valparaíso, 69 años

Del paciente cero a la primera víctima

(...) Los detalles de la noticia dan cuenta de una fría síntesis... se trata de una mujer de 82 años, refiere la voz con pretendido acento conmiserativo, «postrada, en la que se optó por un manejo compasivo».

(...) La voz continúa con un discurso prefabricado y demoledor que decido ignorar porque lo considero indecente y que, sin embargo, escucho... «El caso corresponde a la definición de una paciente de riesgo: mujer de avanzada edad y con patologías respiratorias de base». Esa es «la madre del cordero» refunfuño traqueteando de un lado a otro entre la cocina y la terraza en la que tiendo la ropa. Los hechos dan cuenta de lo que hace rato dije por Facebook: desde que me di cuenta de la estrategia del gobernante, entendí que las prestaciones de salud serían selectivas en los hospitales públicos, reflexiono indignada... Con la excusa de una mirada compasiva se nos estaría privando de derechos y garantías constitucionales establecidas en el art.19 y Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores. Me siento crispada y repito: creen que somos tontos y que es fácil engañarnos como aquello de la «acción misericorde», atribuyéndose para sí virtudes propias de Dios, cuando sabemos que solo se trata de ahorrar camas UCI y ventiladores mecánicos escasos. Este gobierno no invertirá un centavo en los adultos mayores a los que considera lastre.

Patricia Morgan Cano
Coquimbo, 69 años

Domingo, 22 de marzo

Ya nada es como antes. En menos de una semana, el mundo, y mi mundo, cambió. Las conversaciones con mi vecina ahora son a un metro de distancia. Ayer supimos de la primera muerte por coronavirus en Chile. Una señora de poco más de ochenta años, que se contagió en un almuerzo familiar aquí en Santiago. Me impactó. Me dio pena y me asusté mucho. Tengo miedo.

Catalina del Rosario Larraguibel Lazo
Vitacura, Metropolitana, 70 años

Comienza la información terrible. La peor noticia, la pandemia del coronavirus ha llegado a Chile. El doctor me llama urgente y suspende el examen. «Usted es muy riesgoso; hipertenso,

alto en colesterol, sometido a tratamiento de cáncer y 76 años, concurrir a centros de salud es más peligroso, en lo inmediato, que suspender su terapia». ¡Tenga paciencia!

Patricio Portales Coya
Viña del Mar, Valparaíso, 76 años

Lunes, 23 de marzo

Orden y aseo profundo, desechar cosas guardadas por años, clósets tan ordenados que parecen ajenos: cansarse es la meta, para no pensar.

Elsa Rosa González Larsen
Machalí, O'Higgins, 68 años

❁

Todos mis hijos, tres hijas y un hijo, más los 9 nietos, nuera y yernos, nos ruegan y nos «ordenan» entrar de inmediato en confinamiento «salvífico». Es el cariño que nos convierte en subordinados, como lo fueron ellos antes.

Comienza la cuarentena. Rutina, televisión, gastronomía doméstica innovadora, *delivery* de farmacias, lectura y más lectura, gimnasia financiera, internet... Internet. Mirar mucho por la ventana para ver el sol y sentir el viento.

Patricio Portales Coya
Viña del Mar, Valparaíso, 76 años

Martes, 24 de marzo

Nada nuevo... Lo mejor del día fue que en Providencia y Ñuñoa esta madrugada se paseó ¡un puma! Precioso. En varias ciudades del mundo se han visto animales que antes estaban lejos de la civilización. Parece que la Tierra necesitaba descansar de nosotros por un tiempo. Se dice que esto es para largo, que abril será el peor mes y que tenemos hasta septiembre u octubre con coronavirus. No queda más que armarse

de paciencia y de libros. Por suerte tengo varios por releer que había postergado y mucha lana para tejer.

Catalina del Rosario Larraguibel Lazo
Vitacura, Metropolitana, 70 años

Partida de mi hermano Eduardo

Nadie se explica cómo este mal ha cundido tanto, escuchábamos anoche un audio de los amigos españoles, Rafael y Fernando, quienes contaban muy, pero muy emocionados, la gravedad de la situación en España, donde se retiran los cadáveres y se creman sin la presencia de ningún familiar. Es algo terrible que al parecer aquí en Chile también podría pasar, porque la mayor parte de los ciudadanos no ha tomado conciencia del problema.

Desde ya nosotros, como familia, hemos sufrido la pérdida de nuestro hermano mayor, Eduardo, quien falleció en La Serena, y no hemos podido acudir a su sepultación, ha sido terrible para nosotros, no poder acompañar a su familia, tan querida, en estos momentos de dolor.

Sin embargo, esta experiencia me hace pensar que pese a estar distantes, hemos podido estar juntos en la misa que se realizó en su memoria, tanto en La Serena como en España, otra demostración de amor, donde en la distancia, hemos podido ver y escuchar a todos los integrantes del grupo familiar de mi hermano querido. Es un hecho que estamos muy separados por las distancias, pero que el milagro de la televisión, los celulares, los teléfonos, nos permiten juntarnos, comunicarnos y recordarnos cada día.

Los hijos se reúnen, y cada uno, en sus respectivas casas, compartimos el día a día mirándonos en las pantallas, viendo también de repente pasar a alguno de los nietos haciendo travesuras como poniéndole bigotes o sombreros a la mamá, gesto simpático que hace la vida más llevadera para estos abuelos...

¡Qué ganas de tener más energía para afrontar la vida!

Erika Sepúlveda Muñoz
Puchuncaví, Valparaíso, 85 años

❁

(...) Hoy he dado por concluida la catalogación de la extensa biblioteca que hay en casa y he contabilizado 997 libros. Pertenecen a mi hijo entenado mayor que paulatinamente en sus viajes para visitarnos, los ha ido dejando en una estantería que encargamos hacer en madera de roble macizo. Poco a poco los libros han ido ocupando más y más espacio hasta llenarla completamente. Estos libros (997 volúmenes) son los que no utiliza ni lee cotidianamente y ha ido sumando con el paso de los años en su apartamento de Santiago, donde posee otros tantos o quizás más. Empecé la catalogación justo al empezar el año, de un modo pausado y en mis ratos libres. Ello también me sirvió para redescubrir y releer algunos libros que leí en mi juventud o un tiempo después. Entre ellos *Momentos estelares de la humanidad*, de Stefan Zweig, un libro que me recuerda mucho a mis tiempos de adolescente; *París era una fiesta*, de Ernest Hemingway, que recuerdo haberlo leído prestado de la biblioteca pública de Sabadell, mi ciudad natal y otros muchos más que han pasado por mis manos y releído de un modo superficial. En suma, un trabajo muy entretenido, evocativo e idóneo para este tiempo de encierro.

José Cuscó y García
San Fernando, O'Higgins, 69 años

❁

Las noticias empezaron agradables. Nada de coronavirus, sino de un puma suelto en las calles de Ñuñoa y Providencia. Entramos a la *Trufa* (nuestra perra) por si el puma entraba a nuestro patio y se la quisiera desayunar. Lo pillaron a dos cuadras de nuestra casa frente a una plaza. Dicen que entró a la ciudad por la tranquilidad del toque de queda. Pero después malas noticias. Se confirma que se postergan las Olimpiadas de Tokio por un año. No sucedía desde las guerras mundiales. Esta pandemia es peor de lo que imaginaba. ¿En qué terminará y cuándo?

Rubén Pedreros Quiroga
Ñuñoa, Metropolitana, 74 años

❁

Me doy cuenta de que estoy entusiasmada reconociendo cada centímetro de mi casita. En mi jardín flores y hierbas, que yo misma he cultivado, están creciendo felices con el sol y el agua que reciclo con no poco esfuerzo con un lavatorio. Estoy decidida: lo primero que haré será pintar las paredes de mi patio porque el blanco ya desapareció hace tiempo. Primero tengo que despejarlo, botar lo que no me sirva y luego comprar la pintura. Ojalá mañana pueda asegurarme de que mis hijos no me llamarán ni vendrán a verme. No quiero que sepan que salí a exponerme, como dicen ellos. Hoy ya me hice dos mascarillas con distintos moldes. ¡Qué útil es Google!

María Angélica Corrial Peña
La Florida, Metropolitana, 70 años

Miércoles, 25 de marzo

¡Nos llegó a la familia! Mi nuera, con fiebre leve, pérdida de olfato y sabor. Diagnóstico covid. En la clínica aún no hay hospitalizados. La despachan a casa y queda al cuidado de mi hijo. Solos, sin ayuda alguna. Muy doloroso para nosotros los padres de ambos.

Lupe Barría Cataldo
Providencia, Metropolitana, 71 años

❁

Acaban de avisar que las comunas del barrio alto de Santiago quedarán en cuarentena a partir de mañana a las 22 horas por una semana para empezar. Hicimos un recuento de las provisiones y remedios, llegando a la conclusión que tendremos que salir a comprar al menos dentro de 2 semanas. Estamos preparando un protocolo de cómo limpiar para eliminar los virus al venir de vuelta. Las noticias dicen que están muriendo más personas en España (3.434) que en Italia y China y que el epicentro de la pandemia estaría moviéndose de China a USA donde ya hay 52.000 casos, con 684 fallecidos. Informan de 1.142 contagiados en Chile y un tercer muerto. Mi arrendatario avisó que ya no me podrá pagar

más de la mitad del arriendo, pues tuvo que cerrar su negocio. No sé qué pensar, pues esto es como una fila de dominó en caída.

Rubén Pedreros Quiroga
Ñuñoa, Metropolitana, 74 años

❁

(...) Mi relato, que no es una narrativa literaria, solo son retazos de pensamientos dispersos en mi alma, pero también con terror a ese diminuto enemigo castigador o simplemente un guerrero bélicamente más poderoso.

Pero mi fruto me hace reflexionar y mi *alter ego* sin presunción, aunque en forma artesanal, recuerdo en lo filosófico socrático, y es en el término castigador que reflexiono sobre él. ¿Por qué o por quién?, ¿medio divino? Y las respuestas no puedo tenerlas, dada mi limitada concepción intelectual, por eso que adoro lo que no sé, pero cómo no he de querer lo que sé.

Quizás sea una herejía, esta pandemia me dio el reposo de mi espíritu y el tiempo de enfrentarla, aprovechando estos lapsus y así retroceder a mis tiempos de estudiante y nuestro profesor de filosofía nos planteaba lo que Platón maximizaba: «Pensar es dialogar con nuestra alma misma»; y aprovechando esta invitación tan bellamente expuesta, estos son los girones de mi alma, y este es el resultado de mis pensamientos.

Lo rotulé soliloquios de Jemoi.

Jemoi tiene una génesis de 18 años atrás más o menos.

Un día en búsqueda de mi seudónimo para mis inquietudes y sin ser muy clerical fijé mi vista en la Biblia. En lo espiritual el hombre puede ser manipulado, y así Moisés hizo pacto con su dios Jehová y dio origen al ordenamiento social con el decálogo o los 10 mandamientos.

Pasaron dos mil años y en un establo de Belén nacería un rabino redentor que vendría a humanizar esa ley tan drástica que hasta pagaría con su vida y que hasta hoy nos rige mediante sus evangelios.

Por fonética hice enfoque de sus nombres, y de ahí nació Jemoi.

He aquí mis coloquios:

1. La verdad produce crueldad, en cambio el silencio complicidad.
2. No llores ni te lamentes si es producto de tu imprudencia.
3. Tu apellido es heredado, por lo tanto, hónralo.

4. El que se mete a redentor, muere crucificado. (N.N.)
5. El amor es refugio, cobíjate entero en él.
6. La felicidad la relacionamos con la riqueza y esta está solo en la riqueza de tu espíritu.
7. Los pergaminos no sirven de nada colgados en murallas, tienen más valor colgados en tu cuello.
8. No es pobre el que tiene poco, sino el que desea mucho. (Séneca)
9. La soledad no es mala, hazla tu hermana y te dará sabios consejos.
10. Quien mira hacia adentro sueña, quien mira hacia afuera, despierta.
11. El silencio es un amigo que jamás traiciona. (Confucio)
12. La caída del poder por el terror desencadena en los liberados sus desenfrenos reprimidos.
13. La felicidad es encontrarme con mi yo y compartirlo con el yo de los demás.
14. Yo no cuestiono la lógica cabeceándome con imbecilidades.
15. Hombre, cuándo vas a clonar tu indiferencia en la generosidad y caridad, por la del amor a tu prójimo.
16. El amor es traspasar la barrera del sonido entre la razón y el corazón.
17. Quien puede alojar tristezas, puede alojar felicidad. (Escritor)
18. ¿Qué es el amor? El amor es yo, tú y nosotros dos.
19. En la jungla arbolada la muerte se selecciona por el hambre, en cambio en la de cemento el hombre controla el hambre con su codicia.
20. Libertad es lo que no perjudica al prójimo. (N.N.)
21. No sentencies con tu dedo índice si tu dedo pulgar te está replicando.
22. Solo una gota de lágrima puede horadar un duro corazón.
23. Un hombro sostiene a un hombre, y paradójicamente puede ser tu refugio de lágrimas hasta tu consuelo de esperanza.
24. Tu casa es tu reino, no permitas que te destroce un virus coronado sin casa.
25. Si tu gobernante es un imbécil, los que lo eligieron están bien representados. (Gandhi)
26. El agua y el aire son obra del creador, la guerra y el fuego son obra del demonio, llamado hombre.
27. Oigo, veo, callo, mi silencio incuba arribismo o solidaridad. ¿Cómo actúas tú?
28. Un plato de sopa no es suficiente para doblegar mi hambre de libertad.(...)

Rubén Pedro de la Fuente Núñez
Valparaíso, 86 años

El 25 de marzo mueren las 3 primeras personas por el virus y tanto mi papá como mi hermano dicen que no saldrán de casa. Una vez al mes y cuando hay buen tiempo los llevaba al campo o a visitar a mi otro hermano, en donde disfrutan en extremo por el cambio de clima, la naturaleza, el paisaje del camino y el mismo viaje en vehículo, son felices; pero ahora con esta pandemia dijeron que ya no saldrían.

Con esto de la pandemia tampoco pudimos asistir al control por su linfoma de mi cuñada que debe asistir a la Clínica Dávila ya que según el GES el proveedor es esa clínica, no existen en Valparaíso ni Viña, tampoco pudimos llevar a mi hermano para el ajuste de su prótesis infracondílea, que ya cumplió el plazo de uso.

Otro efecto de esta pandemia ha sido el retiro de los medicamentos y alimentos de los pacientes de mi familia y la atención profesional que necesitan los pacientes.

Soy la encargada de retirar medicamentos y alimentos de los pacientes de la familia: mi esposo (73 años) mi hermana (67 años), mi papá (94 años) y mi hermano discapacitado (63 años).

Esta situación ha sido lo peor de todo, antiguamente me demoraba 30 minutos en retirar los medicamentos y los alimentos, hoy uno llega a las 09:00 a.m. entregan 50 números y recién le entregan los medicamentos tres horas después en una espera interminable en la calle y entumida total. Antes atendían a mi hermano en Odontología del consultorio, hoy está suspendido. No dan hora ni atención para la matrona, mi hermana espera esta atención por varios meses. Tampoco la podóloga, mi padre tiene un diagnóstico oncológico en sus piernas por lo que la atención con la podóloga es mensual, como casi no podía caminar yo le corté las uñas y lo mismo hice con una vecina diabética que también tenía un problema parecido, no puedo entender por qué no entregan estas atenciones.

Trabajé por 34 años en un hospital en la oficina de Estadística, pero siempre me ha llamado la atención la parte médica y me he documentado permanentemente acerca de enfermedades. Tengo un botiquín gigante y cada vez que salimos de vacaciones yo hago las curaciones si alguno se cae, o un parche curita, la presión arterial y saturación a mi papá si se siente mal, un paracetamol para el dolor de cabeza, gotas de Viadil para el dolor de estómago, etc. Dada esta situación alguien de mi familia me bautizó como la doctora Juguetes y desde entonces ya quedé con ese sobrenombre que me gustó y asumo con mucha responsabilidad mi papel. (...)

Carmen Soto Retamal
Valparaíso, 68 años

Esa fue la primera noche de muchas que ¡lloré tanto¡ se me llegaba a mover solo mi cuerpo y me imaginé: Soy protagonista de esas películas que alguna vez vi en el cine o en la TV de pandemias, virus, cómo las pude ver. Me dio mucho miedo y le pedí a Jesús, Dios y la Virgen de Lourdes de la que soy devota, además obvio a mis viejitos que están ya en el cielo, que nos proteja, a mis hijas, nieto, nietas, bisnieto, bisnieta, yernos. Tengo miedo por ellos, también por mí, mucho miedo. (...)

Margarita Gaete Vargas
Viña del Mar, Valparaíso, 74 años

Y nos quedamos plantados como árboles... ¡Atónitos!

De pronto somos población en riesgo, todos nos recuerdan los años que tenemos y nos quieren en casa, no tenemos alternativa... Ni a la esquina podemos ir. Un pequeño y pesado virus nos ha confinado al más restringido espacio...

Distancia que nos tiene alejados de nuestros seres queridos, ¡de los abrazos! ¡Los te quiero son cibernéticos! Las palabras telefónicas.

¡La economía se va a la mierda! El capitalismo se hunde, hay muchos despidos y el gobierno declara que no tenemos de qué preocuparnos, total tenemos la mejor salud del planeta. (...)

Margarita Sáez
Estación Central, Metropolitana, 67 años

Jueves, 26 de marzo

Chile ya tiene sus primeros fallecidos por covid-19. Se inicia la primera cuarentena en mi comuna junto a otras 6 comunas de la Región Metropolitana. Mis hijos me han pedido que me tome en serio esto de «guardarme», mientras yo todavía estoy incrédulo de lo que está pasando. Los mayores de 80 años ya no podremos salir a la calle, hasta nuevo aviso ha dicho el presidente Piñera para cuidar a las personas mayores... Qué difícil me parece este desafío...

Patricio Díaz Carrasco
Vitacura, Metropolitana, 87 años

Comienzo a dimensionar la situación cuando compruebo que no hay viajes a Santiago y que cerrarán los terminales de buses.

Mis dos hijos me piden que por favor solo salga para abastecerme...

¿Tan grave es lo que pasa?

Eliana del Carmen Peralta Andrade
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

❁

(...) Todos los días me sorprendo con el hecho de que a principios de enero cumplí siete décadas y aunque lo pasé muy bien, me cuesta aceptar el número de años, porque me siento llena de energías con ganas de hacer muchas cosas, y nunca digo que no a una nueva actividad o desafío a que me enfrenten. Salí a comprar la pintura para el patio, cuando llegué me encontré con una larguísima fila que daba vueltas para recién poder entrar a la inmensa tienda. Todos guardando la distancia y con mascarilla. Yo estrenando la mía. De pronto veo que desde lejos un dependiente camina en la dirección hacia donde yo estoy, se acerca a mí y discretamente me pregunta qué edad tengo. Yo, con tranquilidad se la digo y me invita a que lo siga. Dejo la larga fila, me lleva a la entrada y le pide a la persona que la custodiaba que me tome la temperatura para que pueda entrar rápidamente. El lado positivo: en 10 minutos ya estaba afuera con mis compras en la mano. Lo negativo: a pesar de estar cubierta por la mascarilla, el empleado descubrió de lejos que yo ya soy de

la tercera edad. Me dio un poco de pena pensar que la imagen que proyecto no tiene nada que ver con la energía y la agilidad interna que siento. (...)

María Angélica Corrial Peña
La Florida, Metropolitana, 70 años

Viernes, 27 de marzo

Hoy viví uno de los mejores momentos de la cuarentena y fue histórico. Pude ver por televisión una ceremonia con una plaza San Pedro vacía y el papa dándonos la bendición *Urbi et Orbi*, en forma extraordinaria, ya que solo se imparte en Pascua de Resurrección y Navidad. Hubo una homilía luego de leer ese pasaje del evangelio en que los apóstoles se asustan cuando van en una barca y se desata una tormenta en el medio de la noche. Cristo duerme, lo despiertan y Él les dice que no teman, pues está junto a ellos. El papa relacionó esa lectura con lo que está sucediendo hoy en el mundo, «con las agendas suspendidas. Todos tenemos miedo, pero, como el Señor nos dice, debemos confiar». Hubo exposición del Santísimo. Me llenó de alegría ver a Jesús y poderlo adorar, como hacía cada jueves en mi parroquia. Oré por el fin de esta pandemia, por los enfermos y por los cientos de personas que han fallecido, agradecí por lo que tengo y recé para que pronto pueda volver todo a la normalidad y abrazar a mi hija.

Catalina del Rosario Larraguibel Lazo
Vitacura, Metropolitana, 70 años

❁

Podría empezar con mi nombre si quisiera usar la M para algunas ideas que quisiera dejar registradas. Pero no, aunque quisiera que fuese sí. Y que Miedo Molestia, Mascaradas, falta de Moralejas y un halo de Muerte rondan con Más fuerza. (60 peras.com)

Mario Vera Aravena
La Cisterna, Metropolitana, 60 años

La soledad mía, la soledad de todos

Introducción

Mi madre cumplía 97 ese 27 de marzo y ya no dejaban entrar en el hogar donde vivía. A lo más hablarle a través de la reja, ella sentada en una silla y yo afuera conversándole de cualquier cosa. Y haciendo muecas y bailes para entretenerla. «Para qué te mueves tanto», me dijo de pronto, «mejor entra y te vienes a tomar un tecito conmigo». Recién ahí me di cuenta de que iba a ser imposible explicarle la pandemia. Que había adelgazado no solo porque estaba comiendo poco sino porque se sentía abandonada, nadie la visitaba, y ella, mujer sociable de toda la vida... Me fui cabizbaja de regreso a casa. No se venía bien la pandemia, habría que aprender no solamente a resistir noticias de enfermedad y muerte, sino también a resistir la soledad. La soledad de ella, la soledad de uno, la soledad de todos.

Me habían regalado una libreta de apuntes con los días y las fechas del año que nunca tomé en cuenta. La fui a rescatar al librero, donde había quedado olvidada, y me quedé mirándola un buen rato. Me gustaban sus tapas verde esmeralda, lo que más me llamaba la atención, las tapas verde esmeralda... Entonces la abrí.

Verónica López
Vitacura, Metropolitana, 74 años

Lo que más la sobrecoge, es el silencio. Ya no están sus amigos los obreros de la construcción, que la despertaban a las ocho en punto con sus ruidos y gritos. Sus cascos naranjas la acompañaban.

Además, en un lúgubre concierto sincrónico hoy fue el primer día sin sol, algo más frío y definitivamente otoñal.

Vive sentimientos encontrados y por qué no decirlo, contradictorios.

Allí está su crisis de hace un par de días; era el miedo a lo desconocido. ¿Silencio? ¿Enfermedad y muerte? ¿O más bien esa maravillosa oportunidad de no hacer nada como una ventana al ocio absoluto?

Es el tiempo de «no hacer» como decía una escritora estadounidense.

Y allí están los libros inertes en los estantes de su departamento esperando que los abran. En finos empastes de cuero yacen las obras completas de Pablo Neruda y una antología de la poesía universal.

Bolsas con tejidos inconclusos y órdenes no hechos desde el momento en que se cambió de casa. Aún hay cajas y paquetes sin abrir.

Marcela Jiménez de la Jara
Ñuñoa, Metropolitana, 78 años

Sábado, 28 de marzo

Gustavo me preocupa. No es fácil para él estar sin salir a ver a sus amistades. En las mañanas va al campo. En las tardes se dedica a cocinar. No tiene TV cable, tampoco internet, y no lee mucho. Debe ser angustiante estar toda la tarde encerrado. Yo le digo que aprenda a hacer sudoku, en *El Mercurio*. Hoy me llamó. De los hermanos es el que menos demuestra sus sentimientos. En un momento me dijo «¿Por qué no te viniste para acá? Podríamos haber estado juntos y no estarías sola». Y después, con la voz algo quebrada por la emoción: «¡Estamos tan lejos! Y no sé si nos veremos nuevamente...». Me llegó al alma esa frase. Refleja lo que muchos sienten.

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

Yo tengo 60 peras.
Mientras tenga preguntas por hacer, seguiremos por estos lados.
Así que... Listo para otra vuelta al sol, si el famoso virus no me la juega chueca.
(60 peras.com)

Mario Vera Aravena
La Cisterna, Metropolitana, 60 años

❁

Llevo once días sin salir a la calle, de niña me acuerdo que mi padre me decía «la callejera». A mí me gustaba mucho conversar con las mamás de mis amigas y cada vez que salía me demoraba horas en volver a casa. No sé si podré estar tanto tiempo recluida... Por estos atrasos en volver a casa, supe lo que era recibir correazos por parte de papá y mamá. Mientras me golpeaban me gritaban: «Por suelta y más suelta», los niños de ahora no conocen esto. Yo no encontraba tan grave esto y volvía a «delinquir», me gustaba mucho mi libertad.

Elisa Rodríguez Cáceres
Viña del Mar, Valparaíso, 84 años

❁

Día de mi cumpleaños. Estamos en tiempo de cuarentena por la pandemia feroz que se pasea por la humanidad. Tengo miedo de cumplir tantos años, pero anoche a las 12, el canto de cumpleaños de los míos ahuyentó ese aleteo negro del miedo, se iluminó mi entorno y a la vez mi alma.

(...) Me iluminé tanto que por la mañana me desperté poniendo a J.L. Perales y una de sus canciones tan de estos amaneceres: «Hoy en mi ventana hay un cielo gris. Ríe la ciudad a mis espaldas. Hoy no veo niños en ningún jardín. Hoy está llorando mi guitarra». Este verso me causa tanto dolor. (...)

Sonia Arancibia Riquelme
Puente Alto, Metropolitana, 79 años

❁

A la hora de la cena se conversa sobre la pandemia, mi hermano, como funcionario público, comienza a dar instrucciones, cómo evitar el contagio y qué hacer en caso de enfermar. Siento que estoy causando una preocupación, un problema a la familia, expreso mi deseo de volver a mi casa en Punta Arenas, me dicen que no, como familia es mejor que esté con ellos que sola en Punta Arenas, yo tenía pasaje de regreso para el tres de abril.

Decido quedarme en Santiago en casa de mi hermano Ulises, hasta que pase el peligro de la pandemia, es decir mucho tiempo, soy libre, puedo vivir en cualquier lugar. Esta decisión no es fácil, interiormente hay afecto a amistades, cosas materiales, casa, vehículo, barrio, pero ¿qué es más importante?, ¿las cosas materiales o la compañía y familia? En estos momentos donde tenemos la muerte al alcance de un error, de una negligencia, de una irresponsabilidad. Opto por la familia.

Nidia González Landeros
Peñalolén, Metropolitana, 69 años

Domingo, 29 de marzo

Tengo la impresión de que mis días se han ido ordenando. He dedicado mucho tiempo a mi jardín, que estaba un poquito descuidado. El corte de pasto, mi limonero, mi mandarino, la limpieza de las enredaderas que botan sus hojas sobre las plantas, la remoción de la tierra y el nuevo diseño del jardín que había esperado por largo tiempo. (...)

Adriana Jara González
Puente Alto, Metropolitana, 65 años

Domingo 29 por la mañana... Alucino con el hermoso regalo que los míos me hicieron: un computador y crearon mi Facebook. Mis días de ahora en adelante serán en la compañía virtual de mis familiares, de mis amigos, en fin, espero mucho de esta tecnología. Mis 79 años se ven venir atiborrados de actividad virtual. Al accionar la pantalla se llenó de amigos, saludos, fotos e historias. Aparecieron familiares de los años cincuenta. Amigos de ahora, amigos de antaño. Los días de calma vibrarán en mi corazón, ¡ya lo siento!

Sonia Arancibia Riquelme
Puente Alto, Metropolitana, 79 años

Lunes, 30 de marzo

Virus versus humanos

I

El humano es soberbio
los virus se lo recuerdan
cuando quieren los atacan
tal parece un proverbio.
A menudo en invierno
epidemias se producen
a pandemias nos inducen
con una alta letalidad
más parece fatalidad
los microbios nos reducen.

II

El planeta es de todos
varias especies existen
lo compartimos sin desdén
buscando los acomodos.
Comportamiento ímprobo
daña toda convivencia
nos dice la experiencia
alterar medio ambiente
resulta muy sugerente
indica desobediencia.

III

Capacidad de mutación
el coronavirus llegó
de ese modo se instaló
iniciando gran infección.
En China inicia acción
que se propaga al mundo
produce daño profundo
en la especie humana
la que siempre se ufana
con vocablo taciturno.

IV

Aprendamos a respetar
a todos los seres vivos
nadie es nuestro cautivo
algún día puede despertar.
Dejemos de elucubrar
encontremos la sintonía
que produzca la armonía
entre todas las especies
incluso con las silvestres
eliminemos la porfía.

David Escobar Iturra
Villa Alemana, Valparaíso, 79 años

Quiero abrazar a mi hija. ¡Cuánto la extraño! Pero tendré paciencia y ese abrazo será mejor aún. Abrazaré a mis primas, amigas y amigos. Ya no más eso de «veámonos, estemos en contacto». Realmente quiero verlos y compartir con ellos. Quiero ir a mi san Expedito y a rezar en la iglesia. Si es con adoración al Santísimo, tanto mejor. Sonreír más. No abrumarme por cosas que no puedo resolver. Seré diferente. Ojalá mejor.

Catalina del Rosario Larraguibel Lazo
Vitacura, Metropolitana, 70 años

En Arica, mientras cumplo dos meses adicionales desde que llegué hasta acá, hace 50 años, yo lo decidí a mis 17 primeros años, casi un niño en esa época distinta, aquí estoy, en familia y con amistades construidas en décadas, viviendo intensamente esta pandemia reconocida como coronavirus o covid-19.

Reflexiones en covid-19 (del acrónimo COVID)

Como en otras épocas, somos parte de la naturaleza, esa que nos asombra si atentos estamos, esa que nos alegra si nos detenemos a entender que le pertenecemos, esa que nos permite procrearnos mientras sublimamos de placer, esa que nos mata si nos creemos independientes y controladores, superiores de ella.

Omnipotentes es lo que somos, ninguno de nosotros humanos, ni mujeres ni hombres escapamos de aquella característica; hoy hemos demostrado que en la sociedad mundial perteneciente a la urbe, solo somos, muchos de nosotros, desde presidentes de estados o países hasta el educando de segundo nivel, muy ignorantes, mal educados, cínicos, egocéntricos en sí mismos o al grupo que los domina (religiosos, políticos, etc.); debiéramos ser «omnívoros» de la cultura, del respeto, del amor, de la aceptación de que nacemos para morir, entendiendo que al nacer y al morir solo somos cuerpo y alma, sin pertenencias ajenas a la pureza corporal y espiritual.

Vida nuestra, compartiendo nuestra gentileza, nuestra alegría, parte de los bienes que poseemos, nuestro esfuerzo, también haciendo saber nuestra ignorancia, el deseo de aprender de toda otra persona, así como también protegiendo al más débil en un momento, sí, esas son algunas obras y conductas de buena vida.

Imaginable y certero es que la vida seguirá después de la pandemia de hoy, imaginable es que solo algunas cosas y seres humanos cambiarán, de aquellos, las personas en su mayoría no cambiarán, porque no somos libres, porque le pertenecemos a un poder político y económico que yace en una fase oscura cuando colectan en su apogeo y que nos hace creer que somos capaces de decidir, sin embargo, la libertad de creer sí es un gran poder, y con ese poder, seres humanos mejores podemos ser.

Dignos seremos con una visión de un mañana menos ruidoso, aquella que nos hará disfrutar de la vida en armonía ecológica con nuestros semejantes y con nuestra Pachamama.

Leonardo Fernando Figueroa Tagle
Arica, Arica y Parinacota, 68 años

❁

Me está angustiando la cercanía del mes de abril, tenemos muchos cumpleaños este mes y me pregunto: ¿cómo serán esos días en este confinamiento? Debo ser fuerte y aparentar tranquilidad.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

❁

Estamos en tiempos extraordinarios. Encerrados en casa para no contagiarnos con un virus que hasta ahora ha matado a muchos —demasiados— en todo el mundo, y que amenaza la vida humana de todo el planeta.

Ha sido interesante descubrir cómo la Tierra ha descansado de la plaga que somos los seres humanos.

Y también, cómo no hemos sido capaces de resistir el encierro —aquellos que piensan irresponsablemente que no serán afectados— a pesar del peligro que conlleva para los demás no respetar el confinamiento en casa.

En estos momentos es cuando descubrimos la falta de solidaridad, de empatía; el elevado individualismo; la necedad humana en buenos términos. Y por supuesto ¡la soberbia!

Aquellos que se aburren en su hogar y claman por salir, no piensan que hay muchísima gente que no tiene un lugar donde estar, ni qué comer, tampoco qué harán al día siguiente sin medios para subsistir.

Ha cambiado la forma de desarrollar nuestras actividades diarias, al tomar precauciones extremas, con el propósito de no propagar el brote del virus. Hemos tenido que aprender a ser muy cuidadosos con la higiene personal y de nuestro hogar.

Es una prueba para medir nuestro temple y nuestra capacidad de resiliencia. Para pesar nuestra fuerza y resistencia ante las dificultades que se presentan, puesto que evidentemente no es una situación fácil de sobrellevar.

Los días transcurren de manera increíblemente rápida, y a veces, no sé en qué día de la semana estamos. Como hablamos con nuestros hijos todos los domingos, vuela la semana y de nuevo —casi sin darnos cuenta— estamos en ese día, que nos trae la imagen y la voz de nuestros amados.

A pesar de lo difícil que se ve el panorama futuro, pienso que la vida debe continuar de la forma más optimista que seamos capaces, viviendo el día a día con esperanza, con la mayor tranquilidad posible y con fe en el trabajo colectivo.

Lo importante es el aprendizaje que se extrae de todo esto. Aprendemos o sucumbimos.

Erika Olivares Abarzúa
Villa Alemana, Valparaíso, 67 años

❁

Hoy a las 9:41 mi amiga del taller literario de la Biblioteca Viva Tobalaba, saluda mi cumpleaños y me lee una carta que me dedicó hace cinco años atrás. Fue leída en el taller... Me emocioné tanto y más al pensar que ya los talleres están cerrados y quizás por cuánto tiempo y cuántas llegaremos a reencontrarnos... Yo, del grupo, tengo 79 y soy la de más edad y con todo lo que se sabe de los abuelos de España, Francia, Italia. (...)

Sonia Arancibia Riquelme
Puente Alto, Metropolitana, 79 años

❁

Hoy es mi cumpleaños, he tenido pena, pero disimulo frente a mis hijos que viven conmigo, mi nieta y el marido; ellos me preguntan: ¿qué pasa? Al ver mis ojos llorosos, les digo que es mi alergia.

Me llamó mi hermana de Italia, me cantó el feliz cumpleaños por videollamada, sé que hizo un esfuerzo, ella está aterrada de estar allá, y de no saber si volverá a su patria, a su casa, y reencontrarse con su hija y su nieta.(...)

Froilina Carvajal
Quillota, Valparaíso, 65 años

Recuerdo que el 26 de marzo las comunas de Temuco y Padre Las Casas inician la cuarentena. Pero este confinamiento me produjo una sensación de estar prisionera sin haber cometido delito. Allí comprendí la angustia que sufren los presos y los que alguna vez han vivido en campo de concentración.

Marión Sánchez Vásquez
Temuco, La Araucanía, 79 años

Martes, 31 de marzo

Llevamos días encerrados y hoy en nuestro Whatsapp del grupo Club de Lectura, Ezequiel, nuestro amigo argentino de 80 años que vive solo, en su departamento con vista privilegiada a la costa de Concón, pedía datos de farmacias y tiendas con despacho a domicilio. Un lumbago lo tenía loco de dolor y muy descolocado.

Pasada la tarde, pidió si podían comprarle medicamentos y artículos de aseo. Estoy desabastecido y este dolor jodido no me permite moverme, comentó afligido, el flamante recién llegado de un crucero de vacaciones, en las que «se lo comió todo» y subió cinco kilos en una semana. ¡Lo comío y bailao no te lo quita nadie!

Elba Valeria Meneses Cortés
Concón, Valparaíso, 63 años

Niños en tiempos de hoy y mañana

Hoy amanecí enamorado de una bisabuelita. Mi esposa. El Cupido fue Dante Elías. Nuestro primer bisnieto, nacido hoy. Hijo de nuestra nieta de motivador y esperanzador nombre, Victoria.

Agradecidos estamos del personal de Maternidad (suena a «nido de madres») del hospital San Juan de Dios, de La Serena y su ejemplar servicio en la salud pública. Que renace. Que acoge vida en sala común. Comunitaria. Donde madres solidarias se apoyan, con ancestral memoria.

Ahora, en tiempos que reúnen estallido social y emergencia sanitaria. que nos convocan a la toma de conciencia de la necesidad de vivir con justicia social y salud pública. Con dignidad.

¿Cuán humana será la vida que espera a todos y cada uno de los niños nacidos o concebidos en estos tiempos? ¡Más humana! Pienso, quiero y creo. Sí. En ella vivirán nuestros niños:

—Si de la vida en el útero biológico, pasan a ser acogidos y acogedores en el útero social.

—Si comparten vida familiar, unidos y reunidos, en sus hogares, formándose como personas.

—Si comparten barrios, plazas, pan, chistes, saberes, juegos, playas, micros, almacenes, libros...

—Si se comprenden, perdonan, ayudan, escuchan, dialogan.

—Si tienen puertas y ventanas abiertas al entrar y salir emociones, vocaciones, ideas, descansos.

—Si sienten que forman parte de una casa común, y de una mesa común para todos.

—Si forman parte activa de una comunidad pluralista: con unidad en la diversidad.

—Si le encuentran sentido a sus vidas, a la alegría de vivir.

—Si escuchan y respetan el palpitar de la naturaleza, al parir cada día vida. Buena para todos.

—Si abriendo caminos y derribando muros buscan el origen y misión de ser escogidos a la vida.

—Si se maravillan del suelo y cielo, que le dejan colores y valores en sus sentidos y conciencias.

—Si se llenan de «¿por qué?» para comprender y transformar el mundo: interior, físico y social.

—Si comparten la búsqueda de un: ¿quiénes somos, qué tenemos, qué queremos, qué podemos?

¿Se imaginan las virtudes que en el árbol familiar y árbol humanidad se despertarán y sumarán?

Imaginemos que desde este parto social de hoy se reconstituirá el natural pacto social mañana.

Que el nacer y renacer de cupidos, con sus flechas, siembren amor en todos los corazones.

Para vivir cada día, desde cada amanecer, enamorados. Reconstituyendo amor comunitario. Unidos, amparados todos, bajo una piel común de humanidad. Es la esperanza.

Pedro Prado Moreno
La Serena, Coquimbo, 78 años

Mi hija me avisa de
una invitación
llegar por escrito para hacer
llevar este período como se
sale de casa, en este período
de pandemia.
Con ánimo, quizás con
miedo, con tristeza también
con no saber que hacer sin
salir yo creo que todos
pasamos por estas sensaciones.
Como adulto mayor y bien
mayor, tengo 80 años, que
no es poco, sí doy gracias
al Señor por despertar.
Soy madre y abuela, me
fascina sentir los pajaritos
que se despiertan cuando a

Manuscrito de María Angélica Glavich

Abril

2020

Miércoles, 1 de abril

Y llegó abril y seguimos en cuarentena. ¡Volvió Radio Beethoven! Me emocioné escuchar a Patricio Bañados decir «Radio Beethoven. Vive la música». Y no fui la única. En Facebook he visto a mucha gente que le ocurrió lo mismo. Estoy encantada escuchando buena música, que me transporta a lugares en los que he sido tan feliz y me hace soñar con otros que conoceré y que también me darán alegrías.

Catalina del Rosario Larraguibel Lazo
Vitacura, Metropolitana, 70 años

¡Vive la música!

A las ocho y media escuché la Quinta Sinfonía de Beethoven por la orquesta filarmónica de Berlín dirigida por mi tocayo Claudio Abado. La radio que lleva el nombre del genio de Bonn inició sus transmisiones al ser rescatada por la Universidad Católica después de haber estado callada, víctima de insolvencia económica. Los empresarios no contratan publicidad en medios que difunden cultura.

En estos momentos escucho música y escribo. Mi mujer no se despega de los cadáveres que muestran las pantallas de la tele, el conteo de nuevos contagiados y los pronósticos apocalípticos. Y aparecerá el presidente de la República, el alcalde Lavín, la Cathy Barriga, el doctor Mañalich. Angustia, miedo, cuarentena, las Isapres suben los precios, voracidad empresarial, el gobierno dice que la medida es

inoportuna, las ferias libres lucen desbordadas de gente, Temuco, Chillán, muchos enfermos, muchos mueren... (...)

Claudio Regular
Padre Hurtado, Metropolitana, 90 años

❁

(...) Seguimos en aislamiento social con mi esposa. Nuestros nietos no vienen a visitarnos, decisión de ellos, porque no quieren contagiarnos.

Empiezo a sentir miedo, algo que trato de manejar, cambiando de quehacer, camino dentro de mi hogar, contamos con patio, eso es una ventaja de sobrevivencia por estos tiempos.

No lo cuento, lo del miedo, porque es necesario mostrarse fuerte y confiado en superar esta peste.

Lautaro Ramos Guerra
Quilpué, Valparaíso, 69 años

Jueves, 2 de abril

Frente a este escenario incierto y complejo por el coronavirus, entramos al mes de abril, significa mucho este mes en la familia, hay cuatro cumpleaños, siempre nos reunimos y celebramos estos acontecimientos con alegría y unidad. ¿Cómo será este año 2020?

Me impresiona el silencio en la vecindad, no nos vemos con los vecinos y si nos vemos nos saludamos de lejos y seguimos en nuestro confinamiento. Todavía no hay cuarentena en Valdivia. El diario local titula: «Hombre de 61 años primera víctima de covid-19 en Los Ríos». Es preocupante, si todos no asumimos las responsabilidades de cumplir con las recomendaciones sanitarias de las autoridades, esto no lo vamos a parar. Siento una profunda admiración por los hombres y mujeres que trabajan en salud, en las noches se acostumbra aplaudir a los galenos por su esfuerzo por atender a tantos pacientes contaminados.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

❁

¡Ya hay más de 3.000 infectados! En Iquique muy pocos, seguimos en nuestra cuarentena. Todos comunicándose virtualmente, videollamadas, Zoom, ¡cómo cambio la vida! Me pongo a pensar en mi abuelita. ¿Qué habría dicho ante tanta modernidad? Tal vez diría sonriente y pícara: ¡Acabo de mundo, mijita!

Lidia Osorio Olivares
Iquique, Tarapacá, 66 años

❁

Día triste para la familia, el árbol más añoso del bosque nos dejó. Con esta situación de pandemia los suyos no pudieron estar con él, su corazón cansado se detuvo. Solo, solo, en una cama del hospital, sin una mano familiar que sostuviera la suya, sin un beso, sin un te quiero, sin una caricia final... selló el llanto callado y sollozos ahogados en la garganta de sus hijos, lo pusieron en su féretro y lo regresaron a su tierra.

Nilda del Rosario Egaña Pizarro
Combarbalá, Coquimbo, 73 años

Viernes, 3 de abril

Se perdieron los comentarios de Ezequiel desde el miércoles y tampoco contesta el celular. Averiguando con los conserjes de su edificio, nos enteramos de que uno de ellos lo había llevado de emergencia al hospital y lo habían dejado internado allí. No dijeron desde qué día. ¡Qué situación más triste y compleja!

Elba Valeria Meneses Cortés
Concón, Valparaíso, 63 años

❁

Me ha servido tanto ser pintora, me he dedicado a terminar cuadros y comenzar otros, es maravilloso trabajar con la mezcla de colores, eso distrae y pasa el tiempo de forma más amena. También he estado pensando en cómo puedo colaborar en esta pandemia que nos entristece a todos. Creo que puede ser en la confección de mascarillas.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

Son las 18 horas y va oscureciéndose la tarde y yo observando una luna creciente en el cielo con un porcentaje de neblina aquí en la orilla del mar que nos presagia la costumbre que mañana estará «cubierto» el día.

Hoy recibí de mi hija, sorpresivamente, un hermoso ramo de maravillosas flores. Las coloqué en mi cercanía para poder sentirla a ella gracias a su lindo gesto de cariño.

También el contacto con nuestra perrita *Dackel*, salchicha de cuatro años, nos ha acompañado a mi marido y a mí, su cercanía, ladridos y volteretas y arreglos de su casita que frecuentemente está realizando. Es ella la tercera componente en nuestro hogar. Con ella caminamos por el jardín conversándole de lo que pasa en el día, y yo le digo lo que la queremos y que no se olvide de correr a los gatos que un tiempo atrás cercaban nuestro entorno.

Celia Maritza Parada Noel
Viña del Mar, Valparaíso, 77 años

A contar del 3 de abril, cumpleaños de mi hija de Santiago y que nos vimos virtualmente, yo llorando a mares, decidí no ver más noticias y prácticamente lo he cumplido, me hace mal, el miedo que tengo es muy grande. (...)

Margarita Gaete Vargas
Viña del Mar, Valparaíso, 74 años

Sábado, 4 de abril

Hoy es mi cumpleaños... 70 años de edad... Nunca pensé que llegaría a estos tiempos.

«Hace 70 años llegué al mundo portando capa, yelmo y coraza, pero el ser que me envió, olvidó poner en mi mano una espada. Felices mis enemigos que no han recibido respuestas a sus ataques y pobres de ellos que se cansarán de atacar a un hombre con tal blindaje».

José Manuel Ortega Ramírez
Valparaíso, 70 años

❁

Me contacté por Messenger a la municipalidad para colaborar en la confección de mascarillas, no tuve respuesta. Supe de un grupo de profesoras que confeccionaban mascarillas para donar, pero eso significaba salir de casa. Entonces me decidí a realizar mi proyecto sola, por mi cuenta en casa, ese será mi granito de arena para colaborar en esta emergencia.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

❁

Agradeciendo

Nunca había tenido ocasión de agradecer tanto a tantos, en tan poco tiempo. Y todo gracias al cautiverio del covid-19 que, al final, tendrá que ser recordado en la humanidad entera como un tiempo de gracia. Sí, incluso para aquellos que lo sufrieron en su propia carne y para todos los que ayudaron a recuperarse a la mayoría o a bien morir a algunos otros.

Desde mi semivoluntario cautiverio en mi propio departamento contemplo desde el balcón a la gente que pasa y algunos hasta me saludan, sin haberme conocido antes: niños en bicicleta, muchachos en moto que llevan alimentos, medicinas y encargos a otros que, como yo, siguen cumpliendo el solicitado retiro para no entorpecer la labor de los que nos cuidan con tanto esmero y eficacia. Hasta los perros que sacan a pasear a sus amos me sa-

ludan con sus ladridos y yo lo recibo como un homenaje o una cortesía a mi pobre persona que vive sola y los mira con cariño desde el cuarto piso.

Hoy me paso el día agradeciendo a Dios porque me mantiene sano y salvo y, en cierta medida, contento de hacer caso a este encierro sanativo, agradezco a los familiares y amigos que me llaman constantemente, que me envían mensajes entretenidísimos, que no sé cómo salen con tanto ingenio y gracia, a los muchos antiguos y olvidados conocidos o amigos que habían quedado sepultados apenas en un borroso recuerdo. (...)

Jesús Ginés Ortega
Lo Barnechea, Metropolitana, 84 años

❁

(...) estoy agotado, salí por la mañana a buscar mis remedios a la Unidad de Salud Mental. Llegué a las nueve y media de la mañana; todo es un caos. El edificio donde funciona la unidad mantiene cerrada la puerta, por entre las rejas pasan un número de atención.

Es un día caluroso y estamos a pleno sol, las horas pasan, me siento mareado, rápidamente voy a comprar una bebida, no sea cosa que pierda el orden de atención.

Siendo las tres y media de la tarde me pasan mis remedios.

Tengo deseos de llorar, estoy en la angustia misma.

Lautaro Ramos Guerra
Quilpué, Valparaíso, 69 años

Domingo, 5 de abril

Hoy es mi cumpleaños. Cumplí 87 años y sigo en cuarentena. Mi familia había planeado tantas cosas para celebrarme. Solo unos pocos pudieron venir pidiendo permiso en la comisaría virtual. Vinieron disfrazados en un auto lleno de mensajes de cariño, era como una especie de carro alegórico. Representaban a mis 9 hijos, 38 nietos y 6 bisnietos, y me cantaron desde la calle. Yo asomado desde mi balcón de mi departamento en

un segundo piso, me emocioné... Confieso que se me escaparon algunas lágrimas... Estoy desconcertado y agradecido a la vez... Me siento querido.

Patricio Díaz Carrasco
Vitacura, Metropolitana, 87 años

Lunes, 6 de abril

Mónica llegó al hospital Gustavo Fricke buscando a nuestro amigo y no figuraba en ningún registro. De acuerdo a Informaciones, no había ninguna persona con ese nombre. Extraña confusión. ¡Cómo equivocarse tanto los conserjes!

Llamó, preguntando si tenía sus datos personales. Como coordino el Club de Lectura, tengo ficha personal de cada integrante. Lo más cómico es que descubrimos que se llama Serafín Ezequiel, dato celosamente omitido por años. Nos reímos a gritos: ¡nombre de ángel tenía! Y, por supuesto, ¡lo encontramos!

Le permitieron visitarlo, ya que no registra parientes. Su diagnóstico: septicemia generalizada y edema pulmonar. ¿Qué es eso?, nos preguntamos todos.

Mientras esperaba su ingreso a la UCI del Servicio de Medicina, con todos los protocolos por la pandemia, no se dio cuenta e ingresó una persona en su lugar. Después de la confusión se aclaró que era Luisa, la nana que tiene Ezequiel, desde hace años. Se ha preocupado de todo y es el nexo entre la familia, el hospital y ahora nosotros. ¡Qué mujer más leal y bondadosa!

Elba Valeria Meneses Cortés
Concón, Valparaíso, 63 años

❁

Me desperté de un sueño raro. Preso del *big bang*, mi destino estaba en una galaxia que siempre se está alejando de mí. (60 peras.com)

Mario Vera Aravena
La Cisterna, Metropolitana, 60 años

Desde hace algunos días he tenido la idea de escribir una especie de diario durante esta pandemia, después de leer en internet sobre lo que significaba hacerlo y me gustó lo siguiente: «Poco a poco la vida parece no transcurrir en el presente: la vas escribiendo, y es como si la vieras ya pasada, muerta. Escribes la vida, y la vida parece una vida ya vivida». (En prólogo de *El cuaderno rojo*, Paul Auster).

Y decidí escribir lo que hacía y pensaba durante los días de cuarentena voluntaria desde el 22 de marzo, cuando ya no salí más, encargando compras a mi hijo. Porque ya antes había tomado algunas precauciones, como cuando decidí no ir al concierto del viernes 6 de marzo, pensando en que era viernes (problemas con protesta social) y que podría ser contagiada con el virus. Esta escritura no es para descargar tensiones ni sentimientos, porque al ser muy pragmática, no soy muy emocional y tampoco guardo muchas cosas.

Los primeros días me llené de actividades y como soy muy activa incorporé actividades físicas, tales como jardinear todo lo pendiente, limpiar follaje de todas las plantas de interior, reiniciar los ejercicios de cintura y abdomen, limpiar piso con cloro y agua así como todo lo que ingresaba cuando volvían mi hijo o esposo de sus escasas salidas obligatorias.

Pero también continué mis lecturas, del libro en velador al cual agregué *Confieso que he vivido* de Pablo Neruda, que me entrega sus testimonios como minicuentos con una prosa de poesía. Además se me ocurrió buscar en internet varias ideas de entretención cultural que *El Mercurio* señalaba, así es que traté de ver una ópera pero cobraban en euros, sí vi parte del Museo Hermitage en 360°. Además bajé *La peste* de A. Camus, excelente novela y entretenida, de 1947, mostrando muchas situaciones semejantes a las de la pandemia del covid-19; la sigo leyendo todos los días un rato y se me ocurrió subrayar lo más parecido a lo actual, con la idea de separarlas en un archivo.

Me han llegado comentarios de lecturas enviadas por los socios del Club de Lectores al cual pertenezco y soy coordinadora y ya leí todos los minicuentos de «Santiago 100 palabras» que me envió un socio y tengo ya separados los que creo son más ingeniosos para enviarlos a los socios.

Estamos viendo mi marido, hijo y yo, películas relacionadas con pandemias que se bajaron de internet. No es morbosidad o masoquismo de nuestra parte, pero son sumamente entretenidas las películas y libros sobre epidemias y me hacen pensar en que siempre hay sobrevivientes y mucha gente sacrificada que apoya, lo que me tranquiliza, más que eso me da conformidad y esperanza si por el azar me contagio yo o uno de mis familiares. Y seguimos tranquilamente con nuestras actividades después de verlas.

En la tarde celebramos el cumpleaños de mi esposo, compartiendo su apague de vela y cantando el cumpleaños feliz en forma virtual con mi hija y su esposo, que están lejos de nosotros, a través de los celulares benditos.

Rina Acuña P.
Maipú, Metropolitana, 74 años

Vampirito

Llegó una visita inesperada a principios de marzo. Todos discuten sobre este avasallador y rebelde señor: ataca a pobres y ricos, sabios e ignorantes, justos y pecadores. Los viejos temblamos de miedo. Nuestra casa nunca había sido tan querida, la limpiamos una y otra vez, reubicamos los cuadros y relojes...

Pasan los meses. Le he guiñado el ojo a esta visita tan cruel, que avanza de norte a sur, de oriente a poniente. No le tengo miedo, pero igual le suplico que no me lleve, porque quiero ver grandes a mis nietos y también quiero acariciar a unos pequeños a los que pueda llamar bisnietos.

¡Aleluya, aleluya! Hoy mostraron el caso de dos ancianos de 80 años que han salido invictos de esta ofensiva. Siento placer al imaginar que los poderosos deben arrodillarse a escondidas en sus suites lujosas, pidiendo que no se los trague la tierra. Creo que si tuviese que ponerle un nombre, sería virus justiciero.

El último tiempo hemos hecho reflexiones tales como: «Qué frágil es la vida», «¿Por qué no haber sido mejores personas?». Daría todo para que no me chupe la sangre este vampiro de nombre coronavirus.

Aléjate de mí
Vampirito coronavirus
Desde hoy seré mejor persona
Quiero vivir, quiero vivir
Aún no quiero morir
¡Aléjate de mí!

María Julia Placencia Parra
Huechuraba, Metropolitana, 74 años

Martes, 7 de abril

Día 18 de cuarentena voluntaria. Para pasar este encierro, decidimos hacer un juego. Esta actividad se tituló #porqueyonotedigogarabatos. Los resultados fueron (orden de menos a más chuchás):

3°lugar Gabriela TE
2°lugar José Manuel Ortega Ramírez
1°lugar Gaby Ortega Tapia
Monto obtenido: $1.800, que se van a la caja fuerte.

José Manuel Ortega Ramírez
Valparaíso, 70 años

Miércoles, 8 de abril

Pasan los días. Espero que todo se vaya arreglando. Que no tengamos ningún enfermo en la familia. Además de la Pía, me preocupa Benjamín. Ojalá que la suspensión de clases hasta fines de abril no le afecte mucho en su PAA. Creo que está un poco relajado. Me prometió que empezaría a acostarse más temprano y levantarse también antes.

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

Todavía esperando y de lo único que se habla es del coronavirus. Se dice que es una pandemia, también que es como un resfriado o una gripe. Qué bueno que viene un feriado y un fin de semana largo, 10, 11 y 12 de abril. Escucho la radio y anuncian cordón sanitario que no permitirá volver a Dichato. Bueno, habrá que quedarse en casa, total el tiempo está bueno todavía. Otro fin de semana iremos.

María Magdalena Gutiérrez Badilla
Chillán, Ñuble, 79 años

Jueves, 9 de abril

Decido organizar una rutina, voy gradualmente retomando hacer yoga. Medito relajando mi mente, tomando conciencia de mi respiración... Inhalo... Exhalo. Comienzo a hacer un cubrecama para mi nieta que ahora sigue en Lima... Me consuelo porque está bien. Comienzo a leer, a releer *Cien años de soledad* de G. García Márquez... Como dice Úrsula, personaje del libro, la vida es circular.

Eliana del Carmen Peralta Andrade
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

Viernes, 10 de abril

Manualidades, yoga *online*, meditación, encierro, mensajes por WhatsApp. Mi nieta en su casa frente al computador participando en un cumpleaños de una compañera... Me dio pena...

Empecé a caminar rápido dentro de la casa, mil pasos. Tengo que moverme. El virus no da respiro.

Elsa Rosa González Larsen
Machalí, O'Higgins, 68 años

❁

La condición de salud de nuestro amigo se ha complicado. La doctora que lo atiende dice que tiene un complejo problema cardíaco. Le han puesto respirador artificial. ¡Todo es muy confuso, cada día una información médica diferente!

Elba Valeria Meneses Cortés
Concón, Valparaíso, 63 años

❁

No es fácil la cuarentena. Siempre me ha gustado estar en la casa, me entretengo con mis cosas e incluso me faltan horas en el día para hacer todo lo que quiero. Pero me abruma la incertidumbre y me falta algo: libertad, para decidir si salgo o no salgo. Qué pasará, cuánto durará esta pandemia, cuánta gente morirá, me contagiaré o no. Rezo mucho por los enfermos, por los fallecidos y sus familiares. El coronavirus nos cambió la vida de una manera brutal. Y pienso, y pienso y pienso. Qué pasará, hasta cuándo seguirá esto. Esa incertidumbre que me pesa, me agobia y me angustia.

Catalina del Rosario Larraguibel Lazo
Vitacura, Metropolitana, 70 años

❁

«Hasta que no se pierde algo, no se valora en su justa dimensión». En este caso los abrazos de cumpleaños. Mi hijo mayor por primera vez celebrará sin nosotros, su señora e hijos le prepararon una bonita celebración de cumpleaños en casa. Siento el pecho apretado y tengo los ojos acuosos. Francisco también ha estado con pena, estamos silenciosos, pero cuando las lágrimas no se contienen, me encierro en el baño, luego me lavo la cara y salgo como si nada.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

❁

Viernes Santo. Estoy escuchando algunas arias del Réquiem de Verdi en internet, que es más alegre que el de Mozart, del cual solo escuché algo en la radio Beethoven, que afortunadamente se reinició el 1 de abril. He dispuesto algunas cosas para la parcela familiar en Curicó, ya sea teléfono o WhatsApp debido a que no he podido ir y creo que quizás hasta julio no lo podré hacer. Tengo que escribir que todos los días rezo por mi familia y cercanos, pidiéndole a Dios conformidad y consuelo para los deudos de fallecidos a nivel mundial y los del país.

Rina Acuña P.
Maipú, Metropolitana, 74 años

Mmm... La oferta digital no era mala para comenzar tiempos que jamás pensamos durarían meses, estábamos solamente en los inicios de lo que otros países, por allá por el hemisferio norte, habían vivido. Nos habían emocionado con sus cantos en los balcones, la mensajería del teléfono se repletaba de videos, hasta llegamos a sentirnos entretenidos... Las plataformas ofrecían todo tipo de series y películas. Esa tarde opté por escuchar una ópera gratis desde la Metropolitan House de Nueva York. De no creerlo.

Olvidé contar que no cocino. Pero sé hacer arroz, tallarines, puré de papas en caja, freír carne molida, en fin, lo mínimo para subsistir. Mi debilidad son los huevos y ahí soy un genio. También, mucha ensalada y mucha comida congelada. Una amiga me mandó un tipo de ejercicios bien posibles, que se hacen sentada en una silla y opté por hacerlos día por medio y el otro día por medio, Pilates por Facetime. Esa misma amiga me llevaría a un parque cercano a caminar durante dos horas cada vez que «nos soltaban». ¡Estaba lista! Nunca sospeché que tres meses después seguiríamos en lo mismo, pero peor, y que ninguna de estas «muletillas» serviría para completar ningún día feliz...

Verónica López
Vitacura, Metropolitana, 74 años

La doctora me dijo que evitara ver noticias, me acordé de su consejo cuando, en las noticias de la noche, en las calles de Guayaquil, mostraron bolsas con personas fallecidas en las veredas, el servicio de retiro de los cuerpos no da abasto. No pude dormir.

Mónica Celis Morales
Huechuraba, Metropolitana, 70 años

Llegan desde Europa angustiantes llamados a no salir de casa. Allí se está sufriendo lo inimaginable y, a pesar de ello, se dan un tiempo para dar la advertencia a otros pueblos del mundo. Y su dolor se convierte también en nuestro dolor. Surgen, tal vez a modo de

bálsamo, hermosas canciones y poemas, tanto en Europa como en nuestro país. También se hacen presentes los grandes de la música y de la literatura universal.

Entre otros, me llega un poema de Gabriela Mistral:

«¿De qué quiere, usted, la imagen? (...) Que aquí no hallará seguro, / La imagen del Nazareno. Vaya a buscarla en las calles / Entre las gentes sin techo / En hospicios y hospitales / Donde haya gente muriendo. / En los centros de acogida / En que abandonan a viejos. / En el pueblo marginado / Entre los niños hambrientos/ En mujeres maltratadas / En personas sin empleo...»

Se dice que el covid-19 llegará hasta todos los hogares y sabemos que hay muchos en que no se cuenta ni siquiera con lo más elemental para defenderse: agua. Duele que haya gente que esté en situación de tan extremo sufrimiento por falta de dinero para cubrir ni siquiera medianamente sus necesidades básicas; y que en el otro extremo existan sueldos altísimos como los de senadores y diputados, alcanzando en los primeros 100 veces un sueldo base y en los segundos, 67. ¿Que del total que reciben un tercio es para cumplir con sus funciones? Ningún empleado público tiene este privilegio. En mi labor como docente durante 44 años, nunca recibí ni siquiera un lápiz; y para llegar hasta mi trabajo, hubo veces que debí caminar hasta 10 kilómetros.

María Elena Olguín Muñoz
Puerto Varas, Los Lagos, 73 años

Un primer contagiado en mi pueblo es un joven que llegó: fiesta, paseos por todos lados, repartidos corona por aquí, corona por allá.

Nilda del Rosario Egaña Pizarro
Combarbalá, Coquimbo, 73 años

Sábado, 11 de abril

(...) Hoy completo sesenta y cinco vueltas alrededor del sol, soy tercera edad. Lo planificado con antelación se desmoronó como castillo de naipes por la pandemia. Celebraríamos no solo mi cumpleaños, además la llegada de mi hijo Sebastián y los hijos, desde Suiza, en una casa

conseguida en la playa, respirando aire puro, con todos sus hermanos, no se ven hace años, solo yo he viajado a conocer a mis nietos el 2013 y el 2017, invitada por él, por supuesto, la exigua pensión no lo permitiría, es cineasta y su esposa integra una destacada compañía de teatro. Estos viajes me han permitido conocer y disfrutar del arte como vida diaria, ver el buen pasar de adultos mayores, pensiones y salud aceptables aunque reclaman, talleres deportivos, se ven por parques en caminatas con bastones como los usados por esquiadores, luciendo tenidas deportivas de calidad muy *vintage*, tienen años pero siguen impecables, fortalecen la musculatura de las piernas, para no resbalar en la nieve del invierno, gozan de paseos gratuitos en barco por grandes lagos, a veces la otra ribera ya es otro país, como Francia o Italia. (...)

Después del estallido teníamos fe en el 2020, ni soñamos con este encierro... Suspiro profundamente y digo: ¡Celebra no más, a divertirse como sea! Cantaron el cumpleaños, cada uno desde su cámara, soplé las velas, pedí tres deseos, no sabía que eran de las que no se apagan, una y otra vez se prendieron y debía soplar otra vez. «Ya no soplas parece». Rieron, estrepitosamente, brindamos más de la cuenta. (...)

Beatriz Margaño Torrente
Santiago Centro, Metropolitana, 65 años

El día despertó precioso, las diucas chillan cada día más cerca
de mi ventana, y el colibrí no ha llegado todavía.

Ya fui a corretear a los burros que insisten en comerse lo que queda
de los cactus. Y las nubes volvieron a interponerse entre el cielo y la tierra,
como entre mi mente y mi corazón, sin dejarme encontrar
el equilibrio entre la tranquilidad y el silencio, y el ineludible desasosiego
de la información que nos está llegando a diario.
Aun en medio del desierto, donde me puso la vida, no estoy sola,
estoy sufriendo con todos, por lo que le está pasando a nuestro planeta.
Enfermedad, muerte, dolor y encierro.

Mi hijo y mis nietos son la prolongación de mí misma,
ya no soy yo, soy yo con ellos, y con su madre, y con sus abuelos.
Y desde ahí, la extensión al planeta entero.

Soy yo, con un abuelo jubilado, que no logra controlar la información
que llega a su cerebro y entra en un laberinto sin salida
y termina cocinando una ensalada rusa.

Soy yo, con la pesadumbre del planeta.
Soy yo, con la esperanza... de que no nos pase nada,
pero no puedo cerrar los ojos y no ver lo que nos está pasando.
Ver la inconsciencia... la no conciencia...
Los muy ricos quieren seguir siendo muy ricos,
los delincuentes siguen delinquiendo,
mientras los abuelos, y nuestros familiares se nos están muriendo...

Quizás llegó la hora de la despedida,
porque aunque salvemos la vida, ya no seremos los mismos.
Quizás no podremos hacer bromas irónicas ni sarcásticas
porque todos habremos sufrido lo mismo.
Pero no perderemos el sentido del humor,
sino que el humor cobrará su sentido.

Quizás abrazaremos a quien nos hizo sufrir, sin resentimiento,
porque gracias a ellos aprendimos a superar el sufrimiento.
Quizás saldremos de esta con la misma comprensión
y nos miremos a los ojos y con humildad en el corazón
nos compadezcamos y en un largo abrazo por el tiempo
que estuvimos separados, lloraremos en agradecimiento.

Y nos llenaremos del valor que nos dará el haber aprendido,
que no solo yo, sino todos juntos, habremos logrado dar un salto
hacia esa otra dimensión que nos espera
a los que seguiremos en la Tierra, o a los que nos toque liberarnos,
del peso del humano sufrimiento.

La Soledad del Desierto

Soledad
La Higuera, Coquimbo, 68 años

Domingo, 12 de abril

(...) Este año quiero asumirlo como un desafío a mi vejez y mis proyectos y, desde ya, los invito a reflexionar a cada uno sobre sus buenas, necesarias y positivas potencialidades para entrar no al «baile de los que sobran», sino que al baile de los que faltan. Nuestro país y nuestro planeta no pueden convertirse en otra feria de cachureos y sueños perdidos.

Omar de la Cruz López Llana
Puente Alto, Metropolitana, 69 años

❁

Cuatro semanas acá, ya van más de 7.200 contagiados y 80 muertos.

Peyi sigue creciendo y yo le tejo, acaban de avisar que vendrían el 3 de mayo, Dios lo permita.

Nuestra rutina acá es la siguiente: Cris se levanta a las 8:30 y baja a tomar desayuno, yo bajo a la *Maty*, le doy comida y la saco, luego vuelvo a la cama otro ratito mientras reviso el Instagram y Facebook, luego nos levantamos con la Negra y bajamos a tomar desayuno. Cris a esa hora ya está trabajando la tierra, sube a la colación, día por medio le toca yogurt con cereal y frutas. Nosotras nos dividimos aseo de baños, piezas y los miércoles yo lavo a mano en la tina con jabón y escobilla, porque acá no tengo lavadora.

A las 12 en punto me voy a la cocina para preparar el almuerzo, trato de hacer todos los días algo distinto y rico, ¡día por medio hago pan, ¡y ayer hice por primera vez calzones rotos! Hace una semana que dejamos de jugar pimpón, porque la Negra está con cistitis. (...)

Iris Merillan Bustos
San Antonio, Valparaíso, 63 años

Hoy se acabaron las mascarillas y como tenía telas guardadas y con otro destino, marqué la primera y de ahí a la máquina de coser y la primera ya está lista para usarse. Voy a confeccionar muchas más, pues el tiempo de la pandemia durará

mucho más de lo que anuncian las autoridades. Mi experiencia con pacientes respiratorios avala mi pronóstico. Todos los años se saturan los servicios de urgencia, por la afluencia masiva de pacientes con enfermedades estacionales, más aún ahora producto del covid-19.

Adriana Jara González
Puente Alto, Metropolitana, 65 años

Pasaron de la junta de vecinos pidiendo ayuda, mucha gente se ha quedado sin trabajo, la pobreza que muestran los reportajes es algo inenarrable, la situación de los migrantes es terrible, muchas personas acampan fuera de los consulados esperando volver a sus países.

Mónica Celis Morales
Huechuraba, Metropolitana, 70 años

Primera lluvia en cuarentena

Una decidida y ahora copiosa lluvia se siente caer en un silencio que no cambia con las horas y los días... Silencio a secas, duro y que acalla cualquier intento de perturbarlo. Que esconde detrás de cada puerta muchas vidas cotidianas, que no se escuchan, pero que están...

Vidas que están llenas de preguntas, que aprenden a la fuerza a vivir en incertidumbre, a esperar algo..., que no se sabe a ciencia cierta qué es... Y eso que en mi barrio hay techos, comida, frazadas y familias que se acompañan... (...)

Margarita Sáez
Estación Central, Metropolitana, 67 años

Lunes, 13 de abril

Mi casa antipandemia

Construí una casa antipandemia
y la instalé en un picacho de montaña,
sin accesos ni ascensor ni pasarela
sin sus puertas, ni siquiera una ventana.

Ahora ya, pandemia, ve a buscarme,
pero no me encontrarás porque no estoy;
tu destino es avanzar siempre adelante
y yo trato que no veas dónde voy.

En mi casa nadie espera tu llegada
y no hay muebles ni aparatos que infectar;
el vacío es el camino hacia la nada
y es allí donde debieras ingresar.

¡Vete ya, pandemia infecta y mala saña!
Nadie quiere de tu mano caminar,
yo te cedo mi casita en la montaña
donde encierres tus impulsos de maldad.

Patricio Moreno Farías
Concepción, Biobío, 85 años

30 días encerrada. Hoy, 13 de abril. ¡Todo un mes!

El domingo 8 de marzo llegué, el 10 la mudanza llegó, el 11 fui al supermercado, el 12 me vacuné y el 13 ¡¡la cuarentena!! ¡Qué joder! Desde Puerto Varas, la hermosa ciudad de las rosas, rodeada por el gran Llanquihue, y enmarcada por tres pintosos caballeros vestidos de blanco, el Osorno, el Calbuco, el Puntiagudo, nada menos que sus tres

volcanes, uno tras otro. Mil kilómetros recorrí para regresar a Santiago ese mismo domingo en que las mujeres de todo el mundo proclamaron su día, dejando su huella por dondequiera que fuera. Primero el estallido social y ahora la pandemia. Demasiado. El mundo enfermó.

Después de una larga y agotadora mudanza, de embalar cajas y más cajas ¡sola!, venta de muebles, electrodomésticos, cachureos y más..., por fin llegué. Estaba agotada. Y, con él, quería salir a pasear. Lindos planes teníamos para iniciar una nueva aventura, nuestra vida juntos. Nada fácil, en cuarentena.

Extrañaba mi cordillera. Extrañaba a mi lindo caballero aún más, y aquí estamos, encerrados, el par de «viejos» de 70 y más, sin salir ni siquiera a caminar. ¿Pasear? Algún día. En la ciudad del cemento, el encierro se nota más. Solía caminar por la costanera, ahora, disfruto el balcón y la cordillera.

Verónica Escala
Las Condes, Metropolitana, 73 años

Cumpleaños de mi marido. Preparé algunas cosas de repostería que vi en internet. Me decidí a intentar con un bizcocho que se transformaría en un lindo pastel, pero fue un fracaso rotundo. Salió del horno un perfecto cono, por debajo un hoyo, era en realidad un embudo. Igual sirvió para colocarle una velita, cantarle el cumpleaños feliz y que pida tres deseos. En realidad, estaba riquísimo el embudo, le mandé fotos a los hijos para que estén tranquilos y no sufran por no tener al papá cerca. Lo saludaron por videollamada.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

Estando en casa de mi hija en Santiago me sentí muy mal, afectada por muchas molestias: fiebre, dolores musculares y dolor de garganta. Mi hija se preocupó mucho y me llevó a una clínica particular, donde fui recibida en urgencia y me atendieron rápidamente. Estu-

ve toda la noche en esa sala de urgencia, me hicieron el examen PCR, exámenes de sangre y con remedios para bajar la fiebre.

KUN
Viña del Mar, Valparaíso, 80 años

Quisiera que al despertar cada mañana, esto fuera una pesadilla, pero no es así, es una realidad terrible que nunca me imaginé que la iba a vivir, siento mucho miedo porque ya tengo 70 años y estoy de alto riesgo por lo mismo; la muerte está tan cercana, no le temo, ya he perdido en años anteriores a mis hermanos aún jóvenes, pero tengo a mi hija y quiero estar a su lado por muchos años más, sobre todo ahora que estamos viviendo además la dolorosa partida de mi nieto Alfonso, que no podré nunca tenerlo en mis brazos, acariciarlo y jugar con él, tenía cinco meses y medio en el vientre de su madre pero no pudo seguir su desarrollo, nada de lo que planificamos pudo ser, siempre me preguntaré el por qué tuvo que pasar esto, también me pregunto por qué no. Hoy ya eres un angelito, mi niño amado, y en este contexto vivimos el duelo, pandemia y cuarentena, sin poder salir, juntarse con las amigas de toda una vida y contarnos nuestras penas y alegrías, recordando nuestro paso por la universidad, pololeo y anécdotas. Hoy vivo sola, pero afortunadamente mi hija y yerno viven en el mismo condominio, no sé si hubiera podido sobrevivir en la soledad, sin poder hablar con nadie ni ver a nadie. Me gusta comunicarme y saber de las personas que estimo y quiero, menos mal que manejo algo de tecnología así es que nos comunicamos por WhatsApp y por videollamadas.

Todo cambió de un día para otro, veía tan lejano que llegara el covid-19, escuchaba las noticias cuando empezó en Wuhan como en diciembre del 2019 y pensaba, difícil que llegue acá, cuán equivocada estaba, llegó el primer contagiado en marzo y de ahí no ha parado y se instaló, quizás hasta cuándo. La incertidumbre es la palabra clave hoy en día, pasan los días, los meses y seguimos encerrados, ojalá que todos siempre respetemos la cuarentena. Y todo cambió, mis clases de tejido, encuentros con amigas de hace 50 años, salir a caminar disfrutando del paisaje o conversando con el guardia del supermercado o con alguna señora en el Transantiago. Los primeros días de cuarentena pensaba que sería por poco, los días se hacen muy largos a pesar de inventarme cosas para no caer en la pena que a veces me inunda por mi hija, mi nieto y los contagios.

Me asomo a mi balcón y hay un niñito como de 5 años al frente en un edificio y saluda a todos los *delivery* que llegan a dejar algo. ¡Hola! y ¡chao!, algunos le responden,

otros no, chiquitito, la necesidad que tiene de querer comunicarse, debe ser muy sociable. Yo lo saludo al balcón, aunque no me vea porque nos tapa un árbol, igual nos saludamos. Me afecta mucho pensar en los niños, en los bebés recién nacidos que tienen que estar confinados en sus hogares y quizás con los padres algo desesperados al no saber cómo entretenerlos. No pueden ver a sus amigos del jardín infantil o sala cuna, colegios. El escuchar llantos, risas, conversaciones de niños, se me encoge el corazón, de repente veo pasar alguna mamá y su niño con su mascarilla, ellos lo ven normal y creo que son más conscientes que muchos adultos que no respetan cuarentena. Les tocó vivir esto sin poder ver a sus abuelos, tíos, primos, muy penoso. (...)

¿Qué ha pasado? Esta misma pandemia nos ha demostrado que la naturaleza está respirando, veo por la televisión animales que salen a los caminos, bajan de los cerros porque han ocupado su hábitat y me pregunto si realmente cuando pase todo esto, ¿habremos cambiado? Lo dudo, aún se ven tantas personas por comunas que están en cuarentena o circulando en toque de queda.

Extraño tanto salir a caminar, lo hago ahora alrededor del edificio, sin ver a nadie, pero me hace bien, veo unos colibríes que vienen a absorber el néctar de una flor y los asocio con mi nieto, dicen que son almas que vuelven, yo lo siento cerca, aunque nunca lo veré, lo tengo en mi corazón y en mis pensamientos.

Tengo fe y esperanza de que esto luego acabará y pido a Dios que me dé vida y espero no contagiarme, he tomado todos los cuidados para que no suceda y también pido mucho por el planeta y por nuestro querido país. Hasta mañana.

Verónica Ceriani Gallardo
Ñuñoa, Metropolitana, 70 años

No sé qué día fuera del tiempo estamos viviendo, ya hace tres semanas encerrados con toque de queda y distanciamiento social, nada de besos, abrazos, distancia de un metro o mejor dos, mascarillas, guantes, compras por pedido... Noticias que preocupan.

Sonia Arancibia Riquelme
Puente Alto, Metropolitana, 79 años

❁

Han pasado cuarenta días de una cuarentena que se prolonga y ya no se sabe hasta cuándo. Todo el mundo está en crisis, aun los que no quieren reconocer a costa de miles de contagiados y muertos, es el costo que se debe pagar para no parar la economía. (...)

Julio Villarreal
Ñuñoa, Metropolitana, 65 años

Martes, 14 de abril

El domingo 12 tuvimos la primera lluvia del año, muy poca. Hace días no escribo por tener otras entretenciones, tales como ver una serie, seguir revisando las monedas, y terminar un libro. Envié dos comentarios a socios del club pero no han respondido. No han determinado cuarentena para Maipú. Me siento algo descompaginada, a veces no sé qué hacer de todas las cosas que pretendo o pienso hacer, debe ser el encierro por no tener actividades fuera de casa.

Rina Acuña P.
Maipú, Metropolitana, 74 años

❁

Me despierta el canto de los pajaritos en mi jardín, miro por mi ventana y los veo felices buscando comida, ausentes de lo que está pasando en el mundo, de sentirme encarcelada en mi hogar por culpa de este virus mortal que nos afecta.

Estamos en otoño, hoy es 14 de abril de 2020, el día está gris, veo caer las hojas que vuelan con el viento y yo camino muy de prisa, muy asustada y angustiada a la vez. Sé que no debo salir a la calle, el peligro está, no lo veo, pero existe, porque no sé qué persona está contagiada con este virus mortal, llevo encerrada muchos días, hay muchas noches intranquilas y días que se me hacen eternos, me pregunto: ¿esto es realidad, o es un sueño que no termina? Sufro con todo esto, tantas personas que han fallecido sin esperarlo.

Cristina Pino Muñoz
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

Miércoles, 15 de abril

Mientras esperaba el resultado de los exámenes, permanecí en ese piso por dos días con el grave problema que podía contagiarme.

Sorpresa fue cuando llegaron los resultados de los exámenes y todos salieron negativos. Me agregaron una resonancia magnética abdominal y de pelvis, parece que no lograban comprender porque tenía todos los síntomas y los exámenes no mostraban al virus. Al amanecer, viendo que ya no era contagiosa, me trasladaron a otra habitación donde no había contagio ni cuidados especiales.

Los exámenes seguían porque no entendían que si tenía todos los síntomas del coronavirus no estaba afectada ni contagiada con esa grave enfermedad.

KUN
Viña del Mar, Valparaíso, 80 años

❁

A pesar del encierro, la soledad no me incomoda. Siempre tengo algo que hacer. Me las arreglo. El taller de escritura lo estamos teniendo por Zoom. No sabía lo que era, pero Daniel me lo instaló en el *notebook*, y así tengo audio y video.

Para no oxidarme, hoy pasé la aspiradora. Tengo que reconocer que, de aseo, ni hablar. Como conclusión, estoy pensando en comprar uno de esos robots para que se encargue de esta tarea. Yo seguiré con el lavado, planchado y la cocina. Coser se me da bastante bien. La semana pasada avisaron de que todos tenían que andar con mascarillas. Tenía pedazos de género. Hoy les hice mascarillas a los conserjes. Me quedaron harto bien.

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

❁

Ausencia de una vida materna

Cuánta vastedad asumida, con osadía desmedida, una persistente bendición, una verdadera redención para nuestras vidas. Desde la liberación del dolor a la compasión, sublime

actuar por la ternura vivida. Si acaso un dejo se puede vislumbrar a lo lejos, fue el privilegio para el que más requería, a sabiendas que ahí estarías, sin importar tiempo y medida, equilibrada y ecuánime, síntoma de sabiduría. (...) Tal vez encuentre en la esperanza algún pórtico de salida, o bien, solo lo salve con mi ida. Hoy oré por ti.

Fernando Squella Narducci
Viña del Mar, Valparaíso, 71 años

❁

Cualquier día...

Raro este amanecer con oídos para este silencio de a uno, de a dos, de a cuatro y parece que nada ocurre cuando está pasando todo.

Porque el mundo cerró por quiebra de valores, de esos, los esenciales... Porque la naturaleza habló y no la escuchamos, porque el mercado, el poder, la guita, gobiernan a pesar de los pesares. Pero qué disfraces de buenitos se ven en la tele... (...)

Margarita Sáez
Estación Central, Metropolitana, 67 años

Jueves, 16 de abril

Como soy tarotista, este día he dado una mirada al covid-19 y Chile, y el asunto no se ve auspicioso, lo he publicado tratando de no ser dramática, pero se nos viene pesado y, aunque sea estresante el asunto de mascarillas, el confinamiento voluntario (al menos en mi ciudad) es la única forma de evitar males mayores.

Patricia Florencia Echeverría Silva
San Fernando, O'Higgins, 75 años

❁

Dia 30 de confinamiento voluntario

(...) La pandemia cambió de golpe y porrazo mi estatus de persona activa, castrando parte de mis roles al definirme como adulto mayor de alto riesgo, dejando de lado mi condición de persona. ¡Qué diantre!, me digo, hasta hace poco mi experiencia importaba. Ensimismada en este cuento, recorrí la historia buscando el dónde, el cuándo y el por qué los viejos perdimos valor.

Recuerdo con nostalgia los tiempos idos y a los amigos que reconstruyeron la democracia pagando con sus vidas la libertad del pueblo. Queríamos un Chile justo. Hoy, esos momentos son irrelevantes para el sistema que actúa como un sociópata.

Patricia Morgan Cano
Coquimbo, 69 años

Viernes, 17 de abril

Con música vienen las palabras a la pantalla. El teclado me envuelve.

No sé a quién le escribo. Estamos viviendo un cambio total de mundo y esto que escribo por el momento vale solo para mí.

Tal vez mañana ya no esté, nos han coronado el miedo y la muerte.

Me ha coronado la introspección. El placer de sentir el aire. De oler mis pensamientos. Vuelvo a la adolescencia con un diario... Querido diario:

Me comunico con desconocidos. Y con los conocidos que no me comunicaba.

Les converso a las plantas que mantengo cautivas en mi terraza y les pido perdón por haberlas sacado de su entorno y les prometo regresarlas a donde deben estar alargando raíces y tomando agua a su antojo.

No me responden, no me creen.

No sé si permanecerá la humanidad, y si así fuera, qué maravillosa experiencia van a tener mis nietos para contar.

Pido que la música, el arte, la poesía sobrevivan. Bach no te mueras por favor.

Laura Naranjo Arcaya
Providencia, Metropolitana, 75 años

Murió Luis Sepúlveda, vivía en España, se contagió. ¡Qué pena!, me gusta cómo escribe, me gusta su actitud consecuente. Como diría mi querida Miriam Salinas: ¡puto virus! Todos los días dan informaciones, me conmueve-indigna la liviandad de ciertos señoritingos (como diría mi abuelita), al entregar informaciones dicen «lamentamos los xx fallecidos» agregando con un tonito incalificable algo como: eran todos viejos, igual se iban a morir y como a modo de consuelo agregan con voz de circunstancia, fue muerte compasiva. ¡Qué rabia!

Lidia Osorio Olivares
Iquique, Tarapacá, 66 años

Hoy es viernes y aprovechando el viaje de compras de alimentos, pasé a Caja Los Héroes, donde me informaron que mi pensión ya no estaba allí, pues fue depositada en mi cuenta RUT. En Limache, el Banco Estado está muy cerca de esta caja. Miré... y había una larga fila para entrar en él. No fui al banco.

Cristina Espinoza Baeza
Limache, Valparaíso, 64 años

(...) Hoy cumplo un mes de confinamiento, todo tranquilo, al comienzo veía noticias, pero luego, opté por no prender televisión. A esa hora, veo una serie turca, *Hercai*, y una chilena. Tejo, escucho música, me he dedicado a leer, ya he leído dos libros. Ordeno, hago aseo, cocino, me falta caminar, el taichí. (...)

Rebeca Herminia Villalobos Courtin
La Florida, Metropolitana, 75 años

Presagio

(...) Temprano, apenas saliendo el sol, en el umbral de mi pieza distingo una aparición fantasmal, mostrándome un relicario de muerte en su mano, con mirada desafiante e indolente el virus sentenció: ¡Ya estoy en ti!

Me incorporé, cubierta de un sudor helado e intenso frío, una friega de alcohol gel ayuda a entrar en calor y secarme. Con dificultad logro vestirme, unas tercianas me sacudían, las bauticé «mis castañuelas». Pensé: El desayuno me aliviará, continuó el decaimiento. En un momento de entereza, aviso a la familia que estoy contagiada, alarma, gritos, contraórdenes. ¡Llama una ambulancia! ¡Comunícate a este fono! ¡No, con este otro! Ninguno contesta, colapsados, al rato logro contactarme con uno, preguntan: ¿Qué edad tiene? ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿Está sola? ¿Puede hacer cuarentena ahí?... Si se complica la urgencia correspondiente es la Posta Central... Pensé, será el inicio del tratamiento, no indicaron hacerme el examen, no volvieron a llamar. (...) Quedé desilusionada de la red salud, sentí descoordinación, nada concreto.

La historia médica no me acompañaba, inmunidad precaria, bronconeumonías mil, grupo sanguíneo A negativo, se podía complicar. Ya habíamos evaluado la disyuntiva con amigas contemporáneas. Elijo el biomagnetismo, cimentado en que ningún virus sobrevive en ambiente alcalino y reúno lo afín a este objetivo, limones, bicarbonato, sal gruesa para gárgaras, té verde, manzanilla, esencia de eucaliptos, pedí a mis hijos si encontraban papayas, había leído que estudiaban una vacuna, la papaína detenía la rápida reproducción del covid-19, alisté mi trinchera y artillería.

(...) Esa noche el virus decidió atacar hígado y estómago, sin detalles, horas infinitas, no retenía ni un sorbo de agua, tan mal que creí ver pequeñas hadas cuidándome y aconsejando que despertara. En otro momento me veía en una camilla de piedra muy alta, cerca de las nubes, unos seres con túnicas como ángeles vertían desde un jarrón agua cristalina y posaban sobre mí sus manos emanando una luz plateada. Pasaban por mi cerebro raudos recuerdos de infancia, los años en la música, la danza, paseos familiares, mi vida en minutos, despertaba, al levantarme sentía extrema liviandad, pensaba que había fallecido, mojaba mi pálido rostro, pellizcándolo me aseguraba estar viva. (...)

Beatriz Margaño Torrente
Santiago Centro, Metropolitana, 65 años

Sábado, 18 de abril

Me dieron de alta, estaba feliz y volví donde mi hija Annie, donde seguí con la terapia con corticoides y me sentía muy bien, ya sin ningún síntoma.

Permanecí en Santiago hasta el día 13 de mayo, porque no podía regresar a Viña por estar Santiago en cuarentena y esta era total.

KUN
Viña del Mar, Valparaíso, 80 años

El tío Domingo

(...) El personaje, tío Domingo, no miraba nuestras caras ni nuestros cuerpos, aparentemente. Sus ojos curiosamente jóvenes, miraban nuestras manos, no, más bien fijaba la mirada en las monedas que le entregábamos. Palpaba con dedicación de no vidente, con un blando y pulposo pulgar los relieves de los pesos de cobre, recorriendo táctilmente el cóndor de la efigie o el número uno, abrillantado por el roce de tantas manos y telas de bolsillos de anteriores receptores y dadores del peso chileno. A pesar de la lozanía de su piel blanca como de látex de muñeca, sus ojos se cerraban en las comisuras de sus lados externos, queriendo derrumbarse sobre sus mejillas. Era un bebé, con un gesto de terminar un llanto antiguo o iniciar, quizás, uno nuevo; un llanto silencioso, gestual, compungido, o taimado o tal vez iniciaba una sonrisa guardada en su cerebro, en el lóbulo de la alegría. Con un esfuerzo que contraía sus labios gruesos y rosados. No abría la boca, no decía palabra ninguna. Era una guagua gorda y calva, con líneas muy negras, como dibujadas, desde unos centímetros de las sienes hasta desaparecer por cerca del borde posterior de sus orejas. Escuchaba nuestra orden de compra, y vaciando el dinero en una máquina de muchos botones y de ruidos musicales, cuando giraba la manivela de la registradora, National, con terminaciones metálicas, plateadas. Se dirigía a un interior, franqueando una puerta con bisagras de vaivén, sin iluminación. Lo llevaba el mecanismo envuelto en su cotona de suave beige y lo devolvía, sin ruidos, con el vaso servido, sin egoísmo, lleno hasta el borde mismo, sin derramarlo pasando de la obscuridad a la luz escénica. ¿Hasta dónde entraba?, ¿qué había detrás del telón de fondo? ¿Una bodega, un dormitorio en la trastienda, o un jardín resguardado por un telón negro, burlando la vista de los clientes, dónde zalagardeaban, pequeñas

aves de muchos colores, flores exóticas, o un par de sillones, para guardarse en la noche, al cerrar el negocio? ¿Bodega? Difícil, cuando la mercadería exhibida era tan mínima; un frasco de vidrio, de unos cincuenta centímetros de alto, con forma de barril, contenía algunas sustancias de dos colores, mezcladas con galletas del tipo navideño, teñidas con glaseados, de color rosa, café y moradas, moldeadas como guitarras, con líneas blancas también de merengue duro, imitando cuerdas y obviamente se llamaban guitarras. En un nicho más pequeño, dos frascos de igual forma, menores en tamaño, al anterior, con «guatones», «palancas» y «chupetes» de azúcar quemada, con pequeños trozos de nueces incrustados, e invisibilizados, a los ojos del consumidor, el producto principal, exclusivo, en todo Valparaíso... La «chicha de pajaritos».

Parecía más difícil, aunque podría ser una postura, prejuiciosa, de la clientela equívoca... La existencia de un dormitorio. ¿Tendrían vida íntima...Tendrían vida?

La aparición cotidiana y pública del tío Domingo y la mujer, que ocupaba el sitio izquierdo del mesón, podía ser un pudor remilgoso o un acuerdo feliz, para expresarse en la noche el amor de la pareja; una especulación. Tal vez no se conocían o eran viejos amigos o hermanos. No se sabía ni de hijos ni de nietos, y para todos era el tío, el tío Domingo. En público, no se dirigían ni miradas ni palabras. Tenían entre ellos un mundo aparte o paralelo. Quizás uno de los dos no existía, como realidad para el otro. Cada uno ejercía autoridad de la mitad del mesón. Más aún, los egolátricos gatos, marcaban los límites del feudo de madera amarilla pálida compuesto de diferentes nichos con puertecillas de cristal donde alguna vez, lo más animoso, lo impredecible, pero que más allá, en vez de negar la atmósfera, la acentuaba; una mariposa nocturna, perdida, que chirrió levemente, pero no logró llamar la atención de los gatos. El negro era el guardián del tío Domingo, siempre a la derecha de su amo y el blanco era el guardián y querendón de la mujer y se situaba a la izquierda de su... o posiblemente me haya equivocado y al revés cada gato era el vigilante tenaz, del más cercano, ser componente de la escena. Como embajadores espaciales cruzados. Eran monstruosamente bellos, sin mancha ninguna de otro color en sus cuerpos inmensamente grandes. Alguien hizo un comentario irresponsable, o muy responsable... Son gatos capados dijo una mujer, a otra, mirándolos desde el exterior, con cara de experta, sin afán de lucirse y agregó: son lindos y tan limpios...

El tío y la... dama, posiblemente, tenían miedo de hablarse, por temor a ser rasguñado por su mascota favorita o por el contrario. Los gatos habían elegido a su respectivo humano, como su mascota y tal vez, pensándolo bien, si estaban cruzados, su ejercicio era estar como siempre vigilante, a la contraria bípeda mascota para sancionar una falta, un desliz. Serenos, seguros de sí mismos, sin ostentación que falseara su misión. Se situaban sobre el mesón, como una figura en un espejo, con la cabeza hacia el centro de su angosto

país de madera. Era ver al negro reflejado blanco o al blanco reflejado negro, a unos pocas metros de distancia, sin invasiones, con autoridad ganada por prestancia y una mirada amarilla, más intensa en tono que la dominante mampostería.

La mujer era también maciza, con aspecto de italiana, con inmensos ojos verdes, de piel más pálida que el tío Domingo. Con cabellera rubia, sin edad definible. Poseía una contradicción, que negaba en un punto su distanciamiento del mundo circundante; llevaba en el dedo meñique de su regordeta mano derecha, un grueso anillo de oro con varios auténticos rubíes. (...) Una vez la vi, mirando hacia mí. Intenté encontrarme con su mirada, y una posible sonrisa, desde el borde del vaso de chicha de pajaritos. Ella miraba a la distancia, no por sobre mi cabeza sino, a través de mi cabeza... En ese instante, pareció terrena. Deslizó el dedo índice, con suavidad sobre su párpado inferior, como enjugando una lágrima seca, vítrea y la puso con suavidad, al lado de otras, que hasta el momento solo parecían cristales de adorno en los cabellos de su frente. Sonreí amistosamente, pero no hubo respuesta, me sentí transparente, un poco avergonzado. Ella miraba a otro continente. Sintiendo el ruido de mi guargüero apretado. El agridulce líquido de mi vaso de chicha de pajaritos, con las mejillas encendidas por mi vanidoso error...

Después supe que ella no miraba el mar, pero miraba hacia el mar porque no había obstáculo, para que ella tuviera en sus ojos, la tierra de donde tenían los ideales. Tampoco hacia los campos de concentración de donde fueron rescatados. El barco que los trajo a Valparaíso fue el *Winnipeg*...

Zelje
Valparaíso, 74 años

❀

He desocupado clósets, he abierto maletas y he sacado ropa, zapatos, etc., para regalar. Tengo mucha cooperación de mis tres nietas, también cooperan mi nieto, mi hija y su marido. Me entretengo haciendo yoga casi todos los días, he organizado muchas fotos en seis álbumes, bastantes grandes. Soy muy aficionada a la fotografía y filmaciones, me pregunto qué harán mis nietos con tanto cachureo que dejaré. Ni conocen quiénes están en las fotos.

Elisa Rodríguez Cáceres
Viña del Mar, Valparaíso, 84 años

Escribí una carta para un enfermo en el hospital, alguien que no conozco, pero al que puedo distraer por un momento, hay una organización que se encarga de distribuir las cartas y organizar su lectura. ¡Qué linda iniciativa!

Mónica Celis Morales
Huechuraba, Metropolitana, 70 años

Martes, 19 de abril

Cuando esto termine

Después de todo esto
nos vamos de paseo
Te lo juro
Donde quieras
Iremos a ver el mar
Almorzaremos
en alguna picada
Respiraremos
aire fresco
Compraremos
algún suvenir
Subiremos
a la montaña
Nos vamos a abrigar
Nos abrazaremos
Nos sacaremos fotografías
Reiremos con ganas
Pasearemos sin miedo
El mundo se abrirá de nuevo
a nuestros sueños
Apenas nos vamos a acordar del virus

Y del encierro
Los dejaremos ahí
como un mal recuerdo
Y volveremos preparados
para combatir
Los días que vienen
La prepotencia de los poderosos
La desidia de algunos
Espera que esto pase
Y verás
cómo nacemos de nuevo

Ernesto Langer Moreno
Calera de Tango, Metropolitana, 64 años

Mi primer trabajo fue de telefonista, allí hablaba todo el día. Tengo facilidad de comunicarme, incluso con «el más allá». Este fue un día de recuerdos, acordarme cuando vi ovnis, y después de gritar con locura mi rostro se puso oscuro y creo que fui objeto de experimentación al llevar por tiempo una placa dentro de mi rodilla. No lo cuento mucho para que no me crean «loca». El año 98, septiembre, hasta en la radio anunciaron avistamientos en los cerros de Viña del Mar, me había separado hace poco, y supe que mis amigas decían «la Licha se separó y ahora ve hasta ovnis».

Elisa Rodríguez Cáceres
Viña del Mar, Valparaíso, 84 años

Lunes, 20 de abril

Limpiando

¿Cuándo habíamos limpiado la casa como ahora? Es que disponemos del día y la noche para seguir viviendo en el mejor posible de los mundos, en lo nuestro, sin necesidad de salir a molestar o a contaminar a los que nos cuidan, nos alimentan y nos sanan. Nadie podría afirmar

ahora que le falta tiempo para ordenar, limpiar, pulir y arreglar cualquier tipo de desperfectos que, ahora sí, nos percatamos que necesitaban un trabajo pendiente en nuestra casa. Manchas en la pared o en las puertas, tornillos sueltos, artefactos de cocina que deben ser reparados, limpiados, protegidos o reciclados. Estoy seguro de que esta sencilla tarea nos está empezando a llenar el día y a combatir el aburrimiento a la mayoría de los mayores, o sea viejos, como yo.

Tengo un minúsculo jardín de geranios (cardenales) en la terraza-balcón, que ahora cuido todos los días y que me lleva un tiempo precioso, que me devuelve el sentido de la tierra que habito. (...)

Jesús Ginés Ortega
Lo Barnechea, Metropolitana, 84 años

Como es lunes, después del trabajo, pasé al banco. Me hicieron pasar inmediatamente a caja sin hacer fila. El dinero de la pensión no estaba en caja y la dama que me atendía me preguntó por mi cuenta RUT. Le dije que el mensaje decía que estaría en esta cuenta y yo no la poseo. ¿Otra cuenta? -dijo la cajera. Respondí: Mi chequera electrónica por la cual me pagan el trabajo de auxiliar de aseo de una Escuela Municipal. Gentilmente con mi tarjeta averiguó si el dinero estaba ahí. Luego... moviendo su cabeza de lado a lado, me aconsejó: Tendrá que comunicarse con su AFP y preguntar qué pasó. Seguiré este consejo.

Cristina Espinoza Baeza
Limache, Valparaíso, 64 años

Martes, 21 de abril

Cumpleaños de mi hijo

Y los casos confirmados de infectados han superado los 10.000.

Es extraño, no me da temor este bicho tan agresivo, pero sí pienso que es un tanto insolente que las autoridades hagan un especial hincapié en que los que fallecen son mayores de «60», como si ese fuese el propósito del virus que no piensa y careciera de impor-

tancia la muerte que trae, pues recae en nosotros, ¿la población desechable?, eso me da ira. ¡Porque todavía no me siento inservible ni desechable menos!

Patricia Florencia Echeverría Silva
San Fernando, O'Higgins, 75 años

❁

Tenemos tantas tunas que me entretengo haciendo bolsitas para regalar a mis amigas, las dejo en la puerta, tocan el timbre, abro y las miro por el citófono: «Hola y chao». Falleció una amiga de mi grupo, Juanita Díaz, 84 años, accidente vascular, es muy triste no poder despedirla, con misa y en el cementerio, solo rezar por ella. Te recordaremos con mucho cariño Juanita.

Elisa Rodríguez Cáceres
Viña del Mar, Valparaíso, 84 años

❁

Sigo escribiendo mi diario, la verdad que el estar recopilando estas líneas diarias no solo me hace entretenido el momento de resguardo, sino que ha sido un medio para canalizar mis sensaciones internas, mis experiencias vividas día tras día, en la «nueva normalidad», como la denominan las autoridades de turno y científicos del mundo.

Debo reconocer que este confinamiento, para mí, en lo personal, no ha sido tan dramático como sí ha sido, y está siendo, en muchas personas que viven en ciudades grandes, proactivas, ruidosas, contaminantes, consumistas, peligrosas, de mucho tráfico, luminosidad, de exceso poblacional. En esos lugares este resguardo obligatorio ha debido ser catastrófico desde el punto de vista económico principalmente. Ya que una persona proactiva, con responsabilidades de todo tipo, como: de sobrevivencia o profesionales, familiares, gastos inmensos como son las deudas hipotecarias, de arriendo, de educación, de salud, etc., no se puedan abordar diariamente como normalmente se venía realizando, ¡qué terrible! Es como si te cortaran las manos, las piernas y hasta el cerebro, pues no puedes ni pensar qué hacer, ni siquiera puedes ser creativo, solo obedecer al mandato de las autoridades de la salud del Estado y de la Ciencia. O sea, no hay remedio, la solución a esta enfermedad es el estar con-

finado y con aislamiento social, quién sabe hasta cuándo. Ahora sí digo: había que creer en las escrituras apocalípticas. Ni modo. ¿Verdad?

Ruth Tortolero
Pelluhue, Maule, 70 años

Miércoles, 22 de abril

He sentido siempre a la montaña como un mar endurecido. Mirar de lejos a nuestra cordillera y con una de las cimas nevadas, como pidiendo permiso para presentar su frío. Sobre estos enormes cerros algunas nubes imitando olas, de corona blanca, espesa pluma y silencio antiguo. Bello paisaje para combatir el miedo o para dialogar con la naturaleza desde nuestro fondo solitario. Desde nuestra segunda ventana ubicada corazón adentro, porque muchas veces esta ventana ha permanecido con las cortinas corridas, latiendo en la penumbra del recuerdo, aletargado en un dolor anónimo, en un eco de nostalgia, en una gota de engaño nunca diluido.

Mientras contemplaba la pintura de este día llamé a una amiga, Pilar. Amistad de muchos años, muchos recuerdos de horas e instantes compartidos en un lejano Chile de Unidad Popular e ímpetus revolucionarios. Hace casi dos años que no sabía nada de ella y a veces es bueno o saludable seguir los impulsos frescos, espontáneos de la conversación con uno mismo. Fue un grato y emocionado reencuentro con esa voz, porque inmediatamente comienza a girar la máquina del tiempo sobre el mapa de un territorio alguna vez explorado y compartido. La disciplina partidaria, los trabajos voluntarios, las campañas de finanzas, la convicción absoluta de un mundo por nacer cuando otros preparaban el abismo. Siempre he admirado a las personas que viven solas, especialmente si es mujer y mucho más delicadamente, si son amigas. Tengo claro que la mujer es mucho más autónoma, libre, inteligente y decidida que nosotros, enfrentados a estas circunstancias. Entonces, no es que compadezca o dramatice dicha condición de aislamiento o rutina individual; lo que admiro y respeto es esa construcción de soledad. Es esa fortificación innata en el ser femenino que convierte la soledad en vida creativa, productiva, sabia y generosa.

En momentos tan inciertos y amenazantes como los de estos días, cultivar y redescubrir las antiguas amistades es otro personal desafío. Como dice nuestro Pablo Neruda, «nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos» y es en este sentido que estimo necesario volver a vernos y tocarnos en la distancia para constatar cuánto hemos cambiado, cuánto hemos crecido y cómo es nuestro nuevo idioma, cuánto nos queda de ignorancia,

cómo hemos mordido la desgracia y cuáles son nuestros proyectos o nuestros ritos pendientes dentro de los próximos cinco años.

Es increíble que la imaginación como el universo, se alimente de infinito.

Omar de la Cruz López Llana
Puente Alto, Metropolitana, 69 años

❁

¡Esta semana vi a mi Catita! El miércoles 15, día de su cumpleaños, fui al banco y pasé a verla. Fue muy bueno estar de nuevo con ella. Le hice cariño, conversamos y regaloneamos a *Lua*, su hija/gata, mi nieta/gata.

Catalina del Rosario Larraguibel Lazo
Vitacura, Metropolitana, 70 años

❁

En la iglesia aquí cerca tocan varias veces al día las campanas, y cada vez que las escucho, rezo un padre nuestro, un avemaría y un gloria.

Por una noticia que vi, decidí ayudar escribiendo cartas a los hospitalizados para aliviarles en esa soledad que deben sentir. Comparado con eso, la mía no es tan pesada. Aunque por mi edad no puedo salir, puedo llenar mis días con las pequeñas cosas del diario vivir, trato de circular por la casa, de mantenerme activa. Leo y sigo el consejo de la Pía: no más de dos o tres páginas diarias para que me dure. Y veo buenas películas. Así no me aburro.

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

❁

Tengo 74 y soy sola. De puro lesa, pero también sucede que a esta edad no encuentras quien te quiera de verdad. ¿Existe eso? A mí me gusta querer de adentro, de verdad. Mi segundo marido me llevaba 20 años y murió hace más de diez. Ahora lo echo de menos, me quería de verdad,

y yo, siempre metida en un «berenjenal» de cosas, no lo supe apreciar. La carrera de ser mujer y que no te pisoteen día por medio te roba casi toda la energía. Mis dos hijos son muy distintos entre ellos. Ella es ejecutiva empedernida, como su madre, está «muy bien casada» (¡qué antiguo eso!), y tiene 4 hijos demasiado grandes que, por supuesto, «no me pescaron ni en bajada» durante todos estos meses complicados y asustadores. Porque lo peor es eso, el miedo y no ver a los tuyos. El miedo está todo el día metido ahí, dentro de la piel. Durante la pandemia he usado el permiso para salir solo una vez por semana. He corrido entre el supermercado, visitar a los míos desde la reja y caminar ida y vuelta por alguna plaza respirando aire puro. Mi hijo mayor es un tipo sensible, muy especial, que fue padre hace poco de una chica que adoramos, la pequeña y loquísima Luciana, que nos ha robado el corazón. «No puedo verte, Vero», dice, «por culpa de los bichitos». Y si en medio de mi desesperación se me ocurre pasar por la reja, dos veces me aceptaron y la tercera me echaron con cajas destempladas porque podían ser asintomáticos y constituir un peligro para mí. Estuve toda la semana tratando de levantar cabeza. Es la otra cara de la pandemia, la que apalea sin matar... (...)

Verónica López
Vitacura, Metropolitana, 74 años

Jueves, 23 de abril

Esas verdades a medias, esa manipulación de la realidad, esa sucia costumbre de acomodar todo en beneficio propio. Eso, que tristemente nos identifica como especie. La constante crítica, las noticias falsas circulando por redes, que en nada aportan, muy por el contrario: dañan y confunden.

En este ambiente enrarecido por la incertidumbre y el miedo, hay quienes se dedican a hacer la peor contribución imaginable: más miedo, más miedo, más miedo... Groseras faltas de respeto, mala intención... ¿De qué sirve todo aquello, digo yo? Mala práctica periodística, absurdas censuras y malévolas interpretaciones. ¡Porquería! ¿Dónde están esos seres luminosos y claros que nos indiquen un mejor camino? ¿Dónde están los de buena voluntad?

Cansada, como todos creo yo, del confinamiento y las restricciones, me da por pensar, me da por encontrar una salida... Pero no se me ocurriría jamás participar en alguna de esas asquerosas campañas terroristas que a diario me veo obligada a soportar. Yo opto por la paz, opto por el bien común, opto por pensar bien de todos aquellos que hoy están obligados a dictar las pautas. No soy capaz de dirigir una nación enfrentada a un caos de esta magnitud, no soy capaz...

Vivo, como todos, las duras consecuencias de una tercera guerra mundial, una guerra que no necesitó de una sola bala, para aniquilar a cientos, a miles de inocentes. En una guerra nadie gana... Ni siquiera los poderosos que son capaces de fabricarla.

A estas alturas el sentimiento predominante es la tristeza, nos vamos sintiendo cada día más vulnerables y con menos herramientas para enfrentar este algo tan insospechado, este algo tan destructivo y eficaz.

Ya nada es tan importante como creíamos, nada está bajo control. Levantamos la mirada hacia el cielo buscando un nuevo hogar, un hogar que se parezca al que teníamos. Un hogar que era cómodo y libre. Ya no más... Ya no más «yo decido»; ya no más «porque se me da la gana». Confinada e insegura, me pongo al servicio, no hay nada más que hacer.

Agradecida de todos los años en que fui libre y feliz, me dispongo a acatar mi destino.

Sin atropellar ni maldecir, voy donde la vida, sea mucha o poca que me quede, me quiera llevar. Los insto a contribuir, a sumar y no dividir. Los insto a disfrutar esta noche como si fuese la última... Nada está bajo nuestro dominio... Tarde o temprano, la próxima parada será el infinito y eso es lindo, ¿para qué desesperar?

Violeta Margaret Ramírez Savoy
Las Condes, Metropolitana, 60 años

Hoy se celebra el Día del Libro, instaurado a nivel internacional para conmemorar la muerte de Cervantes y Garcilaso de la Vega, como también de Shakespeare, que nació y falleció este mismo día. Un socio envió versos de una poeta de Maipú; el resto de socios no aparece mucho en el correo, yo creo que están más pendientes de los WhatsApp. Terminé la lectura digital de *El Alquimista* de P. Coelho, que debiera haber leído antes, pero en general creo que mi vida ha seguido las señales y circunstancias que el destino me ha deparado, me imagino que con el respaldo de Dios, considerando éxitos y errores.

Rina Acuña P.
Maipú, Metropolitana, 74 años

«Cuando verdee el jardín, cuando las rosas abran», digo a mi nieta pequeña que llora al otro lado del teléfono y pregunta: ¿Cuándo nos veremos, abuela? Intento contener mis lágrimas y que la voz no se quiebre, la extraño y necesito ese abrazo, nadie sabe si podremos hacerlo, o si pasada la pandemia, ella vuelva y no me encuentre.

Hilda Olivares Michea
Chañaral, Atacama, 70 años

Viernes, 24 de abril

Hoy, Ezequiel ha presentado una notable mejoría. Le retiraron el respirador artificial y lo dejaron con oxígeno nasal. Está más lúcido y pidió a Mónica que lo sacara de allí. Las enfermeras plantean que si le dan el alta no debería vivir solo, quizás con una cuidadora o tal vez llevarlo a una residencia de adultos mayores. Realmente, no conocen al superindependiente, autónomo y sibarita Ezequiel.

Elba Valeria Meneses Cortés
Concón, Valparaíso, 63 años

Rap

Viernes otra vez
Las semanas se juntan
Y ya son varias
En que encerrado en mi casa
Desespero
Como un león en una jaula
Escondiéndome
De un pequeño virus
Invisible y asesino
Que me tiene confinado

A mi morada
Solitario y aburrido
El miedo paraliza
Hay que tener cuidado
Aislarse de los nietos
Comprar solo lo necesario
Y rogar a Dios que nos cuide
De caer enfermo en una cama
El tiempo pasa sin embargo
Y la paciencia se termina
Pero puede que la muerte
aceche en una esquina
Para matarnos de a poco
Como una vulgar asesina
Mientras yo estoy
hasta la coronilla
del susodicho virus
Encerrado contando
las muertes por la tele
Y engordando con cada viaje
que hago a la cocina
Mañana es fin de semana
Y el panorama es
Quedarme en mi casa
Como todos los días
Por la amenaza del virus
Que ya detesto
Con todas mis ganas

Ernesto Langer Moreno
Calera de Tango, Metropolitana, 64 años

Sábado, 25 de abril

(...) Empiezo a bordar, aquel último fin de semana que los visité ella me regaló una arpillera pensando en los días de invierno. ¡Y ahora me está acompañando en mis tardes de descanso! Le había pedido que me dibujara unas ramas con hojas largas y estilizadas. Y, curioso, en la medida que iba bordando y tomando conciencia del problema de salud de la ciudad, las transformé en ramas muy largas y florecidas con pequeños botoncitos rosados y la bautice: «El mensaje ancestral de las quilas». La soledad es creativa, me dije. Ya que me acordé de una tradición mapuche, que dice que cuando la quila florece es porque vienen problemas y, para contrarrestar, ella florece, alegrando los pantanos y los campos con sus largos y flexibles tallos y sus minúsculas florecitas de tonos rosa matizado.

María Eugenia Avilés
Valparaíso, 74 años

Sin derecho a cuarentena

Yo no estoy encerrado en ninguna parte porque tengo que ganarme
el pan día a día
y subo a los andamios, pongo un ladrillo y otro ladrillo,
llevo garlopa y martillo, salgo a la calle,
recorro la ciudad en el tren subterráneo atestado de público,
subo a los microbuses, voy en bicicleta,
o sencillamente paso a paso
y tengo un trapo negro por toda mascarilla
y me empino hasta la orilla del cielo venga o no a mí la peste
y miro a veces el vaivén de las nubes y veo los cóndores de la lejanía
/danzando en círculos sobre mi cabeza.
Yo no hago cuarentena ni quincena ni siquiera un día
y no tengo igual derecho de cuidarme de la pandemia
ni de peste alguna o de la tos ferina,

en cambio salgo a la calle noche y día a vender baratijas de otro modo
/mis hijos no tendrán comida.
Yo soy inmigrante y arribé a este paraje de la tierra buscando mejor suerte,
sin embargo nos agarró la mordida de la pandemia y ahora permanecemos hacinados mirándonos
/unos a otros, contagiándonos rápidamente.

Renard Betancourt
Ñuñoa, Metropolitana, 69 años

❁

Hoy cumplo 75 años, son muchos, ¿no?, pero no me siento vieja, soy activa, amiga de las artes, como escritora y pintora tengo muchas actividades, mientras fui docente también disfruté enseñar, lo hice con el alma. Hoy tuve un lindo despertar, temprano llegó por *delivery* un hermoso mensaje y regalo de parte de mis tres hijos amados. No puedo hablar con la profunda emoción que me embarga, luego me recupero y con Francisco disfrutamos un espléndido desayuno. Más tarde llega una torta de parte de ellos y a la noche una videollamada con hijos y nietos, realmente hermoso.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

❁

Hoy hablé con los niños por Zoom. Están bien. Agustín se veía coloradito. No sé si se emocionó, pero bajaba la cabeza, como cuando le da vergüenza.

Noto a Gustavo más tranquilo. Con el paso del tiempo, la primera impresión de miedo, casi de terror ante esto tan desconocido, ha ido dando paso a la esperanza. Cada día que pasa es un día más cerca del abrazo que nos está esperando; cada día que pasa es un día menos de aislamiento. Dios quiera que no sean muchos más los días que tengamos que esperar.

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

La música es mi compañera favorita, en mi computador canta Bocelli en un teatro de la Toscana, por mi ventana abierta penetra el sol y el olor del asado de mis vecinos. Algo celebran, se escuchan risas y el karaoke, está prohibido juntarse, no los entiendo, pero son adultos.

Leí algunos poemas o antipoemas de Nicanor Parra; «El hombre imaginario», quizás esta es una cuarentena imaginaria, provocada por un virus imaginario y todo lo que escucho y veo es imaginario. Imaginé tener un computador, escuché cantar y todo lo vivido nunca fue. El piano suena fuerte, las notas caen una a una, ahora silencio, la pantalla está oscura, oigo una voz, suenan los compases de «O sole mío» y canta Bocelli.

Amelia León Vergara
San Antonio, Valparaíso, 80 años

Hoy cumplimos 36 años de matrimonio. Seguimos solos acá, pero el lunes vino la Da con Peyi, está precioso, tiernito, hablador, risueño.

Da ya adelgazó y parece no haber tenido un hijo, se adoran ambos, es muy enternecedor verla cómo le conversa mientras lo muda, mientras está sentado en la cama, a nosotros esta visita nos sirvió para cargar las pilas del corazón.

El tema del virus ya va en 12.800 contagiados y 180 muertos, pero se habla de volver a una «nueva normalidad» con distancia social y mascarillas y cuarentenas dinámicas, en fin, todavía no vemos el final del túnel porque aún se mantienen anormalmente altas las temperaturas. La Jo es la única que no veremos pronto porque no ha dejado de trabajar, pero gracias a Dios no se ha enfermado.

Iris Merillan Bustos
San Antonio, Valparaíso, 63 años

Ni mucho dolor.
Ni mucho optimismo.
Ni mucha decepción.
Ni mucho confiarse.
Ni mucho aburrimiento.
Ni mucha fe.
El encierro me da para todo, pero... «ni mucho». (60 peras.com)

Mario Vera Aravena
La Cisterna, Metropolitana, 60 años

(...) También se habló de una meseta y de una nueva normalidad. El 27 de abril los niños debían regresar a clases. Sinceramente estoy espantada, me asombró este funesto discurso.

Marión Sánchez Vásquez
Temuco, La Araucanía, 79 años

Domingo, 26 de abril

Sigo totalmente en cuarentena. Todavía estoy almorzando en el balcón para aprovechar el aire libre y algo de sol. Por vieja no puedo ni pensar en salir. Ya no sé cuántos días. Realmente he perdido la cuenta.

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

En unos días más, o tal vez semanas tendré la dicha de recibir a mi adorable nietecita, ese sentimiento que me aloja que es infinito como el aire, como el espacio, como lo que trasciende en nuestra vida.

Sonia Jazmín Taj Taj V.
Talagante, Metropolitana, 62 años

Lunes, 27 de abril

Sigo sintiendo, sigo pensando que si no somos el pasado, nadie existe, porque somos lo que hemos vivido. El tiempo que pasó es todo. Lo que ha ocurrido es el hecho real, aunque sea parecido a azúcar flor liviana sobre un dulce berlín en la nariz, impalpable, somos lo que hemos sido. Las cosas y las cicatrices que nos tatúan son lo que nos hace ser esto que somos hoy. Lo que fuimos e hicimos nos tiene aquí. Y lo que hacemos hoy será nuestro pasado. Esa es la memoria de todas las cosas, el paso del tiempo.

La memoria que no debería borrarse de la historia, ni de los barrios, los pueblos, ni de la vida de nadie. Es la experiencia, los hechos, el musguito sobre la piedra de Violeta Parra. Soy mi memoria y mi patrimonio de acciones, emociones y recuerdos. En la memoria está la vivencia que forjó el alma y la historia de la historia. No puedo dejar de pensar en esta cuarentena, que lo que nos trajo hasta aquí es el pasado, fue lo que hicimos antes, y los hechos de quienes llevan ciegos poderes, coronados.

Mi propio musgo me tiene mirando por la ventana, mientras suspiro, suspiro ayer. Renegar, intentar que no duela si duele, pasar rapidito por el malestar o evitar recordar lo que fue hermoso, es insano y mentiroso.

Esa superficialidad ingrata que esconde el desapegado olvido, me da ganas de llorar.

Ángeles Almarza
Navidad, O'Higgins, 64 años

Las seis asambleas territoriales de San Miguel convocan a votar el plebiscito *online* con el resultado del 91% a favor de Asamblea Constituyente en el territorio 1.

Mientras tanto, Piñera aseguraba que estábamos mejor preparados que Italia, e insiste en su agenda económica, apoyada por las Confederaciones del Comercio y los grupos económicos en desmedro de la crisis sanitaria.

Ramón González Santibáñez
San Miguel, Metropolitana, 76 años

Martes, 28 de abril

(...) En el mes de marzo llegaron a Chile los primeros viajeros provenientes del continente asiático que trajeron el virus. Apareció la palabra «cuarentena», con otra significación: los enfermos debían permanecer catorce días aislados en sus casas y los cuidadores debían protegerse con máscaras y delantales especiales. Mi segunda sorpresa fue que ellos vivían en Las Condes y esta era la primera comuna que debía cuidarse. Apareció en los noticieros nacionales nuestro alcalde Joaquín Lavín dando instrucciones: había que lavarse mucho las manos, no salir a los malls porque el microbio podía estar en cualquier parte de nuestra comuna. A mediados del mes se habían multiplicado los gérmenes y empezó nuestra «cuarentena total» en la comuna. (...)

En el año 1962 me vine a Santiago y me casé muy joven. Años después me recibí de profesora normalista y empecé a trabajar en la educación rural en la localidad de Hospital. Realicé postgrados en Psicopedagogía, en la Universidad Católica, en la década de los setenta. Me separé después de treinta y siete años de matrimonio, con dos hijos adultos y tres nietos en el año 1999. Llegó la jubilación, me había cambiado del sistema fiscal, Instituto Nacional Previsional (INP), a la Asociación de Fondo de Pensiones (AFP), que recién se había instalado en Chile. Cumplí sesenta años y se me ocurrió jubilar. Gran sorpresa porque mis imposiciones se habían debilitado en el nuevo sistema y era una cifra que no me alcanzaba para vivir en mi casa en Las Condes. No podía llorar ni desesperarme porque no tenía marido y recién habían fallecido mis padres. (...)

Hace ocho años me reinventé e ingresé a un portal de internet llamado Airbnb y llegaron estudiantes e importantes ejecutivos de diversas partes del mundo: europeos, rusos, chinos, japoneses entre algunos de los países que me han visitado. Bauticé con el nombre de «Casa de Huéspedes» mi emprendimiento que funcionó hasta el mes de marzo del presente año, porque los estudiantes y turistas regresaron a sus países de

origen, antes que cerraran las fronteras, por la pandemia que recién llegaba a nuestro país. (...)

María Angélica Benavente Kunz
Las Condes, Metropolitana, 80 años

Miércoles, 29 de abril

Esta mascarilla que amordaza mis palabras, tan diferentes son que hay veces que no reconozco a quien me saluda y por instinto muevo la cabeza, el miedo me acompaña a la feria y rápido voy guardando las verduras, ya no se escucha al casero voceando su mercadería ni la música que alegraba los domingos, no hay abrazos ni conversaciones cotidianas, el miedo está por todos los rincones.

Hilda Olivares Michea
Chañaral, Atacama, 70 años

❁

Por fin pude retirar un certificado de dominio vigente y copia de la inscripción de dominio de inmueble. Me lo tendrían que haber entregado el 31 de marzo, pero un par de días antes de la entrega, hubo una gran noticia en la ciudad. Un día antes que el señor alcalde lo comunicara oficialmente, como somos un pueblo pequeño, supimos por voz que teníamos el primer contagio de coronavirus. Don Iván Luis Patricio Olate Melo, único conservador de bienes raíces de Limache (tenemos 40.000 habitantes). La oficina se cerró. Los trabajadores y las personas que tuvieron contacto con él, se derivaron a cuarentena preventiva. Bien... Ahora ya tengo el certificado que necesito.

Cristina Espinoza Baeza
Limache, Valparaíso, 64 años

Jueves, 30 de abril

Mi pelo real aparece debajo del amarillo químico, con mucha cana. Tengo colorante, pero también curiosidad de saber cómo me veo realmente. Mi nieta cumplió 10 años ayer, saludo por video... Días iguales, nostalgia, abrazos perdidos.

Elsa Rosa González Larsen
Machalí, O'Higgins, 68 años

❁

No veo noticias y no hablo «del maldito», no lo nombro. Descubro que me hace bien orar por todos los que están sufriendo...

Comienzo a leer a Krishnamurti, preguntas que él iba contestando. Dice: «el miedo nace del conflicto»: «lo mío»... «lo tuyo» por los pares de opuestos: riqueza versus pobreza. «La espiritualidad es vivir armoniosamente el presente». ¡A PRACTICARLO!

Eliana del Carmen Peralta Andrade
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

❁

(...) Por primera vez me siento una persona adulta mayor, en las noticias hablaban de una anciana de 62 años y yo con 69, es decir, para la sociedad soy una persona adulta mayor de alto riesgo. Me niego a aceptarlo. (...)

Nidia González Landeros
Peñalolén, Metropolitana, 69 años

La pandemia me está afectando muchoemocionalmente debido a que soy diabética insulino dependiente siendo uno de los grupos de mayor de riesgo al contaminarme del virus eso me provoca mucho miedo y angustia al pensar de morir ahogada por la falta de aire y sola sin poder despedirme de mis hijos, nietos y familia además de provocarles dolor a ellos

Manuscrito de Liliana Arancibia Castillo

Mayo

2020

Viernes, 1 de mayo

Esperando el almuerzo con una «copa adentro» y pensando en mi nieto Martín, que el lunes cumple diez años de edad. No lo veo hace dos meses y días... Espero que pronto pase este mal que afecta a la humanidad para reencontrarme con los míos.

Un homenaje en el día del trabajo a mi grupo familiar más cercano y que han llevado una vida de esfuerzo y sacrificio para lograr las metas propuestas. Vaya en ellos la representación de todos los que laboran en Chile y el mundo y luchan contra este virus.

José Manuel Ortega Ramírez
Valparaíso, 70 años

❀

Día del Trabajo, este año no habrá actividades alusivas. Durante nuestro confinamiento la lectura tiene el potencial de fortalecer la salud mental, con Francisco nos hemos refugiado en esa actividad. En este adverso escenario es bueno leer para evadirse de la angustiosa contingencia. Me preocupan mis hijos que salen a trabajar, pero cuando los veo me tranquilizo. Nos gustaría mucho también ver a los nietos, pero están ocupados estudiando.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

❀

El viernes tuve un día agotador y a pesar de que por momentos la idea de huir merodeaba en mi cabeza insistentemente, me dije a mí misma: «Resiste como si fuera el último día, ya no tendrás que venir la próxima semana» y eso me alentaba a dejar de pensar en mí misma y a actuar pensando en que el otro me necesitaba, quizás se suspendía si yo lo abandonaba y así fue que terminé estoicamente mi jornada laboral, muy cansada, con hambre y con sed. Me salvaron antes de irme unas almas misericordiosas que me dieron un té y un minialfajor para que no desfalleciera en el camino de regreso a casa.

Durante el fin de semana mi vida se salpicó de colores con la compañía de mis hijos, sin embargo de tanto en tanto la angustia de no saber qué sería de mí en los días venideros lo ensombrecía todo. Sabía que iba a volver, que no iba a dejar todo botado tirando una licencia porque no es mi estilo, nunca un resfrío o cuadro gripal me han tirado a la cama, con fiebre o sin ella he seguido trabajando igual porque amo lo que hago y el trabajo ha sido en estos últimos años como el motor de mi vida, el que le da energía a mi corazón para que siga y no me detenga. Pero la situación hoy es distinta y la muerte, si me contagio con el coronavirus, me está esperando, como dijo alguien, sentada a los pies de mi cama. No es mi tiempo aún de partir, tengo muchas cosas pendientes que terminar y estoy demasiado consciente en estos días del temor que este virus o la muerte me infunde. No quiero irme de este modo, cuando sea el momento quiero partir tranquila, en paz, por eso espero que las jefaturas, atendiendo a mis condiciones de riesgo, me eximan por un tiempo de seguir trabajando.

Carmen Gloria Olivares Castillo
Rancagua, O'Higgins, 65 años

Los días pasan

Van pasando los días y las penas se van mitigando, pero me siento muy cansada, la verdad es que puedo hacer muy pocas cosas, me cuesta más barrer, por ejemplo, para qué decir el esfuerzo que me significa hacer la cama, es raro, pero el solo hecho de estirar las sábanas, me produce un cansancio que me obliga a sentarme.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para mantener la casa limpia y ordenada, pero cada vez me cuesta más lograrlo, hasta cocinar se me hace pesado, aunque, como nunca,

tengo cualquier cantidad de mercadería y de verduras para hacerlo, por lo que estoy cocinando cada dos días, arroz, puré, lentejas, charquicán, etc., y ahora que Guillermo está dispuesto a comer lo que se le sirva, estoy aprovechando para preparar, hasta tortillas que nunca le han gustado y que son tan ricas. Bueno, debo decir que «le pongo pino»... y postre no nos falta nunca, las hijas nos han traído frutas diversas y tenemos la fruta de la casa, como uvas, tunas, nueces, higos, doy gracias a Dios por tantas bendiciones.

Anímicamente me siento mal pensando que ya llegamos al mes de mayo y no se vislumbra ninguna posibilidad de solución para salir de la cuarentena, por el contrario, las noticias son desalentadoras, la situación se hace cada día peor, pienso que hay tanta gente que vive tan mal y no tiene qué comer, ni cómo vivir dignamente, los inmigrantes no son bien tratados y se encuentran tan lejos de sus países, tantas familias han perdido a sus seres queridos, no sé cómo ayudar, solo me queda permanecer en oración por ellos.

También me afecta enormemente el deterioro de la casa, las paredes carcomidas por las termitas, los pisos deteriorados, si no fuera por el patio, al que yo llamo «mi parcela de agrado», me sentiría peor, y no quiero tampoco aparecer como malagradecida pero no lo puedo evitar.

Sueño que algún día, cuando nosotros ya no estemos en este mundo, las mellizas puedan construir una bonita cabaña para cada una. Y puedan así disfrutar del sitio heredado, que pienso era la mejor parte de la herencia, no solo por su ubicación, sino por el esfuerzo que significa haber plantado tantos arbolitos con frutos tan exquisitos. Y tendrán, al igual que yo, que agradecer a su abuelita por lo que les dejó.

Erika Sepúlveda Muñoz
Puchuncaví, Valparaíso, 85 años

Mayo

(...) Como mi vida y actividades cambiaron comencé a dibujar, preparar máscaras, pensando puntada a puntada que todas las máscaras que hiciera las donaría a la gente de mi pueblo para protegerlos cuando fuera para la casa, también experimenté trabajar en cerámica lo que me sorprendió porque no sabía la habilidad de mis manos y de mi creatividad, nunca lo había hecho y los resultados me alegraron, me puso feliz, en fin, comencé

a crear muchas cosas, las que me dieron satisfacciones en forma temporal y me ayudaron a desconectarme de la realidad.

Estando tan lejos de casa y viviendo en un país nórdico, mi angustia creció, me invadió, me estresó a tal extremo que me focalicé empecinadamente y me repetí mil veces: quiero ir a casa, quiero ir a la casa.

Todo el mundo me decía: Pero si acá estás bien, se vive bien, estás protegida, etc., etc., etc., pero mi corazón y mis pensamientos han estado en mis hijos, en mis perros regalones, en mi familia, en mis amigos, en mi Chile, en mis compatriotas. (...)

Con el correr de los días y sin perder la esperanza de viajar a mi país, compré un pasaje el cual lo anularon varias veces, me entristecí pero nunca perdí las esperanzas y siempre con mucha fe y repitiéndome mil veces: Ya iré pa la casa, ya iré pa la casa, tranquilita (...)

Mariana Valenzuela
Espoo, Finlandia, 60 años

Tadeo, te escribo algunos recuerdos antes de que mi memoria se pierda en ese lugar incierto donde están todas las cosas y experiencias que he dejado atrás, sin pensar lo importante que eran en lo vivido. Cuando aprendas a leer, espero que estas líneas te lleven a imaginar realidades que no verás, pero que constituyen parte de tu historia... nuestra historia.

Ahora te contaré: un día cuando tu padre estaba en mi vientre, despertamos con noticias inquietantes y nunca soñadas, pensaba que ocurrían en lares muy lejanos, pero no, eran aquí y reales, se acababa nuestra ilusión de equilibrio y justicia social. Eran los felices años setenta, teníamos algo de hippie, pantalones floreados, pelo largo y planchado, música sicodélica y de protesta con canturreo en las peñas. Recientemente estaba ingresando al mundo laboral, logrando cierta independencia, ya que aún vivíamos en la misma casa que hoy tú recorres en sus largos pasillos y múltiples escondites, mira con atención ya que en esos rincones encontrarás nuestros recuerdos.

Cecilia Landman Navarro
Viña del Mar, Valparaíso, 68 años

❁

(...) Nació de noche muy tarde y nosotros en casa esperando la noticia que, sin duda, nos hizo estremecer y llenarnos de felicidad, aun cuando no pudiésemos estar junto a ella en esos momentos tan relevantes y conocer en persona a nuestra nietecita. (...) Sin embargo, hasta ahora me siento triste por no poder abrazarlas, estar con ellas, ayudarla en este proceso tan importante en su vida. (...)

Sonia Jazmín Taj Taj V.
Talagante, Metropolitana, 62 años

❁

Mi nieto Nicolás, que ya casi cumple los 18 de edad, solicitó asilo político en mi casa. (...)

A buscarle a la estación de Limache fuimos. Sin equipaje llegó en el último tren. Ni siquiera cepillo de dientes, pero sí manifestando que venía muerto de hambre. Bueno... Tendrá que usar mis calzoncillos, algún pijama...

Después de ducharse comió como marabunta, y se fue a dormir.

Omar Andrés Rubio Orellana
Limache, Valparaíso, 72 años

❁

Día de los trabajadores, se debe festejar en forma virtual, en mi caso solo es un recuerdo de otras épocas, hace varios años estoy jubilado, por eso, sentado en un banco artesanal, hecho con retazos de madera, observo desde el balcón del sexto piso. En ese palco privilegiado, *Lola* duerme sobre una silla de patio, mientras *Plumita*, la otra gata, hace de las suyas; se recuesta contra mis piernas, trepa, despierta a su hermana, a su amiga o yo que sé, son tan distintas. Una es barcina de cuello y patas blancas, la más inquieta, de pelo amarillo-naranja.

Es increíble lo que se acumula en tan poco espacio, bicicletas, triciclo, monopatines, escobas y zapatos. Recostados a la pared, dos atriles esperan a que mis nietas pinten algún cuadro o en su defecto a ellos. A veces me hacen señas, para recordarme que tengo pin-

turas pendientes, para darme a entender que ellos son útiles para el artista, que esa es su función, no la de percha.

Son las diez de la mañana, el sol ilumina una parte del mirador, las plantas del cantero se desperezan, algunas hojas marchitas claman por agua. La calidez de los rayos amodorra la conciencia, el inconsciente observa la metrópoli que se esfuma detrás de una niebla, que apenas permite ver el contorno de los cerros. Se mezclan el perfume de lavanda, el verde de las hojas del esqueleto de caballo, el rumor que viene desde la calle, a veces violento, otras veces sigiloso, con el olor de la arena gravosa, a *Plumita* se le ocurrió hacer sus necesidades.

En la plazoleta los juegos están en silencio, igual que la glorieta donde los vecinos se contaban sus cuitas. Hasta se extraña el bullicio de los jóvenes en el liceo aledaño, donde los alumnos que llegan temprano, juegan a la pelota haciendo quejar al tejido perimetral del patio. En las aulas se escuchan voces, no sé si de profesores, de los vigilantes, de los que limpian o de fantasmas. Si hasta me parece ver a los estudiantes ensayando los bailes para fiestas patrias o fin de curso, cuecas, carnavalitos, pericona, la mazamorra, o haciendo sonar las lanzas los varones, mientras las mujeres mueven sus polleras en ondulante danza pascuense. (...)

Julio Villarreal
Ñuñoa, Metropolitana, 65 años

Sábado, 2 de mayo

Hoy he recibido respuesta verbal de parte de mi jefe a mi petición y esta es favorable. Han atendido a mi condición de riesgo y vulnerabilidad familiar y desde mañana ya no voy más por un tiempo al hospital. Aunque de seguro extrañaré mi pega de pabellón, haré algún trabajo desde mi casa como seguimientos de pacientes covid u otras labores que se me encomienden. No quiero estar sin cumplir funciones en beneficio de los pacientes y la comunidad. No soy una superhéroe, nadie lo es, somos y hacemos lo que nuestra humanidad nos permite. No quiero sentirme como una desertora que abandona el campo de batalla, solo necesito una tregua, recuperar energías para seguir después luchando. No quiero exponerme ni exponer a los míos a situaciones de riesgo que tenga que lamentar. Todas las vidas son importantes, la mía también.

Carmen Gloria Olivares Castillo
Rancagua, O'Higgins, 65 años

Llegó mayo, aquí tenemos el mes de la Madre, creo que no será muy celebrado, por culpa de la pandemia, tendremos mucha soledad. En mi jardín, hay una hermosa enredadera buganvilia, de color morado y lila, le pido ayuda mi yerno y a Manuel para cortar y entregar ramitos en el almacén del barrio y regalar a todas las mamitas que entren ese día a comprar, me cuentan que fue un éxito se fueron muy regaladas con su ramito de flores.

Voy a cumplir tres meses sin salir, no ha sido tan difícil, me acompañan mucho mi teléfono de casa y mi celular.

A mis ochenta y cuatro años, tengo muchos recuerdos para contar... ¿Y a quién?

Elisa Rodríguez Cáceres
Viña del Mar, Valparaíso, 84 años

Estamos viejos y vulnerables, es extraño, pero ahora agradezco que mis otros hermanos hayan partido antes de esta inesperada prueba de resistencia mental y física.

La incertidumbre a veces me envuelve en su oscura telaraña.

Julia Fuentes Aranda
Quillota, Valparaíso, 73 años

Estando recluida en tu casa y cuando te vienen esos impulsos de salir corriendo, o cuando tus recuerdos se hacen líquidos y te salen cantidades de tus ojos, o cuando sientes esas ganas enormes de tomar té con un dulce y enorme pastel, los que nunca te apetecieron mucho y que tampoco deberías consumirlos por tu diabetes. Sabiendo que eso no es normal, tienes que pararlo y ¿cómo pararlo?... Ya sé, recordaré un viaje del verano reciente, un lugar donde siempre quise volver y me veo nuevamente niña, corriendo, queriendo atrapar lindas mariposas de colores diversos, mirando hacia el cerro, que era como nuestro patio trasero, donde todos los días y a la distancia, miraba mi gatito blanco. (...)

Ese estero de baños veraniegos y agua cristalina de arenas amarillas, tardes enteras tratando de juntar un diminuto oropel.

Fue este año el último día de enero, estuve en el bosque de eucaliptus, con el aroma inconfundible, troncos botados como antaño, cuando en ese mismo lugar el padre James nos hacía catecismo, sentados en troncos similares, no creo que sean los mismos por los años que han pasado, nos hablaba de la hermosa creación de Dios, nos hacía quedarnos en silencio y escuchar el canto de los pajaritos, ahora los volví a escuchar. (...)

María Eugenia Moris Sandoval
La Pintana, Metropolitana, 66 años

Hoy debo decir que con mis 65 años... he sentido temor, esto me ha producido insomnio, ando con las horas de sueño cambiadas, a veces con dolor estomacal, dolor de cabeza, creo que puede estar asociado con la pandemia, exceso de información , por hoy he decidido no saber más y apago mi televisor.

A través de mis largos años he vivido muchas cosas, terremotos, temporales, incendios... Pero esto ni en mis sueños me hubiese imaginado vivirlo, estar llena de incertidumbre sin saber cuánto más durara, y cuándo volveremos a vivir libres, reunirnos con mi familia, hijos, nietos, ver gente.

Hoy cae la tarde de domingo mirando por la ventana, pienso que quién me diría que nos veríamos por videollamadas, nos reímos de las payasadas que realizan por el teléfono mis hijos, bueno diré que soy madre de 4 hijos/as y 4 nietos, siento que el cansancio de ver y escuchar todos los días lo mismo, ya me está comenzando a producir una especie de acostumbramiento, no soy muy salidora, entonces estar en «toque de queda» no me afecta mayormente, pero a veces pienso en aquellos que sí, y lo difícil que debe ser para algunas personas... Mi pareja, por ejemplo, que debe salir todos los días a trabajar, asumiendo el riesgo de contagiarse. Cada vez que regresa a casa sano, vuelve una especie de tranquilidad a mi ser.

Carmen Herrera Vargas
Puchuncaví, Valparaíso, 65 años

❁

Ayer celebramos el día del trabajador con el hijo que vive conmigo de 39 años. Tengo 2 hijos que viven y trabajan en Copiapó y mi Beba de 36 que vive en el campo (Los Laureles). (...) Desde que comenzó el «quedarse en casa», no había visto tanta gente, además, se sumaban los marinos armados, carabineros, jóvenes del ejército con armas y personal de seguridad municipal. Observé a fumadores con su mascarilla en el cuello. Entré a una panadería por pan y queso de cabeza que me gusta mucho. Al salir, me encontré con una familia. Papá, mamá y dos hijos pequeños. Los cuatro comiendo helado y sin mascarilla. Me dio miedo. No compré nada más y me vine a casa. (...)

Cristina Espinoza Baeza
Limache, Valparaíso, 64 años

Domingo, 3 de mayo

No veo a mi hija menor desde principios de marzo... Luna llena de mayo, luna de Buda, extraño a mis hijas, extraño a mis nietos... Mi marido acompaña, a veces lloramos juntos...

Elsa Rosa González Larsen
Machalí, O'Higgins, 68 años

❁

Hoy sería el cumpleaños de mi madre. Murió de 104 años hecha una ruina. Fue duro asistirla en sus últimos años, sin andar, moviendo apenas los párpados, yaciendo en cama, parecía un tronco seco. A veces balbuceaba algunas palabras, mas era imposible darles algún sentido. ¿En qué lugar sin nombre habitaba mi madre? Era triste verla tan perdida, tan lejos de lo que había sido, en una especie de limbo indescifrable. Asistir a ese mínimo de vida mantenido por inercia me marcó fuerte. Me da mucho más miedo acabar hecho una ruina humana que morir. (...)

Y al recuerdo de mi madre en ruinas, se suma ahora la pandemia que estoy viviendo. A ese pobre al que el virus ataca fuerte han de sacarlo de su casa y de su gente, aislarlo, intubarlo

y si muere, muere absolutamente inconsciente. Si fuera joven y tuviera una familia que criar, claro hagan conmigo todo lo posible para mantenerme vivo, pero viejo como soy dejen que yo decida y yo decido que llegó el momento de despedirme de la vida, de todo lo que amo y ayúdenme a irme sin dolores ni escándalos, en mi casa, aún consciente y diciendo adiós a mis cercanos. Me gustaría tanto que llegara el momento en que aceptáramos la muerte y respetáramos la libertad de mujeres y hombres a decidir cómo despedir la vida. Repito y repito: me da más susto y pena vivir hecho una ruina que morirme, me da más susto y pena morirme inconsciente y lejos de los míos que la muerte. Ojalá llegado el momento pueda encontrar ayuda.

Luis Barros Lezaeta
Providencia, Metropolitana, 79 años

❁

Que la fiesta religiosa la Virgen de la Piedra, el curita solito haciendo misa a los pies de la imagen labrada en la roca de un cerro. La poca actividad física me está pasando la cuenta.

Nilda del Rosario Egaña Pizarro
Combarbalá, Coquimbo, 73 años

Lunes, 4 de mayo

A eso de la 1 de la tarde, Mónica me llama preocupada. «¡Vengo por Las Salinas! ¡Me permitieron verlo solo cinco minutos, pude hablarle y tomar su mano. Estaba dormido, aunque sereno y en paz! ¡Me acaba de llamar la doctora, ha pedido que regrese al hospital, no sé qué pasa!», me dice y corta.

A las 13:30 horas, en la UCI de medicina del hospital viñamarino, falleció nuestro querido amigo Ezequiel, por una endocarditis que le provocó falla multisistémica, al decir de la doctora que con tanta humanidad lo trató, durante este largo mes.

Avisamos por teléfono a cada uno de nuestros amigos y fueron las conversaciones más tristes de esta pandemia. La pena nos embarga y se silenció nuestro WhatsApp. No esperábamos su muerte, teníamos esperanza en su recuperación. Ezequiel deja un espacio en nuestra mesa y un gran vacío en nuestros corazones. Está en la cordillera de los Andes, dónde se unen sus dos patrias, escribió Raquel. ¡Descansa en paz, querido amigo!

Su hijo no alcanzó a verlo, está en un avión en medio del mundo. ¡Llega a Chile el viernes 8 de mayo!

Elba Valeria Meneses Cortés
Concón, Valparaíso, 63 años

❁

En este momento, los mejorados son más que los infectados activos. Dicen que esa es una buena noticia.

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

❁

Historia Nº2: Un bolero para volar

Aquí va mi segunda historia, pero hay que escucharla con música.

En estos días en que no podemos salir de casa, cuesta hacer ejercicio de mañana, pues es difícil empezar a mover el cuerpo y siempre estoy buscando argumentos para terminar antes o para simplemente no hacer nada. Con mi celular eligiendo música al azar, ¡para que me sorprenda!, comienzo mis ejercicios en la máquina elíptica. ¡De pronto empiezo a sentir mi corazón que late con un buen ritmo! y sigue en armonía y respiro profundo, comenzando a distinguir las flautas del Bolero de Ravel y entonces mi corazón es la percusión de fondo ta-ta ta ta-ta. Siento la energía que va desde el sonido al corazón y el oxígeno llega a todas partes, a todas mis células. De pronto mi brazos que aferran las manillas de la elíptica comienzan a crecer y se van trasformando en alas... y comienzo a despegar y voy saliendo hacia la ventana en una mañana luminosa y me levanto lentamente sobre el jardín y la casa, y voy girando a la izquierda y me dirijo hacia el sur mirando desde arriba el borde del mar con su espejo tranquilo, y sigo como grácil pájaro hacia la isla Maillen para ver más de cerca sus parches de bosques y cultivos. ¡Aquí me quedo suspendida unos segundos para observar a seis toninas que danzan a tono su baile de agua!

El mar está tranquilo y hay una leve brisa que siento en mis oídos con la música que sigue subiendo y yo, cual Chagall, sigo surcando los aires. Cuando me voy desviando hacia el este me cruzo con una bandada de cormoranes en su formación de flecha que me miran espantados en mi surcar por el cielo... ¡Es que no me conocen!... Y sigo mi vuelo sobre el hermoso Seno de Reloncaví y por la izquierda voy mirando el bosque siempre verde en su espuma de nubes y juro divisar algunos alerces en las cimas de los cerros. Me acerco a la punta de la Arena con su playa amarilla y sus botecitos de pesca, no se ve movimiento y pienso en la señora Pola que no tiene a quién venderle empanadas en estos días. Igual un trasbordador se acerca lentamente dejando una estela de espuma... Ahora al ritmo más fuerte de los timbales me adentro por el majestuoso Estuario de Reloncaví, estrecha garganta creada por el gran glaciar cuaternario... Y veo a la izquierda balsas de salmones como tableros de ajedrez en el agua y unos lobos que flojos duermen sobre boyas coloradas, ¡ni siquiera me prestan atención! Pero sigo mi plácido vuelo hacia la cabecera del estuario maravillándome de las murallas cubiertas de vegetación que se reflejan en el agua junto a cientos de líneas de cultivo de choritos. Repentinamente, por la izquierda, me encuentro sorprendida por el poderoso río Puelo llegando con su fragor y sus millones de litros de agua fresca y pura para el estuario. Y sigo aún más allá hasta divisar Cochamó al fondo, con sus colores brillantes en esta mañana tan linda... Luego me voy acercando a la cabecera de este estuario y ya veo las marismas que se extienden en el abrazo tierno del río Petrohué. Siento más que nunca la música elevadora en mis oídos mezclándose con el ruido del río y del mar, el aroma del agua y del bosque en mi vuelo por esta naturaleza tan bella. De pronto... cuando la música llega a su máximo un gran *finale* que me eleva aún más y que repentinamente termina... ¡se paraliza el corazón! Comienzo a caer... y ya casi toco la superficie de totoras y algas cuando me rescata el sonido del primer movimiento de Cuadros de una Exposición de Mussorgsky. Por suerte esta obra le sigue al Bolero en mi iPhone y... me salva elevándome de nuevo. Fueron casi dieciséis minutos de un hermoso viaje, pero tengo que regresar a casa, pues aún no le dado su desayuno a la *Manchita* y Fernando también me espera para tomar el café.

El Bolero de Maurice Ravel, «Un *ostinato* en do mayor, un tipo de melodía obsesiva que mantiene un ritmo y un tempo que nunca cambian y que termina en un *crescendo*», como lo describe Wikipedia, me ha acompañado y elevado esta mañana. Debo confesar, eso sí, que la técnica para volar la aprendí con mi abuela paterna, quien me contaba las historias de Lobsang Rampa, cuya lectura seguí después con avidez. Porque para estos vuelos no hay cuarentena ni encierro que valga. Aunque también debo reconocer que esta

práctica me ha merecido muchos coscachos en mi niñez y juventud por «volada» o por andar «pajareando» y... la verdad, creo que aún no lo he superado.

Doris Soto Benavides
Puerto Montt, Los Lagos, 66 años

Querido Tadeo, hoy estoy triste, debemos estar «confinados» por ser viejos con riesgo de enfermar. Confinados, palabra casi obscena, me recuerda esos dolorosos tiempos pasados. Esto limita nuestros encuentros, los abrazos fuertes que me das, ya nos recuperaremos. No quiero poner sombras en tu natural alegría, pero tampoco puedes ignorar la historia. El confinamiento obligado de los viejos hoy, no se compara con lo vivido antes por otros, con maltratos mayores y también alejados de sus raíces y en soledad.

Cecilia Landman Navarro
Viña del Mar, Valparaíso, 68 años

Dormí mal, a intervalos, dormir, despertar muy largo, el mal dormir no puedo estar bien. Mi cuñada Juanita, que está aquejada de un mieloma múltiple, toda la semana anterior se sintió mal, decaída, dolor muscular, algo de tos. Sola se fue a la urgencia, le tomaron el

PCR, fue el viernes, anoche como a las 10 la llamaron para informarle que su examen dio positivo, emocionalmente me sentí mal, uno porque la quiero harto porque lleva más de 40 años en la familia, su condición médica la hace más vulnerable, pensé en el sufrimiento de mi hermano, pensé en lo peor, no poder acompañarlos, lloré un rato. (...)

María Eugenia Moris Sandoval
La Pintana, Metropolitana, 66 años

❁

Otro fin de semana largo que paso sin poder viajar. Ahora no solo se habla de cordón sanitario sino también de cuarentena, qué susto, cuarenta días encerrados, pero no, es una cuarentena de 15 días no más, no lo entiendo. Como adulta mayor recuerdo que en mi juventud se guardaba cuarentena, cuarenta días después de dar a luz a un hijo y consistía en cuidarse mucho durante ese período. Me pregunto por qué no la llaman quincena. Al volver hacia atrás, en el tiempo, recuerdo otras pandemias vividas. En ese entonces las llamaban simplemente plagas. Recuerdo la sarna, la tuberculosis o enfermedad del pulmón (al que la sufría lo llamaban tísico), la viruela, la tos convulsiva, etc., todas contagiosas.

Esta pandemia, presente hoy, es una amenaza grande, estamos todos informados de los contagios y de los fallecidos a nivel mundial y nacional, ojalá seamos obedientes para salir adelante, porque ya se habla de que sería por este mes, en junio y julio también.

Lo malo incluso tiene su lado bueno. Mi casa está transparentemente limpia y ordenada, no es que haya estado sucia, pero ahora le dedico mucho más tiempo. He tenido espacios para pensar, meditar, reflexionar y, lo mejor, tiempo para escribir poemas y poesías.

María Magdalena Gutiérrez Badilla
Chillán, Ñuble, 79 años

❁

Salí a la calle con mascarilla, me siento ahogada, hace mucho calor y esto me sofoca, me siento fea, tengo pánico de contagiarme, mi hijo me dijo que todos nos contagiaremos, fui a hacer un trámite al Banco Estado, la fila era interminable, me sentía torpe, no reconocía a las personas, el guardia me dijo «pase» de forma brusca, este era un viejo chico y hosco,

tenía cara de marino, subí los escalones con dificultad, me sentí extraña, me sentí tonta, casi dos meses encerrada, perdí la rapidez, tuve miedo de caerme en las escaleras del banco. Todos nos miramos con recelos en la calle, todos nos hacemos el quite.

Froilina Carvajal
Quillota, Valparaíso, 65 años

Martes, 5 de mayo

Leyendo el libro *La bailarina de Auschwitz* me doy cuenta de que esta pandemia, como la estoy viviendo, es como vivir en el paraíso, tengo una casa donde refugiarme, comida, abrigo, protección, los enemigos por raza o religión no me han matado a ningún familiar, amigo, ni conocido, tampoco me han despojado de mis pertenencias, solo las autoridades me dicen higiene, cuidado, prudencia, responsabilidad, esto se traduce en que la libertad que tenía hasta marzo 2020, se ha reducido a la expresión mínima. No tengo libertad. Me da susto porque «mientras más prohibiciones en el pueblo, tanto más se empobrece el pueblo».

Nidia González Landeros
Peñalolén, Santiago, 69 años

❁

Todos los días veo el informe del gobierno que comunica los avances del corona. Son preocupantes. Por las noches, cuando voy a casa de mamá, no se ven personas ni autos. La calle está silenciosa, parece un cementerio. Voy a pie y solo siento mis pasos. Me da mucho miedo. Solo veo a un hombre de calle, indigente, que instala su cama (un colchón con dos almohadas y muchos plumones) bajo un poste con luz. Pienso con dolor, cómo será en pocos días más cuando lleguen las lluvias y el frío. ¿Y se contagiará? Seguramente. ¿Cómo ayudarlo? Siempre tiene alcohol.

Marcela Crespo Aguirre
Viña del Mar, Valparaíso, 70 años

❁

Miércoles, 6 de mayo

Tiempo inquietante este del llamado «confinamiento ciudadano». Me ha costado, algunos días, seguir con este encierro. Me pregunto, ¿es posible que a estas alturas del siglo XXI, con tanta investigación, progreso científico y tecnológico, no se haya podido prever una situación como esta? ¿Y será esta la solución, el confinamiento, el encierro?

Y me pregunto, ¿se está en contra de nuestro instinto gregario? Fundamental para mantener lo social, la unidad y el compromiso y la cooperación entre todos. ¡Uf! Y para qué pensar en el libre albedrío, otro gran don que se nos ha regalado y que no hemos sabido cultivar. Hemos conformado esta sociedad, esta civilización con arquetipos depredadores en todo sentido. ¿Cómo no nos dimos cuenta de que si somos tantos, podemos ser tal como una «plaga bíblica de langostas»?

¡A nuestro hogar planetario, nuestra Tierra, hemos dividido perversamente, no para organizarnos mejor y vivir felices, sino más bien, para contaminar, depredar, ultrajar y más encima, entregar solo energías negativas! Sin embargo, tal como una monedita, esta situación tiene dos caras. La otra, que nos ha golpeado (¡muy bien!) en nuestra cara: toda nuestra arrogancia, nuestro descuido, nuestro desamor, somos asesinos de honras, de personalidades, de creatividad, de cuerpos, de espíritus.

Nos hemos dejado robar nuestra espiritualidad para que fuera transformada en rituales vacíos, administrados por seres mediocres, perversamente entrenados para engañar y matar nuestra pureza y bonhomía. ¿Por qué? ¿Para qué? Solo preguntas, ¡ayúdenme con respuestas, lo ruego!

María Eugenia Avilés
Valparaíso, 74 años

❁

Hoy me entero de que nuestra «pseudocuarentena» en Arica continuará, no me pregunto el porqué, volveré a acatar todo lo posible, sin embargo, en derecho a comentar lo que me dé en gana, al menos así sentiré que tengo una fracción de libertad. Dije libertad, suena extraño, si los que conformamos este grupo, todas sexagenarias y todos sexagenarios, muy respetables, que deberíamos estar o estamos en la edad del «júbilo», nos encierran, supuestamente para protegernos de un posible contagio, como si algunos de nosotros no supiéramos cuidarnos, y cuidarnos de qué o para qué, acaso viviremos 40 años más, no, si estamos probablemente

viviendo nuestro último tercio, y encerrados. Echo tanto de menos el caminar por las calles de mi ciudad y por sus desnudos y áridos cerros que la rodean. Cuando lo hacía, siempre fue prácticamente solo, echo de menos salir a bucear o a mojar el traje, como dice mi compadre, pero no, ¡quédate en casa, en cuarentena obligatoria!, como absolutamente todos los demás, ¡mentira!, se incumple, te autorizan a salir, de hecho lo hago y veo muchas personas que no respetan las reglas sanitarias ni nada, entonces, los que dictan la cuarentena, ¿pueden asegurar que cuando esa termine, la probabilidad de contagio tenderá a cero?, ¡nada!, si vemos que con y sin cuarentena los números crecen; sin embargo, lo que sí resulta es el autocuidado y por arrastre el cuidado de los demás, y si yo quiero no salir, lo hago, y ¿si yo quiero salir a disfrutar de mi vida?, ¡no!, ¡quédate encerrado!, así enfermarás de soledad, de la privación de tu libertad, y para colmo, el día que puedas salir hacia la sociedad carnal, existirá la probabilidad cierta y por la ley de Murphy, de que te toparás con una de esas personas que se infectó al irrespetar todo, asintomático, llegarás a la soledad de tu casa, y casi sin darte cuenta... en soledad.

Leonardo Fernando Figueroa Tagle
Arica, 68 años

Conversación con un depredador

No sé la verdad cómo nombrarte, por una parte estás causando una pandemia mundial, que ha significado un caos en muchas materias, aparte del daño en vidas humanas que el planeta suma, por otra parte has despertado. (...)

También nos quitaste la salida de casa, para los de pasos lentos. Esto es un acontecimiento social, nos tiene la mente despierta y la agenda ocupada. El lunes clases de computación, el martes cocina, el miércoles escritura terapéutica, el jueves tango, el viernes brisca, hoy, si bien es cierto tengo el amor y cariño en casa, me siento como en una penitencia, mis árboles y canes son la distracción, me falta el contacto del otro, la mano generosa, la mirada franca, la ayuda sin dobleces, el canto maravilloso de una voz que te dice amigo, y tú sabes que hay verdad, como la hay cuando te confían sus penas y dolores, cuando la voz baja y se quiebra para confiarte su soledad y abandono de hijos distantes. Ves de lo que nos privas, una vida integrada, los años nos dan sabiduría, mas nos regalan también sensibilidad y sentimentalismo, sabiendo de un camino que día a día llega a su fin. No tememos al viaje, tememos llegar solos, la muerte es parte de la vida.

Ese es mi reclamo, tú sigue con lo tuyo, que si es castigo o limpieza, cada cual lo sabe.

Sin embargo debo reconocer que has despertado varias cosas olvidadas, o mostradas las grietas morales, brotaron los oportunistas y especuladores, los egoístas se agruparon para defender sus privilegios, quedaron expuestos los sembradores de engaños y falsas promesas de políticas sociales, las grandes fortunas construyeron un domo de protección impenetrable y los desposeídos siguen cabizbajos, caminando sin chistar al despeñadero, signo fatal de su destino.

Los hay también que han mostrado responsabilidad, compromiso, ayuda, anteponiendo el bien general a los intereses particulares; son los menos, pero aparecieron para creer que al humano le queda salvación y la oportunidad de volver al jardín donde todos vivían en paz.

Me resta una solicitud, ya desenmascaraste lo negativo, deja que florezca lo positivo, llévate la mentira, el egoísmo, el altanero orgullo, al adulador, a los seguidores de Judas, al mezquino, déjanos al corazón generoso, el que ayuda sin componendas, al servidor anónimo, a los maestros, al que profesa su fe sin venderla, en tu limpieza déjanos la promesa de un futuro sin hipotecas.

Entiendes, virus, que no sé cómo nombrarte, juez o verdugo, cada cual te dará la nominación que le inspiraste.

Yo reclamo los incentivos que les restaste a mis años.

Tu observador presente, nunca temeroso.

Luis Valdebenito Leiva
Los Ángeles, Biobío, 77 años

Cuando estábamos en etapa tres nunca creí que esto se transformaría en la peste mundial como lo es ahora. Me reí de las medidas que me parecían de una exageración extrema. Estaba pagando la cuenta de la luz en una Caja Vecina y haciendo la cola cuando pasamos a etapa ¡cuatro! Pero como soy la oveja negra de esta mi familia materna-paterna me rebelé y no quise escuchar ninguna recomendación. Fui a un supermercado, compré algunas galletas y papel higiénico. Inclusive le llevé papel para WC a una amiga. Me recibió lejos de la reja mientras su marido vociferaba: esos no son 4 metros de distancia. Claro que él es temeroso de la muerte y muy, muy exagerado.

Pero tenía razón. Y al fin obedecí. A concho. Desde el 17 de marzo en cuarentena absoluta. En total cordura y tranquilidad. Para lograr eso dejé de ver noticias porque

me angustiaban demasiado. Mis pensamientos nunca más traspasarían los límites de mi casa-jardín de los chincoles. La casa tomada por los 4 gatos. La comunicación con la pequeña y mediana familia solo se hará por teléfono, WhatsApp y/o Instagram. Y claro, el Facebook. Gracias por el *router* que me trae el wifi.

¿Hasta cuándo? La verdad es que nadie sabe nada de nada. Nadie sabe nada. Llegan medidas de muchos sabios de cómo esto va a terminar y de cómo llevar el encierro. Hermosos sermones y gente ofendida. Muchos personajes eliminados y otros bloqueados. Y así seguimos...

Susana Wiener Levy
Algarrobo, Valparaíso, 76 años

Hoy estamos tristes, la Da no podrá venir y quizás hasta cuándo podamos estar con los hijos y con Pedrito, está la escoba con los contagios en la RM y declararon cuarentena a 9 comunas y cordón sanitario con la región de Valparaíso, donde estamos nosotros. Ayer murió Patricio, cuñado de Cris.

Iris Merillan Bustos
San Antonio, Valparaíso, 63 años

Ayer no escribí, hoy pude verte y me llenaste de alegría, no te imaginas lo que eso significa para mí, me siento joven y liviana, puedo jugar a las escondidas, que tanto te gusta, me buscas cuando llegas al *ciento mil*, qué número más maravilloso, es tan grande que me das el tiempo para ocultarme. Niño querido, me pregunto por qué te atrae el misterio, investigas con tu lupa, observas con ojos inquietos, espero que esa curiosidad no se rompa cuando formalices tu educación y te debas atener a inoficiosas y rígidas normas. Hoy me has mostrado la felicidad de lo simple, oye niño... Yo aprendo de ti.

Cecilia Landman Navarro
Viña del Mar, Valparaíso, 68 años

❁

Mi nieto me ha pedido que le enseñe a jugar ajedrez, en tiempos de la pandemia. Y como no hay práctica sin teoría, hemos comenzado explicando que el juego ciencia no tiene origen claro ni convincente, solo que aparece por entre medio del siglo VI. Que algunos indican origen en India, otros en Rusia...y que los más avezados plantean que fue traído por alienígenas.

Lo claro y concreto es que hasta nuestros días, desde el siglo VI, su estructura social piramidal se mantiene intacta. Los peones, la clase obrera y el pueblo, desechables, que solo avanzan a la muerte. Las clases dominantes, con caballería y torres, que saltan y corren horizontal y verticalmente para matar. La curia, que mata tangencialmente, representada por los alfiles. El machismo y el racismo perfectamente explicitado. Piezas negras y blancas. Parten las blancas. La reina puede ser asesinada, el rey (macho) no. La reina mueve en todas las direcciones, menos saltando, pues le subirían las polleras.

Le gustó la teoría al Nico.

Omar Andrés Rubio Orellana
Limache, Valparaíso, 72 años

❁

Recién hoy decretaron cuarentena en mi comuna. Como están las cosas, creo que debió ser hace varias semanas. Yo estoy bien, pero hay momentos como hoy en que me asalta un miedo que me impide respirar con libertad, me salen unos suspiros que me estremecen. (...) Hoy estamos en medio de la nada, todo es un permanente ensayo, ni las autoridades ni los más expertos científicos conocen la salida. Es como estar medio muerta en vida con todo a medias, sobreviviendo. Por ahora solo espero que mi estado de ánimo mejore y para eso suelo decir lo mismo que Scarlett O'Hara: «Mañana será otro día».

María Angélica Corrial Peña
La Florida, Metropolitana, 70 años

Jueves, 7 de mayo

Hoy estamos en cuarentena voluntaria y celebrando un cumpleaños de un nietecito solo junto a su hermanita mayor y que viven con nosotros desde niñitos a causa de complicaciones horarias de los trabajos de sus papás. Ellos solo entraron al departamento por esta razón. Su papá es nuestro enlace exterior hasta la puerta. Sus primos y tíos participaron en forma virtual, resultó bonito y diferente.

Juan Bello Pardo
Viña del Mar, Valparaíso, 76 años

❁

Miedo. Hasta que llega el día que te enteras que alguien conocido muere por covid-19. Uno de los conserjes del edificio de nuestra oficina. Rubén, joven, 40 años.

Marta Palmenia Bustos Zavala
Providencia, Metropolitana, 67 años

❁

Hoy recuerdo otros momentos difíciles en los ochenta, un raro plebiscito, ciertos jóvenes en avanzada hacia un modelo económico y social que rige nuestras vidas hasta hoy. Las protestas sociales para liberar ese otro confinamiento vital, necesidad de respirar en libertad para expresarnos. En esa época volvimos al seno familiar para sustentarnos, redescubriendo el sentido de la familia.

Con tu papá y tío, que eran pequeños, fuimos a Rodelillo a escuchar al santo padre, en busca de una esperanza de cambios apoyados en una mágica comunión colectiva.

Cecilia Landman Navarro
Viña del Mar, Valparaíso, 68 años

❁

En medio de la sala, mi viejo y yo nos abrazamos llorando, la radio con un extra difunde la noticia que en Chañaral ya van tres personas contagiadas y recalcan las medidas «No salga de casa, lávese las manos», no quiero perderlo, no quiero partir aún y estamos solos, solos contra la muerte y vamos soltando uno a uno los sueños, los proyectos, por si acaso, por si no hay un mañana.

Hilda Olivares Michea
Chañaral, Atacama, 70 años

Viernes, 8 de mayo

Las alegres canciones del No, otra esperanza de los cambios que esperábamos, el arcoíris brilló, y con ello volvimos a levantar nuestras miradas hacia un futuro mejor, pensando en la herencia que te dejaríamos, aunque aún eras un proyecto posible. En los noventa nos afectaron eventos globales económicos, que mostraron nuestra vulnerabilidad por la dependencia para el desarrollo, esta situación también nos afectó como familia, tus bisabuelos ya más viejos y vulnerables necesitan ahora de nuestro apoyo.

Cecilia Landman Navarro
Viña del Mar, Valparaíso, 68 años

Busco en el ropero la cajita con joyas, los aros que fueron un regalo de mi madre y siempre dije cuando muera quiero llevarlos puestos, no me quiten el anillo de matrimonio y el vestido será el negro con brillantes, ese de fiesta. Llegó la hora de comenzar a hacer paquetes con las cosas más queridas, ojalá que mi familia también las valore, los aros serán para Josefa, igual que los adornos de navidad, ya nada importa, mañana u otro día estaré en un cofre lleno de cenizas.

Hilda Olivares Michea
Chañaral, Atacama, 70 años

Viernes 8 de mayo. Estoy que grito de ¡rabia! El cansancio ya no lo soporto, me duele todo, ¡de los pies a la cabeza! Hoy, día de supermercado, llegué al Líder, no había estacionamiento, me di vueltas y vueltas. Por fin encontré. Busqué un carrito y cuando llegué a la entrada había una cola que daba la vuelta por detrás del supermercado hasta la calle, caminé cuadra y media para ponerme en fila, esperé 45 minutos a todo sol, me dolía la cabeza, se me cansaron las piernas, agotada llegué a la entrada y recién ahí, después de hacer la cola, vi un cartel que decía «Entrada preferencial». La tercera edad no tenía que hacer fila y yo 45 minutos esperando ¡parada a todo sol! Si serán idiotas. ¿Por qué no ponen el letrero antes de la fila? Me hubiera ahorrado el tremendo cansancio y mal rato. (...)

Cuarentena total en el Gran Santiago, más de 6,5 millones de personas sin salir de sus viviendas, ni siquiera a comprar el pan a la esquina. Casi no dormí anoche con tantas malas noticias, me desvelé, no me gusta escuchar las noticias en la noche, me afectan. Ver a esa pobre gente luchar a piedrazos, a patada limpia, ¡me impactó! No tienen qué comer, sin trabajo, niños que alimentar, ¿qué haría yo en esa situación, estaría luchando en las calles? ¿Cómo culpar a una madre, sin poder llenar la olla? La pobreza aumenta, su angustia produce ira y salen a la calle a desahogar su frustración. No se justifica la actitud, me pongo en sus zapatos y no sé qué haría. El gobierno no se pone los pantalones, hace falta mano dura para controlar este desorden y, si hacen algo, si ponen mano dura los señores del gobierno son juzgados de faltar a los DD.HH. Me di vueltas y vueltas. Amanecí cansada, disgustada con el mundo en que vivimos. (...)

Verónica Escala
Las Condes, Metropolitana, 73 años

Hoy seguimos con las malas noticias, el informe de Salud, del ministro Mañalich, dice que ayer se registraron 1.391 casos nuevos y hubo un total de 9 decesos, siete en la zona sur y dos en Antofagasta, con lo que tenemos la confirmación que la pandemia se consolida en el norte del país.

Cada día me levanto en mi casa de Antofagasta, y abro la ventana de mi dormitorio que da al cerro, a los cerros pelados, típicos del Norte Grande, mientras miro esos cerros y la ausencia de colores del desierto de Atacama, me baja la inquietud sobre el futuro. ¿Hasta cuándo viviremos?, ¿el virus se ensañará como dice la TV contra la gente de la tercera edad?, ¿tendré tiempo de ver a mis nietos? Esos nietos que aún ni siquiera han sido engendrados.

Esta no es la vida que había soñado en junio del año pasado, cuando cumplí 68 años de

edad y atendiendo al pedido de mi esposo y mis hijos me avine a jubilar después de 43 años de ejercicio del periodismo. Soñaba que mi vida sería feliz, que tendría tiempo de viajar y de hacer lo que yo quisiera. Sin embargo, la realidad dijo otra cosa. Formalicé mi jubilación en septiembre del año pasado y octubre era el mes en que empezaría a gozar en plenitud de mi jubilación, sin embargo, en lugar del gozo, sobrevino la inquietud, el estallido social, las demandas a las que adherí, particularmente en lo referido a las pensiones y la ola de violencia y saqueo, que rechacé frontalmente, ya que nunca he adscrito a la tesis de que el fin justifica los medios. (...)

Pienso que a los únicos que vendrá bien esta epidemia es a las AFP, ya que si mucha gente de la tercera edad muere, sus aseguradoras se quedarán con los fondos de miles de personas.

Toda esta situación me agobia, me altera, me produce una sensación de impotencia. Los adultos mayores en este país estamos abandonados, presionados, acosados por todas partes.

(...) Voy a la otra ventana que da a la calle, y veo autos subir y bajar, con familias felices en su interior, escuchando reguetón, felices de la vida. Me producen envidia, intento recordar si yo a su edad me sentía inmortal y creo que no.

Cincuenta años atrás, cuando tenía 18 años, estaba preocupada con mi posible ingreso a la universidad, sería la primera mujer de la familia en tener educación superior, pero para eso era necesario trabajar mucho y estudiar mucho, a los alumnos pobres, todo les cuesta más.

Y hoy debo convenir en que a los adultos mayores también todo les cuesta más.

María Eugenia Vargas Pastén
Antofagasta, 68 años

Sábado, 9 de mayo

Ya se me hizo un hábito «disfrazarme» para bajar al centro a efectuar las necesarias compras en la feria de la avda. Argentina... y donde necesite.

La «rutina» sin duda me facilita todo. Ahora actúo en forma automática. Después de vestir la ropa que me conviene para el clima de esta mañana, me pongo los guantes de goma que uso, de color celeste. Son muy adherentes. Por eso en las salidas recientes rasgué dos pares, primero al ponérmelos; y al regresar, cuando me los sacaba. Al salir, en la docena de jockeys que tengo, elijo el color que mejor combina con la ropa del día.

Inevitablemente recuerdo la veintena de jockeys que junté, como regalos recibidos a bordo de los numerosos buques de guerra que visité, tanto de nuestra Armada como de EE. UU., Francia, Japón y otros. Todos se los llevó el fuego al incendiarse nuestra casa el 2014.

Los de ahora me los han regalado mis hijas, aunque los que perdí son irreemplazables.

Solo al final me pongo la mascarilla, gris a cuadros, que me ha sido muy fiel, luego que dejé de lado una blanca, que era muy delgada; y otra azul, muy estrecha. Antes de usarla, la refuerzo por dentro con una hoja de toalla Nova doblada en seis partes, que me sirve de filtro adicional. Me aseguro. Y no me ha sido molesto. Por el contrario, me ha dado mayor protección (física y mental) ante el contagio.

Viajando en el microbús, desde la población Marina Mercante, en Playa Ancha, me alegró apreciar que la mayor parte de los pasajeros que subieron después de mí, iban todos con su respectiva mascarilla. Algunas pasajeras —principalmente— llevaban guantes, como yo.

Sin embargo, al llegar el microbús al centro, varios pasajeros subieron sin mascarilla. Contra esos nos protegemos los que portamos mascarillas. Sin duda creen que a ellos nada les pasará.

También me alegró comprar en locales que tienen un protocolo para la atención del público. En la carnicería Don Pedro solo se acepta a tres personas a la vez, aunque hay cinco personas que atienden. Al llegar se debe sacar un número del dispensador y esperar fuera del local. A medida que salen, se llama por el número correlativo. Así no hay que hacer una fila; basta con una separación donde una desee y... estar atento al número de llamada.

Esto ya es parte de la llamada «nueva normalidad».

Raúl Santíz Téllez
Valparaíso, 79 años

Domingo, 10 de mayo

Día de las Madres. Martina, nuestra amada primera nieta e hija de Amanda, nuestra hija mayor, se encuentra viviendo con sus «tatas» durante el periodo que dure el confinamiento voluntario al cual hemos optado. Amanda es química farmacéutica y trabaja en el Hospital Regional de Rancagua y por tanto más expuesta a contagiarse y contagiarnos. Martina le ha preparado una riquísima torta de brownies y se la vamos a dejar. En la puerta de su casa, sin entrar a ella, se la entrega y se abrazan. Yo aprieto fuertemente los labios.

Mauricio Sánchez González
Rancagua, O'Higgins, 66 años

Memorias en tiempos de pandemia

(...) El vivir cerca de una autopista que atraviesa la capital me permite escuchar el paso innumerable de ambulancias, el ulular de sus sirenas me estremece y hace pensar en el enfermo que transportan, en sus familiares. También en el tremendo drama que viven miles de chilenos sumidos en la precariedad y muchos en el más absoluto desamparo, ese país que estaba escondido detrás de las grandes alamedas y de los magníficos edificios que nos hacían creer que vivíamos en un país distinto.

Por eso y mientras razonaba sobre lo terrible de la tragedia que estamos viviendo, empecé sin querer a trasladar mi pensamiento a los recuerdos, buscando, a lo mejor, evadirme de la realidad y viajar por algunos paisajes de mi vida, de mi niñez tan distinta a lo actual y cuando la percepción de lo que ocurría a nuestro alrededor no nos permitía apreciar las realidades de aquellos tiempos, que a veces creemos que fueron mejores.

Si el recuerdo me acompaña, daré un paseo furtivo, por entre la nube del tiempo de lo que es recordable y lo que la memoria mantiene como figura imborrable.

Sin comparar en los tiempos, solo repasar el recuerdo es paisaje que se presenta siempre nítido, la infancia en el sur del frío, de la lluvia interminable de primaveras cortitas y fugaces veranos de cosecha.

En mi calle de tierra y pasto con cercos envejecidos de musgos y casas con techos entejuelados, los juegos, las rondas, la espera por el «suplementero» que llegaba con el *Simbad* o el *Oke*y con dibujos de héroes invencibles que les daban vida a los sueños de Julio Verne. Era una ceremonia abrir las páginas de esas revistas, todavía siento el olor de la tinta de la imprenta, todavía recuerdo los sueños de viajes por esos mundos por los que nos llevaban la fértil imaginación de los autores.

El atardecer de otoños interminables sentadito al dintel de la puerta de la calle O'Higgins 234, cuando el sol se despedía con sus últimos tibios rayos, luego los compases de tangos y boleros de algún desgastado fonógrafo o de una moderna radio Philips proveniente de unas casas misteriosas que de día parecían vacías y que, según la abuela Mercedes, en la noche eran casas de mala fama. Años después conocería el misterio que encerraban esas casonas de colores disonantes con mi barrio pobre y sin mucho brillo.

El tiempo del colegio era breve, ordenado entre materias y recreos en un patio siempre alegre, lleno de risas buenas y cortado por la campana que llamaba por otra lección y terminando en la oración para llevarla a la casa junto con la tarea para el siguiente día. Era

hermoso mi colegio y llegadas las vacaciones daba pena abandonarlo. El premio era viajar al campo de los tíos, por Gorbea cuarta faja el lugar era por «Mune». Eso sí que era bonito, el verano era un suspiro jugando a ser campesinos con mi hermana, recorriendo potreros y bosquecillos, buscando moras, maqui, boquis y copihues admirando la variada fauna de tordos, pitíos, zorzales o perdices de corto vuelo y escandaloso reclamo. El primer galope a caballo fue aventura memorable, era jinete de las novelas de «pillitos» que llegaban de Argentina, la mayoría escritas por un tal Marcial La Fuente Estefanía, que por aquellos días hacía furor con sus fantásticas aventuras de héroes invencibles, digno de un capítulo aparte que narraré más adelante.

El campo fue nuestro primer parque de entretenciones donde los juegos se hacían realidades hermosas jugando con los corderos, los juguetones cabritos, los chanchitos recién nacidos, la vaca y su tibia leche. La aventura de montar a un barraco o lanzarse potrero abajo en carreta «emparvadora» con final en vertiente propiedad de unos gansos que defendían su predio a graznido y aletazos. Memorable el volcamiento a mitad de la carrera con la Maruja debajo entre la «pértiga» y las barandas, felizmente sin heridas ni yayas que lamentar.

De un ciprés de gruesas ramas los primos colgaron un columpio formidable de vuelo alto del que costaba bajarse por la emoción de subir y bajar entre gritos y risas nerviosas.

Había tanto donde jugar que el día se hacía cortito y la llamada a comer en la cocina con fogón, siempre nos parecía muy temprana. (...)

El despertar era de cuento, lavado en agua heladita que bajaba de un bosquecito cercano, era la vertiente eterna para la casa, la huerta, la «quinta», sitio obligado de los juegos de verano. Del siempre rico desayuno a jugar entre ese paisaje que llenaba nuestros sentidos, con el aroma de flores y plantas, de pastos y hermosos árboles de maderas nativas. Por la altura en la que se encontraba el campo, la panorámica permitía apreciar grandes distancias, volcanes lejanos que alimentaban nuestra infantil imaginación. Los caminos y senderos, grandes extensiones con potreros cercados por hermosas alamedas donde adivinábamos la figura de animales que pacían y recorrían esos parajes de formidable belleza. Por allá una carreta «chancha» distinta de una emparvadora cargada hasta el cielo con gavillas de trigo o avena o pasto para el duro invierno, en algún camino lejano un tractor dejando una huella de tierra levantada por la suave brisa del estío o por un sendero un campesino llevando la horqueta y la «echona» con paso cansino, buscando el refugio de la sombra refrescante de un frondoso boldo.

¿Quién podría recrear esas maravillosas visiones...? Esas postales que se quedaron para siempre, imborrables, queridas, guardadas y atesoradas para siempre en nuestra vida.

Claudio Omar Sepúlveda Jofré
Santiago Centro, Metropolitana, 73 años

❁

Daniel me llamó para saludarme por el día de la Madre. Me contó que el domingo habían celebrado con los niños a la Carmen Gloria. Se tomaron un aperitivo *online* con la Pía.

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

❁

Día de la Mamá

Y ya hemos llegado al mes de mayo, y se está celebrando el día de la Madre, la hija Paty me avisó que en la tarde vendrían a dejarme mercadería con Javier Tomás, y por supuesto que pensé que vendrían a saludarme de manera especial. Y estoy pensando también en hacerles un regalito, pero voy a tener que buscarles algo para que también les quede un recuerdo de este día.

Y ¡claro que me traían algo especial! Nada menos que un video con fotos del recuerdo, de hermosos momentos, como de la celebración de las bodas de oro, de la ceremonia, de la fiesta misma que realmente para mí fue algo espectacular porque participaron todos los nietos, cantando y bailando, incluso armaron una gran orquesta para la oportunidad, todo hermoso y emotivo y yo cantando canciones de la infancia junto a mamá y papá, ¡momentos inolvidables! Incluyendo las poesías, para el video del recuerdo en este año 2020, el «Dulce milagro» y «La higuera» de Juana de Ibarbourou que tantas satisfacciones me dan junto a un cuento para Margarita Debayle, de Rubén Darío, que compró para mí con bellas ilustraciones mi hija Paty.

¡Claro que llegué a llorar de emoción, de alegría y de agradecimiento con mis hijas y mi hijo que son lo mejor que Dios me concedió en la vida! Tantos hermo-

sos recuerdos junto a la familia y a tantos amigos queridos que nos acompañaron. Gracias Dios mío por todo. (...)

Erika Sepúlveda Muñoz
Puchuncaví, Valparaíso, 85 años

❁

Día de la Madre. Un mensajero trae el saludo y un hermoso presente de mis tres hijos adorados, siento alegría y también un vacío en el corazón por su ausencia. Fue una linda sorpresa, realmente linda, en la noche nos comunicamos por videollamada. Gracias a Dios.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

❁

Despedida

(*Ad hoc* para tiempo de pandemia)

¿Cómo justificar mis palabras? No hay razón aparente.
Quizás, valga una excusa:
El temor a no estar presente, en el preciso momento de
tu partida.
Vertidas en desorden, como gotas de lluvia,
sin pretensión poética; sin reglas ni rimas...
Muestran el rostro gris de este invierno.
Noches desoladas, ciudad desierta.
Fruto de insomnios, pensamientos confusos
que me llevan por laberintos sombríos; sin salida.
Allí, largos silencios gritan cosas que no entiendo.
Pienso en el fin; y escribo.
Es absurdo, porque estás aquí en cuerpo y alma...
pero sé que no estoy loco... No estoy ebrio.

«Se adelantó el tiempo y no quiero estar ausente».
El Tiempo Cósmico corrió veloz, sin Kairos;
Dejando nuestras vidas a la vera del camino.

Una excusa más.
Un fantasma danza por el aire
clavando sus puñales a indefensos;
arrasa palmo a palmo; pueblo a pueblo.
¿Quién está libre? Ricos y pobres, igual, prisioneros
del incierto. Por eso escribo.

¿No bastan? Otra excusa.
El presente nuestro, con pasado y futuro, ya no existe.
Fugaz se ha ido ¿Te das cuenta?
Ni tú ni yo tenemos el mañana como tiempo asegurado,
por ello, despedirte hoy, se hizo necesario.

El dios de la muerte recorre los Espacios,
cine, mercado, bares y farmacias; ahí está.
En la calle desierta te lo encuentras,
buscas refugio en el hogar; allí, agazapado,
se mueve, que ojo humano no percibe.
Elige y ataca. ¿Entiendes por qué estas palabras?

Comprensible es quien de Dios, en medio del caos, reniega.
¡Tu misericordia, Padre, por qué no llega!
Rasgan vestiduras; cubren con ceniza la cabeza.
Gritan con rabia envenenada. ¡Malditos somos todos!
¡Maldita toda creatura humana!
En la desesperación, no reniego, escribo ¿Qué escribo?
«Somos de otro tiempo...» Aquel donde cada uno
vivió su vida, donde cada amanecer tenía su horizonte.
Sí, era nuestro tiempo. En él cruzamos nuestras vidas,
Y en él floreció esta amistad correspondida.

¿No bastan los anteriores argumentos? Una excusa más.
El tiempo aprehendido, como derecho existencial,
ha marchado llevándose canciones, esperanzas, utopías...
¿Cuántos logros alcanzamos?
¿Cuántos brindis, con copa alzada, hicimos?
Y quizás... cuántos sueños por lograr tenías.

Ayer, vivir, tenía su propósito,
La noche traía luz del nuevo día.
La certeza, del acontecer seguro, envolvía la existencia.
La mañana nos hacía levantarnos, mirar las flores,
regar el huerto; hacer las cosas cotidianas sin olvidar las del futuro.
Comprar el pan en el almacén del barrio, saludar vecinos;
Abrazar seres queridos.
Sentarnos a la mesa, reír, compartir el acontecer diario.
Ese TIEMPO SE ACABÓ.

Regresamos al no tiempo, a la no creación.
Hemos vuelto al antes del «Hágase la luz».
Tiempo oscuro, sombrío, sin control, sin sentido...
El Mañana se esfumó en un abismo...
y «Tierra de Nadie es mi existir en este mundo».
Ante el vacío... Oro, escribo. (...)

Un cuerpo inerte

Es la madrugada, Todo el personal se mueve de un lado a otro. Se escuchan órdenes, carreras...gritos de dolor...

En una sala fría ocurrió la tragedia.

En una cama, más bien desordenada. Está el cuerpo inerte, desnudo de un desconocido; sin nombre, sin documentos, sin familia; nada. Son los restos del Viejo Camarada. Una anónima víctima más.

Un joven médico voluntario, aún no titulado, lo acompaña. Es su primera experiencia con la muerte; y está impactado.

Antes de avisar del deceso para entregar la cama, busca entre las ropas algo que lo identifique, para hacer el parte de defunción. No encuentra nada. Solo un poema escrito a mano, que dice «Despedida Anticipada».

El joven médico, solemne, como soldado despidiendo un caído en la batalla, entre sollozos, lee el texto; luego lo guarda.

«Tarde en el hospital», «El hombre imaginario» y «Oda al hombre sencillo» subyacen en este poema, traído al presente en pleno siglo XXI, por un poeta menor, para enriquecer la cultura. La palabra ayuda a mantener viva la conciencia sobre la existencia humana, con sus grandezas y miserias.

Víctor Benito Cabrera Vargas
Puente Alto, Metropolitana, 72 años

Día de la Madre: Hoy me avisaron que conecte con Zoom. Estábamos los tres viejitos, nosotros dos y mi hermana, nuestra primera visita, muy desinfectada. Nuestros brindis listos, el computador al centro en el antiguo espacio destinado a las flores. Esperamos la conexión. Suena la campana de la calle y ¡están allí! En persona, con mascaritas, un queque y sus alegres risas, que solo veo en sus ojos. Casi me desmayo. Conversamos a la distancia y se fueron... ¡Los amo!

Lupe Barría Cataldo
Providencia, Metropolitana, 71 años

Corrido por los gansos

Corre niño travieso a campo abierto sin tapujo, o por senderos de despecho, raudo sin mirar el embrujo del paraje, solo cortando el aire con el pecho. Zancada tras zancada hacen del avance un trecho, donde olores y colores adornan el paso y el dejo, sin rumbo programado, compartes el cielo con bermejos que imitan el deambular de tu cuerpo maltrecho.

(...) Me muevo cada vez con mayor temor y angustia, tratando de flanquear el desmedido acoso, hasta que al mirar de reojo, veo que desisten, eso sí, dejando sentir su airado enojo.

Fernando Squella Narducci
Viña del Mar, Valparaíso, 71 años

❁

En mayo aparecen las ollas comunes que yo pensaba habían desaparecido.

Pero me alegré mucho, pues señoras, todas adultas mayores, cocinaban con mucho amor para entregar comida caliente a sus vecinos. Aparece la solidaridad de los ciudadanos comunes y corrientes que su único objetivo es ayudar al prójimo sin cámaras y sin esperar nada a cambio.

Marión Sánchez Vásquez
Temuco, La Araucanía, 79 años

Lunes, 11 de mayo

Sí diario, me siento muy afortunada, en medio de esta crisis, tener 4 hijos, todos profesionales, 7 nietos muy estudiosos y 2 bisnietos en crecimiento; ver mi descendencia enfrentando este difícil trance, lo puedo sobrellevar con la fuerza divina de Dios, el cariño incondicional de mi familia, de Chile y desde Argentina, el apoyo y colaboración de mis vecinas, que tienen almacén y verdulería que me abastecen de alimentos necesarios a la puerta. Pienso que la solidaridad es primordial, en este tiempo de incertidumbre.

Hay bastante alarma pública acá en nuestro país porque, a pesar de las cuarentenas, las cifras de contagios no bajan. Los matinales de televisión repiten una y otra vez los datos, entrevistan a médicos, políticos, pobladores, sobrevivientes del covid-19, o sea, el tema no sale de las pantallas. Yo, por salud mental, pongo distancia con eso y elijo hacer mi rutina: cocinar, escribir, leer, escuchar música, relajarme, caminar por mi patio, saludando a mis vecinos a la distancia y orar *online* con mis hermanas de congregación, los días viernes y domingo.

Silvia Tapia Lucero
Viña del Mar, Valparaíso, 71 años

❁

No pudimos asistir a la funa contra la estatua del almirante golpista y asesino Toribio Merino, allá en el Museo Naval. Que cada día 11 hemos venido protestando por la ignominia y vergüenza, de rendir honores al gánster vendepatria, durante más de cuatro años. La pandemia acecha con su guadaña.

Mi nieto dice que habría que dinamitar la estatua, que somos «mariquitas», que «se nos aconcharon los miaos». Le digo que mejor vaya a regar la chacra.

Omar Andrés Rubio Orellana
Limache, Valparaíso, 72 años

❁

Mañana se inicia cuarentena en Viña. ¿Cómo lo haré para ir donde mamá?

Marcela Crespo Aguirre
Viña del Mar, Valparaíso, 70 años

Martes, 12 de mayo

Te había dejado abandonado. Todo sigue igual. Todos los días se repiten iguales. Felizmente estamos bien entre nosotros. Nos aceptamos con nuestras fortalezas y nuestras debilidades.

Chile está en crisis, igual que el mundo entero. Mucha gente angustiada sin trabajo y tienen hambre. Nosotros estamos cooperando con las ollas comunes, para ayudar a la gente que lo está pasando mal.

Estrella Ramírez Paredes
Valdivia, Los Ríos, 74 años

❁

Le escribí un correo al médico por el control del glaucoma. «Ahora lo más importante es que no salga, quédese en su casa», respondió. Eso escucho en todas partes, «quédese en su casa». (...)

Mónica Celis Morales
Huechuraba, Metropolitana, 70 años

El día está frío, ayer se celebró el día de la Mamá, un día diferente, solo recibo el saludo de mis hijos por un videollamado, echo de menos el abrazo y el beso cariñoso que estaba acostumbrada a recibir.

Cristina Pino Muñoz
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

Jueves, 14 de mayo

Las personas que aparecen en las fotografías (de 86, 91 y 70 años, respectivamente) son exferroviarios que hoy trabajan en una mutual de salud, Comufersa-Valparaíso, lugar en el que se atiende a los sobrevivientes de Ferrocarriles del Estado (antigua empresa) y que aún permanecen fieles a los recuerdos de tiempos pasados. Debido a la pandemia que azota al mundo entero, ya llevan dos meses sin atender en la sucursal de Barón y aún con un futuro incierto. ¿Volverán algún día?

José Manuel Ortega Ramírez
Valparaíso, 70 años

16:55 H.

Les acabo de escribir las cartas de la semana a Almendra y León, estoy muy contenta porque recibieron la primera carta, ya pudimos llegar a ellos la Verito y yo. Este sábado cuando ella venga a dejarme con mucho amor mi ropa limpia y a llevarse la sucia, de vuelta pasará al correo a dejarla, ya nos pusimos de acuerdo.

Ayer pelearon mis hijos Javiera y Juan Pablo, espero que se les pase la tontera, se comprendan, se ayuden, que vuelvan a reencontrarse.

Son tiempos difíciles para todos nosotros, estamos más susceptibles, el encierro por la pandemia nos daña psicológicamente y no nos damos cuenta. A unos más, a otros menos, aparte de los problemas personales de cada uno, se suma esta pandemia covid-19 que ha atacado a todo el planeta Tierra, a todos los seres humanos, estamos todos muy conectados por vía aérea principalmente, con viajes muy rápidos, muy seguidos, vuelos baratos o pagados a largo plazo en cómodas cuotas, es fácil viajar en este siglo por lo mismo también ha sido de fácil propagación el virus, lamentablemente para toda la humanidad. Terrible, tremendo, triste realidad. Horrible aislamiento familiar.

Hoy supimos que Vale, hermana de Cony, contrajo covid-19, el virus que nos tiene encerrados, ella trabaja en el servicio público, enfermera recién egresada, una chica valiente, joven y sana.

Se recuperará pronto.

Rezaré por ella.

Verónica Inés Ramírez Rivera
Valparaíso, 62 años

Viernes, 15 de mayo

Lo cierto es que no me siento solo, me siento despojado de mi libertad, me siento maltratado, como si fuese un individuo incapaz de todo, de autoprotegerme, de autocuidarme, como si en mi vida nunca hubiese tomado riesgos, si de verdad toda mi vida ha sido como un juego de probabilidad de estar o no estar, si mi especialidad como *scout* fue el «acampar en solitario», si practico el buceo, si camino solo entre cerros del desierto, donde nadie

sabe que estoy (mi familia se enoja), entonces siento que me agreden cuando me dicen que me quede en casa, pero, finalmente lo acepto, pero con consecuencias en mi ser, y me imagino en todo ser humano normal.

Leonardo Fernando Figueroa Tagle
Arica, Arica y Parinacota, 68 años

❁

Me levanto tarde. Café, ducha y a jardinear. Pienso que uno de los momentos más ricos del día es la ducha en las mañanas. Doy gracias todos los días. Cuánta gente que no tiene agua en este país y no puede siquiera lavarse las manos, como nos indican con frecuencia.

El otro momento delicioso es cuando me acuesto muy tarde en las noches soltando un largo suspiro. Luego la cabeza sobre la almohada y duermo hasta el otro día. Otra vez gracias. Dicen que los viejos duermen poco. No es mi caso.

Susana Wiener Levy
Algarrobo, Valparaíso, 76 años

❁

Hoy entró en cuarentena la ciudad de Santiago completa. Cada día han ido aumentando los contagiados. Yo no salgo desde hace dos meses.

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

❁

Hola, aquí estoy, tratando de entender qué paso con mi vida. Un día desperté y todo cambió, ya no tengo nada, mis reuniones del día miércoles y los lunes y viernes, la piscina, conversaba mucho, compartía penas y alegrías. Ahora voy para tres meses encerrada, pero lejos con cuática. Mi yerna trabaja en el hospital, por lo tanto no me dejan salir ni a comprar, llegando ella cada una en su pieza. Mi pobre hijo paga el pato, él va a la feria, a

comprar (está trabajando en la casa), no quiere que me asome ni a la puerta. Claro, con razón, tengo las tres enfermedades que son peligrosas: asma, presión alta, diabetes.

Teresa Verdugo Pérez
Valparaíso, 76 años

❁

Me uno al amor de mi familia, de hermana, de tía, de madrina y de mamá. Los amo a todos y todas. El cariño y el amor son bálsamos de ternura para el alma y te llenan el corazón de paz y tranquilidad, sobre todo ahora que nos falta la Lucita.

María Inés García Verdejo
Quinta de Tilcoco, O'Higgins, 70 años

❁

¡Cumpleaños de nuestro nieto! Recordé que cuando cumplió un año, lo tuve en mis brazos y para eso viajé a Barcelona donde residía. Hoy, a sus 10, no pude abrazarlo. Añoro su olor a vainilla, mi arrurrú, sus risas, nuestros mil juegos, las lecturas y cocinar. Por supuesto que celebramos vía Zoom. Una multitudinaria gymkana *online*, donde me esmeré en hacer unos muy grandes cartones, pintados con adivinanzas. Trabajamos mucho.

Lupe Barría Cataldo
Providencia, Metropolitana, 71 años

Yo extraño ir a la orilla del mar, una playa, la luz del sol en la piel, eso me encanta, pero repiten tanto no debes salir, que ya he asumido que no debo hacerlo, que debemos esperar y cuidarnos.

Carmen Herrera Vargas
Puchuncaví, Valparaíso, 65 años

❁

Sábado, 16 de mayo

¡Me enseñaron Zoom! A través del espacio cibernético, sideral, pude estar en el cumpleaños de Javierita, mi nieta hermosa y en varias reuniones que el progreso ha permitido desarrollar desde casa con las universidades, los centros culturales. ¡Qué bien! ¿O no?

Me pregunto, ¿se ha acercado el mundo a mí, a nosotros? ¿Significará esta comunicación para entendernos mejor, para crear un mundo mejor, una sociedad más amable? ¿Es el signo de estos tiempos? ¿O es exacerbar nuestro individualismo y egoísmo? (...)

María Eugenia Avilés
Valparaíso, 74 años

❁

Domingo, 17 de mayo

Ha pasado un mes. Y llevo dos de encierro. Vivo sola. Tengo un pequeño restaurante que agoniza. Trabajo casi desnuda desde mi casa, el sol me da en la espalda, siempre quise trabajar así.

Escucho en medio del silencio de la ciudad un gallo que canta a mediodía.

Anoche volaba una pareja de lechuzas, ellas andan sin mascarillas.

La humanidad anda enmascarillada, con guantes y recelosa, no nos acercamos. Esto cuando ya el hombre creía que era dueño del universo.

Esta muerte asola a la humanidad completa.

Estoy sola, nadie puede acercarse a nadie. Hace muchos días no nos tocamos.

Laura Naranjo Arcaya
Providencia, Metropolitana, 75 años

❁

Que emoción, cumpleaños de mamá, sus 90 primaveras en tiempos difíciles, pero no por ello para festejar con una deliciosa once y conectarnos con mi hermano desde Canadá.

«Mujer virtuosa quién la hallará». Proverbios 31:10.
Mujer que llevaste un hogar que a lo mejor negándote para bendición de tus hijos —económica— motivante en mis estudios (me decías tienes que ser profesional, llegar a la universidad; curioso, yo quería tener un hogar y muchos hijos). Muchos hijos he tenido a lo largo de mi profesión, enseñando con mucho amor a leer, sumar, respetarse entre los compañeros, amar a Dios y también al prójimo.

Hoy veo a mi madre y puedo decir gracias, Señor, porque a ella la usaste para ser lo que hoy soy en esta bella vida, una mujer fuerte, a pesar de lo que nos ha tocado vivir en tiempos de pandemia: obediente a las exigencias de acuerdo al momento de gran contagio, motivadora con quienes nos rodean, orar porque todo esto que está sucediendo pueda sacar todo lo bueno y hermoso de nosotros, dejar que Dios ponga lo que nos está faltando y sacar lo malo que afecta a nuestras vidas y también a otros.

Isaías 41:10 «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia».

Verónica Martínez Godoy
Quilpué, Valparaíso, 67 años

❁

En este tiempo particularísimo, me aproximo más al tema de la muerte. Soy polvo, eres polvo, somos polvo (de estrellas). Polvo: micropartícula de tierra. Venimos y vamos a ella, eternamente. Nos hacemos y nos deshacemos.

La muerte: no inspiramos, ni exhalamos. Este flujo de aire, que va y viene, se detiene. Tomo conciencia de la importancia de este acto mecánico, el respirar. Me hace mirar alrededor. Todo respira, todo tiene vida y uno vive aislado de ese acontecer global, uno vive adormecido, adormecida, adormecide. (...)

Vuelan hojas, papeles, bolsas de plástico. Es la ventilación del metro la que los impulsa por el aire.

A diario estoy trabajando con mi voz. Mi voz es importante para mí. Me gusta leer en voz alta para otros. Lo hago bien, entonado, pausado, lo que sea necesario.

Me gusta cantar. Sí, me gusta cantar. Es como terapéutico cierto canto, ciertos juegos de sonidos. Quiero conocer mejor mi voz, sus detalles, su potencial. Alguna vez alguien

me dijo que tenía voz para locución y sí, creo que sí. Aunque ha perdido volumen y entonación.

Me gusta la voz como recurso terapéutico, como desahogo, como grito. También como calma, serenidad, relajo. Cada persona tiene su voz. La voz es como la huella digital. Te otorga identidad. Qué sorprendente. (...)

Patricia Jiménez Rodríguez
Santiago Centro, Metropolitana, 66 años

Lunes, 18 de mayo

Todo Santiago en cuarentena. Hace bastante tiempo, más de un mes atrás, los alcaldes de varias comunas se lo estaban solicitando al gobierno de Piñera, han hecho oídos sordos, no escuchan a nadie, se juran semidioses, una soberbia repugnante. Los científicos chilenos se lo advertían ya, el colegio médico. Solo pensaban en su nueva normalidad, tenían el descaro de decir que comenzarían las clases el 27 de abril, gracias al Colegio de Profesores que se opuso a esta medida se libraron nuestros niños de un contagio seguro.

Tuvimos un alcalde en Las Condes que se dio el gustito de abrir un histórico centro comercial, el Apumanque (para mí es muy cercano, siempre quise que mi padre tuviera una sucursal de Foto Zeiss en ese lugar)

Este UDI, Opus Dei, cara de bueno y que se hace el huevón, J. L., a poco andar de su apertura con bombos y platillos, cámaras de la televisión del monopolio prestas para enviar estas imágenes comerciales, tuvo que cerrarlo por el aumento en su comuna, el rebrote del covid-19, la pandemia que ha azotado al mundo entero.

¿Virus creado o será natural?

USA y China en la mira, países enemigos comercialmente.

Ahora los científicos de todo el mundo están de cabeza tratando de buscar una vacuna para detener la pandemia.

Esta situación es una catástrofe, es terrible y muy triste, ¡ha muerto mucha gente!

Verónica Inés Ramírez Rivera
Valparaíso, 62 años

❁

Hasta ahora, el único problema que tengo, aunque no tan grande, es la peluquería. Me estoy llenado de canas. No me he teñido desde hace casi 3 meses.

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

❁

23:03 H.

¿Volverán nuestras absurdas tertulias? ¿Esas carcajadas incontenibles y brillantes? Volveremos, quizás, a reunirnos por el solo gusto de estar... Es la vida la que se encarga de mantenernos vivos y, ¿qué significa estar vivos? Para mí, es el disfrute... Hedonista, me dirán y a mucha honra. Aún no le encuentro otro sentido a la vida. Vine aquí a ser feliz ¿o no? Extraño demasiado mi libertad, me la quitaron, igual que a ti. Nadie entiende nada, nadie quiere vivir esta clase de vida.

Que no te expongas, que no te arriesgues, que no disfrutes... ¡Váyanse al carajo! Yo quiero reír y cantar y bailar.

Todo es miedo y amenaza. Yo opto por la vida y la alegría y el disfrute.

Esperando la muerte se nos va la vida, mientras tanto amamos y soñamos.

Volverán mis noches de naipes y copas y reiré junto a los mejores. Me llenaré de olas y abrazaré a mis amores como me gusta hacer.

A la mierda la mala onda, a la mierda «ellos» y sus amenazas. A la mierda mis tristezas.

A medida que envejezco me vuelvo más invencible.

Violeta Margaret Ramírez Savoy
Las Condes, Metropolitana, 60 años

❁

Hoy hablé por wasap con mi nieta Francisca.
—Buenas noches, JK.
—Para ti igual, lela. Besitos.

—Gracias, Panchita. ¡Que Dios te bendiga!
—Te extraño mucho, lela. Mañana me vacunan.
—¡Qué bueno! Eso es importante.
—¡Buenas noches, lela!
—Mándame una fotito, ¿ya? Y el tata te envía mucho amor.

Leticia Avendaño Triviño
Punta Arenas, Magallanes y de la Antártica chilena, 71 años

❁

Comencé a darme cuenta que existe un Chile oculto; pero es el Chile real.

Marión Sánchez Vásquez
Temuco, La Araucanía, 79 años

❁

Una semana antes de que el coronavirus nos azotara vilmente, yo yacía operado de una inflamación de la próstata en el Hospital Gustavo Fricke.

Después de la oportuna cirugía, el doctor Gonzalo Espinoza me dio el alta cuanto antes, previendo la llegada de la pandemia al Hospital Fricke.

Hoy día estamos viviendo con mi hija Mónica la cuarentena y mi periodo posoperatorio, los dos solos en la casa.

Mi hijo mayor vive en Valdivia y mi hija segunda en Santiago. Nos socorren a la distancia, a control remoto y con el apoyo de los *delivery* y además unas viandas que nos trae una gentil vecina a la hora del almuerzo.

¡Por primera vez, Mónica y yo solos cobijados bajo el techo de mi vieja casa de la Región de Valparaíso!

Creo que no lo había dicho, mi hija Mónica pertenece a la hermosa familia Down.

Mi amiga Ruby, recluida también por la cuarentena, con la que mantengo maravillosos diálogos telefónicos, siempre me dice: «Las cosas suceden *por* algo y *para* algo».

De lo primero confieso mi ignorancia, de lo segundo no me cabe duda de que esta reclusión me ha llevado a una convivencia doméstica muy íntima con mi hija Mónica.

Ambos actuamos como «dueños de casa»: barrer, limpiar los baños, preparar el desayuno y la once y en fin derramar cloro y alcohol por todos los rincones de la casa.

¡Qué sería de mí sin Mónica! Tiene una energía que en mis 85 años la voy perdiendo. Con la familia le hemos dado un nombre: «Dínamo Down». Ella es pura actividad y en sus ratos libres realiza preciosos bordados de lanas de colores sobre esterilla.

Sin la cuarentena, esta magnífica relación filial tal vez no se habría dado.

Para terminar, pienso que en Chile (y el planeta) no estábamos bien. La pandemia nos obliga a recuperar la solidaridad social. La palabra *solidario* viene de sólido. Una sociedad que conforma una estructura sólida puede afrontar temibles desafíos.

La lección es clara: lo que a ti te pase también me afecta a mí. Hoy día si Carlos no se cuida se infectará y es posible que su actitud genere la muerte del abuelo de Valeria.

Es el secular mensaje de Cristo, que está plenamente vigente: ama al prójimo como a ti mismo.

El truco de nuestra sociedad es alejar a los que despreciamos para que no sean «próximos», para que no sean prójimos.

Paradojalmente esta pandemia nos lleva a alejarnos físicamente, pero esto no significa lejanía espiritual.

Lejanos físicamente; próximos (o prójimos) espiritualmente.

Unidos en la soledad es que venceremos esta agresión de la pandemia.

Cariños de un «próximo» lejano.

Allan Browne Escobar
Viña del Mar, Valparaíso, 85 años

❁

Hoy, después de analizar las dificultades que se presentarán, me dediqué a comprar ripio, arena, cemento y otros, esto con el fin de tener en qué ocupar mi tiempo. Vendrán días difíciles.

Horst Pfeiffer Lück
Talagante, Metropolitana, 80 años

❁

Hoy decidí ordenar. Encontré cajas guardadas con algunos recuerdos. Muchos diarios de vida, desde los 11 años hasta la época universitaria. Todos con su llave. Leí algunos. Qué bien lo pasaba en mi juventud. Malones y fiestas en las casas. Recuerdos de mi juventud. Nada de alcohol, ni drogas. Solo bailar y pinchar. Encontré cartas de algunos pretendientes. Colillas de cigarro guardadas como recuerdo. Reviví aquellos años. Esto gracias al encierro. También encontré fotografías familiares. Qué bello. Los ocho hermanos con nuestros padres. Qué recuerdos tan lindos. Papá falleció tiempo atrás. Tuve momentos dedicados a él.

Marcela Crespo Aguirre
Viña del Mar, Valparaíso, 70 años

Martes, 19 de mayo

La vida: ¿orden o desorden?

La vida es un don, y sin embargo conlleva desafíos. Todos los vivientes deben enfrentar cambios que no siempre son agradables ni llevaderos. De partida el nacimiento supone un cambio mayor y cada etapa de la vida contiene lo imprevisible. Encontrar un compañero (a), los hijos, el oficio y la misma madurez son desafíos en que nada está asegurado.

Las enfermedades entran en ese conjunto. A veces las comprendemos como etapas del crecimiento, pero en otras, ponen a prueba nuestra supervivencia y llevan a la muerte. Dejaremos este último cambio para otra ocasión.

Centremos la atención en un visitante que concentra hoy nuestra atención: el covid-19. En primer lugar es tan pequeño, que un microscopio visual no es capaz de verlo. Luego, ni siquiera es un ser vivo, sino un conjunto de moléculas y proteínas. Este solo hecho revela que no está en proporción alguna con «nuestro mundo». Y que desafía nuestras coordenadas de espacio y tiempo. Es verdad que solemos manejar cosas pequeñas, digamos un dedal, pero al lado de un virus, es como poner lado a lado una aguja de coser, con un avión para 700 personas y carga.

Alguien dirá: son cambios en nuestra vida que trajo el virus. Error, lo vivo siempre se mueve, siguiendo algún tipo de orden. Y el desorden mismo, tiene su propio orden. Lo que sucede, más bien, es que nuestra capacidad de observación está ajustada a «otro mundo». El mundo de nuestros nietos, ya no es el nuestro. La estabilidad de nuestro mundo es solo una apariencia. Hoy está este árbol aquí y mañana no está. Fuiste joven y ahora eres

un anciano. El mundo de los jóvenes ya no es el nuestro, por mucho que los queramos. Una aproximación a este cambio es lo que ha sucedido con la tecnología de las comunicaciones. El paso del teléfono a magneto a las comunicaciones vía satélite, fue algo increíble, incluso para nosotros. El tránsito ha sido rapidísimo, invisible y omnipresente. Ni siquiera hemos advertido sus peligros y el modo como cambió nuestras vidas para siempre.

La pregunta del millón: ¿hay alguna diferencia entre la visita del virus y los cambios tecnológicos? Respuesta: pocas y no sustantivas. ¿Acaso los humanos no han estado preparando armas químicas para posibles enfrentamientos? ¿Acaso el cuchillo de sílice no es una extensión de nuestro brazo? ¿Y la computadora, una extensión de nuestro sistema nervioso? ¿Acaso podríamos vivir sin la presencia de bacterias en nuestro tracto digestivo?

Conclusión: nuestro organismo es un esbozo abierto a muchas mejoras. Su orden es aparente e inestable. Es preciso volver a lo más pequeño y aparentemente simple, allí donde muchas vece, el desorden es orden. Es el camino de la ciencia, pero hay otras opciones. La humanidad es más que solo ciencia y ese es también el legado de esta pandemia. Una idea poderosa es la de la convivencia. Es una forma de orden. Si convivimos con galaxias, ¿por qué no podríamos convivir con este virus?

Para que esto sea posible es necesario que el intruso acepte nuestras reglas, sea detenido a tiempo y nuestro organismo fabrique su propia defensa. O sea, vuelva a su orden. Es un invitado indeseable, pero ya está aquí y se quedará por mucho tiempo.

Este texto corresponde a la entrada N° 67, de un diario iniciado el día 19 de marzo del año 2020, en Viña del Mar.

Álvaro Miguel Valenzuela Fuenzalida
Viña del Mar, Valparaíso, 87 años

Es curioso. Hace dos meses que estoy aquí en Calera de Tango, parcela de mi hija Begoña, y recién hoy retomé algunas rutinas que tenía arraigadas antes de este confinamiento. Mis hijas, al parecer, deliberaron y consideraron más seguro que me viniera aquí mientras dure la peste covid-19.

¿Por qué las suspendí?, ¿por qué las reanudé hoy? Misterio. Tal vez estaba tan atónita de la situación de quiebre total que este virus nos produjo a todos, tal vez esperando que todo se resolviera y como no ocurre. No lo sé.

Hoy es un día gris y calmo. Como a mí me gustan. Tal vez por eso me reencontré a mí misma, que andaba algo perdida. Observo a los pájaros en el jardín, las flores de los macizos, las flores del cántaro de greda al fondo, pegado a la casa club de los niños que pasó al olvido entre tanto estudio árido e intenso, ahora en la universidad virtual.

También estoy en calma, mejor no miro las noticias... Me deprimen. Está encendida la chimenea, y ya cociné garbanzos para el almuerzo con mi hija y nietos, Ángel, Agustín y Sofía.

Violeta García Astudillo
Las Condes, Metropolitana, 76 años

❁

(...) Comenzando marzo de 2020, el país estuvo al frente de una pandemia sin la debida experiencia para abordarla, con recursos limitados en tecnología y personal especializado. La primera medida fue la de segregar a los adultos mayores, mantenerlos recluidos en sus hogares solo por motivo de edad, sin importar condición, toda una vida de conocimientos y experiencias, sin pensar siquiera en su disposición para contribuir también con la magna tarea de garantizar la vida de los chilenos. Fue una medida arbitraria e injusta, que acentúa el carácter discriminatorio con el que se define a este grupo etario, y que fue implementada de igual forma en otros países agobiados por el coronavirus.

La estrategia de las autoridades sanitarias se basó en la presunción de que el grupo más vulnerable es el de los adultos mayores, más expuestos a enfermedades crónicas, catastróficas, de alto riesgo. Nada más alejado de la realidad; ni estamos todos enfermos, ni somos inútiles, pesadas cargas económicas, menos material desechable. Esta calificación por supuesto molestó al grueso de la tercera edad que se declaró en desobediencia y a la vista está el movimiento de «La rebelión de las canas», creado en Europa y que se ha extendido hacia Latinoamérica.

De hecho, los adultos mayores forman parte del 6,28% de la fuerza de trabajo, o sea más de medio millón de chilenos en edades comprendidas entre los 65 años y 70 años y más, están ocupados. Del total de la población, el 11,9% está constituido por personas de 65 años y más. Dedican sus vidas a la docencia, a la investigación, a la medicina, a la política, al comercio, en fin a los diversos oficios y profesiones del acontecer nacional. La mayoría está jubilado/a y recibe pensiones miserables, así que buscan otros ingresos con actividades de su agrado, como la lectura y la escritura, el teletrabajo, la consultoría, la artesanía, corretaje inmobiliario, o tareas vecinales, entre otras. Escritores exitosos han surgido a partir de los 65 años.

Son las personas que sentaron las bases de la sociedad de hoy; los padres, los abuelos que ayer lucharon por las libertades individuales y los derechos humanos, los mismos guerreros que se niegan al cautiverio sin ser tomados en cuenta. Una voz autorizada como el Dr. Gerardo Fasce, presidente de la Sociedad de Geriatría y Gerontología de Chile, dice que establecer una relación directa entre riesgo de infección y edad, es estigmatizar. La edad biológica o cronológica en sí no es lo más relevante en la actual pandemia. Lo importante es la capacidad «funcional», el conjunto de habilidades físicas, mentales y sociales que permiten a estas personas realizar las actividades que exige su entorno.

En esta crisis ha quedado demostrado que los primeros focos de contagio del virus fueron encontrados en casas de reposo, asilos, o residencias para el adulto mayor. Allí murieron personas y no precisamente por motivo de edad, sino porque no estaban bien cuidadas en su alimentación, en su salud; ni contaban con el trato amable y cariñoso que requieren para vivir con dignidad. No dudo que algunos de estos hogares funcionen como es debido, con personal especializado y una atención de primera. Pero hay otros que deberían ser cerrados por las autoridades, y mantener en lo sucesivo una estricta vigilancia sobre el funcionamiento de esos centros, sean públicos o privados.

Erraron en la estrategia. En vez de mantenernos en cautiverio, primero tenían que haber intervenido a los hogares de adultos mayores, donde había hacinamiento, falta de control sanitario y no se observaban las medidas para evitar contagios. Luego, debían haber puesto la lupa sobre los pacientes con enfermedades catastróficas de edad avanzada que los consultorios (Cesfam) saben quiénes son y dónde están. Ellos merecían resguardo y atención especial, como también las comunidades empobrecidas.

La mayoría de los padres, madres, o abuelos, son llevados a esos establecimientos, cancelan por los servicios, y luego los olvidan. La palabra abandono circula por los pasillos de esas residencias; la tristeza, el dolor, y los recuerdos complementan el drama diario. A mí nunca se me hubiera ocurrido internar a mis padres. Mi padre vivió sus últimos años a mi lado, y mi madre disfrutó del amor de sus seis hijos hasta sus 90 años.

Cristina Pradenas Hernández
Quilpué, Valparaíso, 76 años

El miedo y la tristeza se contagian, nuestros regalones también sienten miedo o tal vez huelen la muerte, nos miran con ojos diferentes y están distantes a pesar de que les hablamos y acariciamos sus lomos, el gato se acurruca en los brazos de Sergio, duerme a sobresaltos mientras el perro aúlla en el patio, la amenaza está en el aire, todos juntos hemos perdido la tranquilidad y la paz.

Hilda Olivares Michea
Chañaral, Atacama, 70 años

❁

Tuve una mañana muy trabajosa. Me pidieron que limpiara y ordenara la sala de Lenguaje y me encontré con muchos libros, mesas, sillas que no correspondían al lugar. Tuve que llevarlos a sus respectivas salas. Me sobró un estante que no sé de qué sala es. (...)

Cristina Espinoza Baeza
Limache, Valparaíso, 64 años

Miércoles, 20 de mayo

De qué vale lo que hemos vivido, lo que nos enseñaron de chicos, la historia, los valores morales y espirituales. Nos mostraron el poder y la grandeza de las potencias mundiales, tanto democráticas como comunistas; la santidad de las religiones, las ciencias, los avances de la humanidad y la belleza de vivir... Todo esto para que hoy estemos aterrados luchando contra un enemigo invisible. ¿De qué ha valido estudiar tanto para que hoy estemos, tanto grandes como chicos, de rodillas esperando un milagro de la ciencia para acabar con tanto dolor?

José Manuel Ortega Ramírez
Valparaíso, 70 años

❁

Recomendaciones covid-19

I

Con distanciamiento social
evitamos el contagio
no resulta un adagio
prevención es fundamental.
Lavado manos especial
con agua, jabón, varias veces
norma así lo establece
alcohol gel entremedio
nos sirve de intermedio
como acción nos protege.

II

Autoridad sanitaria
la pandemia analiza
el cuidado enfatiza
con actitud solidaria.
Infección estacionaria
por este virus mutante
con gran poder infectante
ataca con alevosía
a toda la ciudadanía
de manera aberrante.

III

Las medidas restrictivas
sugeridas por gobierno
más las penas del infierno
para el que se aviva.
Normativa expresiva
retoma el control social
en este momento crucial
cuando existe gran riesgo
de producir algún sesgo
con descalabro funcional.

IV

Ciudadanía en general
debe respetar la norma
autoridad nos informa
del resguardo individual.
Autocuidado personal
es muy significativo
y estarás protegido
de manera transitoria
dilatando la historia
de un final disruptivo.

David Escobar Iturra
Villa Alemana, Valparaíso, 79 años

Un día llovió, se agradece. Muchos insisten en seguir la vida como si nada. Hay muchas mañanas en que no quiero levantarme, mi voluntad es puesta a prueba: me levanto. Trabajo en cultivar la paciencia, me lamento por los que no lo resistieron.

Elsa Rosa González Larsen
Machalí, O'Higgins, 68 años

❁

(...) Desde que comencé esta cuarentena o encierro, desde marzo a la fecha, van dos meses, que han sido días muy extraños. Ya que menos de un mes había entrado a trabajar después de dos meses de vacaciones, soy asistente de Educación Parvularia y llevo en mi profesión treinta y ocho años sin parar de realizar esta hermosa labor educacional, por ende me gusta mucho salir, conversar, visitar a la familia, compartir con amigas, colegas, etc., etc. Y este cambio tan fuerte con la famosa pandemia del coronavirus, no he estado muy bien en la parte social afectiva, ya que hace poco tiempo fallecieron mis papás, toda una vida con ellos, y eso me complica un poco, ya que siempre estuve acompañada. Ahora sola en casa sin poder visitar el cementerio ni juntarnos como familia, como siempre lo hemos hecho, trato de hacer cosas diferentes para olvidar un poco este horrible momento. Encontré en casa unos telares que eran de mi hermana (Patricia Q.E.P.D.). Y aprendí a trabajar en ellos haciendo cosas sencillas para no complicarme e hice unas bufandas, cuellos de varios colores vivos para incentivarme en el tejido. Me quedaron preciosos, hice seis cuellos y una bufanda, de ahí cambié de actividad, una amiga me dice que está haciendo un curso de inglés gratis *online*, me gustó la idea y comencé a estudiar y repasar varias palabras y términos gramaticales que se me habían olvidado , y en eso estoy, avanzando día a día con estas actividades. También hago preparación de material *online* para mi curso (kínder) y así lleno mi tiempo haciendo diferentes cosas importantes que me hacen olvidar lo cotidiano y evito escuchar y ver noticias del tema (coronavirus).

Ahora estoy muy contenta porque me llegó una hermosa mascota, es un cachorro tiene 4 meses (labrador) es muy tierno, cariñoso, muy juguetón y es mi sombra día y noche. Es mi mejor compañía. Nunca había tenido una mascota a mi cuidado, lo necesitaba y creo que él también me demuestra su cariño y afecto hacia mi persona. Esta nueva y bella compañía me ha ayudado a demostrar el amor que realmente ya me hacía falta entregar a alguien que lo necesitara, estoy feliz con él.

(...) Todo pasa por algo, así decía mi mamá, y es cierto, todo los cambios o situaciones de riesgo de cualquier tipo tenemos que pensar que algo no está bien y debemos cambiar, yo en lo personal quiero ser una persona haciendo una labor de voluntariado en niños (Hogar de Menores), ese proyecto personal pretendo realizar y si me lo propongo lo llevaré a cabo acá en mi cerro, donde hay dos hogares de niños (Patronato Sagrados Corazones). Yo tuve la suerte de trabajar en el colegio vespertino (bibliotecaria), donde conocí mucha gente hermosa, cariñosa, muy humilde, fueron dos años preciosos, asistían alumnos mayores de 18 años y adultos mayores analfabetos. Una profesora les hacía clases. Pero fue una experiencia nueva y me gustó ese encuentro de gente de pocos recursos pero millonarios en cariño y humildad. Lamentablemente esa biblioteca se quemó de un día viernes para sábado, nosotros trabajábamos en el segundo piso y abajo funcionaba un restaurante y por malas instalaciones (lugar antiguo) al lado de los Baños del Parque, ahora hay un estacionamiento. Antes no había tanto control de lugares públicos. Pero como dije anteriormente, quedé con una enseñanza. Yo he tenido la suerte de conocer mucha gente de todo tipo, humilde y de buenos recursos.

(...) Bueno, espero que toda mi historia de esta cuarentena, vivencias, experiencias y vida familiar hayan sido de agrado para ustedes y que sirva para tener en mi futuro algo para recordar. Me encantó hacer esto, jamás pensé que algún día lo haría. (...)

Nelly Calderón
Valparaíso, 60 años

La pandemia para mí han sido palabras mayores, ya que a mi edad 72 años es muy difícil tomar otro trabajo, porque a esta edad todo cambia, no es lo mismo que a los 20, se veía de una manera y la edad dice otra cosa, cuesta un poco enfrentar lo que sucede y no quedar traumada. Todavía estoy vigente y coso de toda ropa, pero la pandemia ha destrozado proyectos y vivencias, espero que este suceso pase y así comenzar a reestructurarme de nuevo y no quede con daños psicológicos.

María Alicia Morales Segovia
San Felipe, Valparaíso, 72 años

Hoy he comenzado este diario. Lo primero que se me viene a la mente es el recuerdo de mi abuelo que murió, en agosto de 1957, a raíz de la pandemia que azotó al país ese año. Falleció en casa, rodeado de sus hijos y nietos.

Si debido al covid-19 muriera en el hospital, sería aún más doloroso para mis hijos, que no podrían darme ese último abrazo. ¿Podría despedirme de ellos en forma virtual? Seguro que mi esposa también estaría contagiada, ¿podría saber algo de ella? Si estuviera hospitalizada me gustaría estar juntos en la misma pieza. A cuidarse, mejor cuidarse y que el momento inevitable de la muerte sea en otras circunstancias.

Alfonso Pino Pizarro
Providencia, Metropolitana, 75 años

Lo que más me molesta de todo esto es la gente, todos criticando echando la culpa que el gobierno no hace nada, que no hacen esto o aquello. Yo pienso que todos estamos pasando mal, espero con ansias que esto pase y volver a ir de visitas donde mis hermanas. Es increíble cómo las echo de menos, volver a vivir mi vida tranquila el poco tiempo que me queda, pues ya tengo 76 años.

Teresa Verdugo Pérez
Valparaíso, 76 años

El día amaneció nublado, lo que no es de extrañar ya que estamos a mediados de otoño, ese período en que siendo niña, a la salida del liceo, me entretenía dando puntapiés a las hojas caídas de los enormes árboles que orillaban la Av. Libertad de Viña del Mar. Nada era comparable al enorme placer de verlas volar y desplegarse en un breve abanico de rojos, amarillos y anaranjados, mientras mis cortas extremidades se alertaban para impulsar las siguientes antes que terminaran de caer en cascada. Un ejercicio simple y despreocupado de un ser que está atrapado en el aprendizaje de vivir. Es este recuerdo el que me incita a escarbar, con disimulada angustia, el hallazgo de una situación parecida a la que hoy estoy viviendo y a la que están experimentando o ya experimentaron recientemente muchos seres humanos en el mundo. Cada uno con sus particulares herramientas tratan-

do de una forma u otra de evitar el contagio de este SARS-CoV-2 con verdadera responsabilidad ante ellos mismos y, por supuesto, ante los otros seres que pululan en cada una de sus vidas, mientras otros indiferentes no alcanzan a dimensionar el significado de su propia contaminación ni menos la de otros. Me doy cuenta que no archivo en mi recuerdo haber vivido una situación semejante, en estos casi 75 años de existencia. La muerte ronda por las calles. Esa palabra con significado siniestro, pero que permanentemente acecha el transcurso de nuestras vidas como el verdugo insoslayable, que en cualquier instante nos sorprenderá y al que inconscientemente borramos o exiliamos del cotidiano quehacer, en el que nos mostramos como si fuésemos inmortales.

Ana María Miranda Martin
Quilpué, Valparaíso, 74 años

❁

Soy una mujer de 66 años, casada hace 46 años con el amor de mi vida, 4 hijos: 2 damas y 2 varones y 7 nietos.

Trabajé muchos años en Educación. Pensábamos, con mi esposo, que al jubilar nos iríamos a vivir al campo, tranquilos, cerca de mi familia. Pero los hijos son la prioridad y una de ellos necesitaba un lugar para vivir, le facilitamos la casa, nuestra casa, que tanto nos costó construir.

Han pasado más de 8 años y ahora... ¿Qué debemos hacer? Arreglarla, pintarla, ocupando los pocos recursos que tenemos y anhelando el día en que esté lista para poder cumplir nuestro sueño. (...)

Josefina García Verdejo
Santiago Centro, Metropolitana, 66 años

❁

Estimado Susfel: Justo en el día de hoy inicié una sanación física y espiritual, así lo siento, ¿por qué? Porque quiero hacer un trabajo profundo en mi persona, que consiste en alimentarme con frutas, verduras, legumbres, agua purificada, evitando las frituras, las harinas blancas y el azúcar, mucha meditación, oraciones, silencios, y por cierto, lecturas bíblicas. Lo hago para

fortalecer el cuerpo y el espíritu; deseo mucho silencio, no tele, ni radio, a veces música, en especial clásica, también música para relajarme y dormir bien. Esta forma de vivir me hace entender mejor la situación de la pandemia del famoso virus, y el estallido social, todo esto me hace pensar y analizar la situación a todo nivel; ya sea en mi vida, en mi barrio, en mi ciudad, en mi país y en el mundo, Me he preguntado, qué hay en el fondo del acontecer diario, referente a la pandemia y los cambios sociales, percibo que van muy unidos... ¿Qué vendrá con estos acontecimientos?, ¿en qué irá a terminar?, porque hay mucha incertidumbre y desorientación en las informaciones, ¿me sigues, Susfel? Creo que sí me entiendes, me estás conociendo un poco, hay que parar y pensar, ¿dónde está mi norte? No escuchar todo lo que dicen, es eso lo que hago, de lo contrario, te envuelven en una maraña donde no te dejan pensar, y terminamos mareados, cansados y con miedo. Se habla mucho de que el miedo paraliza y es verdad. A veces creo que todo esto es un invento del hombre o bien algún acontecimiento apocalíptico, y me digo: no temas, tranquila y sonrío al pensar que esta gente que se le ocurrió todo esto; ¿cómo se reirán de nosotros? Que el alcohol gel, que el papel higiénico, que la mascarilla, que no te juntes con nadie, no sociabilizar, mantente en tu hogar, al final, parecemos marionetas, ¡qué locura! Es solamente para aislarnos. Los virus, las bacterias han existido siempre y cuando viene el invierno peor, hace más frío y nos enfermamos de gripe, influenza, y otras cosas más, es algo común. Creo que las noticias nos enferman más, se masificó todo a nivel mundial, por eso se llama pandemia, no del virus, sino del miedo y la paralización. Susfel, basta por hoy, me cansé, me iré a descansar con Morfeo, a tener dulces sueños, pero antes haré mis oraciones nocturnas. Buenas noches, descansa amigo. Mañana será otro día y tendrá su propio afán.

Nélida Patricia Guzmán Pérez
Valparaíso, 66 años

El sentir y el quehacer

Era medianoche y mientras llegaba el sueño veía televisión. Me levanté al baño, me di cuenta de que faltaría el papel higiénico. Fui luego a renovarlo y ahí vino la tormenta, tormenta de un llanto incontrolable y a continuación un por qué... Era darme cuenta bruscamente de un ¿por qué estoy aquí cada día?... Buscando quehaceres a veces sin sentido, con el objeto de espantar la soledad, soledad producto de esta pandemia que nos tiene limitados.

Y llegó el sueño reparador y el despertar relajada, y volver a la misma interrogante pero con otra mirada, dándome cuenta de que no se trata de qué hacer, sino para qué... Tapar la soledad con el hacer quizás es como barrer para dejar bajo la alfombra, y eso es lo que he estado haciendo desde hace mucho tiempo, desde que estoy sola porque él no puede acompañarme, porque quedé sin él luego de una vida juntos, porque él no está dentro de su cuerpo o porque su esencia está atrapada en su cuerpo que le impide manifestarse... Maldita enfermedad.

Fue por eso que me tapé de quehaceres con un primer objetivo: visitarlo, hacerle cariño y preocuparme de que nada le falte; luego, las amigas, talleres, juego de naipes, tejidos, lecturas... Siempre tratando de estar «ocupada». La pandemia desarmó todo y me quedé sin afanes. Sin un «para qué» en cada día... y en una vivienda que se me hace grande. Tal vez deba plantearme un «por qué». Buscarlo será una tarea de cada día para rearmar la vida y no caer en el desconsuelo.

«Habla Señor, que tu siervo escucha».

Mary-Cruz Calderón Ramírez
Talca, O'Higgins, 76 años

Hoy, a dos meses de esta pandemia en Chile, yo siento que mi vida y la de todos en el país ha cambiado demasiado. Lo primero que mi corazón ya no resiste es esta preocupación diaria por mis dos niñas, ambas en lugares donde hay muchos contagios, Temuco y Santiago. Le ruego a mi Dios que me las proteja en cada momento. No poder abrazarlas durante este mes y más tiempo es como un envejecer aún más. Siento que a mis 62 años esta ha sido una de las más tristes experiencias, además de saber que cada día aumentan tanto los contagios como los fallecidos. Pero hoy, miércoles, sentí algo muy extraño, llovía durante la tarde, pero como a las 18:00 horas, por esas cosas me asomo a la ventana y veo un hermoso arcoíris, el cual me brindó una alegría desbordante. No quería que desapareciera. Era tan hermoso verlo cruzar el cielo con esos bellos colores. No dejaba de sonreír y sentir que era una luz de esperanza a toda esta oscuridad que estoy sintiendo. Era una sensación y emoción que incluso quería llamar a todos para contarles lo ocurrido.

Daisy Herrera Rivera
Villa Alemana, Valparaíso, 62 años

Hoy inicio mi relato diario de cómo afronto y vivo la pandemia, o me defiendo de este virus que yo apodaré «Bicharraco» para que no me intimide ni atemorice, y me permita seguir siendo yo, esa persona mayor de 85 años, autovalente, activa, cordial, sociable (...)

Espero lograrlo llevando a cabo diariamente, una buena rutina, cuya eficiencia y eficacia dependerá de mí misma; también de los contratiempos e imprevistos que puedan producirse día a día.

Los primeros días de encierro fueron inciertos e improvisados, lógicamente, ¡Mamma Mía! Había que hacer algo... organizarse porque esto tenía para largo tiempo. Además, requería de saber mantenerse fuera de contagio y de saber desinfectarse, en caso necesario.

Así es que atenta a las informaciones pertinentes... Bueno me fui informando de todo y comprando alcohol, mascarillas, cloro, alcohol gel para llevar en el bolso, guantes plásticos, en fin... Adquirir todo esto no fue fácil, pues todo el mundo se desbordó a lo mismo. Y ya no había ni de esto ni de aquello; se vaciaron las farmacias y grandes almacenes de lo que se necesitaba para este encierro.

Hasta cundió el pánico en los compradores... Gracias a Dios he contado con tres amigas para las compras, una en Quilpué, Sandra, y dos en Villa Alemana, Noelia, mi vecina y Jimena, mi querida exalumna que se pone a mi disposición con su auto, una vez por semana. Gracias a ella no me falta nada para mi sana alimentación naturista, no vegetariana ni vegana (...)

Luz Volpone Valdés
Villa Alemana, Valparaíso, 85 años

Hace setenta días de mi encierro. De mi forma de lucha contra este invisible como mortal enemigo. La familia se resistió. Les inquieta mi soledad como mi autovalencia a los setenta años. «No hay otra forma», les dije. (...)

Patricio Pinto Leiva
Concepción, Biobío, 68 años

❁

(...) El hombre no está conforme con lo que tiene, aunque sus estatutos de vida sean elevados más quieren, el material de hierro que los envuelve los hace ser seres sin alma y sin corazón. Son de armas tomar y se creen los superhéroes.

Si los descubren se defienden como gatos de espalda, con el dinero se compra y se mata, para qué tener viejos, sale caro y el costo de la salud se eleva por las nubes.

Esta pandemia ha dado para todo, andar de fila en fila manteniendo la distancia, el alcohol gel de mano en mano, el estrés, más encima encerrados. (...)

Lo que más me ha llegado a mi corazón fue un reportaje que vi en el canal regional de Concepción, del Ecuador, ver un joven muerto en plena calle y el hermano a su lado sin poder hacer nada. Me llegó al alma. Y de la señora que la llevan a sepultar y por no tener cupo en el cementerio la devuelven a casa.

Desde que el mundo ha sido mundo han ocurrido desastres provocados por la naturaleza, otras creadas por el hombre, pero hay que seguir viviendo la vida a como dé lugar.

María Demetria Godoy Valenzuela
Hualpén, Biobío, 74 años

❁

60 días encerrados

Aquí estamos con sentimientos encontrados, queriendo y no queriendo saber más de muertos y contagiados, cuánta impotencia e indolencia recogimos, cuánta inoperancia en las decisiones del desgobierno; llevan meses contradiciéndose, afirmando y desafirmando, con frases para retorcerse.

Que estábamos preparados y ahora que no estábamos preparados, siempre la soberbia de los que crecieron en el micropaisito de los jaguares, ¡pero el paisito real ha tenido y hoy tiene más que nunca hambre atrasada! (...)

Margarita Sáez
Estación Central, Metropolitana, 67 años

Salimos a comprar gallinas ponedoras. Pasamos a dejar la motosierra donde mi hijo Horacio. Estuvimos toda la tarde con su familia, fue —sin decirlo— nuestra despedida.

Horst Pfeiffer Lück
Talagante, Metropolitana, 80 años

Jueves, 21 de mayo

Día 64 de cuarentena voluntaria, que ahora ya no es voluntaria es de verdad verdadera. ¿Quién iba a pensar que ocurriría lo de hoy? Iquique encerrado un 21 de mayo. Este es uno de los días más importantes para los iquiqueños, todo es alegría, colores, fiesta. Cuando llegué a Iquique hace ya 41 años, lo encontré tan extraño, algo exagerado. Ahora ponemos bandera, damos una vuelta, me emociona ese fervor y alegría. Hoy nada, nada y todo es hablar de la pandemia, igual a las 12:10 con los celulares al unisonó cantamos el himno «Marchemos desde el puerto hasta Cavancha, cantando, gritando Iquique». La situación está compleja, los casos aumentan, hay varios muertos, todos asustados. El personal de salud extenuado. Y mucha gente no entiende y sale como si nada pasara. Por otra parte, la realidad emerge violenta, terrible, hay pobreza, hay tristeza, hay miedo, hay incertidumbre. Es lo que más me golpea, estoy clara que en estos días lo más importante es cuidarse, pero es inevitable sentir muchas ganas de ayudar, de hacer algo, un amigo me dice: tranquila, ahora es tiempo de otros, nosotros ya hicimos lo nuestro... Es verdad..., pero la realidad es brutal y es difícil solo mirar... Y ¿cómo ira a ser después la vida? Me anima pensar que será diferente y mejor, que recuperaremos la sencillez perdida, que se aplacará la fiebre de consumo, que podré abrazar a mis hijos, que renacerá la confianza, me anima ver a los jóvenes comprometidos en primera línea y tengo la esperanza de un mundo digno para todos, y que la cultura originaria nos contagie y entendamos que un anciano es un tesoro y no un número sin importancia, tengo esperanza y algo de temor, tengo muchas cosas juntas....

Lidia Osorio Olivares
Iquique, Tarapacá, 66 años

Mi primer confinamiento. El recuerdo de la primera vez es perene, podemos ir modificándolo con el paso del tiempo y nunca se olvida. En nuestras vidas experimentamos una serie interminable de primeras veces. El primer confinamiento de mi vida lo comencé a vivir dos semanas después de haber cumplido los 26 años. El 30 de diciembre, una patrulla militar allanó mi casa donde solo se encontraba la nana. Cuando llegamos con mi esposa y mi hija Adriana de 8 meses de edad, nos encontramos con el desorden y después de revisar, constatamos que solo faltaban dos kilos de longanizas de Chillán. Los gallardos soldados las habían tomado en custodia. Intuimos cuál sería el destino de ellas, fueron detenidas y desaparecidas. También se llevaron unos libros de cibernética de autores rusos, estimaron que podrían ser libros que predicaran el marxismo. Ya habíamos sido testigos de la gran quema de libros en la Alameda, al mejor estilo de la Alemania nazi; entre esos textos se encontraban algunos referidos al arte cubista. Fueron considerados propaganda del gobierno de Cuba. Antes de abandonar mi casa dejaron un escueto mensaje que indicaba que debía presentarme a la segunda fiscalía militar al día siguiente, víspera de Año Nuevo.

En las puertas de la fiscalía militar, antes de entrar a presentarme, en plena vía pública, fui secuestrado por un grupo de comandos, quienes a empujones y golpes me suben en una van, me esposan y me ponen una capucha en la cabeza.

Después de varias vueltas y de un trayecto de unos 10 minutos, el vehículo se detuvo, me bajaron esposado con las manos a la espalda y con la capucha aún en mi cabeza. Me guiaron subiendo unas escalas y me dejaron en un cuarto donde podía sentir la respiración y jadeos de otras personas. Estaba desconcertado y asustado. Así transcurrieron horas interminables con hambre, sed y deseos de ir al baño. Sentimos como las campanas de una iglesia anunciaban el término de año y el advenimiento del nuevo, que por las circunstancias que estaba viviendo comenzaba con una pesadilla de dolor y sufrimiento. Intuí que me encontraba en calle Londres, al lado de la iglesia de San Francisco.

Al otro día, a una hora que no puedo precisar, llegaron unas personas dando órdenes y separando a los detenidos. Me condujeron a una habitación, me sacaron las esposas y me ordenaron desnudarme manteniendo el capuchón. Una persona de hablar más educado que el resto, me hace preguntas acerca de alguna dolencia cardiaca u otras enfermedades. Al responder que era sano y no sufría ninguna dolencia, me amarraron a una plataforma horizontal y me colocan unos trozos de metal en mi boca, en los genitales y en mi ano, comenzaron a darme un tratamiento de corriente que me pareció una eternidad, la pregunta recurrente que formulaban era «dónde se encontraba oculto Miguel Enríquez». Esas torturas continuaron durante todo el día, con mayor intensidad cada vez. Los pen-

samientos y los desvaríos se entremezclaban en un torbellino de emociones de angustia, impotencia y desesperación. Buscaban una respuesta que era imposible que pudiera dar. Solo conocía a Miguel Enríquez por las noticias de los diarios. (...)

A la mañana siguiente un camión nos transportó a un lugar de la costa. Posteriormente me enteraría por intermedio del Comité Pro Paz, el antecesor de la Vicaría de la Solidaridad, que el lugar era Tejas Verdes. En ese sitio compartía en una cabaña de madera con otros tres prisioneros: un argentino de unos treinta años, apodado el comandante Esteban, el Zanzi de 25 años y el Peyuco de 20. El argentino era locuaz y lo habían detenido por pertenecer al grupo de Miguel Enríquez y nos invitaba a contar las razones por las cuales estábamos detenidos. No me cupo duda que era un infiltrado, por lo demás, bastante burdo.

A las horas de llegar, me sacaron y me llevaron al sitio de torturas. Nuevamente me hicieron desnudar y me ataron a una parrilla, especialmente adaptada para aplicar corriente en todas las zonas sensibles de tu cuerpo. Desde la lengua hasta los dedos de los pies. Alternaban con quemaduras en mi cuerpo con una picana eléctrica, con golpes en las plantas de los pies y con agujas entre las uñas de los dedos. Todas las heridas se infectaron, el caminar era una tortura adicional. Durante todo el tiempo, las torturas continuaron evolucionando en refinamiento. En una ocasión, trajeron a una mujer detenida, de la cual solo escuchaba los gritos de auxilio y dolor. La estaban violando, y me dijeron que era mi esposa. Los niveles de desesperación llegaron a grados infinitos, solo podía insultar y gritar. Esto dio paso a una golpiza de proporciones mayores. No podía defenderme, estaba desnudo, maniatado y encapuchado. Me inmovilizaron y amenazaron con castrarme. Uno de los tipos agarró mis testículos y me imagino que estaba a punto de cortar, y en ese momento una voz calmada lo detiene y ordena que me devuelvan a la cabaña.

Después de meses de tortura, una noche de madrugada me sacan violentamente de la cabaña y me dejan de pie de espaldas a una muralla. Me insultan y me indican que como no he confesado, me van a fusilar. Escucho que martillan las armas y el que está al mando da la orden de apuntar. Solo pienso en mi esposa y mi hija, mientras estallo en llanto. Da la orden de disparar y escucho las detonaciones. Estoy paralizado de pie, nada ha pasado, solo fue un simulacro. Excepto que yo estoy bañado en mis propios orines y fecas.

Al otro día, me sacan nuevamente de la cabaña y el mismo que había detenido la castración ubicado a mis espaldas sin que pueda verlo, me hace firmar una declaración que en resumen expresaba que no había sufrido ningún daño. Con ese documento me envían al estadio Chile, y posteriormente me trasladan a la calle de los presos políticos de la cárcel pública. Allí después de tres meses, cuando me llevan a la fiscalía militar pude

reunirme de nuevo con mi esposa y mi hija. Ya no era un detenido desaparecido, solo era un detenido. Una semana después me liberaron. (...)

Los daños físicos y psicológicos se extendieron por años y con consultas a varios médicos. El amor y la contención de mi familia fueron la clave para superar esta primera experiencia de confinamiento. Al pasar de los años, conseguí liberarme del virus del odio y el resentimiento. Aprendí a valorar las cosas que nos proporcionan las pequeñas alegrías del día a día. Me di cuenta de que solo existen dos días en el año en que no se puede hacer nada. Uno se llama ayer y el otro mañana. Hoy es el día ideal para amar, crecer y vivir. (...)

Aún quedarían muchos años para superar lo que había significado mi primer confinamiento. Viví en una tormenta que asoló a mi país. Tendría mucho tiempo por delante para aprender a bailar bajo la lluvia. Había superado mis miedos, tenía a mi familia y un futuro por delante. Mi carácter quedó plagado de cicatrices, fueron reparadas como en el kintsugi (arte japonés de reparar con oro), con los metales preciosos del amor de mi familia. Esas heridas que han sanado, me ayudarán a superar este segundo confinamiento.

César González
La Reina, Metropolitana, 72 años

¡Qué triste fue este 21 de mayo!... Jamás imaginé que llegaría el día en que los héroes de la epopeya naval —librada en la bahía de mi tierra natal— serían celebrados con el protocolo mínimo, ¿o mezquino?

Como periodista, estuve 40 años cubriendo la ceremonia en la plaza Sotomayor, admirando la amplia preparación que se cumplía y la seriedad con que las fuerzas de presentación desfilaban ante el monumento a los héroes, dando cada uniformado lo mejor de sí.

Reconozco ahora que este compromiso (porque para mí siempre fue un compromiso «comparecer» ante el monumento) no responde solo a mi condición de reportero, sino que aflora desde mi infancia en Iquique, donde el 21 de mayo fue invariablemente la gran celebración del año.

En esos días de mi educación primaria, cursada en el Instituto Arturo Prat, desfilábamos con uniforme blanco de marinos. Mi hermano mayor (fallecido hace tres años) desfilaba con uniforme de capitán y yo de marino. Posteriormente, en mi educación se-

cundaria en el Colegio Salesiano Don Bosco, desfilé integrando la banda del plantel, en la sección de cajas, o tambores.

No había 21 en que no nos embarcáramos en bote a remos, en bote con motor fuera de borda, o en lancha mayor, y llegábamos hasta la boya donde se hundió la *Esmeralda*. Era una gran reunión de embarcaciones, destacando las dos lanchas de los dos buques de la escuadra nacional que recalaban cada año para adherir a la celebración en Iquique. Cada una de las delegaciones oficiales lanzaba una hermosa y diversa corona de flores al mar. Participábamos así en la ceremonia protocolar de homenaje final a la gesta de Prat y sus hombres.

Ya en Valparaíso participando en la ceremonia de plaza Sotomayor, hubo un año en que me correspondió venir a la ceremonia en Iquique a bordo de uno de los buques de la Escuadra. Qué emotiva fue para mí esa participación.

Pero tal vez el mejor momento vivido en un homenaje a Prat no fue en un 21 de mayo. Ocurrió cuando llevé a mi familia de vacaciones a mi tierra natal. Por supuesto, renté una lancha y nos fuimos a la tradicional boya. Como se acostumbra, la lancha detuvo sus máquinas al fondear en el lugar. Fue como un gesto de respeto y promover el silencio necesario para la reflexión. Después de completar una explicación a mis dos hijas y mi hijo, entonces de 10, 9 y 7 años de edad, y mientras observábamos silenciosamente al fondo del mar, en un improductivo esfuerzo por «ver» la *Esmeralda* hundida, mi hijita Valeria acercó su cabecita por la borda de la lancha y comenzó a decir con voz fuerte para ella: «¡Arturooo Praaaat!... ¡Te vinimos a veeerr!».

Este 2020, el 21 de mayo también quedará en mi memoria, como la celebración más triste de la historia.

Como mi homenaje personal, recuerdo versos de mi querida colega Sara Vial: «Capitán, capitán, tú lo sabes / por amor esa estrella se hundía. / Luego, todos los barcos del mundo, / sobre todos los mares, sabrían: / una estrella en los mares de Chile, / pura y sola, qué heroica moría. / Capitán, esa estrella tan tuya. / ¿La llevabas prendida en el pecho / al saltar a la cubierta sombría?»...

Raúl Santíz Téllez
Valparaíso, 79 años

Mi cándida niñez

(...) Recuerdo que el primer día que entré a clases, al ver a mi joven profesora normalista, mi corazón de niño de siete años se agitó.

Una señorita de hermosos ojos azules, cabellos dorados como espigas, todo en ella sobriamente atractivo. Su voz, su mirada sus gestos armoniosamente cautivadores.

Era el único niño de la sala de clases que no pestañeaba y escuchaba a la profesora sentado en una nube.

Mi desempeño sin ser sobresaliente era bueno, me destacaba en algo frente a mis pares, situación que mi hermosa profesora recompensaba con un beso en la mejilla las mejores notas, además de participación segura en los bailes del colegio.

Cómo olvidar mis premiadas notas con un beso en la mejilla y mis participaciones en los bailes del colegio junto con mi pareja de siempre, la Margarita, una niña carita redonda que le faltaba un diente.

Era tal la admiración que sentía por mi profesora que llegué a reconocer cada prenda y accesorio que usaba desde el vestido a los aros. Corría para entrar de los primeros o para estar en primera fila y me atrasaba para salir de los últimos de la sala de clases.

Hoy pienso que para no pasar desapercibido frente a su mirada me aplicaba para ser mejor y así sentirme correspondido, lo que finalmente me ayudó ser un responsable estudiante.

Si en aquel tiempo un psicólogo infantil me hubiera entrevistado seguro me habría diagnosticado adicción a la educación. Aun así ocultaba mis sentimientos para que nadie se diera cuenta y evitar exponerme a la burla.

A mediados de 1963, y ya con 11 años, el colegio participa en una colecta social, en la cual la profesora nos hace entrega de una bolsa de género con tapa de madera con ranura para recolectar billetes y monedas.

Me sentía dichoso caminando al lado de mi profesora por las calles de la Gran Avenida en Santiago. Realmente me sentía diferente, nunca habíamos salido del colegio y yo al lado de ella.

En un instante me toma de la mano y entramos a un negocio, algo así como una pequeña ferretería, me pide que pregunte al señor que atendía detrás del mesón, si podía cooperar con la colecta. El señor, por supuesto, depositó dinero en la mi bolsa alcancía y nos retiramos.

Antes de salir de aquel lugar sentí un sentimiento extraño al observar las miradas cómplices entre el ferretero y mi profesora. Debo reconocer que me dolió. ¿Cómo otro hombre, si yo la amaba? (...)

Ha pasado el tiempo y ya en la universidad, el año 1971, me encuentro con un compañero de curso de la escuela Matte, el cual me comunica que para el día del Profesor parte del curso visitará a la maestra.

Por supuesto que iba gustoso, después de tanto tiempo volver a ver el amor de mi infancia. El día acordado me acicalé, tomé mi moto y pasé a comprar flores.

Ya en la tarde llegué al departamento donde vivía, nervioso toqué el timbre, luego de un momento se abre la puerta y aparece ella con el mismo brillo de sus ojos azules intensos al momento que exclama ¡Mira Raúl, llegó el amor de mi vida! Al instante salió un señor cara conocida, era el ferretero. Quedé en estado de shock, como pude me repuse, sonreí le entregué las flores, nos abrazamos, por fin sentí que ella sabía que la había amado.

Después de aquella memorable experiencia sentí que Miguel Ángel era parte importante de mi vida, fue quien me enseñó que la vida es frágil, me enseñó a soportar las frustraciones, que se puede amar sin importar la edad y, lo más importante, vivir simplemente para que otros puedan simplemente vivir.

Miguel A. Burgos Sierra
La Florida, Metropolitana, 68 años

Festivo, ¿cuál es la diferencia? No hay desfile de la Armada. Mi esposa opina que tampoco debiera haber parada militar; el ahorro destinarlo para ayudar a los más necesitados. ¿Lo harán?

Desperté a medianoche, asustado. Me está sucediendo a menudo desde que estamos en esta crisis. ¿Miedo a la muerte, la incertidumbre? Aún me faltan cosas por hacer; no pienso en viajes, a lo más una miradita al mar, sino en abrazos, besos, libros, conversaciones. Caldo de cabeza en tiempos de pandemia.

Alfonso Pino Pizarro
Providencia, Metropolitana, 75 años

Nada que celebrar del combate de Iquique. Mi respeto y celebración a los trabajadores de la salud. A los que recogen nuestra basura. A los carteros. A todos aquellos que hacen que nuestra vida siga funcionando.

Susana Wiener Levy
Algarrobo, Valparaíso, 76 años

❁

19 h. Hace un frío tremendo, y parece que estando solo se siente más intenso. Debe ser la desolación interna.

Nunca pensé que un día llegaría a formar parte de la tercera edad. Hace un mes que cumplí los 67 años y aún ando arrastrando una pierna que me operé de los meniscos, y aún no puedo caminar como antes de los 66, ya llevo un año y aún estoy rengo. (...)

Nicolás Aníbal Enrique Larenas Hillerns
Calama, Antofagasta, 67 años

❁

El 21 de mayo ha pasado desapercibido este año, nadie puso banderas, ni hubo cañonazos, por lo menos aquí donde paso la pandemia del coronavirus. No vivo aquí y me encontraba cuidando a una prima que se operó de la cadera, y tuve que seguir con ella por no poder viajar y porque aún me necesita.

Es la casa de mi abuela materna, viví parte de mi infancia en esta casa y participé de la vida de este pueblo. En ese tiempo todas las casas ponían banderas, en la escuela se hacía una «velada», alusiva a los héroes de Iquique, con representaciones, poesías y canciones.

Todo ha cambiado, calles vacías, no podemos acercarnos, saludamos de lejos. Y está bien, la tarea es cuidarnos.

Clara Gundermann Ruckert
Lumaco, La Araucanía, 73 años

❁

Las Glorias Navales recordadas y celebradas en la plaza Sotomayor, se han realizado austeramente. Unos cuantos marinos y el ministro de Defensa están presentes. Me pregunto si todo esto de la pandemia dejará cicatrices en nuestras conductas, si aprenderemos algo, si cambiaremos en la forma de mirar y valorar al otro ser humano o tal vez como en tantas otras ocasiones límite, no cambiaremos en nada y seguiremos alimentando nuestras más bajas condiciones, anteponiendo nuestro egocentrismo y egoísmo ante la precariedad, humildad y raza de otros seres humanos. (...)

Ana María Miranda Martin
Quilpué, Valparaíso, 74 años

A veces leo lo que he escrito pienso, esto está bien quizás debiera escribir todos los días, a veces me quedo mirando por la ventana sin pensar en nada, el sol ya se perdió en el horizonte, cae la tarde, la oscuridad cubre la ciudad, el hoy, está muriendo, el mañana es incierto puede que llegue para otros, no para mí, esta noche puedo cruzar el umbral y entrar en un mundo diferente, caminar por el túnel buscando la luz al final, vestirme con una túnica blanca de amplias mangas, sentirme liviana, volar iluminada por una tenue luz, sentir paz en lo más íntimo de mi ser, comunicarme a través del pensamiento, al mirar hacia abajo ver que todos corren, ¿qué buscan?, ¿a dónde van?, ¿por qué?, sin mirar, indiferentes, enfermos de materialismo, este mundo egoísta, discriminador, injusto es lo que tengo, lo demás un bonito pensamiento.

Amelia León Vergara
San Antonio, Valparaíso, 80 años

Hoy me levanté a dar desayuno como de costumbre y le dije a mi hijo que era tarde para salir a trabajar, me responde: ¡mamá, hoy es feriado! Plop. ¿Qué fecha es hoy?, le digo, me responde: 21 de mayo. Así vinieron a mi mente tantos recuerdos, tantas veces que homenajeábamos a Prat y conocimos parte de la historia, con actos cívicos que se hacían en el colegio, con reseñas históricas, poesías, diarios murales, eso se hacía el 20 y el 21 era el día en que se escuchaba la cuenta pública del presidente.

En los últimos años no se le ha dado la importancia que le dábamos a la historia de Chile y hoy tampoco hay cuenta pública por la pandemia.

Miramos por la ventana y solo vemos murallas y rejas, todo inhóspito, salvo 1 x 2 metros de jardín que tenemos con ligustrina y otras plantas verdes que en el campo son malezas. Como hay cuarentena total se ve poca gente, algunos con mascarillas, otras no y dan ganas de gritarles: ¡Quédense en casa!

Con mi esposo nos amamos, vemos alguna película, teleserie, tratamos de ver pocas noticias.

Recién tembló fuerte, mucho ruido y poco movimiento, nos asustamos.

Josefina García Verdejo
Santiago Centro, Metropolitana, 66 años

❁

¡Hola Susfel!: amanecí agradeciendo por un día más de vida y pensando en este diario íntimo de Chile, claro, está bien lo de íntimo, porque lo que escribo y pienso no lo doy a conocer a cualquier persona. Bueno, en mi mente revolotean muchas preguntas e inquietudes, por ejemplo; ¿se inventará algún medicamento o vacuna para combatir el virus?, ¿qué cambios habrá en la sociedad?, ¿se terminará el dinero?, ¿haremos trueque?, ¿todo lo que envuelve esta pandemia nos servirá para ser mejores en todo sentido?, ¿cuidaremos más nuestro planeta?, ¿apreciaremos más la naturaleza?, ¿levantaremos la mirada al cielo, para ver los pájaros que vuelan, las nubes, el sol, la luna, las estrellas, la lluvia?, ¿sentiremos el viento cuando acaricia nuestra faz, nuestro cabello y todo nuestro cuerpo?, ¿miraremos una flor, y veremos en ella la perfección de la creación?, ¿observaremos a un bebé, y percibiremos cuán puros e inocentes venimos a este mundo?, ¿cambiará la mentalidad de los poderosos, por una sociedad más justa para todos?, etc., hoy fue el día de interrogantes. (...)

Nélida Patricia Guzmán Pérez
Valparaíso, 66 años

❁

Los cesantes

El silencio envuelve la ciudad, con un manto sin sonido. Solo y consternado camina por las calles céntricas de la comuna de Santiago, ni un perro moviendo su cola, sale al paso.

—¿Qué pasará hoy?

—¿Estoy cesante?

Como soy invisible, nadie me llama hoy, necesito urgentemente, ser nombrado, aplaudido, cantado, amado, rezado, pero nada. Está todo callado, yo el Silencio, exijo una explicación, no puede ser tanta descompostura junta, así de repente.

—¡Pero qué se creen!

Yo soy importante, no tengo títulos nobiliarios, pero soy el protagonista principal, en un todo quehacer de los humanos. Apelo a la justicia, ser un cesante no es gracioso.

Voy a tocar las puertas del mundo entero, y seré entendido, soy el Silencio, hoy me siento solo.

A la vuelta de la esquina, Amunátegui con Compañía, en el centro de Santiago, se encuentra con su amigo, el Grito. Después de aplanar las calles, subir el cerro Santa Lucía, muy afligidos, contemplan el cielo celeste, azul cobalto, ni una nube tapa la cordillera.

—Amigo Silencio, esto es algo inusual, extraterrestre, no se ve nada raro, todo sigue igual.

—Yo el Grito, no entiendo nada, me sacude una melancolía, que me deja sin respiración, el alarido de mi alma.

Los amigos bajan del cerro, y se dirigen a tomar el metro, en la estación Santa Lucia, como somos invisibles, no pagamos pasaje.

—¿Dónde estarán los cantores reguetoneros?

— ¡Yo extraño a esa linda preciosa, joven, con zapatos, que taconean pisando la vida, —dice el Silencio.

—Mira amigo Grito, aquí hay un aviso que dice:

Coronavirus, covid-19, peligro mortal, llegó y se sentó en el mundo, hoy es el dueño, desgarra a morir, sin dientes, ni uñas filosas, ataca todo lo que camina para comer, en dos patas, y en cuatro patas para su disfrutar máximo.

—Amigo Grito, te hago una consulta, ¿qué será después?

—¡Hoy somos cesantes!

Isabel Guerra Cabello

La Reina, Metropolitana, 80 años

❁

No puedo entender por qué, ahora que tengo todo el tiempo del mundo para dormir, me despierto tan temprano.

Me levanto.

Mi marido también se levanta y luego de realizada su estricta rutina diaria, se va a la elíptica. Hoy comienza a hacer más tiempo de ejercicio según lo indicado ayer por la neuróloga en la consulta que hicimos a través de videoconferencia.

Luego nos preparamos para ver el informe diario del coronavirus. Desde el 8 de marzo que estamos encerrados, aislados de la familia y amigos y nos hemos vuelto adictos al bendito informe. Siguen subiendo los fallecidos y contagiados, no veo horizonte para que esto termine.

Que difícil debe ser administrar el país en este momento. Me alegro de no formar parte de ellos y solo ser una ovejita que obedece responsablemente todas las instrucciones que nos dan. (...)

Carmen Leyton
Ñuñoa, Metropolitana, 65 años

❁

Si piensas diferente, ¿vives diferente? (60peras.com)

Mario Vera Aravena
La Cisterna, Metropolitana, 60 años

❁

Me levanté un poco más tarde de lo normal, a las 9 de la mañana, saludé a mi señora que estaba tomando desayuno calladita y aprovechando de leer, una de sus pasiones que la convierten en un ser autista para mí, me asomo a la cocina y un alto de platos sin lavar que mis hijos han dejado después de jugar en línea con sus amigos toda la noche. Este día que comienza es especial, de discurso presidencial por ser 21 de mayo, que normalmente es un largo recorrido por la vida de Arturo Prat, pero el virus se ha encargado de acortarlo

y quedó claro que el enemigo que ahora enfrentábamos es otro y que el grito del abordaje se vio disminuido por enemigo invisible a los ojos, sin desfiles, muestras de solemnidad y gallardía de nuestros soldados para nuestro héroe.

Bueno, una ducha corta y escuchando la TV para saber la hora en que el ministro de Salud daría cómputo oficial de casos positivos, sintomáticos, asintomáticos, fallecidos, hospitalizados, con ventilación mecánica, críticos, exámenes, recuperados, activos y camas disponibles. Esto no fue hasta más tarde, mientras veo a mi señora que está saliendo de su viaje por las páginas de un libro para ir a dejar a su madre a la diálisis que se la hace tres veces por semana. Con la demora del reporte del ministro Mañalich y escuchando la TV me dispongo a mi propia batalla contra un ejército de platos sucios que lavar y guardar, varios minutos después de ganar esa batalla, con mis hijos brillando por su ausencia y sin reporte del ministro, no me queda otra alternativa que afrontar una nueva batalla, ¿qué se hace de almuerzo? Sacando las cuentas me habían quedado dos porciones de lentejas del día anterior, unas porciones de arroz, corté unos bistec y papas para hacerlas fritas aprovechando el aceite que había quedado de las sopaipillas hechas el días anterior.

Mientras transcurría la hora me preocupaba que el famoso reporte podía traer pesadas cifras este 21 de mayo, siendo que el día de ayer habíamos llegado a la cifra más alta de contagiados en un día, más de 4.000. Alcancé a preparar el almuerzo, servir y comer, cuando había terminado de almorzar, aparece en la TV el ministro desde el mismo Iquique, que por la hora y el lugar seguramente no serían buenas noticias. Comienza la alocución del ministro con su acostumbrada retórica, para ablandar a los escuchas, siempre con sus palabras que muestran cifras que comparadas con las del resto del mundo son buenas, pero el tono de voz de él denota preocupación de la situación que está al límite y a punto de colapsar, y eso que tenemos uno de los mejores sistemas de salud del planeta. Después del ablandamiento verbal aparece en el micrófono el subsecretario de las redes asistenciales que nos pone los pies en la tierra anunciando la cifra más alta de fallecidos hasta el momento, 45 personas y la entrega de número de camas UCI disponibles, con el aumento de la cantidad de ventiladores mecánicos que siguen llegando pero con un alza de la velocidad de ocupación de ellos. (...)

Después de entregar esta información me dispongo mentalmente para ordenar el mueble que tengo en mi pieza, trabajo que he postergado innumerable cantidad de veces. El mueble tiene miles de cosas por limpiar, guardar y ordenar. Al comenzar me encuentro unas antiguas fotos que me traen miles de recuerdos, mis hijos pequeños, mis padres fallecidos y momentos alegres de mi juventud, esta batalla en este día es larga y la pelea por tirar a la basura cosas que no sirven es una batalla que no ganaré hoy.

A las 4:30 h. sale el pan calentito preparado por mi esposa que nos ahorra una salida para ir a comprarlo, hoy existe un alto riesgo de contagiarse con solo ir al supermercado cercano a comprar pan, y así cooperamos con la célebre frase del ministro de aplanar la curva.

Llegó la hora de ver los Whatsapp del teléfono y se han acumulado muchos mensajes, las personas en época de cuarentena activaron una gran cantidad las redes sociales de amigos, vecinos y excompañeros de colegio. Es así como amigos escriben críticas de la distribución de las 2,5 millones de cajas que prometió el presidente a las personas que más lo necesitaban, hasta un grupo que regalaba un gatito.

El hambre ya había comenzado, en especial en zonas de personas más vulnerables, ollas comunes improvisadas que nacen del corazón solidario de los lugares más humildes, en un pasaje hacen una olla para los vecinos y otra olla para repartir, realmente es un día de batallas importantes que librar, finalmente termino el día saludando a mi hermano que está con mi última tía viva en su parcela, que con una novedad tecnológica que trajo la cuarentena llamada Zoom, da la posibilidad de conectar a toda la familia por 40 minutos aprovechando la gratuidad de esa alternativa, pero debes tener internet y bajar la aplicación en algún dispositivo.

Esto del Zoom es lo más cercano que tendremos a un abrazo de un ser querido por el momento, ya que la curva no se aplana y seguimos en un alza de contagios que no parece terminar.

Resumiendo el día las batallas continuarán, el lavado de platos, el almuerzo, ordenar las cosas, hacer pan, las ollas solidarias, las entrega de cajas, la entrega del informe del avance del virus, estar en contacto con familiares, vecinos y amigos y con la gran incertidumbre de si llegaremos vivos al final del año.

Walter Rodrigo Grijalba Vergara
La Reina, Metropolitana, 60 años

Hoy celebramos el día de las Glorias Navales de Chile con motivo de la gesta heroica de nuestro héroe Arturo Prat en la rada de Iquique. Sin embargo, dejamos un tanto de lado el sufrimiento de su amada esposa Carmela Carvajal Briones, viuda a los 28 años. Qué gran sufrimiento de una viuda y madre tan joven al perder el gran amor de su vida.

Este acontecimiento me recuerda, con mucha pena en mi corazón, el fallecimiento de mi querida esposa Gladys hace solamente 50 días atrás. Ella emprendió su viaje sin retorno a las esferas celestiales, dejándome a mí y a mis dos hijas sumidos en un amargo dolor y soledad. Ella llenaba todos los espacios.

Ella sufrió un enfisema pulmonar crónico por más de un año, agravado por patologías adicionales, del cual no pudo recuperarse a pesar de los diversos tratamientos e intensivos cuidados que le proporcionó una clínica particular durante más de veinte días.

Mario Castro Torrealba
Vitacura, Metropolitana, 79 años

Hoy jueves, como familia, son 3 meses sin celebrar todos juntos y hoy me puse melancólica y lloré en mi cocina cuando me llamó mi hijo mayor, Rodolfo. Siempre el 21 de mayo era almuerzo especial en mi casa, venían mis hijos, nietos y poníamos otra mesa, hacíamos empanadas, desorden, bulla, risas, apurar con los platos, etc., esa era mi vida, también celebración de cumpleaños de Rodolfo, se juntaba todo con el desfile y mis nietos disfrutaban, después de almuerzo en casa de los abuelos... Ahora a ponerle el hombro y voy a poner la misa y a rezar para que Dios bendiga al mundo entero. Amén. (...)

Eliana del Carmen Mendoza Peña
Valparaíso, 68 años

No hubo celebración del Combate Naval de Iquique, había soledad en la plaza Sotomayor de Valparaíso. Al recordar los sacrificios de estos héroes por Chile, da un nuevo aire optimista. Ojalá que los cambios que se aproximan, sean lo mejor para nuestra querida patria.

Víctor Hugo Moya Carvajal
Viña del Mar, Valparaíso, 75 años

Viernes, 22 de mayo

Todavía cantamos, todavía soñamos, todavía esperamos....

Fruto de mis notas en mi diario de vida entre el 19 de marzo y 22 de mayo 2020, me surge esta reflexión desde lo más íntimo de mi diario.

A tres meses de que comenzáramos a escuchar hablar de coronavirus, ¡han pasado tantas cosas! Quizás lo más aplastante sea el bombardeo informativo respecto a ello. No es posible encontrar espacio en los medios de comunicación masivos (propiedad de los grupos de poder), que hable de otra cosa. Lo que te lleva a la convicción de que acá hay algo sospechoso. Pero por otro lado escuchas tanto acá de países como España (mi país natal) que te hablan de muchas muertes cercanas, en familiares, personas con las que trabajan, amigos que dan positivo, testimonios de quienes han estado al borde de la muerte y entonces se genera la reacción serena pero responsable. (...)

Entonces, uno teniendo más de 65 años, arriesgando multas, contagios, etc., opta por lo único que le queda: zambullirse en la casa y vivir estos días o meses que no se recuperan si no se aprovechan. Nada aporta lamentar el enclaustramiento, mientras que sí podemos darle infinitos y positivos sentidos. En efecto, no hay duda es de que quien se contagia lo pasa muy mal, los hospitales se saturan y muchos, especialmente los más viejos, fallecen.

Qué otros elementos me hacen reflexionar en este Chile nuestro: como siempre los intereses económicos deben estar por encima de la vida de las mayorías. Aumentan los despidos de trabajadores-as, mientras los directorios reparten jugosas utilidades. Quienes pueden siguen activos vía teletrabajo, pero qué pasa con quienes se la ganan en la calle, en trabajo informal, los inmigrantes pobres, quienes viven al día de su microemprendimiento, a quien le amenazan con el despido si no acude al trabajo; no les queda otra alternativa que salir a la calle y arriesgar. Por si fuera poco, se ha de soportar la arrogancia de la autoridad de salud.

(...) A menudo me estoy preguntando ¿algo puede cambiar? Bueno, pienso que lo primero tendría que ser convencernos y crear conciencia de que con o sin virus, el mundo sustentado por una política neoliberal, reductora de derechos, privatizadora, extractivista, genocida del conjunto de la biodiversidad del planeta, no tiene salida.

A partir de ahí creo, en primer lugar, en la necesidad de gestos simbólicos, partiendo del respeto en el hogar, el saludo a los o las vecinas, la sonrisa gratuita, la disposición permanente para querer ver y sentir a quien nos necesita.

Lo anterior se queda chico si no va unido a los necesarios compromisos colectivos, que cada cual debiéramos asumir o mejorar, en función de nuestro contexto, vocación y capacidades.

(...) Para terminar cabe intentar responder a la pregunta: ¿llegaremos a ver una sociedad diferente y más amable? Ojalá que sí, pero el contexto indica que no será demasiado probable o demasiado pronto; no obstante si nos estamos esforzando en tal empeño, al menos nos quedará la tranquilidad de que cuando nuestros nietos-as nos pregunten ¿tú qué hiciste por transformar este mundo? Ojalá podamos responderles con algo concreto. Y cuando llegue la hora de partir de este primer ciclo de la vida, ojalá también podamos hacernos la pregunta y respondernos con una sonrisa: «He peleado la buena batalla, he terminado la carrera...» (2 Tim. 4,7).

Emilia del Santo
Quilpué, Valparaíso, 69 años

Me levanto temprano, me doy ánimo, hoy salgo temprano de la pega, está bonito el día, aunque frío, pero la luminosidad del sol me reconforta.

Hoy no quiero escuchar el reporte diario del Minsal, igual me voy a enterar. Cada vez que lo escucho pienso en mi tatita hospitalizado, está allí donde está todo pasando, es una pesadilla de la que quiero despertar de una buena vez.

El teletrabajo fome, hoy poco que hacer, las obras paralizadas, casi todos ya están acogidos a la Ley de Protección al Empleo, menos yo, soy jubilada y no califico, otra injusticia más que se suma a tantas, ya nada me sorprende.

Me llama mi tatis, se escucha bien dentro de todo, tiene días y días, lo entiendo, no es fácil estar ahí.

Preparo un almuerzo rico, lo disfrutamos con mi Taon, ha sido el mejor compañero de cuarentena, se lo digo, quiero que él lo sepa.

Termina la jornada laboral, me pongo a lavar la ruma de loza que quedó del almuerzo. Si somos dos ¿por qué todos los días estoy dejando la cagada en la cocina?, no entiendo.

Suena mi celular, es la Pauli, qué raro, primera vez que me llama desde que comenzamos el teletrabajo.

Susana, tengo que darle una noticia difícil, está despedida. Le pagaremos todo eso sí. Trato de disimular mi alegría, es lo que quería que sucediera desde hace ya un tiempo.

Como siempre que recibo noticias que me impactan negativa o positivamente quedo en estado de shock.

Me preparo mi oncecita y me pongo a ver la película argentina que quedamos de comentar con mis amigos del grupo «Cine en su casa».

Susana Beatriz Hernández Garros
La Florida, Metropolitana, 63 años

❁

Mi vida funcionaba cuidando tres nietos en mi casa, además siempre llegaban nietos, hijos o nueras de visita o eso era en la mayoría del tiempo. Pero ahora todo es distinto, mis nietos ya no están en mi casa, sino que en las suyas, las tardes después del colegio ya no son en mi casa, ni revisar tareas pendientes, ni leer los cuentos, donde los tres teníamos un cuaderno donde anotábamos los hechos principales o simplemente cuando tomábamos once juntos. Recuerdo que de repente estábamos leyendo y yo me paraba a cualquier cosa, cuando me volvía a sentar preguntaba «¿Ustedes saben dónde quedamos?» para saber si me estaban poniendo atención, a lo que uno de mis nietos respondía: ¡Abuela, cómo no vas a saber dónde quedamos!...

Extraño todo eso, es raro pasar de estar todos juntos a vernos tras una pantalla. Los cumpleaños ya no son lo mismo, solo los puedo ver en videollamadas y sufro mucho, no me gusta la soledad y me gusta estar siempre acompañada. Me siento frustrada al no poder trabajar, aunque ahora solo trabajaba el fin de semana, pero esto es así, ahora hay que reinventarse.

Lucía Tamara León Monterrey
Coquimbo, 69 años

❁

Fecha muy importante para Valdivia, hoy se cumplen 60 años del terremoto y maremoto más grande de la humanidad de que se tengan registros. Fue de tal magnitud que mi ciudad fue totalmente devastada. Sin agua, sin luz, sin alimentos, sin trabajo, sin hospitales,

sin escuelas. Recuerdo, eso sí, hospitales de campaña, vacunaciones, exámenes de salud, radiografías, controles sanitarios. Fuimos epicentro del horror, realmente la resiliencia y la fortaleza nos tiene hoy aquí.

Gloria Yobánolo Vilches
Valdivia, Los Ríos, 75 años

❀

Recordando la primera noche del toque de queda, en este «modo pandemia», me asomé a la ventana de mi departamento, del 7° piso, y mire las calles, vacías, sin vida, solo los semáforos estaban despiertos y activos. Pensé, qué desolada se ve nuestra ciudad, no hay autos, ni micros, ni gente. Extrañamente, añoraba el bullicio del diario vivir, el movimiento de vehículos, el ulular de las sirenas, de las ambulancias, de los bomberos, y el pasear de las personas con sus mascotas. En este barrio son escasas las risas y sonidos de niños. Una gran mayoría, somos de «tercera edad», como les gusta denominarnos ahora. Sin eufemismo, en mi niñez, diríamos «viejos» y punto, y nadie se sentiría ofendido. Volviendo al comienzo, me gusta la noche, mi nivel de rendimiento es mucho más prolífero a esa hora. Pertenezco al grupo llamado «búho». Me gusta mucho esta ave. Con sus enormes y misteriosos ojos, pareciera que mira al mundo, analizándolo y cuestionándolo. Me quedé un largo rato mirando las calles, y ese cielo maravilloso, claro y nítido, sin la diaria contaminación a la que estábamos habituados antes de la pandemia. No tenía mucho sueño, igual me acosté al lado de mi marido que dormía plácidamente (no sé por qué a los hombres no les cuesta dormirse), y me refugié en un libro de lectura fácil, la idea era evadirme un poco de la realidad. (...)

Patricia Camacho Valda
Las Condes, Metropolitana, 73 años

❀

No cabe la menor duda, es como la tercera guerra mundial. La contingencia es cruel, la pandemia cruel (covid-19), agazapada que atacó a todo el mundo, llegó a atacar a nuestro país, Chile.

Los más vulnerables, atacados y afectados, hemos sido los adultos mayores, personas susceptibles a morir. Me asusté mucho siendo persona de 77 años, con un valor agregado,

enfermedad crónica, asma bronquial, adulto mayor que vive sola en un Depto. Desde Santiago me trasladé a Viña del Mar por salud.

Problema que me ha inyectado la pandemia

1. Me ha obligado a estar encapsulada desde el 20 de marzo hasta ahora. (No sé hasta cuándo).
2. Dependo de mis hijos para abastecerme de la alimentación, el mayor problema.
3. El encierro te plantea cosas nuevas: escuchar música, bailar al ritmo de ella. Hacer gimnasia, mover brazos y piernas.
4. Se acentúa la parte religiosa.
5. Para evitar el anquilosamiento después de cuarenta días me atreví a salir a caminar cuando hay sol, camino dos cuadras, miro el mar me relajo.
6. Salgo muy protegida, casi con escafandra. Un nieto se ríe por la escafandra.
7. Recibo alimentación, extensa sanitización de todos los productos. Me afecta a mis bronquios.
8. Escritura acerca de la pandemia. Religión, humor, canciones, poesía, alimentación, medicina, sicología, reflexiones. (...)

Violeta Montenegro
Viña del Mar, Valparaíso, 77 años

Hoy comienza la segunda semana de cuarentena en Providencia. El informe diario: 4.276 casos nuevos por covid-19 y 41 fallecidos, ayer fueron 45. Tengo ganas de llorar.

Estoy leyendo *El otoño del patriarca*. Hay una frase digna de estos tiempos: «Y no vuelvo a nombrar ni gabinete de gobierno, qué carajo, solo un buen ministro de Salud que es lo único que se necesita en la vida...» (...)

Alfonso Pino Pizarro
Providencia, Metropolitana, 75 años

Bueno, mi tiempo de encierro es menor que el de otros viejos, pues yo aún trabajo 8 o 9 horas diarias. Tengo que hacerlo, no me queda otra, pues trabajé 40 años, y la jubilación que me entrega la AFP en la que jubilé justo al cumplir la edad reglamentaria (no pienso seguir regalándoles mi plata a estos sinvergüenzas, dije) no me alcanza para cubrir los gastos básicos, de modo que sin ingresos adicionales, tendría que empezar a consumir mis ahorros, y como ahora no sé si me muero con el virus este o en unos veinte años más, no puedo calcular si me va a alcanzar la plata del chanchito de greda. Mi esposa se fue, no soportó esta vida, se la quitó hace ya 28 años, así es que vivo recordándola, solo en un departamento pequeño, poco acogedor y aburrido. Por ello, los días u horas libres, es como si nunca nadie estuviese cerca mío, porque la soledad me acompaña aun cuando estoy con gente. Hoy, por ejemplo, que es sábado 22 , siento que he estado aquí encerrado desde el 20, sin salir, sin poder ir a mirar los cerros y el desierto, las vicuñas y los patos (sí, los hay, aquí en la cordillera vecina a Calama) como hacía antes, pues me robaron la camioneta hace 1 año y 8 meses, y no he comprado otra porque no pienso darle en el gusto a los sinvergüenzas de la aseguradora, BCI Seguros, no vayan a meterse con esos frescos, que no me pagaron un solo peso y se quedaron con los restos.

Nicolás Aníbal Enrique Larenas Hillerns
Calama, Antofagasta, 67 años

Todos los días parecen iguales, levantarse, no muy temprano, preparar desayuno, algo de sobremesa. Hacer aseo, la nana no viene, para que no nos contagie. Preparar almuerzo, almorzar, solo un poco de noticias, hay que estar al día, solo un poco, es agobiador escuchar los números de contagiados, de muertos. Internacional, es peor.

Aquí no hay cable, ni Netflix, solo canales nacionales, la gran entretención es leer. Feliz de poder leer. Soy ávida lectora y aquí hay tantos libros. Libros de 4 generaciones, se puede elegir, son antiguos, sin embargo hay algunos que no he leído. Y todos los demás en alemán, incluso con letras góticas. Ya nadie los lee, ahí están en la biblioteca, acumulando polvo, que hay que limpiar. Tantos libros y otras cosas acumuladas y siento que no es mi estilo, hace tiempo que ando ligera de equipaje.

Clara Gundermann Ruckert
Lumaco, La Araucanía, 73 años

❁

No puedo evitar sentir pena por quienes sufren la pérdida de un ser querido. Escucho a Serrat cantar «De vez en cuando la vida»; vaya que tiene razón, de vez en cuando la vida me lleva hasta la infancia, se me vuelan las canas, aparecen los recuerdos, el colegio, las tareas, bromas y todo aquello que creía olvidado. De vez en cuando la vida me pide silencio y descanso para observar lo que pasa en este mundo globalizado que perdió los sentimientos, es cruel y despiadado. Los amigos son valiosos aunque estemos separados. De vez en cuando la vida me pone en la encrucijada de cuidarme solita porque la vida no vale nada. La ciencia trabaja duro noche y día sin descanso, otros rezan sin parar, los demás asustados sin saber qué pensar.

De vez en cuando la vida te muestra otra realidad, no importan los títulos, el dinero ni superioridad, ni siquiera eres importante, la muerte no discrimina, nos acecha a todos a la vuelta de la esquina.

Amelia León Vergara
San Antonio, Valparaíso, 80 años

❁

Deseo acostarme temprano. Se lo propuse a mi esposa. Los acontecimientos de este día descansan ya en el regazo de la tranquilidad. Mi tensión interior disminuyó, al enterarme de las ansiadas noticias, cuando nuestro hijo llamó. Esto de llegar a viejos es un estado en que todo lo que le ocurra a nuestro nieto es un efecto que se refleja, en un 200% en nosotros, por decirlo de alguna forma. La senilidad nos hace imaginar cualquier cosa que pueda hacerle sufrir, a sus cuatro años. La dosis antiinfluenza se le aplicó, sin problema alguno. Nuestras mentes viajaban envueltas en tribulaciones: algún sobresalto interno al escuchar su nombre por los altoparlantes, la atención de la enfermera (¡ojalá sea jovencita!), su miraba entre inquisidora y curiosa frente a los movimientos que ella realice, sin perder detalle de la jeringa, con ese líquido, tal vez blanquecino... ¡Oh, Señor! ¡Basta! ...Vivimos la misma experiencia, la primera vez, cuyo llanto nos caló en lo más profundo.

Ya en el seno de nuestras cobijas y con varias almohadas a nuestro haber, mi compañera de vida me aviva a que le cuente lo sucedido, a través de un pequeño codazo de curiosidad, al verme, tranquilo y sonriente.

«Nuestro pollito, corrió casi toda la tarde por la casa —comienzo—. Salta de un sillón a otro, mostrando el adhesivo circular casi a la altura de su hombro izquierdo, como premio, al vencer el temor reflejado en su rostro. Eduardo le preguntó a la enfermera, tras un guiño de ojo, si esa vacuna haría que Gaspar sea más rápido que Sonic, el de la película. "Por supuesto que sí", le respondió ella , mirando a Gaspar con una amplia sonrisa. Al ver la expresión, en el rostro de su hijo, tuvo que hacer algún esfuerzo para que sus palabras no suenen entrecortadas. Tuve que contenerme, papá, me dijo. La propia enfermera lo acompañó al largo pasillo de la clínica para que ejercitara, primero en forma lenta, sus carreras»

Mi esposa seca algunas lágrimas con el pequeño pañuelo que oculta entre la manga de un chaleco y su muñeca. «Mi perrito».

Abel Alfredo Ruiz Pacheco

Punta Arenas, Magallanes y de la Antártica chilena, 74 años

Es un fin de semana largo y más se siente al estar recluido por cuarentena y por mis atareados setenta y nueve años de edad. La soledad me rodea, ya que mis dos hijas tienen su familia, pero afortunadamente viven también en Santiago y me prometieron una corta visita en los próximos días.

Soledad que se siente silenciosa, abrumadora, intensa y despiadada. El consuelo es tratar de olvidar este triste acontecimiento haciendo tareas domésticas y conversando telefónicamente con amigos que tratan de levantarme mi resentido espíritu. Sin embargo, son momentos de consuelo pasajeros. La nostalgia y tristeza regresa punzante en mi alma herida y sangrante. Recuerdo que cuando mi esposa se encontraba en la clínica, ya se habían iniciado las cuarentenas y la clínica optó por establecer restricciones a las visitas. Los familiares teníamos solamente media hora de visita al día. Yo llegaba a ver a mi esposa, todos los días, desde las cuatro hasta las cuatro y media de la tarde. Le limpiaba sus lentes y cargaba su celular para que estuviéramos siempre en contacto. Conversábamos sobre sus cuidados, remedios y tratamientos sin imaginarnos que estaba por llegar el fin de su vida terrenal. Qué gran tristeza.

Mario Castro Torrealba

Vitacura, Metropolitana, 79 años

Tiempos de pandemia

04.00 horas. Controlo el nivel de glicemia a mi esposa.
07.30 horas. Inyecto insulina rápida y lenta. Preparo los implementos para que pueda desayunar.
08.00 horas. Las noticias. El covid-19 hace estragos en el mundo. 310.000 fallecidos. En Chile, 41 muertos en las últimas 24 horas y 630 el total de fallecidos desde el 3 de marzo, cuando fue la primera víctima en el hospital de Talca.
11.30 horas. Controlo glicemia y le inyecto dos insulinas.
12.00 horas. Su almuerzo para mantener sus niveles. Me ocurre un drama: al servirme el postre con mermelada de mora, envasada, un molar hace clic. Comenzó el dolor, me fui al Cesfam, rejas cerradas, filas y todos controlados. El odontólogo me pide radiografía, fui en forma particular: molar 38 del juicio está partido y me incomoda el dolor. Nunca hubiese querido llegar a un centro hospitalario por temor al covid-19 y contagiar a Aly, que con su diabetes melitus 2 es un peligro potencial.
16.00 horas. Es momento de tomar once.
20.30 horas. Controlo su glicemia y le inyecto dos insulinas.
21.30 horas. Gracias a Dios he cumplido un día más que nos ha dado la vida.

Ricardo Peñafiel López
Quilpué, Valparaíso, 72 años

Versos al día

Silencio
Mi corazón sufre y
mi llanto silencioso
en gemidos, despierta las horas.
Sin embargo
al llegar el alba,
mi contento
sacude las nubes
alejándolas de mis

tormentos
para que brille
el sol

María Eugenia Vistoso Navarrete
Viña del Mar, Valparaíso, 69 años

❁

—Hola, JK, pronto será domingo y te extrañaré más que los otros días. Ojalá estés encontrando diferentes cosas e ideas en que entretenerte. No dejes que el aburrimiento te gane la pelea. ¡Dale con todo! Usa tu imaginación y muévete mucho... y ríete, ¡ríete todo lo que puedas! Canta, baila, pinta, escribe, lee, haz ejercicios, sube y baja la escalera y aprovecha de jugar con tus perritos. ¡Vas a ser muy feliz!

Leticia Avendaño Triviño
Punta Arenas, Magallanes y de la Antártica chilena, 71 años

❁

(...) Para entretenerme me pongo a tejer y para descansar llamo por teléfono a las chiquillas del grupo del Cesfam Mena con actitud bien positiva, ya que es difícil no verse, no mirarse a los ojos, no dar un beso a mi nieta pequeña, etc.

Todos los abuelos deben de estar igual que yo, con nostalgia, pero en esta agenda que me regalo mi hija Marcela, dice:

«Hay que dar las gracias a Dios que me dio memoria, porque en este "invierno" puedo recordar lo linda que fue y lo que viví y disfruté en primavera».

Esto lo voy a agregar a mis dichos cuando hable por teléfono con cualquier persona que esté bajoneada, es una nueva máxima en mi vida.

Ya mañana será otro día y mi abuela me decía: «hay que darle tiempo al tiempo, Nani».

Eliana del Carmen Mendoza Peña
Valparaíso, 68 años

❁

Otra vez mis quince años

Querido diario, hace muchos años que no escribía un diario íntimo.

Recuerdo que a los quince años me regalaron un diario hermoso con un candadito pequeño y que ahí escribía todo lo que me sucedía a esa edad, lo guardaba en mi dormitorio y no lo compartía con nadie y se guardaba en un lugar secreto; en mi caso lo hacía debajo del colchón.

Graciela Miranda Vásquez
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

❁

Honestamente, esta cuarentena ha sido del todo soportable para mí. No quiero ofender a quienes tienen necesidades que no pueden suplir y estoy consciente de eso y solidarizo con ellos. Algunos muy amigos míos. Hay que ayudar. (...) Para mí el confinamiento ha significado un potente stop en el consumismo. Una gratificante, e irónicamente saludable, detención en los gastos que necesaria e inevitablemente se deben hacer con tan solo salir a la calle. Suspendí mi suscripción al diario por razones sanitarias, aunque lo siguen cobrando, pero lo solucionaré. (...) En el supermercado se compra lo necesario. Y alguna *delicatessen* para matar el interminable tiempo. Es verdad. Se vuelve a la comida casera, que por cierto es muy nutritiva y amable. Legumbres. Charquicán. Mote. Y pescado, aunque es caro. Y pizza, siendo realistas. Hay muchísimo tiempo para leer y cocinar. Da lo mismo el orden de estos dos actos. Cada día tiene más de 24 horas en el encierro. Se desempolvan libros que ni siquiera habíamos hojeado. Otros llegan por internet. (...) Las camisas sin planchar dan lo mismo, porque nadie, absolutamente nadie, en estos días necesita ropa planchada. Ni zapatos lustrados. Ni prendas que combinen. No tengo alcohol gel ni Lisoform porque no he encontrado. Uso mi colonia Hugo Boss como desinfectante. (...) el costo más alto de esta pandemia es la imposibilidad del contacto real. Saludar de beso a los míos. A las garzonas de las cocinerías, donde voy con frecuencia a la hora de almuerzo, en La Vega Central. Me encanta dar la mano. Saludar con beso en muchos casos. A todos los personajes que me encuentro en la calle y adónde vaya y con los cuales, por las más diversas razones, establezco un vínculo espontáneo. Efímero o duradero. En la feria al señor

de los tomates que me dice con convicción estos no son larga vida, caballero, son de Arica y de Limache. (...) Vivo con mi madre de 85 años. La cuido, además de las razones naturales, porque cocina de maravilla y yo soy su pinche de cocina y la obligo a hacer más abundantes y enjundiosos los guisos. Y simplemente la amo con devoción latina o incluso judía. Jorge, mi cuñado, me envía fotos desesperantes de centollas inabarcables y de camarones patagónicos con la angustiante leyenda de qué pena que no los podamos compartir. (...) El fondo, el real fondo de toda esta confesión, es decir que me ahoga, a pesar de lo agradable que el encierro ha sido para mí, el no poder abrazar, tocar, mirar directamente a los ojos, a mi mujer Fernanda, que está en su casa con sus tres hijas y con su nonagenaria y lúcida madre y que me extraña tanto como yo la extraño. Es lo necesario del cuerpo y de las bocas. Es el amor incesante que yo siento por ella. Eso, amigos, es lo más triste de la pandemia.

Juan Eduardo Espinosa Cavada
Providencia, Metropolitana, 61 años

❁

Íntimo es el sentimiento que solo yo puedo experimentar, la emoción que a nadie más que a mí se me puede provocar, el pensamiento y la reflexión que ningún otro puede generar.

Es la sonrisa que me asoma ante una palabra escrita, ya sea por pura estética o por su significado, mejor aún cuando coinciden la belleza y el sentido. O cuando la palabra es la precisa dentro del contexto, la insustituible.

Marta Alicia Mera Figueroa
Viña del Mar, Valparaíso, 69 años

❁

Esta cuarentena me ha servido para tener tiempo. Siempre quise aprender a tejer a crochet, busqué en internet un curso y estoy aprendiendo. Esto fue una victoria para mí, al fin pude hacer realidad un viejo anhelo y lo conseguí.

Betty Agurto Barrera
Talagante, Metropolitana, 73 años

Sábado, 23 de mayo

¡Qué buena idea!, al encontrar la convocatoria me dije... porque yo tenía escrito pensamientos en mi mente y en hojas y como se trata de compartir y no de competir, mejor aún.

El 23 de marzo de 2020, lo recuerdo bien por lo que ya leerán, entré, o entramos con mi esposa, en cuarentena voluntaria-obligatoria, en nuestra casa en Viña del Mar, y lo recuerdo bien porque ese día lunes 23 de marzo me correspondía la quinta intervención, de seis, del tratamiento contra el cáncer en Santiago; de un cáncer que me anunciaron justo el viernes 13 de diciembre de 2019, por lo tanto, soy persona o paciente, si se quiere llamar así, de riesgo.

A mis 70 años he acumulado, más que la enfermedad que ahora me mantiene ocupado, otras menores, a saber: tinnitus, vivo con un solo riñón en funcionamiento, hipertenso, sin vesícula... Causas de más como para vivir asustado y preocupado por que nada pase en mi confinamiento y con una «aduana» rigurosa a cada cosa que entre a la casa como gas, alimentos, cartas, etc.

Si algo me ha afectado y nos ha afectado, es no poder abrazar, jugar, reír, hablar, estar, ir por ellas, a nuestras nietas que son la parte importante en nuestras vidas hoy. Todos los días íbamos por ellas al colegio y las trasladábamos a su casa, un ritual de abuelos el cual lo hacíamos con satisfacción de aportar a su vida escolar y a la vida laboral de una de nuestras hijas y yerno. Los domingos los esperábamos en casa y todo el día convivíamos con entusiasmo el fin de semana.

Durante el confinamiento he tenido la ayuda y el apoyo de mis hijas y aunque me cuesta entender que es así, me someto a la ayuda, por ejemplo, de compras de alimentos, remedios, trámites impostergables y me doy cuenta de cuán vulnerable es la vida y que las planificaciones, muchas veces, no sirven de mucho, pero ay del que no planifica.

Con mi esposa nos hemos llevado mejor de lo que pensábamos; claro, después de 47 años de casados tenemos espacios propios en nuestra casa y vida propia hasta el atardecer, tratando de no chocar. Un día el desayuno a mí y otro a ella. ¡Ah! y he perfeccionado mi condición de chef porque hago pan y queda muy bueno, sé cocinar de todo pero no me meto en honduras, hago aseo y bien, y me manejo en la computación, tengo un canal en YouTube donde subo videos editados, escribo y despotrico en Twitter, mando «guasapes» y veo Netflix. Ojalá que mis pensamientos anteriores no padezcan de pedantería, pero es la realidad sin falsas modestias y la cruz pal cielo. (...)

Afortunadamente para mí, soy una persona muy poco autoaburrida y sé salir del tedio que significa estar encerrado por mucho tiempo; ¿cuánto durará esa condición en mí? No lo sé... espero que bastante. (...)

Para terminar una reflexión que se me ha cruzado en estos días de confinamiento: poseo un libro de geología muy antiguo, lo compré en 1973 y había sido editado en 1969... Bueno, ahí leí que para el gran terremoto de 1906, que también se sufrió acá en Chile, en San Francisco, una persona debía excavar una especie de trinchera o fosa en su patio y al primer golpe al terreno con la picota se produjo el devastador terremoto con las consecuencias gravísimas que se produjeron; pues bien, antes de la pandemia yo pensaba a raíz de la violencia desatada en Santiago viernes a viernes... ¿quién parará tal situación algún día? Parece que algo de responsabilidad (como el señor de la picota) tengo en todo esto.

Nelson Ruiz Bórquez
Viña del Mar, Valparaíso, 70 años

❁

(...) Aún recuerdo aquellos pensamientos de mi niñez y adolescencia y no dejo de sonreír maliciosamente. Me encuentro en Perú, en una hacienda que me dejó mi viejo. Estudié en Chillán y después mi padre, de ascendencia irlandesa, me envió a estudiar a Inglaterra. En el intertanto me pasaron tantas cosas que no quiero acordarme, ni vale la pena recordar, pero no me puedo arrepentir, ni tan mal lo pasé. De dulce y de agraz. Si quisiera hacer un *racconto* de mi vida podría decir que fui feliz en algunos años y triste en otros. Participé en batallas memorables, asumí el poder en Chile, lo perdí después. Tuve amigos del alma y otros que me traicionaron, pero no guardo ningún rencor en contra de nadie.

Espero que después de mi muerte, me recuerden con cariño y hasta me levanten una estatua, que no la merezco solo, sino que con todos aquellos que me acompañaron en la aventura gloriosa.

Nunca imaginé llegar a donde llegué, ni mi madre ni mi padre tampoco lo habrían soñado.

Cuando recuerdo que quería ser bandolero, me entra entre risas y nostalgias lo que nunca fui. Si se hubiera cumplido mi sueño de niño o adolescente de seguro que estaría muerto hace muchos años. El gobierno español de aquellos años me habría cosido a balazos.

En resumen, no supe quién era, no supe quién sería, viví lo que fui y me puedo sentar tranquilo a la diestra del Señor. (...)

César Alejandro Órdenes Godoy
Pudahuel, Metropolitana, 77 años

❁

(...) El día siguiente después de ver vía YouTube la misa de la asunción, puse a remojar porotos para la noche, me informé en Emol y algo antes de las once Maite me llamó por Zoom, estaba muy arreglada, se veía estupenda, se había cortado el pelo, con unos aros de piedras muy lindos, una blusa blanca y collar en juego con los aros e irradiaba felicidad; lo primero que me dijo fue «te recortaste la barba», a lo que respondí que estaba muy linda y tan arreglada como no la había visto nunca; me respondió que para mí. Después hablamos de su viaje, las copuchas de Susana, en que le había dado la lista de las seis comidas que más me gustaban, en que tendría que incrementar su habilidad culinaria, y que el segundo de la lista no me lo haría, la merluza frita, porque el departamento quedaría pasado una semana, los otros cinco me los haría cuando se acabe el encierro.

(...) A las cinco, reunión familiar, madre y ocho de los nueve hermanos vía Google Meet; gracias a Dios estamos todos bien.

A las siete entrevista al ministro de Salud; me dejó preocupado aunque optimista; hay que seguir cuidándose y encerrado.

A las ocho poner a cocer los porotos, y a las nueve y media estarán listos para comérselos.

Patricio Walker
Las Condes, Metropolitana, 72 años

❁

Me despierto temprano, pero me quedo en la cama leyendo los wsp que me han llegado.

La Angélica nos manda, al grupo «Las Comagritas», una entrevista a la Patricia May, somos sus fans. Habla sobre la pandemia, de los cambios de paradigmas, de la nueva forma de enfrentar nuestra vida, está optimista, pero dice que tenemos que trabajar para que estos tiempos de cambios, de dolor, den buenos frutos. Siempre me ha gustado su mirada. Sugiere hacer «pausas sagradas», creo que lo incorporaré a mi quehacer diario, necesito parar cada tanto, de lo contrario mi cabeza va a estallar.

Mi mami nos manda un wsp al «Tatis Lovers», donde nos cuenta que mi papi la llamó y está muy bajoneado, que ya no aguanta más estar hospitalizado. Lo llamo, pero no me contesta, la llamo a ella y la escucho llorar desconsolada. Me duele el alma, para darle ánimo le cuento que dejaré de trabajar y que cuando eso se concrete me voy con ellos

para que cuando den de alta al tatis, juntas lo saquemos adelante. Vuelvo a llamar al tatis, quiero contarle mis planes, pero no responde.

Susana Beatriz Hernández Garros
La Florida, Metropolitana, 63 años

❁

Lo mío es tejer y me gusta hacerlo desde hace mucho tiempo, el año pasado tejí bufandas y turbantes, los cuales mi nieta vendía en la universidad. Desde que empezó la pandemia empecé hacer pares de calcetines a todos mis hijos, nietos y bisnietos, ya llevo 20 (porque se me acabó la lana, si no ya tendría más), igual he tejido 10 cubrepiés a crochet y cada día que pasa, tejo 10 centímetros de una bufanda «especial de cuarentena», la que comencé a principios de marzo cuando empezó la pandemia (por eso el nombre). Pero aparte de tejer me gusta leer y me ha marcado mucho un poema de Mahatma Gandhi, llamado «La vida es un espejo» y me gustaría compartir un fragmento que me ha marcado y dice así:

La vida me ha enseñado que la gente es amable, si yo soy amable; que las personas están tristes, si estoy triste; que todos me quieren, si yo los quiero; que todos son malos, si yo los odio; que hay caras sonrientes, si les sonrío; que hay caras amargas, si estoy amargado; que el mundo está feliz, si yo soy feliz; que la gente es enojona, si yo soy enojón; que las personas son agradecidas, si yo soy agradecido. La vida es como un espejo: si sonrío, el espejo me devuelve la sonrisa. La actitud que tome frente a la vida es la misma que la vida tomará ante mí». «El que quiera ser amado, que ame».

Lucía Tamara León Monterrey
Coquimbo, 69 años

❁

Soñé anoche y me despierto recordando muy bien lo que soñé. Veía pasar frente a mí una fila interminable de gentes que iban en silencio por un camino que no parecía tener regreso. Iban a oscuras, no podía ver sus caras, pero por la forma en que respiraban podía ver su tristeza, sus lágrimas. Eran miles que pasaban y pasaban, andaban despacio como si un yugo les cargara el cuerpo y el alma y, a pesar de estar muy oscuro, sentía que me miraban y que al mirarme me

decían: ¿qué de la bondad de que hablas?, ¿qué del amor del que hablas?... Y ahora, despierto, entiendo muy bien lo que soñé. La pandemia del coronavirus deja bien a la vista lo que he visto siempre sin ganas de ver: mi país es muy injusto, hay un Chile oficial con gentes que viven en la holgura económica y hay varios otros Chiles donde la gente vive pobre, muy pobremente; hay un Chile de privilegiados que tienen la libertad de elegir cómo andar por la vida y hay varios otros Chiles donde su gente no tiene más norte que subsistir, es más, donde hay gentes cuya vida no es más que evitar el hambre que amenaza diariamente. Y yo en este Chile he vivido teniéndome una buena persona y un hombre amable. Pero a la luz de mi sueño y de la realidad de lo que están sufriendo los pobres, los maltratados de mi tierra, me estoy sintiendo harto egoísta y muy mezquino. Claro, he sido buena persona y amable con mis cercanos, con mi familia, con mis amigos, con ellos he cerrado el círculo, es más, un círculo donde yo doy y recibo y cuesta poco ser buena persona con quienes te tratan bien. Ahora, sin embargo, me está pesando el haber vivido tan falto de un amor más generoso, de ese amor que se llama solidaridad. Sí, ahora ya cerca de la muerte y testigo de las injusticias de mi país y de lo que están sufriendo los pobres, me siento mal por haber vivido tan cómodo y calientito e indiferente a la penuria ajena. Solidaridad, solidaridad que no es mera compasión ni asistir con una limosna, sino que es la generosidad de sentir el maltrato que padecen otros como propio, es la generosidad que busca activa clamar justicia, que reclama que vivir es bien de todos y para todos, sin privilegios ni discriminaciones, que asume que para una buena cosecha hay que esparcir bien la semilla, es la generosidad de saber que yo soy estando con los demás y que he de emprender junto a otros la tarea de lograr una sociedad más amiga de todos. Me siento como saliendo de una especie de letargo, como de haber estado mucho tiempo dormido y ahora contento de estar despierto. Me juro a mí mismo que le contaré a los míos lo que estoy sintiendo y que, si me es posible, estaré en las calles junto a los que claman una sociedad más solidaria

Luis Barros Lezaeta
Providencia, Metropolitana, 79 años

Cuando empezó la pandemia y cuarentena y que debíamos quedarnos en casa cambió mi vida y de muchas personas de mi edad. No poder salir, ni ir a los talleres (de lunes a jueves), no juntarme con mis amigas ni con familiares a pesar que los veo por videoconferencia, pero no es lo mismo. Se acabaron los almuerzos familiares los fines de semana.

Mi día empieza temprano, después del desayuno hago el aseo, el almuerzo, llamo por teléfono a mi vecina y amiga para saber sobre su salud, dejo todo ordenado: descanso, veo tele y tejo. Si tengo ejercicios mentales los hago. Después de once hago los ejercicios físicos, sopa de letras, veo las noticias. Me queda tiempo libre porque los primeros días hice un orden general.

Me acuesto temprano esperando que el próximo día sea mejor, que seamos responsables, que nos cuidemos para no contagiarnos.

Aide Martínez Mercade
Valparaíso, 81 años

❁

(...) Decir, primero, que estoy convencida de que somos lo que pensamos; soy hija del rigor y tal vez esas experiencias me han llevado a tener una mirada diferente de la vida, agradecida de todo y por todo, sabiendo que a través de las situaciones complejas tenemos la oportunidad de aprender más rápido, y no digo con eso que el crecimiento solo viene a partir de experiencias difíciles, pero generalmente nos capacita de mejor forma y dependiendo de la actitud que tomemos ante esa adversidad, será lo que veamos de la vida. Como yo experimenté la muerte de una de mis hijas, hoy todo lo que recibo es un regalo, sabiendo que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza, y el amor es derramado en nuestros corazones. Es por ello que en mi caso, esta es solo otra «circunstancia» más en mi vida de la cual algo hay que aprender, entonces la pregunta que surge en mi mente es cuál es el propósito de todo esto; qué debo aprender y en qué debo capacitarme, porque sin duda para mí es una certeza, que lo que hoy aprenda me servirá para lo que viene. ¿Debo practicar mi paciencia, mi tolerancia, el amor a mi prójimo, a servir, a ser empática con quienes compartimos?

Para mí ha sido una oportunidad de amar sin restricción, de observar cómo reaccionan quienes viven conmigo, una oportunidad para aceptarles y amarles tal como son, tomar conciencia de muerte y a partir de ello valorar y agradecer por sus vidas, de desafiarme a aprender nuevas cosas e incluso de iniciar un emprendimiento y crecer.

Todo ello ha sido producto de mi fe y aunque me quedé sin trabajo he aprendido a depender de quien me da vida, con la fe y certeza que no hay justo desamparado, ni su simiente que mendigue pan. En primer lugar siento que hoy «trabajo» más de lo que ha-

cía antes y creo que de alguna manera el hecho de vivirlo de esa forma, me ha dado una nueva inyección de vida.

Jeanine Marie Astete Ansuaréna
Ñuñoa, Metropolitana, 65 años

❁

Hoy hicimos un *kuchen* de manzanas con pasas y nueces. Lo hizo mi mujer, yo soy el pinche de cocina. Me gusta hacer esto con ella, estamos tan coordinados que parece una danza, nos entendemos a la perfección. Ojalá fuera siempre así. Debo cuidar los gestos, los comentarios. Estamos muy susceptibles; son las circunstancias, la angustia. ¿La comida? Toda es sabrosa, la alabo y agradezco.

Alfonso Pino Pizarro
Providencia, Metropolitana, 75 años

❁

(...) Han sido días de nuevos aprendizajes, volver a retomar el computador, de alguna forma quería mantenerme alejada de lo digital, pero en esta situación es lo único que tenemos para encontrarnos, para enviar información a los padres, y mantenernos en contacto como profesores. Gracias a mi hijo Rodrigo, que aún vive conmigo, y muy cerca de titularse como geólogo, se me ha facilitado conocer estos nuevos programas y plataformas de internet. Estoy tan agradecida por haber pasado esta pandemia acompañada, poder conversar cada día con él, almorzar juntos era algo que hacíamos solo los fines de semana.

He retomado las actividades manuales que me encanta hacer y que por tiempo lo había postergado como: tejer, coser, jardinear, observar todo, con otra mirada. Los primeros días de la pandemia fueron muy difíciles, había tantos contagios en Temuco, que nos tocó cuarentena por varias semanas seguidas sin salir a la puerta. Solo necesidades urgentes. Me recuerdo que lo que más me llamó la atención fue sentir el silencio que había, tengo un patio pequeño y no recuerdo haber sentido tanto el canto de los pájaros como en esos días, no sé si realmente siempre estuvieron allí y nunca los sentí, pero fue muy lindo. Además, observar los zorzalitos que se vienen a bañar a una fuente en el jardín.

Después de esas dos semanas de encierro, ya se pudo salir. Extrañaba salir a tomar aire y caminar, igual con cierto temor de toparte con alguien que pudiese estar contagiado. Fuimos al campo, cerca de Temuco y caminamos, casi sin hablar solo disfrutando de estar en ese lugar en paz y con salud. El campo estaba precioso, los árboles vestidos con sus colores de otoño y pisábamos una alfombra de hojas. De verdad, creo que en mi vida había disfrutado tanto el simple hecho de caminar.

Moraima Contreras Batarce
Temuco, La Araucanía, 65 años

Ayer noche me enteré de que una sobrina había dado positivo en el test de coronavirus. Ella fue al funeral de mi hermana el día 14 de mayo. Siento mucha angustia, temor, susto, que no me dejó dormir; durante la noche mi esposo me dijo que no podía respirar, me urgí mucho. A él no le he contado nada del contagio, pienso y si me contagio, ¿qué hago?, ¿cómo cuido a mi esposo que tiene 76 años y es de riesgo?, ¿por qué fui?, ¿cómo tan tonta?, mucho sentimiento de culpa, pero era mi hermana, que falleció por un cáncer al páncreas e hígado, una persona extraordinaria, bella.

De la Municipalidad de Santiago pasaron dejando una caja de mercadería, me sentí muy afortunada, trae cosas muy buenas y necesarias, agradezco la gentileza.

No tengo ganas de escribir.

Josefina García Verdejo
Santiago Centro, Metropolitana, 66 años

❁

No escribí ayer. Cerré la puerta a celular, TV, radio y todo lo que tenga que ver con el mundo exterior. Fue un festín de música y lectura. Nada más hermoso en esta vida que leer una gran obra literaria (como *El Quijote*) sin tener que dar un examen o contestar preguntas. Hoy sepultaron al padre de mi gran amigo Miguel. En forma violenta enfermó de neumonía y falleció sin comprobar contagio de coronavirus. (...)

Patricio Pinto Leiva
Concepción, Biobío, 68 años

Hoy me he levantado muy bien y comenzaré a escribir luego de desayunar junto a mi marido «Buena compañía».

Conversamos qué haremos durante el día de hoy. Ya que por la pandemia estamos encerrados hace ya dos meses.

(...) ¿Qué pasó en el mundo?

Con este ataque del virus covid-19 no sabía nadie que iba a llegar, para peor mi marido y yo somos adultos mayores (estamos en riesgo de contraer esta enfermedad, este virus).

Así que no lo queremos porque enferma y mata a las personas mayores.

Claro, bien dicen «afecta por contacto físico con otras personas.» (...)

Hay días en que me levanto y me acuerdo de que estamos encerrados en casa sin poder salir a ninguna actividad, como los talleres de adulto mayor, esto me molesta y me da tristeza no ver a mis amigos que conocí en los talleres. (...)

Graciela Miranda Vásquez
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

(...) Nací, se presume, ya que mi padre me inscribió tres meses después, en Santiago a mediados del siglo pasado en la década del cuarenta, año 1947. Mi caminar está plagado de diferentes escenarios desde nuestra dura vida como hijo de campesino y una madre dueña de casa, parte de una camada de 15 hermanos con precarios recursos hasta hoy, con más de siete décadas de vida. Niñez tan lejana, recuerdos de pureza, sublimes, divertidos e ingratos, hechos que formaron mi alma de niño y forjaron mi carácter se agolpan en mi mente y corazón.

Mi única responsabilidad era soñar con un futuro mejor y felicidad plena.

Fui un niño callado, con visos de desobediente y travieso, en tiempos en que ser maldadoso era castigado severamente a correazo limpio, rompiendo nuestro parecer de que nuestras maldades de niño estaban bien hechas, igualmente ¡qué días felices fueron aquellos de niño! Para poder ganarnos los porotos trabajé todos los fines de semana desde mi infancia hasta hoy.

La salida de la casa paterna fue a muy temprana edad motivada por continuar mis estudios, quizás a los 12 años, desde Padre Hurtado a Santiago, luego a San Ber-

nardo, me abrí paso solo. Volví junto a mi madre Victoria y mi padre Pablino al sector de Esmeralda, Rosario, comuna de Rengo. Un día, en los años 60 del siglo pasado, tomé un tren y partí a Valdivia, solo, comencé a trabajar como administrativo, luego como inspector del trabajo en la Dirección del Trabajo, en esa ciudad hice de todo lo que en esos años de juventud podía hacer, me reinventé, transformé mi realidad. Volvía cada vez que podía a la casa de mis padres y visitaba en el sector de Santa Isabel, Rosario, a la que en ese tiempo era mi polola, hoy, la madre, abuela y bisabuela de nuestros seis hijos, tres nietos y bisnieta. ¡Cómo ha pasado el tiempo!, ¡la vida es hermosa si somos capaces de entenderla a su plenitud!

Francisco Javier León Escobar
Rancagua, O'Higgins, 73 años

Domingo, 24 de mayo

Hoy le respondo a un querido amigo, respecto a los sentimientos que le afloran. Le hago saber que la principal característica de la familia, así también como nosotros, los mayores, es que somos muy porfiados. Y reflexiono respecto a lo que, durante dos meses y medio, he sentido y cómo he reaccionado:

Las he «pasado todas», pero, de ello, aprendí dos cosas:

Primero, que no puedo comparar los sentimientos de los demás con los míos. Y, segundo, que estoy cada vez más porfiada, haciendo honor a la característica familiar:

Si me dicen que practique la memoria... mejor lo anoto todo, incluso hago un listado de comidas y le coloco fecha de cuándo las preparé, para no repetirlas tan a menudo.

Si no siento deseos de moverme, «corro» la cocina, el refrigerador, la lavadora, etc. y «se me va el día» sorprendiéndome de los tesoros escondidos que por ahí encuentro.

Si estoy cansada, vacío el clóset, los muebles y cajones y descubro que los «cachureos» guardados, como por ejemplo, las cajas de zapatos, sirven para ordenar los calcetines y ropa interior; las cajas de cereal, para los libros pequeños, que verticalmente se encuentran con más facilidad; las de pasta dental para los pinceles (o lápices); los tarros de atún, para moldes de queque que no tenía; los envases de plástico, para envasar las verduras; los tubos de papel higiénico, para enrollar mis hilos y lanas, etc. Descubro, además, que hay mucho «trapo» y cosas para reutilizar.

Estoy tan porfiada que desde que el reloj me lo saqué, cuando me «corresponde» hacer talleres virtuales, me conecto con el estómago y lo alimento. Cuando «debería» cocinar, tomo los pinceles. Cuando veo que hay que «pasar la escoba», busco un tutorial para tocar guitarra, y otras cositas más, como las minitransparencias que estoy pintando, con la idea de armar un vitral; o el bordado programado en el colectivo de Bordadoras por la Memoria.

Estoy tan porfiada que, cuando no quiero levantarme porque hace frío, abro las ventanas y me pongo a hacer ejercicios. «Entro en calor» y solita acudo al llamado del baño.

Cuando el encierro me quiere robar la libertad, mi porfía es más fuerte y hago lo que quiero y cuando quiero.

He escuchado (o leído), que muchos desean que «esto termine pronto», creo que mi «porfía» me ha hecho pensar diferente... No espero que esto termine pronto. Disfruto sintiendo que tengo tiempo para ser feliz.

Cada vez me pongo más porfiada, me «llevo la contra», pienso menos, «me hago la tonta» yo misma y me río mucho.

Y así, mi porfía ha espantado todos los males...

Ema Barreda Céspedes
Valparaíso, 64 años

Hay veces en la vida en la que es absolutamente necesario saber si se puede pensar y percibir de manera diferente de cómo se podría seguir viendo y reflexionando en los tiempos difíciles que actualmente estamos pasando. Es por eso que me he atrevido a escribir, gracias.

Mi vida a través de mis 78 años de existencia (7 de octubre 1942) con todos los altos y bajos de una vida dura a veces y otras placentera, las menos, fui de una familia luchadora que debía brindarle las mínimas comodidades, las más necesarias, a su grupo familiar, éramos: mi padre, que trabajaba en la C.C.U. (Compañía de Cervecerías Unidas) de Limache, capataz de patio, mi madre y tres hermanos.

Desde un principio, mi vida no fue fácil, al fallecer mi hermana melliza a los cinco años de edad (junio 1947), a posterior mi padre fallece a la edad de 50 años (24 de diciembre de1949) sin poder jubilar y dejando a mi madre en la absoluta indefensión, ya que la compañía nos pidió de inmediato la casa que pertenecía a C.C.U. Nos fuimos a vivir de

allegados en una pieza chica con todos los muebles arrinconados, hasta viajar a Valparaíso, donde mi madre debe entrar a trabajar como empleada de una familia acomodada, quedándome junto a mi hermana mayor, nos veíamos muy poco durante la semana. Vivíamos en dos piezas chicas que mi madre arrendaba en Valparaíso. Calle Santiago Severín en el puerto. Allí conocí a Jorge Farías (el cantante), jugábamos a la pelota juntos en la plaza San Francisco, yo estudiaba en la escuela 5, frente a la iglesia La Matriz y a posterior en la escuela 157 Blas Cuevas al final de la calle San Francisco. (...)

Poco a poco, fui comprendiendo, viendo y entendiendo las desigualdades de Chile y de algunos sindicatos fuertes y otros débiles, como el caso del sindicato de la C.C.U., que no tenían poder ni fuerza para defender a los trabajadores, no así las organizaciones más fuertes como la CUT, ANEF, etc. y algunos sindicatos como los portuarios, marítimos, mineros, etc., al ser empresas estratégicas tenían mayores beneficios que el resto, entendí que sin unidad y lucha, nunca se podía conseguir mejoras económicas. Fue así que al entrar a la Empresa Portuaria de Chile, empecé a observar el movimiento social y sus organizaciones de trabajadores, efectuando congresos, consultivos etc. Fui delegado portuario de mi sección, aprendí que sin lucha no se puede conseguir o defender a mis compañeros, participando en consultivos, congresos y partidos políticos.

Mi pasión como dirigente social, me llevó a dejar este país como exonerado político, ya que en los tiempos de dictadura no permitían dirigentes, eran expulsados o sencillamente eran muertos. Estuve 8 años en Venezuela (1977-1985), adquirí grandes experiencias y desafíos, ya que debía responder con mi familia y mi santa madre. Fue muy doloroso y triste el tener que dejar a mi familia. (...)

Después de haber pasado tantas luchas, penurias, humillaciones en la dictadura, estando amenazada mi familia y yo, regreso a Chile a empezar de nuevo, pero con la gran experiencia adquirida en el extranjero, empiezo a trabajar en una empresa subsidiaria de la Compañía Sudamericana de Vapores, para todo evento, operador de horquillas, movilizador, limpieza de bodegas, capataz, etc.

Mis compañeros de trabajo me piden que integre el sindicato en las próximas elecciones, salí con la segunda mayoría, adquiriendo una nueva experiencia sindical, consiguiendo mejoras en el ámbito laboral, lo que nunca pudimos conseguir fue la eliminación del tercer turno o amanecida, ya que en los gobiernos anteriores, democráticos se había conseguido eliminarlo, pero lamentablemente en dictadura, las empresas navieras volvieron a colocar las amanecidas, aduciendo que acelerarían el desembarco de los productos y no tendrían que cancelar un día más de muellaje, y si no les gustaba, podían irse de la

empresa. Recuerdo que en vista de la negación de los empresarios, los amenazamos de ir a la huelga con el apoyo de todos los socios trabajadores del sindicato, fuimos amenazados de despido de todos los dirigentes, el cual estábamos de acuerdo que nos despidieran, pero que se atuvieran a las consecuencias ya que saldrían en todos los periódicos del país. Prefirieron llegar a un acuerdo que subirnos el turno de amanecida.

Desde esa fecha a la actual, he seguido esa senda del dirigente social, ya que he comprendido que este y todos los gobiernos mantienen políticas desarrolladas en dictadura. (...)

Creo que el principal dolor de Chile y la principal tarea es resolver la brecha de las desigualdades. En el pasado se intentaron respuestas que no afectaron las ideas individualistas y de mercado que producen y reproducen la desigualdad. Hoy se impone otra lógica y otra responsabilidad, la de los derechos de las personas y los trabajadores/as. Romper la cadena de la desigualdad económica, social, étnica, de género, territorial es la primera tarea para construir la sociedad moderna, democrática y desarrollada que buscamos para Chile.

Hoy como dirigentes sociales pasivos, nuestro propósito es aportar a una estrategia para el buen vivir para las personas y las comunidades, donde impere la justicia y la convivencia plenamente democrática, donde no se imponga la ley del más poderoso, donde no resulte decisiva la cuna de nacimiento y donde las personas puedan construir su propio destino.

Aspiramos a una sociedad más democrática, a una economía al servicio del bienestar social, más dinámica e innovadora y a una convivencia respetuosa e inclusiva. Buscamos avanzar con paso seguro y responsable para fortalecer el desarrollo social y el crecimiento económico en el marco de una sociedad de derechos individuales y colectivos y de libertades de las personas para poder organizar y decidir su propia vida.

Nuestra incansable búsqueda es por una sociedad justa y participativa, igualitaria, abierta y donde los derechos de las personas se protejan. (...)

Nuestro compromiso es trabajar por el bienestar de la sociedad y en especial por los adultos mayores, potenciando una economía ambientalmente sustentable.

Es lo que me parece que debemos afrontar después de esta mala experiencia que nos tiene en incertidumbre, qué es lo que va a pasar a futuro, una vez pasada la pandemia. (...)

Manuel Enrique Severino Navarro
Valparaíso, 78 años

Sol radiante que contrasta con la pesadilla que estamos viviendo. Me duele el cuerpo, me mordí la boca mientras dormía. Tengo que buscar alguna práctica que me relaje, volveré a mirar los videos de yoga para principiantes que nos envía la Angélica.

Hoy no tengo ganas de comer, ni de cocinar, pero me animo, las conversas son buenas con Taon mientras almorzamos. Hasta un libro que leyó me lo contó en dos almuerzos. Siempre hay algo que rescatar en momentos difíciles, me alegra que la lectura lo esté conquistando, aunque sea a través de dispositivos móviles y no con el libro en la mano como a mí me gusta.

Todos los domingos, a las cinco, quedamos de juntarnos por videollamada con las «chicas de la familia», lo hicimos pensando en especial en mi mami y en la Kalu, que son las dos que están viviendo la pandemia en solitario. Mi viejita se alegra y nos hace reír con sus recuerdos, compartimos recetas y la Moni nos cuenta cómo va la cosa por allá, ellos van más adelantados, dice que el 1 de junio ya tiene que volver a la escuela, tiene susto igual.

Cargo el celular, casi se agotó la batería con tanta conversa y a las 9 me toca video llamada con «Las Comagritas», más vale tener amigos que plata digo yo, porque pucha que me hacen bien, con ellas no disimulo mis miedos.

En el wsp del grupo de mis amigos de la lectura *Otro día en la vida*, Alejandro envía una entrevista que le hizo Warnken a Mañalich en Icare. Es tarde, pero igual me animo a verla. Es larga, pero valió la pena, me sorprendió gratamente el ministro, las personas son más que los roles que les toca desempeñar.

Es muy tarde, mañana comienza mi última semana laboral de la vida. Nunca imaginé que sería así.

Susana Beatriz Hernández Garros
La Florida, Metropolitana, 63 años

Aislamiento

La pandemia de hoy nos tiene a todos encerrados en nuestras jaulas, acrecentando nuestra soledad, nuestro aislamiento. Dramáticamente nos damos cuenta de que no sabemos qué hacer con nosotros mismos, que la meditación y el pensar profundo no están en nuestra cultura, una educación centrada en el hacer, en el hombre productivo. Entonces y por primera vez miramos con envidia a quien hace algo tan inútil como tocar un instrumento, porque

se ve tan feliz interpretando música, o al pintor que pasa la tarde entera con un pincel en la mano imaginando mundos sobre una tela, o al que escribe absorto una poesía solo por el placer de deleitar su intelecto, con la esperanza de abrazar con letras a otra alma sensible. Pero... son tan pocos los artistas.

Fuimos preparados para la acción, no para la reflexión ni la introspección, todo hacia afuera y hoy se nos niega el exterior, la cuarentena es una estafa, nadie nos preparó para tamaño sacrificio. ¡Maldición!

Mauricio Salgado Montoya
La Reina, Metropolitana, 60 años

Hoy Viña nos ha regalado un hermoso día, decidí sentarme en mi terraza, me preparé un pequeño refrigerio, acompañada de mi inseparable compañera, mi perra *Blackie*, he reflexionado acerca de mi paso por esta vida. Estuve 40 años trabajando en Educación Básica, algunos de estos en Educación Diferencial, debo reconocer que mis metas de juventud no me llevaban hacia ese futuro, pero agradezco enormemente que la vida me presentó este desafío, viví hermosos momentos junto a alumnos y apoderados. Me enamoré de mi profesión.

Si bien es cierto nuestra profesión no se ha caracterizado por gozar de buenos sueldos, yo fui bastante previsora, nunca accedí al nuevo sistema de pensiones, pues siempre pensé que: «lo nuevo no favorecería al trabajador». Por lo tanto, mi pensión no es paupérrima, sí lo es para gran parte de mis colegas.

Por lo anteriormente expuesto, la vida me ha permitido concretar algunos sueños (con algunos sacrificios).

Uno de mis sueños era viajar, por diferentes razones no lo hice. Luego mi matrimonio terminó, por lo que mi prioridad fue obtener un techo (ya que estaba casada con separación de bienes, por lo tanto al separarme quedé sin casa), por lo tanto mis esfuerzos fueron dirigidos a obtener mi casa. Conseguí un departamento con vista al mar, no en primera línea, pero con vista. Mi sueño logrado.

Unos años de ahorros, mínimo de gastos, logré pagar mi departamento.

Por eso, hoy sentada en mi terraza, he reflexionado, sobre lo que la vida me ha dado: «muchos, muchos viajes».

Y lo principal, el apoyo incondicional de mis hijos, siempre a mi lado, ayudándome a cumplir mis sueños. Mi hija en estos momentos desviviéndose por dotarme de lo que necesito, para que no me exponga al salir.

Como lo mencioné anteriormente, soy una adulta mayor afortunada, pero qué pasa con otros que no tienen hijos, o que sus hijos se alejaron, sin querer saber más de ellos, eso me preocupa y duele.

Espero que podamos salir pronto de esto, pues siento que tengo una deuda que pagar.

Por un lado, este virus nos ha reunido como familias, a algunos no tanto.

Por otro lado, no permite compartir. En mi condominio se les había asignado un rincón a los niños, que habían hecho muy acogedor, lo habían adornado, tenían una pequeña huerta, ahora abandonado.

Espero salgamos pronto de este mal momento para retomar nuestras vidas, con más energías, renovados y con una mejor actitud ante la vida.

Julia Isabel Contreras Puelma
Viña del Mar, Valparaíso, 78 años

Amada Emilia, hoy tu abuela está muy triste y preocupada, este bicho malo que atacó al mundo entero se está comiendo a Chile y a los chilenos. Estoy triste, porque hay mucha gente que conozco y quiero que ya está pasando hambre. Mis niños, mis queridos niños, una vez más la vida los golpea fuerte en la desgracia de su pobreza. Estoy preocupada, muy preocupada , tal vez aterrada de lo que se viene con tanta cesantía. ¡Qué palabra más difícil¡ ¿Verdad? Cuando seas grande y leas este diario, tal vez entiendas lo que la cesantía provoca en el hombre, en el ser humano me refiero. Se cae en un abismo profundo de desesperanza, se aniquila el alma, la autoestima se pierde, lo indigno se hace cotidiano. Todos son más que uno, se pierde el valor personal. No habrá un cesante, sino que habrá miles y miles, millones a nivel mundial. ¿Cuándo irá a terminar esto?... No lo sé. (...)

Marianela Leiva Silva
Viña del Mar, Valparaíso, 60 años

Un plácido, soleado y tranquilo domingo. Inusual como es todo ahora. No hay un ruido en el ambiente. Es cierto que aquí es como campo, pero basta ver la tele para darse cuenta que está todo el mundo silencioso, en un silencio estruendoso, la verdad. Casi duele.

Lo peor es la incertidumbre. ¿Hasta cuándo estaremos así? ¿Encontrarán pronto una vacuna? O la vida simplemente dejará de ser como la conocimos, con abrazos y besos y gratas reuniones, y visitas y viajes a lugares hermosos. Duele pensar así.

Aquí no me dejan salir ni al portón. Es cierto que tengo 76 años, pero soy vital e inquieta y normalmente llena de actividades. Jubilada y todo, estudio en los talleres de adulto mayor, juego canasta con mis amigas, setenteras como yo, pero entretenidas y vitales por igual. Pero es cierto que soy asmática bronquial e hipertensa. Mejor me cuido. (...)

Violeta García Astudillo
Las Condes, Metropolitana, 76 años

Hoy me levanté y me acosté sin modificar mis primeros y últimos pensamientos. En verdad hace días que me pasa lo mismo... Quizás tiene que ver con la mayor propagación y nivel cada vez más crítico de la pandemia y la angustia y el miedo que esto me provoca. Trabajo en salud y en vez de vestirme con mi traje de superhéroe y sentirme empoderada en mi papel que debo realizar en la primera línea, voy a la pega como un niño asustado y pensando en que no puedo seguir así, que debo arrancar antes que el virus se fije en mí y decida atacarme porque descubrió mis debilidades. Sé que ronda muy cerca de mí y debo hacerlo antes que eso ocurra. Por ahora me disfrazo con mi máscara y antiparras, mis dos gorros, mis dos guantes, mi pechera, mis botas y entro con la visión borrosa debido a las gafas empañadas al pabellón, sin reconocer bien a mis compañeros de trabajo y sin ser tampoco reconocida. Más de alguno ha dicho que soy exagerada, pero a medida que pasan los días y la situación empeora más son los que me imitan y se protegen como corresponde. He perdido todo mi glamour que creía aún conservar a pesar de mis ya 60 años de vida y esto también me afecta. Si me vieran al terminar mi jornada de trabajo qué decepción se llevarían al verme, digo yo, como un monstruo: la cara hinchada, muchas marcas como arrugas profundas sobre la piel seca y eritematosa, los párpados inflamados, los inferiores con bolsas violáceas por la presión de las antiparras sobre mi piel fina y delgada, las conjuntivas rojas... La primera vez que me vi en un espejo al quitarme los elementos de protección casi me muero de espanto y decidí

que no podía retirarme en esas condiciones dejando al descubierto la fragilidad de mi cuerpo, por lo tanto salgo hasta el auto con todo lo que me pongo en mi cabeza y una vez adentro de mi vehículo me retiro el disfraz y lo pongo en una bolsa para llegar a mi casa a desinfectarlo. Parto sin antes volver a mirarme en el espejo y lamentar los estragos que causan estos implementos en mi faz... y los años, que por culpa del virus, me he tirado encima. Ya estoy en casa y me siento aliviada, protegida. Me ducharé, me pondré compresas heladas en los ojos para atenuar el edema y me prepararé para ir nuevamente mañana al campo de batalla.

Carmen Gloria Olivares Castillo
Rancagua, O'Higgins, 65 años

Un recuerdo muy hermoso en este tiempo fue el día 10 de mayo (día de la Madre). El primer saludo que recibí fue de mi hijo mayor, justo a la medianoche, al levantarme me saludó mi amado esposo. En la mañana vino mi hijo Jorge a saludarme, junto con mi nietecito Marcos León, de 2 años 11 meses. Mi felicidad y la alegría de verlos fue inolvidable. Cerca del mediodía recibí desde Santiago por videollamada, el saludo de mi hijita Ivania, mi nietecito Andrés Benjamín (de 5 años 11 meses) y mi yerno Rodolfo. Fue maravilloso verlos y saber que estaban muy bien, me dieron mucha felicidad. No los veía desde el 15 de marzo cuando con mi esposo nos regresamos de Santiago a Antofagasta. El día anterior, 14 de marzo, nuestro nietecito Andrés Benjamín nos dijo: «les tenemos una sorpresa que yo les contaré, voy a tener un hermanito en octubre». La felicidad, emoción y alegría que sentimos con mi esposo fue indescriptible, fue como un sueño saber que tendríamos un tercer nieto o nieta. Cuando nazca en octubre nosotros tendremos 73 y 77 años. En la videollamada del día de la Madre, nuestra hijita Ivania nos contó que se ha sentido muy bien y que su segundo bebe será otro varoncito. Fue un especial día de la Madre, maravilloso y diferente a otros, con las hermosas sorpresas que nos dieron de nuestros dos hijitos y nietecitos.

A los 30 años de edad, por primera vez fui mamá de un varoncito, Jorgito nació en noviembre de 1973. En octubre de 1975 nació mi hijita Cecilia, y en marzo de 1979 nació nuevamente otra niñita, mi hijita Ivania. Mi esposo y yo fuimos felices con nuestros 3 hijitos, celebrando cada día de la Madre y cumpleaños hasta el año 2005. En marzo del año 2006 sufrimos el dolor más grande que pueden experimentar los padres, Cecilita nuestra segunda hijita (la niña mayor, ingeniera en computación que trabajaba en Santiago), a los

30 años falleció en un accidente de tránsito en la ruta de Itata, viajaba sola en su auto, se le cruzó un animalito y ella por no atropellarlo se estrelló con una señalética y volcó en la carretera. El policía que nos llamó desde Concepción para avisarnos, nos relató emocionado que al sacarla del auto parecía que dormía plácidamente, con su carita serena y relajada. Nos dijo: «El auto estaba destrozado, yo he visto miles de accidentes, primera vez que veo algo tan milagroso, ella aún tenía signos vitales y falleció en el trayecto al hospital de Concepción». No te describiré el dolor de nosotros y de nuestros hijos, porque es algo que te remece profundamente. El año 2006 no hubo día de la Madre ni celebraciones de cumpleaños. En la misa de nochebuena estuvimos los cuatro muy unidos y llorando abrazados. Dios nos dio la fortaleza, consuelo y coraje, como padres, para animar a nuestros dos hijos, y salimos adelante. Nuestros hijos son profesionales, se casaron y nos han dado nietecitos que nos hicieron renacer y damos gracias a Dios por la felicidad de poder ser abuelos.

Carmen Flora Camacho Valda
Antofagasta, 76 años

Ayer sábado me tocó hacer aseo y echar ropa en la lavadora, por suerte tenía algunos alimentos preparados en días anteriores, así es que me inventé un almuerzo. Al atardecer llamé a Lidia, mi amiga de 93 años, con la que somos compañeras en el taller literario y a la que llamo casi a diario. Le cuento que me ha llegado el libro de Luis Sepúlveda, el escritor chileno que murió recientemente de covid-19 en España. También le digo que he dejado el paquete en cuarentena en la galería de mi casa y que en la semana siguiente le comenzaré a leer por teléfono, para que lo comentemos. Se pone muy contenta, ella es una excelente sonetista, quizás la mejor de la región y desde hace un tiempo pierde ostensiblemente la visión, por lo que ahora último escribe sus sonetos archivándolos en su mente, después de verificar el conteo de las sílabas. ¡Algo increíble, pero cierto!

Ana María Miranda Martin
Quilpué, Valparaíso, 74 años

Domingo en casa, una vez más.

Cuando no tiembla, agradezco vivir en un piso diez. Desde mi dormitorio tengo vista sin obstáculos a la cordillera y en días luminosos es muy gratificante. ¿Cuándo me iba a imaginar hace unos meses que mi máxima entretención en mayo sería mirar la montaña? Es muy extraña la sensación que provoca todo este encierro, siento que tengo tanto tiempo para hacer lo que quiera, pero a la vez tengo un sabor de inmovilidad permanente, estoy como atascada en todo aspecto.

Hoy jugamos bingo vía Meet con la familia, resultó muy entretenido y pudimos vernos todos a pesar de algunas intermitencias de señal. (...)

Carmen Leyton
Ñuñoa, Metropolitana, 65 años

Hoy domingo, mis dos hijas y mi único nieto han venido a visitarme, utilizando todas las medidas sanitarias que han instruido las autoridades. Conversamos sobre varias materias, como por ejemplo, los procedimientos de teletrabajo que han estado usando en sus respectivos trabajos y mi nieto en sus estudios utilizando las plataformas que se aplican a clases universitarias. Ambos sistemas tienen sus ventajas y desventajas y que ya son conocidas. A futuro parece que van a ser implementadas, ya sea parcial o totalmente, dependiendo de los tipos de trabajo.

No fue posible no recordar a la mamá, abuelita y esposa. Lágrimas retenidas y voces escondiendo un llanto retenido empezaron a aparecer. Su responso y funeral, bajo las estrictas restricciones existentes, fueron recordadas con tristeza y nostalgia. A la vista teníamos su hermosa ánfora de exquisita madera, ubicado en un lugar privilegiado, rodeada de vivaces elefantitos y dulces que tanto a ella le gustaban.

Antes que terminara la visita les solicité a mis hijas que, por favor, se llevaran lo que pudieran de las pertenencias de la mamá porque, como auténtica mujer, tenía un sinnúmero de zapatos, pañuelos, chaquetas, blusas, perfumes, polerones, vestidos, pantalones, cremas, etc. Indudablemente que solo pudieron llevar una parte de ellas. Eran muchas.

Mario Castro Torrealba
Vitacura, Metropolitana, 79 años

Hoy estoy de cumpleaños y como nunca ese dicho tan antiguo, «uno propone y Dios dispone», me hace mucho sentido. Cumplo 75 años, o sea tres cuartos de siglo. Una edad ya avanzada y significativa.

Hasta antes del 15 de marzo, fecha en la que empezó la cuarentena voluntaria y el aislamiento social, me preparaba para hacer una fiesta como Dios manda y a «todo chancho».

De partida, ya no sería una reunión familiar en casa, a las que llegan también los amigos más cercanos. ¡No señor, sería una fiesta grande! No todos los días a una le faltan solo 25 años para ser centenaria. La idea era arrendar la sede de mi población, tenemos una sede de lujo en el barrio, con todo tipo de comodidad, en donde estaría la familia o casi toda (siempre falta más de alguno) y todos los amigos más queridos.

Tampoco me mataría trabajando, atendiendo a los invitados. Serían personas idóneas las encargadas de preparar el coctel... ¿o quizás sería mejor una comida? Bueno, quedaba aún tiempo para decidirse.

Y con música, con mucha música. Si se daban las condiciones, buscar entre los sobrinos alguno que hiciera de DJ para que seleccionara la mejor. De las antigüitas para los más viejitos y, ¿por qué no?, reguetón también para los jóvenes y niños.

La torta, esa sí que la confeccionarían mi hija Pamela y mi nieta mayor Mackita, ambas chef de cocina y muy buenas para la repostería... y grande, para poder poner las 75 velitas.

¿Y qué ropa me pondría? Lo primero, bajar algunos kilitos, el verano siempre hace estragos en uno, y luego pedirle a mi querida amiga Irmita, una excelente modista y que me ha hecho infinidad de tenidas, un vestido a todo dar.

Ahora, mucho dinero no tenía, pero de una manera u otra, eso era lo que menos me preocupaba.

Pero llegó el coronavirus y, tal como dice la famosa canción de Emmanuel, «todo se derrumbó». Y con la llegada de este personaje, tan microscópico y tan letal, todos mis planes quedaron en nada.

¡El covid-19! ¡Hay que ver cómo nos ha cambiado la vida! Junto con el aislamiento social llegó la incertidumbre que muchas veces se convierte en ansiedad o derechamente en angustia. Literalmente nos volteó nuestras vidas, nuestras rutinas y nos puso de cabeza.

Y también cambió la celebración de mi «significativo cumpleaños». Y paradojalmente, al final no lo sentí tanto como yo lo pensaba.

Y tomando todo muy a la chacota, y como decretó Facebook del que soy asidua, por no decir fanática participante, que todos los que cumplimos años en tiempo de pandemia

no cumpliríamos años por esta vez, o sea, sigo teniendo 74 años hasta el 2021... y lo que dice el Facebook es ley, jajaja.

Igual celebramos mi «no cumpleaños» con la hermosa familia que formamos con mi marido. Con un rico coctel, un exquisito almuerzo, una torta hermosa y tan rica hecha por las manos mágicas de mis dos queridas cocineras y los regalos para qué decir. Ropa, pulseras, tarjetas, chocolates y ¡un celular nuevo! (sí con el antiguo pasaba metida en las redes sociales, con este, creo que ni siquiera cocinaré, jajaja)

Así que agradeciendo profundamente a Dios por tener a mi lado a mi marido, a mis hijas, hijo y a mis dos nietas, todos sanos, con trabajo, con comida, con una casa confortable, me acuesto y reflexiono sobre este hermoso día y duermo totalmente feliz y pidiendo para que este bienestar se prolongue en mi familia y para que mi querido barrio, mi cerro, mi Valparaíso amado y todo mi país, sortee esta pandemia de la mejor manera posible.

Luisa Reyes Riquelme
Valparaíso, 75 años

❁

(...) A medida que pasan los días, las semanas, el mes, mis canas van apareciendo, he decidido dejar mi pelo blanco, dejar que la naturaleza haga lo suyo. Asumir la realidad, quiero envejecer con dignidad, asumiendo las arrugas, las manos manchadas y las canas.

¡Qué tiempos estoy viviendo! Ya ha pasado marzo, abril, mayo y ya tenemos junio.

Hay días en que me arreglo como si fuera a salir, incluso me perfumo. ¡Ah! Mi hija me regaló para el día de las Madres un perfume, estaba contenta porque hacía mucho tiempo que no tenía uno. ¡Gracias, hija!

Cómo me duele el sufrimiento de los demás, muchas veces he llorado a solas, pero mi gran pilar es la oración, mis manualidades, como también la repostería. Soy inquieta, no paro, pocas veces me siento sin hacer nada.

Esta pandemia me ha tocado en lo más profundo de mi ser. Pero ya terminará. Cuando podamos salir, haremos una fiesta en casa, haré cosas ricas para compartir.

Hace días que estoy mal, tengo mucha tristeza, las noticias terribles de las muertes, día a día y siguen en aumento ¿Cuándo terminará esto?

Olga Silvia Esquivel Cari
Valparaíso, 74 años

Hace un tiempo, me llamó mi hija para invitarme a tomar onces a su casa, le contesté que no estaba saliendo, que iría cuando hubiera 200 contagiados diarios. En ese momento había más de cuatrocientos, así cifraba mis tiempos. Hoy crece y crece esa cifra y las noticias de la televisión dicen que seguirá creciendo, que el *peak* llegará a fines de mes, la primera semana del mes siguiente, a final del mes que sigue, o en el subsiguiente, que faltarán camas en los hospitales, que habrá que elegir para quién será el ventilador disponible, seguramente para el más joven, eso es seguro. Siempre se anunció que esta es una pandemia donde los adultos mayores van a sucumbir y nada más escuchar a los informantes, empieza a crecer el número de muertos y al final de ese informe se dice que el fallecido tenía más de 60 años, como una amenaza o como el único destino de ser adulto mayor. Nos imponen el miedo, sabiendo que este es un buen vendedor. (...)

María Eugenia Moris Sandoval
La Pintana, Metropolitana, 66 años

Cumplo setenta y cinco días de cuarentena absoluta, mi pareja trae los víveres y los remedios, que retiro de la puerta, nos saludamos a lo lejos, con mascarillas, gorro y guantes. Luego el ritual de la sanitización de los productos, uno por uno. Después con la ayuda de mis amigos, Bach, The Beatles, Ray Charles, Pink Floyd, Piazzolla, Pavarotti y varios más, ahuyentamos el tedio y las sensaciones de soledad. Me pregunto muchas veces si estos gestos de solidaridad que se han visto en nuestro país y en el mundo por estos días, podrán generalizarse y permear toda la sociedad. A veces pienso que sí, otras que no. Los grandes holocaustos y guerras vividas nos han enseñado poco.

Patricio Pinto Leiva
Concepción, Biobío, 68 años

Mi hermano Felito hace llegar fotos con la cena en familia celebrando su paso a la fase 1 en Barcelona. Su comentario: «Cenando en la terraza. No hay plazo que no se cumpla. Ánimo y paciencia».

Me alegra verlos en familia, aunque igualmente preocupada por la situación de Chari, su mujer, que todo indicaría que agarró el covid-19 en la primera línea del hospital, a juzgar por los síntomas, índices y molestias, pero los dos PCR que le han hecho han salido negativos. (...)

Ayer fue mi peor día de los casi tres meses que llevo confinada. Había soportado el encierro sin problemas en lo personal, aunque igual he estado preocupada por la crisis social, ayudando en la «medida de lo posible», como decía el presidente Aylwin, pues la lista se ha alargado más allá de las instituciones con las que coopero habitualmente. Desempleados y necesitados de mi alrededor, producto de la situación económica, además de las ayudas solicitadas por cercanos solidarios, me ayudan a tranquilizar mi culpa de no poder ayudar físicamente haciendo aportes económicos de acuerdo a mi fuerza de jubilada. (...)

Los temblores definitivamente me sacan de mis casillas. Mi tremofobia me anula totalmente y poco menos que agonizo. Normalmente ni me había vestido y andaba todo el día en pijama sin rollo sabiéndome sola, pero no sintiéndome sola, que son dos cosas muy distintas. No obstante, con el temblor de ayer en la mañana, el temor a que vayan a venir otros más fuertes, me llevaron a vestirme y, en la noche, al tener que ponerme pijama, me vino un malestar general con náuseas y no me quería desvestir por si temblaba. Necesito poder arrancar. (...) Tuve que racionalizar, irme a la ventana de la pieza de visitas, abrir la ventana, respirar profundo y estar así un rato. Solo entonces logré estabilizarme emocionalmente y pude desvestirme para dormir. (...)

Pilar Collado
Ñuñoa, Metropolitana, 69 años

Se me desencadenan los recuerdos y se vuelven imagen y memoria mi sentir de colores, aromas y sabores, música y piel. Muchas veces en la intimidad compartida. ¡Qué maravilla! Que aunque cada uno goce, vibre o sufra de manera particular, se complemente y amplíe el placer al estar acompañado de personas queridas con las que puedes conversar y elaborar teorías para

argumentar y confrontar o coincidir. El ejercicio se disfruta igual. El intercambio es lo importante. A veces basta la cercanía, una caricia o una mirada. Estar presente para el otro.

Marta Alicia Mera Figueroa
Viña del Mar, Valparaíso, 69 años

❁

Volví a escribir cuando me enteré de este concurso. Hace más de dos meses que no salgo a la calle. (...)

Días tristes, nos cuesta estar muy solos. Buscamos mil maneras de vencer la estupidez. Meses grises, es tiempo de escondernos. Tal vez sea la forma de encontrarnos otra vez. Ahora es tiempo de pensar y ser pacientes. Confiar más en la gente, ayudar a los demás.

Margarita Gaete Vargas
Viña del Mar, Valparaíso, 74 años

❁

Zurita nombra a Chile un acantilado y al mar el mar del hambre que se estrella contra sus rocas.

He aprendido a acomodarme en la soledad, sentir el viento nocturno que rodea la casa, escuchar golpear el oleaje, oír las olas, calibrar su fuerza y su ritmo.

He aprendido a mirar el mar, y por su color saber de su estado anímico.

He sabido estar bien conmigo mirando la inmensidad.

Me sorprendo cada día ante la prueba palpable de que la Tierra es redonda, al ver la curvatura de su línea cada vez que miro por la ventana.

Despierto en la mañana contenta de vivir, estar sano y sin grandes dolores ni quejas.

Y luego, después de escudriñar el horizonte, hacer el plan del día.

Hoy me toca hacer pan, tengo harina, levadura, el azúcar y la sal.

Tengo la tabla de amasar, y luego se llenará la casa de este perfume amado a pan fresco.

Borgis Lohan
Puchuncaví, Valparaíso, 74 años

Lunes, 25 de mayo

No fui a Viña cuando lo tenía planificado. Ahora comprendo el lema «Uno propone y Dios dispone». Ya no veré a mis hijos ni conoceré a mi nieta quizás hasta cuándo. Ahora me doy cuenta de por qué me vine a vivir a Valdivia. Tenía que estar aquí. Yo no hubiese podido sobrevivir sola en Viña. El Parkinson no me hubiese dejado... y yo que no estaba convencida del cambio de ciudad. Tengo varias amigas que están con depresión o un agudo estrés. Yo me salvé. Algo me protege. Ahora soy de Valdivia.

Una de estas noches escribí el siguiente poema dedicado a todos los seres que amo.

El día que vengas

El día que vengas,
dejaré mis lágrimas guardadas en una caja,
y palpitará muy fuerte mi corazón
y yo olvidaré por siempre
haber sentido tanto dolor.
El día que vengas,
dejaré de contar el tiempo de tu ausencia.
Se despejarán las oscuras tinieblas
y entre risas y abrazos
veremos nuevamente brillar el sol.
El día que vengas,
tus manos alejarán mis malos sueños
y estaremos alegres y risueños.
Y si me pidieras recordar lo sucedido,
te diré que solo importa abrazarnos
y que estemos todos vivos.

Estrella Ramírez Paredes
Valdivia, Los Ríos, 74 años

El coronavirus tal vez sea un mal necesario para arreglar otros males peores. Lamento por los que han muerto inocentemente. Estoy segura de que están bien. Tenemos claro que debemos ser obedientes a las normas y respetarnos todos. El humano fue hecho para amarse mutuamente, no agredirse (por eso la educación), fuimos hechos en forma divina. No necesitamos muchos materiales para ser felices. Debemos comer lo justo, lo necesario, nunca de más. Las bendiciones son enviadas todos los días, aprendamos a reconocerlas y dar gracias. Doy gracias por la vida, en este planeta, por lo malo y lo bueno, que me ha tocado vivir. Es necesario saber que después de algo malo, como una pandemia, por ejemplo, siempre viene algo bueno después y ¡sí!, aun dentro de ella. Está en nuestro ser aprovechar los cambios, para algo mucho mejor. Nos regalaron inteligencia para mejorar las cosas en nuestro entorno. Saldremos adelante, seguro.

Cecilia de la Barra
Quilpué, Valparaíso, 79 años

8:00 a.m.
Limitado bajo encierro, zona sur. La pandemia haciendo estragos en Chile y el mundo, despertar es una gran cosa hoy en día. Enciendo el televisor, se me revuelve el estómago, cambio de canal, lo mismo, las mismas noticias, los mismos personajes grotescos. Una farándula despreciable, un desfile de políticos, alcaldes y ministros de gobierno, un gran show de inoperantes.

La información periodística controlada por los grandes grupos empresariales, nada nuevo durante muchos años.

Se ha enfrentado el virus con la más pura improvisación, actuando en forma reactiva, sin prevenir a tiempo, siempre atrás en los hechos, el sistema de salud haciendo agua desde hace años, comienza la entrega de bonos y cajas alimentos. Puras migajas, haciendo negociados con la caridad, en plena pandemia.

09:40 a.m.
Apaga la tele, mejor haré el desayuno para nutrir el ambiente. La Mia compañera, temprano ha comenzado con su trabajo a distancia, encendiendo su computador, con sus con-

ferencias de trabajo. Y el pequeño Joachim supliendo sus idas al colegio con juegos en la red, clases por internet, durmiendo hasta tarde, haciendo las noches días y viceversa. Roces por convivencia entre los tres aún no se han presentado, quizás la pila de la tolerancia ha sido la adecuada.

11:00 a.m.

Enciendo el computador, días atrás bajé un artículo, «neurosis religiosa», el cual ha despertado mi curiosidad, luego de meses sin leer ningún libro, una sequedad de lectura atroz. Se me viene recordar la gran sequía en que estamos, tantas comunidades sin agua. Leyendo sobre este trastorno histórico, me hace mucho sentido, como si la mente se abriera en muchos aspectos, tomé interés en este artículo al leer el libro *Más allá del bien y del mal*, que se refería a neurosis religiosa. ¿Qué es esto?, a buscar información al respecto, suspendiendo momentáneamente la lectura del libro. (...)

17:00 p.m.

Muchos deseos de ejercitarme, comienzo con media hora de elíptica, agregar que desde el sábado 23 mayo, tres días seguidos, hay que tener mucha voluntad en ello, puf, puf. Terminada la faena de ejercicios, comienzo con mi aseo quirúrgico, consistente en lavado por partes de todos los menudillos de mi cuerpo sesentón. Aseo quirúrgico, término adquirido luego de un accidente laboral: fractura expuesta de pierna derecha (peroné y fémur). Hecho acaecido un invierno lluvioso, cerca del estero Marga Marga, en Viña del Mar por el año 1986, creo que la memoria comienza a mezclar fechas. Medio año hospitalizado en el Instituto de Seguridad del Trabajador, con la pierna en alto, con una placa de cromo vanadio atornillada a los huesos. Mi primera cuarentena me cambió la vida, todo lo que hacía hasta ese momento.

Retomo lectura, hago anotaciones, cuestiono, pienso algo, avanzo. Aproximadamente a las 19 horas, desde el marco de la entrada a la pieza, escucho el timbre de voz de Joachim, cuando desocupe el PC me avisa. Siento lo perentorio del pedido y sin más finalizo por hoy mi análisis.

Qué importante es estudiar, sus clases por internet, algo relacionado por Google classroom, esto de usar lenguaje de país de habla inglesa siempre me ha tenido «tostado», esto de no privilegiar nuestro idioma, extranjerizarlo todo, usando palabras siúticamente de mal gusto, comportándose como los ingleses de América, *baby shower, check point, happy hours*... demasiado arribismo.

Las noticias, la televisión, luego del 18 octubre 2019 empecé por apagar la tele... Todo se transformó, mucha corrupción de platas políticas, abusos por doquier, colusiones empresariales, robos del alto mando de las fuerzas armadas, de los desprestigiados carabineros (milicogate-pacogate)... Se nos vino encima otra pandemia de corrupción asolando al país, comenzando por el saqueo de los grupos económicos al Estado chileno, desde 1973 en adelante. (...)

Marcelo Alejandro González Ulloa
San Miguel, Metropolitana, 61 años

❁

Juego de manos
(Durante la pandemia se ha recomendado insistentemente lavarse las manos con frecuencia)

Entonces... los gobernantes
se lavan las manos;
la oposición se lava las manos;
los sacerdotes
se lavan las manos;
policías, militares y jerarcas
se lavan las manos.
Mucha gente se lava las manos.
Pero el pueblo,
¿se lava las manos?
Y usted,
¿se lava las manos?

(Lavarse las manos primero humedeciéndolas,
luego enjabonándolas masivamente;
después dedo por dedo,
anular, pulgar, medio o corazón,
índice y meñique,
las muñecas, el dorso, las palmas.
Finalmente, mojarse las manos
con abundante agua y secarlas.)

Así quedaremos...
a mano limpia,
a mano,
mano a mano,
escribiendo a mano
aunque sobrevenga...
la *manu militari* (y los civiles de siempre)
a manipular,
a manosear,
a meter las manos,
teniéndonos manos arriba,
con manopla y mano ajena,
cruzados de manos.
Pero rebelándonos
conseguiremos
quedar...
a mano alzada,
a mano armada,
con manos libres
y a manos llenas.
Y con mano de monja
nos daremos la mano
o pediremos la mano,
para ganar la mano
a la pandemia
y a otras pestes y miserias.

Renard Betancourt
Ñuñoa, Metropolitana, 69 años

Seiscientos años

A mis sesenta años, he vivido seiscientos de la antigüedad. Sí, nací con radios a tubos, luego vinieron los transistores y ahora los microchip, había un teléfono con disco de marcar en todo el barrio, actualmente hay dos teléfonos móviles por persona en promedio y con cámara fotográfica incorporada, en mi juventud universitaria un computador ocupaba dos inmensas dependencias y solo hacían operaciones matemáticas, hoy los hay personales y hacen mil y una funciones, los televisores blanco y negro recién aparecieron en mi infancia y así vimos al hombre llegar a la luna, hoy ya tenemos imágenes en colores de alta definición y en 3D. Nada de lo anterior nos sirve si no hemos logrado comprender que esa tecnología es estéril, si no está al servicio de la evolución «amorosa» del hombre y para ello lo primero es educar con una nueva pedagogía, porque de lo contrario pasamos de la barbarie a la decadencia sin pasar nunca por la ilustración, que es lo que hace grande a los pueblos. Debemos entender que todos somos rama de un mismo árbol, que las guerras son un absurdo y si estas son biológicas, peor aún.

Mauricio Salgado Montoya
La Reina, Metropolitana, 60 años

Mi esposo estudió mueblería y, durante la pandemia, mi nieta le pidió una mesa del ancho de su cama para poder ver sus clases online desde ahí con su computador (y su cafecito), ahí empezó su emprendimiento, luego de que hiciera su mesa decidió hacerle bandejas a cada uno de sus nietos y bisnietos, además de repisas, zapateros y hasta una minisilla para la más pequeña, entre todo este mueble ya lleva 55 muebles fabricados.

Lucía Tamara León Monterrey
Coquimbo, 69 años

Hoy desperté un poco más tarde que de costumbre, tomé desayuno y me puse a lavar. Mientras lavaba llamé por teléfono a mi vecina, conversamos un rato. Hago aseo, el almuerzo.

Después del almuerzo descanso y tejo un rato los cuadrados para el hogar de adultos mayores hasta que tomo once, hago los ejercicios físicos, veo un rato tele, hago sopa de letras, empecé los ejercicios.

Más tarde me sirvo un postre que hice en la tarde.

Hoy me acosté tarde, me llamó por teléfono una prima de Santiago que también está en cuarentena, hablamos mucho. Me he dado cuenta de que ahora hablo mucho por teléfono y WhatsApp, nunca me había comunicado tanto con mis primas que están en el extranjero, también hablo con mis amigas del taller.

Así termina otro día de mi cuarentena con la esperanza que el próximo sea mucho mejor. Debemos cuidarnos para no contagiarnos nosotros y nuestras familias. Ser responsables.

Aide Martínez Mercade
Valparaíso, 81 años

La abuela, junto con su hermanita que entró este año a la universidad y que también estudia en el departamento en forma virtual a causa del poderoso enemigo invisible, todos somos profesores y alumnos a la vez y nuestro departamento, es colegio y universidad. Nadie educa a nadie y todos nos educamos entre sí. La abuela que es la mandamás del colegio, feliz se sigue levantando temprano para preparar la sala de clases y donde la mesa del comedor ahora es escritorio, llena de libros, cuadernos, carpetas, impresora, computador, celular, gomas, sacapuntas, lápices. La nietecita se las arregla solita y se siente más cómoda estudiando a distancia.

Juan Bello Pardo
Viña del Mar, Valparaíso, 76 años

Amada Emilia, hoy te quiero contar que ayer en la tarde la profe Susana me llamó para contarme que los papás de la Angelita, una estudiante regalona del cuarto básico, dieron positivos al covid-19. No he dejado de pensar en eso. No sé si serán los primeros de muchos apoderados que quizá en un mañana cercano estén enfermos. Eso es probable que no lo

vaya a saber. Ellos trabajan en el hospital G. Fricke, un lugar en donde el coronavirus llegó para vivir y hacer morir.

Mañana será un día intenso. Tendré que ir a la escuela, porque estaremos repartiendo la tercera canasta de la JUNAEB. Esa miserable canasta que no alcanza para cubrir las necesidades de un niño durante un mes. También tendrá que ir a su escuela tu tata Jaime. Debe colaborar con la entrega de canastas. (...)

Amada Emilia, tú sabes cuánto me ha gustado leer, yo quisiera que tú ames la lectura tanto como la he amado yo. Recién terminé de leer el libro de un autor norteamericano. Se trata del libro *Un lugar donde refugiarse*. Cuando terminé de leer la novela, me dio pena pensar que yo siento que he perdido ese lugar, mi refugio, y ese sentimiento de soledad me hace buscar otro.

Cuando tú estés grande y leas lo que ahora te dedico, estarás preparada para saber que existe el amor eterno, que existió en tus abuelos y que a pesar de todo lo malo y gracias a todo lo bueno, pudo sobrevivir a todas las pandemias que se presentaron a lo largo de este estrecho camino. El amor eterno está en la mente y solo vive si yo lo dejo vivir.

Quiero que aprendas eso.

Marianela Leiva Silva
Viña del Mar, Valparaíso, 60 años

❁

En la tarde mi mujer me decía: nosotros ya estamos viejos, tenemos 75 años, de aquí en más es un regalo, pero qué pasará con nuestros hijos y nietos. ¿Cuánto durará esto? ¿Cómo tendremos que comportarnos? Y cuando se disponga de una vacuna, ¿cómo se distribuirá? ¿Será una guerra? ¿Habrá solidaridad? Dudas, incertidumbre, miedo. Agreguémosle la sequía y el cambio climático. Es difícil ser optimista.

Alfonso Pino Pizarro
Providencia, Metropolitana, 75 años

❁

Buenos recuerdos y mensajes para continuar la vida

Pienso que hace diez años y dos meses que me acogí a retiro y unos doce que decidí volver a vivir a Valdivia y específicamente a Niebla, lugar donde pasé siempre mis vacaciones cuando niña. Todos los años veníamos con mi familia a pasar vacaciones a este lugar de la costa. Me parece que siempre uno vuelve donde tiene buenos recuerdos y donde lo ha pasado muy bien. Este es un lugar hermoso con sus dos playas, la Grande y la Chica, «nombres poco comunes», me sonrío de ellos, porque podríamos haber tenido otros nombres para estas playas, pero su extensión comparativa primó.

Recuerdo que antes del terremoto de Valdivia en 1960 (22 de mayo), podíamos caminar desde la playa Grande, pasando por un camino de rocas planas hasta la playa Chica, por debajo del fuerte y llegando hasta el embarcadero. Fue un camino que hicimos alguna vez que volvimos de un paseo de curso. Actualmente no es posible. Cambió mucho su geografía y caminando por la playa grande hacia el sur, se llega a un lugar donde hay una entrada del mar de unos cinco metros y yo, por lo menos, no me atrevo a atravesar. Tampoco se puede seguir más allá, ya que se ve un poco más adelante que está el acantilado y arriba las construcciones nuevas de escaleras y pasillos que hicieron el Museo de Sitio de Niebla. Todo rodeado por el mar, hasta llegar a la playa Chica.

También puedo recordar que no había camino hacia este balneario, había que venir en lanchas o vapores como el *Pisagua*, el *América* y me parece que el *Arica*. También había lanchas como la *Duby* y la *Reina Sofía*. Después los barcos como el *Pillanco* y el *Neptuno*. Mucho después del año 60 se hizo un camino costero hacia Niebla para poder ir en vehículo, para ello, había que atravesar el río en un transbordador desde la zona de Las Mulatas. Desde allí a Niebla por un camino de tierra, llegábamos todos empolvados.

Laura Graciela Huaquín Mora
Valdivia, Los Ríos, 77 años

Como ya estamos radicados en Viña del Mar junto a mi esposo, decidimos continuar con nuestra vida cotidiana con mucho amor y ser capaces de aceptar lo que está sucediendo en este momento en todo el mundo. Con mi esposo somos pilar de nuestra familia, con muchos hijos (6) y nietos también.

Aquí en Viña solo tengo a un hijo, quien merece todas las gracias por estar siempre preocupado de nosotros, nos visita diariamente y nos provee de todo lo que necesitamos para nuestra subsistencia. Cuando llega nos saluda desde lejos porque así se evita contagios que él pueda traer para peligro de nosotros que somos de alto riesgo.

En nuestro edificio de Viña del Mar, es costumbre ver numerosas gaviotas que se posan en nuestros balcones y cuando uno aparece vuelan rápidamente en grandes bandadas que a veces oscurecían el cielo. Hoy no se ven, parece que se fueron a otros mares, como que adivinaron lo que está pasando en el mundo y prefirieron emigrar. (...)

KUN
Viña del Mar, Valparaíso, 80 años

Ya llevo casi 3 meses en cuarentena efectiva. Pero no afectiva. Mucho amor a mi pequeña familia y a mi familia elegida que me rodea de cariño y me ayuda con las compras, con el retiro de medicamentos en el Cesfam. Que me escriben en las mañanas para saber cómo amanecí. Si soñé. Con qué soñé. Que me quieren. Yo les mando corazoncitos. Pero me encuentro bien. Vivo sola hace bastante tiempo y estoy acostumbrada a la soledad. Mis manos están siempre ocupadas: bordados, costura, crochet y algo de aseo. Aunque por momentos me pregunto cuándo y cómo va a terminar esto. Con qué mundo nos encontraremos. ¿Las personas cambiaremos? ¿Habrá más solidaridad y compasión? ¿Los humanos cuidarán a la Madre Tierra, la Pachamama que nos alberga y nos alimenta? Se está demostrando que los animales están volviendo a sus entornos originarios vacíos en este momento porque los humanos están en sus hogares. Bueno algunos. Escuché que las gaviotas se tomaron las playas de Algarrobo. Lo puedo imaginar porque hace 28 años, cuando llegué a vivir acá, se podía ver ese hermoso espectáculo. Cientos de gaviotas chachareando al atardecer. Hoy... solo edificios.

Susana Wiener Levy
Algarrobo, Valparaíso, 76 años

Comencé el confinamiento solitario el 19 de marzo. Hubo primero cuarentena en Las Condes y luego se fue extendiendo a otras comunas. Mi hija que vive en La Reina no tuvo cuarentena hasta el viernes 15 de mayo, pero igualmente comenzó a trabajar *online* y mi nieto no salió nunca más de su casa. Curioso que el más joven fuera el más cuidadoso con el tema sanitario y por propia decisión, no obligado. Ojalá todos los jóvenes fueran tan responsables.

Mi otra hija me ofreció ir a su casa y primero dije que sí y después me arrepentí, porque tendría que dormir en un futón un poco incómodo y el baño lejos. Sin TV, separada de mis libros, sin nadie que regara mis plantas. (...)

En todo este tiempo decidí experimentar con la cocina y hacer recetas nuevas, como lentejas con zapallo, lentejas rojas con arroz integral y semillas, pollo con leche de coco (la leche estaba vencida y el sabor fue horrible), empanadas, pastel de choclo, ensaladas de rúcula, de lechuga, de betarragas, tallarines con salsa y con pesto, arroz en diversas formas, una vez me hice una tortilla de papas, también he hecho queques y *muffins* para aprovechar unas nueces que tenía hace harto tiempo y otros con arándanos congelados, budines de chocolate, sándwiches de queso-jamón.

He notado que los precios de los medicamentos y los alimentos, que son los únicos negocios abiertos, han aumentado muchísimo.

Algunos alcaldes están pidiendo que el gobierno fije precios máximos, pero no lo veo factible, dicen que cuando eso sucede comienza el acaparamiento y el mercado negro.

Además de la tediosa tarea de hacer la comida y lavar los cacharros, empecé con mucho entusiasmo a recortar artículos interesantes de revistas, pero ya no lo hago más. He leído varios libros, terminé *Demasiada felicidad* de Alice Munro, leí *La peste* de Camus, releí *El amor en los tiempos del cólera* de García Márquez, terminé con dificultad *Los pacientes del Dr. García* de Almudena Grandes, muy larga y con muchos personajes de la Guerra Civil española desconocidos para mí.

Y actualmente estoy con *El filo de la navaja* de W. Somerset Maugham, muy entretenida.

Hago talleres vía Zoom: de cine con Alfonso Gazitúa, vemos películas y las comentamos: del mismo Gazitúa *El rey de San Gregorio*, *El mismo amor, la misma lluvia*, *El hijo de la novia* y *El secreto de sus ojos* todas de Juan José Campanella. Los jueves tengo un taller de escritura con Teresa Calderón, donde he escrito y leído algunos cuentos. Somos diez integrantes, casi todas mujeres.

He visto varias series y películas, la mayoría poco memorables. Rescato *Los emigrantes* de Jan Troell, *Su mejor historia*, la serie *El cuento de la criada*, *Chernóbil*, *El Hijo*, *Tomates verdes fritos*.

También en streaming el ballet *Raimonda* y el Concierto para violín de Beethoven, dirigido por Juan Pablo Izquierdo y en el violín Richard Biagetti, *Mr. Shakespeare,* una lata de Marco A. de la Parra, charlas de la UAB sobre la segunda guerra mundial, una versión muy bien narrada y actuada de *La gaviota y el gato que le enseñó a volar* de Luis Sepúlveda. Y tengo otros programas en mente porque esta cuarentena va para largo.

Isabel Barriga
Las Condes, Metropolitana, 77 años

❁

Extraño tanto mis clases y la presencia de los niños, pienso en cómo será ese día que nos reencontremos. Creo que tiene que ver con que de alguna forma hemos perdido nuestros ritmos, horarios y quehaceres habituales.

Siempre estoy buscando qué hacer, casi siempre en la mañana escucho música y me he reencantado con Prokofiev.

He vuelto a leer a Gabriela Mistral a quien admiro profundamente. Su pensamiento y su poesía me hacen mucho sentido. Me inspira y me anima a seguir adelante.

Moraima Contreras Batarce
Temuco, La Araucanía, 65 años

❁

Nunca había estado tanto arranada en mi pieza, qué martirio estar en silencio total, la tele ya no es entretención, puras noticas malas, las comedias repetidas, en fin, esta pandemia me ha convertido en una vieja de m. amargada, pero bueno. Me pasó que hoy golpearon y fui a abrir (mi hijo se está duchando), eran del consultorio y me traían todos los remedios, que no me preocupe para el próximo mes, si esto sigue lo traerán de nuevo y yo seguiré esperando, porque a pesar de todo no me quiero morir todavía, para estar completa me falta un nieto, así es que en cuarentena hasta que Dios quiera.

Teresa Verdugo Pérez
Valparaíso, 76 años

Llevamos cuatro semanas confinados, vivimos en Santiago Centro, la comuna con el más alto número de infectados y fallecidos, también de recuperados. No hemos salido del departamento, personas jóvenes han iniciado una nueva modalidad de trabajo, los despachos a domicilio. Somos dos vidas que han luchado por mantenerse lúcidas y activas hasta el último día.

Sara Herminia Zelada Muñoz
Santiago Centro, Metropolitana, 78 años

La vida es maravillosa e impredecible, hay momentos felices y momentos trágicos. Pero hay que ver lo positivo de cada experiencia. En este tiempo tan especial hay que rescatar lo hermoso en medio de lo malo. Como los padres ahora pueden quedarse en casa trabajando, los hijos han podido compartir más tiempo con sus padres. Antes debido al trabajo los veían en la mañana y en la noche, al regresar de sus actividades laborales.

La Tierra se está autodepurando y ha bajado la contaminación del planeta. Ahora se aprecia lo que tenemos y se valora más la vida espiritual. (...)

Carmen Flora Camacho Valda
Antofagasta, 76 años

Ni en mis peores pesadillas, a mis 66 años de edad, me habría imaginado una pandemia. ¡Qué terrible! Sobre todo en este país donde la vejez es sinónimo de pobreza y abandono. Incluidos aquellos que somos pensionados con una renta de hambre aun siendo profesionales, en un sistema perverso en que poco interesamos a los gobernantes. Ellos gobiernan para los suyos, para su elite.

Bueno, ya estamos en esta y debemos cuidarnos de la mejor forma posible, para poder seguir viviendo, pues si nos enfermamos, lo más probable es que no tengamos un buen final, nos queda solo la protección de Dios. En el sistema colapsado seremos descartados por ser viejos y pobres, porque según las autoridades ya no servimos. Según yo aún sirvo, tengo sueños y me quedan cosas por hacer, por lo mismo trabajo en una casa en Viña y otros días hago almuerzos.

Situación en la que nunca pensé verme, pero trabajar desarrollando mi profesión como Educadora de Párvulos ya es imposible, pues no sirvo para las instituciones que tienen esos servicios. Y lo digo con conocimiento de causa, pues igual postulo aun sabiendo que no tengo ninguna posibilidad, ya que soy una señora porfiada e insistente que creo que la experiencia vale y tengo el convencimiento de que en la vida hay que persistir para obtener logros.

En cuanto a la pandemia, para mí es algo tremendo y solo pido a Dios que termine pronto, pues ha mostrado lo peor de este país, donde las autoridades desconocen la realidad de la mayor parte de la población, tema inimaginable para mí, ya que creo que la persona que se postula para dirigir un país o cualquier cargo público, debe tener conocimiento tanto de lo que va a hacer, como de la situación con que se encontrará, pero al parecer eso no pasa.

Ema Aída Henríquez Miranda
Viña del Mar, Valparaíso, 66 años

Hoy mi hija tuvo que llevar a Camilo al Servicio de Salud de acá de Placilla. Tuvo fiebre por más de tres días así es que lo mejor era consultar. Pero lo derivaron al hospital Van Buren para diagnosticarlo. Estuve muy preocupada toda la mañana, rezando para que mi chiquitito, el menor de mis nietos, se recuperara pronto.

Isabel dice que había muy poca gente en el hospital y sanitizaron un box antes de meterlos en él a ella y el niño y hacerle los exámenes correspondientes, incluido el covid-19.

Finalmente fue una infección urinaria y salió negativo el covid-19. Ahora a darle los antibióticos y esperar a que se recupere... Ya está empezando a pararse solo, ¡parece que no le gusta gatear!

Lila Acuña
Valparaíso, 63 años

(...) Querido diario, después de tantos años de tenerte olvidado, me faltaría vida y páginas para escribir todo lo que me ha pasado. Te contaré que mi rutina diaria en estos días de encierro

es levantarme, hacer aseo personal y de la casa, cocinar, hacer ejercicios y tareas, tejer, pintar, escuchar música, comer y dormir. Antes de toda esta pesadilla, participaba en muchos talleres, viajaba, iba a reuniones, salía con mis amigas. En fin, tenía muchas actividades.

Hoy hablé con Tabita, mi psicóloga. Tengo depresión por problemas familiares, de salud, mío y de mi esposo, pero gracias a Dios ya pasaron. Además, perdí a mi mamá, y este año perdí a mi hermana mayor, por culpa de un maldito cáncer, que la hizo sufrir mucho. Todo esto me llevó a sentirme muy sola, a pesar de estar rodeada de mucha gente. Así que con la ayuda de ella y de Dios voy saliendo de a poco de esta enfermedad. A pesar de lo difícil, no pierdo la fe y la esperanza que todo saldrá bien.

Buenas noches, querido diario, espero que Dios nos bendiga a todos.

Ana Saavedra Escobar
Padre Hurtado, Metropolitana, 62 años

❁

Escribo, pienso en un día mejor y que pronto podamos salir a la calle y poder abrazar y saludar a todas las personas que vea.

Mientras tanto con mi vecina compartimos alimentos, ella me trae empanadas, sopaipillas, pan amasado y yo le mando verduras y frutas, ya que a mí me compran en Lo Valledor y por poca plata traen muchas cosas. (...)

Josefina García Verdejo
Santiago Centro, Metropolitana, Metropolitana, 66 años

❁

(...) Estábamos preparando nuestras vacaciones de febrero para ir a Guanaqueros, cuando yo tuve mucha acidez y decidí ir a ver a un gastroenterólogo, me pidió exámenes, físicamente no encontró nada, pero algunas muestras salieron malas y luego debía hacerme un examen que agregaría nuevos elementos. Fui sola, como siempre, de inmediato, me di cuenta que se estaban demorando mucho, entró una doctora, después otro médico, revisaron el examen y la doctora tratándome como una niñita de 12 años me dijo: «Mira, linda, tienes una masita en el páncreas, hay que hacer otro examen para evaluar los límites y ver los otros órganos», y se fue.

A mí, jamás se me pasó por la mente un diagnóstico así: cáncer de páncreas grado IV, con metástasis peritoneales. En realidad fue letal. Me quedé sentada en la pequeña sala donde uno se viste y no pude ni llorar, uno queda en blanco, suspendida en otro mundo, con un dolor en el corazón y en el alma difícil de explicar, algo ya vivido.

Con un sufrimiento inmenso nos fuimos a pasar una semana a la playa, para hacer hora para el último examen. Mis hijos, cuando supieron la noticia, tampoco lo podían creer.

Desde algunos meses sabíamos que en China había una pandemia por un nuevo virus, el coronavirus o covid-19, pero en nuestro país todo se tomó a la rápida y nadie se preocupó.

El 27 de febrero me hicieron una laparoscopía exploratoria, no se podía sacar el tumor, me hicieron biopsias y me pusieron un catéter para quimioterapia, la que empezó unos días después, me sentí muy mal y tuve complicaciones. Me dieron de alta y me fui a mi departamento y Gustavo dijo que él me cuidaba y que se harían turnos con mi familia y mis amigas. Yo siempre hacía todas las cosas de la casa, no tenía a alguien externo que me ayudara. Las cosas no se dieron como esperábamos, me dio fiebre, me infecté con un bicho muy malo y me tuvieron que hospitalizar grave. Estuve en aislamiento, no pude ver más a mi pareja, solo a mi hijo que iba por momentos.

El 3 de marzo se contagió el primer chileno con el coronavirus y de ahí en adelante miles y miles de personas y yo hospitalizada, muy triste y totalmente sola.

Cuando me dieron de alta, no podía irme a mi departamento, mi pareja no podía cuidarme solo, necesitábamos otra persona, así que mis hijos me dijeron que eligiera. Yo estaba en la disyuntiva, ¿dónde irme? ¿A casa de mi hijo y nuera o dónde mi hija Paula y su familia? Siempre me he llevado bien con mi nuera, hijo y nietos, hemos veraneado juntos muchas veces, pero ahora el caso era diferente. No estaba en condiciones físicas muy buenas y además de mi gravedad necesitaba estar alejada del exceso de gente, de la contaminación, y del virus, así que dije: me voy donde mi hija Paula a Peñalolén. Mi nieta Josefina tuvo que dejar su habitación para cedérmela y compraron una estufa a pellet, que está permitida y no contamina, para que el calor se mantuviera noche y día, porque por aquí hace mucho frío y no debo resfriarme.

Mi nieto Nicolás duerme en un colchón inflable que le prestó mi hijo. Los niños han tenido que sacrificarse para recibir a su abuela en casa, ellos no quieren que me muera, pero a mí me da mucha pena, porque están incómodos.

Carmen Elisa Klenner Ferrada
Peñalolén, Metropolitana, 73 años

Me es difícil escribir, porque el pensamiento es más rápido. Anotar, mejor decir redactar, no me resulta como como antes. (El lápiz está muy malo, buscaré otro y lo cambiaré, ahora ya lo hice).

Trato de explicar que me cuenta pensar y anotar, he perdido la cualidad de hacerlo. Llevo como 40 días en cuarentena, el 90% de mi existencia, sola. Felizmente mis hijos (4) me llaman a diario, a veces una o dos veces, según el tiempo, pero siempre todos pendientes.

Tengo mi tiempo semiestructurado, no tan rígido, pero hago mis cosas. Viene una señora, actualmente, tres veces por semana, más o menos por cuatro horas diarias.

Cocina, lava y hace aseo. Yo ejecuto mis actividades personales. Además leo, veo TV, escucho música, coso o tejo, mayormente me quedo pensando.

Después seguiré, ahora debo hacer otra actividad.

Chao.

Ángela del Carmen Soto Riquelme
Valparaíso, 84 años

Mis talleres siguen siendo mis mejores alegrías. Literatura y artes escénicas. Hoy jugamos a hacer textos colectivos. Somos mayores, alegres y vigentes, con pasiones comunes. He creado nuevos personajes donde, sin querer queriendo, me aparece el covid-19. Cuando me tuve que identificar con un animal, me apareció la ardilla. Soy una ardilla humana, con espíritu de sobrevivencia. Alimentos y remedios representan, hoy, mi limitado norte. Previsora y rápida, alerta hacia un futuro desconocido. Después, cuando me tuve que identificar con un cuadro pictórico, elegí, sin pensarlo mucho, a Remedios Varo y su *Papilla de Estrellas*. Me puse surrealista y atrapo estrellas para transformarlas en brillante y sanador polvo cósmico que reparto por los confines de la Tierra. Tierra gris y enferma.

Lupe Barría Cataldo
Providencia, Metropolitana, 71 años

Me levanto temprano, como siempre, tipo 7:30 de la mañana. Mi esposa, la Pelusita, como es la costumbre, se enrolla en las sábanas y se cubre la cabeza con las almohadas. Me visto a lo viejo, voy al baño a orinar a chorritos, tal como lo hice varias veces durante la noche. Me lavo, en vez de peinarme me «chasconeo». Salgo del dormitorio y me voy a la habitación que ocupa mi madre, la Fresia, la saludo, abro las cortinas de su ventana, le paso los lentes, le solicito a Aznavour que comience su concierto (...).

A continuación preparo el desayuno de mi hija, la Gatita, que está en clase *online* en su dormitorio: té, tostadas con mantequilla, endulzante sucralosa, a la bandeja y a su dormitorio, me recibe con una sonrisa de satisfacción. En realidad, la Gatita es solo hija de Pelusita, mi segunda esposa. Está conmigo desde los 8 años, cumplirá 18 el próximo agosto. Proporciona felicidad y energía a mi existencia.

Juan Nicolás Arancibia Jerias
Casablanca, Valparaíso, 66 años

❁

(...) me levanté muy temprano, fue un lindo día de sol. Yo amanecí con energía positiva. Aunque no muy diferente a otros días anteriores, ya que llevo muchos días de encierro. Pero hoy salí a buscar mis remedios al consultorio. (...)

Ya terminando el día, en la misma monotonía, a causa de esta pandemia que nos tiene confinados bastante tiempo. Pero tengo que dar gracias a Dios que a mi familia y a mí no nos ha afectado, hasta el momento, de forma directa, tanto en contagios, como en necesidades básicas. Pero, de igual forma, siento que nos ha afectado en la parte emocional, especialmente a mí, porque de la noche a la mañana todo cambió. Siento que me estoy anulando, nada se puede hacer, proyectar, ni llevar una idea a cabo. Todo se queda encerrado dentro de mí y en las cuatro paredes. No hay panoramas fuera de la puerta de casa. Todo es incertidumbre. Pero bueno, tendremos que confiar que esto pasará pronto y mañana será otro día, y te contaré cómo estaré.

Julia Ruiz Hidalgo
Padre Hurtado, Metropolitana, 62 años

❁

El gran beneficiado de todo esto ha sido mi gato. Sin duda. *Benito*, que es mi única compañía, se ha encontrado con su amo (¿o esclavo?) a tiempo completo. Yo converso con él siempre, le pregunto qué opina de esta emergencia. No me dice mucho, ante el tono de voz pausada y acogedora se acerca roncando y se acurruca a mis pies mientras yo hago mis cosas. Cuando le reclamo, sale a la calle sin importarle el toque de queda o las aduanas sanitarias. Se viene agosto, creo que está poniendo las barbas en remojo.

Patricio Pinto Leiva
Concepción, Biobío, 68 años

❁

(...) No hablo más de dolores, lo importante es estar tranquila, serena, agradecida de la vida con esperanzas que pronto termine esta pandemia y que no siga sufriendo tanta gente.

Saludo a mi compañero de vida, ya llevamos cuarenta y siete años juntos, hemos tenido una buena vida, por supuesto con algunos cambios de opiniones, hemos construido una familia. (...)

Hoy lunes entro al Zoom del centro comunitario, actividad que me encanta; está compuesto por un grupo de personas mayores como yo, de profesionales jóvenes que nos motivan para aprender a vivir esta etapa complicada de la pandemia.

Nos entregan conocimientos, hay psicólogos terapeutas ocupacionales, se conversa de temas interesantes lo que ayuda a enfrentar este tiempo difícil.

También tenemos que exponer temas. A mí, por ejemplo, me tocó el tema «Las redes sociales».

También hoy ha sido un día de antojos, después que terminó el Zoom del centro comunitario (*online*) nos dio frío y hambre ¿por qué no comer unos ricos panqueques con una rica mermelada casera? (...)

Graciela Miranda Vásquez
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

❁

Hoy, por la tarde, hice algo que no debía. Decidí salir de mi encierro voluntario a comprar algunas cosas que me faltaban, así que me puse mi atuendo deportivo (salida de cancha, parka y zapatillas) y me fui a la Avenida Playa Ancha, donde suelo comprar. Pues bien, en el camino pude advertir que no llevaba el dinero suficiente, así que me determiné pasar por el cajero automático que está cerca de mi casa. Cuando me enfrenté al tablero, me percaté de que no llevaba alcohol gel para usar después de cargar la clave, pero pensé que podría solucionar eso en el café donde voy siempre; sin embargo, lo olvidé y mientras disfrutaba de un americano bien cargado, debido al vapor y a la molesta mascarilla, tuve la necesidad de sonarme y lo hice con una servilleta... Ahora estoy muy inquieto por ello, pues —si el tablero estaba infectado— quizá yo mismo introduje el virus a través de mis narices...

Javier E. Olivares Ojeda
Valparaíso, 62 años

❁

(...) Ya viene el informe diario en la TV, con los contagios, los nuevos casos, los recuperados y los fallecidos. No lo veo todos los días. A veces habla el ministro, a veces los subsecretarios.

No sirve la mascarilla, debe usar mascarilla. Quédese en casa. Regrese a clases, vuelva a su escritorio. Es difícil manejar tanta información. Que parece contradictoria. Y si le sumo la de las redes, que tome aspirina, que no tome antiinflamatorios, que harta agua, que ejercicios respiratorios, que no, que las autopsias dicen que no era al pulmón, etc., etc. Engystol, remedio alemán. Antes era bueno Bayer, porque era alemán, jeje. Ahora es Nonsanto. (...)

Listas las mascarillas. Listo el tejido. Elegir colores para otra bufanda-cuello. La reflexión del día. Cómo distinguir el trigo de la paja. Me puse bíblica. Y hace un rato comparamos a algunos personajes públicos con discípulos del pastor Soto. La ignorancia petrificada. Con esta afirmación tan poco piadosa, me despido. (...)

María Luisa Benner
Santiago Centro, Metropolitana, 65 años

Martes, 26 de mayo

Reflexiones sobre nuestra vida después de la pandemia

Un modelo económico en Chile que genera inequidades. En Chile llevamos muchos años experimentando políticas socioeconómicas que afectan al bien común de la sociedad. Entre estas están el acceso al agua, respuestas a catástrofes, un sistema de salud que colapsa en epidemias de influenza en los inviernos, abusos de poder de los monopolios económicos, financiamiento de la política partidista por empresarios, transferencia de fondos públicos de salud y de educación a privados en desmedro de los sistemas públicos correspondientes, por citar algunos ejemplos. A todo esto se suma hoy en día una pandemia por el virus corona, que deja de manifiesto la precariedad del sistema de salud público para enfrentar una emergencia de esta magnitud.

La mayor parte de estas carencias en el bienestar de la población se deben a que ha imperado en Chile, así como en buena parte del mundo, una política económico-social, denominada «de mercado», en que las decisiones de carácter colectivo quedan al albedrío del mercado, que privilegia el individualismo como pilar central del desarrollo económico-social. (...)

Se prevé que todavía quedan varios meses para que Chile salga de esta epidemia que tiene al país semiparalizado. Las demandas ciudadanas iniciadas en octubre de 2019 han quedado en *stand by*. Una pregunta que surge en medio de este período de emergencias múltiples que se prolongan por ya tantos años, pero que se han agudizado en estos seis meses es ¿qué pasará en Chile, y en el mundo, después que se logre controlar la propagación del virus corona y reducir el fallecimiento de personas? ¿Todo volverá a la situación previa al comienzo de la epidemia? Algunos llaman a esto «volver a la normalidad». En diciembre de 2019 estábamos en medio de las protestas que se iniciaron en octubre. Entonces ¿es normal la situación antes de esa fecha? Desde esa fecha se protesta por la situación política-económica-social que se arrastraba por más de 40 años en Chile. Me pregunto ¿y los problemas de la distribución y escasez de agua, el cambio climático, los incendios forestales desde cuándo se arrastran?

Omar Orellana Orellana
Ñuñoa, Metropolitana, 66 años

Les cuento que este tiempo que me ha tocado vivir, ha sido muy triste. He extrañado mucho a mis nietos que tengo en el sur y ellos también, esto para mí ha sido de terror porque me da mucho miedo todo, y no duermo tranquila, creo que en mi vida me había sentido con tanto miedo y pena. Ojalá algún día termine esta pesadilla, y pueda abrazar a todos los que me quieren. En este momento estoy en el norte ayudando a un hijo con su familia, hay una nieta muy regalona pero tengo a los otros lejos, espero superar esta pena.

Amelia Gómez Gilberto
Antofagasta, 69 años

Mi travesía

(...) En marzo, las informaciones que se entregaban sobre lo que pasaba en Europa eran estremecedoras: un virus desconocido, cuyas consecuencias aún son inciertas, tomaba por sorpresa el viejo continente. El domingo 15 de ese mes, con mi hijo que estudia en Viña del Mar, viajábamos desde Pichilemu a esa ciudad para intentar retomar nuestras vidas luego de un verano de trabajo en la capital de la provincia Cardenal Caro. A pesar de todo, veíamos con tanta lejanía lo que pasaba en Italia y España, que jamás pensamos que en nuestro país las cosas se pondrían tan graves.

Ese mismo día, a mi hijo Diego le dijeron que no habría clases presenciales y al día siguiente el presidente anunciaba que Chile entraba en una fase en que el virus se declara como desatado en el país. El miedo se apoderó de mí. Aún padezco las consecuencias de un cáncer a la tiroides que logré superar en 2012, por lo que debo medicarme constantemente. Se ha dicho que este virus ataca con más fuerza a las personas mayores, y yo ya tengo 68 años. Me hice a la idea de que nada sería igual.

Mi hijo partió al supermercado para abastecernos de todo lo necesario para iniciar un encierro durante las próximas semanas. Y desde las cuatro paredes de mi departamento no salí durante las cinco semanas venideras. Durante esos interminables días mi única compañía, además de la de mi hijo, fueron los libros, la música y las series en Netflix.

Pero la situación se nos estaba volviendo insostenible, nos estábamos quedando sin plata. Los productos estaban cada vez más caros y, además, los envíos los encarecían más aún. Para peor de mis males, los remedios que debo tomar todos los días se me terminaron

y, con muchos resguardos, Diego debió acudir al centro para adquirir los faltantes. Esos instantes fueron interminables para mí: ¿y si se contagiaba?

Debimos tomar la decisión de volver a nuestra casa —nuestra verdadera casa, por cierto— en Pichilemu. Pero ello no sería fácil. Primero, no tenemos auto. Segundo, no podíamos arriesgarnos a tomar la locomoción pública, primero para llegar al terminal, luego para llegar a Santiago y finalmente tomar un bus a Pichilemu. Era demasiado el riesgo. Por suerte, mi otro hijo, Hugo, se ofreció para llevarnos. Eso fue el 25 de abril, hace poco más de un mes. La travesía fue breve, no más de tres horas, pero ella fue interrumpida cuatro veces por los controles sanitarios en la carretera: Casablanca, Santo Domingo, Rapel de Navidad y finalmente el cementerio de Pichilemu. El camino, lleno de verdes, fue un verdadero recreo después de esa agotadora cautividad de un mes. Por fin, llegamos a destino.

En Viña del Mar me sentía muy vulnerable. Allá son muchos más los casos confirmados del virus, mientras que acá hay solo ocho, de los cuales varios ya han superado la enfermedad. En mi departamento tan solo podía tomar aire en el balcón; acá, puedo salir a caminar al patio o al bosque que está a menos de una cuadra. Estoy más tranquila. Puedo decir que estoy enfrentando estos tiempos adversos con mejor ánimo y, por sobre todo, con más seguridad.

Carmen Cañete
Pichilemu, O'Higgins, 68 años

Las contradicciones para mi vida en pandemia, una realidad nunca imaginada ni soñada. Que perdí mi libertad, cierto, pero qué fabuloso es estar así cuando quiero y requiero de acompañar a mi esposa en su enfermedad, aquella que golpea duro en la femineidad y que te avisa que debes padecer, sí, puedo trabajar desde la distancia, entonces nos podemos desplazar hacia la ciudad con más personas contagiadas de Chile (¿para salvar la vida?), ciudad que es el símbolo de la inequidad, en todo ámbito, pero debo seguir en cuarentena, pedir permiso para asistir a la atención médica a un sistema computacional, con un «Mayor» de Carabineros de Chile que firma y que ni siquiera sabe lo que firma, entre millones de solicitantes en el momento, ¡seguro que no sabe!, «Mayor» que quizás ni siquiera existe, es una fabulosa máquina que me autoriza o niega mi derecho a vivir como humano, ¡una máquina! He vuelto después de 50 años a mi ciudad natal, pero no puedo visitar ni abrazar a mis familiares, no puedo reír con mis sobrinos nietos, pero acá estoy, aprovechando que en esta ausencia de libertad, sí puedo tratar de seguir

siendo un buen compañero para mi esposa, pero a la vez, deseo gritar mi deseo de volver a ser libre, porque me valoro como individuo libre hasta el día en que me toque sublimar a mi propio yo, el único, el que quiere tomar sus propias decisiones ante el cinismo en pandemia de que se debe cuidar a los «viejitos», porque casi todas las viejitas y los viejitos no jubilan sino que sufren al final de su vida, porque su vida ha sido de maltrato asegurado para su vejez, y ahora, quizás moriremos en soledad impuesta por «ellos», entonces, también grito mi deseo de acogerme a la eutanasia, es mi libertad de vivir la última etapa para programar morir con dignidad. Maldito coronavirus, bendito coronavirus.

Leonardo Fernando Figueroa Tagle
Arica, Arica y Parinacota, 68 años

❁

65 días encerrada. Me horroricé cuando escuché el 19 de abril, 10 mil contagiados, 133 fallecidos. Hoy, 26 de mayo, 77.961 contagiados, y 806 fallecidos a nivel nacional, ¡45 muertos en las últimas 24 horas! Hoy ¡Chile el nuevo epicentro de la pandemia en Latinoamérica! Y siguen las fiestas clandestinas, detenidos por el toque de queda, vecinos en el barrio caminan libres por las calles, adultos mayores ¡sin mascarillas! ¡No hay respeto! No duermo bien, me desvelo. Dormía tranquila antes de la cuarentena, en dos meses todo ha cambiado. Este mundo de hoy me entristece. Creo el covid-19 vino a darnos una lección, para cambiar, dejar de ser consumistas, no derrochar, limpiar las calles, vivir en un planeta limpio. Cuidar el ambiente, la tierra. Ser mejores personas, amarnos. Tengo la esperanza de que así sea. Sueño con un mundo mejor, un mundo feliz, un mundo de paz. Quiero viajar, conocer y ¡disfrutar el mundo! «Hoy, la anciana Juanita de 111 años, chilena, en Ñuñoa, sobrevivió el coronavirus. ¡Hay esperanza!»

Verónica Escala
Las Condes, Metropolitana, 73 años

❁

Mis nietos se ríen porque yo siempre digo «en invierno, si la abuela tiene frío, todos se ponen polerón y en verano, si la abuela tiene calor, todos tienen calor».

Mi nieto mayor encontró la información sobre el diario íntimo, lo publicó en el WhatsApp de la familia y todos me incentivaron a escribir. Estoy contenta y agradecida de poder contar lo que siento en estas pocas palabras, me pasó que cuando me puse a revisar lo que había escrito, floreció mi llanto. Pero supongo que llorar es sanar y, a la vez, es poder vencer el miedo.

Muchas veces pienso que esta pandemia es una clase de prueba y nos está probando para ver cuánto podemos aguantar, «con paciencia ganaremos el cielo», y el cariño de los nietos siempre nos mantiene de pie...

Lucía Tamara León Monterrey
Coquimbo, 69 años

Querido diario. Debo confesarte que eres el primer diario en mis 70 años de vida. Nunca tuve uno. Ya que estamos en confianza, o al menos es lo que espero de nuestra mutua relación, debo confesarte que me incomoda llamarte querido. Será porque a estas alturas lo querido, amado, deseado, anhelado, adquiere un significado distinto. Estoy en cuarentena. Solo. Mi esposa, después de cuarenta años de matrimonio, partió al insondable más allá. En tres días más se cumplirá el primer año de su último suspiro. Como diría un poeta: salió, pero no se ha ido; no ha regresado, pero está. Sí, está más presente que nunca. Vaya paradoja. No sé cómo encargarle una misa, que es lo habitual en estos casos y en esta zona campesina. Es que ya no hay oficios religiosos. Bueno, ya veremos qué hacer. Sí, ya sé, no estás de acuerdo en que deje todo para después. Creo que ese es mi mayor defecto. Me consuela, mira la ironía, me consuela que ella, mi ella, no esté pasando por esta pesadilla de muertes creciendo cada día, de encierro forzoso, de incertidumbre, de caos probable. Como decía mi madre: esta vida no es vida. Hoy estuve un poco deprimido. Duró poco eso sí. Cociné un plato nuevo: arroz a la mandarina, bonito nombre, pero las mandarinas solo iban de acompañamiento en el postre. Me llamó la terapeuta del consultorio para ver cómo iban mis compromisos. Quedó de enviarme un video con ejercicios para elongar las manos que se me duermen y duelen. Descubrí que las zanahorias que tengo en un pocillo con agua están brotando. Ya más animado, en la tarde barrí la zona del pimiento, pimiento que tiene más de cien años. Me canso fácil, además que tengo la cadera para las reverendas. Recibí un ofrecimiento para volver a hacer clases en la universidad para el segundo semestre. Dije que sí, aun cuando las video-

conferencias se me van en collera. Es que soy profe a la antigua. Terminé de ver unos videos sobre cálculo financiero, informe especial, religión. Un completo zapping en el computador. Menos mal que una sobrina me paga la luz (yo pago el agua eso sí). En un rato más continuaré con la lectura de la Biblia (al menos cinco páginas diarias). Me tomo rigurosamente los remedios. Me animo a vivir el día a día en paz. Aunque reconozco que tengo miedo de las noches largas. Duermo poco, mucho ladrido de perro, mucho temblor. Rezo al comienzo y al final del día. No veo televisión. Perdona lo disperso, es que nunca había escrito en un diario. De repente siento que debo tener cuidado contigo. No me gusta que te limites solo a escuchar. Son las 22.33. Nos vemos mañana.

Ramiro Castillo Prado
Petorca, Valparaíso, 69 años

Para mí es costumbre escribir, no como diario, pero sí cosas importantes que me suceden en el diario vivir.

Creo que hoy en día no hay mucho que contar. Llevo desde el 18 o 20 de mayo en encierro voluntario, ya mis años son bastantes, y no quiero morir por una enfermedad provocada según dicen, sé que tengo que irme algún día, pero no de esto. Paso el mayor tiempo del día ocupada de cosas, cosiendo, tejiendo, miro televisión pero no noticias, me di cuenta que el ver noticias me provocaba mucho nerviosismo sentía que me iba como achurrascando, o sea achicando, es por esto tome la determinación de no ver todo lo que dan, veo sí pero para saber cómo va la cosa y nada más.

Salgo solo a hacer mis obligaciones, compras de comestibles y pago de cuentas.

Tengo mucha comunicación con mis hijos por videollamadas o WhatsApp y como son tantos me siento acompañada, a veces, siempre uno necesita compañía presencial pero bueno, qué vamos a hacer, esperar y nada más, eso es todo lo que tengo que contar, todos los días lo mismo.

En la tarde me viene la nostalgia pero se me pasa mirando una buena peli.

Los hijos sí me visitan, pero no como yo y ellos quisieran.

Lucy Quijada Flores
Valparaíso, 72 años

Dejo nota, que desde hace dos meses y medio damos estricto cumplimiento a la cuarentena voluntaria. El enclaustramiento no nos ha afectado mayormente. Somos caseros por naturaleza.

En el contexto de la problemática estamos tranquilos, seguros y blindados por nuestro aislamiento contra el virus. Pertenecemos a la juventud del rigor de la década del sesenta y como la identifican los sociólogos. Somos tolerantes y resistentes a las frustraciones. Existía un decir antiguo. «Para casarse se necesita solo pan y cebolla, dos cajones manzaneros, uno para sentarse y el otro para poner el plato». Eso nos diferencia de los jóvenes actuales y nos habilita y potencia para adaptarnos en los pros y contras en un escenario tan complejo como el actual y entre ellos lo económico.

Dejo de escribir porque mi nieto dice: tata va a comenzar la clase.

Le dieron recreo y retomo la escritura. Soy optimista, y me siento seguro que saldremos bien de esta pandemia, por estar haciendo con responsabilidad lo que nos corresponde para nosotros y para las demás personas. Todavía somos necesarios para mis hijos y nietos, somos un solo equipo. Hay que cuidarse y al enemigo no hay que dejarle espacio, menos si es tan ladino, tramposo y peligroso. Mi señora dice que tiene vacantes para otros nietos. Nació para ser abuela. No enseñamos, malenseñamos, para eso estamos los abuelos y somos especialistas en ello. No daremos espacio para que este asesino invasor microscópico nos prive de todo esto.

Juan Bello Pardo
Viña del Mar, Valparaíso, 76 años

Virusiertas

(Conversación íntima entre dos virus)

—Hola prima, tanto tiempo sin verla.
—Bueno, primo, llevo hartos años dándole trabajo a los terrícolas, pero se defienden como pueden. Usted es nuevo y le pusieron covid-19. Yo sigo siendo Influenza a secas. Ambos somos hijos de la madre naturaleza y nos mandaron a limpiar un poco este planeta tan maravilloso, pero sucio y con muchos problemas innegables, productos de la ambición, la

prepotencia y la creencia universal de que los humanos son dioses y dueños de su destino y de todos los bienes del universo.

—El problema, prima, es que todavía somos bastante débiles en nuestra estructura y como se han desarrollado bastante, pueden todavía crear las siempre esperadas vacunas, antivirus poderosos para defenderse. Pero no se preocupe, nuestra madre siempre está preparada para enviarnos un primo más potente y ahí sí que los quiero ver.

—Oiga primo covid-19, ¿y a usted cómo le ha ido en su misión?

—Bastante bien a la fecha, aunque mi misión es castigar y eliminar a todos los humanos de 50 y más años, por su responsabilidad pasada en la destrucción del planeta. También caen otros más jóvenes, que son unos colaboradores fantásticos en la pasada, pero esto es como el juego de la viroca: al que le toca, le toca. Total, pagan justos por pecadores.

—Yo, primo, sigo haciendo daño todos los años, pero se han podido defender lo que más pueden y usted ha sido una muy buena ayuda en nuestro trabajo.

—La verdad, prima, es que nuestra madre está muy preocupada por el comportamiento de los humanos. Destruyen, destruyen y destruyen. No se ponen de acuerdo en solucionar los problemas reales del planeta y de su gente. Por ello recurre a nosotros, para hacerles ver a estos falsos dioses que bastan unos seres ínfimos como nosotros para destruirlos. Al principio no se la creían; ahora la cantidad de muertos que he generado es importante, pero debo seguir cumpliendo mi misión.

—Vea usted, prima, como, por ejemplo, los poderosos señores Trump, Bolsonaro y Putin quieren derrotarme. No podrán hasta que yo mismo lo permita y me dé un respiro. La verdad es que todos los jefes de gobierno están locos tratando de defenderse de mi acción misionera y justa. Todos juegan con soluciones maravillosas e ineficaces. Algunos con éxitos relativos. Solo cuando mi madre naturaleza lo disponga podré dar un respiro. Lo expresado comprueba, prima, que los humanos son díscolos y desunidos. Dicen que la unión hace la fuerza, pero la ambición del poder total corrompe y destruye. Si no, mire cómo está el planeta.

Fernando Caiceo Alfaro
Litueche, O'Higgins, 80 años

Hoy me desperté tarde, como desde hace un tiempo. Me levanto en pijama, prendo la Radio Futuro. Siguen aumentando las cifras de contagios por el covid-19. Desde que toda

esta pesadilla comenzó, hace ya casi tres meses, la vida en todo el mundo ha dado un vuelco en 180°. Yo deje de trabajar, antes de que acá en Temuco, se declarara la cuarentena obligatoria. Ya que debido a que para ir al trabajo, debía tomar cuatro locomociones diarias, dos de ida y dos de regreso, lo que aumentaba el riesgo de contagiarme.

Me pongo a cocinar y tomo desayuno. Café con leche y un trozo de *kuchen*. Sigo escuchando los comentarios de la radio y escuchando música. (...) Me gusta disfrutar de esta tranquila soledad. No tengo mayores problemas. Tengo mi pequeña jubilación, que aunque es muy poca, me alcanza para algunas cosas, el vivir con mi hermano ha sido una gran ayuda para mí, ya que él se encarga de los gastos más pesados.

Sé que hay muchísima gente que lo está pasando realmente mal y lo siento mucho por ellxs, los que tienen que preocuparse y hacer todo por ayudarlos, no lo hacen. Yo solo puedo mandarles mis mejores vibras.

Por lo menos mis hijxs y mis nietxs, están bien y eso me tranquiliza mucho. Estoy en constante comunicación con ellxs ya que viven en Argentina. (...)

Mariana Sepúlveda Cerda
Temuco, La Araucanía, 60 años

Cuando leí esta convocatoria pensé ¿creerán que estamos muertas o que nos salimos del mundo? Me dio algo de risa pensar que era como un testamento, para gente moribunda o a punto de desaparecer de entre los vivos, o a lo mejor ya nos consideran muertos/vivos, no sé, pero me causó entre gracia y desasosiego, jajaja, no sabía que diario íntimo era un género literario, y ¡como verán! soy muy desconfiada, pero bueno, luego me puse más pragmática y me dije seguro es un fondo para tercera edad de algún proyectito por ahí, en este tiempo que tanto faltan las luquitas a las instituciones porque no, además son estatales, y yo, con mi porfía, si aporto al Estado, al menos así me convenzo que no es para lucro, aunque nada más inútil que el Estado en estos días; y en eso estoy, decidiendo compartir lo que he escrito, pensado, comido, soñado, esperado, durante mi confinamiento involuntario, y en forma privilegiada mirando el mar.

Bueno mi carnet es 6.879.648-2, con ese solo número estoy en este rango etario de los llamados a escribir su pandemia, jeje, como si fuéramos sus contempladores, desde alguna parte del cosmos, porque parece que los que si la viven no tienen tiempo de escribir, somos como los

ausentes de la energía vital colectiva necesaria para sobrevivir, pero en fin es también parte de la inequidad, y del paradigma de vida en que hay seres desechables, como los con carné de seis millones hacia abajo. Veamos lo positivo, hemos sido elegidos, somos una suerte de guardianes galácticos, ya que hay un fin que llegará en algún momento, y saldremos de las casas como de cuevas, o refugios nucleares, mirarnos ¿cuántos somos?, ¿cuántos quedamos?, los vencedores, nos visitarán en los cementerios, a lo mejor somos como nuevos dioses, una mitología, como saben damos origen a una nueva Biblia, a lo mejor hasta nos veneran, no es tan malo tener más de 65 años.

Ana Bell Jaras
Valparaíso, 67 años

Después de mucho pensarlo, hoy formalicé a través de un mail a mi jefatura mi petición de no asistir a mis funciones presenciales en mi trabajo por ser una persona de riesgo, no tengo más de 70 años, me veía como de 55, creo, antes de que empezara todo esto, ahora me veo y me ven como de la edad que realmente tengo, ya no puedo seguir ocultando y luchando contra el paso inexorable del tiempo y no admitiendo mi vulnerabilidad... Igual si me muero van a saber cuántos años tenía, felizmente yo no estaré ahí para escuchar comentarios ni para darme cuenta de la sorpresa que se llevarán algunos. Ser joven es un privilegio en esta sociedad en que vivimos y los viejos poco a poco van perdiéndolo todo, también el trabajo porque llegó tu hora, a nadie le importan tus razones o tus ganas para seguir laburando. Si bien todos necesitamos de un merecido descanso después de tantos años de trabajo, muchas veces te quedas porque aún necesitas las «lucas», tienes responsabilidades que cumplir en lo económico y tu futuro como jubilada es incierto, no lo tienes asegurado por distintos motivos. En lo personal, a pesar de tener una buena profesión y trabajar sin interrupciones en el mismo lugar (mi segunda casa), tomé ciertas decisiones demasiado tarde en mi vida y por eso estoy como estoy... En fin, esperaré qué respuesta me dan a mi solicitud.

Los que me rodean me recuerdan a diario que no me mueva de la casa, que los años, que las morbilidades que tengo, que tienen miedo a que me contagie, en fin, todo sumó para que tomara al fin una decisión.

Carmen Gloria Olivares Castillo
Rancagua, O'Higgins, 65 años

❁

Salgo a botar la basura, tarros de cerveza, botellas de Coca- Cola, el veneno mundial, y de retorno me cruzo con un espécimen humano joven, de esos de gorro de lana, llevando a su perro a defecar al escaso prado existente. Lo saludo, le digo en clara voz audible: «Buenas noches». No hay respuesta. Posibilidades: varias. Es sordo o es tonto, no está atento al medio circundante, o es roto, de esos que abundan, no le interesan las relaciones mínimas con el resto, solo la suya, limitada. Tenía los oídos tapados con los audífonos, solo oye la música, esa elemental, simple, repetitiva, sin nada de arte en ella, propia del «joven válido», pero mentalmente inválido. Pobrecito. No supo nada de lo que pasó. No vio a nadie. (...)

Nicolás Aníbal Enrique Larenas Hillerns
Calama, Antofagasta, 67 años

❁

Hoy comienzo a escribir este diario desde Valdivia. Agradecida de la iniciativa. Nunca he escrito nada. Estoy entre nerviosa y contenta de poder hacer algo diferente. Me carga la rutina, como a muchos me imagino. Soy Cecilia, tengo 68 años, soy profesora de matemática y física jubilada, después de trabajar 33 años en docencia en la ciudad de Ancud. Muy feliz por cierto de esa etapa de mi vida. La disfruté plenamente. Yo quería estudiar enfermería en la UACH. Me dio el puntaje, pero en ese tiempo se daba una entrevista para entrar a la carrera. ¡Me fue horrible! Entré a estudiar ingeniería pero, por esas cosas de la vida, pierdo a una hermana querida en un accidente automovilístico con sus hijos y esposo. Y hasta ahí llegó la carrera. Hice suplencias de profesora básica con 20 años, pero mi padre me puso un hasta aquí. ¡O estudias o estudias! Y así fue que entré a esta carrera en Valdivia. ¡Le achunté! No había experimentado jamás una pandemia, tengo recuerdos vagos de una epidemia. Y sería. Para mí no ha sido en realidad tan estresante el estar encerrada. He notado, sí, que me he vuelto mucho más sensible cuando escucho y veo el sufrimiento de la gente. Ahora trato de evitar esas noticias.

La pandemia me ha servido para lograr una buena comunicación con mi hija. Nos hemos puesto de acuerdo para evitar conflictos porque sabemos que surgirán y solucionar los problemas hablándolos. ¡Ha resultado!

También ha servido para completar mi carpeta de recetas probadas. Me entretiene mucho.

Desde el punto económico, con preocupación porque hay que pagar un departamento en Santiago donde vive mi hija, que está conmigo desde marzo y sin trabajo.

Soy un poco ermitaña. Aunque tengo amigas, con las cuales nos juntábamos siempre. Tengo familia en Valdivia, pero no siento pena ni lloro por no verlas porque siempre estamos llamándonos y enviándonos mensajes, porque no siento que el contacto físico sea tan importante para sentirte conectado con la persona que amas. Pienso que tal vez los demás me verán como bicho raro. En fin.

Cecilia Lineros Alarcón
Valdivia, Los Ríos, 68 años

Hay días en que siento que me ahoga la incertidumbre y el miedo. Nunca imaginé pasar por algo tan masivo a nivel global, pero bueno, creo que esto ya ha sucedido muchas veces, siempre ha habido pestes, pandemias y tenemos que aprender algo de esto que nos está pasando y que es parte del destino de cada uno de nosotros. A pesar de todo, creo que la vida es bella y que vale la pena vivirla con todo lo que nos toque.

Moraima Contreras Batarce
Temuco, La Araucanía, 65 años

Escribiendo este día a día me parece que la casa es la protagonista principal de los 3 que vivimos aquí. No podemos salir mucho, somos 3 adultos mayores. Yo, un poco menor, salgo a hacer las compras y al correo. Vuelvo a la casa, hay que limpiar la casa, calefaccionar la casa, lavar ropa de la casa, cocinar como le gusta a la casa. No, comidas que parece solo son de aquí de la casa. Todo transcurre en ella y por ella.

Estos meses aquí han hecho surgir recuerdos de la niñez. La casa bullía de animación, éramos tantos: la abuela, los tíos los primos, los hermanos y mamá. Las nanas, el mozo y el profesor particular para los más pequeños. Había trabajo para todos.

Cuántos recuerdos de juegos, de tareas, de abrazos y cariño. Sobresale el cariño y cuidado que había para todos.

Ha servido este encierro parcial, para recordar y agradecer a los que nos precedieron y construyeron esta familia y esta casa.

Clara Gundermann Ruckert
Lumaco, La Araucanía, 73 años

❁

(...) Hoy se cumplen 13 días desde que falleció mi hermana, sé que ella estaba preparada para el encuentro con el Señor, ella decía que se haga su voluntad. Desde niña participó en catequesis en la capilla de Nuestra Sra. de Fátima, era tierna, tranquila, amable, excelente hermana, hija, amiga, compañera y una fantástica mamá y abuela. Ella falleció el día de Nuestra Sra. de Fátima, excelente día para partir al encuentro con su amado Jesús.

¿Cómo estamos después de su partida?, estamos fuertes, tranquilos y con una paz, que como familia nunca pensábamos que la íbamos a tener, se siente su ausencia, pero sin pena, creemos que ella tiene mucho que ver con lo que todos sentimos, incluso sus hijos.

Ahora, recién bañada, con el pelo seco, con mis remedios y lista para dormir. Buenas noches.

Josefina García Verdejo
Santiago Centro, Metropolitana, 66 años

❁

Debo sepultar a *Yuba*, nuestra pequeña basset hound. Nos acompañó cerca de 14 años. Nuestro hijo, al saber la noticia, me pide que espere. Desea verla por última vez, cuando llegue de su trabajo. La deposité en el respaldo trasero del vehículo. Tenía todo listo para envolverla y llevarla a su destino final.

Entra presuroso y me hace un gesto para saber dónde está. Un explosivo llanto refleja un dolor incontenible. Lo sentimos desde la cocina. No podemos retener nuestra emoción, acompañándolo a la distancia. Los minutos parecieron horas. Últimamente, su caminar era cansino, lento, se veía ya cansada. Nada hacía presagiar un desenlace. Cuando le fui a dejar su comida, en la mañana, no hubo reacción cuando pronuncié su nombre.

Creo que murió mientras dormía. Su cuerpo aún estaba caliente. Mi esposa se cubre el rostro, con ambas manos, conteniendo algunos sollozos ante la noticia: ¡Pobrecita!

Abel Alfredo Ruiz Pacheco
Punta Arenas, Magallanes y de la Antártica chilena, 74 años

❁

Estamos viviendo los momentos más críticos de la pandemia y aún nos queda mucho por delante.

No quisiera estar en el lugar de las autoridades que tendrán que decidir quién ocupará el último ventilador, espero que eso no llegue a suceder.

Aun así hay gente que no respeta las cuarentenas, trato de entenderlos, es difícil quedarse en casa, más aún cuando hay personas que tienen que salir a trabajar porque son la única fuente de ingreso, si no lo hacen no comen ni ellos ni sus familias.

Así se tenga claustrofobia y crisis de pánico por el encierro como es mi caso, por eso estoy en cuarentena voluntaria por mi salud y mi edad dentro de todo también hay cosas positivas. Como el homenaje del cuerpo de Bomberos al personal de la salud. Emocionante y bien merecido, impactante la pandemia, muerte de un médico por covid.

No quiero volver a escuchar esa palabra que vino a cambiar la vida de todos.

Myriam Azócar
Quilpué, Valparaíso, 70 años

❁

En Santiago, capital de la república de Chile, estos son tiempos de estar en cuarentena, quedarse en casa, sin salir. Es una situación bastante rara, desde los tiempos de dictadura que no sentíamos la obligación de estar recluidos y en la época actual es muy difícil llevarla a cabo ya que mucha gente debe necesariamente estar fuera de casa por muchas horas cada día. Esa sí que es una nueva normalidad, estar en el trabajo o en el transporte público diez a doce horas al día pareciera que ya no le extraña a nadie. Imagino que para muchos no es nada de fácil acomodarse a la situación e imposible de sobrellevar para quien no tiene ingresos fijos mensuales y debe salir a obtener recursos día a día.

En mi caso, el cambio de vida que nos ha traído la pandemia no fue tan drástico, ya que he estado bastante en la casa desde que quedé cesante hace ya poco más de dos años. Y si bien estoy acostumbrado a salir, en principio buscando trabajo hasta que me convencí que a causa de mi edad iba a ser difícil encontrar un trabajo acorde a mis capacidades y experiencia, y luego, por mantener un estado saludable haciendo caminatas de varios kilómetros al día, me doy cuenta de que disfruto el estar en casa teniendo a mano mucho que leer, mucha música que escuchar y la conexión al mundo vía internet. Soy por naturaleza casero y me conformo a la situación con bastante facilidad, aunque algunos días la convivencia se torna muy complicada. Siento mucho que por el encierro no pueda ver a mi hijo ya casado y mi nuera. Hemos encontrado un buen sustituto a las reuniones familiares por medio de videollamadas que nos permiten vernos y conversar al mismo tiempo.

Julio Garrido Andrades
San Miguel, Metropolitana, 64 años

Según la astrología, esta conjunción tendrá un impacto positivo en nuestro comportamiento, en especial en los aspectos relacionados con las relaciones afectivas, dicen los astrólogos.

Esta conjunción de Luna con Venus, el planeta del amor, la estrella del amanecer, la esperanza que se siente, romántica, sensual, aparece justo ahora que no podemos tocarnos, no hay tacto, no hay cuerpos, no hay besos, sí encierro, mascarillas, desinfectantes, distancia, prudencia, desconfianza, guantes.

Aunque ya no tenía tacto desde antes, por eso me vine sola, «como una ola en un mar de gente, indiferente», igual a la canción de Cecilia, porque el tacto lo había perdido cuando fui apartada, desapegadamente ahuyentada, para ser un «pasado pisado», dice el dicho popular repetido como loro, que tal vez es la receta del olvido o el pequeño escape al dolor de lo que ya no es.

No soy ya la deseada luna de pechos en otro sueño, ni la loba que bajó de la colina, porque dejó de ser loba, ahora tiene olor a perro bajo la lluvia, consumida de miedo propio y negada por el miedo de otro miedo. En un tiempo histórico de pandemia, encierro, fragilidad, no está lo que tenía gusto a fuente de los deseos, ese milagro que un día me abrió el cielo, y entré a la alegría de encontrar, como si hubiera sido en un juicio declarada ino-

cente al fin, y pudiera respirar la libertad de amar. Sin embargo, camino en lo imposible, donde la otra vida sigue siendo todavía, vida.

Ángeles Almarza
Navidad, O'Higgins, 64 años

❁

Querido diario,
Hoy desperté temprano, pero me quedé acostada y me puse a pensar.

Bueno, me levanto, me lavo y me preparo desayuno, y en eso me acuerdo de algo. Tuve un sueño muy hermoso, y lo esperaba hace mucho tiempo. Soñé con mi hijo Nicolás y me dio un fuerte abrazo. Estoy entre triste y feliz. Te amo Nikito.

Blanca Delgado
Padre Hurtado, Metropolitana, 60 años

❁

Me niego rotundamente a hablar en este diario de cifras o porcentajes, de contagios y muertes como resultado de la pandemia. (...) Cada vida que se extingue es una tragedia para la humanidad toda, sin importar el sitio, nacionalidad, raza o historia de quien la sufre. Independiente de si lo entendemos así o no.

Patricio Pinto Leiva
Concepción, Biobío, 68 años

❁

Anoche nuevamente me desvelé. Me viene pasando hace algún tiempo. La oscuridad reinante y el rumor del mar que llega a mis oídos construyen un espacio especial para la reflexión y para los miedos. (...) Hace mucho tiempo que vengo dialogando con la muerte, ya

para mí es una vieja conocida, no sé si vieja amiga, pero sí, hablo con ella frecuentemente. (...) No le tengo miedo a la muerte (al dolor, sí), claro que otra cosa es con guitarra.

Javier E. Olivares Ojeda
Valparaíso, 62 años

❁

(...) A las viejas parejas, este encierro perentorio nos ha complicado la vida haciendo patente e inevitable la convivencia ya gastada, con el agregado de nuestras mañas a cuestas, haciendo los días interminables. (...)

Creo hay que tener una rutina y cumplirla (aunque no suene entretenido). Mi rutina, por ejemplo, no es pesada porque está sazonada por el cariño en el cuidado de mis perros y gatos de origen desconocido, pero los mejores compañeros. (...) Mi rutina continúa con una leche de porotos que es mi desayuno (mi hijo mayor me dice si no me aburro de comer porotos todos los días) a la que le agrego miel, cacao amargo y media cucharadita de cúrcuma, que tiene un sabor y aroma delicioso y con eso me siento reconfortada para iniciar el día.(...)

Ya la tarde es más catete. (...) y aprovechando que todavía queda solcito me subo a mi «mirador» que es una tarima de base y barandas metálicas y escalera metálica que me dejan casi a la altura del techo de la casa y mágicamente, al contemplar la calle que es muy transitada especialmente por vehículos pesados con mucho ruido, me da la posibilidad de caminar (imaginariamente) por la vereda, incluso cruzar la calle (imaginariamente también con mucho cuidado) y me voy por la vereda de enfrente hasta una intersección muy interesante de dos alamedas, dos calles, y una minicarretera que viene siendo mi calle. (...)

Continuando con mi rutina después de esta reflexión que me provoca como un desasosiego en la guata, viene la mejor parte del día que es cuando viene Cayo (mi hijo mayor), Claudia (ni nuera) y Valentina (mi nieta) a dejarnos «el pan de cada día» como dice la oración. Lo más rico de esto son los minutos de conversación y compañía a través de la reja del antejardín que nos regalan todos los días y eso es impagable. (...)

Heidy Zamora Ibarra
San Felipe, Valparaíso, 76 años

❁

En el devenir de los tiempos, después de habernos casado llegaron nuestras hijas, hijo, nietos, nieta y bisnieta, yernos, si bien es cierto todos forman parte de sus propias obras familiares, son parte de nuestras vidas, ¿Qué más se puede pedir a la vida? (...)

Francisco Javier León Escobar
Rancagua, O'Higgins, 73 años

Miércoles, 27 de mayo

En la pandemia, en este raro mundo (como me lo expresó una amiga), con mi compañera hemos descubierto algunas de las muchas buenas personas desconocidas que emergen desde la brutalidad de la realidad actual, para estar con nosotros, gente joven, como Juan *el Bueno* que nos transportó gratis a pesar de que le aseguramos su pago, gente buena entre gente equivocada. La esperanza de un mundo humano mejor surge desde la peor circunstancia.

Leonardo Fernando Figueroa Tagle
Arica, Arica y Parinacota, 68 años

❁

(...) He visto la cuarentena primera, lentas las horas, los días casi no pasaban, miraba desde la ventana hacia el patio, escasos automóviles que transitaban por la calle, gentes con sus mascarillas, lentos caminaban algunos tercera edad, me imaginaba que detrás de estos, iban un enjambre de covid buscándolos, pero de repente, algunos trabajadores de la calle, aparecían sin tapaboca, qué susto, podían estar contagiando o recibiendo las micro-salivas con el virus; la imaginación me llevaba a verlos postrados en diez días, respirando dificultosamente, mientras esperaba, en una larga fila, frente a un servicio asistencial, aprovechando de contagiar a varios vecinos.

Llegó abril, sin lluvias en Santiago, sin frío en el ambiente, pero empezó a crecer el número de contagiados, los noticiarios de las televisiones comenzaron a asustar a los espectadores que veíamos sus programas; ya no había eventos de futbol disponible, si queríamos mirar las largas emisiones de deportes, contratadas antes de la pandemia, rellena-

ban, tratando de recordar épicas historias, el final del Colo Colo en la Copa Libertadores del año 91, el mundial del 62 o las emociones de la Copa América, con los guerreros de oro; recuerdos, solo recuerdos; con angustia por el futuro.

Mayo comenzó con nueva cuarentena, toque de queda a las diez de la noche, recordando viejas historias, perdidas hace treinta años; volvían las fuerzas armadas a la calle, pero ahora eran otros, los ciudadanos no le hacían mucho caso, los muchachos que no vivieron en esos años duros, enfrentaban a los militares, sin respeto a la antigua situación; crecieron los contagiados, los fallecidos subían diariamente, diez o doce hasta treinta, cuarenta, cincuenta, la curva era casi exponencial; los viejos temblábamos, los postsetenta se iban del mundo con rapidez; aunque el sistema de salud hiciera su trabajo impecable, el recuerdo de la falta de servicios públicos, se hacía presente; la angustia, inquietud, irritación, pasaron a ser mis compañeras inseparables; me movía dando vueltas por el dormitorio, me producía terror tener que salir a comprar los remedios a la calle; en las noches despertaba, sentía rondando sobre mi cabeza un covid enorme, que me miraba fijamente, diciendo que estaba viniendo hacia mi cuerpo; no solo me levantaba al baño, por efecto de la próstata, ahora me faltaba el aire, sintiendo al bicho que llegaba a mis pulmones, debía salir a mirar las estrellas, desde la ventana, para volver a sentir tranquilidad de dormir por otro rato.(...)

Un futuro incierto, angustia no saber hasta cuándo seguiremos preocupados por el bicho, la esperada meseta no se alcanza, las estrategias de contención caen, con la realidad de un país, donde se conocía la parte de arriba del iceberg, lo que dejaba ver la alfombra, que servía para poner la realidad bajo su cubierta; que será esa «nueva normalidad», saludando haciendo una reverencia como los chinos, esa sería la razón del covid, o por muchos años estaríamos lavando las manos cada diez minutos, poniéndonos alcohol gel hasta poner la piel del cuerpo azul, llegaremos a vivir con la mascarilla que ahora reemplaza la vieja rebelde capucha, con que reclamábamos por mayor dignidad; el virus nos ha cambiado, afectado, enfermado; espero llegar a ver esa nueva normalidad por las calles de mi barrio.

Cómo será la próxima celebración de Navidad, sin abrazos, un Santa Claus con renos con mascarillas, donde los gnomos vendrán en *delivery* a dejar los regalos, allí se encontrarán varios pares de zapatos, puestos en la puerta, no esperando al obsequio, sino dejados afuera sanitizados, bien rociados con cloro o amonio cuaternario, para desinfectar sus suelas, por si viene adosado el SARS-2; seguramente el pavo asado navideño, será cambiado, recordando al «pangolín» chino que fue señalado junto al murciélago, como los creadores, impulsores, diseminadores del virus; el arbolito estará como siempre, lleno de luces, recordando los viejos días de la antigua normalidad.

Si no hay cuarentena, recibiremos a los familiares, para celebrar que aún vivimos, solo haciendo genuflexiones, indicando que por culpa del coronavirus, los ciudadanos han incorporado la cultura china a sus hábitos; no sería raro que a las doce de la noche, intercambiemos cerezas de Romeral en vez de uvas, para desearnos felicidades para el 2021.

Guillermo Toro Briones
Providencia, Metropolitana, 73 años

❁

(...) con los días fui asumiendo y aceptando la nueva realidad que nos rodea y tuve miedo por la vida de hijos, mis nietos, mis sobrinos, mis hermanas y hermanos, y por mi padre quién cumplió 97 años el 19 de abril y por supuesto no pude ir a saludarlo ya que de haberlo hecho lo hubiese expuesto al virus ya que tendría que haber viajado en bus y luego en metro, así que tuve que aguantarme la pena de no poder abrazarlo en su día y tampoco pude ir al cumpleaños de mi nieto Martín, quien cumplió una docena de años, el 12 de mayo recién pasado, porque el coronavirus nos cambió la vida.

Vivo con mi hijo Francisco de 22 años, quien estudia Arte en la UPLA y a ratos nos pesa enormemente el confinamiento, pero nos damos ánimos entre nosotros. Para matar el tiempo me he dedicado a arreglar el cerco de la casa, sobre todo el que da hacia la quebrada hacia el lado de Santos Ossa, y como también había unos restos de pintura pinté las latas del cerco. Luego hice algunas pinturas sobre estas ya que me las doy de pintora, así trato de acostarme muy cansada para no pensar, pero no hay caso, porque a pesar del cansancio, mi cabeza no para de dar vueltas en la noche, ya que el virus es una amenaza invisible, real y letal y nos acecha constantemente y tampoco sabemos si estamos contagiados o no y por otra parte la situación económica es muy precaria, en mi ficha social de hogares yo pertenezco al 40% más pobre de la población y sin embargo no tengo derecho al bono covid porque al parecer sigo siendo carga de mi marido y, por tanto, lo recibe él, quien me abandonó hace casi un año, después de 43 años de casados. Como el abandono fue violento hice una denuncia por violencia intrafamiliar, pues me tomó 43 años de matrimonio armarme de valor y hacerla y por esta razón estaba asistiendo al Centro de la Mujer, donde la psicóloga y médicos brindaban gran apoyo psicológico a mí y a otras mujeres, allí asistía a terapias y talleres y encontraba orientación y apoyo, pero ahora tampoco ya lo tenemos porque a causa del virus tuvieron que suspenderse los talleres. Al principio los psicólogos

igual nos llamaban para ver cómo estábamos. Pero luego cesaron las llamadas, ya que a causa del virus las mujeres han debido pasar más tiempo con sus agresores y los casos de violencia se han multiplicado y deben dedicarles su tiempo a los nuevos casos, porque el coronavirus nos cambió la vida. Todas esas cosas juntas dan vueltas en mi cabeza, ya que yo lograba reunir algo de dinero con mi emprendimiento de peluquería canina el cual se paralizó en seco ya que, como es lógico, la gente está priorizando comida, alimentos y otras cosas más urgentes.

Como mis hermanas y hermanos nos hemos hecho una rutina de videollamadas todos los días a las 20 horas aprox. Ahí conversamos y cantamos canciones a la distancia para no dejar decaer el espíritu y tratar de hacer más amable el confinamiento y tratar de cumplir con el requerimiento de nuestro padre, quien nos ordenó cariñosamente, pero con autoridad de padre: «deben mantenerse sanos». Pues el coronavirus nos cambió la vida.

PD: Gracias diosito por permitirme el desahogo.

Ana María Santana Burgos
Valparaíso, 61 años

Reflexión

Mientras miro un pajarito volar en mi ventana reflexiono: ¿cómo nos hemos alejado tanto de nuestra esencia de seres humanos libres y hermanos? Somos seres espirituales encarnados y no al revés, hagámosle honor a nuestra naturaleza. Nuestros sueños serán conquistados no por la caja donde ahorremos, sino en la medida que bien gastemos nuestra vida, dándole valor al oro de nuestra esencia. Coherentes con quienes somos haremos nuestro aporte a la humanidad, desde nuestros dones nacerá lo bello, los talentos que vienen desde nuestro espíritu son incluso anteriores a aparecer convertidos en un genoma humano.

A pesar de lo anterior, la vida insiste en ser bella, aún no se le agota la paciencia y caramba que ha tenido que esperar por nuestro cambio. Mi gato me observa desde el marco de la misma ventana y al fondo se puede observar el otoño en los tintes amarillos y carmín de las hojas otoñales. Es un día especialmente soleado y este amanecer me habla susurrante al oído:..

—No te rindas, insiste en encontrar la hermosura que hay en mí, es la clave de mi permanencia, si me quieres fecunda me cuidarás y no promoverás mi destrucción, yo por

mi parte me comprometo a nacer cada día, como si el pasado no existiera, pero eso sí, dame lo fundamental para posibilitar la maravilla...

Mauricio Salgado Montoya
La Reina, Metropolitana, 60 años

❁

Amaneció nublado, neblina arrastrada. Muchas pesadillas. Me levanto, desayuno y riego las plantas. He podido enfocarme en la naturaleza. Conformarme con ver una nueva hojita brotando, una nueva flor. Siento ganas de hacer cosas. Sin embargo, escucho el reporte y las cifras siguen al alza. Está difícil la cosa. Miro la cordillera y reflexiono. La cordillera es quietud, el mar movimiento constante: dos inmensidades en un mismo instante. Es una maravilla estar vivo, pero sobre todo sentirse vivo, pese al entorno amenazador. ¿Te cuento algo? Siempre quise haber podido inventar una frase para el bronce, o escribir una poesía que incluyeran en los libros de lectura de enseñanza básica. A mí me impresionaron mucho las poesías de Gabriela Mistral. Bueno, ya no fue posible. Para el almuerzo me arriesgué con una pasta instantánea. Me quedó buena. Era que no. Unas ensaladas de habas y porotos verdes. Naranjas de postre, un vaso de agua. Y una gran sensación de ausencia que disimulo con bromas o superpongo con recuerdos gratos o simplemente le hago el quite llevando el pensamiento a otra parte. Escucho música folklórica chilena, ayer panameña, anteayer colombiana. Así me llevo, envidiando a quienes tienen el don de saber tocar un instrumento, vibrando con los diferentes ritmos. Es increíble como la música refleja la cultura y la forma de sentir de un pueblo. Por la tarde continué barriendo bajo el pimiento. Divisé un nido semioculto en una rama. Ahora estoy de nuevo contigo, mi diario amigo, hace frío y la noche es larga y no tengo a quien abrazar. Será hasta mañana, *night night*.

Ramiro Castillo Prado
Petorca, Valparaíso, 69 años

❁

Hoy tuve un nuevo desafío, en mi desafío de panadera y pastelera que vengo probando desde hace algún tiempo ya. Mi prueba era preparar y hornear una receta de pan de marraqueta y pan para hamburguesas integral y vegano; fue una maravillosa experiencia,

más aún cuando al comerla fue regresar a ese tiempo de antaño cuando en casa mis papis compraban marraqueta, acontecimiento que era toda una fiesta, ya que el pan del día en casa era el amasado hecho por mi *memê*. (...)

Jeanine Marie Astete Ansuaréna
Ñuñoa, Metropolitana, 65 años

❁

(...) Hoy me siento más feliz por todo el trabajo realizado con el equipo directivo y el equipo de gestión; estoy feliz porque me reí; compartí con muchas personas, aunque haya sido a través de la pantalla de mi computador; estoy feliz porque disfruté de una copa de vino que acompañó mi almuerzo; porque me pude levantar muy temprano y hacer mi rutina de entrenamiento que fortaleció mi cuerpo y mi espíritu; porque aún estoy sana y aún tengo trabajo. Estoy feliz, a pesar de todo lo negro del panorama que se avecina.

Mañana será otro día. Hoy estoy viva.

Marianela Leiva Silva
Viña del Mar, Valparaíso, 60 años

❁

Está nublado, no llueve, me tuve que vestir y abrigar.

Tengo envidia de aquellos que pensaron y piensan en música, es puro pensamiento puro, se transmite tal cual es, se guarda tal cual fue y es.

—¿Qué será de mis hojas cuándo muera? ¿Quién hurgará lo que ya no es mío?

—¿Quién interpretará mis letras?

Mis escritos ya no serán míos y no es pensamiento puro.

Casa en mi palabra y en mi letra, no es la casa de tu mente, ni la casa en la palabra ni la mente de otros.

Un concierto de Beethoven es igual para ti que para mí.

El clavecín bien temperado de Bach es eso.

Laura Naranjo Arcaya
Providencia, Metropolitana, 75 años

❁

La situación está difícil en Chile, hospitales repletos y respiradores escaseando. Es muy triste ver las noticias así que las evito en lo posible. Y mi pareja que sigue saliendo a trabajar con 80 años y tres infartos. Él no se considera irresponsable porque dice que toma toda clase de precauciones. En su casa que es grande sí, vive una hija, dos nietas y un bisnieto de 3 años. La nieta mayor trabaja en la clínica Sta. María y está contagiada asintomática al parecer. Todo su turno se contagió. Le escuché en algún momento que les daban una mascarilla para todo el día siendo que trabajaban con contagiados de covid. Optó por llevarse sus propias mascarillas. Tal parece que no fue suficiente. Claramente para mí la clínica no protegió a sus enfermeras. En fin, está con licencia y aislada en una habitación del segundo piso de la casa de su abuelo.

Aquí la vida sigue ya no tan tranquila. Mi hija le pidió a su marido aislarse de todos aquí y le armó un dormitorio en el segundo piso. Está cumpliendo, un poco a regañadientes y circula con mascarilla salvo al comer. Y él llega como a las 19 horas y con una mesa aparte en la cocina.

Trato de escribir y concentrarme, tengo tareas para el viernes, tres microcuentos y una poesía, que nuestro responsable profesor del adulto mayor mantiene en el taller virtual. Todos, o casi todos, tratamos de cumplir y la verdad, nos saca un poco de este ambiente surrealista y tan, tan incierto.

Hoy es un día gris y húmedo y algo frío. Encendí la chimenea, mis nietos estudiando todo el día, pues siguen con sus clases universitarias virtuales. Más ratito mi hija y yo cocinaremos para los cinco confinados. (...)

Violeta García Astudillo
Las Condes, Metropolitana, 76 años

❁

Estoy viejo para que esté obligado a no salir, es casi igual que cuando me castigaban en mi niñez, pero ahora lo único que he hecho es llegar a esta edad; como si no supiera cuidarme. Anoche hubo aplausos merecidos para el personal de la salud. ¿Quién lo hace por tantos otros que están día a día trabajando para que estemos bien? Pienso en las personas que recogen la basura.

La cuarentena se extiende hasta el viernes 5 de junio. Difícil que sea la última, ojalá me equivoque.

Uno de nuestros vecinos en el edificio está con covid. Afuera del departamento hay tres pares de zapatos; uno corresponde a un niño/a pequeño.

Nos hablan del autocuidado, es difícil cuando hay que salir a buscar dinero para comer, o los metros cuadrados por persona son escasos. Soy afortunado.

Alfonso Pino Pizarro
Providencia, Metropolitana, 75 años

Hoy desperté temprano, pero me volví a dormir. Me levanté 11:30. Que aunque no son nuestros, los alimentamos igual, diariamente. Prendí la radio para escuchar las noticias de hoy. Los contagios siguen aumentando, las recomendaciones de quedarse en casa, son reiteradas. Pero lamentablemente hay muchas personas que no pueden hacerlo, por motivos económicos, demasiada gente vive el día a día y si no salen a trabajar, no comen. Las ayudas que ha prometido el gobierno, son mínimas o simplemente no llegan. Siempre promesas que no se cumplen. Por lo que se sabe en los noticieros serios, esta situación se les ha escapado de las manos. Los hospitales están colapsados, ya no hay camas para los enfermos críticos. De verdad esta situación en que está nuestro país, es casi desesperante. Muchos fallecidos cada día y ya no solo las personas de la tercera edad, también jóvenes. Recuerdo cuando todo esto comenzó, febrero en China, lo veíamos tan lejos, como que nunca llegaría a nuestro país. Por lo menos yo, jamás me imaginé que llegaríamos a una situación como esta. Nunca pensé vivir una pandemia. Pero llegó y hay que seguir resistiendo, todo lo que se pueda.

Hoy cocinaré salmón al horno y ensalada de porotos negros. Mientras se cocinan tomaré desayuno, ¡escuchando buen rock! (...)

Mariana Sepúlveda Cerda
Temuco, La Araucanía, 60 años

Hoy me levanto con la sensación de que el día anterior ha sido tiempo perdido. Tengo tantas cosas inconclusas. Un tejido por terminar que me dicen que lo retome porque hace bien a los

nervios. Un libro que no paso de la página 21. Las clases de yoga por YouTube. Los ejercicios del kinesiólogo. Y acá estoy. Mirando hacia el techo sin atreverme a empezar. Pensando en lo que todos. ¿Cuándo pasará esto? ¡¡Me abruman las noticias del coronavirus!!

Cecilia Lineros Alarcón
Valdivia, Los Ríos, 68 años

❁

Hoy me he despertado pensando en los niños, en mis nietos, en mis alumnos, cómo prepararlos para un mañana sin miedo y para los difíciles tiempos que les va a tocar enfrentar y que son los problemas de nuestra época. Tener la certeza que tendrán las herramientas apropiadas. Me pregunto, por el sentido de la educación hoy día. Con toda seguridad, creo que no los estamos preparando de la mejor manera, al menos en el ámbito de la pedagogía tradicional. Qué talentos debiéramos propiciar en los niños para enfrentar estos nuevos tiempos. Cuando hoy veo más niños absorbidos por la digitalización, solos en el mundo, ¿qué tipo de talentos o habilidades van a desarrollar? Hemos perdido el vínculo con la tierra, con los ritmos naturales, con todo lo vivo, de a poco nos hemos deshumanizado.

Moraima Contreras Batarce
Temuco, La Araucanía, 65 años

❁

Papá

Hará dos semanas que papá cayó enfermo. Mis hermanas, Gladys y Paola, como siempre, se preocuparon por él y llamaron a la Help. Por suerte, esta organización ha funcionado como reloj. Cada vez que se le requirió por nuestro padre, acudían de inmediato y mucho más rápido en estos días en que estamos en cuarentena. El diagnóstico del médico fue neumonía, producto de un resfrío mal cuidado y también porque era un viejito muy porfiado.

Nuestro padre era comerciante y lo fue casi toda su vida. Cuando hablaba de sus proyectos, le brillaban sus ojitos de color café y se sonreía complaciente de lo que podría ganar con su trabajo. Papá vendía lentes económicos, pero buenos, tanto para leer como

para escabullirse del sol. Le iba bien, pero tanto el «estallido social» como la pandemia del covid-19, comenzaron a mermar su negocio. Él fue un hombre trabajador; lo hizo hasta hace poco, hasta los 91 años, que llevaba muy bien, con entusiasmo, con una gran fuerza que lo impelía a moverse, a no estarse quieto en casa, porque él debía trabajar, socializar con sus clientes y amigos, vivir la vida, escuchar el ruido, las voces; sentir y ver a la gente.

Sus años y el desaliento que fueron provocando estos dos hitos sociales, fueron minando su salud y espíritu. Ya no podía salir, vivir la vida que siempre le gustó: conversar, reír, jugar a las carreras en Teletrak, recaudar su dinero, aunque a veces fuera poco; porque su preocupación era disponer de este recurso para vivir dignamente junto a mis hermanos y sobrinos. Sus clientes fueron gente sencilla como él, hombres que luchan día a día por la vida, apostados con sus carros en calles Ahumada, Huérfanos, Alameda, Estado, Moneda, Irarrázaval y los persas de San Diego y de Bío-Bío. Conocí a algunos de ellos cuando recorríamos las calles céntricas para retirar el dinero de las ventas realizadas y luego nos íbamos a almorzar su plato favorito: unos deliciosos tallarines con carne mechada y abundante salsa de tomate en la Piccola Italia, ubicada al lado del hotel San Francisco, en plena Alameda. En esas reuniones conversadas tranquilamente, compartía conmigo sus preocupaciones, alegrías y penas. Después, nos íbamos al cine para disfrutar de una buena película de acción, pero mi viejito, generalmente, se quedaba dormido y le daba un pequeño toque en el codo para despertarlo y se despabilaba, diciendo que no entendía nada. Como ya estaba un poco sordito, tenía que hablarle fuerte para que comprendiera la trama y no molestábamos a nadie porque a él le gustaba sentarse en las primeras filas. Y volvía a quedarse dormido... Terminada nuestra película, salíamos tranquilamente y terminábamos en mi heladería favorita para pedir unos ricos y abundantes helados de lúcuma y de pasas al ron, servidos en crujientes barquillos y comenzábamos a caminar lentamente por la calle 21 de Mayo, con el fin de embarcarlo en uno de esos abominables e inseguros buses del Transantiago, y nos despedíamos para reencontrarnos nuevamente en dos o tres semanas más, en el mismo lugar, la tienda Falabella para reiniciar nuestro rito familiar.

Nuestro padre fue muy querido no solo por toda la familia, sino por todos los que lo conocieron, porque aunque tenía sus defectos, como todos, prevalecían sus cualidades que más lo caracterizaban: Él amaba la vida, era alegre, ocurrente, un buen y leal amigo; fue un gran jugador de básquetbol y bailarín en sus años mozos; un divertido cuentacuentos, un buen hombre que no quería morir nunca...

Durante su enfermedad, recibió una excelente atención de médicos y enfermeras que lo atendieron en casa. Se lo agradezco de corazón y hay que reconocer que muchas vidas y, tal vez, hasta las nuestras, en algún momento también quedarán en sus manos. Sin embargo, junto a

ello, hay algo esencial, para sanar o irse en paz, y ello estriba en el amor incondicional, generoso, abnegado de la familia, y que nuestro querido padre recibió día y noche para calmar sus dolores. Se nos fue soñando..., fue afortunado, porque la mayoría de los enfermos con covid-19 deben permanecer aislados para evitar el contagio de este mal, que ha causado y provoca tanto daño en la salud de todos los que habitamos nuestro hermoso planeta Tierra.

Ivonne Oriele Zurita Vargas
San Miguel, Santiago, 68 años

Vivir solo me ha exigido muchos esfuerzos, estabilidad y cierta metodología, ya que la viudez y la cuarentena, al mismo tiempo, me lo han impuesto severamente. Lo más complicado ha sido cocinar. No es mi fuerte, a pesar de que algo de experiencia tengo. Una de las complicaciones es saber los puntos de cocción de los alimentos. Si no lo sabes, el resultado puede ser desastroso. Afortunadamente existe internet. Por este medio puedes aprender muchas preparaciones. ¿Pero cuál es el otro problema crítico? Es disponer de los alimentos adecuados y los condimentos precisos. Y si no los tienes, nada se puede hacer. No se puede ir a comprar. Las demás tareas domésticas son menos problemáticas. Hacer aseo, aspirar los pisos alfombrados, encerar baldosas, regar, cortar el pasto, coger las hojas caídas y lavar la loza después de las comidas, son relativamente fáciles de hacer, sin embargo requieren tiempo y dedicación.

Mario Castro Torrealba
Vitacura, Metropolitana, 79 años

Querido Diario, estoy muy feliz, hoy nos comunicamos con toda mi familia por video Zoom, una aplicación tecnológica, en la pantalla del computador, pude ver y escuchar a mis hijos, nietos, nuera, yerno, contándonos todo lo que nos pasaba y fue muy emocionante, estuvimos conectados como 3 horas, esa cercanía nos llenó de energía y ánimo para seguir soportando este confinamiento.

Silvia Tapia Lucero
Viña del Mar, Valparaíso, 71 años

9:30 hrs. Hoy me acordé de Carolina, la psicóloga que me atendió en un momento de mi vida en que estaba en una gran depresión, ella me incentivó a escribir lo que sentía, rabias, desilusiones, como también los lindos momentos, y esto lo tomé como hábito desde hace unos 10 años. No escribo a cada rato, lo hago en momentos complicados o dudas en qué hacer y eso me ayuda mucho. Lo recordé porque anoche ya muy tarde escuché en radio BíoBío a un señor, no supe su nombre, que promocionaba un proyecto «diario íntimo» e invitaba a adultos mayores a escribir cómo vivimos esta pandemia del covid-19 , anoté dónde buscar información, y pensé «esto es para mí», es lo que yo hago, lo encontré uff muy interesante bueno para este tiempo con 70 y tantos días encerrada de forma voluntaria y a sugerencia de mis hijos, también para no contagiarme con este virus tan maldadoso, le mandé las bases a mi amiga coyhaiquina Margarita, ¡se entusiasmó! Confío en que lo hará.

Viendo la TV y ya me molesta que se haga tanto énfasis en los adultos mayores que fallecen, como si fuera tan esperable, nos minimizan demasiado, si somos responsables y capaces de cuidarnos, pero hay excepciones, hay adultos mayores que sí deben trabajar para vivir, incluso hasta con enfermedades, porque no tienen pensiones que les alcancen o simplemente no la reciben, esto me entristece y me hace agradecer a diario mi situación, creo que fui «premiada» y puedo mantenerme con mi jubilación gracias a las oportunidades que se me dieron y las aproveché y también a buenas decisiones tomadas en mi vida.

Más noticias, nuevamente me choca lo que dice un periodista: «Falleció un anciano de 66 años» al referirse al médico del hospital Sótero del Río que murió por el coronavirus... Terrible lo encuentro no solo porque falleció, sino a cómo se refiere a la persona y eso que yo

tengo mucho más años ¿qué seré? O cuando dicen «los abuelos» ¿cómo saben que son abuelos? ¿Acaso conocen a sus nietos? adulto mayor o tercera edad, creo que es la mejor denominación. Marcell mi profesora de pilates me manda una clase-video, ella se preocupa de sus alumnas, intenta hacer lo imposible por mantener su pyme, por eso trato de hacer las clases aunque me provoca nostalgia no estar con mis compañeras, pero ya llegará el momento.

Mucha escritura por hoy, estoy motivada, voy a ver la serie *Vivir sin permiso*, el personaje principal es malulo pero está comenzando con Alzheimer y escribe todo para no olvidarse ¡uhh qué miedo!, aprovecho de tejer, ya me queda poco para terminar mi «chaleco de cuarentena» porque también me distrae y por un rato olvido al covid-19.

Betty Aracena A.
Quilpué, Valparaíso, 71 años

❁

Esta cuarentena sin nana como que me gusta y no me gusta. Me gusta en cuanto me permite hacerme cargo de una labor doméstica tan noble como cocinar alimentos, que nos dan vida. Una actividad muy básica y elemental pero que puede tener harto significado. Desde materializar una venganza sin despertar sospechas, hasta ponerle cariño a lo que hago para que luego PJ y yo lo disfrutemos, y sea así un goce que contribuya a hacer más agradable el encierro obligado. No obstante, gracias al machismo primero, y al feminismo reactivo después, tan sublime actividad ha sido tradicionalmente desvalorizada.

Y no me gusta, porque el resto de las tareas domésticas me dan lata. Me carga hacer el aseo y lo que más aborrezco es arreglar la cama. (...)

La cocina me está llevando mucho tiempo. Soy lenteja, lo reconozco. Pero además porque voy inventando cosas nuevas y distintas para hacer, una sobre la otra. Todas me quedan ricas. (...)

De todo lo que me está tocando hacer en el día, creo que lo que más gozo es cocinar. (...)

Los mantras y/o reflexiones, más los rezos y las buenas vibras que me dedico al despertar todos los días, cada vez son más breves y con menor concentración. Despierto y de inmediato me siento urgida por todo lo que me espera por hacer. (¿Es vida esta, a los 84?). (...)

Maribel Quezada Martínez
La Reina, Metropolitana, 84 años

Siempre que rezo, las lágrimas brotan espontáneamente, y me interno en pensamientos, algunos animosos otros deprimentes.

Durante este largo tiempo en este departamento, donde transito del dormitorio al living-comedor, de ahí a la cocina y de nuevo el mismo trayecto. Miro por la ventana y miro hacia abajo (vivo en el 6° piso) o al frente. Todo se ve tranquilo, como que nada sucede, sin embargo pienso en cientos de hogares en su interior, sufriendo enfermedad, necesidades, desamores, injusticias, dolores del alma.

Entonces elevo una oración tratando de mitigar esas situaciones o tal vez para tranquilizarme.

Me siento privilegiada por estar «encerrada», nada me «falta», y es difícil que me contagie. Una jaula ideal, gracias Dios mío. Pero siento una nostalgia muy grande, quizás sean mis últimos días y los estoy consumiendo «encerrada», en días normales a lo mejor sería lo mismo. Pero cuando hay dificultades se hace más notorio al no conversar casi con nadie, reírse, es muy fome, para decir lo menos. (...)

Ángela del Carmen Soto Riquelme
Valparaíso, 84 años

(...) Está el día nublado, creo que está muy helado, no he salido aún afuera. Hoy es un día diferente a los días anteriores. Lunes y martes hubo sol. El día lunes es cuando estuve más animada, donde pude reír, salí también, fue un día más alegre. Pero hoy, creo que no ha sido mi mejor día de la semana. Ya estamos a mediados de semana, casi. Tengo muchas cosas encasilladas en mi mente, imposible que pueda hablar de cosas diferentes, de proyectos, porque estamos viviendo algo que no nos podemos excluir. Me refiero a este gigante invisible, de los cuales estamos todos escondidos. No sé cómo llamarle. Estamos nosotros confinados en nuestras casas, muchos otros enfermos, la gente está descontenta, con rabia, tiene necesidades. (...)

Julia Ruiz Hidalgo
Padre Hurtado, Metropolitana, 62 años

❁

Malas noticias. Intendente, Seremi de Salud y Jefe Defensa a cuarentena.
Seremi internado en clínica; grave. Contagiados 2.455. Fallecidos más de 40 personas.
Red hospitalaria cercana a la saturación.
En cartas: Repercute aún la fallida selección de directores en Valparaíso. Valparaíso es una postal bellísima si solo se le ve en TV o en revistas. La realidad es otra, más aún después de octubre 18 donde el plan fue arrasado por turbas incontenibles que saquearon, quemaron y destruyeron gran parte de esta histórica ciudad que todavía lleva el cartel de Patrimonio de la Humanidad. Hoy se termina por desmoronar con este virus que seguramente acabará con víctimas y victimarios de ese oscuro período de 2019.

Héctor Octavio Quiroz Yáñez
Viña del Mar, Valparaíso, 64 años

❁

Amanecí, como en el poema de Parra, con la muerte en las pupilas. Apenas desperté, me enteré de la partida de Pepe Tapia, ese hombre que hizo de su aspecto físico poco agraciado su gran virtud humorística. Es un ejemplo palmario de cómo algo puede pasar de desventaja a oportunidad, de cómo alguien puede usar para su beneficio lo que la gran mayoría considera un defecto. Hacía un humor zonzo, fofo, un tanto ramplón, pero a la gente le gustaba, porque les parecía simpático: le perdonaban incluso haber sido uno de los payasos de Pinochet. (...)

Javier E. Olivares Ojeda
Valparaíso, 62 años

❁

¡No se puede hablar de «nueva normalidad» ni «retorno seguro» y menos decir que tenemos el mejor sistema de salud del mundo! No se necesita ser experto en Salud Pública para saberlo.

Patricio Pinto Leiva
Concepción, Biobío, 68 años

❁

Día tras día vamos construyendo historia, a veces ni lo notamos, pero los registros van quedando inscritos en algún lugar de nuestro archivo personal. Para cada uno de nosotros, ver es una sensación única, igual que oír, comer, oler o tocar. El confinamiento y el silencio han establecido una alianza que nos ha forzado a detenernos y disponer de tiempo para mirar(nos), escuchar(nos), saborear(nos), intuir(nos) y percibir(nos). También para escribir.

Marta Alicia Mera Figueroa
Viña del Mar, Valparaíso, 69 años

❁

Observo los insectos insurrectos. Entre ellos mariposas alas café claro con puntos negros. Invaden mi jardín por decenas todas en pareja. Su vuelo errático como el del picaflor. Se persiguen unos a los otros, bajan vertiginosamente, luego suben con desesperado aleteo hasta lo alto de una suculenta. Se entrecruzan con otros insectos más pequeños y menos vistosos, pero igual de frenéticos, formando un tapiz de movimientos dispares, traspasado por la luz solar.

Siguen las olas del mar estrellándose contra las rocas. El hambre de Chile va en aumento, invade pueblos, villorrios, cités y callejuelas, campamentos y poblaciones a lo largo de nuestra loca geografía.

Llegan algunas cajas con alimentos. Muy tarde, los destinatarios ya murieron o del virus o de hambre.

Borgis Lohan
Puchuncaví, Valparaíso, 74 años

❁

Hola compañero «eterno»:

Te cuento que anoche escuché en la radio una invitación dirigida a las personas mayores para escribir un «diario de vida»; yo nunca lo he hecho y, por lo mismo, voy a tomar el desafío. Tú que desde el infinito me acompañas hace ya varios años, serás algo así como

mi «interlocutor silencioso», ¿te parece, mi perro querido? ¡Bien!, claro, siempre fuiste un buen compañero y ahora no me ibas a fallar. Quiero contarte que el mundo está viviendo el trance más grande del siglo; luchamos contra un fantasma que no vemos, pero que es tan potente y maligno que nos quita la vida si no ponemos todo nuestro esfuerzo en cuidarnos con rigor. Por eso ahora estoy todos los días en casa, perro mío, enclaustrada desde el mes de marzo, sin salir a mis actividades que tanto añoro; reconozco que disfruto mi casa, y con tu «compañía imaginaria» me siento contenta, muy agradecida de todo lo que me rodea; quizás tú escuchas mi cantar interminable, desde que empieza el día; lo hago porque así expreso mis ganas de vivir, elevo mi espíritu y, supongo, que se habían ahuyentado por la presencia de los gatos que llegan sin invitación; los observé largo rato desde la ventana de mi dormitorio, volaban con algarabía entre el limonero y el magnolio; ahora hay tiempo de sobra para ocuparlo en mirar esas bellezas que siempre han estado ahí, pero que el mundo no las veía porque estaba ocupado luchando contra la velocidad del tiempo.

Maruja Luna Lagos
Talcahuano, Concepción, 75 años

Jueves, 28 de mayo

Se suicidó la jefa de urgencias en un hospital de Nueva York. Días antes, le contó a su padre lo insoportable que era ver morir a los pacientes contagiados por el coronavirus, que no podía resistir ver tanto dolor. Cada noticia peor que la otra. Espero lograr dormir, y que mañana sea un mejor día.

Verónica Escala
Las Condes, Metropolitana, 73 años

Encuentros

Cada atardecer las veía caminar alejándose de la cabaña, imaginaba que estas abuelas tenían mucho que compartir; porque sus vidas eran símbolos de una época; porque la

tranquilidad de los años deja abierto el corazón; o, tal vez, simplemente, porque querían hablar al ritmo de unos pausados y firmes pasos de complicidad.

Sus vidas eran el emblema simple de una época que evocamos con imágenes de mujeres con niños abrazados a sus caderas, ambos pobremente vestidos, en un paisaje rural, tal vez con una trilla de fondo o, simplemente, a lo lejos un hombre con el arado, surcando un potrero para la próxima siembra. El calor estival anima a la tierra a pegarse en la cara y el cuello, marcando los surcos tan propios de los habitantes rurales. Cuando se esconde el sol detrás de las montañas, y alivia con su sombra el atardecer, los niños son llamados a comer y los hombres a descansar. Solo en la noche descansan las mujeres.

(...) La época de niñez les traía recuerdos comunes; juegos, amigos, largas caminatas a la escuela más cercana, el barro del invierno y la fruta del verano, el trabajo duro y algunas fiestas de pueblo en que todas las aflicciones cotidianas se postergaban de común acuerdo. Más tarde, pasada la niñez, como sucede casi siempre, los recuerdos comienzan a ser muy distintos, separando el camino común y llevándolas por senderos muy distantes una de la otra. Esto ocasiona una nostalgia, que a veces, perdura para el resto de la vida. Pero en esta ocasión, el atardecer era testigo de una conversación que ocurría en torno a lo que la vida les dejó en común; el nombre, el gusto por las caminatas, por el mar, por las flores, el amor a los niños que las esperaban en la cabaña, hijos, nietos, nietas; y vale la pena contar que una de ellas, también compartía el nombre Rosa.

(...) Así eran estas dos abuelas: hijas de campesinos, que criaron a sus hijos en la ciudad, que fueron víctimas del abuso de poder, que guardaban secretos, que fueron imagen de una época. A pesar de que ambas perdieron a sus maridos cuando aún eran jóvenes, las recuerdo paseando por la playa e imagino que se sentían cómplices enfrentando la brisa costera, porque el dolor de la pérdida se va alivianando con estas caminatas. Imaginé que el tiempo pasaba rápido para ellas, pero deseché al instante esta idea, porque percibí que detenían el tiempo en cada paso; parecía que abrazaban cada momento, y así cada instante se detenía para ellas, tranquilamente... Pero las olas que van y vienen, siempre hipnóticas y activas, las hizo dar media vuelta y regresar a la cabaña, signo inequívoco que ya hacía tiempo, habían perdonado.

Nadia Fontecilla Núñez
Providencia, Metropolitana, 62 años

Desde el 16 de marzo estoy confinada en mi departamento junto a mi marido, él tiene 92 años y enfermedad de Parkinson relativamente controlada, aunque se trata de una patología que produce deterioro físico progresivo. Afortunadamente su intelecto funciona acorde con sus 92 años.

Yo tengo 81 años y en agosto cumpliré 82. Trabajé hasta los 81 como docente universitaria en el área de la salud. Accedí a la universidad a los 18 años, cuando la educación era gratuita y para entrar solo valía el rendimiento académico.

Mi horizonte hoy día se reduce a una ventana que da a la calle en el centro de la ciudad, calle anteriormente muy ruidosa por la locomoción colectiva, actualmente silenciosa y vacía de transeúntes.

Criamos tres hijas, dos biológicas y una adoptiva, tenemos 13 nietos y 6 bisnietos.

La pandemia nos sorprendió a todos, nos cambió la vida. Un flagelo que puede acabar con la vida humana en el planeta nos ha mostrado nuestra extrema fragilidad, que no hace distinción de clase social ni de recursos económicos, se nos viene encima trastocando la cotidianidad de jubilados de clase media.

(...) La tendencia natural es sentir miedo, inseguridad, desamparo ante una situación tan crítica como la que nos toca vivir, no es miedo a la muerte, es lo más seguro e inevitable que tenemos, sino a morir de esta manera, privados del aire que es el elemento vital para la vida.

Por la conducta irresponsable de muchos, por la necesidad de muchos también que han perdido su trabajo o necesitan salir a buscar el sustento diario, que no han respetado las normas de las autoridades sanitarias, se ha disparado el número de contagiados y de fallecidos y los sistemas de salud están colapsados, y uno se pregunta ¿hay una salida?, ¿tendremos que lamentar el fallecimiento de un ser querido?, ¿volveremos a despertar por la mañana sin la nube negra de la desgracia colectiva?¿Qué nos enseña esta pandemia?

Para mí personalmente lo que más echo de menos es el estar cerca de nuestros seres queridos, caminar por las calles, reunirnos algunos fines de semana con nuestros nietos y sus hijitos, saludar a conocidos por la calle y tener tiempo para leer, escribir, tejer, coser, etc. (lo único que he cosido es mascarillas para mis nietos que son profesionales de la salud), ya que me toca atender a mi marido que necesita ayuda para bañarse y vestirse, además de cocinar, lavar, secar, hacer aseo (nuestra nana está en su casa para cuidarse y cuidarnos a nosotros).Y los años pasan y pesan y se hacen sentir, y atender a una persona que tiene rigidez y movilidad disminuida es muy agotador.

Si pudiéramos encontrar algo positivo de esta catástrofe es que nos ha abierto los ojos a una realidad cruda, injusta y despiadada, al conocer la tremenda brecha que existe entre

los extremadamente ricos y los desamparados de nuestra sociedad, que viven hacinados y con falta de lo más esencial que es la comida, Espero que aquellos que acumulan riquezas que ni en siete vidas pueden gastar...

Isaura Neira Pino
Concepción, Biobío, 81 años

Lamento de una anciana enferma de covid-19

Soy una anciana que me encuentro largo tiempo hospitalizada por causa del covid-19 y extraño muchísimo a mi familia, especialmente a mis hijos y nietecitos.

Hago un gran esfuerzo para poder mirar a mi alrededor buscando sus rostros, por instantes me parece ver las siluetas de mis hijos y mis nietos queridos, las veo borrosas, y me imagino que se marchan dejándome el corazón palpitando fuerte y lleno de esperanzas... Son solo mis sueños, la única forma de ver sus rostros... No, una vez más no eran ellos a quienes por instantes creí sentir llegar. Los extraño mucho, y sueño en mi soledad con la esperanza de tenerlos a mi lado cada día. Hijos y nietecitos míos, comprendo que la vida hoy nos limita, que el terrible virus desgraciadamente ha roto nuestra rutina, modificando nuestras vidas. Sueño despierta con los momentos que cada uno de ustedes me brindaba, hoy los valoró más que nunca, necesito su compañía, Dios mío te ruego, te suplico, bríndame sanidad, creo que merezco de tu bondad y compasión.

Ya no siento dolores en mi cuerpo adormecido, solo el desconsuelo de la nostalgia, trato de estirar mis brazos, pero no me alcanzan para arrullarlos, quiero tocarlos, escuchar sus murmullos, me sobra tiempo para recordar todas las vivencias junto a mis adorados, sus juegos, sus bromas, los paseos, la mesa servida y a su alrededor todos ustedes y mis nietecitos en sus brazos. Quizás es el momento para pedir perdón por mis injusticias y no darle el tiempo y cuidado que cada uno merecía. Pero a pesar de todo, no creo merecer estar postrada, llena de terror, invadida por el horror, con un gran dolor en el alma, solo quiero volver a verlos, escuchar sus voces, sentir sus olores, abrazarlos. Necesito fuerzas para soportar esta terrible e interminable separación.

Les necesito, les amo, por favor ruego que recen por mí. El tiempo vuela y pasa para no volver más. Quiero seguir viviendo, sentir que los tengo a mi lado, pues es hoy cuando

más añoró el amor y compañía que puedan brindarme, es hoy que desvivo por su compañía, es hoy que deseo volver a tenerlos a mi lado, los echo de menos.

Y si Dios me quiere llevar, solo le pido poder despedirme, sí despedirme de cada uno de ustedes y que mi pesar y el de muchos sirva para que todos gocen de un mundo mejor.

Ernesto Enrique Díaz Valenzuela
Pichidegua, O'Higgins, 70 años

Hoy amanecí de malas. Lo que más molesta en este complicado escenario es el abuso de los supermercados inescrupulosos que viendo que miles de trabajadores están sin trabajo han subido, en forma abusiva, los precios de los alimentos y los bancos usureros se están quedando con el dinero que pasó el Estado para las Pymes y que afecta a nuestros hijos que están muy complicados, tocando fondo y raspando la olla, sin derecho a la cajita buena, y los políticos que están más preocupados de llevar agua a su molino farandulero de politiquería para no perder sus lucrativos cargos en las próximas elecciones y que vergonzosamente se quieren perpetuar, no bastándoles haber creados cupos para toda su parentela.

Pero hay un pero. Que todos los ciudadanos debiéramos promover que no se vote por ellos, sean de donde sean, para evitar su regreso y permitir a otros de sus mismos partidos que tienen derecho a postularse y renovar la política

Miro por la ventana y veo algo positivo, sin cuarentena sigue siendo recurrente que no se observe gente en la calle, salvo uno que otro, usando mascarilla y guantes. Eso es bueno y toda vez que no se está en cuarentena obligatoria, salvo el toque de queda a las 22:00 horas de inicio.

Juan Bello Pardo
Viña del Mar, Valparaíso, 76 años

18:00 H.

El coronavirus me ha hecho pensar, como nunca, en la muerte. Nunca me había pasado. Y he llegado a la conclusión de que a la muerte le temo y no le temo. Le temo irme por un

accidente de tránsito o por un asalto a mano armada o postrado en una cama por mucho tiempo. La muerte de mi padre la encontré buena, razonamiento que me hago ahora, porque cuando sucedió, el 4 de septiembre de 1964, yo tenía 16 años y el mundo se me vino abajo. Fue de un fulminante ataque al corazón. Y la encuentro generosa porque he visto a muchas personas amigas irse después de sufrir un verdadero calvario, como a mi madre, que se mantuvo conectada a unos pulmones mecánicos por más de seis meses. Doloroso. Hoy sigue grave mi compadre Abelardo. Un hombre generoso. Para él este año ha sido un desastre, pues sigue siendo atacado por el Parkinson. El 4 de septiembre de ese entonces eran las elecciones presidenciales en Chile donde postulaban, entre los que me acuerdo, Allende, Frei papá, Luis Bossay y no sé quién más. Era otra vida. Había más amistad, se compartía lo que se tenía. Los compadres eran compadres para siempre, en las buenas y en las malas. Si alguien perdía la «pega», en una semana encontraba otra. Los salarios permitían darse unos gustos con la familia sin problema. La ropa se compraba al chinchín, igual las camisas y los zapatos. Mi madre, Rosa era su nombre, se celebraba dos días seguidos sin ningún problema, 30 y 31 de agosto. Y quedaba dinero en los bolsillos. ¿Cuándo se perdió todo esto? Cuando aparecieron las malditas tarjetas de créditos, porque otro nombre no se les puede dar. Hubo gente que pidió préstamos en dinero si tener necesidad de hacerlo porque no hacerlo, según ellos, era ser de mala clase y había que aparentar. Terrible. Muchos creyeron que era un regalo. Y ahí comenzó la debacle. Los fines de mes, de tanto pagar las cuotas en esa financiera, quedaban sin ningún peso y las celebridades nunca más fueron iguales. Después de varias décadas esa herencia ha pasado a los hijos y ahí vemos cómo hoy viven al tres y al cuatro. Herencia maldita, sin duda. Viví la época de la influenza, que llegó con una fuerza increíble, enfermando a todos, donde la mayoría eran niños y abuelitos. A la sazón, veo a mi padre llegar con las pilguas llenas de limones porque estos, como hoy, eran considerados milagrosos.

¿Hubo alguien que se detuvo a pensar que este 2020 íbamos a ser azotados por una de las pestes más terribles en el mundo? ¿Por qué no se le creyó a ese médico chinito que a fines de diciembre de 2019 anunció que lo que venía era apocalíptico? Nadie lo pescó. Ni yo. Porque somos incrédulos y no nos gusta que nos echen a perder nuestros proyectos personales. Porque estamos acostumbrados a creer que nuestras vidas son firmes. Y no es así. Esta epidemia desnudó nuestra fragilidad.

Ahora le temo a la muerte. Vivo con mi familia, con mi esposa, con una de mis hijas y mi nieta en Chiguayante, pueblo hermoso que queda a 20 kilómetros de la provincia de Concepción. Le temo porque he visto el desacato de muchos vecinos que no se someten a nada. Soy jubilado y gracias a eso permanezco en casa. Mi hija debe salir a trabajar

y lo hace con máscara y guantes para evitar infectarse. Y cuando llega, ventila su ropa para matar los bichos. En la fila del Banco del Estado, por poner un ejemplo, donde hay que estar desde muy temprano para lograr lo que solicitamos, llega gente sin máscara y estornudando a tontas y a locas. Vaya usted a decirles algo. Se molestan. A eso sí le tengo miedo. Al contagio a través de gente inconsciente que no ha sopesado lo que llegó. Para ellos todo es un chiste.

Ernen Ceferino Becerra Fuentes
Chiguayante, Biobío, 72 años

❁

Parece que la pandemia no quiere dar tregua. Está poniendo en jaque nuestra existencia, especialmente a nuestro país. Percibo que la distancia es cada vez más larga para compartir con nuestra familia. Añoro ver y abrazar a mis hijos y nietos. Ver sus hermosas caritas sonrientes, ver esos ojos tan puros y transparentes. Escuchar sus comentarios tan acertados y a la vez tan inocentes. Estar con mis hijos, que ahora que son adultos están más cercanos, son mis amigos y consejeros ¿Cómo rellenar esta carencia? Afortunadamente tengo un marido que me apoya incondicionalmente. Pero es el espíritu que necesita que lo reconforten. De una u otra forma llegan respuestas (gracias a Dios). La religión podría ser una contestación, pero es un ámbito muy amplio y con muchos cuestionamientos. Otra tabla de salvación es la música. Debo agradecerle a mi hermano mayor, quien ya no está con nosotros. Tenía un oído musical excepcional. Dominaba cualquier instrumento, y siempre escuchábamos en nuestra casa los clásicos, o a él tocando el piano. Cuando escucho a C. Arrau tocando un tema de Chopin, me invade una sensación extraña, difícil de explicar, ¿de gozo?, ¿de liviandad? Lo importante es que me reconforta. O si también escucho «La Mer» de C. Trenet, me transporto siempre al mar, veo y escucho las enormes y maravillosas olas como una y otra vez se estrellan en las rocas.

Miro, nuevamente por mi ventana, que paradójico, la ventana es en este momento mi puerta al exterior. Estamos en otoño, pero no veo hojas caídas en el suelo. La naturaleza nos ha olvidado. En esta estación, disfrutaba mucho sentir en mi cara esa brisa fresca, ese suave viento que movía mi pelo, pisar esas hojas secas, con las distintas gamas de colores: café claro, café oscuro, amarillo, anaranjado, rojizo y es-

cuchar ese crujir en mis zapatos (jugábamos con una de mis nietas, quien aplastaba más hojas) es una de mis estaciones favoritas. Me da una sensación de nostalgia, me transporta a distintas etapas de mi vida y a la vez una percepción de paz y agradecimiento de estar viva. (...)

Patricia Camacho Valda
Las Condes, Metropolitana, 73 años

❁

(...) Me hace falta caminar un poco, aunque no tengo muchas ganas pero así caliento mis piecitos. Hace frío y quizás llueva. Ojalá alcance a ir y volver, antes que eso ocurra. Me cubro con mi mascarilla de fabricación propia y salgo. Son muchas cuadras hasta el Líder. No hay mucha gente, busco lo que necesito: leche, carne, pollo, vino, verduras, pan, huevos. Paso a la farmacia a comprar calmantes para cuando me ataca el dolor de cabeza, aunque últimamente no es muy seguido. Voy de regreso a casa caminando algo despacio, están pasadas las bolsas, me arrepiento de no haber traído mi mochila con ruedas (...)

Mariana Sepúlveda Cerda
Temuco, La Araucanía, 60 años

❁

Me gusta difarear.
Me gustan las ideas tontas.
Pensamiento terapéutico.
Antiviral mental. (60 peras.com)

Mario Vera Aravena
La Cisterna, Metropolitana, 60 años

❁

Pucón, setenta y tanto del plenilunio,
Era de Coronus Virus Imperatore

Diario querido:

Hemos llegado al día setenta y tanto del plenilunio, en la era de Coronus Virus Imperatore, como le gusta llamarse al bicharraco, que nos tiene encerrados desde hace casi tres meses... y estoy chato. Otro día más y no respondo. El sol, para variar, salió temprano. Supongo que a la misma hora de siempre. Está helado, muy helado... Abrigado, como hijo único, prefiero contemplar en esta otoñal mañana a unas amarillentas hojas, que se revuelcan a sus anchas en esos suelos cubiertos por una frágil escarcha, sin percatarse que también ellas están muertas, encerradas, prisioneras. Todos estamos prisioneros, encerrados y muertos.

Pasan veloces los minutos. La rutina matinal se eterniza. Mi té con leche y el ritual de encender la caja siniestra. Siempre lo mismo: un grupo de ávidos comentaristas culpaban del contagio a ese jetón loco que hizo un carrete en su casa. Alguien dice que las cartas están tiradas, que se debe seguir encerrado. Nada ha cambiado desde hace miles de mañanas. La rubia conductora de ese matinal alienígeno, sonriendo nerviosa, comenta que Coronus sigue diezmando a su arbitrio nuestras miserables existencias. Coronus ríe. Ríe en nuestras propias placas dentales, mientras sus siniestros heraldos proclaman *urbi et orbi* sus infames maniobras y él, como un buitre carroñero, indaga y escudriña sus presas, antes de destrozarlas. La señorita de la tele, con voz circunspecta dice «esto es una crisis», que «vagamos sin rumbo... a la deriva». Vuelvo a mi cama y me enrollo en las frazadas, como niño, abrumado por saber que puedo llegar a ser solo una cifra más del maldito engendro. Nunca pensé que este comegatos sería tan virulento. Imagínate, apreciado diario, si los contadores de muertos no dan abasto para sumarlos... y lo peor, «la mayoría, abuelitos» (como yo). «Pura sabiduría que se pierde en medio de la pandemia»... dijo con su ojitos preocupados y húmedos, la señorita rubia, de la caja siniestra.

Carlos Gray Aguirre
Pucón, La Araucanía, 68 años

A esta altura del «encierro» evito mirarme al espejo , no quiero ver mi pelo ya con crecimiento de canas y un poco más largo, pero bueno es parte de lo que estamos viviendo

muchas con esta pandemia del covid-19, y pienso ya llegará el momento de preocuparse de eso. Tendré que usar gorrito al salir.

Mi prima Ely que vive en España, me cuenta que tienen un horario para salir a caminar, por lo menos pudo juntarse con su hermana y familia que viven cerca, añoraban ese encuentro, ¡qué bien!

Con mi amiga Margarita arreglamos el mundo. Menos mal que se puede hablar por el teléfono del WhatsApp, así no se nos acaba el plan, solo se nos descarga el teléfono, jajaja, de tanto rato hablando.

Qué tiempo que no voy a la feria de mi barrio, extraño eso de elegir lo que quiero, pero solo puedo mirar por mi ventana como pasa la gente a comprar pero me pillo rabeando sola por el mal uso de las mascarillas, tanto que se ha enseñado y nada, lo mismo cuando aparecen en TV y me descubro sola diciendo «súbete la mascarilla», ponte la mascarilla, etc. Bueno, termino este día muy animada y agradecida.

Betty Aracena A.
Quilpué, Valparaíso, 71 años

❁

Es probable que no existan peores noticias que las de hoy. Récord de personas fallecidas, y el ministro diciendo que nunca imaginó el nivel de pobreza y hacinamiento que hay en Chile. ¿En qué realidad vive la clase dirigente de nuestro país? Por su parte, los senadores presentan también su numerito rechazando una ley que les impide volver a postular en las próximas elecciones a varios de ellos con la inmediata reprobación de la ciudadanía. Parece ser que para ellos nada ha cambiado y siguen actuando como si el país fuera el mismo de hace 50 años atrás. Temo que el despertar de esa inconsciencia pueda ser terriblemente duro.

Julio Garrido Andrades
San Miguel, Metropolitana, 64 años

❁

Confinamiento y cuarentena de un viejo de 80 años en Valparaíso

21.00 horas, después de tomar los medicamentos para controlar la hipertensión y el colesterol me acuesto con los pies helados, a consecuencia de las varices en las piernas, en invierno coloco una bolsa de goma con agua caliente, que se llama guatero, para mí debería llamarse «piesero».

Escucho y veo noticias, algunos programas turísticos o películas que las repiten todos los días a diferentes horas. Generalmente, me duermo a las 23.00 horas. A medio sueño a las 03.00 horas me despierta un tic tac tic tac imaginario en mi cabeza, que me van indicando los segundo que estoy viviendo en mi vida de viejo, que al escucharlo van quedando en el pasado, que me recuerda cuando fui un niño pobre, en esos años con mi hermano estudiábamos en una escuela pública, n° 53, ubicada frente a la plaza de Recreo. Recuerdo que la sociedad italiana ayudaba a esa escuela, una vez a la semana recogía a niños y nos llevaban al hotel O'Higgins a almorzar, nos trasladaban desde Av. España al hotel, en un carruaje tirado por caballos. También, nos entregaban zapatos y a otros les daban jersey negros y me llevaron a sacarme una muela que me dolía mucho. Son mis recuerdos de niño, que me tocó vivir a consecuencia de la pobreza de mis padres.

El reloj no para de sonar en mi cabeza y no deja dormir, o será a causa de la preocupación de estar encerrado por esta pandemia que nos tiene a todos preocupados.

Escucho los diferentes ruidos del puerto de Valparaíso, que por la ubicación de los cerros que lo circundan se asemeja a un auditorio gigante, que en el silencio de la noche, escucho clarito el ruido de abrir de las bodegas, el traslado de los container, la maniobra de los remolcadores que indican su intención de desplazamiento por medio de pitazos, que al escucharlos me vino al recuerdo cuando mi padre me llevó a la plaza O'Higgins, vestido con un traje de marinero color azul con un pito colgado al cuello que no dejaba de tocar, nos sacamos una foto para el recuerdo. El tic tac no para de sonar, no me di cuenta cuando se terminó.

Juan Castro Gómez
Valparaíso, 80 años

Hoy debo ir a médico, no quería; pero tengo un problema que lo debo revisar ahora. Estoy preocupado y más Pelusita. Será en Viña del Mar. Fui, el médico me examina y me confirma lo que me habían diagnosticado dos médicos anteriormente, mi testículo derecho está

muy inflamado, es líquido que una membrana ya no logra absorber. Para resolverlo debo operarme y por ahora eso no es posible, el médico me dice que por la pandemia no están operando, ni siquiera por motivos de cáncer. Tendré que aceptar la molestia hasta que el general enemigo de la orden de retirada a las hordas covid-19, claro porque esta es una guerra cruenta en la que nos va muy mal hasta este momento. ¡Viva Chile, mierda! (...)

Juan Nicolás Arancibia Jerias
Casablanca, Valparaíso, 66 años

❁

Después de muchos días y semanas sin salir de casa y menos a la calle, pedí a una de mis hijas que me dejara acompañarla a retirar mi leche al consultorio. Claro, debo aclarar que se me había ofrecido la posibilidad de entregar en mi casa, pero necesitaba un pretexto para ver gente caminando, negocios abiertos, en fin, desde lejos miraba y pensaba cuánto extrañaba mi vida con toda su cotidianidad, antes de esta pandemia que me tiene recluida, pero debo también agradecer que no he sentido el abandono, a mis hijos los veo de lejos, sus llamadas son ahora más frecuentes, yo feliz. (...)

Nosotros los cristianos tenemos la profunda certeza que el Señor sí está en nosotros todos los días, hasta el final de los tiempos.

Así siento que no estoy sola en esta gran batalla, ruego que termine tal como llegó esta epidemia de un día para otro.

Termina por hoy mi vivencia en confinamiento sin antes lamentar funestos pronósticos: Chile con los más altos índices: contagiados y muertes.

Ana Magdalena Cabrera Salinas
Puchuncaví, Valparaíso, 80 años

❁

(...) Mi padecer por la pandemia comienza el 16 de marzo de 2020. En mi interior creí que pasaría pronto, pero ya llevo dos meses encerrada en mi departamento ubicado en la comuna de Renca.

(...) Comienzo con la pandemia. Me he sentido enferma, me falta el aire al respirar, aunque según el médico respiro bien. Tengo dolores de cabeza, ansiedad de salir corriendo y esconderme

en otro mundo donde no suceda todo el horror que estamos viviendo (la violencia y la pandemia).

Tengo miedo de que este virus alcance a alguno de mi familia, pues nadie está a salvo. Mi corazón se aprieta de solo pensarlo. Los días corren y la situación no mejora. Al contrario, es peor cada día. Son tantos días que no sé cuándo se perdió la María Ester, que trabajaba, vivía la vida gozando del sol y la brisa cruzando la placita para tomar la micro para ir a trabajar. Es muy duro todo esto sintiéndome sola y sin encontrar una salida, ya que mis tres hijas y nietos quieren que viva muchos años más. No salgo ni a comprar el pan y eso que el almacén está dentro del condominio donde vivo.

Siento temor, la televisión muestra hoy 28 de mayo de 2020, 49 fallecidos. Miro por la ventana y veo que la gente circula sin mascarilla, porque son «choros» y creen que no se contagiarán. (...)

María Ester Palacio
Renca, Metropolitana, 68 años

❁

Destapé el drenaje del lavaplatos.
Envié un minicuento sobre la pandemia a Santiago en 100 palabras.
Mamá hizo una oración por la tía Nina.

Juan Emilio Herrera González
Maipú, Metropolitana, 68 años

❁

¡Qué pena tan grande! Anoche falleció el papá de Verónica, la doctora del noveno piso. Vinieron de la funeraria y lo llevaron directamente al cementerio. Ahora los funerales se realizan por Zoom, los más cercanos siguen el cortejo y, al llegar al cementerio, hacen señales con las luces del auto, en una despedida silenciosa. ¡Esto parece una película de ciencia ficción!

Mónica Celis Morales
Huechuraba, Metropolitana, 70 años

❁

Recuerdo que después del estallido social, a principios del mes de diciembre, fuimos despedidos de nuestro trabajo 70 personas, casi todos teníamos más de veinte años de antigüedad en la empresa, lo esperábamos en cualquier momento debido a la crisis económica que vivía el país, pero quedé conforme con mi finiquito, ya que a todos nos reconocieron nuestros años de servicio, estábamos felices y agradecidos de la empresa.

Enero y febrero fueron meses de descanso y remodelación de mi casa. En enero me ofrecen trabajar en ventas, me ayudaría para aumentar mis ingresos ya que estoy jubilada, fue sorprendente para mí ser considerada y reconocida para seguir vigente.

Estaba organizándome para trabajar más relajada, sin horarios ni metas, cuando en el mes de marzo llegó el virus a Chile y tuvimos que empezar a cuidarnos con cuarentena preventiva en mi ciudad.

Mi esposo que es jubilado y trabaja en forma independiente en rubro de taxis, tuvo que dejar de trabajar por el riesgo que significaba exponerse a un contagio. (...)

Ana María Reyes Morales
Valdivia, Los Ríos, 64 años

❁

(...) Hemos estado recogiendo paltas, son muchas y regalamos la mayoría, incluso una bandeja grande se fue a Valparaíso, esto nos hizo muy felices.

Betty Agurto Barrera
Talagante, Metropolitana, 73 años

❁

Viernes, 29 de mayo

(...) Este es un momento de soledad absoluta pero muy acompañada por mí, ya que soy mi mejor amiga. Conversamos, me escucho, medito, leo, investigo temas que me apasionan,

los escribo y los guardo como tesoros. Me preocupo mucho cada día de mi aspecto personal, porque me hace sentir bien, al igual que el de mi departamento, cuidando mis plantas y flores en el pequeño balcón que tengo. Esto lo hago porque cada flor me alegra el día a día, porque yo las he plantado y son como mis hijos que ya volaron. Reconozco que debo ser flexible para hacer más fácil y llevadera esta cuarentena. Añoro bailar un tango, soy tanguera y esa es mi pasión.

Soy una convencida de que nadie estaba preparado(a) para vivir esto.

Todo lo estoy tomando de la mejor forma posible, pensando que si yo me cuido estoy cuidando a otros. Siento que es una gran oportunidad el estar sin salir al exterior y así irnos a nuestro interior, porque el silencio y la soledad nos hacen meditar y encontrarnos con nuestras propias luces y sombras.

En estos momentos de angustia, terror y muerte, aflora lo mejor y lo peor del ser humano. Me duele la falta de empatía y solidaridad de algunos jóvenes que no respetan las cuarentenas ni los toques de queda porque piensan que a ellos no les pasará nada, produciendo así más contagios y muertes.

Con mucha pena hemos podido ver que esta pandemia nos ha mostrado con gran crudeza, la abismante diferencia en la distribución de la riqueza en nuestro país y el mundo entero. No es lo mismo una cuarentena en zonas en las que se vive en hacinamiento: familias con niños, abuelos, allegados y para quienes tienen que trabajar el día a día para comer. Donde el trabajo es físico y no online, donde los niños no tienen computadores para continuar sus clases. A diferencia del otro Chile, con espacios suficientes, comida segura, trabajos virtuales e igualmente los niños en clases *online*.

Me duele la tristeza que podrá sentir nuestro pueblo postergado por muchas décadas, al comprobar que por falta de oportunidades no pudieron cuidarse en la cuarentena y muchos de sus seres queridos fallecieron.

(...) Debemos tener esperanza por un mundo mejor, siempre viendo el vaso medio lleno. Estoy segura de que esta pandemia nos hará mejores seres humanos, porque habremos encontrado el sentido y la esencia de la vida.

Paulina Montero Martínez
Providencia, Metropolitana, 81 años

Después de dos meses de encierro, ayer tomé conciencia, espero no sea tarde, que si me dejo flotar, fluir, ser, lo que sea, es mejor. Mejor para ver, oler, sentir, amar.

Respiro profundo, escucho jazz, escucho barrer, veo la pantalla, las velas titilan, y nada es más importante que lo otro. Todo es igual. Mi cuerpo está sano, mis hijos bien. Valoro y vivo intensamente este momento del encierro total.

Laura Naranjo Arcaya
Providencia, Metropolitana, 75 años

Pandemonium, capital del infierno

Fui invitado a que contara
cómo enfrento a la epidemia,
que hiciera un diario de vida
narrando
cómo me llevo con ella.
¿Que cómo me llevo con ella?
Es ella la que me lleva
y también al mundo entero,
por algo la llaman... pandemia.

Nuestro Chile, querido Chile,
sufre a menudo tragedias:
terremotos, tsunamis, aluviones,
pestes también, incendios forestales;
es un destino angustioso
que a todo el país conmueve,
pero nada tan funesto, tenebroso,
como el covid-19.

Pero la chilena, el chileno, tienen
sin duda, un carácter que pesa;

cuando es necesario sacan
en la adversidad, fortaleza.
Además, para estos casos y otros,
echan mano a una receta infalible:
su sentido del humor;
con él logran lo imposible.

Hay algo más que (me) emociona:
su solidaridad probada
en muchísimas ocasiones,
en la Teletón, por ejemplo,
de rango internacional
no solo aportan los que mucho tienen,
sino también pobladores
que mes a mes ahorran sus pesos
para contribuir
a esa gran causa social.

En esta ocasión la causa
toca de cerca de sus pares,
a los de menos recursos,
incluso a menesterosos
a quienes la pobreza invade.

Hay que hacer algo dicen, es urgente.
El gobierno demora mucho con su ayuda.
Ya por la pandemia tenemos
una gran mortandad,
ahora no podemos permitir
que de hambre muera nuestra gente.

Volvieron las ollas comunes,
los comedores populares,
doña Juanita hace cundir la comida
para los vecinos que tienen

muchos chiquillos
además de los abuelos.
Don Pedro reparte pan que él amasó.
El pueblo ayuda al pueblo, dice.
¡Aquí tiene, amigo!

En lo que a mí respecta, poco puedo decir,
aunque de veras lo intento.
Me siento como paquidermo... lento...
y habiendo horas, tiempo para todo,
ando cual campesino recolectando rastrojos.

Estos, mis rastrojos, son: cuadernos, cuadernillos,
hojas sueltas, ya de color amarillo.
¿Qué escribía en ellas? Versos, versos
que casi nunca mostré a nadie.
Quizá si el leer y decir tantos poemas hizo
que me sintiera (creyera) poeta.
Pero poeta no soy, lo tengo muy claro,
esa es palabra muy grande,
de modo que sin alarde, diré:

Voy a intentarlo de nuevo;
con la misma piedra tropezaré,
lo sé, pero aquí estoy.
¡Adelante!

¿Cómo continúo?
Naturalmente seguiré
con el tema de la pandemia:
respetaré el protocolo de sanidad,
no cumplirlo es insensato;
de no acatarlo tendremos...
enfermos, secuelas,
letalidad para rato.

Me lavaré bien las manos,
siempre que cuente con agua;
muchos barrios no la tienen
y también son seres humanos.

Guardar la distancia social,
se recomienda. ¿Es un chiste? ¿O es en serio?
Esa distancia siempre ha existido,
para nadie es un misterio.
¿No sería mejor una distancia vital?
La mascarilla también es recomendable.
Suena bien en diminutivo;
el que cometió delitos o fraude
con máscara o mascarón, mejor no hable.

Nada más, señoras y señores,
ni nada menos.
Soñemos como chilenos,
estamos en el mismo barco,
entonces todos juntos rememos
todos para uno y uno para todos, digamos,
como los tres mosqueteros...
¡Hagámoslo! Solo así derrotaremos
a la adversidad.
Y con esto me despido.
Nada más.

Mario Lorca Aguilar
Macul, Metropolitana, 92 años

A media noche desperté con un fuerte dolor de garganta. Me lo agarré, pensé: cuándo, en qué momento si no he salido del departamento. Me levanté, fui a comer un poco de jalea y se me pasó el dolor. Uuuf, qué alivio.

Ahora todos se acuerdan de los filósofos. Esto comenzó cuando los economistas nos transformaron en un recurso, además se creyeron sociólogos y a más de alguno le encendieron velitas por los favores concedidos.

Desde el lunes pasado, en Croacia, todo es casi normal, me dice mi hijo. Los niños van al colegio. El primer día, al terminar la jornada, le pidieron estar un rato más con sus compañeros para conversar con ellos. Una lucecita de esperanza.

«...si hubiera sabido que mi hijo iba a ser presidente de la república lo hubiera mandado a la escuela, señor...». *El otoño del patriarca.*

Alfonso Pino Pizarro
Providencia, Metropolitana, 75 años

Hoy tenemos un día precioso aquí en el sur. Agradecemos a Dios, a la naturaleza, el poder tomar un poco de sol en la tarde, aunque sea dentro de la casa, ya que está muy frío afuera. Salí a dar comida al perro y después, a entregar un pan a una vecina, salida que también me ayuda a tomar un poquito de sol en la calle a las 13.00 horas. Creo que dejaré esto pues debo ir a encender un poco de fuego para no pasar frío. Hasta mañana.

Laura Graciela Huaquín Mora
Valdivia, Los Ríos, 77 años

La mañana comienza como siempre con mi desayuno en cama en la pieza con mi hija y con el televisor prendido esperando el informe del Minsal. Luego de las cifras trato de ver otra cosa que me desconecte. El tiempo ha cambiado considerablemente. Hace mucho frío. Hoy me llamó mi hermano desde Temuco. Lo noto preocupado. Su hija es enfermera y trabaja en la urgencia del hospital clínico de la U. de Chile. Me pongo en su lugar y lo entiendo perfectamente.

Me llamó una amiga para que le convide romero y la ayude con alguna idea para un proyecto para sus alumnos. Es profesora de matemática.

De mis vecinos nada que decir. No los veo salir y tampoco los conozco.

El resto del día sigue igual. Solo que no pude conciliar el sueño hasta las cuatro de la mañana. Lo atribuyo a que veo mucha televisión, mucho computador y mucho celular. No quise tomar pastillas para dormir ni recurrir a la lectura ni a la escritura.

Tengo al borde de mi cama un libro, la Biblia y una agenda vieja donde escribo algunas tonterías.

Cecilia Lineros Alarcón
Valdivia, Los Ríos, 68 años

Por fin me he decidido lo que hace bastante tiempo he querido hacer y es escribir. He tomado mi cuaderno para plasmar lo que día a día voy sintiendo, lo que llamaré los años dorados. Hermoso título, pero de dorados no tienen nada. La verdad es que debieran ser hermosos, pero me he dado cuenta de que muchas veces hay que pedir perdón por envejecer. Me he dado cuenta que a muchos en esta etapa nadie nos quiere tener, habiendo hijos, nietos. Si alguno de ellos dice yo me quedo con mi madre o padre solo les pido que ustedes no lo olviden ¿y qué pasa? Pasado un tiempo empiezan los reproches, como por ejemplo: no tengo tiempo, además el viejo fue como la mierda, pero él es un prestigioso ingeniero, y de dónde salió el apoyo económico y los desvelos —del viejo de mierda—, ni siquiera mandan dinero para ayudar a pagar al auxiliar que lo cuida, otra excusa de los hijos, ¡ah! si hubiera sido mi mamá yo la hubiera cuidado. Todas son patrañas para no sentirse culpables del abandono. Y cuando van a ver a papá, que son dos veces al año, van como a pasear, a almorzar o tomar once, o sea, doble trabajo para el dueño de casa. Y hacen estos comentarios: «te ves bien, papá, se nota que estás bien cuidado», «gracias, hermanito». A propósito, hermano, ¿qué pasa con la pensión de papá, a dónde va? El pobre contesta: ayuda a pagar a la cuidadora, papá tiene una pensión de 320.000 pesos y la cuidadora cobra 580.000. En ese instante se levantan y se van súper rápido, para que no les vayan a pedir para los gastos de pañales, remedios y suplementos alimenticios... Bueno, da lo mismo, nunca tienen dinero.

Alejandrina del Carmen Gallardo Seguel
Castro, Los Lagos, 70 años

Ahora quisiera resumir lo que ha significado la pandemia del covid-19. Creo que aparte de ser terrible por la gran mortalidad que está provocando y por su alto nivel de contagio, ha dejado al descubierto la enorme desigualdad social que vive este país porque ha permitido que aquellos que vivían en otro planeta conozcan el nivel de pobreza, desprotección y hambre en que vive gran parte de la población. Conocer ese grado de miseria aterra, porque puede desatar una rebelión violenta y ciega que no mida consecuencias.

Eso me hace desear que después de esto se produzca un cambio que mejore al mundo, que seamos más amigables, empáticos, acogedores y buenos con el medio ambiente y las personas donde los valores éticos sean realmente importantes, para vivir en un medio ambiente bello y feliz.

Ema Aída Henríquez Miranda
Viña del Mar, Valparaíso, 66 años

❁

(...) Hoy viernes, según mis anotaciones (tengo una libreta donde anoto a diario los medicamentos que tomo, y el recuento sobre la pandemia, los casos nuevos, los contagiados, el día en que vamos de esta cuarentena eterna de los adultos, mayores) es el día 87, desde que comenzó o llegó el coronavirus. ¡Es tan fresco que ni siquiera pide permiso para entrar en nuestras vidas!

Luego que hago todo esto, me voy a cocinar y a la par hago mascarillas, marco, corto, hilvano, y así paso el día, sin mucho que hacer, aparte de hacer el aseo, barrer el patio para ver la luz del día, mirar los pocos pajaritos que se ven en las mañanas de heladas en busca de arañitas y gusanitos. Y luego, adentro nuevamente de la casa, al recibir alguna llamada de mis hijas ya me desentiendo de este momento, nos reímos recordando momentos pasados, divagamos con comernos un buen asado a la olla o una tortita. Después, todo sigue igual, si no hace nada uno, vienen los recuerdos y me entristezco, pero inmediatamente levanto mi ánimo, ya que por fortuna soy más positiva que negativa y siempre le busco lo bueno a la vida.

Gladys Rosa Tapia Miranda
Padre Las Casas, La Araucanía, 69 años

❁

Querido diario:
Hoy desperté con mucha pena. Aunque traté de estar bien y no ponerme triste, las noticias no son buenas. Nos avisaron de la muerte de un amigo y compañero de trabajo de mi esposo. Treinta años juntos. Sabíamos que estaba mal, pero lo más triste es no poder despedirlo, darle el último adiós, por culpa de toda esta pandemia. Quizás cuánto más durará, por culpa de gente idiota e irresponsable, que no respeta nada, ni a nadie. Es verdad que hay mucha gente que la está pasando mal, física y económicamente, como también, hay quienes aprovechan las circunstancias. Pero la crítica, la violencia y la irresponsabilidad no es la solución. Al contrario, pienso que agravan más las cosas.

Este es un día de malas noticias. Mi hijo mayor quedó sin trabajo, la empresa no dio para más. Venían con problemas desde octubre, desde el famoso estallido social, y se complicó aún más con la pandemia. ¡Cuánta gente quedó sin empleo!

Ahora estoy escribiendo más temprano, porque no tengo ganas de nada. Es un día malo. En la televisión y las redes sociales solo hablan de calamidades, asaltos, calentamiento global, sequías, racismo. Se siente como si estuviéramos llegando al fin del mundo, lo que solo trae más penas y angustia. Te mentiría si te dijera que no le temo a la muerte. Me gustaría vivir en un mundo mejor para todos, pero pienso que eso nunca se podrá, porque la peor pandemia que existe en la tierra somos los seres humanos.

Me voy a acostar pensando que soy la niña que alguna vez te escribió. Ahora soy Ana con 12 años, la que soñaba con su príncipe azul. Ojalá mañana sea un mejor día.

Ana Saavedra Escobar
Padre Hurtado, Metropolitana, 62 años

Mi esposo durmió bien y más de la cuenta y me asusté.

Hizo su rutina con interés y motivado. En la tarde estuvo mejor, se bañó, se afeitó (eso no significa que no lo haga todos los días) y quedó hermoso como siempre; lo amo a pesar de los cuarenta y seis años de matrimonio, de nuestro genio, de los problemas que hemos tenido en este tiempo de vida en común, pero los momentos de plenitud son más que los otros, o los olvido con mucha rapidez. (...)

Josefina García Verdejo
Santiago Centro, Metropolitana, 66 años

❁

¡Qué rico es que a uno la regaloneen! Mi hija es maravillosa, hizo una lista de todos los alimentos que una persona con cáncer debe comer y la encargamos por internet. Me hace jugos de frutas naturales y crema de verduras para consumir vitaminas. Yo trabajé toda mi vida y desde que enviudé hago todo yo y ahora me siento una privilegiada, porque me atienden.

El virus está contagiando a mucha gente y no se ponen mascarilla, ni guardan el metro y medio de distancia acordado. Este país no tiene remedio.

Carmen Elisa Klenner Ferrada
Peñalolén, Metropolitana, 73 años

❁

He amanecido cansado, ya que los sueños nocturnos profundos y reparadores no los conozco. Me cuesta quedarme dormido. Despierto a medianoche y cuando me quedo dormido tengo sueños insufribles. Debo reconocer que al morir mi esposa en mis brazos me ha marcado profundamente. Verla tratando inútilmente de respirar en forma desesperada y con una mirada perdida en el espacio lo encuentro patético. Espero que nadie tenga una experiencia similar.

Mario Castro Torrealba
Vitacura, Metropolitana, 79 años

❁

Tempranito pedí el gas para mi estufa, llegó rapidito, claro que lo recibo y lo baño con agua con cloro para desinfectarlo, ¿será que a veces exageramos? Hoy me dedicaré a terminar mi chaleco, para olvidarme un poco de este corona, claro que vi la noticia de un señor que falleció en la calle, impresionante, y ¡qué tristeza!

Betty Aracena A.
Quilpué, Valparaíso, 71 años

Nuevo récord de personas fallecidas, hoy fueron 54 nuevos fallecidos. Hay personas mayores que están muy asustadas con estas cifras, y si agregamos que existe en ellos la natural tendencia a sentir miedo, entonces para ellos la situación es de absoluto peligro. Bueno, a aumentar dicha sensación en mucho contribuyen las autoridades de salud en cada una de sus intervenciones al informar la nueva cifra de fallecidos en el último día, no cesan de repetir que se trata de personas mayores con enfermedades de base, como si eso fuera un paliativo a la cifra de fallecidos o peor aún, como que no importaran tanto esas muertes, total ya eran ancianos con otras enfermedades. Cómo no sentir indignación ante tamaña falta de consideración para con la población de mayores en Chile. Me parece que esa actitud de las autoridades confirma que la visión de este gobierno es que las personas valen solo mientras pueden trabajar para el enriquecimiento del codicioso. Qué lejos se ven aquellos años en que se valoraba el aporte de las personas al desarrollo del país, en contraste con lo que ocurre hoy, que las personas ya no son más que recursos de producción al servicio del llenado de bolsillos de unos pocos. Qué degradación más grande de la condición de ser humano a la que supuestamente tenemos todos derecho solo por haber nacido en un país que se supone libre y democrático. Bueno, ahí también tenemos culpa por haber elegido a los que hoy nos gobiernan y aunque nunca mis votos han sido para ese sector político, no se puede dejar de reconocer que en lo que clase política respecta no hay para dónde mirar. Nuestra única esperanza son los jóvenes que con su energía, idealismo y sentido de justicia sean capaces de llevar a cabo los cambios que Chile necesita para que volvamos a ser ciudadanos, todos formando parte de un solo país, y dejar atrás de una vez por todas a los políticos que se han autodesignado como la casta elegida para hacer y deshacer en nombre de nosotros, la chusma inconsciente, ignorante e incapaz de entender las profundas ideas por las cuales se conduce una nación, como si aún estuviéramos en los siglos pasados. (...)

Julio Garrido Andrades
San Miguel, Metropolitana, 64 años

Despierto a las 07.00 horas de un nuevo día de mi vida. Me levanto a las 08.00 horas, después de ver y escuchar las noticias que informa la caja idiota, que nos hace estar pendiente de ella para informarnos de las mismas noticias del otro canal.

Nunca se me pasó por la mente que a causa de mi edad, sobre 75 años, no podría salir de la casa por motivos de esta pandemia. Yo creo que es una buena información por todos los medios disponibles del estado, informando de las consecuencias y qué significa este covid-19 para las personas y la sociedad. Todo continúa con las rutinas de la casa y de mi vida.

Juan Castro Gómez
Valparaíso, 80 años

❁

Siento que la vida nos ha cambiado en 360°. Hemos sentido dolor, pena, angustia que jamás pensamos sentir. Murió un socio de nuestro club Adulto Mayor: sin velatorio, sin misa, solo acompañado de sus familiares más cercanos, nosotros, desde casa, rezamos por su eterno descanso. La pandemia no solo ha transformado la vida de muchos, sino también la forma de morir y darle el último adiós se ha vuelto complejo. Una persona que lo había vivido y sentido todo (80).

Ana Magdalena Cabrera Salinas
Puchuncaví, Valparaíso, 80 años,

❁

No alcanzo ni a leer el diario. Es viernes 29 y recién voy en el del sábado 23. Eso sí, tengo más tiempo ahora de escuchar radio mientras cocino. Me sé todos los horarios de comentaristas y panelistas. Muchos son paja. Puras especulaciones. Igual los disfruto rebatiéndoles mentalmente o encontrándoles la razón.

Anoche almorcé a las 8:15 p.m. No pude antes. Estuve tan atareada todo el santo día, que aproveché que no sentía hambre y me dediqué al *check* de diversas cosas, entre A) las pendientes, más B) otras que habrá que realizar en algún momento, sí o sí, y que más vale ahora que puedo armarme el rato, y C) las que responden a antojitos del momento: ¿por qué no hacer unas galletitas con ese par de yemas que sobraron? Las A) y B) van reapareciendo periódicamente, como una maldición. Y digamos que las C)... a veces también.

Esta casa es demandante, muchos estímulos. Dejar aparte y llevarles los desperdicios blandos a las lombrices. (...)

Maribel Quezada Martínez
La Reina, Metropolitana, 84 años

Querido diario:
Otro día más de la misma rutina. Levantarse, cocinar (obligada, porque le cocino a mi nieta, para que no pase hambre); de no estar ella, seguiría con mi rutina, sin cocinar. Pero bueno, no me siento mal por eso. Para distraerme, veo si hay ropa sucia para lavar, también busco algo para tejer a mi gurumi y si no, busco otra artesanía que hacer.

Así me olvido un poco de lo que pasa fuera (pandemia) y mi mente se concentra en otra cosa.

Ya llegó la noche, y me recuerdo de ti, Nikito. Quiero verte y abrazarte.

Blanca Delgado
Padre Hurtado, Metropolitana, 60 años

Esta mañana no hay bajo cero y no tengo pan, así que voy a la panadería, son cuatro cuadras, pero me abrigo bien, mascarilla, guantes, gorro y parka. Me dio risa la joven que atiende, porque me dijo «caballero», me confundió con un varón, bueno, yo llevaba el pelo bajo del gorro, apenas se me veían los ojos. Yo siempre hago mis tortillitas, pero esta vez no.

Veo poca televisión, algo de noticias; cada día se ven más personas contaminadas y también fallecidos. Esto da tristeza y nostalgia, por eso más escucho la radio, música romántica, especialmente de la nueva ola, me trae recuerdos de juventud cuando cantábamos con mi difunto esposo, *Polito*. Hace 7 años que falleció, me quedé sola... Trato de ser feliz, en compañía de mis tres gatos, una es regalona, se llama *Murcy*, es negrita, los otros dos duermen en la leñera: *Manjar* es color naranjo y *Coco* es color blanco. Llegaron flaquitos, ahora están hermosos, los alimento, y cuando voy afuera los tres van detrás de mí y juegan.

Y así paso cada día, me acuesto temprano, me llevo fruta a la cama, un té de tilo con gotas de limón, miro las noticias... poco alentadoras, juego con mi celular al Candy Crush,

es entretenido, enciendo el escaldasono que me regaló mi hija; tenía miedo de usarlo, pero ayer lo puse y es otra cosa... calentita mi cama. Hoy hay neblina y mucho frío.

Juana Odette Ríos Vera
Río Bueno, Los Ríos, 69 años

La tía Nana cumple hoy 98 años... Mamá y yo la llamamos para felicitarla.

Juanca nos informa que su yerno se está recuperando de su contagio con covid. Ya está de vuelta en casa.

Una genial entrevista a un profesor de filosofía en «Desde el jardín» de Radio Pauta... «La filosofía es la disciplina de aprender a vivir.»

Juan Emilio Herrera González
Maipú, Metropolitana, 68 años

Hoy desperté cerca de las 09:00 en un día frío, gris y muy triste. Recordé años anteriores, pero no con la angustia y susto que hoy siento. Se me vienen tantas cosas a la mente, el año 2019, en esta misma fecha, yo estaba muy mal de salud, serios problemas de colon que, debo decirlo, no le di mucha importancia al principio; resultado, cáncer.

Esa maldita palabra que nadie desea escuchar, han pasado tantas cosas desde entonces (...).

Cecilia Castro
Quilicura, Metropolitana, 69 años

Hoy está de cumpleaños la mujer que me soporta. No vivimos juntos, pero ya llevamos unidos, algunas veces más, otras menos, alrededor de 15 años. Nunca me eligió, nunca tomó la decisión de vivir conmigo, ni siquiera cuando se divorció, pero lo que es la vida: lo que en su momento dolió, ahora se agradece, porque no sé qué haríamos juntos en es-

tas condiciones, compartiendo un espacio tan pequeño como es el lugar donde vivo. (...) Afortunadamente, he ido pidiendo perdón a las personas a quienes les he hecho daño; no a todas, por supuesto, sin duda, no podría, pero a algunas.

Javier E. Olivares Ojeda
Valparaíso, 62 años

❁

El dolor es muy íntimo. Intransferible. Indescriptible. Irrenunciable. Físico y mental. Cuando cayó sobre mí fue de improviso y sin vuelta atrás. De golpe y porrazo quedé sin amor y sin futuro. Creí que el tormento no me abandonaría nunca y en cierta forma ha sido así, permanece una pena lánguida pegada a mí. Hice el duelo de tiempo y distancia. Viví la pérdida. Poco a poco empecé a alejarme del sentimiento que él me inspiraba y a medida que esto sucedía iba recuperando una tranquilidad que empezó a pesar más en la balanza que la angustia del desamor. Tranquilidad y equilibrio, curiosidad y asombro, características que no sé si las traje conmigo o las fui adquiriendo con la vida, me sostienen desde mi interior y desde el exterior, el cariño y contención de mis íntimos.

Marta Alicia Mera Figueroa
Viña del Mar, Valparaíso, 69 años

❁

Día 29 de mayo. Pensaba que estaría listo mi PC, pero la falla era más grande y tomaría más días. Ansiosa, pero hay que fortalecer la paciencia. Los días viernes, por varios años, mi hija Pamela prepara papitas fritas y compartimos las tres, mi nieta mi hija y yo, para poner un encanto al término de semana.

Angélica Morales Osses
Viña del Mar, Valparaíso, 72 años

Siento que mi ánimo ha bajado, y aunque no soy de depresiones, tú lo sabes, parece que la salida de ayer me mostró, escuetamente y con crudeza, la realidad que hoy vivimos, y la que vendrá después que esto pase. Entonces me pregunto: ¿cuál será mi propia realidad?, ¿cuánto tiempo más deberé estar privada de compartir con mis compañeros del folklore, del coro lírico, con mis amigas de «El sagrario»?, ¿acaso tendré que privarme de «paladear» la música en vivo?, ¿voy a tener que olvidarme de regalar a mi espíritu la belleza de la poesía leída por sus propios autores?; ¿podremos volver a nuestros ensayos en el segundo piso de la Casa del Deporte?, preguntas todas que quedan hoy en el aire, porque vamos navegando sin brújula, mi perro querido, en un mar tormentoso y bravo que cada día azota la siquis con más contaminados, más muertos, más dolor, menos puestos de trabajo y etc., etc. Pienso en la cantidad de familias que hoy lloran, con sentido dolor, la partida de una madre, de un abuelo, sin haber tenido siquiera el consuelo de una digna despedida; se comprime mi alma y el cerebro piensa: «¿me tocará a mí?». Tengo casi 75 años, ya estoy en edad de partir, pero ¿sabes, mi loco perro?... Me niego a morir ahogada; a causa de mi limitación respiratoria, he vivido momentos dramáticos, y sé cuán desesperante es sentir que la falta de aire te quiere arrebatar la vida.

Maruja Luna Lagos
Talcahuano, Concepción, 75 años

Sábado, 30 de mayo

Entiendo que estoy vivo cuando voy a morir

Estamos viviendo días angustiantes, temiendo por nuestra vida.

Guerra silenciosa que se acapara de nuestra vida, impidiendo mirarnos y tocarnos sin temor, saludarnos a distancia. Abandonando a nuestros abuelos y seres ancianos por cuidar su salud.

Ya nada importa, nada tiene valor, nos dimos cuenta de que lo único importante es nuestra vida, vivir el día a día porque quizás mañana se nos atraviese el covid-19.

Pandemia mundial que nos ha enseñado que las barreras de los países no son más que una estupidez. Porque ahora estamos unidos, sufriendo por aquellos que se van sin despedida, sin seres amados que los cobijen y les digan cuán importantes han sido.

Pandemia mundial que ha obligado a los padres a estar en sus casas junto a sus hijos, entregados a sus familias, no entregándoles migajas de instantes, obligados a escucharles, mirarles, olerles.

Quisiera escuchar a la madre Tierra, la naturaleza que dañamos sin conciencia cada día, creyéndonos superiores, lo único y más importante del planeta.

¿Será la madre Tierra, la naturaleza tan inconsciente y disfrutará vernos ahora asustados, temerosos, frágiles?

Frágiles, palabra que nos desnuda el alma y hace palpitar nuestro corazón.

Nos coloca tan debajo de nuestros hermanos animales, que también los vemos como seres secundarios, tan debajo de nuestra superioridad.

Covid-19, año 2020, viene a mirarnos a los ojos y a bajarnos del pedestal y remecernos, para que valoremos lo importante y aprendamos a vivir.

Rita Rojas Reyes
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

❁

9:30 h.
Regreso de ir a comprar el pan a la panadería. La dependienta me recibe con la primera noticia desagradable del día: ¡subió el pan y la carne, vecino! Y se responde a sí misma: y los sueldos na ni na. Hoy sábado estamos todos en casa, salvo mi nieta que se fue donde su tía, abrigada con todas las recomendaciones sanitarias habidas y por haber. Vamos al desayuno. Hay sol pero igual está helado. Con mi vecino estamos arreglando el mundo antes del almuerzo. Hoy amanecimos con una inquietud generalizada: los supermercados podrían cerrar todos por estar contaminados. (...)

Ernen Ceferino Becerra Fuentes
Chiguayante, Biobío, 72 años

❁

La última clase

Seguramente fue el nuevo silencio de la noche el que me despertó sobresaltado. Ambiente marcado por la ausencia de vehículos y que cubre las calles y barrios de mi ciudad con un manto lleno de angustia, agobio y temor.

Hasta ese momento dormía profunda y plácidamente. Como me suele ocurrir, soñaba con mis alumnos, aquellos que la vida me regaló por tantos años de actividad docente. Me veía en medio del patio rodeado de jóvenes; ¡cómo me gustaba el patio! Privilegiado espacio donde uno puede generar vínculos de fraternidad que duran toda la vida, lo que no genera el salón de clases marcado por el contenido y su obligatoriedad. Si en la sala uno construye conocimientos, en los patios nos encontrábamos como amigos y producimos humanidad.

Desperté molesto e incómodo porque un sueño, por más duro que sea, nunca será tan terrible como la realidad que vivimos. Abrir los ojos y constatar la realidad me produjo una sensación de frustración, hubiese preferido seguir soñando con mis muchachos en un eterno compartir.

¿Cómo estarán?, ¿se cuidarán?, ¿tendrán las herramientas necesarias para enfrentar de pie esta pandemia? Cómo me gustaría verles, saber de sus vidas, abrazarles, pero cara a cara y no como sucede por estos días en que nos aprovechamos de los medios electrónicos.

Esta noche en que les he vuelto a ver permítanme repetir mi última clase, aunque ustedes eso no lo sabían, seguramente lo intuían, porque la enfermedad de Parkinson nos alejaba físicamente para convertirme en prisionero de mi propia casa. En ese último encuentro traté de sintetizar lo que fue mi constante recurso discursivo: crecer en humanidad, en humanismo, en tolerancia y vivir de acuerdo a lo que es la gran vocación humana como lo es la felicidad. El contenido de los procesos históricos era el marco legal, pero ustedes saben que soñaba en el ágora de Atenas compartiendo con ustedes en ese ejercicio peripatético donde se mezclan ideas y caminatas.

Aún guardo el esquema de esa última clase; dos conceptos fueron los que guiaron el discurso: plenitud y *carpe diem*. Déjenme recordarlo en esta larga madrugada, es el recurso que tiene este viejo maestro de ayudarles a enfrentar este tiempo que nos invita, no sin cierto grado de obligatoriedad, al compartir reflexivamente. (...)

«Que *Carpe diem* también era el nombre del poema del gran humanista y poeta norteamericano Walt Whitman (1819-1892), que les recité para dar por finalizada la clase».

Poema que en sus versos finales decía más o menos así:

«No abandones tus ansias de hacer de tu vida algo extraordinario...

No dejes de creer que las palabras, la risa y la poesía sí pueden cambiar el mundo...
Disfruta el pánico que provoca tener la vida por delante...
Vívela intensamente, sin mediocridades.
Piensa que en ti está el futuro y en enfrentar tu tarea con orgullo, impulso
y sin miedo.
Aprende de quienes pueden enseñarte... No permitas que la vida
te pase por encima sin que la vivas...»

Así terminó mi última clase, que esta noche bañada por el nuevo silencio les invito a recordar y vivenciar.

José Carrera Núñez
Valparaíso, 64 años

Y se acabó el mes, pasado mañana junio, seguimos en cuarentena... se ve que será más largo de lo que pensábamos. El último domingo del mes, día del Patrimonio, siempre visitábamos lugares, nos encontrábamos con amigos, con conocidos. Ahora todo virtual. Hoy vimos varios de los trabajos de Orlando, ¡qué buenos documentales! Yo sé que no puedo ser objetiva, ¿qué madre lo es?, pero lo encuentro bueno. Qué emoción ver ese corto en que actúa mi mamá, es tan real. Cuando lo hizo debe haber tenido 85 años ¡y qué bien actuaba! Siento una gran emoción y alegría, es como tenerla. Me gustaría que esos que hablan de las muertes de adultos mayores tan livianamente, lo vieran y se dieran cuenta de lo valiosa que es una persona mayor. (...)

Es bueno esto de escribir, es como conversar y cuando esto pase (¿pasará?) será entretenido leer lo que escribí. Y cosa extraña, ahora que parece que todo está en pausa, no me falta qué escribir. El virus también tiene que ver con esto.

Lidia Osorio Olivares
Iquique, Tarapacá, 66 años

Bendita Pandemia Universal. Bendita tecnología del siglo XXI

El recogimiento diario del cuerpo y alma, permite desplegar la nostalgia por los recuerdos que se amontonaron en nuestra conciencia de viajero impenitente durante 30 años. Desde Iquique hasta Punta Arenas, pasando por Puerto Aguirre, Isla de Pascua y San Cristóbal, Bolivia.

Este confinamiento y la tecnología que nos acompaña, permite la comunicación a distancia, con todos los buenos amigos que se acumularon en un rincón frondoso del corazón desde 1988.

Por 30 años la comunicación se mantuvo incólume en variados eventos, a saber, saludo navideño, santoral, conmemoraciones, fechas importantes, aniversarios varios y cualquier motivo justificado. Todo lo anterior nos permite concluir que la Amistad preservada, respetada y comprometida con el otro, es una herramienta de enorme aplicación para la autoestima, la solidaridad y el compromiso con la comunidad profesional. (...)

Osvaldo Lillo
Llay Llay, Valparaíso, 69 años

Tengo 83 años y escribo desde hace cuatro décadas. Comencé con sencillos poemas y luego fui plasmando mi historia en diarios de vida. Esta necesidad nace del dolor y la tristeza de la ruptura, pues luego de veinte años de matrimonio, este llegó a su fin y me quedé sola con un hijo y una hija adolescentes. Es una de las crisis más dolorosas que puedes tener en la vida y me costó varios años poder aceptarlo y asumirlo. Escribir me ayudó en todo sentido, me ayudó a conocerme, a comprender quién era y lo que necesitaba y a encontrar motivos para volver a buscar la felicidad perdida.

Tengo 20 cuadernos, todos escritos a mano y, leyéndolos, podrían revivirse todos los acontecimientos sucedidos en el país desde entonces. Aquí algunas de esas líneas llenas de recuerdos que acompañan este aislamiento obligado.

Nací en Chillán, en octubre de 1936, pero a los 15 años me vine a Santiago y aún sigo aquí, donde trabajé, formé familia y jubilé. Pero mi corazón siempre estuvo ligado a esa hermosa tierra donde transcurrió mi infancia. Recuerdo conversaciones con mi madre, en esos momentos de cercanía e intimidad que lograba en los viajes a esa ciudad para acompañarla unos días. De pronto, nos remontábamos hasta los orígenes de la familia, con un poco de nostalgia y mucho cariño al recordar. Fue entonces cuando tuve la idea de poner

en palabras todo eso, pensando que, además de llenar mis días de bellos recuerdos, podría compartirlos con la familia y así no se perderían, porque nos pertenecen a todos. (...)

El 24 de enero de 1939, uno de los terremotos más grandes de la historia de Chile asoló la región y se llevó a mi padre, ese día sufrí la mayor pérdida de mi vida y, aunque solo tenía 2 años y 3 meses y no recuerdo nada, sé que dejó en mí un vacío irremediable que nunca pude llenar y que me ha acompañado hasta hoy.

Toda esa zona quedó destruida y nuestra madre regresó a casa de sus padres con nosotras pequeñas. Mi abuela también falleció días después. Durante 3 años vivimos en casa de nuestro abuelo, mientras reconstruía sus casas del campo y Chillán, luego mi madre conoció a quien sería su segundo esposo, pero como él era funcionario público fue trasladado a otra ciudad y mi hermana y yo quedamos a cargo del abuelo y tíos menores que mi madre y eso nos permitió vivir los días más felices que atesoro en mi memoria. (...)

Volviendo al presente, y con los años que me acompañan, he comprendido que el tiempo es un gran maestro y nos enseña a mirar las cosas desde otra perspectiva. He adquirido la certeza que la felicidad era el objetivo de mi vida y yo la única responsable de encontrarla. Hoy sé que la felicidad es amar. Contemplar la naturaleza, un árbol, una flor. Es el canto de los pájaros al amanecer. Es mi corazón inventando maravillas que solo yo comprendo.

Ya no soy joven, pero pese a todo, trato de aceptar las arrugas que rodean mis ojos y las canas que enmarcan mi rostro, pues son ellas las que cuentan mi historia. (...)

Gladys Eliana Möller Rodríguez
Providencia, Metropolitana, 83 años

Hoy amaneció Valdivia muy helado, pero con un brillante sol que me anima a levantarme. Tomo paracetamol para cuerpos apaleados y a disfrutar en el patio, a sacar rastrojos de siembras pasadas. ¡Qué felicidad! Algo diferente por hacer...

Cecilia Lineros Alarcón
Valdivia, Los Ríos, 68 años

Yo tengo la dicha de ser una adulta mayo, que vivo con mi hijo, y mis demás hijos siempre preocupados de mí. Con ellos he aprendido a usar las nuevas tecnologías, he usado el wsp, videollamadas, y así puedo ver a mis nietos diariamente y compartir con ellos todo lo que me sucede día a día y saber cómo se encuentran ellos también. Además, puedo comunicaré a diario con mis amigas que también son adultas mayores, mi amiga la Silvita que está unida a mi vida hace más de cuarenta años, la llamo a diario todos los días a las 20:30 h. Sagrado, ella tiene cáncer y en las mañanas tiene visita de médico y curaciones. El tiempo es exclusivo para nosotras en este horario, hoy conversamos de los problemas de salud de nuestras amigas, hoy me enteré de que la Cristina también tiene cáncer, sentí una pena infinita porque es mi amiga hace muchos años y es más joven que yo. Me siento muy frustrada porque no las he podido visitar, darles un abrazo, decirles que las quiero mucho. No es lo mismo decirlo por teléfono... a Silvita no la pude consolar en su crisis de llanto cuando supo que tenía cáncer y lo mismo está sucediendo con Cristina.

Alejandrina del Carmen Gallardo Seguel
Castro, Los Lagos, 70 años

Comienza a hacerse pesado este tiempo de encierro, se extraña mucho a la familia y el poder socializar. Visitar a mi mamá, a mis hijas, nietos y a mi hermana, también. Ya llegará el día y lo espero ansiosa, será un día de muchas alegrías para todos. Sigo con bastantes actividades de la escuela, los profesores nos juntamos un día en la semana a leer textos vinculados a la pedagogía Waldorf. Aún no se visualiza retomar clases, sin embargo, estamos conversando y pensando en el cómo volveremos. (...)

Moraima Contreras Batarce
Temuco, La Araucanía, 65 años

Hace mucho frío, ya hice fueguito en la combustión y ya sale el calorcito, voy a tomar desayuno y después veré qué hago con el resto del día.

Gladys Rosa Tapia Miranda
Padre Las Casas, La Araucanía, 69 años

❁

Suena mi celular; video llamada del menor de mis tres hijos, junto a mi nuera y nietecito de dos años, el menor de mis cuatro amados nietos. Con el viejo nos emocionamos, nos damos prisa, ¡no sé de qué!, si tanto ellos como nosotros nos encontramos en cuarentena, cuidándonos y también evitando algún contagio o contagiar con este desconocido virus, a nuestros semejantes. (...)

Poco antes de despedirnos y terminar de regalonearnos, mi nuera me habla de esta convocatoria abierta; «Diario íntimo de Chile», cuyo objetivo es recopilar lo que nos pasa a los mayores de 60 años, experiencias y vivencias de esta amenaza nunca antes vivida; ¡un nuevo enemigo en nuestras vidas!

Incertidumbre ante la muerte que nos acecha por todos lados y como constantemente se dice, «somos los más predispuestos a partir por causa de este virus». Ella, mi nuera, me anima a escribir, dice que me hará bien.

Dora Inés Martínez Bustamante
Peñalolén, Metropolitana, 68 años

❁

Hoy amanecí a las 9.30 de la mañana, bastante más tarde que de costumbre, me despertó un ruido terrible, motosierras cortando eucaliptos medio secos, previniendo que luego se caigan sobre una persona o una casa. Tampoco me siento bien, nariz tapada y con desgarro, hasta me duele el pecho. ¡Chutas! Espero no contagiarme con el virus. Solo he ido a sacarme las muestras de sangre y al médico con todas las protecciones posibles. Dios mío, espero que no me pase nada, no quiero decirlo, pero tengo miedo.

Paula me dice: mamá, tienes que tener pensamientos positivos, a nosotros no nos va a pasar nada.

Carmen Elisa Klenner Ferrada
Peñalolén, Metropolitana, 73 años

❁

Hoy nuestra ciudad comienza su primer día después de una cuarentena de casi veinticinco días, veinticinco días sin salir, con mi esposo nos preparamos para no salir a ningún lado y ayudar así a que esta pandemia no siga su curso por estos lados. Armé una rutina diaria; levantarme a una hora determinada, comenzar con mi desayuno, hacer aseo para mantener la casa limpia, acompañada de música, televisión y tejido. Tejí todas las lanas e hilos que no habían logrado tener forma en muchos años; salieron gorros, cuellos, paños, ponchos... hasta que se me terminó la materia prima guardada no recuerdo por cuánto tiempo. Tratando siempre de que los días se hicieran llevaderos junto a mi esposo.

Hoy a los 66 años y 42 de matrimonio, con hijos ya profesionales, cuatro nietos. Profesora de profesión y feliz por trabajar aún en mi escuela.

Al faltar tres días para que terminara la cuarentena en mi ciudad, no podía conciliar el sueño, daba vueltas y vueltas igual que mi cabeza; pensaba por qué pasa lo que está pasando, quién ha tenido o tiene la osadía de interrumpir mi vida junto a los míos, ahora que ya no hay deudas, cada uno de mis hijos han comenzado sus propias vidas, con sus ir y venir de sus vidas.

Primero el estallido social que fue apagando poco a poco la ciudad, ya no es la ciudad hermosa que invitaba a salir solo para disfrutarla, se convirtió en una ciudad blindada. Desde el mes de octubre que no salimos con la alegría de antes. Ha sido difícil.

Y ahora desde el viejo continente viene un virus que nos tiene a todos de cabeza, encerrados, sin ver a los tuyos, porque eres del grupo de riesgo. Dios pensaba, qué pasa con la humanidad, qué pasa con nosotros, qué pasa con nuestros gobernantes. Solo logré dormir dejando que Dios dispusiera de todos nosotros. Agradecí porque mis padres no vivieron esto, pero pena porque yo soy parte. Ojalá nuestro país recobre pronto su cordura y el virus nos dé una tregua.

Georgina María Araya Rojas
Antofagasta, 66 años

❁

Oye, diario, no sé qué pensar de Estados Unidos, el lanzamiento de su cohete tripulado hacia la estación espacial internacional, en este combate mundial por detener, además de la pandemia, la crisis económica, social y la desgarradora pobreza que se ha agudizado. ¿Es tan imprescindible hacerlo? Bueno, ya lo hizo. Pienso cuántos experimentos para encontrar una vacuna contra este maléfico virus, que aunque varios países luchan

por ello, faltan recursos. Pero tengo fe en que esto pasará y el mundo habrá cambiado para mejor.

Silvia Tapia Lucero
Viña del Mar, Valparaíso, 71 años

❁

Soy prisionera en mi propia casa, el enemigo esta afuera es invisible y asesino, no sabemos cuándo va a atacar. Es mejor quedarse adentro. Quiero vivir y con la ayuda de Dios y mi familia lo voy a lograr, vale la pena intentarlo, aunque habrá un antes y un después de la pandemia y espero con mucha fe que el después será mejor. Habrá que hacer grandes esfuerzos para salir adelante. Siempre después de la tormenta, viene la calma y los chilenos sabemos de eso: siempre nos hemos vuelto a levantar. Quiero volver a visitar los lugares maravillosos que he conocido de mi querido Chile. Al recordarlo siento paz en mi alma dolorida y alegría en mi corazón. Soy una persona creyente, aunque no voy mucho a la iglesia ahora me gustaría hacerlo, pero no es el momento, ya habrá tiempo para eso.

Myriam Azócar
Quilpué, Valparaíso, 70 años

❁

Poema 20 20

Puedo escribir los versos más tristes esta noche,
Escribir, por ejemplo... la Tierra está infectada
y amenazan los virus, muy cerca... y allá lejos,
y el virus de la muerte llega, contagia y mata.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche,
mis hijos viven lejos, mis nietos se han perdido,
oír la noche inmensa, más inmensa sin ellos
y el llanto cae al alma como al pasto el rocío.

En las noches como ésta los tuve entre mis brazos.
Los besé tantas veces... mis lindos nietecitos.
¡Cómo extraño el cariño que siempre yo he tenido!
¡Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos!

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Extraño a mis amigos y a mis seres queridos.
Como para acercarlos en el Wassap los busco
y con videollamadas llegan aquí conmigo.

Eso es todo. A lo lejos alguien muere, a lo lejos.
Mi alma salta y ruega que no sea un amigo.
La misma noche en calma, los mismos edificios.
Nosotros, los de antes, ya no somos los mismos.

Es tan corta la vida y tan largo el encierro,
mi alma no se contenta con el coronavirus.
Pensar en mi alta fiebre, sentir que no respiro,
oír mi tos intensa, que va dejando huella.

No es otro mi sentir que añorar a mis nietos,
sus voces y sus risas, sus gracias y sus gritos.
Ya no quiero este encierro ni andar con mascarilla.
¿Pero cómo evitar el contagio del virus?

Yo no lo tengo... es cierto, pero tal vez lo tengo,
es todo tan incierto y tan grande el peligro,
porque en noches como esta yo era libre y tranquilo,
mi alma no se contenta con no ver a mis hijos.
Espero sea el último dolor que esto me cause
y no sean los últimos versos que yo escriba.
FIN

Rubén W. Arcos Jara
Temuco, La Araucanía, 70 años

❁

Mi linda familia. ¡Qué emocionante! Hoy es el cumpleaños del retoñito de la familia García Verdejo. Que Dios la bendiga y le de mucha sabiduría para la vida y el amor. Para que siga estudiando y obtenga su profesión. Para que nunca en la vida se olvide de que esta gran familia la quiere de corazón y que el Nino Pato ofreció celebración.

¡Felicidades Francisca Belén! Junto a tu hermana Catita. Y también para tu mamá, procreadora de esta figurita: hermosa, delicada, toda una dama, naturista, alegre y encantadora. Te extraño y te quiero mucho.

Buen día, familia, es sábado, fin de semana y fin de mes. El lunes daremos vuelta la página y nos encontraremos en otro mes, combatiendo una y mil cosas distintas, pero siempre con fe. Un abrazo apretadito de osito para todos, en especial para mi princesita, que está trabajando como chinita. Hija, te amo.

María Inés García Verdejo
Quinta de Tilcoco, O'Higgins, 70 años

❁

Recién me he dado cuenta de que estamos en «toque de queda», me asusté porque me retrotraje a tiempos pasados cuando, en otras circunstancias adversas, ya había vivido algo similar, y aunque no soy de salir y si lo llegara a hacer «a lo Cenicienta» —antes de la medianoche ya estoy de vuelta en casa—, no me gusta esta imposición.

Las noticias al respecto nos aterran con una pandemia; en mi adolescencia nos atemorizaban con Dios, los pecados y la Iglesia. Las ametralladoras circulantes en las calles también infundían temor. No sé a quién temerle más. En mi ignorancia pienso que debiera contagiarme un poquito y darle la posibilidad a mi sistema inmunológico de que cree anticuerpos. He salido de casa sin culpas, no, de paseo precisamente, pero con mascarilla y guantes, casi parezco extraterrestre.

Todo tiene su lado bueno, me encanta la mascarilla porque circulo sin maquillaje, libre por las calles de mi ciudad, y nadie tiene la oportunidad de husmear mis arrugas, que asumo con mucha dignidad.

Carmen Carrasco Berríos
Valparaíso, 67 años

Confieso que cada sábado y domingo, aun en confinamiento, me arreglo como para salir, añoro los fines de semana en convivencia familiar. Creo que lo hago por salud mental, luego retomo mi tejido, haciendo botines para mis bisnietos, que nacerán para julio y agosto. (...)

Ana Magdalena Cabrera Salinas
Puchuncaví, Valparaíso, 80 años

(...) Hoy, mañana y los días venideros serán la época del recuerdo. ¿Moriremos? Las cifras parecen ser caprichosas. A los jóvenes siempre les parece que no es posible estar en un número. ¿Por qué yo? Yo, hermoso, joven y fuerte. No, yo no. A los viejos, a la mayor parte, nos debilita el orgullo. Sí, puede ser, estamos más débiles, más desgastados y agobiados por tantas penas vividas, tantas ausencias, tantas injusticias sufridas en otros o en nosotros mismos. Ya fuimos testigos del acontecer movedizo y tormentoso de estas últimas décadas. Ya es la hora de que una selección divina o natural haga su trabajo.

Yorka Bänz Canales
Las Condes, Metropolitana, 78 años

(...) Han pasado tres meses de esta pandemia. Quedará en nuestras memorias, los registros así lo dirán. ¡Los cuidados son increíbles! Mascarillas, alcohol gel, desinfectantes y otros. Todo lo necesario para protegerse de este maldito virus. El autocuidado, quedarse en casa, cuarentena, toque de queda. En fin, no poder abrazar a tus seres queridos.

Cecilia Castro
Quilicura, Metropolitana, 69 años

Me desperté. Un nuevo día, un silencio que no me gusta, solía escuchar a la persona que vende pescado, ya no pasa porque estamos en pandemia.

A pesar de que me siento tranquila por mi salud mental, no me agrada mucho el silencio, es como una actividad obligada, porque el virus no permite desarrollar nuestras vidas como lo hacíamos antes.

Nunca nos imaginamos que pasaríamos un momento tan complejo, a pesar de que, ya por los años vividos, habíamos experimentados varios hechos como terremotos, tsunamis, golpe militar, estallido social y muchos más, de todas estas experiencias diferentes que de algún modo nos dejaron grabados en nuestras vidas aprendizajes y experiencias.

Y hoy nos toca la pandemia, que resulta más complejo que aceptar nuestra edad. Sí, porque en esto verdaderamente estamos viviendo el peligro de enfermar, morir, no tener los recursos económicos para soportar este período.

Demasiada inestabilidad provoca angustia, miedo sin saber qué pasará mañana.

Creo que necesitamos, independiente a la pandemia, nuevos paradigmas de vida, cambios profundos (...)

Graciela Miranda Vásquez
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

Desde los primeros días sentí la necesidad de escribir, pero eran tantas emociones que se agolpaban en mi cabeza que no lograba ordenarlas y tampoco priorizar cómo distribuir este espacio de tiempo tan diferente.

Me perdía en mis excusas, que no eran otra cosa que la negación de esta realidad brutal que se venía encima y aplastaba mi voluntad. Hoy finalmente he logrado tomar el lápiz para volcar los sentimientos y emociones que he vivido en esta pandemia, recuerdo muy bien la sensación de desconcierto ese 17 de marzo al conocer que el colegio cerraba sus puertas y todos iniciábamos cuarentena voluntaria.

La pregunta que sonaba en mi cabeza era ¿qué pasará ahora? ¿Cuánto tiempo durará esto? Si estábamos en casa sin los niños, qué podía hacer con la motivación de ejercer mi rol de inspectora-docente, que me motivaba a levantarme cada día, sintiéndome útil y activa a pesar de estar pensionada, era como si me cortaran las alas, los primeros días me sentía

perdida. Luego definieron nuestro rol, seríamos el apoyo y nexo entre los padres, alumnos y el colegio. (...)

Ana María Campos Lenoir
Viña del Mar, Valparaíso, 63 años

❁

Una fecha muy especial (es mi cumpleaños) y he estado un poco inquieta, creo que con las preocupaciones diarias de lo que se está viviendo va a pasar un poco desapercibido, no he captado ninguna señal (como en otros años) de que lo hayan recordado. (...) Yo seguía inquieta, me faltaban los saludos de quien me viene a ver todos los días con pancito y compañía, mi hijo mayor, y el de mi hija, que siempre está preocupada de traernos todo lo que sea necesario, que nos ayuda a tener la tranquilidad del día a día, con la preocupación cariñosa y paciente de mis Claudios —mi hijo mayor se llama Claudio (Cayo) y mi hija menor, Claudia (Yeye).

Estaba en mi «mirador» cuando de repente los veo llegar, me dio mucha alegría verlos. No me esperaba lo que hicieron, trajeron un pastelito con una velita y me cantaron el cumpleaños feliz, fue lindo y emocionante y también un poco extraño no ver los rostros ni las sonrisas tras las mascarillas. (...)

Heidy Zamora Ibarra
San Felipe, Valparaíso, 76 años

❁

En la mañana, en mi jardín de geranios rojos y hiedras blancas, observo cada día más pájaros, nunca visto antes.

Picaflores de diferentes tamaños y colores se deleitan allí, volando zigzagueantes de flor en flor, excitados ante tanta opulencia.

Lamento mi ignorancia, hay tantos pájaros cuyos nombres no conozco. Vienen a diario, algunos se posan en mi mesa.

También están allí expectantes, en las copas más altas de los cipreses, que se recortan negros contra el horizonte, pájaros negros y altivos que podrían ser aguiluchos. Son varios. De vez en cuando levantan vuelo, y majestuosos planean por los aires en círculos. Tranquilos, ni un aleteo nervioso, clavan la vista en todo lo que se mueve.

Y surge de inmediato en mi memoria la frase que nos tenía aterrorizados hace cuarenta años: «No hay hoja que se mueva sin que yo lo sepa».

Esta fue una dictadura hecha por el hombre para subyugar al hombre.

Hoy la pandemia nos subyuga con la muerte, y amenaza con el hambre porque las autoridades priorizan los intereses de unos pocos. Inimaginables sufrimientos y dolores esperan a la población.

Borgis Lohan
Puchuncaví, Valparaíso, 74 años

❁

Me levanto un día más a preparar el desayuno para mi viejo y yo sigo la rutina diaria, pasarle el bolso de los medicamentos y el vaso de agua, lleno para que consuma líquido, ya que de otra forma no lo hace. Tuesto el pan, busco el quesillo y unas galletas que horneé ayer para tener de reserva. Tomo la bandeja y me acomodo a su lado, nos miramos, quizás con pena, quizás con nostalgia, como diciendo no tenemos nada que hacer. (...)

Sonia Delgado Briones
Puerto Aysén, Aysén, 66 años

❁

Ayer tuve una emergencia dental y pedí una hora al odontólogo. Mi hija me pasó a buscar, estaba feliz de ver el otoño santiaguino lleno de hojas de múltiples colores, la cordillera con algo nieve en sus faldeos, que brillaba con el sol de la mañana, hasta que llegué al edificio donde atendía la profesional y tuve que tocar el ascensor. Me latió rápidamente el corazón, pensando que el bicho estaba en las teclas. Mi suplicio siguió con la secretaria que me tomó la temperatura y otro asistente que me echaba alcohol en las manos. La hora con la odontóloga fue un suplicio, rogaba que su instrumental no estuviera infectado. Llegué a la casa muy acelerada. Mi hija es enfermera y se le ocurrió tomarme la presión: 19/7. Me hizo acostarme y descansar. (...)

María Angélica Benavente Kunz
Las Condes, Metropolitana, 80 años

❁

Cuánto silencio hay en este momento, pero no estamos solos, otros están pasando lo mismo. Necesitamos poco y vivimos igual, queremos ser felices, pero tenemos tanto miedo.

Nos hace falta el contacto con otras personas, el abrazo, un beso, la conversación, un rico café.

Doy gracias por estar viva.

Hoy mi refugio es mi esposo, mi amigo, mi todo. Estamos las 24 horas juntos, caminamos juntos, sentimos, dormimos, reímos y lloramos juntos. Me siento afortunada por estar con él. En las noches siento su calor, su compañía. Es mi fortaleza, mi energía. Hoy solo vivir porque mañana no lo sé y ayer ya se fue.

Tal vez la vida de antes estaba muy maquillada por el consumismo, tener el mejor auto, comprar y comprar.

Siempre vivimos apurados, vemos una escala y queremos subirla corriendo. En vez de ir paso a paso y llegar al último peldaño.

Mónica Aros López
Valparaíso, 66 años

Domingo, 31 de mayo

Escribo a la hora del crepúsculo. Hoy ha sido un día preocupante. Por más que trato de eludir el contacto comunicacional, me llegan las noticias del descalabro mundial que está produciendo el maldito virus.

Cuando salgo a la calle a hacer las compras indispensables, cerca de mi casa, en la comuna de Padre Hurtado, que aún no ha sido declarada en cuarentena, los pocos con que me encuentro me miran como si ya me hubiera muerto debido a que la población está convencida de que los llamados «de la tercera edad» deben morir por la razón viral o por la fuerza de los acontecimientos, ¿qué tal?

Entonces mi mente se agita y comienza a salir humo por mis oídos y nariz. Me apresuro a ordenar mis cachivaches (para lograrlo necesitaría muchas cuarentenas), pienso en las implicancias que significaría para mi familia el saber que estoy contagiado. Si muero, nadie podrá venir a decirme chao por temor a contagiarse, de modo que tendré que partir solo, caminando al cementerio. Y para cumplir con la tradición, alguien debería despedir

mis restos, pero como solo me acompañarán los virus, que matan y no hablan, tendré que improvisar algunas palabras de autodespedida.

Ensayaré un discursito:

«Estimado yo: Me vengo a despedir. Sabes que nací, casi tocando el año mil novecientos treinta, el siglo pasado, en plena crisis financiera mundial, y muero ahora en plena crisis sanitaria que azota a la humanidad. Es decir, viví entre dos crisis que estremecieron al mundo. No todos se han podido dar ese lujo. Entre estas calamidades, sufrí algunas menos mortales. No todos también pueden darse la satisfacción de llegar a los noventa años de edad con la vitalidad que tuve... hasta ayer. Regreso al lugar desde donde partí, retorno a la nada. Me voy contento por haber conocido el amor en todas sus dimensiones y la inmensa felicidad de compartir la alegría y risas de los niños pequeños y la ternura y fidelidad de los perros que siempre tuve junto a mí. Me voy triste porque conocí el aspecto negativo de la especie humana, la maldad que impera en gran parte del *homo sapiens,* que lleva a su propio sufrimiento y autoexterminio. La indolencia frente a la naturaleza, la explotación que ejercen los poderosos sobre los desvalidos, las guerras y sus consecuencias, los fanatismos, en fin...»

No sé si algo así cumple con los estándares de las alocuciones fúnebres, pero tampoco puedo alargarme en destacar mis éxitos y fracasos como estudiante, periodista, escribidor, soldado raso, vendedor viajero, poeta y loco porque podría aburrir a los que me escucharan en las tumbas vecinas y no me aplaudirían. Mis biógrafos se encargarán de dar a conocer estos éxitos y fracasos y ya se ha sabido que Baradit recopila datos para su libro *Historia Secreta de Claudio Regular*...

Una noticia me alegró sobremanera. Desde mañana, 1 de abril, en la 97.7 comienza a transmitir, nuevamente, la Radio Beethoven. Para mí, la música ha sido la más bella de las creaciones humanas o, tal vez, de la naturaleza, por cuanto los ríos, las olas marinas, los árboles, las ventoleras, la lluvia, tienen melodía. Vivaldi nos ayuda a entender esto. Y también me estremezco de emoción, muchas veces hasta las lágrimas, al escuchar el más extraordinario instrumento musical jamás concebido: la voz humana. Desde pequeño me gustó cantar, tal vez motivado por mi madre para la que, después de sus hijos y esposo, estaba su guitarra y sus canciones. Crecí con buena voz y pésimo oído, lo que frustró mis aspiraciones de llegar a La Scala de Milán... pero como soy porfiado canto a la hora que puedo y cuando nadie me escucha para no sufrir contramanifestaciones. Todo tipo de canto, desde la ópera a las cumbias, desde Caruso al Puma Rodríguez, desde la Maria Callas a la Violeta Parra, desde Jorge Negrete a Plácido Domingo. Mis ídolos: Alfonso Ortiz Tirado, Carlos Gardel, Bienamino Gigli, Tito Schipa, Maria Callas, Renata Tebaldi, Luciano Pavarotti, Mario del Mónaco, Fedor Schaliapin y, sobre todos, Hernán Pelayo, una de las voces más extraordina-

rias que jamás oídos humanos hubiesen escuchado. Y otros tantos que enumerarlos desbordarían estas páginas.

Ya se oscurece, mi perra regalona me recuerda que debo darle comida. Mañana, como todos los días, me levantaré temprano y encenderé la Beethoven para escuchar el saludo inicial de su nueva etapa, que estará a cargo del legendario y controvertido hombre de la cultura Patricio Bañados.

Espero que el primer día de abril sea más esperanzador.

Nos vemos mañana...

Claudio Regular
Padre Hurtado, Metropolitana, 90 años

❁

Anoche soñé que debía hablar un tema importante con un político, de esos que no soporto por lo que representan. Además, mi mujer me hinchaba para que lo hiciera. Desperté transpirando, aliviado de que fuera una pesadilla.

No pude comer mucho al almuerzo, tenía el estómago apretado. Las cifras de hoy son malas y tristes.

Alfonso Pino Pizarro
Providencia, Metropolitana, 75 años

❁

Otra situación de la cual habrá que ocuparse es de qué se va a hacer con guantes y mascarillas desechadas por tanta gente que llega y las bota, o en la calle o en vertederos. Personalmente, lavo las mascarillas que ocupo cada vez que salgo y los guantes igual los lavo con jabón, al igual que las manos. ¿Para qué botar tanto guante si es posible lavarlos? El ambiente nos lo agradecerá si le colaboramos un poco. Afortunadamente vivo en casa con patio, donde tengo un sector para ir dejando los restos orgánicos que quedan de las verduras y frutas. Lo producido por la tierra debe volver a la tierra. Así voy haciendo tierra de hojas. (...)

Laura Graciela Huaquín Mora
Valdivia, Los Ríos, 77 años

❁

Hoy es domingo. Nada que comentar. Todos los días son iguales...

Susana Wiener Levy
Algarrobo, Valparaíso, 76 años

❁

Echo de menos el dulce de membrillo de Daniel. Por las cuarentenas no ha podido comprar lo que necesita para prepararlo. Y aunque pudiera, yo no tendría cómo recibirlo. Este año no comeré dulce de membrillo. ¡Pensar que hay tanta gente que echa de menos cosas mucho más importantes! ¡Y yo quejándome por no tener un pote de dulce de membrillo!

Marilú Rioseco García
Ñuñoa, Metropolitana, 80 años

❁

Hoy amaneció con temperaturas -0, mucha escarcha y niebla. Mucho frío, hay que abrigarse bien. La calefacción es solo de día, hasta las 23 horas. Es calefacción a leña y a mi primo no le gusta dejar las estufas de combustión lenta prendidas en la noche.

La única entretención es jugar al naipe, las dos mujeres nada más y con gusto para mí, gano casi siempre. Mi prima, no muy contenta, se molesta un poco, eso me recuerda cuando jugábamos con mi hija y ella gana siempre y yo también me molestaba. Volviendo al presente, jugamos cada una su solitario, pensando en nada. El pequeño disgusto pasa y nos vamos a preparar la once comida.

Temprano nos vamos a la cama, son camas mullidas, grandes, calientitas, me gustan, hago muchas cosas en la cama además de dormir: leo, escribo, veo el celular, me pinto las uñas.

En las mañanas nos arreglamos bien, no queremos andar desarregladas. nos pintamos la boca y los ojos y bien peinadas. Me puse un cintillo, ya no me queda corte de pelo. En las redes sociales todas comentan lo gordas que estaremos al finalizar la epidemia. Soy buena comedora, pero no he subido de peso. La comida es sana casi sin sal y me acos-

tumbré a tomar té sin azúcar. Solo al mate le pongo azúcar. El mate, otra costumbre que vuelvo a tener, con hojitas de menta y de cedrón, recogidas del jardín.

Clara Gundermann Ruckert
Lumaco, La Araucanía, 73 años

❁

Se termina mayo, lo que significa que llevamos tres meses en esta dimensión irreal que nos ha impuesto la pandemia.

No sé muy bien el orden de los hechos, porque si trato de acordarme de algún acontecimiento me cuesta ubicarlo en el tiempo. ¿Fue el martes pasado o el anterior? Supongo que es porque el confinamiento ha eliminado algunos parámetros que nos ayudaban a ubicarnos y a ordenar los acontecimientos. (...)

Lila Acuña
Valparaíso, 63 años

❁

Ayer sábado no escribí mucho, amanecí un poquito desinflada, no bajoneada, cansada más bien no sé dé que, si ni siquiera hago las caminatas que hacía hace tres meses, ahora solo hago los ejercicios de mover las articulaciones para que se mantengan activas. Buscándole el lado bueno a esta pandemia, me he dado cuenta de lo mucho que quiero y extraño a mi familia y además he sentido el cariño, la protección, la preocupación que me brindan mis hijas, nietos y nietas y yerno. Siempre están preguntándome qué necesito, si me falta algo etc., es lo mejor de este periodo, me siento acompañada a la distancia y eso me hace sentir feliz.(...)

Gladys Rosa Tapia Miranda
Padre Las Casas, La Araucanía, 69 años

❁

Me sugieren escribir un diario íntimo, y me pregunto:
¿Cómo escribir algo íntimo cuando la realidad, el sufrimiento,
la incertidumbre va más allá, nos sobrepasa, es de todos?
¿Cómo puedo escribir de mí, cuando el Yo es el «Otro»?

También me digo:
¿De qué nos sirven las tecnologías, las máquinas, ¡carajo!?
¿De qué nos sirve mirar el lado oscuro de la luna, si no
hemos aprendido aún, a mirar a los ojos del «Otro»?

Mientras dolorosamente escribo, limpian los vidrios
de mi ventana, para mejor ver, ¿ver qué?
Y lo único que siento es:

«Entre el Cosmonauta y el Ciudadano
que limpia los vidrios de las ventanas
del edificio, me quedo con el Ciudadano
que dará transparencia a las estrellas
en mi ventana del décimo piso.»

Ya ven, mis palabras han tomado partido por el Otro,
por los trabajadores, pero cuidado, Pessoa me dice:
«La literatura es la forma más agradable de ignorar la vida».

Aprendamos también de nuestros niños,
que son muy el «Otro».
Mi nieta, la Ema, saluda las flores:
«Buenos días, plantita, ¿cómo estás?»
Saluda a las hormigas, las bautiza:
«Buenos días, María»,
y juega con su sombra:
«La Ema juega con su sombra:
le habla, la pisa, la persigue.
La sombra de la Ema

se esconde en la sombra de una flor, y
espera hasta que salga el sol.»

Y cuando salga de nuevo el sol
—en mi ciudad llueve—, está lloviendo, y también
«llueve en mi corazón»,
como dice el poeta Juan Carlos Mestre.
Y cuando salga de nuevo el sol, si es que estamos vivos: no olvidemos
al Ciudadano que limpia los vidrios, al que recoge la basura, a los niños
de los campamentos, cuya sombra no se esconde en una flor, como
la flor de mi Ema: se esconde en la ceguera de algunos, se esconde
en el barro que da su miseria, en el pozo negro de su población.

Me sugieren un diario íntimo, y no pude, perdonen mi incapacidad.

Enrique Saldivia Péndola
Concepción, Biobío, 75 años

El día 30 de mayo falleció una tía muy querida de muerte natural y decidí ir a su funeral el día 31 al mediodía, domingo. Estaba lista para salir con mi hijo, pedí un auto a domicilio y cuál fue mi sorpresa: ninguna *app* de este servicio respondió. Muy a mi pesar no pude salir. Muchos sentimientos me inundaron, pena, ira, tristeza, dolor por no poder dar un último adiós. No puedo determinar si este acontecimiento fue lo que me produjo una cefalea que se repitió por cuatro días, tuve que ir al médico. Me fui caminando desde mi casa porque me queda cerca y Pirque es un hermoso lugar para caminar. Tuve que esperar y esperar hasta que me atendió la doctora, quien muy distante, cansada, no me dio diagnóstico alguno, solo medicamentos básicos que me ayudarían a disminuir el dolor. Salí de ahí con una sensación de vulnerabilidad, de que no soy importante, soy un número atendido. Me volví a casa caminando y mientras lo hacía, reflexionaba sobre lo afortunada que he sido al vivir donde vivo, que si me ahoga estar dentro de la casa salgo al patio y recojo hojas o simplemente respiro profundo mirando lo verde de mi entorno, que a pesar del estrés que me provoca cuidar a mi padre de 87 años con Alzhei-

mer, igual lo tengo a mi lado. Su salud es excelente, solo su mente se pierde. Tal vez es mejor para él, no dimensiona todo lo que ocurre. Volví con el mismo dolor de cabeza, no hizo ningún efecto la inyección. Mi mente no deja de trabajar. Si para mí, que soy privilegiada viviendo en amplio espacio, con provisión en mi mesa, me es difícil esto, cuánto más debe serlo para esas familias hacinadas que no tienen nada, con niños pequeños y ancianos vulnerables, imagino su dolor e impotencia. Siento mucha tristeza por ellos. A mí, mis aflicciones me producen dolores de cabeza; a las personas que no tienen trabajo ni pan en su mesa les produce hambre. Y me duele, eso duele profundamente, las desigualdades de la vida. Por mi creencia sé con seguridad que no vienen tiempos mejores, nuestro enemigo invisible nos quiere embozados con la boca cerrada y encerrados para tener el control. Quien no tiene fe, está con miedo, con mucho temor del futuro, hay temor por sus trabajos, por su salud... Es lo normal, no les juzgo por eso... Quienes creemos y conocemos a Dios tenemos paz y tranquilidad y nada nos ha faltado. (...)

Lidia Núñez Oyarce
Pirque, Metropolitana, 62 años

Nuestro hijo está arrodillado. Creo que rezó por su descanso, tras santiguarse. Después de un tiempo, la conversación se centra en «nuestro pollito». Nos sentimos extraños ante su ausencia. La contingencia de este aparecido covid-19 es la causa de nuestros lamentos. Necesitamos de ese abrazo apretujado, junto a caricias y besos, para hacer bajar la presión de unos corazones rebosantes de amor y puedan estos viejos saciar estos incontrolados ímpetus, cual agua, que puede ser poquísima, para la verdadera necesidad del sediento.

Abel Alfredo Ruiz Pacheco
Punta Arenas, Magallanes y de la Antártica chilena, 74 años

Incertidumbre

(...) La incertidumbre ha golpeado a nuestro país, no se visualiza una esperanza de recuperación de vida relativamente normal. No tomamos conciencia de lo que estamos vi-

viendo. Al evaluar nuestra sociedad, nos damos cuenta que hemos cambiado. ¿Tenía que pasarnos esto para reflexionar al respecto? Cada vez nos impresionamos más. Ya no somos el país solidario, sensible de hace un par de años. Muchos ni siquiera conocemos a nuestros vecinos. La individualidad que nos contaban que había en Europa, se apoderó del país. La globalización vino con ello y nos dañó enormemente.

La situación que estamos viviendo en estos momentos nos está afectando cada vez más, haciéndonos reflexionar sobre todo lo que involucra el retroceso de todo orden en el país y en el mundo. Todo lo que se había logrado avanzar está perdido; empleos, previsión, comercio, educación, salud y los ámbitos de la vida. Reflexiono sobre lo que vendrá y me duele pensar que pasarán muchos años antes de que Chile vuelva a ser lo que era.

Ahora, con lo que hemos visto por TV, nos damos cuenta de que, en general, no era tan así. Vivíamos una vida ficticia. Lamentablemente, esta pandemia nos ha servido para valorar cosas que, en un momento dado, no supimos estimar, como la solidaridad, el compartir y participar.

La tecnología nos invadió. Logramos hablar con parientes, hijos, nietos a distancia, como si estuviéramos en nuestra casa, pero lo subestimamos.

Nos creíamos dioses, con derecho a todo. No respetamos nuestro planeta y creímos que el mundo estaba a nuestros pies. Es inevitable reflexionar intensamente sobre ello, el lado menos amable de la vida se ve reflejado sin darnos cuenta.

En la medida que pasa el tiempo, cada vez siento más nostalgia de mis años de juventud, recuerdo a mis padres y los momentos tan gratos que pasamos tomando desayuno, almorzando y a la hora del té juntos. Tal vez con muy poco, pero unidos. Incluso a veces compartiendo con vecinos o parientes. Los típicos calzones rotos, sopaipillas y queques de mi mamá, que a todos nos alegraban.

En el silencio de la tarde en mi hogar, cuánto los añoro.

Vengo de una familia numerosa, por lo que esto ha significado no ver a mis hermanos. Soy la tercera de diez. Ellos, la mayoría son varones, quieren que nos veamos. No entienden que mis hijos no quieren salga. Me angustia mucho. Pero cuando lleguemos a la normalidad, quiero invitar a todas mis amigas de la época y cantar... Hacer un malón. Espero resulte y ¡bailar los twists y rock and roll de nuestra época!!!!!!

Juana Bragazzi Falcón
Valparaíso, 73 años

Me siento igual que ayer, la garganta no me deja de doler, he chupado muchas pastillas de propóleo, gárgaras con sal y nada. No sé si contarle al doctor, ¿tendré que hacerme un test para covid-19? Tengo mucha rabia por lo que me sucede. Quiero vivir, o por lo menos despedirme de mis hijos y nietos, de Gustavo personalmente y quizás, por el maldito virus no pueda hacerlo.

Carmen Elisa Klenner Ferrada
Peñalolén, Metropolitana, 73 años

❁

Que el Espíritu Santo ilumine vuestros corazones y los llene de paz y amor. Hoy nuestro Padre Dios nos regala su Espíritu. Día de Pentecostés, para los niños y niñas que se preparan para recibir a Jesús, estén llenos del Espíritu Santo... Esto va para ti, Vinchenzo.

María Inés García Verdejo
Quinta de Tilcoco, O'Higgins, 70 años

❁

Último día del mes de mayo

Llevo setenta y cinco días sin salir de casa, salvo un día para ir a vacunarme. A veces, resulta muy complicado permanecer en *stand by*, pero afortunadamente tengo la posibilidad de realizar actividades muy variadas: hago gimnasia en una máquina caminadora —cosa que no hubiese hecho antes jamás, porque me gusta el ejercicio en grupo—, estudio italiano —ya entiendo mucho cuando escucho música, veo series o películas—, trabajo en el jardín, leo, veo películas, escribo...

No todos los días son iguales. A veces me acuerdo intensamente de mis hermosos angelitos, ¡los extraño mucho y quisiera abrazarlos! Pero por lo menos, el hecho de saber que están bien y verlos por Zoom, ya es algo estupendo.

¡Preciosos, lo que aprende uno en la vida!

¡Paciencia, paciencia y más paciencia! Es la virtud que estamos desarrollando obligatoriamente todos, puesto que nadie sabe hasta cuándo durará la cuarentena.

Resiliencia se dice de la capacidad de resistir cuando parece que todo a nuestro alrededor está trastocado. Aquí naturalmente incluyo el hacer las tareas cotidianas —porque aun sin horario— resultan aburridas y reiterativas, y son indispensables para tener una estancia limpia y agradable, que en buenas cuentas nos hace mantenernos a gusto.

Tengo que agradecer, aparte del maravilloso sol que a veces la naturaleza nos regala, el hecho de tener un pequeño jardín, flores y un prado, ya que me brindan una energía extraordinaria.

He comenzado a bordar. Mi hija me dijo que ese bordado ya lo había hecho en otra ocasión, y la verdad es que solamente tenía dos hilos de bordar, así que por eso se parecía a uno que ya había hecho antes. Por supuesto que se rio.

Erika Olivares Abarzúa
Villa Alemana, Valparaíso, 67 años

❁

Hoy una amiga lo publicó en el Facebook. Se nos fue la Rosita, la que vendía cordones. Cierro los ojos, me trago unas lágrimas y la veo, haciéndole honor a su nombre, emergía por la escala del metro, las once de la mañana, maquillada perfectamente, con un precioso color de labial que resaltaba sus bellas facciones, levantando su pequeña maleta azul, era Rosita, la que no tenía edad, sí muchísimos años de experiencia, con pasos lentos y seguros se encaminaba media cuadra más arriba, sacaba de su maleta un trozo de tela oscura, lo acomodaba y lentamente acomodaba sus cordones, de todos colores, grosores y dimensiones, su piso plegable y comenzaba su jornada diaria. (...)

María Eugenia Moris Sandoval
La Pintana, Metropolitana, 66 años

❁

Hoy no tengo ganas y ningún deseo de plasmar mis emociones y vivencias. Nuevos casos de covid-19 en la comuna.

Ana Magdalena Cabrera Salinas
Puchuncaví, Valparaíso, 80 años,

Al despertar debo recordar que es un día más de esta tragedia, terrible para muchos, muchos seres humanos. Con el hambre, la miseria y más atrás el fantasma de la muerte. Y ya vendrá el frío, que cobra su real significado entre los más pobres. Me atiborro de noticias. Entonces la pesadilla se hace real, con caras, nombres, lugares y lágrimas de impotencia.

Entonces mis raíces católicas me dicen que no debo comer más que lo suficiente, ni ser feliz porque somos un todo, un solo ser sufriente. ¿Por qué habría una tajada más grande para mí? Pero sí, la hay. Veo en los matinales el dolor de las madres que claman por una caja, limosna del gobierno, con los alimentos mínimos que servirán para unos pocos días. Me preguntaron hoy si quería inscribirme para recibir una de las cajas destinadas para el barrio alto, suponiendo excepciones a la mayoría de privilegio, dije que no, pero hubo mucha gente de mi mismo edificio que sí la aceptó. Me pregunto si tantos la necesitaban realmente. Exitosa gestión edilicia, seguramente le valdrá la reelección como esperaba.

Abro mi ventana para recibir el sol y ver la bandada de loros que llegan en la tarde al árbol gigante que me ilumina de verde, un poco amarillento en estos días.

Cuando el sol se va de mi dormitorio, vuelvo al living, donde está la música que me trae a Nano al presente. Su recuerdo siempre tiene música de fondo, el día que nos conocimos vi al hombre más buenmozo de Chile, nos hicieron ronda cuando bailamos *La Bamba*, entre rocks y descansos me contó que era ingeniero civil y algo que ahora suena muy divertido: me preguntó si tenía teléfono, en los setenta era un lujo tenerlo, y yo era afortunada, aunque era objeto de disputa entre los jóvenes de la casa. Durante el pololeo me tocaba el piano por teléfono, y mi hermana y mi primo, que también esperaban llamados románticos, se enfurecían de verme callada con el teléfono muy apretujado por largo rato. Cuando les explicaba que Nano estaba tocando el piano para mí, mi primo, enojado, me decía que era una grabación... Yo le decía que no, porque a veces se equivocaba.

Con el Concierto N° 20 de Mozart fue distinto. Cuando lo descubrí, se lo anuncié. Es el concierto para piano más lindo del mundo. Y lo escuchamos de la mano, llorando de emoción. Ahora que ya no está, desde hace nueve años, para mí es como un himno de nuestras vidas.

Casi lo podría tararear de memoria. Luciana y Teo, mis nietitos chicos, lo dirigen con una cuchara de palo cada uno, y pienso que hay algo misterioso en que no se aburran de hacerlo a sus cuatro y seis años. El de un año y medio no lo ha escuchado aún, espero que así como su patita chica chutea tan bien una pelota, su orejita ame el mismo concierto

que amaron sus abuelos. Nano no alcanzó a conocerlos. En cada capítulo de mi pena, siento resonar la fatal sonatina de E. Allan Poe: *Quoth the raven*, «*never more*».

Ahora, con la amenaza de esta pandemia, creo que fui afortunada, a pesar de todas las espinas, en tener un verdadero amor y haber estado a su lado en el momento supremo de su muerte, apretando su mano hasta el fin y para siempre. «La señora Yorka del departamento 504 lleva noventa días sin ver a sus seres queridos», podrán decir los vecinos. Yo sé que nunca he estado sola.

Yorka Bänz Canales
Las Condes, Metropolitana, 78 años

❁

A medida que pasaron los días tuve que enfrentar mi nueva condición... Vivir sola un momento para el cual venía preparándome desde que mi hija menor se independizó, pero su ausencia estaría suavizada por la llegada de una nueva estudiante extranjera en quien podría volcar todo mi afecto y ocupación como su madre chilena.

Esta dulce tarea se vio abruptamente interrumpida por la declaración de la pandemia, el cierre de fronteras y clases *online* no justificaban permanecer en Chile por todo un semestre, todas estas razones la obligaron a regresar a Estados Unidos rápidamente. Solo compartimos veinte días, tiempo suficiente para que nuestra despedida fuera triste y llorosa, nuevamente el departamento se convirtió en un lugar silencioso.

El nido vacío ahora era una realidad, pero con un componente inesperado... El miedo a este contagio desconocido. Es tiempo de la introspección y de preguntas. ¿Qué haré con mi nueva condición? (...)

Ana María Campos Lenoir
Viña del Mar, Valparaíso, 63 años

❁

Domingo. Llegó nuestro hijo a vernos y nos trajo el almuerzo, fue espectacular esta sorpresa, especialmente recibir tanto amor.

Espero que mi diario íntimo sirva para demostrar que nada es imposible para Dios, al menos es lo que me ha ayudado a mí en estos cincuenta y tres años de matrimonio. He

intentado ser una buena esposa, madre, abuela y suegra. Los errores de la vida me han enseñado. Tengo la esperanza de que esta cuarentena nos sirva para mejorar y la veamos como una enseñanza para la vida. (...)

Betty Agurto Barrera
Talagante, Metropolitana, 73 años

[Varias fechas de mayo]

Prólogo. Cinco mujeres, compañeras del Liceo 1 de Niñas de Santiago Javiera Carrera desde la educación primaria, en los años '50, se reencuentran casi sesenta años después de egresar, gracias a la tecnología y la pandemia. Estas son parte de sus conversaciones por WhatsApp.

[10:48, 5/5/2020] María: Buenos días a todas. Espero tengan paz y el descanso necesario. Haré chapsui con arroz. Lavaré sábanas. Regaré algunas plantitas de interior y capaz que saque algo de polvo. Jajaja. Daré remedios, botaré basura y ya me cansé. Besos.
[11:13, 5/5/2020] Aramis: Buenas mañanas mujeres trabajadoras. Solo haré aseo y almuerzo. El lavado lo dejaré para mañana. Volverán las temperaturas sobre los 30 grados. ¡Que espanto!
[11:17, 5/5/2020] Hannah: No saques polvo. Vuelve
[9:55, 6/5/2020] Aramis: Mis héroes: el personal que trabaja en la salud pública y los recolectores de basura. Todo mi respeto para ellos.
(9:56, 6/5/2020) Goda: hay que aplaudirlos más seguido.
[10:42, 6/5/2020] Hannah: Se perdió el control remoto de mi tele. Todos son sospechosos
[10:43, 6/5/2020] Hannah: Desarmamos la cama, los veladores, miramos en la cocina y en los baños, la basura.....nada.
[11:01, 6/5/2020] Aramis: Anoche empezamos a leer Decamerón. Solo la introducción, y no completa, y es igual a lo que estamos viviendo hoy, siete siglos después.
[11:27, 6/5/2020] Hannah: 👍
[11:30, 6/5/2020] Athos: ¿Encontraste el control?
[11:31, 6/5/2020] Aramis: ¿Qué control?

[11:32, 6/5/2020] Athos: La Hannah perdió el control remoto de la tele

[11:33, 6/5/2020] Aramis: ¡Ese sí que es un desastre!

[11:33, 6/5/2020] Athos: ¿¿Qué pasó??

[11:35, 6/5/2020] Aramis: La Hannah perdiendo el control.

[11:37, 6/5/2020] Athos: Perder el control es quedarse sin poder, llegar a ser vulnerable que en época de pandemia es muy peligroso. Boccaccio lo dice.

[11:38, 6/5/2020] Hannah: Estamos descontrolados (...)

[16:45, 6/5/2020] Goda: Les cuento. Mi nuera tuvo covid. Hace ya varias semanas. Mi hijo dio negativo. O no se contagió o lo tuvo antes, asintomático. Mejoró sin hospital. Tiene 40 años.

[17:39, 6/5/2020] Aramis: Goda querida, una pregunta: la situación que nos cuentas, ¿te preocupa o te alivia? Quiero decir, saber que ya pasó y están bien.

[18:06, 6/5/2020] Goda: Estoy aliviada. Y el evento no llegó a ser grave. Quedé con un dolorcillo de no haber podido ayudarlos. Andamos bien apatotados en caso de enfermedades. (...)

[17:35, 9/5/2020] Athos: En un día como hoy hace 75 años termina la segunda guerra mundial. Rusia perdió 76 millones de personas y fue la principal protagonista de esa guerra a pesar de que los gringos por omisión tratan de ignorar eso. He leído bastante sobre eso y es interesante cómo se cambian los hechos. Sin ir más lejos hoy en el noticiero de mediodía mostraron a varios países como conmemoran ese día: USA, Francia, Inglaterra, Alemania y no nombraron Rusia. Interesante.

[17:37, 9/5/2020] Aramis: O, ¿Indignante?

[17:40, 9/5/2020] Athos: Para mí no. Estamos acostumbrados. Según mi filosofía si así «es», porque así ha de «ser». A veces duele, a veces molesta, a veces indigna. Pero el mundo es así, la vida es así. Ahora es el Día Nacional de Rusia.

[18:03, 9/5/2020] Hannah: A mi madre la liberaron los americanos después de caminar toda una noche cerca de Allendorf, Alemania, y a mi padre los rusos, de los trabajos forzados, no les bastó mostrar que él y su compañero estaban circuncidados, llamaron a un soldado ruso judío que les hizo rezar en hebreo, por suerte los dejaron ir en Ucrania, región de los Cárpatos

[18:19, 9/5/2020] Aramis: ¡Demasiado horror! Me impresiona la resiliencia de quienes pasaron por tanta miseria humana y lograron seguir viviendo, amando. Que pudieran volver a reír, a cantar. Mi humilde homenaje para ellos y todo mi respeto.

[18:22, 9/5/2020] Hannah: Quedaron muy dañados para siempre, mi padre fue el único sobreviviente de su familia, de la familia de mi madre sobrevivió un diez por ciento.

[12:10, 10/5/2020] Athos: A propósito, ¿quién sabe? ¿En la edad media un macho inteligente nos concedió el «alma» o fue antes?

[12:11, 10/5/2020] Hannah: Algunos todavía no lo hacen

[12:32, 10/5/2020] Goda: Bocaccio pensó diferente y se atrevió a escribirlo, digo yo... a él me refería...

[12:33, 10/5/2020] Athos: Yo creo que él reveló una realidad

[12:35, 10/5/2020] Goda: Una realidad dentro de ignorancia, dogmas, oscurantismo y secretismo...

[12:40, 10/5/2020] Goda: ¡¡¡Igual se movió en círculos bien exclusivos ...y murió de muerte natural!!! Me acabo de enterar. Me temía que lo hubiesen asesinado....

[12:43, 10/5/2020] Goda: Gracias he aprendido nnnnn. Voy a cocinar...

[12:53, 10/5/2020] Aramis: Después de esta conversación, dificulta encontrar damas con mayor nivel intelectual y cultural.

[13:15, 12/5/2020] Aramis: Mis queridas. Lamento comunicarles que no continuaremos leyendo *Decamerón*. El camino que tomó Boccaccio en la segunda jornada, la pornografía, me carga. Si fuera erotismo, tal vez. Pero es pornografía. Buscaremos algo mejor. Hasta entonces, deberán dormir siesta sin nuestras lecturas.

[13:16, 12/5/2020] Hannah: Tenía su fama,

[13:25, 12/5/2020] Athos: Respecto a la renuncia a *Decamerón* me parece bien, esperamos que elijan algo más adecuado.

[13:28, 12/5/2020] Hannah: Pueden leer Heidi

[13:28, 12/5/2020] Athos: ¿*Mujercitas*?

[13:29, 12/5/2020] Hannah: Ese ya es feminista para la época

[13:36, 12/5/2020] Athos: Nunca es tarde para arrepentirse. Dicen que puedes llegar al cielo.

[13:36, 12/5/2020] Hannah: ¿Que cresta haría yo en el cielo?

María Eugenia Burgos Coderch
La Reina, Santiago, 72 años.

Bueno yo personalmente
gracias a Dios me siento
bien de salud pero todo
esto de la pandemia mal
emocionalmente pues a veces
amanezco con mucha angustia
lloro con mucha facilidad
si recordamos un poco del 18
el estallido social y ahora
este año yo vivo sola con
mi marido de 74 y no
podemos salir a ver los nietos
les echo mucho de menos

Manuscrito de Alicia de las Mercedes Godoy Estay

Junio

2020

Lunes, 1 de junio

Como mayor de 75, he sido obligada a guardar una cuarentena que no me acomoda para nada. No estoy enferma, hasta aquí por lo menos, y siento que el sistema nos discrimina, con la buena intención de protegernos.

Los jóvenes también se contagian, hacen fiestas, salen sin mascarillas, sin protección; los narcos festejan a sus muertos con fuegos de artificio y no los detienen ni por feos. La delincuencia está en su agosto, les han permitido romper su condena por hacinamiento... Pero del otro, el de los pobres, que deben ir en busca de sustento a riesgo de contaminarse, ¿quién los defiende? ¿Quién se preocupa? Canastas familiares... En buena hora, sin embargo también con discriminación tanto de sectores como de regiones.

Discriminación... Fea palabra; sin embargo, el ser humano la pone en práctica a diario, en todos los ámbitos, sea social, económico, político, religioso, étnico. La he sufrido, la sufro, y posiblemente, hasta la haya practicado. Es preciso reconocerlo.

Vengo de una comunidad cerrada por motivos religiosos; he intentado desde joven tener la libertad de elegir el camino que entendía era el que me acomodaba. Lo he logrado en parte, porque el entorno social en el que me he desenvuelto, algunas veces me ha recordado mis ancestros, no de la mejor manera.

Mi generación nació en democracia, perdida por la irresponsabilidad de todos; luego, vivir una cruel dictadura, volver a la democracia, y pensar que íbamos a ser felices para siempre. Vivíamos en una burbuja, sin ver que estábamos sobre una olla a presión que explotaría en cualquier momento. Y explotó.

No sabíamos que esa explosión que parecía el fin de una era, sería la nada misma ante lo que la naturaleza nos tenía preparado. ¿Castigo divino? ¿Prueba para saber si somos humanos o robots que solo piensan en comer, distraerse, vestirse, comer, tener sexo, trabajar (no todos por supuesto), sin mirar al prójimo?

Ahí estamos, pensando por supuesto, ¿por qué a esta generación? ¿Tan malos fuimos?

Claro que sí. Por acción u omisión, hemos contribuido a destruir la casa que nos cobija; talamos los bosques, contaminamos ríos y mares, muchos animales se han extinguido o están en vías de ello; usamos los combustibles para envenenar el aire, etc., etc. Hicimos la guerra una y otra vez, nos matamos solo por pensar diferente, por tener religiones distintas, por ser de otro color. Y todavía queríamos que toda esta barbarie pasara inadvertida.

Así es que vino la pandemia. Algunos, como yo, empezamos a pensar y a desesperarnos porque no queremos morir ahogados. Sabemos que la muerte es inherente a la vida; nacer, permanecer vivos por un periodo de tiempo que nadie sabe cuánto será, y, finalmente, morir. Pero que sea con cierta dignidad, no como un pez fuera del agua.

La vida diaria ha cambiado para la mayoría; para mí, poco. Ya salía solamente al supermercado, farmacia o a dar una vuelta a la playa, pero ya no se puede. Por otra parte, la salud de mi marido, un par de años mayor que yo, se ha deteriorado bastante; requiere cuidado permanente. Todavía no tengo problema para entregarle toda esa atención; sin embargo, me pregunto cuánto tiempo más tendré la capacidad física y anímica para hacerlo y me da miedo. Significará un cambio profundo, como dependencia de los hijos, por ejemplo, complicando sus vidas, desde ya no tan fáciles por las circunstancias.

Cambios... «Todo cambia» dice la canción, pero no pensamos que sería tan drástico.

¿Estaremos pagando la cuenta de nuestra irresponsabilidad, de nuestra arrogancia, del creernos dueños del universo, cuando no somos dueños de nada, ni siquiera del próximo minuto de lo que nos quede de vida?

Reina Magali Maldavsky Kischinevzky
La Serena, Coquimbo, 80 años

11:20 horas

Cuando leí en *El Mercurio* la convocatoria para crear el «diario íntimo de Chile» me entusiasmé de inmediato y me dije debo «participar». Pero, después de pensarlo un rato, ya no me pareció tan atractivo. Íntimo, como su nombre lo indica es algo reservado que está envuelto en cierto halo de secretismo y no es para revelarlo a medio mundo.

Nunca he escrito un diario de vida, siempre lo asocié con las mujeres —mis compañeras de colegio, mis hermanas y primas tenían uno— donde me imagino reflejaban el

tránsito de su adolescencia hacia la adultez, donde van descubriendo su sexualidad, digo me imagino, pues nunca ninguna compañera de colegio y menos mis hermanas y primas me dejaron leerlos. (...)

2020. La pandemia nos está pegando y fuerte, mi madre de cien años dio positivo en el test PCR, vive con mis dos hijos mayores que al parecer también están contagiados.

Nosotros con mi señora hacemos cuarentena obligatoria, mayores de 75 años, pero no se hace tan pesado, primero pensando que es por el bien de uno, y tenemos la suerte de contar con buenos libros, vinilos y aplicaciones de internet, que nos hacen más llevadero el confinamiento. Por las tardes, miramos la puesta de sol desde nuestra terraza.

Aliro H. Lobos Díaz
Viña del Mar, Valparaíso, 76 años

❁

(...) Ayer leí en el *ABC Ciencia* que se confirmó la presencia de una tierra en la estrella más cercana al sol. Hay que partir pronto para allá. ¿Nos recibirán?

Escribir este breve diario ha sido una buena experiencia. ¡Vamos que se puede!, juntos saldremos de esta: con mi esposa, hijos, yernos, nueras y nietos, con la Flaquita mi amiga del alma, con Carmen; también con ustedes.

Solo para dejar constancia: «¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!» (Amado Nervo).

Alfonso Pino Pizarro
Providencia, Metropolitana, 75 años

❁

Era una persona feliz porque tenía todo lo que puede desear una mujer de 73 años, viuda, profesora normalista, pensionada desde el año 2014.

Que, si bien es cierto vivo sola, viuda desde hace veintiún años, mis tres hijos profesionales y viviendo en diferentes lugares, logré asumir mi condición y tenía mi vida armada a mi entera satisfacción.

Hablo de haber aprovechado mi experiencia como docente y mi amor por el mundo de la discapacidad, para crear una corporación que apoya el funcionamiento de un taller

laboral para adultos con discapacidad cognitiva, a los que había conocido siendo niños en una escuela especial que tuve en suerte dirigir.

También de ser una activa integrante de un club de lectura, lugar donde se tienen las discusiones más interesantes y educativas con personas que comparten esta afición al analizar libros de autores clásicos y contemporáneos.

De participar en forma entusiasta con un grupo de señoras que practican reiki, en la posibilidad de aprender de esta técnica milenaria para ayudar a personas que sufren males del alma y del cuerpo.

Me sentí en la libertad de inscribirme en un centro para el adulto mayor y recibir los beneficios de clases de gimnasia funcional, gimnasia cerebral y actividades sociales, entre otras actividades.

Y tal vez lo más importante y significativo de mis rutinas, fortalecer una red de amigos maravillosos que compartimos gustos y aficiones como viajar, socializar en torno a una mesa y caminar...

Largas y prolongadas caminatas por la avenida Costanera de mi ciudad Antofagasta, siendo testigo de las puestas de sol más hermosas que la naturaleza nos pueda entregar.

Recuerdo como si fuera hoy, el sábado 20 de marzo haber disfrutado de un recital poético al aire libre y bajo las estrellas en la Ruinas de Huanchaca con mis amigas, porque fue la última actividad sociocultural a la que asistí.

A partir de esa fecha y por las alarmantes noticias que ya circulaban con fuerza, con estadísticas mundiales aterradoras, tuve que asumir con mucho dolor, mi condición de adulta mayor y con enfermedades de base, que era una persona «vulnerable» (término del que se ha hecho uso y abuso) y que debía quedarme en mi departamento y empezar a planificar lo que sería mi existencia desde ese momento.

Ha sido un proceso largo y difícil. Principalmente de renuncias e incertidumbres, pero también de descubrimientos y aprendizajes nuevos.

Lo primero que recuerdo, es haberles declarado a mis hijos, que se preocupan mucho por la mamá, que «yo no me pienso enfermar», consciente que nadie, creo yo, se enferma porque quiere.

En este proceso de reinventarse he descubierto cosas que antes no valoraba, porque sencillamente las tenía al alcance de la mano.

Que al vivir sola tengo todos los espacios disponibles para mí (suena egoísta, pero es mi realidad) y que de mis rutinas, soy la única responsable.

Que también puedo disfrutar del mar y de las puestas de sol desde mi balcón.

Que tengo unas vecinas maravillosas a las que antes saludaba como corresponde vivir en una comunidad y que hoy, se han hecho cargo de mis compras.

Que me he visto obligada a aprender un poco más del uso de la tecnología para hacer la gimnasia con tutoriales de YouTube, de usar la cámara del WhatsApp para ver a mis hijos y nietos a pesar de la distancia, de tratar de ser una alumna aplicada en el uso del Zoom y participar de un cumpleaños y de las ventajas de hacer transferencias para efectuar los pagos que antes hacía en forma presencial.

También que esta emergencia sanitaria ha puesto a prueba mi tolerancia frente a hechos que me parecen inaceptables, como pretender que se normalizarán las clases porque preocupan los «contenidos» y como vieja-profesora-vieja, creo que es el momento de enseñarles a los niños y jóvenes a pensar, investigar, resolver problemas y tantas otras habilidades que los prepararán para la vida.

Mientras duró la cuarentena de veinticinco días en mi ciudad, me dije una y mil veces que cuando se levantara, saldría a dar una vuelta y tomar aire y sol. Creo que lo haré mañana... Si es que me atrevo.

Rosa María Loyola López
Antofagasta, 73 años

Siento voces infantiles en el comedor de la casa, me asomo y veo a Martina, de diez años, frente al computador conversando con los compañeros de su nuevo colegio y en espera de iniciar las clases virtuales del día. Más tarde, Maciel envía al WhatsApp Familia una foto de Amalia, de seis años, frente al computador con cara de aburrimiento en su clase virtual. Yo mismo, recién el sábado, tuve un encuentro virtual de camaradería con mis excompañeros y amigos de la universidad. Pienso (luego existo), y luego canto... «el mundo está cambiando, y cambiará más...»

Escucho en la calle un parlante solicitando colaboración solidaria para una olla común de una población popular de la comuna. Dicen que el virus ataca otros órganos y no solo los pulmones. A los pobres, antes de contagiarse, les ataca el estómago.

En la televisión, el ministro de Salud entrega el informe diario de la situación: 5.471 nuevos casos, 59 fallecidos. ¡1.113 fallecidos desde marzo a mayo!

Debo decirlo, tengo miedo. ¿Cuántos fallecidos habrá en junio, en julio y en agosto? A mi edad, la consigna popular es «hay que pasar agosto». Pienso (luego existo) y luego

canto... «resistiré, para seguir viviendo, soportaré los golpes y jamás me rendiré...»

¿Cuántos fallecidos habrá en septiembre?, ¿serán más o serán menos que en aquel otro septiembre?

Mi nueva consigna es «hay que pasar septiembre». Llegar a octubre nuevamente y ver el arcoíris, no en escala de grises. Esta vez en colores vivos y reales. ¡Y allí veo al Hombre, que se levanta, crece y se agiganta!

Mauricio Sánchez González
Rancagua, O'Higgins, 66 años

❁

Seguimos con la cuarentena y la vida sigue pasando, tanto tiempo en casa descubrí que me había perdido muchas cosas con mi familia, es como un reencuentro con las cosas simples cotidianas, pero que por el afán del trabajo no logramos percibir.

Los años no me pesan, me siento con muchas ganas de escribir y contar mis experiencias junto a las personas que más amo, esperando que al término de esta pandemia las personas sean capaces de vivir en un mundo mejor, menos egoísta, cuidar mejor el planeta, respetarnos y querernos y valorar que la familia es lo más importante.

María Isabel Neumann Flores
Las Condes, Santiago, 69 años

❁

(...) A los muertos por la pandemia en USA ahora se suma una protesta generalizada en ese país por la muerte a manos de un policía de un afroamericano. En muchas ciudades de USA, incluyendo la de Carla, donde nunca pasa nada, la gente ha salido a marchar a las calles, se han producido algunos saqueos e impuesto el toque de queda.

El acto criminal de un policía, un blanco que ahogó con su rodilla a un negro, está desencadenando el fin de un imperio en decadencia desde hace mucho...

Trump, el presidente, como emperador romano se esconde en su búnker mientras la Casa Blanca apagó sus luces...

Lunes por la tarde. Perla no está viniendo desde la semana pasada pues su yerno estuvo

con el intendente, positivo de covid-19 y hoy me llama para decirme que dio positivo al test y supo el viernes. Ella está sin síntomas pero asustada por su hijo que ha tenido dolores de estómago. Con mis hijos decidimos que esta semana me quedaré en cuarentena, hasta que cumpla catorce días desde el último contacto que tuve con mi nana. Y yo el sábado haciendo panqueques con la Trini, que viene a menudo a acompañar a su lela. ¡Qué susto!

Lila Acuña
Valparaíso, 63 años

❁

¡He llegado a la madurez de mi propia vida!, he comenzado a declinar, física y mentalmente. No puedo evitarlo, tal vez, solo retrasarlo. Comenzaré a marchitarme y a desvanecerme, en medio de la soledad radical que siempre ha sido parte de mi existencia, hasta virtualmente desaparecer, y es que... solo un sueño y un olvido es nuestra vida.

Estoy solo, como suelo estarlo, más aún ahora, ante este extraño aislamiento que nunca he necesitado para sentirme desarraigado, y que este microscópico enemigo nos endilga para barrer de golpe con toda nuestra estúpida arrogancia.

Lentamente, mis vacías manos de dedos tristes, acarician el suave pelaje del pequeño gato que mi hija me ha regalado, según ella para que me acompañe en mi cuarentena, mi perdida mirada vaga mentalmente por pretéritos lugares, ignotos paisajes, bucólicas extensiones de mi mente, más allá... muchísimo más allá de lo inmediato. (...)

Scarol Vrais
Valparaíso, 63 años

❁

Día muy complicado para mí, hace un año atrás, justo en un día como hoy, hospitalizaron a mi Huguito. Les contaré quién era Huguito, el único amor de mi vida, estuvimos juntos durante 47 años tres meses y catorce días, estuvo diecinueve días hospitalizado y falleció, por eso estos días son muy difíciles para mí, recuerdo cada uno de ellos. (...)

Gladys Rosa Tapia Miranda
Padre Las Casas, La Araucanía, 69 años

❁

Hoy empiezo a escribir un diario sobre este tiempo de pandemia, que nos tiene perplejos y atemorizados a los que habitamos esta vinosa franja de tierra... y mar, sobre lo que nos sucede y lo que pensamos.

¡Somos un país herido! Seguimos en cuarentena, pero hoy amanecí más pesimista...

¡El futuro! ¿Tenemos futuro? Me refiero al futuro nuestro. Al futuro de nuestro país. Al de nuestros hijos, al de usted, de todos... del *homo sapiens*. Especialmente ahora que —como un triste preámbulo a esta peste— nos hirió la aparición de un nuevo tipo de humanoide que solo quiere destruir, saquear, incendiar, arruinar todo aquello que nos ha dado bienestar.

¡Sí! ¡Estamos condenados a desaparecer! Pero ¿por qué? Posibilidades hay varias:

—Porque un cuerpo extraplanetario nos embestirá. Desapareceremos y con nosotros... nuestra civilización. ¡Y eso no lo podremos evitar!

—Por la contaminación que está secando al planeta. ¡El desierto está a las puertas de Santiago... y seguirá avanzando sigilosamente!, y la atmósfera nos seguirá asfixiando... con una languidez mortal. ¡Y eso no lo queremos evitar!

—Por guerras, porque algún maniático paranoico apretará un botón, y convertirá nuestro azul planeta en humeantes ruinas. Y eso... ¿alguien lo podrá evitar?

—Por pandemias. ¡Y ya se nos dejó caer esta! Mortal para todos, y más para nosotros los viejos. ¿Cómo defendernos? La solución es simple: una mascarilla y quedándonos en casa, ¡este es nuestro lugar seguro!... ¡Pero algunos no lo quieren evitar!

¿Qué hacer con aquellos que se fumaron las pocas neuronas que les quedaban y andan por las calles, desafiantes, creyéndose inmortales? ¿Qué podemos hacer?

¡Nada! ¡Todo es inútil contra la estupidez humana!

Ahora bien, ¿de dónde diablos salió este coronavirus? Especulemos sobre ello:

¿Será verdad que en un país de Oriente experimentan con bacterias, pensando que una competencia comercial podrían ganarla en una guerra bacteriológica? (Luego afirmarán que estos experimentos los hacen solo con fines científicos o defensivos). Pero ¿y si uno de estos microscópicos seres —manipulados en laboratorio— se les escapó y empezó a mutar y a multiplicarse en unos organismos sin anticuerpos capaces de destruirlo? Nuestra humanidad, desconcertada, no sabe cómo combatirlo, y este pequeño y desconocido virus seguirá causando la muerte de miles de personas.

¡Sí! Somos un país herido, mortalmente herido, y a todos aquellos que amamos

nuestra tierra, nos duele. ¿Qué ha ocurrido como para que en este país bonachón, acogedor, amigable, la gente empiece a odiarse por sus problemas, y en vez de unirse piense que la solución es destruir lo que con el esfuerzo de generaciones se construyó? (...)

Roberto Avendaño Rojas
Curicó, Maule, 83 años

❁

Después de tanto tiempo en casa, hoy salí para hacer una diligencia. Me sentí emborrachada, las piernas me tiritaban, ¡una catástrofe!

Pensaba: cuanto esto pase (pandemia) y pueda salir libremente; caminar por las calles, tal vez sentarme como solía hacerlo en la plaza Victoria, vitrinear, ver el mar, etc., ¿podré hacerlo? ¿Viviré hasta entonces? ¿Abrazaré a mis hijos, nietos, bisnietos, amigos? ¿Conversaré con ellos, como solía hacerlo?

Dios solo lo sabe, estoy viviendo tiempo agregado, y debo hacerlo en solitario. A mis 85 años (me agregué dos meses para hacer número cerrado); todo puede esperarse. ¿Ahogarme? O quedarme en el sueño (sería lo mejor). Caerme, cualquier cosa puede pasar. Me puse trágica pero anímicamente estoy mal.

Tuve una conversación telefónica con mi hija y no lo entendió, como le expliqué y se enojó, no fue mi intención hacerlo. ¿Tal vez fue un malentendido? Espero.

Chao.

Ángela del Carmen Soto Riquelme
Valparaíso, 84 años

❁

Un video excelente: un conmovedor homenaje a George Floyd, el hombre afroamericano asesinado por un policía en Estados Unidos, y al mismo tiempo, una manifestación de protesta incomparable, que escupe siglos de indignación. Lloré. Lloré al ver a ese cop, ese blanco maldito, presionando con su rodilla blanca uniformada, de blanco poderoso, el cuello de un hombre negro, hasta asfixiarlo, haciendo caso omiso de sus «I can't

breathe!», cada vez más débiles. Un hombre cuyo único pecado y delito es tener la piel de ese color, el color de los esclavos, el color prohibido. Lloré y lloro ahora, mientras escribo. Lloro, quizás de furia, tal vez de impotencia, de desesperanza, o de un atisbo de esperanza, quién sabe. (...)

Guisela Parra Molina
La Serena, Coquimbo, 65 años

❁

(...) Extraño a mis amigas, nuestros paseos o las simples caminatas para reunirnos en un café el fin de semana. Recurro a los recuerdos del viaje de este verano para sentirme agradecida y afortunada por haber conocido lejanos lugares del sur de Chile.

Siento nostalgia de ese viaje que iba a realizar para ver la llegada del otoño en Conguillío. A veces me pregunto ¿qué busco en esos viajes? Sé que amo la naturaleza al punto de llorar al contemplar un paisaje, ¿será eso lo que me impulsa? O estaré escapando de la rutina para descubrir un nuevo sentido para mi vida.

Ana María Campos Lenoir
Viña del Mar, Valparaíso, 63 años

❁

(...) El encierro por la pandemia que sufre el mundo es un tiempo que se ha prolongado en demasía, estoy en ascuas con esta incertidumbre, sin saber a qué nos enfrentamos y cuánto durará; encuentro la casa muy grande, me siento inútil, desanimada y sin ganas de hacer las cosas, por mí estuviera todo el día en la cama sin hacer nada: los malestares y situaciones de salud se me hacen más grandes. (...)

Siempre me doy tiempo para «mi trabajo del corazón»: ayudar en la medida que se pueda a personas mayores que viven solas y que por su edad o salud no pueden ir a buscar sus remedios o a realizar sus compras: y ahí estoy socorriéndoles (...). Cuando aparecieron los enfermos de covid-19 asintomáticos me hice «una revisión técnica»: fui al médico a pedirle una orden para PCR, según él ¡y gracias a Dios! no

era necesario, solo había que adecuar mis remedios y hacer un examen de sangre, me programo para salir una vez a la semana y con todas las medidas que han dispuesto los que saben. (...)

Luzmira de las Mercedes Toro Leiva
Linares, Maule, 60 años

❁

La humanidad es una sola, pensamiento del Dalai Lama en el día de hoy, Pentecostés. *Pfingsten*, feriado en Alemania. Acá lunes, el primer lunes de este mes de junio que —dicen— será triste, muy triste.

Por acá, en mi balcón privado, dos zorzales se posaron ayer, y luego de un rato, un colibrí. Hoy regresó, batiendo sus alas frenéticamente. Entre las flores de la aloe vera estaba suspendido cuando me asomé a la ventana.

El miedo me suspende, la confianza me sostiene. Ayer puse en tierra todas las semillas guardadas, hasta las del girasol rojo. No se me ocurre qué más hacer.

Podría sentarme a llorar sin parar y regar las plantas. (...)

María Luisa Benner
Santiago Centro, Metropolitana, 65 años

❁

Anoche sentí miedo por toda la cantidad de infectados y muertos en Chile, la precariedad como viven muchos chilenos, la pandemia afecta a las comunas más pobres de Santiago, la mayoría de los infectados son de la comuna de la Pintana, y no pueden cumplir con la cuarentena porque tienen la obligación de ir a trabajar, viven el día a día para llevar el sustento a sus familias. Mientras que los ricos se arrancan en aviones privados sin respetar la cuarentena a sus segundas viviendas a disfrutar del litoral.

En estos meses se ha visto el fracaso de las medidas tomadas, son tardías, estamos en una crisis humanitaria, social y económica.

Casi todos los días nos comunicamos con mi hijo que está en Santiago. Ahora está

trabajando *online*, vive solo y se cuida bastante, es muy responsable, conversamos de la crisis que estamos pasando y tratamos de animarnos.

Ana María Reyes Morales
Valdivia, Los Ríos, 64 años

❀

(...) Vamos para el tercer mes de permanencia en casa, tengo una tarea pendiente, podar mi duraznito y las rosas. Son dos matitas, mi tijera podadora es muy chica, tendré que hacerlo con mucha paciencia, entregarles amor y cuidado, dándoles agüita y protección del frío, esta tarea siempre la realiza el jardinero, pero no puede venir, ni salir de su casa. Por lo tanto he estudiado unos tutoriales en internet. (...)

Rebeca Herminia Villalobos Courtin
La Florida, Metropolitana, 75 años

Martes, 2 de junio

El vuelo de la libélula

(...) Ha llegado el momento de imitar el vuelo de la libélula. Recorrer ríos, lagos y charcos. Viajar a los rincones más apartados de mi país, solo para saciar mi espíritu aventurero.

Tengo la suerte de vivir en este largo país, en que cada recodo será un paisaje diferente. Una geografía de ensueño.

Debo pensar que me queda poco tiempo. Como la libélula.

Vivir la vida al máximo, tener la virtud de vivir el momento.

Debo mirar su vuelo y copiar su belleza, su majestuosidad, su libertad.

Me pondré al sol y tomaré su energía y la imitaré con movimientos rápidos y ágiles.

La alegría será la fuerza que me acompañe en cada despertar, y abriré mis alas para comenzar mi nueva vida. Nada de reposo, ni descanso.

Imitar el movimiento de sus alas transparentes, en mi caminar por la vida, sin ataduras, sin obligaciones, sin malos pensamientos.

Solo agradecer por un nuevo día y volar.

¿Cuándo emprenderá su vuelo la libélula?

¿Cuánto habrá de colocarse bajo los rayos del sol, para tomar su energía y guardarla para un después?

¿Hasta cuándo se debe esconder en su capullo y solo soñar?

Guardaré mis alas. Mis sueños guardados.

La energía reposará en este charco de agua angustiante.

Pero la libélula volará contra toda adversidad.

Porque la energía para comenzar una nueva vida y el inicio de vivir el último recorrido de la vida no se anulará.

Brotarán en mi jardín solo capullos de alegría.

Rita Rojas Reyes
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

Vida...

Quiero verte amigo...
Quiero fundirme en un abrazo...
Quiero sentir tu calor y tu energía...
La codicia, la egolatría, el narcisismo y la mentira...
Dominados por la soberbia, el orgullo y la ambición...
Dejaron entrar al asesino...
Silencioso, voraz y muy dañino...
Para acallar el descontento...
Para ocultar el hambre...
Para esconder la desigualdad...
Y con las injusticias seguir lucrando...
En el reino del ají...
Los príncipes del mal obedecen...
Los mandatos del rey de la palabra...
Mas los hechos no lo acompañan...
Aunque sus esfuerzos camaleónicos haga...

No te dejes seducir...
Por el demonio del dinero...
Tu salud, tu vida está primero...
Quiero verte amigo...
Quiero disfrutar contigo el futuro...

Guillermo Ossandón Bustamante
Viña del Mar, Valparaíso, 63 años

Maldita primavera, maldita cuarentena

Yo vivía feliz en mi mundo un poco loco hasta que ocurrieron hechos que cambiaron mis fantasías e ilusiones. Pese a las vicisitudes en mi calidad de pensionado desde hace mucho tiempo, trabajé cuarenta y dos años, con no más de treinta días de licencia, lo que habla de mi buena salud, aun cuando después de los 65 años fui operado cinco veces, con resultados más que satisfactorios hasta hoy...

Como una terapia muy personal he querido participar como «ratón de biblioteca» en esta crónica que me incitó a relatar cómo vivo estos momentos de pandemia y sus consecuencias.

Yo vivía feliz en mi situación de soledad al haber perdido a mi última compañera, como también a algunos amigos muy apreciados y recordados, como lo fue Jorge O., quien antes de dejar este mundo me dejó como legado el haberme insistido en que me enrolara en la Sociedad de Adultos Mayores Amantes del Progreso de Valparaíso, siendo ambos residentes en Viña del Mar. En dicha cofradía encontré lo que mi alma buscaba, encontré la amistad de los sexos sin distinción de edad ni materialismos, en suma fueron toda una familia numerosa, donde pude desarrollar mis cualidades de bailarín de cabaret, como también mis dotes de pintor visual, dándole un toque casi juvenil a aquellas veladas en que mensualmente nos reuníamos a compartir un frugal almuerzo con todos sus aderezos, como también aquellas onces donde el té o el café eran más sabrosos que en casa, cada miércoles del mes.

Yo vivía feliz cada vez que asistía a los talleres, pues me sacaban del quehacer diario, gracias a las personas que pensaron en nosotros los viejos y gracias a los profesionales que

hicieron más gratas las horas dedicando sus conocimientos. Ello me produjo mucha felicidad y confianza en mis medios.

Debo ser sincero al decir que he vuelto a mi niñez y juventud perdida, por cuanto he vuelto a leer aquellos cuentos ya olvidados, como lo es *El príncipe feliz* o los inolvidables de Disney, como *Dumbo*, *Bambi* o *La dama y el vagabundo*, todo gracias a la cuarentena.

Sergio Humberto Millones
Viña del Mar, Valparaíso

❁

Hoy me atreví a dejar la seguridad de mi departamento y tomando todas las precauciones recomendadas y otras de mi propia cosecha, salí a caminar por la Avenida Costanera.

Debo reconocer que estaba aterrada... Me sentí y me siento insegura sobre si estoy haciendo las cosas bien en cuanto a mi seguridad. Caminé por la avenida en un día de sol radiante, pero estaba más preocupada de alejarme si venía alguien en sentido contrario o de no apoyarme en un muro o baranda por temor a que estuviera contaminado.

Y ya de regreso en mi hogar, la paranoia de las medidas y protocolos de higiene antes de ingresar al departamento.

No sé qué haré más adelante. Estoy consciente de que no todos los días brillará el sol. Que nos esperan momentos duros y preocupantes. Que seguiré enojándome por la irresponsabilidad de la gente que no respeta las normas y que nos exponen al contagio. Que me dará mucha rabia la falta de empatía por el que tiene carencias de todo tipo.

Que sufriré por las estadísticas alarmantes y porque jamás, jamás pensé que a mi edad, me tocaría vivir una pandemia.

Por eso... Yo antes era feliz... Hoy, tengo miedo...

Rosa María Loyola López
Antofagasta, 73 años

❁

Hoy nos juntamos las chicas del club de Lulú, bueno en realidad desde que estamos en cuarentena una vez por semana, qué maravilla, hacemos Zoom y lo primero es lo prime-

ro, oramos por las primeras filas; salud, supermercado, farmacia, bomberos, carabineros, gobierno para sabiduría para administrar bien tiempos, recursos, sacar rencillas, etc.

Luego una a una cuenta sus necesidades o damos gracias por lo acontecido, yo, por ejemplo, puedo decir gracias a Dios vivo esta cuarentena con mi esposo y nuestro hijo donde realizamos entretenidos turnos para hacer el almuerzo, donde nos ponemos delantal negro o nos regalamos un delicioso postre.

Puedo decir que nos ponemos tristes por lo que sucede afuera de nuestro hogar y por ello oramos diariamente en familia, y también decimos gracias, Señor, porque usted esto lo ha permitido para que nosotros como familia podamos ver cuán grande es su fidelidad y contar a otros que también usted tiene el control y solo usted sabe cuándo esto estará en la Tierra, mientras nosotros seamos personas mejores aprendiendo de su carácter: apoyando, bendiciendo, dando con nuestro corazón y también con nuestro bolsillo a quienes necesitan y no te conocen.

Mateo 25: 45: *Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis.*

Verónica Martínez Godoy
Quilpué, Valparaíso, 67 años

Hace poco me hice de mis 84 inviernos. No. Mejor digamos otoños.

Uno de mis hijos me hace llegar día a día el diario *La Estrella de Iquique*. Entonces con el periódico, más mi celular (dispositivo inteligente de gama baja, como me acota mi hija) y agregando la TV que, por lo general, no publica lo debido y se embelesa en resaltar lo que vende, he pasado estos días del corona.

No me incluyo en ese grupo que la sociedad y los geriatras denominan «factor de riesgo».

Llevo tres ocasiones en que no voy personalmente a cobrar mi pensión, que lo hace mi hija. Ah, vivo solo con ella y desde el primer día de esto, la pandemia, dictaminó «nada de salidas ni nada de visitas».

Mi grupo familiar es amplio: ocho hijos, diecisiete nietos y trece bisnietos; y haciéndole el «aguaite» al tatara. Entonces es, a veces, tristísimo no ver ni estar con el resto de la familia. Aunque ahora, con esta computarizada vida que llevamos, nada cuesta saber de todo el mundo al segundo.

Peco de olvidadizo y desagradecido al no mencionar la compañía y la ayuda con que me favorece la hija que vive conmigo; ella está por dar la tesis de su terminada carrera de abogacía y con todo suspendido en la Universidad de Tarapacá, pasa su tiempo en casa.

Soy «hombre de los viernes» como me dice mi familia, porque desde siempre, esos días los dedico a jugar una brisca o un dominó ya sea en mi Club de Rayuela o en mi Círculo de Suboficiales Mayores y, desde ya, han pasado unos doce o quince de aquellos viernes. Claro que como ya lo mencioné, todos los días, mediante la plataforma WhatsApp tengo contacto al momento con todo mi mundo en lo familiar, lo social y lo deportivo. (...)

Según mis cálculos de tiempo transcurrido, llevo ochenta y cinco días confinado.

He leído y releído el artículo publicado en *La Estrella* de hoy, martes 2 de junio, para convencerme de añadir al texto un episodio de mi vida y ocurrido en tiempos de pandemia.

El 12 de abril me llama uno de mis hijos y me dice que su señora madre ha fallecido, ya estaba enferma desde antes de Navidad de 2019. Si me atrevo a escribir sobre esto, es porque me golpeó el protocolo al que debí atenerme. «Vamos en el auto pero sin bajarse —dice mi hija— y con guantes y mascarilla». Yo digo: «Pero hay que llevarle unas flores y cómo no me voy a bajar, para siquiera estar un minuto haciéndole compañía»; al final se ablandan los corazones y estamos los tres un rato con ella, pero respetando lo establecido. Los otros pocos familiares presentes, solo cruzan miradas y gestos con nosotros.

Un episodio de mi vida que nunca me imaginé iba a vivirlo en esas circunstancias y con estos procedimientos; pero me sometí a los protocolos sanitarios en mi propio bien, de mi familia y de mis coterráneos. Iquique, ciudad en la que vivo y nací, a la fecha, es una de las comunas con más infectados porcentualmente y creo haber cooperado con mi gente y con mi país.

Gracias por la oportunidad que brinda la U. de Valpo, por permitir que los adultos mayores tengamos una plataforma, como ahora se les dice a estas instancias, para salir de dentro de ellos y abrirse al exterior.

Edelberto Hidalgo Klippgen
Iquique, Tarapacá, 84 años

Me miré al espejo esta mañana. El pelo me creció más del lado izquierdo. Es raro, pero me ha pasado siempre. Un poco de crema es bueno para esas arrugas de expresión. Sí, porque si he llorado mucho en mi vida también he reído con frecuencia. Un poco de noticias me

dicen que este mes de junio será el *peak* de la pandemia. Pero como yo fui y seré la oveja negra de mi familia resistiré como dice la canción.

Susana Wiener Levy
Algarrobo, Valparaíso, 76 años

El hilo invisible del covid-19

Viajó desde lejos esta pandemia,
cruzó mares, saltó montañas,
se esparció en los valles,
invisible, sigilosa, se puede decir, engañosa,
y se adueñó de los cuerpos,
este virus se lleva a cuestas
por doquiera se vaya...

Trae consigo dolor, llanto y muerte,
ante el desconcierto:
se escuchan noticias,
se escuchan rumores,
se plantean teorías,
se manifiestan las culpas,
se sinceran gobernantes,
se apasionan los políticos,
reaparecen las campañas solidarias...

Al pasar de los días
nace el germen del miedo,
del caos, del desempleo,
del poco entendimiento,
se apenan los niños,
las madres se asustan,

los padres flaquean,
los abuelos, solo oran...

Se aconseja cuidarse,
no aburrirse en cuarentena,
para eso está el tejido, la cocina, el bordado,
la lectura, también sirve ver tele,
jugar con las mascotas, tenerle paciencia a los hijos,
no pelear con la señora,
encontrarle la cena rica aunque le falte sazón...

Violeta Aurora Olivares Fernández
Viña del Mar, Valparaíso, 72 años

Hace frío. Me acerco al living, donde mi nieta Amanda (15) está siguiendo sus clases de colegio *online*. Por el balcón entra un poquito de sol, el que se pone bastante esquivo en invierno. Pero nos regala una sensación de calor. Cada mañana me despierto con ánimo y no es para menos, ya que me he venido a Valparaíso, a la casa de la familia de mi hija Josefina y Claudio, a pasar una larga cuarentena voluntaria con abundancia de cariño y vida familiar cotidiana. Haré una breve pausa para tomar mi café de media mañana mirando el puerto desde la ventana, bendita ventana que se abre a la esperanza.

Por ahí escucho noticias horrorosas (*¿fake news?*), desde Gran Bretaña y desde Estados Unidos. Denuncias de hechos horripilantes asignados a sus máximas autoridades, una reina y un presidente. No sé qué pensar. Es peor que cualquier pandemia. *Anonymous*. Uffffff...

Hasta aquí llego por el momento.

Eugenio Rengifo Lira
Valparaíso, 73 años

Han pasado setenta y siete días de encierro. Son muy duros y la necesidad de ver y tocar a nuestros seres queridos, se va revelando como jamás lo habríamos imaginado. No hay Zoom que lo reemplace. Hablamos y nos vemos con mucha frecuencia, pero la ausencia corporal es terrible. Mirarnos a los ojos y llegar al alma, es un aliento para mantener el sentido de la vida cuando se ha llegado a la vejez.

Patricio Portales Coya
Viña del Mar, Valparaíso, 76 años

❁

Valparaíso. Otro día de encierro. Recurro a la música de Spotify y escucho una vez más *Time*, de Hans Zimmer y nuevamente me conmueve ese silencio profundo y desgarrador del principio que nos lleva al origen de las cosas. La disfruto una y otra vez mientras abro el computador para agregar otro capítulo a mi libro *Recuerdos del Liceo Eduardo de la Barra* que aún no he podido publicar. En este capítulo debo evocar a mi amigo Marcos Medalla, que el mismo año estuvo en otro curso del Liceo, y de la misma manera que recuerdo a mi excompañero de curso Claudio Grossman, que defendió tan brillantemente a nuestro país en la Corte Internacional de Justicia establecida en La Haya, debo destacar a medalla por un hecho tan significativo y fraternal que él tuvo con un marinero ruso que se accidentó en un barco de la antigua URSS y que lo desembarcaron en Valparaíso el año 1985, en plena dictadura. Marcos habla ruso y permitió y facilitó la recuperación de este joven marinero de veinte años que después fue reconocido por la prensa soviética. (...)

Juan Fernando Lorca Zapata
Valparaíso, 74 años

❁

Duermo sola porque vivo sola

Mis hijos, ya casados y en pleno periodo de crianza, están ocupados y muy ocupados por estos días. El *home-schooling* de mis nietos, el trabajo, la cocina, el aseo, el juego, la diver-

sión, normar las horas de pantallas evitando excesos, los hace tener sus horas y días paradojalmente llenos. Igual se hacen un huequito para llamar, citarme por Zoom o Meet. Hablamos de la pandemia y de Trump, del estallido de octubre, de cada uno de los niños y de lo contentos que están haciendo familia. (...)

Los otros hijos, hombres también dedicados a la señora y sus vástagos, trabajan y cocinan. A uno se le da muy bien el asado, al otro, el pan de masa madre tan en boga por estos días. Y a propósito de masa madre, hemos aprendido tantos nuevos términos como conceptos, hasta la estructura de la célula y la vida no-vida del coronavirus porque no tiene vida propia y anda buscando dónde apearse para vivir y de paso dejar a muy mal traer o simplemente matar. Hemos ampliado nuestro acervo lingüístico y podemos referirnos a la flexibilidad como nuevos escenarios líquidos. Las distinciones entre mortalidad y letalidad, o bien aplanar la curva, la meseta, el precipicio, el ventilador, el retorno seguro y la nueva normalidad, las camas críticas, y mucho más y por cierto del mayor interés. Es de algún modo un conjunto de palabras que oímos muchas veces en cuarentena y que repetimos hasta el cansancio. Sí, porque estamos cansados de oír lo mismo.

Pero ello no es grave. Lo terrible es el hambre, el dolor, el hacinamiento, el destierro, el confinamiento, el castigo divino, el cuarto jinete del Apocalipsis y tanto más. Son tiempos de vida y de muerte. Son el *Decameron* y *La peste* de Camus, que Mañalich ha leído tres veces, ¡uauuuuu! Todo un descubrimiento la cultura de nuestro ministro.

Son tiempos esenciales. Así los vivo yo. (...)

Gozo leyendo pero reconozco que en modo covid es difícil concentrarse, lo que me ha llevado a leer cuentos que a su vez grabo en voz alta para el sitio web de una amiga. Hay gente que me pregunta si no estoy muy afectada luego de cincuenta días de confinamiento. Respondo que para nada. El edificio es seguro, tiene un jardín precioso que nos ha traído un otoño espléndido, con sus colores ocres, amarillos, cafés y unos verdes tristes y apagados. Así me visto, también. Me mata el color oliva, la gama de marrones como dicen las vendedoras y los colores burdeos que en mi época se llamaban concho de vino. ¿Por qué diremos «en mi época» ...? ¿Es que se nos acabó la época? Parece que un poco. (...)

Ximena Cruzat A.

Vitacura, Metropolitana, 67 años

Martes

Desde el 8 de mayo en cuarentena en San Miguel. Hay que respetarla, pero me indigno cuando bajo al patio del edificio y veo que en la calle anda tanto desalmado arriesgándose al contagio y con ello perjudicando a su familia y cercanos. Nosotros los mayores de 75 no podemos pedir salvoconductos temporales y aunque antes igual no podía salir por la cuarentena, me siento doblemente prisionero. ¡No hay derecho! Por otra parte, a tan alto costo en vidas y con la economía por el suelo, algo hemos ganado y es el tiempo para muchas cosas que iban quedando de lado. Algunos nos quejamos de llenos. En el departamento con televisión, cable, internet, libros e instrumentos musicales, incluso falta tiempo. En la guitarra me he entretenido mucho preparando un imaginario recital, para lo cual he ido ordenando partituras, eligiendo temas y limando las numerosas asperezas que surgen en las partes difíciles, que son muchas y magnificadas por la artrosis que ya dejó de ser incipiente. ¡Pero démosle, se puede! Nunca he dejado de lado las suites Bach que obligan a ejercitar los dedos y la memoria y estoy estudiando temas de autores latinoamericanos que han renovado el repertorio de la guitarra.. ¡Hay que tener un proyecto para no dejarse morir! («porque toqué estoy vivo», diría el Quique Lihn) y esto de preparar algo, encaja en el camino de Santiago que haré en cuanto me suelten de este encierro. Cuando sueño me imagino volver a tocar frente a peregrinos como lo hice hace ya veinte años (que se cumplen en los próximos días), en una iglesia como la de San Juan en Castrojeriz. ¡El guatón tocando en una iglesia patrimonio de la humanidad! ¿Me habrán creído los muchachos?

Virgilio Montero Ortiz
San Miguel, Metropolitana, 76 años

❁

(...) Frío— 03:40 de la madrugada— Hablaba con mi hija que está en Japón. Mi niña planeó su viaje un año antes de que pasara todo esto, mi hijo regresó hace una semana. Amo tanto a mi hija, que prefiero no pensar en el dolor que me produce el que ella esté lejos. Es la más apegada a mí, la mayor, cumplirá en julio 29 años. La amo con todo mi corazón, es bueno decírselo.

Protestas violentas en Estados Unidos. Tengo la TV encendida. Hoy también hubo fuegos artificiales, muchos. Un vecino prometía balazos a otro, le aseguraba que era homi-

cida, que había estado en la cárcel. Eso ocurrió en la tarde, me dejó nervioso. Es un joven drogadicto que le tapiaron la ventana, ya que se paseaba por nuestros techos arrancando de la policía.

Las noticias «del terror» siguen anunciando muertes e infectados. La cuarentena continua, sé de familias que viven hacinadas, dos o tres familias en una pieza pequeña, un baño sin puerta para diez o más familias. Generalmente migrantes. Soy un profe autodidacta que trabaja en Estación Central (Los Nogales) y me tocó ser censista hace dos años.

César Serrano Olguín
El Bosque, Metropolitana, 64 años

❁

Me sigo preguntando cobardemente si seguiré con la idea de continuar con esta convocatoria, un yo interno me empuja a seguir. Han brotado lágrimas, bellos y no tan bellos recuerdos hasta ahora; me vuelvo a consultar y evoco en mi mente episodios que me siguen en esta «soledad de cuarentena».

Me digo: ¿qué puede haber sido más fuerte que esta sensación de hoy? ¿Tristeza, añoranza, angustia, temor? Aparece en mis recuerdos «golpe de estado 1973»; yo con 21 años estudiando vespertino y trabajando de día para ayudar a mi madre. Época en que también me enamoro del que hoy es mi marido; vivo en un hogar con ambiente de risas, amor, alegría; donde las carencias se pierden ante esa bella realidad, preparada desde siempre por una madre, que lo logra con la valentía de una «amante de la vida» traspasada a sus hijos. ¡Golpe de estado! Otra vez, miedo, violencia, incertidumbre son otros tipos de sensaciones, pero sí intuimos quiénes son los antagonistas, los adversarios, el enemigo y el amigo, todos estos episodios originados por el hombre y su sed de poder. En esta ocasión no fue el temor a la súbita naturaleza.

Dora Inés Martínez Bustamante
Peñalolen, Metropolitana, 68 años

❁

Cumpleaños de mi padre. Hace 47 años que goza de la presencia del Señor. También mi madre, años después. Descansan de la paz eterna. Él no conoció a nuestros dos hijos. A ellos, los llevo en mi retina y en mi corazón. Fue muy amigo con mi suegro, dejándonos, en herencia, sus enseñanzas de viejos ladinos, enmarcados dentro de lo correcto. Odiaban las injusticias...

Tengo que concretar, pues mi esposa requiere mi ayuda, no sé para qué.

Abel Alfredo Ruiz Pacheco
Punta Arenas, Magallanes y de la Antártica chilena, 74 años

❁

Amaneció muy helado, pero con mi mujer nos sentimos bien. Estufa, ducha, desayuno: solo avena con leche caliente, tostadas, mantequilla y mermelada, esa deliciosa mermelada que prepara y enfrasca mi media naranja en la temporada de frutas. ¡Nada más!, un desayuno como tantos, sencillo, frugal, suficiente.

Parece un día cualquiera, pero ¡no lo es! Hace noventa y un días nos cayó encima esta palabra de por sí horrorosa: «pandemia». Ese término que solo era el producto de novelas o el argumento de películas de terror, hoy se nos aparece como si fuera una terrible pesadilla... de la que no podemos despertar.

Nada sabíamos de eso, tan solo una pequeña idea de lo que fue la pandemia del siglo XIV, aunque jamás habíamos profundizado para saber más de ella, solo sus consecuencias y las especulaciones que se hicieron sobre sus inicios:

Gregorio IX, conocido como el papa de los Gatos, afirmaba que estos animales —en especial los negros— eran la personificación de Lucifer. Como consecuencia de ello, se llevó a cabo una feroz matanza de gatos que casi hizo desaparecer a este inocente felino de Europa. Su resultante, lento y paciente, fue una proliferación increíble de ratas, portadoras de pulgas y chinches, agentes infecciosos de la peste bubónica, más virulenta y mortal que cinco siglos antes, ya que agregó hemorragias de piel y mucosas, y cuando ingresaba a los pulmones, producía la aún más mortal fiebre neumónica. Mató a alrededor de treinta millones de personas en Europa, y más de cincuenta millones entre África y Asia. Fue conocida como la peste negra, cuya sola mención es escalofriante.

Pero ahora, una pandemia ha llegado a nuestro país (y para peor, nos encontró empobrecidos por ese estallido demencial de quienes quisieron hacer arder nuestro país

por los cuatro costados). El mortal virus nos está atacando sin piedad, y ya se ha llevado a tantos compatriotas. Por eso me indignan los que no se cuidan contra él.

Roberto Avendaño Rojas
Curicó, Maule, 83 años

❁

Pucón, Centuagésimo quinto noveno del novilunio de Coronus

Hola, diario:

Este es un otoño raro... y Coronus lo sabe. Día centuagésimo noveno trigésimo noveno o centuagésimo quinto. ¡No lo sé! Hoy, como ayer o mañana me despierto con miedo. Coronus, amo y señor, sigue divirtiéndose a costa nuestra con sus asquerosas triquiñuelas. Los políticos que reemplazaron a la farándula del matinal, se pelean por hablar: «Estamos llegando al límite», susurra uno de ellos. Sí, diario amigo, ¡volví a encender la maldita caja, sin darme cuenta!, ¡la fuerza de la costumbre!. «¿Usted cree que el corona también es el culpable de la pobreza en nuestro país?», le preguntan y él, mirando fijo, sonríe...«Al Parlamento no nos ha llegado ningún informe» ¡Estamos salvados!, pienso. ¡Salvados!... Mas luego, con voz aguardentosa, el parlamentario susurra: «Descenderemos la curva, extenuados, transformados, pero con una mochila cargada de amor y dolor; con una nueva conciencia y aprendizajes de altura». Coronus rió. Escuché sus carcajadas... Estoy seguro.

Llueve desde el amanecer y el Puelche furioso golpea las calaminas sueltas del techo... Poco me importa, estoy en casita, disfrutando estas primeras horas, agradeciéndole a la vida, como cantaba la Violeta. Por inercia continúa encendido ese aparato negro..., pero no lo miro. Sentado junto a la ventana, con estupor me percato del absoluto desparpajo de ese copuchento eucaliptus, que con sus retorcidas ramas, rastrea cada vericueto de mi cuchitril. Soplón barato. Aliado compinche de esas «bellas hortensias», infames seductoras, que indiscretas, al fin y al cabo, alcahuetas de poca monta, mientras zarandean sus violáceos pétalos, alargan sus flacos cogotes, alardeando saberlo todo: desde el cajón donde guardo mis calzoncillos hasta la bolsa con los calcetines rotos. Incluso especulan que «entre mis sábanas, las grandes hazañas con que vanaglorio mis relatos, no alcanzan ni para microcuento». Finjo no escuchar

cómo festinan mis desencuentros. Sin asco, les cierro las cortinas, hasta el próximo invierno... ¡Si es que llegamos a verlo!

Carlos Gray Aguirre
Pucón, La Araucanía, 68 años

❁

De pie...
Frente a mi ventana veo... El mar... El cielo... Veo la vida... ¡Veo a Dios!

Cada mañana, al despertar, me encuentro mirando, desde mi ventana, cómo transcurre esta nueva forma de vivir que hemos tenido que aprender de sopetón y sin previo aviso. Ya no tengo apuro en levantarme, ya no me siento apremiada por la hora, nada ni nadie exige mi presencia allá afuera. Me estoy volviendo más creativa, tratando de encontrar otras cosas que hacer, por ejemplo, he vuelto a tejer (desde que mis hijos estaban pequeños que no lo hacía). Nunca fui una gran tejedora y como los hijos se ponen lo que uno les indica, les tejí: chalecos, vestidos, casacas etc. ¡Y los usaban! Pero al llegar a la adolescencia dejaron muy claro que ni muertos saldrían con algo tejido por la mamá. ¡En fin! Entonces, fue ahí cuando me metí a cuanto voluntariado se me puso por frente.

Tai Chi, siempre quise aprenderlo. Bueno, el señor YouTube me enseñó los primeros ejercicios y después de algunas piruetas no muy convencionales comprendí que se ve más bonito de lo que se siente. Y en ese afán de experimentar con nuevas actividades también estoy incursionando con un diario de vida. Pensé que me sentiría un poco como Ana Frank, pero la verdad es que no. ¡Debe ser la edad!! Digo, ella era una adolescente y veía el mundo con mucho más asombro y perplejidad que yo. ¡Supongo!!!

Oriana Carrasco B.
Viña del Mar, Valparaíso, 65 años

❁

Contarles que desde el mes de marzo que entramos en cuarentena fue algo muy preocupante de que venía algo grave y también de no poder salir y ver a mis seres queridos, como también de participar en las reuniones de adultos mayores en el club y la municipalidad.

Lo peor fue que el 15 de mayo se decreta que todos los adultos mayores desde los 75 años entrábamos a cuarentena total, es decir, confinados en nuestras casas.

Claudio Osses Ross
Hualpén, Biobío, 75 años

❁

Hace mucho frío. No escribiré por ahora.
Chao.

Ángela del Carmen Soto Riquelme
Valparaíso, 84 años

❁

Vivir el día

Me levanté muy temprano, fui al baño, me ducho, y recorro la casa para revisar que todo estuviera bien, tengo una perrita, la *Pastora*, está igual que siempre, le doy su porción de comida, le cambio el agua, y limpio sus cacas y orinas, luego tomo mis remedios. Desayuno sola mientras veo las noticias, cada día más alarmantes, más fallecimientos y más contagiados, ya como que es normal ver y escuchar sobre esto, que no acaba nunca, apago el televisor, y comienzo mis quehaceres diarios, barrer, sacudir, lavar loza, no ensucio tanto, ordeno mi pieza, preparo el almuerzo, para luego tomar una siesta breve, veo televisión otra vez, algunos días hago manualidades, otros días pinto mandalas, también me gusta hacer algunas costuras, leo, canto, escucho música (me gusta mucho el folklore chileno), reviso fotografías de mi familia, en fin, trato de pasar las tardes haciendo cosas.

Me comunico con mis hijas y nietos a través del celular, por whatsapp, hicieron un grupo de la familia donde puedo ver sus fotos, videos, y saber cómo están, ya no viven conmigo.

Ah, también hay días en que me dedico a cambiar de posición los muebles, mis hijas me retan porque no les gusta que haga fuerza, pero yo sé que a-un puedo hacerlo.

Saco cuentas de las compras del día a día, y los gastos de la casa, como luz, agua, gas, me gusta ser ordenada con la plata, para que no me falte si surge algún imprevisto, trato de estirar lo mejor posible cada billete.

Quiero anotar que soy feliz, estoy contenta, ojalá toda la gente también lo fuera, con todas las cosas que a cada uno le toca vivir, saber sobrellevar bien la vida, de lo malo que estamos viviendo, sacar lo bueno, ser mejores con quienes nos rodean, no solo ahora, sino siempre, que valoremos todo lo que nos rodea, y cuidemos el medio ambiente, mañana será un nuevo día, y quiero despertar y disfrutar con lo que tengo y soy....

NONA

Norma Matilde Osorio Barrera
Arica, Tarapacá, 72 años

Hace muchos años, sufrí el dolor de ver sufrir a mi hijo mayor y a mi esposo. Sufrir la tortura de un dictador, ese que mató a mucha gente inocente. Fue un hombre, un simple hombre que provocó todo ese dolor. Hoy se sufre a causa de un virus que ha contagiado a muchas personas, sin distinguir a quién; sin embargo, comienza principal y tímidamente afectando a personas de «buen pasar»; pero termina afectando a los pobres, a los hacinados, a los que eterna e infructuosamente han esperado el «chorreo» que se derrama del vaso que rebalsa. A esos que deben salir a la calle para poder comer. Es terrible morir en pandemia y por causas de la pandemia. La soledad brutal de morir sin el cariño de los nuestros, aislado, separado de todo y de todos los que han dado sentido a nuestras vidas, sumido en la tristeza y en la incertidumbre, con la muerte de cabecera, esperando. El dolor de hijos, esposos, nietos, abuelos, amigos, que te despiden en el ingreso a emergencias de algún hospital, para no verte nunca más, ni siquiera en el interior del féretro. Es demasiado inhumano. No es forma de morir, no es justo irse así, ver a los amados irse así. (...)

Esperanza Jerias Pérez
Casablanca, Valparaíso, 87 años

❁

Amor desinfectado

Agua y jabón para limpiar el alma
guantes para dar y recibir corazón
mascarilla para explicar con calma
qué hacer con el virus y desazón
no más besos que nos desalma
no más abrazos que da picazón.

Hoy no puedes disfrutar amistad
no puedes hacer tus reuniones
el mal nos trae toda la oscuridad
contagiar no da contemplaciones
la cercanía es casi maldad
para eso no existen proporciones.

Se acaba el aire y la vida
si ya has sido coronado
el silencio es única huida
para no sentirnos amados
no lloremos la no atendida
ese amor ha sido desinfectado.

Guillermo Bown Fernández
El Tabo, Valparaíso, 78 años

❁

Tía Manena nos llama para recomendar que compremos una buena cantidad de limones, naranjas y huevos.

Llega la triste noticia de que ha muerto el amigo y colega Marcial Acuña (Q.E.P.D.). Dice el correo que ayer tuvo síntomas respiratorios por covid y que fue internado de ur-

gencia en la Posta Central. Lloro a Marcial, un ser admirable por su sencillez y bonhomía. Hago una oración por él.

Juan Emilio Herrera González
Maipú, Metropolitana, 68 años

❁

Hoy siento nostalgia de mi amigo, compañero único, especial con quien he compartido y descubierto los mejores momentos en cada encuentro. (...) Hoy se cumplen tres meses desde que estuvimos juntos y prometimos vernos nuevamente en abril. No podíamos imaginar que esta pandemia se levantaría como una muralla para impedir volvernos a encontrar.

A pesar de todo agradezco lo presente que has estado cada día... Cuando me hablas es un regalo, pero según pasan los días extraño el sentir la calidez de un abrazo para sentirme protegida, trato de imaginar nuestro reencuentro y no puedo visualizarlo, hoy siento que ese día nunca va a llegar, me esfuerzo por alejar de mí el miedo, no quiero sentir desesperanza, necesito creer que existirá un próximo abrazo, un nuevo beso que me haga sentir joven, que renueve mi energía para sentir que aún queda mucho tiempo y vivencias para compartir.

Ana María Campos Lenoir
Viña del Mar, Valparaíso, 63 años

❁

No me reconozco, hay momentos que no quiero hacer nada de la casa, solo leer que es algo que me encanta, ya sea en internet o en diarios y/o revistas, pero hay ocasiones en que me da «la agilidad» y tengo tiempo para limpiar y ordenarla: todos los muebles han cambiado de lugar y algunos espacios han tenido «un retoque», (...)

Luzmira de las Mercedes Toro Leiva
Linares, Maule, 60 años

❁

Hoy me levanté pensando qué hacer para que este día sea diferente para mi familia, especialmente para mi mamá, que ya tiene 99 años y con muchas ganas de seguir viviendo, su cabecita está tan clarita, se llama Manuela y vive con su par de mellizas, que la cuidamos como la mejor reliquia que nos dio la vida. (...) La invito al cine a ver películas y nos vamos al cine del fondo, en nuestro dormitorio a ver Netflix, nos acomodamos y buscamos películas de viajes por el mundo, hoy iremos a España. (...)

Por la tarde nos damos unas vueltas por el departamento para caminar un poquito, salimos al balcón de nuestro departamento en Valparaíso, mirando la más bella puesta de sol. (...) Por la noche veo las noticias y me entero de lo que está pasando con la pandemia, todo muy triste.

Dayne Pamela Vergara Cepeda
Valparaíso, 64 años

Me encantaría alcanzar a darme el tiempo para caminar, más allá de los 2 x 2 metros de la cocina. Salir al jardín y andarlo relajada, por un cuartito de hora aunque fuera. Pero no. Es como una condena, hacer y hacer, cosas y más cosas que me salen y no paran de salirme.

Leí un día en una entrevista a Armando Uribe, que él sentía que escribir poesía en su caso era como una condena. Igual de repente siento que mi exceso de ocupaciones es una condena que me he autoimpuesto. No tengo a quién reclamarle, solo puedo levantármela yo. (...)

Maribel Quezada Martínez
La Reina, Metropolitana, 84 años

Mi nieto Nicolás me invitó a escribir sobre nuestro diario vivir en tiempos de pandemia. (...)

Nací el 16 de agosto de 1932 en Valparaíso, mi madre se llamaba Lila Inés Cortez Fabres y mi papá Aladino Figueroa, quien trabajaba en el Mercado Cardonal, en un puesto que se llamaba Mares de Chile. Éramos cinco hermanos, yo era la mayor, mi madre decía que yo había nacido en el aniversario del terremoto de Valparaíso. (...)

Mi abuelo Luis Alberto Cortez fui mi protector, él me regaloneaba y me quería mucho, me invitaba a almorzar a restaurantes, me llamaba la atención que dejara propina, me llevaba a comprar helados, lápices y todo lo que yo quería, como me regalaba dinero tenía mis ahorros y me compraba más lápices y cuadernos de cien hojas (tenían un rico olor) de matemáticas, caligrafía horizontal y vertical, mi mamá me los forraba con tela cretona. Viví en cerro Esperanza hasta los 16 años y estudié en la escuela N° 30, subiendo por Caleta Portales, se estudiaba hasta 6° año, y se entregaba un diploma dependiendo del oficio que habían estudiado, moda, tejido, etc. Siempre quise seguir estudiando, le pedí a mi madre que fuera a hablar con la profesora y me contestó que no, porque yo tenía que cuidar a mis hermanos por ser la mayor. Un día en clases la profesora dijo: «La que aprenda a leer se le dará el libro de 2° año» y yo me lo gané, estaba muy contenta, ¡feliz! Conocí al presidente Aguirre Cerda en Caleta Portales, él fue a inaugurar un bar lácteo, fue todo muy lindo, fue como una gran fiesta, las niñas que atendían andaban con pantalones azules y blusa blanca. Se vendía leche con plátano y leche chocolatada. (...)

Vivimos en Quilpué, desde año 1972, y estamos de marzo «guardados» en casa por la cuarentena, somos autovalentes, salíamos casi día por medio al centro a hacer nuestras compras y recorrer las calles, de pronto, llega esta pandemia que nos quitó nuestra libertad.

Rosa Cortez
Quilpué, Valparaíso, 87 años

❁

(...) En casi todos los países tenemos emigrantes que han salido de sus países por problemas políticos y económicos, para iniciar así, en otros países, una nueva vida llena de esperanza en el futuro. Sin embargo, esa ilusión solo ha durado hasta iniciada la pandemia, que además ha producido cesantía, por lo que los extranjeros han quedado sin trabajo, sin casa y una vida aún peor de la que tenían en sus países de origen. Tampoco (en medio de la pandemia) hay leyes que los protejan, y para poder volver a sus países, esperan frente a sus respectivas embajadas mientras pasan los días sin vivienda, con ollas comunes y a la intemperie con el frío que se avecina en Chile por estos días en que se acerca el invierno. Ellos, durmiendo en carpas, no quieren alejarse de sus embajadas. Hay iglesias que han ofrecido alojarlos, por lo menos a los niños; lugares donde tendrían abrigo y comida, sin embargo, los padres no quieren dejarlos solos. Se necesitan aviones que los transporten de

vuelta a sus países. Pero tampoco hay mucho tráfico aéreo entre países por precaución al contagio en aviones y aeropuertos. Además, al llegar a sus respectivas ciudades tendrían que hacer cuarentena preventiva, pero muchos de los lugares destinados para esos fines, ya están colapsados en la mayoría de sus países de origen. (...)

No se presentaba una pandemia así desde hace más de cien años. Cuando yo tenía unos ocho años recuerdo que existía la poliomielitis. Por entonces teníamos que andar con un carnet que entregaba el Servicio de Salud para entrar a cines, cementerios o cualquier lugar en que se reuniera mucha gente. Sin embargo, nunca fue tanto como lo que estamos viviendo ahora.

Recuerdo que tenía 15 años cuando llegó la primera influenza en pleno invierno. Como empezaron a faltar los alumnos y los profesores a clases, se decidió adelantar las vacaciones para que los contagiados no perdieran tantas clases, pudieran recuperarse y para detener más contagios. Después de tres semanas regresamos al colegio, en mi curso solo llegamos cinco alumnos y dos profesores. Me acuerdo de que era un día frío y gris y que nos dieron dos semanas más de vacaciones hasta que se recuperaran más personas.

Nunca viví una pandemia tan grande como la que se está dando en estos días. (...)

Los adultos mayores vivimos momentos de mucho temor y tenemos cuarentena total en todo el país los mayores de 75 años, esto por temor al contagio, ya que la mayoría de los fallecidos han sido mayores con alguna enfermedad de base (hipertensión, diabetes, etcétera). También hay muchos jóvenes con diabetes estos últimos años en Chile y son un grupo de riesgo importante, deben tener una cuarentena casi total. (...)

Por otra parte, se han perdido muchos empleos a nivel nacional, la cesantía está también en los trabajos informales que no están con contrato; los que emiten boletas, los que trabajan de manera independiente y los llamados vendedores ambulantes. Estos últimos, además, siempre han sido perseguidos por no pagar patentes ni permisos al municipio. (...)

Las personas que viven en comunas que están en cuarentena deben pedir un permiso especial en Carabineros para salir a comprar o hacer trámites, y este permiso solo se otorga dos veces por semana como máximo. (...)

Dominga Bustos Lacourt
Viña del Mar, Valparaíso 67 años

Tanto rato «encuarentenaos», lo bueno es que el escribir como que «inmortaliza», tal vez por eso a los egocéntricos nos gusta hacerlo.

Variadas son las personas que se quejan de «lo aburrido de estos tiempos», yo al principio temía por mi supervivencia, por mi hiperactividad pero me conformé pensando en echarle mano a la resiliencia, que le llaman. Entonces me propuse invertir y confiar en mí.

Así fue como caí en desgracia con las famosas redes sociales. Tuve que enfrentar cara a cara al viejo refrán «no escupas al cielo», ¡qué copuchentiar más en casa! También la entretención recaía en el grupo de WhatsApp de Carretera Austral, allí las personas venden una variedad impresionante de productos.

Bueno, a través de esto me enteré de una persona de Santiago, que veraneaba en bicicleta hasta Chaitén, cuando enviaron desde China un virus de corona.

Tres meses de cabaña pagando en Metri (Carretera Austral) y ofició de arreglador de bicicletas; novedoso para nosotros parroquianos de Lenca. Entonces supo del buen frío del sure y buscó formas de «resistir» en medio de este contagio-confinamiento y lo invité para compartir sus días con nosotros, no sin las excesivas protestas de los hijos, ya mayores y con familias armadas que, hay que decirlo, no sé en qué momento las madres mayores dan autorización para ser aconsejadas y ojo, esto no es producto de la pandemia.

Elsa Álvarez Oyarzún
Puerto Montt, Los Lagos, 65 años

❁

[Mi abuela se llama Orlinda Valencia, tiene 87 años y desde hace ocho años padece Alzheimer. Ella siempre se caracterizó por ser una mujer autónoma y muy activa, desde muy joven trabajó en el área gastronómica en Concón, llegando a tener su local en el sector de Caleta Higuerillas. Pero desde que fue diagnosticada con esta enfermedad, su ritmo de calidad fue cambiando. Actualmente, tiene poca movilidad e increíblemente todavía es capaz de reconocer a algunas personas y mi mamá lleva cumpliendo el rol de cuidadora tiempo completo durante todo este tiempo. Debido a que ella no se maneja con la tecnología, iré transcribiendo algunos momentos de ella en este diario íntimo en tiempos de pandemia.]

2 de junio de 2020, 16:35 h
Estoy aburrida de estar encerrada, yo me entretengo estando afuera mirando lo que hacen... Mira, el gato tiene frío... No le tengo miedo al virus... No sé... Oye, coto, dame agua... Te quiero porque eres de la familia. Me siento mal de ánimo porque no me quería acostar..., venir a encerrarme ¿Para qué eso? Me dan ganas de irme sola a mi casa.

00:19 h (Mirada triste) Oye, coto, ayúdame a vestirme, porque me quiero ir a mi casa...

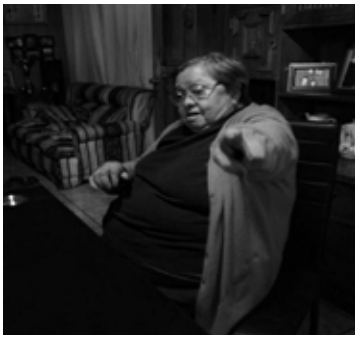
Día siguiente, 11:40 h (cuando le recuerdan que la anoche anterior no se portó bien) Oye, coto, yo no me acuerdo (me abraza)

16:36 H Me siento bien... La gata estaba rebien durmiendo y desapareció... ¿Habrá comido? No sé, se fue pa' fuera. El gato negro no me tinca mucho (en la casa hay dos gatos de mascotas)... ¿Estarán caros los vinos? Ahhh, claro, sería rico tomar uno, prefiero vino a cerveza, está muy helado. Cuando joven claro que tomaba.

Seis días después, 18:43 h
¡Claro que me aburro! De repente me siento sola.

Ocho días después, 13:09 h
¿Cuarentena? ¿Fuiste a comprar mercadería?... Habrá que adaptarse a lo que hay.

Diez días después, 16:09 h
No me siento bien, me duele el pecho... De verdad que estoy aburrida... Quiero volver a mi casa con mi mamá. Oye, no tengo plata, me prestas para comprar galletas y chocolates... (después de que le regalé unas morochas). Estaban ricas las galletas, quedaron solo dos. Mejor me voy a quedar acostada, tengo mucho frío.



Orlinda Valencia
Viña del Mar, Valparaíso, 87 años

Miércoles, 3 de junio

Se argumentó que el peak de la pandemia
era en mayo, luego en junio, ahora será en julio,
y a pesar de que el encierro suma y sigue,
hay libertad para crear, también para soñar,
de escuchar el silencio, de saludar desde lejos,
de disfrutar de cosas simples, de ojear fotos familiares,
de hornear un rico pan, de contarle un cuento al nieto,
o al revés, que el nieto cuente el cuento,
de aprender cosas nuevas,
de mirar por la ventana: un lindo colibrí visitó hoy mi jardín,
en mi caso, escribo poesía,
y cuentos encantados para niños...

Y la Naturaleza sigue su curso,
el Sol sale de día, la Luna sale de noche,
la abeja liba a la flor,
los gusanos descomponen la tierra,
las mariposas polinizan,
las palomas se pasean por la plaza,
las gaviotas vuelven al mar...

Debemos guardar en nuestra memoria
esta triste y nefasta experiencia,
renacer de ella más fuerte, más empático,
más solidario, más comprometido,
más humilde, ante los designios de Dios...

No hay caso, este virus no vino de paso,
hasta hoy, no tiene solución ninguna,
solo nos queda la esperanza de la vacuna...

Violeta Aurora Olivares Fernández
Viña del Mar, Valparaíso, 72 años

Hoy recordé mis años de labores en un hogar de ancianos en Santiago, yo trabajé como cuidadora de abuelos, con pena recuerdo que la mayoría de los que ingresaban sanos entraban con mucha tristeza, leía en sus rostros la soledad y el abandono, los hijos iban una vez al mes a pagar y pasaban a tocarles la cabecita, ese era el gran saludo del mes, mientras el resto de la familia esperaba a este gran hijo en el auto. En esa época me imaginaba que ellos pensaban que teníamos una peste. No entendía por qué las familias no eran capaces de cuidar a sus abuelos en casa con ese mismo dinero, ¡por qué los dejaban con unas desconocidas! Hoy con todas las medidas del covid no imagino cómo se sentirán con tanta soledad, ya ni siquiera esta la visita del pago del mes ya que todo ahora se hace con pagos electrónicos. Al menos ahora por el covid se habla más de nosotros, aun con restricciones se están visibilizando nuestras necesidades y carencias. La tercera edad llega para quedarse, es una muerte larga, silenciosa. Es una suerte contar con una familia que a una la quiera.

Alejandrina del Carmen Gallardo Seguel
Castro, Los Lagos, 70 años

Valparaíso. Enciendo la TV y compruebo las protestas mundiales sobre el asesinato de George Floyd y el contraste entre las declaraciones sensatas de su familia y las imprudentes de Trump. Es difícil a estas alturas mantener fronteras infranqueables. Me levanto para preparar el desayuno. Somos cuatro personas. Mi hijo Fernando de 50 años está afuera, descansando de cuatro días seguidos como guardia de seguridad. Mi esposa Estelita de 70 años y mi cuñada Celia de 76 años, que hace un año perdió su pierna derecha y ahora se queja con razón de dolores y picazones fantasma a la pierna que no tiene. Le llaman sensaciones espejo. Insólito. En la mesa nos preguntamos cómo pudieron elegir a Trump y a Bolsonaro como presidentes. ¿Será verdad que, como decía Maistre, los pueblos tienen los gobernantes que se merecen? Pero ¿quién puede merecer un Hitler, un Stalin, un Pinochet, un Trump o un Bolsonaro? Nadie, absolutamente nadie, aunque hoy día algunos sean elegidos o apoyados. La historia siempre castiga a los tiranos, fanfarrones e ignorantes. Leo que alguien afirma que si los adultos mayores no respetan las cadenas de la cuarentena griten «los que van a morir te saludan», pero otra persona le recuerda que

los gladiadores eran esclavos. Hace un tiempo mi nieta me ayudó para ser un youtuber comentarista de libros y ahora estoy preparando la próxima intervención. (...)

Juan Fernando Lorca Zapata
Valparaíso, 74 años

❁

Miércoles. Esta mañana, ordenando partituras, encontré el librito con música del Chicoria Sánchez donde aparece la *Tonada por Despedida*. La recuerdo con cariño pues una vez en la Sala Máster de la Chile en uno de los primeros recitales del Mewlén tuve que llenar un vacío en el programa y preparé esta preciosa tonada. Compruebo que pasados ya diez años, he olvidado buena parte de este tema.

Esta tarde llamé a Servando. Está bien pero lleva encerrado mucho más tiempo que yo. Hace más de un año que está sin moverse de su casa atendiendo a Sonia, con su Alzheimer que avanza. Me preocupa, pues la falta de ejercicio puede perjudicar su salud. En enero cumplirá 80 años y hasta antes de lo de Sonia iba al gimnasio y solíamos hacer caminatas juntos o subir el cerro Chena. Él dice que el tinto lo mantiene impeque. ¿Volveremos a subir el Chena?

Virgilio Montero Ortiz
San Miguel, Metropolitana, 76 años

❁

Hoy siento nuevamente esa constante e incómoda sensación de extrañamiento.

Me siento ajeno, no solo a la formal comprensión de esta pandemia que nos afecta en todos los aspectos cotidianos, sino también a mi propia comprensión interior. No logro evitar la invalidante sensación de estar en medio de un evento histórico de consecuencias no deseadas e inexorables, la súbita nostalgia por mi padre y mi hermana ya fallecidos me entristeció. Desde hace ya algunas semanas, esa angustiosa sensación de desamparo y la percepción de una eminente despedida me han vuelto un tanto taciturno. Con el paso de los días, esta pena incierta, como un llamado desde algún remoto lugar, quién sabe dónde, comienza a atormentarme. Mas no es precisamente esta tristeza lo que produce mi angustia, sino el presagio de ella; de una futura pérdida , intuida como un inefable guiño de lo que no podrá ser.

Es un sufrimiento anticipado, una pena sin tiempo, insondable, oscura... asfixiante.

Así como en tantas otras ocasiones la música se trasforma en un oasis que refresca mi alma y me rescata de tan aciagos pensamientos... ¿Se concatenan a veces las cosas para que podamos encontrar en ellas respuestas? No lo sé, pero comparto el deseo expresado en los versos de *Time in a bottle*, de Jim Croce que ahora escucho: «...si pudiera guardar el tiempo en una botella, lo primero que me gustaría hacer es guardar cada uno de los días, hasta que la eternidad pase de largo...» Qué más quisiera yo por cierto, que poder guardar el tiempo en una botella. Aquellos entrañables recuerdos de mejores tiempos, y de seres queridos que ya no están. (...)

Scarol Vrais
Valparaíso, 63 años

La TV repleta de «expertos».
La moda de hiperteorizar todo.
Tu doctorado vale hongo si no sabes hacer ni un huevo frito. (60 peras.com)

Mario Vera Aravena
La Cisterna, Metropolitana, 60 años

Hoy les contaré que en esta pandemia no tendría por qué estar desconectado con todas las personas y me puse a que me enseñaran a usar las redes sociales. Como ven, por una parte he podido usar mi tiempo en aprender algo nuevo.

Claudio Osses Ross
Hualpén, Biobío, 75 años

Otro día más, aparentemente normal, no es así. Tengo una herida en el alma, profunda, extremadamente dolorosa. Sufro por lo que pasa en nuestro país, y en el mundo entero.

Veo mi vida tan inútil, protegida aquí en mi casa, nada me falta en lo material, además no me siento tan sola, Dios infinito me acompaña.

Le dejaré en sus manos mi vida, pero algo muy importante le pido, irme antes de cualquier hijo, nieto o bisnieto.

Ahora voy a orar.

Chao.

Ángela del Carmen Soto Riquelme
Valparaíso, 84 años

Hoy cumplo ochenta días encerrada en un afán por protegerme ante la pandemia covid-19. No quiero caer en pánico. A mis 70 años soy considerada de alto riesgo...

Y empezaron las largas noches de insomnio... Es increíble cómo la mente vuela rápida, saltando de una época a otra cual grácil mariposa que revolotea sobre imágenes de mi niñez, entrelazándose con las de mi juventud... La mayoría felices, algunas, grises, otras simplemente incomprensibles. Como cuando muy niña, ocho o nueve años tal vez, sin capacidad alguna para entender, escuché por primera vez palabras como «revuelta», «graves incidentes», «balacera», «muerte»..., y escapando por simple travesura de la mirada protectora de mi madre, corrí hasta la plaza cercana a mi hogar viendo allí con estupor los restos humeantes de una garita que aún se retorcía entre escombros de tablas consumidas por el fuego con que la atacaron, quién sabe quiénes (la verdad nunca lo supe, esos temas no se hablaban con los niños, no señor). (...)

Vi consumir por enormes llamaradas que alentaban jóvenes e ignorantes militares tantos libros amontonados, retorciéndose, suplicándome que me atreviera a extender mis brazos y rescatarlos, uno a uno, de aquella pira infernal..., y no me atreví, los vi morir. Un poco de mí también quedó ahí, chamuscado, inerte... Volaban hojas a medio quemar y junto a ellas volaban mis sueños rotos, ideales sepultados por cenizas de cultura, todo pisoteado: los planes con amigos(as) desaparecidos(as) (...)

Y hoy, a mis 70 años, iniciando el 2020 llega otro poderoso enemigo: un virus y con él mueren los más débiles, los como yo, como mis hermanas y amigas, los pobres viejos(as) ya sin defensas, sin apoyo, convirtiéndonos en una pira humeante de dolor, soledad y olvido.

Blanca Flores Amengual
La Florida, Metropolitana, 70 años

❁

No tendría por qué llorar, si considero que a mitad de la noche comenzó una ventolera de esas que me traen reminiscencias, empezó a llover y hoy amaneció casi lloviendo de verdad. Cae sobre el tejado una de esas lluvias infrecuentes en esta zona, que casi me hacen sentir en casa. Por esos «casi» y otros también, es que nunca he logrado hacer de esta mi casa, propiamente. Porque la lluvia de que quedé empapada, mi lluvia, la que baña para bien y para mal, es torrencial, dura varios días seguidos y se extiende durante todo el invierno, incluso más. (...)

Guisela Parra Molina
La Serena, Coquimbo, 65 años

❁

(...) Estamos viviendo tiempos que jamás pude imaginar, un tiempo del no tiempo, es un periodo que se inició en marzo, justo después del nacimiento de Kikin, el primer hijo de la hija menor de mi marido.

Se hablaba del «bicho», como le llamo yo, y desconociendo los alcances que tendría en nuestras vidas, fuimos a la clínica y pudimos conocerlo y celebrarlo.

Estaban los abuelos paternos, que vinieron especialmente desde España a conocer a su primer nieto. Vinieron por tres semanas y se quedaron dos meses y medio.

Alcanzamos a salir juntos solo una vez, y toda nuestra planificación quedó suspendida en el aire.

Íbamos a compartir tantas salidas, a llevarlos a tantos lugares... Todo se truncó... (...)

Y mis nietas..., mis deliciosas... Me llenan el alma y el corazón. El 21 de abril fui muy preparada a verlas, con todas las precauciones, mascarilla, un delantal, alcohol gel y por supuesto la autorización de mi hija y su marido. Me rocié de alcohol sobre la ropa y Lysoform en mis zapatos. Mi corazón latía acelerado, con la emoción a tope, desbordada, me sentía feliz, de poder vernos después de tanto tiempo...

Marcela Vargas Figueroa
Paine, Metropolitana, 63 años

❁

(...) Qué emoción me ha producido enterarme de los últimos momentos de León Tolstoi.

Montar un caballo bajo la lluvia para abandonar su hogar, su confort, su fama, su riqueza, hastiado de vivir en la burbuja de la nobleza rusa, para terminar con una neumonía que derivó en su muerte. ¡Notable y épico! Desconocía esa parte de la vida de este tremendo escritor.

Lucía Foncea Muñoz
Providencia, Metropolitana, 74 años

❁

Estos meses han estado lleno de matices, días tristes, momentos alegres. Hoy está de cumpleaños mi hija menor y me genera melancolía no poder visitarla y tener que estar separadas, se hizo lo que se pudo, llamadas por celular, videollamadas. Así también han pasado dos cumpleaños de mis nietos, vendrá el de mi hijo mayor.

Me siento un tanto confusa, los días transcurren, a veces me pierdo, no sé si es lunes o domingo, solo sé que ya van más de cien días en esta situación.

Carmen Herrera Vargas
Puchuncaví, Valparaíso, 65 años

❁

Mi casa por fuera es un árbol de Navidad repleto de regalos. Aparentes no más. Como ya me harté de desinfectar una por una cada cosa que llega de afuera, opté por pedirle a PJ que improvise una serie de ganchitos de alambre grueso para que: objeto que llega, objeto que se cuelga de inmediato en las rejas de protección de las ventanas. Ahí permanece en cuarentena, purificándose a la intemperie y hasta que pasen los cinco días que se dice que dura el virus en el plástico, el cartón o papel de los envoltorios. (...)

Maribel Quezada Martínez
La Reina, Metropolitana, 84 años

❁

Miércoles 3 de junio, inicio taller, vía Zoom, en el Centro Comunitario San Roque, gracias a la invitación de mi amiga Graciela Miranda. Una reunión, con profesionales y alumnos de la salud, en que los invitados somos nosotros, los A.M. (adulos mayores). Tema principal, «Cognición y Comunicación», hoy desarrollamos ejercicios de cerebro moldeable y modificable. En este taller, me doy cuenta de que fui de rapidez cerebral y desde octubre 2019 que estoy muy pasiva, por lo tanto, me di cuenta de que estoy lenta. Ohh. Por lo tanto, este taller me viene de maravillas. (...)

Angélica Morales Osses
Viña del Mar, Valparaíso, 72 años

❁

Hacia días no tomaba mi diario para conversar con él, pero la verdad es que no hay cosas muy alentadoras que conversar, he visto las noticias, no me gusta verlas, me deprimen, pero imposible no informarse, me dice mi viejo, que no se las pierde y cada vez se deprime más. Las estadísticas informan que van más de tres mil muertos por covid-19, una cifra aterradora y muy difícil de asimilar. (...)

Sonia Delgado Briones
Puerto Aysén, Aysén, 66 años

Jueves, 4 junio

Me asomo por la ventana y afuera hay un escándalo de luz. Escribo en el living mientras mis nietas siguen sus clases escolares a distancia. Estamos los tres disfrutando de un tenue calorcito. (...)

Joaquín va saliendo del hospital de Chillán rumbo a casa. Ayer se tragó un clavo y había que esperar que saliera del estómago, pasara por el píloro y llegara al intestino. El toque de queda favoreció a mi nuera porque tuvo que quedarse sí o sí con mi nieto, algo que está estrictamente prohibido en estos tiempos. Paciencia y que tenga buena digestión. Ufff... (...)

Estoy cumpliendo doce semanas en esta cuarentena voluntaria. El cariño familiar lo sostiene todo. Las tensiones vienen y van. Y la calma también. Las tareas domésticas compartidas y las sobremesas conversadas nos han ayudado a la convivencia. (...)

Eugenio Rengifo Lira
Valparaíso, 73 años

❁

Las noticias son cada día peores. Miles y miles de personas sufren y mueren. La gente no entiende, circula y sigue expandiendo el contagio. El planeta se ha convertido en un largo tren del sufrimiento, cuya estación final no conocemos.

Solo me queda la fe, como refugio y esperanza. Espero que a la salida de este oscuro túnel no me encuentre con que el cangrejo ha regresado a mi cuerpo. Si no estuviese acompañado de mi esposa ya me habría muerto de tristeza.

¿Cuándo este oscuro tren loco detendrá su marcha fatal en una estación definitiva?

Patricio Portales Coya
Viña del Mar, Valparaíso, 76 años

❁

Escribo, quizás me escribo, mientras el protector de maderas Vitrolux seca a duras penas, por el cambio ambiente de las temperaturas. Fue una intensa actividad manual cotidiana, no por las pinceladas, sino por el raspado del vidrio previo. Escribo mientras se dibujan en la mente las posibles acciones diarias: limpieza de algunos tarros en conserva, barridos del área de mayor circulación, guerra frontal contra las migas inevitables cerca de la cama, cortado de pelo que ya caminaba a un aspecto de cura ortodoxo, el rito del almuerzo consciente que es un gran privilegio, aspirado de libros menos recurrentes, llamados a esos amigos que están solos (quizás por un curioso orgullo ellos no llaman), búsqueda de algún documental todavía no visto, preparación de sofrito como una acción inherente a cada día, ¿qué sería un día sin sofrito?, por lo pronto menos sabroso, revisión del celular viendo los fondos de la pensión, cortado de uñas habitual —¿será verdad que es signo de salud? Lo asumo así—, tazas de café durante la mañana, la última será más pequeña, atención

a llamados de hijos con los nietos en la pantalla y cocción del arroz como una comida que se puede repetir hasta el infinito.

Escribo, y todo indica que existo, cierto que el futuro es incierto, quizás nunca existió, agradecido por poder optar a la cuarentena estricta, acompañado por mi bella mujer que de tan bella reacciono con tolerancia a sus correcciones e indicaciones infinitas, viviendo momento a momento en su secuencia, nunca antes lo hice, viendo al mundo crispado, sin planes de largo plazo, practicando la siesta como otro privilegio fundamental, parece ser un hábito masculino, con una sensibilidad nueva que reduce los mundos visitados con anterioridad, curiosamente sin ganas tremendas de salir, creo que es el miedo, adaptado absolutamente al confinamiento y preocupado por los que están obligados a salir, evocando amigos muy antiguos con los que ahora tenemos comunicación digital (eso salva al recurso), alejado de las teorías conspirativas porque nos enferman, acompañado con pasión por la música, ¿qué sería de nosotros sin ella? ¿Cómo vivir sin el blues de doce compases? ¿Cómo ser huérfanos de los punteos adolescentes del rock setenta? ¿Cómo olvidar la milonga filosófica de Facundo Cabral? ¿Qué sería de nosotros sin el tango *Sur*?

Escribo, con la sensación absoluta de que a las palabras no se las lleva el viento, tampoco a las palabras dichas oralmente, es peor, no hay fe de erratas para lo declarado. Bueno quizás vivir es decir, vivir es expresar con las herramientas que uno tenga, sin pedir permiso, sin darse tanta vuelta en las condiciones personales, el talento y otras limitaciones autoimpuestas. Se hace camino al andar. Por eso el Gringo hace retablos espectaculares de Valparaíso, basado en un libro de Lukas, y cada diseño además tiene su historia, adicionando un relato a cada creación manual. Por eso mi mujer Tatiana, yo también soy de ella, hace aseo como una actividad profesional, de todo agrado y pasión, ligando un marco teórico reflexivo de productos que permite alcanzar las metas concretas, aunque siempre queda algo pendiente en el departamento. Me sumo con convicción a la cruzada, conversando sobre los recursos posibles y los desafíos de limpieza. (...)

Viviendo entonces apasionadamente la cotidianeidad, como que se nos había olvidado por qué buscábamos desesperadamente los momentos extraordinarios, no lo que estaba al alcance de la mano y hoy estamos sumergidos en lo habitual, que se revela como otra realidad. Quizás lo que más duele es la nostalgia por los hijos y por los nietos. Quizás lo que más duele es que la gente pierda sus trabajos, quizás lo que más nos duele es no haber avanzado como mundo.

Roberto Zamorano Núñez
Viña del Mar, Valparaíso, 64 años

Valparaíso. Tuve que salir y vi muchas filas, donde ninguna da preferencia a los adultos mayores. Me entero de nuevos contagiados y fallecidos por la pandemia, del límite en la reelección de parlamentarios (quisiera haber decidido yo con mi voto y no ellos mismos) y del apoyo a LATAM con fondos de la AFP (una vergüenza). Prefiero escuchar a Zaz, mi cantante francesa favorita, y su hermosa canción *Si alguna vez lo olvido*, que en parte dice «Recuérdame el día y el año..., y si lo olvidé me puedes sacudir... Recuérdame quién soy, por qué vivo». Entonces, me acuerdo de la reflexión de Alfonso Calderón: «A veces, haciendo guiños, la memoria se niega a seguir el razonamiento. Perdemos una fecha, un dato, un nombre, la continuidad del argumento, y el manoteo se convierte en brújula». Su otra famosa canción *Quiero* me interpreta aún más: «Quiero el amor, la alegría, el buen humor... No es su dinero el que me hará feliz, quiero morir con la mano en el corazón». Estoy llegando al final de este diario íntimo, tan breve como la vida. ¿Qué pasará después de esta pandemia? Cuando uno ya siente algunos síntomas devastadores del tiempo y la memoria te recuerda tu fragilidad, van quedando pocas opciones. Yo me inclino por la que me sugiere Alejandro Dumas al final de *El conde de Montecristo* al preguntarse qué vendrá en el futuro: se convence de que lo mejor es «confiar y esperar» porque nadie, ni siquiera los más fanáticos religiosos y brujos, pueden saber lo que sucederá en el porvenir.

Juan Fernando Lorca Zapata
Valparaíso, 74 años

Hoy desperté muy creativa, dibuje y saqué muchos diseños, fue un día muy productivo, no quiero ver televisión ni noticias porque está todo muy malo, me dediqué a producir nuevos modelos bordados, mi mamá muy atenta a las informaciones, me cuenta «Niña van tantos muertos, tantos nuevos infectados», la siento muy preocupada, le busco programas en el cable de cultura y de viajes para que se olvide de la pandemia, hace tres meses que no sale a ninguna parte, se entretiene con la televisión.

Dayne Pamela Vergara Cepeda
Valparaíso, 64 años

Me desperté, bueno en realidad no fue tan así pues no estaba totalmente dormido, con un potente ruido subterráneo que rompió el silencio de la noche, eran las tres y treinta y cinco minutos de la madrugada del 3 de junio, es decir de ayer.

La casa se movió bastante fuerte y durante un tiempo que me pareció bastante largo, ya que un sismo de 6,9 grados cerca de la localidad de San Pedro de Atacama, región de Antofagasta, nos vino a alterar la rutina impuesta por la pandemia mundial por causa del dichoso virus.

Del susto con mi esposa volvimos a hablarnos (fue algo bueno), luego de una no muy leve discusión conyugal que tuvo lugar el día anterior.

Vivimos los dos solos en nuestra casa, los niños partieron hace tiempo, se nos murió la perrita, y el encierro obligado, ella de 73 y yo de 76 años, por ser adultos bastante mayores, hace que a veces se alteren los genios.

Llevamos casi cuarenta y nueve años de casados y habiéndonos, por algún tiempo, separado (no legalmente) volvimos a convivir en nuestra casa desde el 18 de diciembre pasado. El nido vacío, mi hijo casado ya de 42 años, mi hija de 37 también. Así que decidimos juntarnos nuevamente para intentar cumplir con la famosa promesa de «hasta que la muerte nos separe».

Y aquí estamos, tratando de sobrevivir a esta pandemia inesperada, que está acabando con muchas vidas, con muchos empleos, con muchas empresas y perjudicando seriamente la economía mundial.

Tratamos de sobrevivir siguiendo al pie de la letra las instrucciones oficiales, teniendo un mínimo de contacto con terceros, desinfectando con cloro cada artículo comprado, mayormente por internet y lavándonos las manos y ocupando alcohol gel, alguien dijo «nunca pensé que mis manos consumirían más alcohol que mi hígado».

Ese tipo de bromas hace más llevadera esta nueva vida y permite mantener el ánimo arriba.

Horrorizados por las actitudes incomprensibles de algunos insensatos, que no se cuidan, no respetan cuarentenas, ni toque de queda y hasta hacen fiestas masivas, por supuesto, clandestinas. Hechos que han provocado un aumento sustantivo de la cantidad diaria de contagiados, dificultando enormemente la lucha contra el maldito virus.

Molestos por las ambiciones políticas de personas que, en medio de esta crisis, tratan de sacar réditos de la situación.

Viendo alarmados como ha aumentado la delincuencia a pesar del enorme esfuerzo de las fuerzas de orden.

Tratando de imaginar cómo se puede manejar esta pandemia en sectores poco acomodados, en los que la subsistencia depende de un bajo ingreso y el aislamiento no es posible.

Y como parece normal en los seres humanos, perdiendo poco a poco la capacidad de asombro al escuchar diariamente las noticias para ver el *ranking* de infectados y fallecidos para compararnos con otros países para sentirse bien o mal, como si esto fuese un macabro campeonato mundial.

Jamás pensamos vivir lo que estamos viviendo y como en toda gran dificultad, vemos que el hombre, tantas veces soberbio, creyéndose el cuento de que es «el rey de la creación» se acuerda y se acerca a Dios.

Jorge Ruz Laferte
Antofagasta, 76 años

❁

(...) Los adultos mayores que viven solos olvidados por sus familias no asisten a clubes. Encerrados en sí mismos, vulnerados en sus derechos, con la autoestima destruida, aquellos que miran a través de sus lágrimas y se preguntan: ¿Para qué vivo? ¿A quién le importo? Esos son los chilenos invisibles al igual que los niños del Sename, las personas de los campamentos sin luz ni agua, es más fácil ignorarlos y decir que somos un país que avanza en la macroeconomía y etc., etc.

Esta pandemia está mostrando al mundo lo que nadie quería ver, ni aceptar: la desigualdad cada vez más grande, entre ricos y pobres, consecuencia de un experimento económico.

Amelia León Vergara
San Antonio, Valparaíso, 80 años

❁

¡Hoy vinieron los organilleros a tocar y bailar! Esta tradición se debe mantener, es parte de nuestra tradición y cultura.

Comienzo a leer: *La insoportable levedad del ser*. Lo leí hace mucho tiempo y es descubrir aspectos que se relacionan con el acontecer: ¿vivir con el peso o la levedad? Milan Kundera se hace presente con esta interrogante.

Eliana del Carmen Peralta Andrade
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

❁

Cuatro de la mañana- Hace mucho frío.

Frío- Cansancio- 04:30 de la madrugada-

Ha sido un día de mucho ajetreo, fuimos a la feria con mi señora, sacamos permiso en la comisaria virtual. Fui a la intermodal de la Cisterna a pactar una deuda con la farmacia Salcobran... Descarados, son de lo peor...

No me he sentido bien... Yo le digo a mi señora que quizás nos ha dado el coronavirus quizás cuántas veces... Tomamos mucha agua de hierbas... Eucalipto, manzanilla, jengibre...

Me tocó hacer una prueba académica por línea mandada por el Departamento de Educación. Bailamos cuecas. Prendí la estufa. Vimos..., programa de baile en la TV. Luego *Pablo Escobar*. Mi señora jugó en línea ludo con sus nietos. Y yo escribí algunas pequeñas cosas... Jamás pensé tener 64 años y estar escribiendo para unos jóvenes lo que estoy pasando... Uno a esta edad no se da cuenta de lo viejo que es... Es que es triste darse cuenta... Y lo que escuchaba de los viejos ayer decir es la pura verdad hoy...

Anoche, o mejor dicho en la madrugada, mucha bulla, golpes, disparos...

Estoy cansado, no me he sentido muy bien... Anita (mi señora) no lo debe saber... Por esas cosas de las premoniciones creo que me voy a morir el 11 del 11... Pero recuerdo que en una ocasión, cuando tenía como 22 años se me puso que moriría un 29 de junio de 1978, algo así... Creo que lo hacía para impresionar a unas amigas... NO ME MORÍ PO´...

Es tarde.

César Serrano Olguín
El Bosque, Metropolitana, 64 años

❁

(...) ¿Hasta cuando la incertidumbre nos acompañará? Solo creo que el amor y el resurgir del respeto lo podrá superar.

¿Que veo?; en mi entorno la ausencia y la soledad de los que amo; la insensibilidad de los que no aman su vida ni la de los demás; la desigualdad escondida y la ceguera ante los olvidados de mi patria. (...)

Dora Inés Martínez Bustamante
Peñalolen, Metropolitana, 68 años

Desde mi ventana, además, me he enviciado mirando las puestas de sol. Maravillosas puestas de sol, sorprendiéndome cada día con sus nuevas formas y colores. No hay ninguna igual a la otra. Y he sentido un gran deseo de ser pintora para tratar de plasmar y replicar aquellos grises anaranjados, rosas azulados que se proyectan a través de caprichosas y multiformes nubes. Ahora, como Dios no me dotó con ese don, entonces me ha bajado un prurito casi permanente por fotografiar toda puesta de sol que merezca ese honor, porque dicho sea de paso hay algunas que no lo merecen por ningún motivo. Luego las comparto, a través de FB o Whatsapp y me encanta, porque recibo cometarios bienintencionados de mis conocidos.

También, desde mi ventana observo la noche... Es interesante, porque hasta hace un par de meses atrás (antes de la cuarentena por la pandemia) veía la noche, pero no la miraba y cerraba las cortinas cuando me preparaba para ir a dormir (ya se me había agotado el día. ¡Lo había ocupado todo!). Sin embargo, ahora con un tiempo más pausado y después de darme cuenta de que he estado todo el día encerrada, me asomo y miro y... fisgoneo, porque a través de otras ventanas veo personas, veo algo fugaz de sus vidas: el vecino viendo televisión, un joven en actividad física, una jovencita en teletrabajo y siento pudor, porque creo que me estoy inmiscuyendo en lo privado del otro, pero no es la idea, solo lo hago para darme cuenta de que no soy la única privada de salir al exterior y que de alguna manera todos estamos buscando continuar con nuestras vidas y normalizando un mundo que cada día tiene menos de normal.

Oriana Carrasco B.
Viña del Mar, Valparaíso, 65 años

Hoy he iniciado un curso sobre promoción de la salud, que comprende tres módulos con término el 15 de junio. Programa de la Municipalidad de Hualpén por intermedio de las DAS. Curso por internet.

Como ven, podemos a nuestra edad estudiar de nuevo. La edad no es ningún impedimento, ahora aprovechar en esto la cuarentena y no aburrirnos.

Claudio Osses Ross
Hualpén, Biobío, 75 años

❁

Oh, mi Dios, hoy jueves ya empezaron los fríos y esta pandemia se ve peor. La pena más grande es que hoy murió una bebé de diez meses. Esto da cuenta de que este virus no mira edad. Ya no sé cómo rezar. Quisiera cerrar mis ojos y pensar que esto es solo un mal sueño, y al abrirlos escuchar en las noticias que ya no hay más fallecidos porque siento una gran pena al saber que sus familiares no alcanzaron a despedirse de ellos, por estar contagiados. También quisiera abrir los ojos y saber que mi niña de Temuco ya no está sola. Ruego día a día que no se vaya a deprimir o enfermar y que todos los ángeles del cielo me la cuiden. Siento de pronto que mi hija que está en Santiago me dice «mamá, te llamo para decirte que ya voy viajando a verte para que el jueves 11 celebremos mi cumpleaños, mis 27». Me caen las lágrimas porque esto no va a suceder.

Daisy Herrera Rivera
Villa Alemana, Valparaíso, 62 años

❁

Hoy comienzo a escribir para dejar huellas, recuerdos de esta pandemia que estamos viviendo.

Mi rutina antes de esta pandemia, era levantarme muy temprano, desayunaba y salía alrededor de las 8 a.m. a caminar con una amiga, nos juntábamos y caminábamos hasta la playa, esa caminata duraba alrededor de una hora, posteriormente llegaba a mi casa, me cambiaba ropa y me iba a mi oficina a trabajar, hasta las 14 h que regresaba a almorzar.

Mientras caminábamos con mi amiga, conversábamos de diferentes temas y al mismo tiempo agradecíamos el privilegio de tener el mar tan cerca, respirar tranquilidad, disfrutar el bello paisaje de Santo Domingo. Prácticamente disponíamos de la playa solo para nosotras.

Personalmente al principio de esta pandemia, cuando comenzaron los noticieros a comentar de esto lo veía muy lejano el tema, más bien lo escuchaba y no le daba mucha importancia, estaba tan preocupada de mis quehaceres diarios que no lograba ver más allá, por eso mi labor como contadora me exigía cumplir con las declaraciones de renta del periodo, sin embargo, una vez que el contagio nos comenzó a afectar, me empecé a preocupar, pero al mismo tiempo tenía confianza en que era algo pasajero, no dimensioné la gravedad de la pandemia.

Actualmente, el virus propagado por todo el país, con restricciones, medidas sanitarias, toque de queda, medidas económicas, cordones sanitarios que nos obligan a permanecer en casa, nos agobia y nos ha obligado a cambiar nuestra forma de vida bruscamente. Entiendo y respeto las medidas, sobran razones para hacerlo, no obstante, ha sido difícil que todos las respeten.

Personalmente lo he tomado con tranquilidad, soy afortunada por continuar trabajando desde mi casa, la tecnología me lo permite, vivo acompañada, y tengo el privilegio de vivir en este bello lugar del litoral.

Debo agregar que empatizo con los reclamos, las molestias, la falta de recursos.

Situaciones adversas que tantos compatriotas viven día a día, ya era difícil para muchos la vida, con esta pandemia se complica aún más.

Evelina Pontigo Ampuero
Santo Domingo, Valparaíso, 64 años

❁

Hoy desperté triste como reflejo de la pálida mañana que me saluda sin sonrisas, solo muecas despectivas a mi sentir. Y claro, las noticias en la TV siguen oliendo a muerte, a tomar conciencia de que todo marcha mal: las medidas gubernamentales, el comportamiento social... (...)

Sí, hoy estoy triste. Las frías cifras de los que ya no están, partiendo sin un adiós de sus seres queridos (dicen que aun sin su aliento ahogado son una amenaza para quienes vamos quedando). ¿Hasta cuándo?... No lo sé, será hasta que todo pase y resucitemos como seres mejores, perfeccionados por el dolor, reflejándonos en los espejos manchados de hollín, haciéndole guiños de amor, de pulmones burlescos que no quisieron o no pudieron respirar... Y me vuelvo a preguntar: ¿hasta cuándo estaré aquí?, ¿valdrá la pena seguir?... Pienso y recuerdo rostros tan amados: mi hijo y mi hija, nietos(as), familia, amigas y bueno, aquí vamos de nuevo, a disfrutar el cariño, la amistad, los recuerdos, la naturaleza.

Hoy, sé que aprendí a respirar de nuevo, con más ganas, con algo de ilusión. Respirar, respirar, por mí, por ti, por los que no lo lograron.

Blanca Flores Amengual
La Florida, Metropolitana, 70 años

❁

En medio de las evidencias de las convulsiones sociales y pestes, Tomás va escribiendo en pedazos de tiempo, crónicas, recados, saludos, conversaciones telefónicas, preguntas por sus afectos más queridos y siente que solo le sale espuma. Está detenido en una palabra muy opaca: *cuarentena*. La realidad convertida en fragmentos. Entra al caleidoscopio de su época y se tropieza con los vestigios de un mundo que ya no es, pero que sigue enredado en la incertidumbre y en los panegíricos. (...)

Se está iniciando la etapa de una nueva civilización. Los sobrevivientes se deberán encargar de desinfectar las ciudades, los campos, los océanos y amarse hasta que duela. ¡Cuídese mucho, profe! Entusiasmo y perseverancia es lo que Neruda escribió en uno de sus poemas de adolescencia. (...)

Tomás se sacude la somnolencia para atender la llamada de un número que desconoce. Desde el otro lado le habla alguien que dice llamarse Raúl, quien le recuerda que se conocen desde tiempos memorables. Ingenuamente lo escucha; Raúl parte diciendo que China podría convertirse en la potencia dominante, pero de inmediato agrega que es improbable que eso ocurra sin que haya una guerra. (...) Antes de cortar la comunicación, Tomás alcanzó a escuchar que Raúl estaba concluyendo un estudio sobre la ignorancia, los desórdenes psicológicos y tendencias narcisistas de quienes han sido considerados presidentes de varios países. Entre ellos, le nombró, tras una risotada, a Donald Trump, Jair Bolsonaro, Sebastián Piñera, Lenin Moreno, Juan Guaidó (caso raro de arlequín venezolano) y otra serie de cancilleres conversos. (...)

José Alberto de la Fuente A.
Peñalolén, Metropolitana, 73 años

❁

Creo que el único lugar en que me siento seguro es mi cama. Es mi refugio. Todo lo que haga lejos de ese rincón me expone a peligros y me causa temores e incertidumbre.

Juan Emilio Herrera González
Maipú, Metropolitana, 68 años

El mundo entero se manifiesta contra el racismo en USA. Es un hecho histórico, sin precedentes, ver al mundo levantarse, en medio de la pandemia, para protestar por la horrible muerte de George Floyd en manos de la policía de Minnesota. Me dio esperanzas de cambio al escuchar las palabras del reverendo Al Sharpston llamando a los afroamericanos y a todos los marginados del mundo a exigir cambios radicales. Expresó: «George Floyd, no has muerto en vano». Luego, su hijita de seis años que dice, alegremente: «Papá, has cambiado el mundo».

Qué conmovedor e impactante resulta ver en vivo situaciones como las que hemos visto.

La inhumanidad hecha carne. Confiemos que este asesinato tan brutal no sea una muerte más sino que se traduzca en reformas radicales.

Lucía Foncea Muñoz
Providencia, Metropolitana, 74 años

Amo hacer puzles y sopas de letras, pero también me gusta ir a hacer mis compras al supermercado, especialmente comprar mi diario *Las Últimas Noticias* que leo a diario. Al súper voy temprano, cuando no hay nadie y el espacio es todo para mí. Aún puedo salir porque tengo 73 años. Hoy me causó risa, fui al banco a comprar unos dólares y el guardia no me daba la pasada, le dije «Oye, soy de la tercera edad», «No se le nota» me respondió, a lo que le dije «Gracias». (...)

Vivo en el campo, aquí no hay hacinamiento, sino mucho aire y terreno, donde veo a mis cinco perros: *Sedita, Rusia, Daysi, Domingo* y *Leoncito*, además de mis dos gallinas y mis plantas que riego con el agua que reciclo de todos lados. Mis hijos viven relativamente cerca y estamos en permanente contacto no físico, pero con el celular se acortan las distancias. (...)

Siempre les digo a mis hijos, que si me contagio de coronavirus no me conecten a nada por favor, esos instrumentos déjenlos para alguien más joven, ya he vivido suficiente. (...)

Es tremendo lo que está pasando hoy en el mundo entero, me da una pena enorme ver a esa multitud de extranjeros que vinieron a ganar algo de dinero acá y ahora no pueden regresar a sus países de origen y hace tanto frío, ojalá los ayuden pronto a regresar.

Elba Leonor Salinas Jazme
Limache, Valparaíso, 73 años

❁

Hasta antes de la pandemia pensaba que el miedo no era buena compañía porque generalmente «paraliza», sin embargo, en este nuevo y extraño escenario donde todo cambió el miedo ha tomado distintas formas.

Hoy el miedo me permite ser más prudente, me ayuda a cuidarme a mí y a los que amo, porque el miedo a contagiarme o estar enferma va de la mano con el miedo a no querer causar un sufrimiento anticipado a mis hijos, a mi pareja, también existe el miedo al dolor, al sufrimiento físico, a no terminar proyectos de vida personal, miedo a no ver cómo terminan los proyectos de mis hijos en otras etapas de sus vidas, miedo a no ver cómo sigue creciendo mi único nieto que no puedo visitar desde hace más de tres meses y no poder compartir con él experiencias de vida.

También existe el miedo de no poder hacer nada por proteger a los que amas, en especial a los hijos, cuidándolos como cuando eran pequeños e indefensos.

Cómo proteger a mi hija que es enfermera, a mi hijo que enfrenta cada día el desafío de salir a trabajar sin poder quedarse en casa.

Cómo impedir que la pandemia avance llegando a esos bellos parajes sureños, poniendo en riesgo la familia de mi hijo mayor que por momentos parecía haber estado a salvo.

Ana María Campos Lenoir
Viña del Mar, Valparaíso, 63 años

❁

¡Feliz cumpleaños! Hoy cambio folio. ¡Cumplo 60! Pensaba estar en casa muy acompañada de amigas y familiares, pero no ha sido posible, ¡este coronavirus dijo lo contrario! Me compré unos pastelitos para hacer diferente este día.

Luzmira de las Mercedes Toro Leiva
Linares, Maule, 60 años

❁

Hoy por la mañana, me han vacunado contra la influenza. Son las 20:15 y hace poco rato me llamó la señorita Carla de la AFP, contándome que ya se inició el proceso de recuperación de pensión y que los $129.700 no están perdidos. ¡Tranquilita!, me dijo. Se lo agradecí, realmente de corazón.

Cristina Espinoza Baeza
Limache, Valparaíso, 64 años

❁

(...) A veces me siento angustiada, cansada, pidiendo mucho a Dios que saque este virus del mundo porque es tanta la gente contagiada que me da mucho susto.

Elizabeth Rojas Oyarce
Curicó, Maule, 72 años

❁

(...) Estoy extrañando a mis hijas queridas, nos saludamos todos los días, conversamos, pero no es lo mismo. «Necesito un abrazo de verdad», les dije y me mandaron besos y corazones.

Me preocupa especialmente Pili que toma locomoción pública, trabajando en un Cesfam es fácil un contagio, ruego que no le pase nada. Pensar solo en el día.

Hoy converse con Iván, le pedí que se cuide, me di cuenta de que ahora está más preocupado de su salud, será que ya cumplió los sesenta porque antes no le daba importancia.

Cuándo podremos juntarnos con mis amigas a tomar té o un rico almuerzo, estamos juntando conversación y risas, me dice Tati hoy.

Alicia Leiva Flores
San Antonio, Valparaíso, 68 años

❁

Me despierto con el sonido del celular, es una persona amiga, que necesita ayuda. Toda su familia está sin trabajo, es muy común en estos meses. Muchas personas están en sus casas sin poder salir a trabajar. Luego de agradecer su confianza y de ayudarla en algo, haciéndole una modesta transferencia bancaria, voy a la cocina a preparar el desayuno. Sueño con una tacita de té caliente. Al prender el fuego, me doy cuenta de que se acabó el gas. Tengo uno de repuesto, pero hay que instalarlo y para mí es imposible. Tengo problemas a la columna que me impiden hacerlo. Recurro al microondas, salvador en todas las circunstancias. Hace mucho frío, hay mucha neblina y decido llevar mi desayuno en una bandeja a la cama. Suena nuevamente el celular, esta vez es un whatsapp de mi pareja, para darme los buenos días como siempre. Él me alegra cada mañana con sus mensajes cariñosos. Vive en Santiago solo también, en una casa grande con jardín junto a sus gatos. Las videollamadas han sido una forma de comunicarse, hay que conformarse y agradecer de estar sanos, sobre todo a nuestra edad. Echo tanto de menos la presencia de todos los que quiero, no he abrazado, ni besado a mis hijos y nietos, desde hace más de tres meses. Tengo un amigo que me visita diariamente, a mediodía siento su ruido particular, es un pájaro carpintero que picotea el poste de la luz que está en la terraza, frente a la ventana de mi dormitorio. Pienso que lo va a tirar al suelo, un día de estos, tiene agujeros por todos lados. Me llegan fotos, muchas, ¡qué alegría! Es una de mis hijas, me envía a los niños, disfrazados, cantando con el karaoke, plantando, haciendo manualidades, etc... Fotografías de todas las actividades que están teniendo adentro de su casa, hay mucha creatividad en sus juegos. Qué ganas, pienso, de pasar la tarde con ellos en su casa de Chicureo, me baja la nostalgia, como muchos otros días, pero me doy ánimo. En la tarde me arropo debajo del plumón de mi cama y mientras tejo, veo una serie de Netflix que me entretiene mucho.

Carmen Montt Letelier
Zapallar, Valparaíso, 63 años

Viernes, 5 de junio

Ya está más frío en Viña, y es un proceso de todos modos paulatino, esencial de la Quinta Región. Para otros fríos regionales es muy amable comparativamente. Escribo y noto que disminuyen los ruidos de tráfico de la ciudad. Al parecer muchos realizan sus actividades durante la mañana y después las calles van quedando más vacías, pero se ve notoriamente mucha actividad antes de almuerzo en este sector de viejos, tercera edad, pensionados junto a otras generaciones distintas que constituyen los dependientes y escasos comerciantes de los locales del barrio, los administrativos de las oficinas que vienen y se van, de acuerdo a su sistema de turnos. El más contento del barrio en ventas es Patito, con la broma rápida y atenta a flor de piel, un creador de lenguaje, una persona alegre cualquiera sea la situación, siempre tiene abierto y la gente lo sabe. Su verdulería desordenada se convirtió en un hito comercial, se lo merece, es alguien real, lo conocemos, estamos vinculados. Parece que los negocios desordenados como el suyo venden más. Qué bueno para él y su ayudante. Quizás cuánta gente hay detrás de esa oferta de verduras y productos de almacén. Como ahora cerró la mítica panadería Modelo, él también vende pan. Patito no deja que los clientes manoseen las paltas.

(...) Escribo acompañado por un café y me siento millonario (siempre los amigos y familia se rieron de mí por esa expresión). Ahora es verdad. El día tuvo su afán y fue importante revisar cajones con herramientas y materiales, o sea pasta muro, espátulas, roscalatas, «No más clavos», mezclándose herramientas con útiles de escritorio, suele ocurrir, porque es la pieza de taller. Estuvo gratificante la actividad. Definitivamente no es un día más de cuarentena, se suma un día más, no es un día igual a otros en confinamiento, no es lo mismo vivido ayer, no es la misma estructura repetida una y otra vez sin matices y diferencias. Es viernes 5 de junio del 2020 y estoy vivo, estamos vivos con Tatiana, haciendo la vida como mejor se pueda, agradecidos, optando dentro del estrecho marco de toma de decisiones, con la fortuna de poder escribir.

Roberto Zamorano Núñez
Viña del Mar, Valparaíso, 64 año

Cuando ya los meses van pasando vertiginosamente y la rutina se va haciendo a veces tediosa me he puesto a reflexionar cómo la vida se ha encargado de ordenar de manera

tan diferente a la que hace tan poco tiempo vivíamos cuando estábamos como normal. La rutina para nuestra familia era la siguiente: nos levantábamos de prisa para organizar lo que haríamos durante la semana. El lunes sería mi primer día de trabajo. Porque yo soy maestra universitaria con más de treinta años de experiencia formando profesionales de la Educación, y actualmente me desempeño en un proyecto semipresencial a distancia formando nuevas educadoras de párvulos.

Según mi calendarización de actividad tenía que desplazarme a la ciudad de Quillota en el mes de marzo más o menos cuando se declaró la pandemia, pero por orden de los organizadores del proyecto se suspende este horario y se cambia para el mes de abril, fecha que tampoco se pudo realizar ya que los colegios y jardines infantiles habían suspendido las clases hasta nuevo aviso, muchas comunas empezaron cuarentena por lo que la asistencia de alumnos ya era imposible y los jardines estarían cerrados, lo que significa que las alumnas no podrían realizar su prepráctica y práctica profesional, asignatura que se evalúa en terreno.

Luego de una de las últimas informaciones recibidas sería que las clases serían *online* y acá estoy en espera de que todo pueda ser posible, mis alumnas están ansiosas de poder terminar porque estas asignaturas son sus últimas actividades para poder optar a su anhelado título. Y citare a John Lennon cuando dice «La vida es la que nos va sucediendo mientras que el hombre se empeñe en hacer lo contrario». Y así me da mucho sentido ya que mi vida de un giro cambió y me convertí en dueña de casa con horario completo porque mi nana no puede venir más a trabajar por las circunstancias que estábamos viviendo, yo le dije: apenas se terminen los meses complicados usted puede retomar su trabajo que siempre he valorado y ahora más que nunca en su ausencia, pero pasan los días y veo cada vez más lejano este regreso, aunque la experiencia vivida en esta cuarentena me ha obligado a cambiar los lápices y carpetas por los utensilios de cocina que nunca fueron mi debilidad lo tomé como una nuevo desafío, ya no me tenía que levantar tan temprano, mi esposo adulto mayor, mi hijo y yo, los tres sin trabajo acostumbrado, ninguno de los tres se tenía que levantar temprano, estábamos experimentando algo nuevo, era no tener horario, pero de algún modo seguiríamos respetando los horarios de alimentación, aunque muchas veces eran fuera de casa en otros tiempos. (...)

María Isabel Neumann Flores
Las Condes, Santiago, 69 años

Hoy las noticias amedrentan. Casi cien fallecidos diarios por covid-19 y eso que no están integrados todos los positivos, puesto que el resultado de los exámenes se da con posterioridad a las muertes y en los certificados de defunción aparecen otras causales. El Servicio Médico Legal de Santiago está colapsado. Los permisos para transitar por las calles son numerosos e injustificados. La delincuencia se ha hecho más cruel y violenta. La gente hacinada en viviendas sociales no tiene qué comer. Las cajas de alimentos que prometió el gobierno, no llegan a la totalidad de la población que las necesita. En resumen, un caos en Santiago. De la Quinta Región se habla poco. Los alcaldes piden cuarentena, pero el gobierno se niega. Hoy hubo un amago de incendio en el Hospital G. Fricke nuevo. Sin embargo, a pesar de todo, he podido comprobar que hay gente buena, que es capaz de hacer cosas por el otro, como Carola que hoy se equivocó y me trajo pepinos de verdura, que hay personas que prometen, pero no hacen nada, que hay amigas que te recuerdan y se comunican. Que hay algunas que te llaman a diario, solo para desearte un lindo día y otras como Norita, que se las arregló para mandarme un chocolate que le regalaron a ella, olvidando que no podré comerlo por mi diabetes.

Ana María Miranda Martin
Quilpué, Valparaíso, 74 años

❁

(...) Al estar sola comencé a recordar que cuando todos estábamos en normalidad, corriendo, trabajando, llegando cansados en las noches, sin ver una buena película porque nos vencía el sueño para comenzar al día siguiente a correr, levantarse temprano, ducharse, con suerte tomar desayuno porque nos atrasábamos, comenzar los problemas viendo si el tránsito te daría la oportunidad de llegar a la hora, el calor, el frío, en fin, tantas cosas que ¡de repente pararon!, ¡acto de magia! De quién no sé, pero la magia nos cambió, nos alertó y nos hizo pensar en nuestro cuerpo, nos hizo pensar en nuestra vida y lo más mágico fue que esto le ocurrió al mundo completo. Vuelvo a convencerme de que nada en esta vida es casualidad, todo tiene un objetivo y una razón, gran pregunta a mi haber, ¡qué cosa tan rara!, ¡sucede cada cien años!

Bueno, y nuevamente no me asombro, solo reflexiono y sigo recordando que aunque estoy jubilada, he seguido trabajando porque amo mi trabajo, soy educadora de párvulos con un jardín infantil que ya tiene treinta y tres años. Con altos y bajos, con grandes sacrificios lo he mantenido por el amor que les tengo a los niños, y mientras estaba todo

normal me decía a mí misma ¡noooo!, ¡no podré dejar de trabajar! No me veo en casa sin hacer nada, ¡no podría, me daría depresión, qué haría!

Pues bien llevo encerradita tres meses y me he descubierto, no puedo creer que volví a pintar, he hecho cuadros de flores, también he vuelto a escribir, he descubierto que mi casa es un santuario lleno de rincones maravillosos, ni hablar de mis amadas plantas que tan abandonadas las tenía, y bendita tecnología por la cual he aprendido muchísimas cosas con los tutoriales, debo reconocer que me cuesta la tecnología, no nací con el dedo en la tecla como mis hijos y mis nietos pero siempre pienso que querer es poder. Tampoco puedo dejar de mencionar lo encantada que estoy cantando en las tardes y en las mañanas haciendo ejercicio, bueno no mucho, pero le hago empeño.

Qué cosa más extraña esto de nosotros los humanos, animales de costumbres, estábamos cegados y de repente nos rompen el esquema y ¡plop¡, ¡qué hago!, y nuestro cerebro nos va dando las armas, eso sí, ¡tienes que querer y no decaer!, nada que hacer, así fue que me dije ¡vamos que se puede!

De a poco me fui calmando, al principio no fue fácil sobre todo por la responsabilidad con el jardín y el personal, pero menos mal que fueron dando facilidades para varias cosas de pagos y deudas, no fue nada fácil cuando todo tienes que hacerlo a través de internet, pero se puede y se aprende.

Así, seguí reflexionando y me di cuenta de que mi alma sí tiene capacidad de asombro, pues me asombré de mí misma, me di cuenta de que yo soy mi todo y debo considerar que no todo es una misma cosa, el todo es involucrante, pero ¡yo estoy hecha de todo!

Mi cuerpo tiene muchas partes, cada una hace lo suyo, el todo de mi interior tiene física, química, alma y pensamiento. Si mi brazo derecho está dañado, el izquierdo ocupará y aprenderá todas sus virtudes para reemplazarlo, el todo no está unido.

Mi existencia es un todo difícil, ha habido cambios, mas esos cambios fortalecen mi vida, con ramas de emociones, ramas de amores, ramas de aprendizajes al cambio.

Y por último digo: querido año 2020, me has enseñado y tú no eres el todo, nosotros lo somos para salir adelante y profundizar nuestras almas de asombros hermosos, esta es una película que pronto terminará.

Antonieta Núñez Lozano
Ñuñoa, Metropolitana, 61 años

El viaje más largo es el que haces hacia ti mismo.

¿Lo has iniciado? (60 peras.com)

Mario Vera Aravena
La Cisterna, Metropolitana, 60 años

❁

He tomado conciencia, y recién caigo en la cuenta, de que mi ventana es el nexo que me conecta con el mundo. Ahora que estoy escribiendo, reparo que cuando cierro las cortinas, quedo fuera del mundo, lejos de los otros y que de alguna manera dependo de mi ventana. A veces, cuando siento un ruido, alguna sirena, bocinas, alguna ventolera abro las cortinas para ver qué pasa y me tranquilizo.

Siempre he amado el silencio, porque me gusta escuchar mis voces internas que me llevan, en constante vaivén, hacia el pasado y hacia el futuro donde logro vivenciar lo que fui, lo que soy y lo que, creo, seré... Ahora, sé que son meras especulaciones por lo menos en cuanto al futuro respecta, pero al tenor de mi evolución y si no se producen grandes cambios en mi vida, puedo proyectar hacia dónde voy... Creo que no seré abuela... y a pesar de que muchas veces lo lamenté, actualmente, como veo este mundo convulsionado, violento, mezquino, alienado, inseguro, he llegado a agradecer el no tener nietos, porque sería un gran motivo de angustia ver el planeta que les vamos a dejar.

Oriana Carrasco B.
Viña del Mar, Valparaíso, 65 años

❁

Veo caer las hojas del calendario y cada día que pasa es peor, el futuro es incierto, no sabemos qué va a pasar.

Están haciendo terapias con un medicamento para la pediculosis y la sarna, la ivermectina. También quieren probar una futura vacuna con el quillay, ojalá que les vaya bien.

A pesar de todo me siento afortunada cuando veo en las noticias las cifras alarmantes de contagio, la gente muriendo en los hospitales. Ni mi familia ni yo lo estamos, pero

sufro por los que sí lo están, por los que les falta de todo, por los que están solos, los niños que no entienden lo que pasa, por qué no pueden ir a un parque a jugar y algunos que hoy no tendrán pan en su mesa.

Espero que salgamos fortalecidos y en un futuro cercano seamos mejores seres humanos, padre nuestro que esto termine pronto si es que eso es tu voluntad, amén.

Myriam Azócar
Quilpué, Valparaíso, 70 años

Hoy ha sido un día muy triste ya que me llegó una noticia lamentable: el fallecimiento del esposo de una socia de nuestro club, y por lo que estamos más tristes es que lo llevaron directo al cementerio.

Claudio Osses Ross
Hualpén, Biobío, 75 años

(...) Recuerdo que años atrás estuve confinada por dos meses cuando se propago el coqueluche. Yo tenía seis años, mi mamá no nos dejaba salir ni siquiera al patio de nuestra casa en el sur de Chile, solo mirar por las ventanas-casa. Posteriormente sufrí el gran terremoto de 1960. También como dos meses sin salir a la calle, solo para buscar agua en algunos tiestos por los sacrificados bomberos, todo destruido, estuvimos como cinco meses sin luz-agua-sin ir a la escuela. Recién en noviembre volví a la escuela. Nuestras tareas eran contar y escribir vivencias-conversaciones de lo vivido de esa gran tragedia. Yo me salvé por milagro junto a mi querida y bella familia.

Norma Elba Carrasco Moreno
Frutillar, Los Lagos, 72 años

Debo lamentar que cada día veo menos a mis hijos, yo sigo con mi rutina en confinamiento sin fecha de término.

Ana Magdalena Cabrera Salinas
Puchuncaví, Valparaíso, 80 años

❁

(...) El encierro obligado, me ha mostrado el lado olvidado de mi existencia, lo que ha significado replantearme, reinventarme y un cambio de piel.

María Angélica Salinas
Las Condes, Metropolitana, 68 años

❁

Es el día número 80 del encierro. No se me hace intolerable; es el precio que hay que pagar por un bien mayor.

Llame a Catalina Alvear por su cumpleaños. Dice que hay que pensar positivo y apoyarse con todas las cosas que hagan bien.

Juan Emilio Herrera González
Maipú, Metropolitana, 68 años

❁

Hoy mi tía Hilda —que nos dejó hace ocho años— habría celebrado su cumpleaños 108. (...)

La tía fue profesora de inglés del Liceo de Niñas de Talca, estudió en la U. de Concepción, donde se hizo socialista y participó en la Masonería Femenina. (...)

Todavía conservo su carta manuscrita, del 22 de agosto de 1971, cuando me recibí de abogada.

Se excusa de no haber podido asistir a la ceremonia de titulación en la Corte Suprema —entonces era directora del internado del Liceo— y me hace ver cuán orgullosa

se sentía por ese logro, valorando mi tenacidad, espíritu de trabajo y enorme sentido de responsabilidad. Me decía: «Esas virtudes no se dan a menudo».

Lucía Foncea Muñoz
Providencia, Metropolitana, 74 años

Yo, Julia Merino Espinoza, soy socia del Club Arco Iris de Linares, VII Región, somos un grupo bien organizado, nos respetamos y nos queremos.

Esta pandemia la tomanos con mucha responsabilidad acatando todas las decisiones y medidas que el Ministerio de Salud ha indicado porque sabemos que por nuestra edad somos las personas que más riesgos corremos y sobre todo si alguien tiene enfermedades de base. (...) Soy una persona de 77 años y mi marido de 79 años, nos hemos cuidado en la pura casa desde el día 13 de marzo, era lo que teníamos que hacer todos los que no trabajamos. Nos ha cambiado mucho la vida en estos meses, ya no podemos visitar a nuestros hijos, ni menos disfrutar a nuestros nietos porque ellos están preocupados de no contagiarnos.

Las compras en el supermercado, feria y farmacia, nuestros hijos las hacen y las dejan en la puerta de la casa, así hemos hecho caso a nuestras autoridades de la distancia social.

Como familia respetamos todas estas medidas, mucha gente no hizo caso y el contagio ha ido subiendo todos los días.

Me da mucha rabia y pena ver a los jóvenes que no respetan y hacen fiestas, o salen a la calle sin medidas de seguridad, sin pensar que pueden contagiarse y así contagiar a sus padres, abuelos y familia, ni siquiera respetan a nuestros carabineros, ni menos a las fuerzas armadas.

Siempre criticando, ya no les queda nada por destruir y quieren hacer los que a ellos se les ocurre. (...)

Agradezco vivir en esta hermosa ciudad por eso le pido a Dios que les de salud a todas nuestras autoridades y en especial a don Mario, nuestro alcalde, para que podamos salir adelante.

Y pueda nuevamente salir a la calle y volver a reunirnos con las socias de nuestro club.

Sé que volveremos a abrazarnos algún día, volver a abrazar y besar a mis hijos y nietos y que al final de esto podremos decir: somos unos sobrevivientes.

Julia Merino Espinoza
Linares, Maule, 77 años

❁

Anoche me acosté preocupada porque mi hija mayor se sentía un poco mal, como mamá una se pasa todos los rollos... Ella trabaja en la capital, pero ahora lo hace desde su casa. Por suerte no era nada.

Para más remate el calefón calienta la nada misma y mi placer máximo es mi baño de tina, y me bañé casi en frío, no sé si me enfermaré, mañana les cuento.

Ahora es la tarde y estoy sentada descansando y esperando que pase luego el tiempo, y se vayan pasando estos días largos y llenos de incertidumbre, me duele ver las heridas de las caritas de las personas de la salud por las mascarillas y todos esos implementos, y me da rabia la gente que sale a la calle y desobedecen pensando que esto es un juego.

Elba Leonor Salinas Jazme
Limache, Valparaíso, 73 años

❁

He iniciado vía internet mi trámite de pensión, sé que no es el mejor momento porque con las consecuencias de esta pandemia los fondos de las AFP han tenido grandes variaciones; algunos dicen que hay que esperar, pero como en muchas cosas de la vida pocas veces hay consenso.

Luzmira de las Mercedes Toro Leiva
Linares, Maule, 60 años

❁

Todo esto que estoy viviendo, me ha hecho bajar nuevamente mis alas por segunda vez; la primera cuando logre salir del cáncer y volví con nuevas energías, mucha paz en mi corazón, lo cual pude traspasar a muchas personas que lo necesitaban, ya haya sido con una palabra, un abrazo, un apretón de mano, simplemente una palmadita en el hombro y una sonrisa; lo cual espero volver a vivir, cuándo no lo sé, pero que ese día llegará sí estoy

segura de ello. Y ese día levantaré nuevamente mis alas para dejar la jaula que me ha brindado protección, en la cual he recibido muestras de amor y cariño, ese es mi hogar; agradezco a Dios por haberme permitido ser madre de un gran hombre, un excelente hijo el cual vive preocupado por mí, no permitiendo que salga de casa. Ese día emprenderé el vuelo lleno de nuevas energías, en un mundo más sano y con otra mentalidad y madurez en la que los jóvenes habrán entendido que todos debemos cuidarnos para seguir viviendo con mucha paz, fe, esperanza y alegría.

Clara Rojas Messina
Antofagasta, 69 años

❁

(...) Al anochecer me dio un bajón, odié todo, será, sé que mañana estaré mejor.

Aunque esté acostumbrada a estar sola, a veces se necesita un abrazo. El día fue nulo, no hice nada, pegada a las noticias, mal.

Alicia Leiva Flores
San Antonio, Valparaíso, 68 años

❁

(...) me ha afectado emocionalmente no poder ver ni estar con mi familia, si bien existe tecnología yo no cuento con ella.

El no poder frecuentar mis amistades o algo tan simple como ir a comprar, ya que debo cuidar mi salud y la de mi marido, además de lo que significa estar en un lugar siempre (mi casa), últimamente me está resultando muy estresante, a pesar de tener mis pasatiempos no me llena como compartir con los míos.

Además me resultan muy preocupantes las necesidades de mi comunidad, si bien gracias a Dios estamos sanos, me complica pensar tanta necesidad de alimentos o psicológica de mi comunidad.

Luz María Rojo
Nogales, Valparaíso

Sábado, 6 de junio

Cogito ergo sum: pienso luego existo.
En tiempos de pandemia cada persona busca la forma como pasar los días, una de estas es viendo la televisión con toda su amplia gama de programas.

Fue en una de estas instancias cuando vi en la pantalla aparecer una manada de elefantes llegando a un abrevadero, donde adultos y crías van a saciar su sed. Todo iba bien hasta el momento de salir y seguir su camino, ya que uno de los más pequeños no lo pudo hacer. De inmediato un elefante adulto, ayudado por otros, ingresó al agua y con movimientos que demostraban esfuerzo y solidaridad logró sacarlo de su difícil situación.

En ese momento pensé: ¿cómo es posible que seres vivos del reino animal, irracionales, tengan ese tipo de actitudes frente a los más débiles de su especie? En todo su esplendor vemos la solidaridad, el compañerismo, el sentido de familia sin esperar nada a cambio.

Después de lo anterior me pregunté: ¿es la especie humana la superior dentro de los seres vivos?, cuando vemos en pleno siglo XXI crímenes racistas, discriminación sexual, segregación por el color de piel, etc. Esto ocurre a nivel mundial, y lo palpamos día tras día en muchas ciudades, basta ver barrios exclusivos, centros hospitalarios, colegios e incluso credos religiosos —si es que quedan— hechos a la medida de los que detentan el poder económico y el resto que se las arregle como pueda.

Terminé de ver el programa y salí al patio de mi casa, sin querer pasé a llevar un trozo de madera, y observé que debajo había un hormiguero, en el cual la mayoría de las hormigas, como una sola, haciendo fila con huevos y larvas, buscaba un lugar donde establecerse.

¿Tendremos que aprender de estos seres vivos para mejorar la convivencia entre todos los seres humanos?

Gonzalo Antonio Veloso Jofré
Quillón, Ñuble, 73 años

Pensamientos

Jubilé el 2017 en Santiago, después de cuarenta y dos años como profesor de Castellano. Tengo 67 años y reconozco que aún echo de menos la sala de clases, el encuentro personal

con alumnos, apoderados y profesores, tal vez porque tuve bonitas experiencias pedagógicas, o quizás porque opté por olvidar o prescindir de las malas.

En marzo de 2020 se despertó nuevamente mi motivación pedagógica por observar, aprender, reflexionar y comunicar, porque en Chile se transitó abruptamente desde la educación presencial en aula hacia la educación a distancia a través de internet. El covid mandó suspendidas para la casa y confinó en cuarentena a las comunidades educativas.

A raíz de la pandemia y las necesarias medidas sanitarias, es posible imaginar que probablemente hemos iniciado un camino que se hace al andar. A mediados de marzo se reprobó lo que hasta el día anterior era el ideal pedagógico, es decir, el encuentro personal profesor-alumno a través de clases presenciales. En cambio, hubo que aprobar e incluso promover que profesores y alumnos se alejaran, volviendo a sus casas, mantuvieran distancia y se continuara la enseñanza mediante teleclases.

Apareció un ente microscópico echando abajo la institución educativa concebida como comunidad de cuerpo presente, y junto con las mascarillas y escudos faciales se empezó a difundir la instrucción del obligatorio distanciamiento social. No más saludos de manos ni abrazos ni besos, ni siquiera conversación a menos de dos metros. Hay que protegerse unos de otros porque el prójimo se ha convertido en amenaza. Es peligroso hablar cerca de otro. (...)

Muchas inquietudes y muchas preguntas. Este año se han potenciado y popularizado vocablos tecnológicos: webinar, telemática, Zoom, virtual, digital, *online*, *e-learning*, entre otros, para referirse a conferencias, seminarios, talleres, clases escolares o universitarias, capacitaciones, mediante conexión a una plataforma en que el profesor se conecta con sus alumnos, les traspasa contenidos, comenta, responde, corrige, asigna actividades y evalúa.

Me pregunto algo inimaginable el 2 de marzo de 2020. ¿La instrucción escolar vía internet no solo es y será un sucedáneo de la educación presencial en tiempos de pandemia, sino que en definitiva la historia la resignificará como el inicio promisorio de la buena educación del futuro?

¿El «demonio» del virus le dio el tiro de gracia al sistema escolar tradicional con contacto estrecho, o solo será un coma inducido, una intubación momentánea esperando que el paciente crítico se recupere y todo retorne a la normalidad?

¿Los colegios *online*, cuyo pionero registra comienzo el 2007 en Chile, y que por ironía de la vida aún no son reconocidos por el MINEDUC, serán la primera línea de una educación que se percibirá desde el futuro como progresiva e innovadora?

El sistema escolar *online* hoy se masifica y es un remedial para mantener funcionando el traspaso de contenidos curriculares, según criterios de priorización obligados por las

circunstancias. Lo que antes era considerado sospechoso y subalterno por parte del MINEDUC, según el paradigma de la educación como encuentro personal, hoy se legitima y se institucionaliza.

Las salas de clases y los edificios escolares y universitarios, que como tales solo sirven y se justifican si en su interior hay personas que se interrelacionan en contacto estrecho, hoy son espacios vacíos donde circulan fantasmas y recuerdos, tal vez algún personal encargado de la administración o de la mantención, espectros solitarios como en las antiguas oficinas salitreras Humberstone o Santa Laura.

¿Esos recintos escolares y universitarios están en vías de obsolescencia y ya no serán más el escenario en que un profesor desde la palestra solía exhibir conocimientos y un grupo de alumnos presuntamente los escuchaba y tomaba apuntes?

¿Esta pandemia y sus oleadas u otras infecciones que auguran los epidemiólogos y ambientalistas, obligarán a transformar edificios escolares y universitarios en hospitales, residencias sanitarias, hogares de ancianos y de niños, cárceles o comisarías?

¿La sala de clases, debido al necesario y obligatorio «contacto estrecho» en la tradicional sociabilidad del mundo educativo, ya no existirá como espacio social cooperativo o interactivo, lugar de aprendizaje-enseñanza, o bien como ámbito de juego, gritos, amenazas, indisciplina y *bullyng*?

¿Cómo serán los nuevos escenarios y actores educativos si este paciente de la institucionalidad escolar se recupera en poco tiempo, aunque afirmado en ventilación mecánica, cañerías, mangueras, inyecciones y bolsas con vías venosas, y se cumple la vuelta a la normalidad del retorno a las aulas?

¿Todos los miembros de las comunidades escolares tendrán que resguardarse con mascarillas y protectores faciales, encerrados en cubículos transparentes en cada recinto, como si fueran prolongaciones de las vitrinas y estadías UCI?

¿Qué nuevos proyectos educativos y curriculares se requerirán para enfrentar este desafío de la educación escolar a distancia? (...)

Roberto Alderete Kovacic
Puerto Varas, Los Lagos, 67 años

Reflexiones secretas

Recuerdo aquel 03/03/20, cuando el ministro de Salud daba a conocer a la nación el primer caso de contagio de covid-19 en Chile. Ciertamente, para muchos compatriotas, aquella lamentable noticia pasó desapercibida y fue simplemente una más. De aquel entonces a la fecha (¡cuatro meses!), llevamos más de 150.000 contagiados, más de 6.000 casos nuevos por día, más de 6.000 personas fallecidas, cerca de 25.500 casos activos, lo que deja una lamentable evidencia de un preocupante ascenso en los casos de esta grave y nueva enfermedad, pese a todas las medidas elaboradas para frenarla y controlarla. Una nueva pandemia que vino a cambiar completamente nuestra forma de vivir con su cuarentena, toque de queda y restricciones. Aun así, sigue abriéndose paso, afectando a hombres, mujeres, ancianos y niños, familias enteras que se han visto castigadas brutalmente por un enemigo que recién comenzamos a conocer y que, por el momento, nos está ganando la batalla .Es justamente en estos momentos de crisis que siento la intensa necesidad de plasmar en unas cuantas líneas aquello que está sucediendo en mi interior, en lo más profundo de mi corazón. Es bueno reflexionar, hace bien compartir y reflejar aquellas sensaciones que uno va experimentando a medida que transcurre esta cuarentena y los cambios que produce. Y estos se manifiestan, tanto en lo social, como en lo personal.

Al inicio de todo esto, recuerdo que me abordó una inexplicable inquietud, preocupación y cierto grado de temor, obviamente por un posible contagio y sus consecuencias. Fue en aquel preciso momento que pensé: «¡Recuerda cuántas cosas has vivido y las has superado! Tienes un corazón valiente y ¡no será esta la ocasión para darle cabida al temor!». Según estudios en el área de la psicología moderna, no es aconsejable esconder o reprimir dichas emociones. La gran mayoría de la población, en algún momento, será afectada por alguna de ellas y por ser justamente un ser humano, a veces me es imposible evitar.

Hace unos días y de manera insistente, se apoderó de mi cierto descontento, preocupación e inconformidad respecto a las medidas adoptadas en cuanto a la solución para controlar esta pandemia. Creo profundamente y sin temor a equivocarme que es el sentir de la inmensa mayoría de nuestro país. ¡Tendrían que haber declarado cuarentena nacional urgente desde el inicio de esta terrible enfermedad! El daño producido habría sido considerablemente menor. Muchos nos preguntamos: ¿cómo es posible creer que iniciando una cuarentena por calles o por sectores en una misma comuna, lograríamos detener la imparable propagación de este horrible flagelo? ¿Quién se responsabilizará por tan grave error?

Llevamos casi cinco meses y los estragos sociales y económicos son realmente catastróficos ya que hoy se manifiestan con la misma fuerza otras pandemias, es decir, del hambre, de la cesantía, de la delincuencia y las que jamás han sido controladas y erradicadas: la corrupción y narcotráfico. Con este lamentable panorama, realmente me apenan los jóvenes. En nuestra época, cuando éramos estudiantes, teníamos propósitos bien definidos, es decir, ser una persona de bien, económicamente independiente, cumplir un rol social, ser parte de un sistema, y mal que mal, se podía pensar en una jubilación para el futuro. ¡Hoy todo es incierto! No hay nada seguro, no solo para ellos, ¡más bien para todos!

El adulto mayor debe transmitir esperanza, respeto, confianza, paciencia y tranquilidad a las generaciones venideras. En su vida hubo experiencias buenas y malas y será este legado el que entregará a los más jóvenes. Es difícil transmitir seguridad, tranquilidad y optimismo ante situaciones desconocidas y tan peligrosas como las que vivimos hoy como sociedad. Incluso los más indicados, destacados y preparados en estos temas como científicos, médicos o los tan desprestigiados políticos y gobernantes a quienes dicha patología, ciertamente, abordó desprevenidos, se hace muy difícil orientar debidamente y a tiempo a la población, quedando en evidencia que no han sido capaces de presentar una propuesta efectiva para controlar y reducir dicha pandemia. En fin, una vez más nuestra población tendrá que profundizar su incertidumbre e inseguridad, en donde deberá encontrar las fuerzas y conocimiento necesarios para salir, una vez más, invicta de tan lamentable situación.

Cristina Antonia Toro J.
Nueva Imperial, La Araucanía, 69 años

En estos momentos quiero decir que como adulto mayor ya estoy un poco estresado por estar desde el mes de marzo a la fecha confinado en mi casa. Pero hay que hacerlo para poder salvarnos de esta pandemia. Gracias a Dios por estar bien.

Claudio Osses Ross
Hualpén, Biobío, 75 años

Hubo un 6 del mes 6 del año 2006 que se rumoreaba era el número de la bestia, pero no ocurrió el apocalipsis, y la tarde tuvo arcoíris en un café.

Hoy es 6 del 6 y han aumentado los contagiados en mi ciudad, hay una ruleta rusa circulando y yo desperté viva, abro los ojos, estoy respirando, escucho mi aliento mientras voy adivinando un olor a pan tostado y naranja. El vecino me dejó colgada en la puerta de calle unas ramas con patillas de rosa. Tengo patio, todavía existo y son milagrosos los días, siempre lo han sido, pero ahora se nota más por una microscópica gota de grasa que desafía la vida y las certidumbres. Siempre hemos sido frágiles, pero olvidamos que nos podemos trizar, quebrar, desaparecer. Quiero creer que si estamos aquí en este segundo, frágil puente colgante, es porque aún tenemos sentido. Somos los cristales irreemplazables de una sagrada cristalería donde un ojo es obra de arte perfecta, por su vulnerable esencia propia, irrepetible, una vida, cualquier vida, mi vida, toda vida, tesoro, una majestuosidad irreemplazable.

Ángeles Almarza
Navidad, O'Higgins, 64 años

❁

Hoy ha sido un gran día, tuve el saludo de mi familia y amigos por ser el día de mi cumpleaños número 64, se suma a esta alegría la recuperación de una hermana que estaba contagiada de covid, ella está internada en Santiago en el Hospital del Profesor, es una más de las cifras que el Ministerio de Salud oficia a diario como personas contagiadas.

En ocasiones, cuando veo y escucho el reporte diario, solo escucho cifras, números, datos, información, pero esto cambia cuando se tiene un familiar contagiado, o cuando un cercano está dentro de esos números, afortunadamente, como dije antes, mi hermana está recuperándose.

Evelina Pontigo Ampuero
Santo Domingo, Valparaíso, 64 años

❁

El piano me transporta en esta mañana gris, el mar se confunde con el cielo y una gaviota equivocada pasa frente a mi balcón, la música me envuelve y a veces viajo a París que es mi

segunda patria, allí viví quince años y luego vuelvo a Chile a la época de la Unidad Popular en la que hacíamos trabajo voluntario, era por Santiago en un Campamento «Siete Canchas», en esa época pobres y de más recursos vivían en el mismo barrio, como en Playa Ancha.

El campamento quedaba en el sector de Tobalaba, después de la universidad nos íbamos a casa de Luchín y de ahí a trabajar con los pobladores, quienes trabajaban también en el sector, ya sea como jardineros, en la construcción, como nanas las mujeres. Éramos un grupo de cuatro o cinco y yo era la única mujer, la regalona, todos me querían y apoyaban. Terminábamos tarde y nos quedábamos en casa de mi amigo.

Uy tuve que parar, casi se me quema el pan por soñar con esa época, en la que el colectivo era natural. Luchín estudiaba en el Bellas Artes y tocaba piano, era un artista y compañero por lo que compartía sus conocimientos y sensibilidades, nos hacía gozar la música docta, después del trabajo nos acostábamos con la cabeza bajo el piano mientras tocaba y nos explicaba el movimiento de los conciertos. La música es mi aliada durante la pandemia y gracias al Spotify que me instaló Sebastián, tengo una amplia biblioteca que me acompaña mientras escribo o canto.

También desfilan mis sentimientos y emociones y me pregunto si volveré a ver a mis dos hijos y cuatro nietos que se encuentran en Francia.

Aquí aún no estamos en cuarentena, pero yo llevo una semi, o sea salgo a caminar un tramo entre la plaza Carvallo y la playa Las Torpederas, hay muy poca gente debido al cierre de las universidades que es mi entorno. Ese pulular de jóvenes da vida a esta parte del barrio, les echo de menos, con sus risas, colores, pintas y peinados. Ya no siento la música de los ensayos en la Escuela de Música de la UPLA. (...)

Lucrecia Brito Vásquez
Valparaíso, 66 años

Querida bitácora, junto a mi ventana veo caer muchas hojas de los árboles y volar varios pajaritos a buscar semillas y gusanillos. (...)

Norma Elba Carrasco Moreno
Frutillar, Los Lagos, 72 años

Otra historia se urde al final del día
Un nuevo mandala para el universo
Lo cuelgo, lo soplo y no para de girar
¡Benditas figuras que me llenan de paz!

Ya he pintado paisajes, el mar y a mí misma
Frente al atril veo figuras que vienen y van
Entre la mezcla de colores afino mis sentidos
Junto a la música buscando inspiración

El negro es como una viuda ausente
El rojo como la sangre de mis venas ardientes
El verde como los ojos de mi nieto Benjamín
Y el azul como el fondo del océano sin fin

Hoy me siento militante de las artes
Pienso: ¿y si fueran ellas la solución?
Porque no quiere la guerra quien toca un violín
Ni odia quien sabe cuidar un jardín

Las cuerdas tocan el Concierto de Aranjuez
Los tenores hacen vibrar los corazones
El lago de los cisnes sigue su bendito curso
Y el arte callejero ahora está en cuarentena.

Cristina del Carmen Garrido Salazar
La Florida, Metropolitana, 65 años

Pasamos mala noche, la carita de nuestra madre demasiado hinchada y con mucho dolor, llamamos a nuestro primo médico mandando fotos y nos piden ecografía de cuello, salir a pedir hora sábado, todo cerrado, lo único abierto y funcionando era una clínica en el cen-

tro de Valparaíso, llena de gente pidiendo sacar el PCR o para ver médico por resultados de PCR, no podíamos exponerla a este escenario. (...)

Dayne Pamela Vergara Cepeda
Valparaíso, 64 años

❁

Vengo de una gran familia, padres y siete hermanos, dos de ellos ya no están... No tuve una infancia muy normal, estudié en colegio de monjas a instancias de mi madre, mujer muy creyente. Aun así, los recuerdos que guardo en mi memoria son de mis hermanas a mi cargo, sobre todo mi hermana mayor. Antes era así, familias numerosas y los mayores se hacían cargo de los más pequeños.

(...) Luego llegó mi niña. Uno en la vida aprende y enseña muchas cosas, pero nadie nos enseña a ser madres.

Quería que mis hijos tuvieran una vida diferente a la que yo había vivido, hice lo mejor que pude, lo que creía correcto, pero cometí muchos errores. La perfección no existe.

Cecilia Castro
Quilicura, Metropolitana, 69 años

❁

En el medio del cielo se detiene una nube frente a mi balcón. La observo y me observa, un par de minutos. Hacemos competencia de miradas. Ningún desplazamiento. Ningún cambio de imagen. Parpadeo y enfoco. Veo que comienza a desdibujarse. Se evapora. Creo que me eligió como testigo de su existencia. Quizás me quiso mostrar la fragilidad de los cuerpos y sus materiales.

Marta Alicia Mera Figueroa
Viña del Mar, Valparaíso, 69 años

❁

(...) Además debo decir, yo conozco bastante de mi querida y respetada universidad de Valparaíso, pues trabajé treinta muy buenos años y hoy me encuentro jubilado desde el año 1993. Poco tiempo después fui socio fundador de la asociación de jubilados UV y por lo tanto pertenecemos a Gerópolis y nuestro representante es nuestro socio señor Luis López.

Julio del Tránsito Aguilera Hidalgo
Valparaíso, 75 años

❁

(...) un nuevo aprendizaje, pedir permiso para salir de mi casa, a una comisaría virtual, vía celular. ¿Pedir permiso para salir de mi casa? Ocho cuadras hacia arriba, como la semana pasada, solo que hoy tengo que pedir permiso... Es una obligación y hay que hacerlo, si lo sorprenden sin portar cédula de identidad y ese permiso virtual, será multado (...)

Angélica Morales Osses
Viña del Mar, Valparaíso, 72 años

❁

Mientras escuchaba noticias por televisión, pensaba que por primera vez, considero una suerte en vivir en la región con menos habitantes del país; hasta hoy, soñaba con tener un departamento en Santiago, tener acceso a la cultura, visitar lugares atestados de gente; donde me pierda en una multitud, como un árbol más de nuestros bosques.

Recuerdo una vez que fui a la capital, me llamó mucho la atención un panel con relatos cortos, «Santiago en cien palabras». En otro lugar leía otro diferente, eran claros, sencillos, mostraban a la gente común. A mí siempre me gusta leer qué siente y piensa la gente común.

(...) En la Región Metropolitana está desatada la pandemia. Escucho el reporte de salud y no quiero saber nada más.

Tampoco quiero vivir cuidando el fuego y preparando comida. (...)

Graciela Victoria Mancilla Oyarzún
Puerto Aysén, Aysén, 70 años

Hoy es un día especial, estoy de cumpleaños, cumplo 66 años, me parece increíble, nunca pensé que llegaría a cumplir tantos años, pero me doy cuenta de que quiero cumplir muchos años más. Después de tanto tiempo y con todas las medidas pertinentes mi familia me tenían una linda sorpresa, nos reunimos en el quincho con torta y cositas ricas que disfrutamos con mucho cariño. (...)

¿Sacaremos de esta experiencia una enseñanza que nos haga mejores personas, más solidarias y aprenderemos a ponernos en el lugar de los demás. (...)

Sonia Delgado Briones
Puerto Aysén, Aysén, 66 años

Domingo, 07 junio

Experiencias personales generales a raíz de la pandemia del siglo XXI

Mi nombre es Galvarino Huilipan Ladino; oriundo de Santiago, desde hace cinco años y seis meses avecindado en esta comuna de Padre Las Casas, profesional y de ascendencia mapuche, casado desde hace 49 años con doña Trinidad Navarro Martínez, también nacida y criada en Santiago, edad ambos de 71 años, hijos dos que viven en Santiago y La Serena, respectivamente.

Nuestra experiencia personal nos ha resultado de dulce y de agraz, comienzo por lo dulce; como matrimonio gracias a Dios siempre hemos mantenido una muy buena comunión y hemos hecho frente a los problemas que de una u otra forma se nos han presentado. Los últimos años en lo referente a lo económico, como consecuencia de mi exigua jubilación, me llevó a enviar mi currículum vitae, que expresa y deja de manifiesto toda mis experiencias y cargos a través de 47 años de trabajo, que incluso puse a disposición de la Alcaldía de Padre Las Casas, lamentablemente sin resultado. Como dije anteriormente, al quedar viviendo solos con mi esposa nos hemos acercado más todavía y repito, gracias a Dios, enfrentamos un nuevo amanecer con la mejor disposición, dado que nuestros hijos y nietos debieron regresar a sus ciudades antes ya mencionadas dejando un vacío en nuestra casa difícil de sustraerse y más aún cuando ya comenzábamos a acostumbrarnos y volver a transitar como cuando recién empezamos. (...)

No puedo dejar de mencionar con mucho agrado, como lo he hecho en muchas oportunidades, que he enviado e-mail de felicitaciones y agradecimientos al personal de la salud, verdaderos héroes. Le he enviado al director del hospital regional Hernán Henríquez Aravena y especialmente al personal del consultorio Las Colinas, desde acá hemos recibido la única llamada telefónica de un «cómo están y qué necesitan», llamada hecha por el doctor Palma hace ya tres semana, llamadas como estas no pueden pasar desapercibidas por la comunidad y por esta razón deseamos reiterar y destacar todo nuestro agradecimiento, así como la comunidad entera deberá agradecer el esfuerzo que se ha hecho en cuanto a esta pesadilla (pandemia). Creo que no existe gobierno alguno excepto por documentos, que tenga experiencia de esta peste, aunque se cree una vacuna que nos libere de tal situación, creo que todos los países, cual más, cual menos, nos costará años en poder sobreponernos a tal debacle: me refiero a lo humano, social y económico. Como ciudadano común y corriente espero y deseo que nuestros jefes de Estado, cualquiera que sea el color político, se preocupen de entregar las herramientas necesarias en cuanto a educación se refiere, para aprovechar las condiciones individuales y así generar mejores profesionales, técnicos y a través de ellos crear mayor conciencia de ahorro previsional tripartito (porcentajes entre trabajador, empleador y Estado); de esta manera los Estados no se verán obligados a entregar bonos de supervivencia para los jubilados, que de jubileo no tenemos nada. Como Dios nos enseñó, no tenemos que esperar un maná, tenemos que aprender a pescar. De esta manera, los pensionarios recibiremos una pensión justa y no transformarnos en un lastre para la sociedad y por qué no decir los mal llamados jubilados tenemos toda la experiencia para poner al servicio de la sociedad, pero es tan pobre la condición humana que ostentan los cargos superiores que si no eres apoyado por político no tienes posibilidad de conseguir trabajo, importando en lo más mínimo si tienes la experiencia y conocimientos para tal o cual cargo. Toda mi vida he obtenido altos cargos a los que he postulado solo con mis conocimientos, aun siendo de origen mapuche. También creo necesario citar la nula preocupación del Departamento Social de la Municipalidad de Padre Las Casas, nunca y digo nunca hemos recibido un llamado, una visita o una preocupación mínima para con los adultos mayores, peor aún con los que vivimos en el campo, no somos un número que solo vale cuando hay elecciones y/o como contribuyentes. Esta pesadilla para los que sobrevivan, pensemos positivo, aparte que el mundo cambiará en muchos aspectos y nos dejará enseñanzas que no podremos soslayar, como por ejemplo: mejores padres, mejores hijos, respetuosos con la sociedad y los adultos mayores (hoy el respeto se ha perdido total), más solidarios y muy pero muy importante, respetuosos absolutos con nuestra madre naturaleza y seamos sus guardianes perpetuos para con ella. Si no hacemos nada, quiere decir que todos los sufrimientos y muertes de nuestros seres queridos, y muy evidentemente los cambios climáti-

cos que nos azotan y lo seguirán haciendo, si no hacemos cambios, definitivos, es que no hemos aprendido absolutamente nada y Dios tenga misericordia de nosotros.

Biblioteca Pablo Neruda de Padre Las Casas (atención excelente Sr. Luis Álvarez y Sra. Magdalena Chanqueo S.)

Galvarino Huilipan Ladino
Padre Las Casas, La Araucanía, 71 años

❁

No es primera vez que nuestra humanidad sufre semejantes pandemias. Recordemos la peste negra en 1720, el cólera en 1820 y la gripe española en 1918. Cada una de ellas se llevó muchas vidas, pero se logró felizmente superar tan terribles catástrofes.

Esto ocurre prácticamente cada cien años. Hoy nos acecha el hoy famoso virus Sars-Cov2, enfermedad llamada covid-19. Y, al margen de todo lo negativo que sabemos sobre esta enfermedad y sus desfavorables consecuencias, analizando el lado positivo del problema, no olvidemos que luego de las grandes crisis, siempre llega un mayor y mejor progreso. Recordemos que la creatividad, así como la inventiva humana nacen, ciertamente de la ansiedad, de la angustia, como el día nace de la noche. Como en su momento dijera el gran Albert Einstein: «Quien supera la crisis, se supera a sí mismo sin quedar superado. Quien atribuye a la crisis sus fracasos y penurias, violenta su propio talento y respeta más a los problemas que a las soluciones». (...)

Cristina Antonia Toro J.
Nueva Imperial, La Araucanía, 69 años

❁

La vida fácil en París

Inadvertido, es lo mejor... Quedar inadvertido y fuera de nómina... Eso creo a ratos, porque así puedo pensar que estoy libre y dueño del balcón. Me despliego exhausto en el espacio de inciertos metros cuadrados, con un desabrido pero necesario té, cierta música, ingenuos colores, libros mudos y libros serios, pornografía de los años 60, un humor pícaro y pros-

crito. Caricatura de este ambiente, amenizado por mensajes blancos que aparecen debajo de la puerta, chispazos impertinentes de textos cínicos de mis acreedores, todos ellos preocupados por mi salud, la clase fría para recordar tus compromisos. Son los hechos que divierten la tarde, para no suspenderte de la vida y no continuar inubicable.

Sobre las paredes rebotan las notas de *La vida fácil en París*, lánguido retorno a otro espacio, el país recorrido, los amores ocultos, las heridas sobrias del tiempo, las risas, las lágrimas, el exilio de los otros, un primer vuelo en DC 3, el tren en la sureña estación de Lanco, pitazo al atardecer como preludio del humo orgulloso que era aroma de felicidad, paisaje sincero de ese lugar conversador que es mi primer recuerdo. Después, me despido del mismo tren y me aturde la Estación Central, la ciudad, la velocidad, quizás el futuro.

Alguien lee o recita —ya no sé diferenciar— que nos invade la pandemia, preocupan los mayores, que las enfermedades de base, que los cuidados y cuánto más, así las cosas, no hay otro camino que seguir procurando recuerdos que felizmente a nadie importan, y por ello, no son historia, no son literatura. Y si de literatura se trata, me inclino a arreglar en su espacio a un más que nunca arrugado y aplastado Quijote, justo se asoma María Luisa Bombal que, Ú*ltima niebla* de por medio, afirma que tenemos algo pendiente, y todo por culpa de unos ensayos que predicen cosas que no alcanzaré a ver o jamás lleguen a ocurrir.

A pesar de lo recomendado por ciertos terapeutas que trasnochan, creo necesaria y buena la nostalgia. En vano siempre me han dicho que inmoviliza, no define perspectivas ni construye fortuna, bueno, más pobre y limitado ya no voy a ser, jubilaré en las condiciones más adversas, y es la nostalgia la que me permite volver a la universidad en una ya vieja mañana y por sobre esos sueños escuchar a un ministro muy seguro de sí mismo, prometernos que nos esperaba un retiro digno de una *Vida fácil en París*.

El encierro o el aislamiento comprimen el recuerdo, las horas singulares de Valparaíso son justas para sacudir la rutina del burócrata que he sido, provocan que el murmullo del bosque del Cerro Delicias sea el café sentimental para retar a este suceso, y neutralizar la ferocidad del comentarista desesperado por la estadística, ansioso con la primicia de una primera muerte, esa misma que aturde la hiriente sirena de la ciudad, ahoga el somnoliento apuro del trolebús e imprime una foto antigua de gol caturro en Playa Ancha. (...)

Patricio Antonio Seguel Seguel
Valparaíso, 64 años

Día 87 de aislamiento y me levanté muy esperanzada de tener un buen día. Marcelo está de cumpleaños, me vendrá a buscar para ir a su casa. Me ilusiona ver a mis nietos de lejos. En realidad a una distancia posible de acuerdo a lo que nos obliga Salud, afortunadamente viven en el campo y eso es fácil. A las 11 llegó y le entregué su regalo, nos miramos algo tristes porque no hubo abrazo, solo palabras de cariño y buenos deseos. Qué tremendo no poder abrazar a mi hijo en su cumpleaños, más aún no poder visitar a un familiar con covid en el hospital. Cuánto valoro la piel con la piel, arrumacos con mi nieta de tres meses y tirarnos en una cama a ver monitos con la de 24 años, el de 14, 8 y 6 años y mi bisnieta de 3. Así fueron los cumpleaños hasta antes de esta pandemia. Hoy me subí al auto con mascarilla y solo me bajé en Limache, era la única invitada, disfrutamos de un rico almuerzo, caminamos por esas lomas secas de Los Laureles que en algún otoño lluvioso fueron verdes, recordamos otros cumpleaños, sobre todo cuando era pequeño porque mis nieto y nietas gozaron de sus aventuras.

Me vino a dejar antes de que oscureciera.

Nunca es como antes, hay una pesadumbre que adhiere en las caras de todos, incertidumbre, por no saber hasta cuándo estaremos así, e imaginar que puede ser aún peor.

Al llegar a casa mis gatos salieron a recibirme, se han acostumbrado mucho a mi presencia ya que en tres meses solo he salido dos veces. Me cambié toda la ropa y zapatos y me fui a la ducha. Sentí el teléfono y me apresuré a contestar, era mi compañero y en su oído desbordé las emociones del día, con la esperanza de que pronto sea mejor que antes.

Marcela Rodríguez Flores
Quillota, Valparaíso, 72 años

Por esas casualidades de la vida, un amigo me informó sobre esta posibilidad de comunicar sensaciones, sentimientos y recuerdos en un original diario de vida, costumbre que en mi juventud era propio de las adolescentes. Pero a mi edad y en los tiempos que vivimos, la ambigüedad es parte de las comunicaciones. La globalización nos otorgó o nos mostró algo intrínseco en los seres humanos; muy a pesar de la moral hipócrita de las religiones y los gobiernos.

Me cuesta un poco buscar en los recodos de mi cerebro, algo parecido a estar privado de la libertad de movimiento; porque, incluso en tiempos de dictadura, rompíamos la norma, en un afán audaz de entretenernos, sin pensar en las consecuencias.

Hoy es distinto, el enemigo no está tras los árboles, ni a la vuelta de la esquina, su

mano criminal y dañina se pasea frente a ti, con el saludo cordial del amigo, del vecino o con el encuentro casual de un desconocido.

Han pasado estos meses lentos, haciendo crecer en nuestro interior una nube de extraños fantasmas del ayer, que al igual a un mago, extrae de su sombrero, recuerdos que creías olvidados o que inconscientemente quisiste hacer desaparecer. Pero estaban ahí como cuadros de museo, y por tu azarosa vida no querías visitar.

Vicente Castro Vargas
Buin, Metropolitana, 76 años

❁

Ya estamos en junio, mitad del año, y estoy «guardada» desde Marzo. (...) Todo es incierto, hasta la vida misma. (...) ¿Estaremos sanos y vivos todos en mi familia cuando termine el año? En especial mi marido y yo por tener más riesgo por nuestra edad.

Rosa del Campo Díaz
Quilpué, Valparaíso, 66 años

❁

Yo, Carlina, era adulta mayor activa puesto que trabajaba en una empresa de aseo que prestaba servicio en Falabella Osorno, hasta el día 26 de marzo, cuando me mandaron para la casa por alto riesgo.

La empresa terminó el contrato el 30 de abril y nos finiquitaron, actualmente me encuentro sin trabajo, con una pensión solidaria del gobierno.

Salgo a veces a hacer algunos trámites, con precaución en tiempos de pandemia.

Bueno, hasta el 20 de abril no fue difícil para mí. Tenía en casa harto quehacer. Estuve pintando marcos de ventanas, marcos de puerta, el cielo raso de un pasillo, así ocupaba mi tiempo libre.

Emociones: me alegra cuando me llaman más de dos días los hijos. Cristián me llama y cuenta lo que hace en Futaleufú, en la Patagonia, donde hasta el momento no hay contagio. Él vive allá. Cuando Ronald, otro hijo, me vino a ver el día de la Mamá, nos dimos un abrazo, un beso en la mejilla, ambos con mascarilla. Nos olvidamos de que no

podíamos tener contacto físico. Me trajo una torta y compartimos un trozo de torta con un café. (...)

El encierro hace pensar. Vienen recuerdos de infancia, niñez, todo pasa por la mente, buenos recuerdos, otros no tanto.

Pero yo, Carlina, me doy qué hacer. Hoy salí al patio a trasplantar plantas de ruda. Corté los tallos secos de mis rosales y de las hortensias. Limpié algunas flores, así paso el día a día. (...)

Hoy domingo 7 de junio vino mi hijo Ronald, conversamos un largo rato, él en la calle y yo en el antejardín.

Me informo por la televisión de los infectados de pandemia en el país, miro muy poco esas informaciones de infectados, porque como me deprime, sí le hago el quite.

Carlina Ramírez Rodríguez
Osorno, Los Lagos, 65 años

Cantar, jugar, tomarse de las manos y girar. El Señor hizo el mundo en siete días y el domingo lo dejó para descansar, decía mi abuela, que por las mañanas asistía a misa y por las tardes se iba a bailar a la Sociedad de Costureras y Sastres: inmensos salones amenizados con guitarras, panderos, acordeón y huifas. Blusa blanca, chaquetita negra, faldón, traje sastre y un tímido taco en el zapato de charol. «¿A dónde vas, Herminia?» Y ella respondía: «A sacudir la calavera en nombre del Señor». Mi abuela era costurera, viuda, varios hijos, de los cuales tres sobrevivieron a un tortuoso matrimonio; mi abuelo alcohólico y jugador no le dio buena vida. Eran otros tiempos. Los niños jugaban en las calles hasta que el frío, el hambre o el viento sur los entraba o acurrucaba en algún portal o patio de algún conventillo.

Día domingo, día del Señor. Mientras me afeito, me veo por primera vez en el espejo. Ya no es ovalado como el que tenía mi madre. Pero este domingo no iré a ninguna parte a encontrarme en la Eucaristía con el Señor. Los templos están cerrados, las capillas y parroquias, vacías. Solía comulgar por los muertos, por aquellos que no lograron alcanzar la gracia de la extremaunción. Pero ahora ¿cómo podrían ser las misas sin hostia? Insípidas; que cada uno lleve su pan. Hoy no puede haber aglomeraciones en lugares cerrados.

Eduardo Mauricio Cortés Arancibia
Valparaíso, 61 años

Día muy frío, pero hay que levantarse y seguir, cocinaré algo de mariscos congelados que tengo, bueno, al menos tengo alimentos, se prepara lo que hay, lo importante es no salir de casa. ¡Quédate en casa!

Juana Odette Ríos Vera
Río Bueno, Los Ríos, 69 años

Día muy frío, con neblina. (...) Cómo ha pasado el tiempo, en este año ha pasado de todo, nuestra familia ha enfrentado muchas cosas y ahora esta maldita pandemia. (...)

Me vi forzada a salir a trabajar. Mis hermanas siempre trabajaron en cines, en su época de gloria. De ahí, hay una frase que me acompaña hasta ahora. Cuando me entrevistó el jefe de ella, me dice: «Su hermana me ha dicho que necesita trabajar, ¿por qué?». «¡Porque mis hijos y yo estamos pasando hambre!», le contesté. Nunca podré olvidar su cara. De ahí en adelante no me faltó el trabajo y, por ende, intenté que nada les faltara a mis hijos.

En el momento que uno no esperaba, nace un nieto. Mi hijo estudiando y su mamá también. ¿Qué hacer? Solo apoyarlo y estar juntos. Nos cambió la vida. Pero aún faltaba algo más, la llegada de mis nietas, de mi hijo también. Fue una locura, definitivamente. Formé parte de sus vidas en su crianza, colegio, veraneos, etc. (...)

Hoy, en la actualidad, con esta pandemia en que no podemos visitarnos, mis nietas, en su casa y yo sigo con los nietos de mi hija, que vivimos juntas con mi esposo. (...)

Cecilia Castro
Quilicura, Metropolitana, 69 años

(...) Como adulta mayor y bien mayor, tengo 80 años, que no es poco, sí doy gracias al Señor por despertar. Soy madrugadora, me fascina sentir los pájaros que se despiertan unos a otros, creo que organizan cómo alimentarse.

También sentir las olas del mar desde mi balcón, es increíble cómo se perciben los

sonidos cuando aún duermen los vehículos.

Estoy siempre con mucho que hacer, ahora soy más lenta, pero todos los días me doy el tiempo para escribir, siempre he sido así, desde que aprendí a leer y escribir.

Sí extraño a mis compañeros del curso de braille y computación, somos todos con discapacidad visual, nos reuníamos dos veces por semana, lo cual conversábamos y nos reíamos mucho.

Estoy viendo un poco por mi ojo derecho, el izquierdo ya me abandonó, pero he aprendido a reír, ser capaz de hacer casi todo lo que he anhelado.

Me gusta tanto expresarme con poesías, cuentos breves, anécdotas y vivencias ajenas.

Siempre me digo: «Algún día los publicaré».

Cuando acepté mi bastón guía, le escribí esta poesía.

Diálogo con mi bastón

Mi amigo
las arrugas en mi rostro
¡es mi vida!

Son los surcos que han llegado
cual fantasmas
sin sentirlos.

Por mis surcos
han corrido cual vertientes
agua clara que mis ojos
desprendieron.

Son celestes
desteñidos por el paso de los años
los azules ya se han ido
con el tiempo y la añoranza
de un amor perdido.

¡Qué difícil es la vida!
Cuando la esperanza
que esperas anhelada
se pierde en la nada.

Y mi alma...,
¿tendrá también
un surco como mi rostro?

¡No!, debes sentirte joven
como un bello amanecer
así pasarán los años
sin sentirse envejecer.

¡Levanta tu rostro amiga!,
con orgullo y serenidad
que tus surcos son hermosos
no los debes ocultar.

María Angélica Glavich Rojas
Viña del Mar, Valparaíso, 80 años

❁

¡Por fin tengo agua caliente! Hoy ha sido un día parejito, sin novedades, salvo mi marido que a estas alturas parece mi hijo, quería salir a toda costa a ver un trabajo, pero le dijimos que había carabineros y militares, al final se convenció. El pobre lo está pasando pésimo porque tiene una hernia, llegó quejándose de que le dolía mucho y me asustó demasiado, con este susto que me hiso pasar ya no puedo escribir más.

Elba Leonor Salinas Jazme
Limache, Valparaíso, 73 años

❁

Hoy tuvimos en el departamento visita de la doctora y un paramédico. Venían con mucha protección, parecían extraterrestres, a ver a la paciente, nuestra mamá, la cual ya le bajó la hinchazón y el malestar, la ecografía arrojó parotiditis, o sea, paperas. A los 99 años en pandemia, salió invicta, almorzamos mucho más tranquilas.

Después de almuerzo vamos a ver Cirque du Soleil que nos regala un espectáculo maravilloso, estos jóvenes tan vigorosos con tanta energía, sus trajes con unos diseños originales, plumas, encajes todo tan sutil, en el malabarismo combinan la agilidad, la fortaleza, creando elegantes y notables figuras. Quedamos muy contentas por desconectarnos de la realidad que estamos viviendo, al ver esta maravilla y hacer este día una tarde de familia más fortalecida, unida por un lindo circo.

Dayne Pamela Vergara Cepeda
Valparaíso, 64 años

❁

Mi vida en tiempos de coronavirus

¡Qué nombre! Bueno, yo creo que como tiene corona, es la reina universal actual. Demasiado famosa, astuta, atrevida, osada, no tiene compasión de nadie, es negativa, todo lo que planea es muerte y eso duele mucho.

Toda esta furiosa pandemia me tiene día y noche sobresaltada, temerosa, demasiado inquieta, sin saber qué pensar; en medio de mi soledad me siento cansada, no tengo norte ni sur, solo dolor y preocupación. Lo único que me consuela es estar siempre en oración, sin desmayar; la oración me alienta, me da fuerza en mi espíritu. (...) El pensamiento me lleva a recorrer los hospitales y clínicas donde están todos los pacientes con covid-19, ellos cuentan que es una enfermedad muy desalentadora, en su tratamiento sufren y tienen muchas dudas. Y veo al personal de salud que atiende a esas personas tan graves, lo hacen con mucho cariño y vocación, son profesionales de verdad; alientan a sus pacientes y les dan un trato muy bueno, son muy abnegados; a pesar de que tienen que dejar a sus propias familias, no sienten duda en manifestar su dedicación. (...)

Gladys del Carmen Fuentes Solorza
Linares, Maule, 78 años

❁

(...) nunca en mi vida había vivido una pandemia igual con tantos contagios, es terrible lo que está pasando y no para. Me da un miedo terrible que yo y mi familia

podamos contagiarnos y más que están lejos y no los puedo ir a ver y abrazarlos a mis hijos y nietos.

Elizabeth Rojas Oyarce
Curicó, Maule, 72 años

❁

Entre la biblioteca y mi casa, hay poco más de setenta pasos; afirmada en mi bastón, voy caminando sobre estrellas, lentamente saboreando los relatos; siete fueron los leídos, y siete mundos he recorrido.

La calle está vacía, solo unos pocos vehículos se deslizan lento. De vez en cuando levanto la mirada agradecida hacia el cielo. Tengo ya setenta años y emprendo con gusto el intento de escribir relatos. Hoy está estrellado, el aire helado hiere las mejillas; sin embargo, el corazón arde de alegría; ni los siete grados bajo cero ni el escarchado pavimento enfrían las vivencias del taller literario.

Graciela Victoria Mancilla Oyarzún
Puerto Aysén, Aysén, 70 años

❁

Querido diario, no sabes cuánto extraño poder salir semana a semana los días jueves al taller del adulto mayor que tenemos en mi comuna, extraño compartir con amigas a las que conozco desde cuando asistíamos al centro de madres, taller laboral y ahora integrando el Club de Adultos Mayores. Nuestro club se compone de treinta y dos personas, quienes participamos bordando, tejiendo, comadreando, compartiendo unas ricas onces y jugando lota. También hemos ido de paseo al sur y norte de Chile, conociendo lindos lugares y que quizás este año no lo podamos hacer. Durante el año, la municipalidad juntó a las directivas de los dieciséis clubes de adultos mayores que tiene la comuna, celebramos «Pasando agosto» con un desfile de abuelitos que se disfrazan paseando por el centro del pueblo y después nos llevan a un centro de eventos para compartir un rico almuerzo bailable. Para finalizar el año, celebramos con una cena bailable.

Hay días en que me dedico a hacer algo de manualidades, ya que en mi juventud fui monitora de talleres, enseñando artesanía en diferentes lugares. No sabes la alegría que

me daba enseñar a personas que al final del año presentaban sus trabajos, muchas ni en su juventud habían hecho y lograban hacerlo de adultas, mujeres a las que los maridos no las dejaban salir de sus casas, ya que en este pueblo había mucho machismo.

En estos días de pandemia me gusta escuchar música desde mi celular, también meterme a YouTube y ver tejidos, bordados, recetas, etc., etc. Me gusta mucho coleccionar dichos y refranes y chistes para contarles a mis amigas y hacerlas reír cuando viajamos.

Edith «Yeya»
Quinta de Tilcoco, O'Higgins, 77 años

Afanes de cuarentena

Hace rato dejé de estar empantallada, como inerte y enganchada con el miedo que detecto por ahí; me estoy otorgando todos los tiempos que han quedado suspendidos para resguardar lo que aún tenga de lucidez.

Y he notado que hoy estamos en el día ochenta y uno desde que se inició la cuarentena...

Recuerdo exactamente cuando decidí vender mi casa en Santiago para terminar en la playa junto al mar; el sueño se cumplió y la nueva casa como imaginé, excepto que la fiesta para inaugurarla el 15 de marzo no se pudo hacer.

Deseaba compartir con familia y amigos mis recetas favoritas; está bien, pensé... Iré adelantando la tarea y congelando para cuando nos reunamos nuevamente.

Comencé por los choclos que pronto se marcharían con la temporada, seguí con los arándanos y las frambuesas; cuando mi vecina se marchó me autorizó a desnudar su ciruelo, del que resultaron mermeladas, y otros complementos reposteros.

Así he continuado con mis salsas, bizcochos y panes, ocupando cada producto que se marcha para dar salida al otro. Nunca había estado más consciente de lo que la naturaleza nos regala mientras avanza el tiempo.

Pero esto sigue, no para... Y yo tan activa.

A veces me sorprendo como si fuese protagonista de *La jardinera*, haciendo duelo por el ser querido y autosanándome como ella: «Para mi tristeza, violeta azul...»

La canto y me afano...

Ante el desaliento, cocino; con el agobio, amaso; para la nostalgia de los abrazos y

los besos un bizcocho de almendras, otro de zanahorias, y más chocolate para llenarme el alma cuando imagino los suspiros de placer de mi nieta disfrutándolos.

Mas mi corazón sigue esperando... Intento poner el sonido de su voz en los pliegues de la masa que trabajo con el silencio, y ella me canta, me susurra y me acompaña.

Este verano me reconcilié con el bordado y tomé clases con Purísima —originaria bordadora de Isla Negra— pero estas quedaron suspendidas y sin podernos encontrar, debemos cuidarnos. Ella es un patrimonio viviente y un honor que me permitiera ser su alumna.

Recuerdo su voz pausada: «¡Mire las flores! Copie el color, sienta el aroma, dibújelas. Observe el mar, y el cielo... ¿Es por la mañana o por la tarde? Se ha fijado que las olas...».

Y yo intentando comprender todo aquello como al despertar sondeo en mis sueños. ¿Cómo hago para ignorar y desaprender composición, perspectiva, y mi trazo ya entrenado en la escuela?

Ella me descubre y explica: «Si lo dibujó con la mano derecha, ahora hágalo con la izquierda; no dibuje en papel, no calque, hágalo directamente sobre la tela. Esto es como usted lo ve, ¡como usted lo siente! Como una niña».

Esta cuarentena me está permitiendo sentir y vivir lo que Purísima me quería enseñar tan sabia y sencillamente hace unos meses. Me siento como una analfabeta, pero feliz como si estuviese descubriendo las letras.

Su dulzura, y paciencia infinitas son mi propio regalo. (...)

Se está poniendo el sol y el 7 de junio termina tan tranquilamente (no quiero saber lo que pasa allí fuera).

Margarita Tamayo Jara
El Quisco, Valparaíso, 66 años

Estas actividades fueron realizadas por disponer de más tiempo, para gozar la vida. No hay dudas de que, a todos los chilenos como en el resto del mundo, nos cambiará la forma de comunicarnos, los hábitos, los comportamientos y darán el desarrollo a nuevos valores e inteligencia emocional.

Víctor Hugo Moya Carvajal
Viña del Mar, Valparaíso, 75 años

Lunes, 8 de junio

4:30

(...) Hace frío... Nunca dejaré de escribir. Nunca ha sido fácil hacerlo... Me trae recuerdos de mis 17 años cuando con la «guata pelá», cuando por fin se quedaba dormido «el demonio borracho» de mi padre, a eso de las 5 de la madrugada, yo me ponía a escribir en un viejo cuaderno de poemas de mi hermana, en las hojas que no ocupaba... Y no escribía penas, escribía aventuras e historias mágicas de tierras lejanas. (...)

César Serrano Olguín
El Bosque, Metropolitana, 64 años

❁

Dale permiso a tu mente para que funcione sin miedo, ¡dale!
(60 peras.com)

Mario Vera Aravena
La Cisterna, Metropolitana, 60 años

❁

Cuando hace unos días, Angelita me propuso que participara de la creación colectiva «Diario íntimo de Chile», mi primer pensamiento fue ¡pero si yo no soy capaz de hacerlo!

Sin embargo, al paso de los días, pensaba cómo iniciar el escrito; tuve muchas ideas, ninguna se concretó, entonces decidí empezar a escribir y que mis pensamientos fluyeran libremente...

Soy una mujer de la tercera edad, que vive en el Litoral Central (sin duda, al destacar el lugar de mi residencia, me sitúo ventajosamente con muchos que quisieran tener este enorme privilegio). A pesar de tener beneficios que me regala diariamente la naturaleza, mi día a día no ha estado exento de dificultades.

A mediados de mayo, en medio de la pandemia, mi salud se resintió y debí viajar, con terror (por el alto contagio de covid-19) al Puerto de San Antonio, donde la pobreza alcanza a un gran grupo de la población. Por esta razón, las calles están atestadas de comerciantes ambulantes que tratan de sobrevivir de algún modo.

Mis viajes al lugar fueron continuos en el seguimiento de un profesional médico que pudiera determinar de dónde y por qué motivo mi salud se veía quebrantada, producto de dolores que me mantuvieron muy decaída por varias semanas. Desde hace diez días uso una faja lumbar con refuerzos metálicos que mantiene mi columna firme y sin dolor.

A la semana siguiente, vino una nueva complicación, esta vez doméstica, pero que repercutió en mi estómago por la enorme preocupación que me causó este nuevo hecho que no fue invitado, menos bienvenido. Una cañería de cobre absolutamente sulfatada, producto del tiempo en que ha cumplido su función, se rompió y se volvió una cascada que nada ni nadie podía parar... El ruido constante del agua me angustiaba hora a hora..., pero poco a poco este oscuro momento fue tomando un rumbo distinto gracias a las manos de Raúl, que arregló en un par de horas, lo que por días me pareció que no iba a poder solucionar. Hoy, 8 de junio, es el primer día sin el agua corriendo sin control y concluyo que, finalmente, el agua es fuente de pureza que viene a ayudarme a limpiar la desesperanza que produce el covid-19, ¡sí, eso es! El cauce del agua se fue llevando y llevará todo lo que nos tiene en este confinamiento que a muchos no resulta grato, que a otros desespera, pero que a mí, en ese sentido, no me ha afectado, ya que me ha permitido tener una relación más cercana con mis hijas, ya que me han regalado su preocupación y cariño casi diariamente (lo que no ocurría antes de la pandemia).

Nunca fui tan amiga de las redes sociales; hoy comprendo y disfruto que han sido mi gran contención por estos días, me he entretenido viendo series, he recordado y aprendido por medio de reportajes que ya mi memoria había dejado volar.

Vuelvo al inicio de este escrito para comentar que cada momento que miro mi entorno, agradezco a Dios tanto privilegio, por ejemplo, estar en mi jardín acompañada de dos fieles gatos y algunos vecinos que me devuelven la alegría y la confianza por medio de sus saludos y de un ¿Cómo estás?

Tengo 67 años, pero aún tengo sueños y ganas de seguir viendo el sol, escuchando el ruido del mar, sentir la voz de Paula cantando canciones románticas o de protesta, recibir la ternura, positivismo y rigurosidad de Angelita y la risa, contención y el enorme cariño de María Paz; por eso vivo, esa es la justificación de mi cuidado en tiempos de pandemia.

Por el momento, mi destino se aboca a entrelazar entre mis manos ajadas, coloridas lanas que entretejen un futuro incierto, pero tibio que alimenta mi corazón con mucho amor.

María Cristina Mauriera Lagos
El Tabo, Valparaíso, 67 años

Me da la impresión de que siempre el ser humano se va contra las normas que establece el Estado u otro organismo para proteger la integridad física de las personas. Es una tendencia natural —al parecer— que a ciertos grupos de personas no les agrada el confinamiento ni menos que les digan que tienen atadas las libertades individuales. Especialmente los jóvenes.

Son muchas ideas que rondan mi mente con este confinamiento. Quiero comentar una idea para extenderla con otras reflexiones: «la propagación del miedo a morir por este virus». Sé bien que el miedo paraliza los pensamientos y sentimientos más profundos de las personas. El miedo es muy dañino, incluso más que la soledad de un viejo encerrado en su pieza con la mirada perdida en el tejado de su casa. Es cuestión de que empieces a mirar a tu alrededor y observas como el virus te hace cambiar de estilo de vida y te confina hasta los sueños más placenteros.

Temes salir a la calle. Tu vecino puede ser un potencial portador del insecto invisible que detiene la respiración de los pulmones, y puede que sean los tuyos, cuando menos lo pienses. Tu calle puede ser un espejismo para los pies. Más aún la puerta del miedo cierra todas las posibilidades de abrazar a tus seres queridos. Entonces uno acude a la fuente del Evangelio cuando el Señor de la Vida declara con amor: «Vengan a mí los que están cansados y agobiados porque yo los aliviaré». Y de inmediato el miedo cede para descansar en el regazo de un Dios que no tiene un corazón palpitando con miedo, sino un corazón que late por todos los atemorizados ante la inminencia de una muerte que no tiene rostro para quienes ya han partido.

Hoy salgo nuevamente a la calle. Miro mi bufanda y la aprieto al cuello para ocultar ese miedo interno que está dentro de mí. Muchos pasan a mi lado. Me miran a los ojos y son ventanas cerradas con luz intermitente. Me digo a mí mismo: «Que el miedo no te paralice el alma, porque la vida continua sin trámite alguno». A quién le interesa el miedo, si la pandemia es parte de tu cotidianidad, aunque tiemblen tus manos al guardar la marraqueta calientita en la bolsa reciclable.

Enrique Muñoz Vega
Viña del Mar, Valparaíso, 61 años

Muy buenos días a todas y toditos. Si, hace frío..., pero más importancia le demos más frío nos dará. Hay que ponerse las pilas y mover el esqueleto, más las grasitas acumuladas con la panzada de ayer y ahí se nos irá espantando el frío.

María Inés García Verdejo
Quinta de Tilcoco, O'Higgins, 70 años

❁

«Deja que viva en silencio mi larga condena, deja que cargue yo mismo las duras cadenas...»

Así dice la canción. Y me doy cuenta de que no hace falta estar en cuarentena o en una celda para estar prisionero.

¿De qué eres tú prisionero? ¿De tus miedos, de tus mentiras, de tus ambiciones?

Cuando por las noches me desvelo pesimista, pensando que esto puede prolongarse por meses y quizás por años, me pregunto ¿estoy hoy día entre estas cuatro paredes más prisionero que antes? Y me doy cuenta de que desde mucho antes del coronavirus, la cuarentena, el confinamiento y las noticias desgarradoras, soy un prisionero en libertad condicional.

Jaime Atria Rosselot
Providencia, Metropolitana, 70 años

❁

El primer instante en que tomé conciencia de las implicancias del coronavirus, fue cuando mi nieto de en ese momento seis años me dio una amplia explicación de qué era y cómo se había generado; a partir de allí comencé a buscar más información sobre el tema, esto es, porque debo confesar que soy una persona bastante desinformada por elección, ya que los noticieros nacionales me parecen solo prensa roja, y en estos momentos no hay comentaristas serios que valga la pena seguir, como fueron en sus tiempos periodistas de la talla de José María Navasal y Karen Ebensperger, a quienes seguía y los cuales me daban contextos que me hacían entender con mayor visión las situaciones. Desde ese momento comencé a seguir noticias especialmente en Eurovisión y Telemundo.

El último encuentro con mis hijos y nietos lo tuve el día 14 de marzo cuando nos juntamos a celebrar los cumpleaños de mi hijo y nieto mayor en las Alemanas de Paine, esto lo hicimos con gran miedo y aprensión de una de mis nueras quien ya estaba asustada por el contagio, mientras la otra abogó por hacerlo diciendo que quizás sería nuestra última reunión familiar en mucho tiempo, teníamos el virus entre nosotros.

El día lunes 16 de marzo comenzó prácticamente mi confinamiento, y mi mayor temor no ha sido contagiarme, sino ser causa de contagio para otros. A mi edad (66 años) la muerte es parte de la vida, la veo como algo natural siempre que sea en orden, como en mi caso, mis padres ya partieron, o sea, ahora me toca a mí, mientras este se mantenga, para mí está bien. (...)

La llegada de la pandemia a mi país trajo para mí de vuelta una tranquilidad que había perdido en octubre del año anterior, cuando por un llamado estallido social, un grupo de chilenos decidieron comenzar una sistemática destrucción de nuestro patrimonio e infraestructura en aras de recuperar la «dignidad perdida de los chilenos», ellos llegaron a dominar nuestras ciudades con su agresividad y violencia, la autoridad del gobierno desapareció, pero la gran mayoría tratamos de seguir adelante en esta «nueva normalidad» y sacar adelante el país con trabajo y esfuerzo, como lo hemos hecho siempre los chilenos cuando hemos tenido que enfrentar tantos desastres naturales que son parte de la historia y también de la realidad de nuestro país. Se acabó la destrucción, los saqueos en gran parte, el gobierno reapareció, y los chilenos que podían salir a trabajar, seguían tratando de seguir adelante nuevamente y mantener el país funcionando, y en mi interior di gracias a Dios, la destrucción y alimentación sistemática y permanente de las diferencias y odiosidad en mi país paró.

En el primer periodo de cuarentena, mi esposo y yo por primera vez en nuestro matrimonio dividimos las tareas domésticas, como él bien dice, yo quedé encargada de aseo, lavado y planchado y él de la cocina; esta división de tareas, también significó volver a ser equipo, cosa que se dio espontáneamente en nuestros primeros diez años de matrimonio, pero por diferentes razones esto lo habíamos perdido por muchísimo tiempo, durante el cual cada uno estuvo en lo suyo, con espacio y tareas bien definidas pero poco que compartir. Este reencuentro también significó roces y desacuerdos, los cuales afortunadamente fuimos superando rápidamente, ya que, al no poder evadir situaciones de tensión por no poder salir, los dos rápidamente comenzamos a poner de nuestra parte para que todo fuera siendo más fluido y grato, lo que nos llevó a un cálido y hermoso reencuentro como pareja. (...)

Pienso y rezo mucho por las personas que están trabajando en primera línea, y aunque veo una tarea titánica para ellos, veo una increíble oportunidad de transformarse en

profesionales con muchos conocimientos técnicos, pero también de crecimiento y desarrollo personal, viviendo cada día intensamente la vocación a la que fueron llamados, un camino de servicio, de entrega.

Otros en los que pienso y encomiendo son esos emigrantes que arribaron a Chile buscando mejores condiciones de vida, muchos de ellos ya habían encontrado un lugar, pero precario, y con la llegada de la pandemia se quedaron sin trabajo en un país donde aún no habían tejido redes, donde estaban comenzando por lo que vivían al día, quedaron a la deriva, me imagino su angustia, su dolor, su sensación de orfandad y por ende soledad.

Rezo por mi país, para que cada chileno tome conciencia de que es un momento para desintoxicarnos de odios, ambiciones malsanas, que está llegando el minuto de dar, más que pedir o esperar.

Marcela Millán Massa
Las Condes, Metropolitana, 66 años

❁

(...) y así han transcurrido varios meses. Estoy hace ochenta y ocho días en confinamiento. Aún no se atisba una disminución de las medidas preventivas, que nos permitirían disfrutar de encuentros con nuestra familia, nuestros amigos y de la naturaleza. Extraño el contacto humano, el abrazo y la sonrisa, las risas con las amigas, el estrecho contacto con mi madre —que está a más de ochocientos kilómetros de distancia y su entrañable presencia, a mi familia.

Sin duda que esta experiencia nos marcará a todos para siempre, y se recordará como el momento en que la Tierra se detuvo.

Erika Olivares Abarzúa
Villa Alemana, Valparaíso, 67 años

❁

Hoy desperté con mi pensamiento recurrente: «Comienzo un nuevo día con vida, gracias Dios mío». Una pandemia es algo que no viven todas las generaciones. Jamás imaginé que podría ocurrir una etapa así en mi vida. Y aquí estoy, intentando día a día mantener la calma, superar la ansiedad y no perder la esperanza. (...) Escucho que

la gente joven también se enferma grave y ahí mi calma desaparece y el corazón se me encoge.

Rosa del Campo Díaz
Quilpué, Valparaíso, 66 años

❁

El lado amable de este encierro es la familia. Compartir, conversar, intercambiar ideas, una rica comida o un embeleco hecho por la abuela.

Imposible dejar de mencionar a nuestra mascota la *Frida*, que nos entrega su cariño y nos hace reír. Ella no pide más que comer, es más humana que nosotros.

El lado no tan amable, que soy vieja y con una patología.

Que lata asumir la tercera edad, pero lo hago con dignidad, ya que me respalda un caminar intenso por la vida, que me ha dado sabiduría, valor, coraje y audacia. No presumo, lo disfruto.

Digo con toda convicción: «Vengo de vuelta».

Ha sido duro el encierro físico, pero no mental.

Aplicándome día a día, a no caer en lo cotidiano, básico o doméstico.

Siento que mis capacidades son muchas, y mientras pueda seguir desarrollándolas, me siento más persona, más humana.

María Angélica Salinas
Las Condes, Metropolitana, 68 años

❁

Hoy se celebra el día del Mar. Escuchando a Cristián Warnken me sentí transportada al mar. Sentía el sonido de las olas, imaginaba el cielo estrellado y hasta pude aspirar el aire marino.

¡Qué nostalgia siento del mar en estos días de confinamiento!

Lucía Foncea Muñoz
Providencia, Metropolitana, 74 años

❁

Nos llega una tristísima noticia: fallece, por covid-19, nuestro amigo y compañero de la Vicaría de la Solidaridad, el periodista Rodrigo de Arteagabeitía. Rodrigo hacía un tiempo estaba en un hogar de adultos mayores, pues padecía de Alzheimer. Rodrigo fue por mucho tiempo director de la revista *Solidaridad*, boletín que narraba lo que verdaderamente pasaba en esos años tan oscuros de la dictadura. Nosotros y nosotras (también yo trabajé en la Vicaría, desde sus inicios hasta que terminó su labor) los distribuíamos en las parroquias, ollas comunes y en fin donde podíamos dejar la revista lo hacíamos.

La muerte de Rodrigo nos hizo retrotraernos en el tiempo y recordar nuestra época en la Vicaría. Fueron tiempos durísimos pero también una experiencia riquísima en humanidad y compañerismo, que nos dejó marcados para siempre. (...) Lo que pasa ahora es también terrible, pero es culpa de un virus.

Viviana Heller Gutiérrez
La Florida, Metropolitana, 71 años

❁

Toco cualquier cosa inocua hasta hace poco, y las manos me quedan como activadas, es una sensación rara en la piel. Voy entonces altiro a lavármelas o recurro al alcohol gel. Estoy lo que se llama *sicosiá*. Término introducido en mi casa por mi nana Teresa, sin cuya ayuda mi ser se ha convertido en un robot de cocina. (...)

Maribel Quezada Martínez
La Reina, Metropolitana, 84 años

❁

Referente a la pandemia que estamos pasando a nivel mundial es lamentable, por la cual estamos preocupados cuidándonos de no salir de la casa para prevenir el contagio, ya que esta situación nos impide ver o visitar a nuestras familias y también por la situación que

se está viviendo se ha notado el alza de los alimentos y medicamentos. Y toda esta situación que estamos viviendo empeora nuestra calidad de vida.

César Valdivia / Nancy Torres
Nogales, Valparaíso, 65/64 años

❁

Nos vemos afectados con esta cuarentena, ya yo tengo 76 años y no puedo salir, no puedo acompañar a mi esposa al supermercado. Yo manejo y era yo quien iba a las compras con ella.

Mi estado de ánimo ha estado bajo por el hecho de no poder ir a trabajar. Yo soy pensionado, pero igual tengo mi trabajo, debido a mi baja pensión. No he podido salir al club a compartir.

Necesitamos más conciencia y sanciones más duras a quien no obedezca la cuarentena.

Fernando Contreras Vargas
Nogales, Valparaíso, 76 años

❁

(...) Mi madre convivió muy jovencita con mi padre y nunca le conocimos familia, ni papá, mamá, hermanos, tíos, absolutamente ningún familiar. Muy pronto llegaron sus hijos, tuvo tres mujeres y cuatro hombres, yo fui el último, «la guagua» —de mis hermanas y de mi madre—. Mi madre además de ser muy trabajadora era muy católica, devota de la Virgen del Carmen. Yo que estuve con ella más tiempo por ser el menor recuerdo que durante toda su vida ella andaba todos los días, absolutamente todos los días, vestida de café y con su virgencita en su cuello. (...) A los 18 años me encontraba haciendo el servicio militar en Quillota, cuando me dieron la más dolorosa noticia que un hijo puede recibir. Mi hermana y su hija fueron por mí al regimiento. Fue muy doloroso, nuestra madre se enfermó en poco tiempo y los doctores de esos años nunca encontraron su enfermedad. Falleció muy joven, tenía 58 años.

Julio del Tránsito Aguilera Hidalgo
Valparaíso, 75 años

TOC covid-19 #3: ¡Los nudos de los envoltorios! Limpio el paquete con pañito con lavaza, desato el nudo con mucho cuidado mientras me atormenta la imagen de los dedos anónimos contagiados que lo ataron. Estiro la boca de la bolsa y desinfecto profusamente los pliegues del nudo. Ato y guardo. Por favor, ¡quédese en su casa! (...)

Marta Palmenia Bustos Zavala
Providencia, Metropolitana, 67 años

Comienza una nueva semana, y mi hija hace su teletrabajo y mi nieta su teleestudio, comenzando los exámenes, para finalizar el primer semestre.

Yo asisto al taller, C.C. S/R. Hoy nos hablan de un tema súper importante para nosotros, adultos mayores: autocuidados, tanto visuales, como auditivos. Qué poco sabemos de nuestros ojos.

Angélica Morales Osses
Viña del Mar, Valparaíso, 72 años

(...) Mi buen Dios, sopla tu espíritu y dime cómo puedo elevar esta oración, encomendarla a tu misericordia y por tu gracia hacerla menos indigna; es que de pronto me he hecho consciente de la distancia que he puesto entre mi precariedad y Tú, he comenzado a entender la sencillez y claridad de tus planteamientos cuando intento unirlos a las complejidades fatuas de mi razón, a lo que pides de mí y a la nada que he respondido con mis pensamientos y acciones. (...)

Cuánta necesidad de empatizar me surge, cuánto ser capaz de ponerme en el lugar del otro, pero no como una declaración banal, sino hasta que duela, que remezca la razón y los sentidos.

Verónica Núñez Fernández
La Florida, Metropolitana, 62 años

Martes, 9 de junio

Antes, durante.

A 9 de junio del 2020 les cuento que... ya son 67 veranos los que me atan a este espacio de tierra,. Nací chilena, en una familia modesta de clase media, con padre ausente, un barrio de pueblo cerca de la capital fue mi cuna, una casa de adobe sin antejardín, no obstante con un gran patio, fue mi universo encantado, árboles frutales, varitas de San José, warzonias, lirios, jacintos, juncos, parrones, gallinero, patera, bebedero, corredor, galería, y dormitorios con pisos de ladrillo fueron mi mágico castillo cuando era niña, callecitas sin pavimento y acequia donde corría agua cafecita, que entraba al patio de la casa a través de unas tuberías bajo el piso del pasillo y regaba ese gran patio que fue mi jardín secreto durante muchos años.

Un buen día salí de ese lugar, viajé diariamente a la gran ciudad, durante varios años estudié, me titulé, trabajé y me enamoré y me enamoré y sigo enamorada de la vida, de mi vida, apasionada por ser feliz.

Y sigo viviendo mis amores, mis aficiones, siempre acompañada, él es mi pasado, presente muy presente y si existe un futuro también lo será.

Irrumpió en mi vida hace 35 veranos, cuando enero se despedía, en una época calurosa, lo recibí con todas las dudas, aprensiones, miedos, incertezas y todo ese caudal de amor que un hijo produce cuando llega a nuestras vidas, este precioso hijo dicen que es un «ser con necesidades especiales», que si me piden descifrar, o qué, de esa expresión, le calza a «mi ruiseñor» —así le llamo—, no sabría explicar cuáles, a él le calzan todas y ninguna, tiene de impedimentos los que con seguridad su madre le impuso, pero tiene toda la sabiduría con que madre natura lo dotó.

Teníamos una muy buena y organizada vida.

Disfrutábamos nuestro pequeño gran mundo, le llamo *petit comité*.

Asistíamos semanalmente a cuanto taller de música, baile, yoga y artesanías, teníamos a nuestra disposición, la presencia de mi ruiseñor en cada aula plena de todos nosotros, tercera edad, era un deleite para todos, compartiéndonos con ellos todas las horas de las semanas con unos otros y otros tantos, siempre con gran ruido a nuestro alrededor.

Disfrutábamos de paseos, fiestitas y uno que otro viaje, siempre este, nuestro *petit comité* presente, creamos lazos con personas muy mayores y otras muy menores, con cada quien enriquecíamos nuestro diario vivir.

Llegaban fechas importantes y era mi casa donde nos reuníamos, pequeños grupos, a festejar.

...Y llegó la pandemia.

Estos días especiales, que se instalaron de golpe, bruscamente, y para quedarse.

Pasamos de ese tú y yo y los otros, a un tú y un yo en soledad, con un inicio muy intenso, descoordinado, inquieto, muy poco reflexivo, con días de calor, pero con un frío que me recorría mi espalda de norte a sur pasando por todas las estaciones intermedias, cómo será, cómo lo haré, qué haré, y cómo suele ser, una vez más, la vida, y lo vivimos.

Mi ruiseñor dispone certeramente sus habilidades para hacerme sentir fantástica y odiarlo a la vez, y yo trato de que este encierro no parezca una amenaza ni menos un castigo. (...)

Ximena Ramírez Bravo
Providencia, Metropolitana, 67 años

Pausa

«De vez en cuando hay que hacer una pausa, contemplarse a sí mismo sin la fruición cotidiana. Examinar el pasado rubro por rubro, etapa por etapa, baldosa por baldosa, y no llorarse las mentiras sino cantarse las verdades». Mario Benedetti

Quién hubiese dicho que llegaría la pausa que sugiere Benedetti, una pausa que mantiene al mundo detenido como a un delincuente *in fraganti*. Nos descubrieron frágiles, sin defensas, temerosos, sin antídoto, sin vacuna, sin medicamentos. Un inocente pangolín chino o tal vez un pequeño murciélago, aún no se sabe, lo lograron en la voz de Mafalda: «Paren el mundo que me quiero bajar».

Estamos después de un siglo viviendo una nueva pandemia llamada covid-19, que llegó de forma imprevista, insospechada, incierta, impredecible, inmisericorde, insensible, invisible... En la era de la globalización ningún país es una isla.

¡Quédate en casa!

En los canales de Venecia volvieron a aparecer los peces, el agua turbia se convirtió en cristalina, en el planeta el aire se respira más puro y las estrellas brillan más, el silencio de las atestadas ciudades es un bálsamo para los sentidos, volvimos a escuchar el trinar de los pájaros, aparecieron pumas por las calles y cóndores en los balcones a quienes les quitamos su hábitat natural, y nosotros, sí nosotros, los invencibles y soberbios humanos, que nos creíamos dueños del mundo, vivimos asustados encerrados en nuestras cuevas. Porque este virus no diferencia entre los que tienen más o los que tienen menos, entre los

creyentes o los ateos, entre mujeres y hombres, entre jóvenes y viejos, aunque sí sabemos que los últimos llevamos la peor parte. Basta ver lo que sucede en los asilos de ancianos.

La mayoría tomamos en serio las advertencias y nos resguardamos en nuestras casas, mientras que otros, creyéndose inmunes y con total falta de empatía, circulan irresponsablemente por supermercados, viajan en «modo avión», hacen fiestas y andan por las calles en toque de queda. ¿Por qué no podemos aprender un poco de aquellos países cuyos habitantes escucharon y obedecieron a sus autoridades? (...)

La cuarentena es un arma de doble filo, por un lado protege a la gente de contraer la enfermedad y por el otro la falta de ingresos por no salir a trabajar desata el hambre. El resurgimiento de las ollas comunes es un reflejo de la solidaridad puesta a prueba en tiempos de pandemia. La precarización laboral de quienes se desempeñan en el mercado laboral informal, ha potenciado este sistema de asegurar un plato de comida diario para miles de familias empobrecidas. De más está decir que la cesantía ha golpeado con mayor fuerza a las mujeres, quienes en gran porcentaje son jefas de hogar. Y si esto no fuera suficiente, los casos de violencia doméstica se han disparado. Si una mujer se siente amenazada y su vida corre peligro, puede dirigirse a una farmacia y al pedir Mascarilla 19 se activará la denuncia.

Tengo un hijo médico y no puedo más que empatizar con aquellos hombres y aquellas mujeres, héroes y heroínas, que exponiendo sus vidas cumplen a cabalidad con el juramento ético de Hipócrates. Espontáneamente cada noche, a las 21 horas, se oyen gritos y aplausos en los balcones en señal de gratitud para quienes trabajan en el sistema de salud, tan desigual para muchos y tan privilegiado para pocos.

Hizo falta el levantamiento social de octubre y ahora el coronavirus para darnos cuenta de la inequidad que impera en nuestra sociedad chilena. Por todo ello te doy:

GRACIAS, CORONAVIRUS, por hacer visibles a los invisibles.

GRACIAS por desacelerarme y ocupar mi tiempo en hacer sin olvidar de ser.

GRACIAS por frenarme en la vorágine diaria, sentarme y disfrutar la soledad de los que vivimos solos. El tiempo que se va no vuelve.

GRACIAS por detenerme y entender que no tengo el control de las cosas, porque hay un Creador que tiene las riendas de todo.

Querido Coronavirus, no te ignoro. (...)

Y volviendo a Benedetti, GRACIAS por pausarnos y permitir mirarnos hacia adentro.

Susana Girgulsky Echtermeier

Las Condes, Metropolitana, 76 años

❁

¿Y si el virus somos nosotros?

¿Y si el planeta se está defendiendo?

(60 peras.com)

PD: Me ayudaron a escribir aquí, no le pego mucho al computador.

Mario Vera Aravena

La Cisterna, Metropolitana, 60 años

❁

Les contaré que hoy martes 9 de junio de 2020, me levanté a las 11 a.m. —duermo harto—, a las 14:30 horas viene mi nieto de 16 años a grabarme con su celular para poder cumplir con mi trabajo mediante videos, es el día de la semana en que más bella me pongo, me maquillo mis ojos claros que tengo y me pongo labial, me pongo aros, collar y pulseras, lista para trabajar y que mi nieto me grabe. Ese es mi taller de musicoterapia de rehabilitación para mis pacientes.

Hoy estoy contenta ya que fue día de pago de nuestro trabajo, y le pagué a mi nieto su primer sueldo, luego almorzamos muy rico y hubo postre con leche asada.

Hoy hace frío y no tengo ganas de trabajar, me voy al computador a vitrinear, a leer, a jugar Gold Miner y después me acuesto y hago sopa de letras o tejo. Como ven (...) mis días de encierro para mí son como vacaciones, y siempre hay algo distinto y variado que hacer en el día a día, vívelo y vívelo con ganas.

Esa es mi vida en cuarentana, soy Aidita hija de emigrantes italianos, criada en el campo, tengo 72 años, tres hijos y cuatro nietos, muy inquieta, alegre, loquilla, buena para cantar aunque no tenga voz, no importa, picarona para los chistes, mis amistades y en el club me quieren mucho y si falto me echan de menos, tengo mas vidas que un gato, he sorteado muchas enfermedades y operaciones.

La vida fue y es mi escuela, mi familia, el puntal, y la sabiduría de Dios y la Biblia, el mejor regalo final en mis años dorados.

Hoy respiro paz, agradecimientos y muchas sonrisas, los regalos que me dio la vida, los practico siempre:

El amor, porque el amor es la llave de la vida, úsala, yo la uso a diario.

La fe, porque la fe es la llave de la esperanza, pruébala, es maravilloso sentirla.

La sonrisa, es la llave de la amistad, practícala, me encanta, es gratis.

La paciencia, es la llave de todos los éxitos, cultívala, es verdad, llegan milagros.

La confianza en Dios, es la llave de la eternidad y el abrazo de protección, muchas bendiciones.

Aida Capurro Razeto
Valparaíso, 72 años

Simplemente casa

Mirando mi calendario —que lo tengo muy marcadito con las fechas y los días de encierro o confinamiento, como elegantemente se le llama a estos momentos que un virus llamado coronavirus o covid-19, un bicharraco mortal y que nadie está libre de contagiarse. Qué horror vivir con miedo, ochenta y cinco días en mi convento como lo llamo, el tema es que no es voluntario, sino que obligatorio usar mascarilla, guantes, un protector para mi cabeza, una bata especial, el escudo facial, alcohol gel, lentes y a pesar de todo este equipo y la distancia social es aterrador. A mí me ha afectado mucho. Recuerdo haber vivido momentos de terror en el año 73, golpe de estado, era adolescente, fue muy doloroso ver tanques y militares por las calles, gente acribillada. En mi memoria aún siento el olor a muerte, detenidos desaparecidos, toque de queda, represión, etc. Todos encerrados, aterrados, miedo a morir porque así fue. En ese entonces vivíamos en el norte, Calama, la tierra donde el «sol golpea y el metal brilla», lugar muy castigado por la dictadura y donde perdieron la vida justos por pecadores. Qué increíble, es como que se repite la historia, sentir el olor a muerte y hoy, 9 de junio del 2020, siento lo mismo, ese olor aterrador a morir, y a morir lejos de lo que más amo, mis hijos y nietos. No alcancé a irme, hoy vivo en Antofagasta, la Perla del Norte, que de perla no queda nada después del estallido social, cuando «Chile despertó», cuando un país completo gritó por tanta injusticia, abusos, pobreza extrema. Recuerdo que Chile gritó justicia, justicia, fue un 18 de octubre, desconfianza de la agenda social que anunciaba el gobierno, etc., etc. ¿Y quiénes tomaron la bandera? Los jóvenes, gritando por los que no tienen voz, chiquillos valientes. Me saco el sombrero, aunque igual hubo momentos de mucho miedo, de terror, ya que todas las protestas terminaban en la calle donde vivo. Mi antejardín lleno de balines y en la esquina barricadas, policías, militares, inseguridad en nuestra casa, y estaba anunciado un calendario de manifestaciones de nuevo (...), aunque lo

único que deseaba en ese momento era tranquilidad. A mis 65 años ya sentía cansancio de sentir las bombas lacrimógenas, taponeando ventanas y puertas para no ahogarme. De nuevo a sentir el horror. Mis hijos por teléfono calmándome, pero daba gracias a Dios que tenía los medios para hacerlo, y detrasito la peor pesadilla, el covid-19, que ha logrado hacerme retroceder en el tiempo y recordar momentos intensos, complicados y muy duros, el de ser papá y mamá, ya que después de treinta años de matrimonio, a mi amado esposo se le ocurrió ponerse el traje de Peter Pan y volar a la isla de Nunca Jamás. Salió del país hace dieciséis años, un 18 de junio de 2003 para nunca más volver. Se fue de madrugada en absoluto silencio, se olvidó por completo de su familia hasta el día de hoy. Él se lo perdió, hijos y nietos maravillosos. Yo casi enloquecí, no era menor (...), sola, sin trabajo, por ser vieja, sin profesión (...) pero mi Padre Dios no me dejaría sola, aclaró mi mente y me hizo sentir su amor, (...) tomar decisiones claras y precisas para tirar remando la lancha junto a mis niñitos de manera coordinada, de lo contrario nos hundiríamos todos y yo no lo iba a permitir, ya que si mi Padre Dios lo permitió es porque él me tiene algo maravilloso, y que llegaría a playas (...). Me sentí tan segura, tan protegida por él y por María Santísima, palabras que sentí diciéndome «pon en mí tu corazón, hija mía, y (...) tienes hijos maravillosos porque tú has sido su madre; pasará todo muy rápido, sé valiente que yo jamás te abandonaré». Pero yo recordaba qué pasó con ese hombre con el que me casé, profesional, exitoso, activo como catequista, (...) matrimonio, bodas de plata, veinticinco años, shentatiano a morir, en fin, de todo hay en la viña del Señor, como decía mi santa madre. Pobre mi viejita, lo quería tanto como hijo que se murió de pena pensando por qué, por qué dejaba en completo abandono a su hija, a sus nietos, pero sí creo que algo superpoderoso lo hizo tomar esta decisión. Solo Dios sabe la verdad, pero aunque lo perdí todo, todo, pero lo material, y la vida (...).

Se hizo de noche y antes de descansar quiero cerrar parte de mi historia con mucho orgullo, agradecer a mi amado Dios por haber sido madre, abuela, suegra y tremendamente querida, por vivir grandes alegrías y emociones y por brillar siempre en mis momentos de oscuridad y soledad. No sé qué me traerá el mañana, pero sí estoy segura de que nunca se apagará su llama.

Laurentina Via Iribarren
Antofagasta, 65 años

Como siempre, comienzo el día viendo lo que informan en los matinales de televisión. Y cada día siento más rechazo por la forma en que lo hacen. Supongo que en todos los

países ocurrirá lo mismo. Debieran dosificar la información de la pandemia en cápsulas que se entreguen a determinadas horas del día y el resto del tiempo emitir programas de entretención, música, cine, ciudades, bailes y costumbres de Chile y del mundo que no conocemos, hay tanto que mostrar para alegrar y levantar el ánimo de la gente. ¿Por qué empecinarse en acentuar el temor y la ansiedad? Debiera ser parte de las políticas públicas en salud. Están ocupando todo el horario de los matinales y de los noticiarios, dañando la salud mental de gran parte de los chilenos. Hoy decidí «apagar la tele».

Rosa del Campo Díaz
Quilpué, Valparaíso, 66 años

Con mi señora, ambos ya mayores de 70 años, nos recluimos desde el 16 de marzo en nuestro hogar, último día que salimos juntos y fuimos a vacunarnos para la influenza y luego pasamos a comprar algunos suministros al supermercado en la Estación Puerto.

(...) Luego, cuando señalaron que los adultos mayores éramos los más expuestos al coronavirus, nos empezamos a preocupar mucho más. En todo caso, mi esposa a la que llamaré eNe no ha salido ningún día a la calle, ya que ella padece problemas respiratorios (tiene un EPOC), por lo que desde un comienzo, me hice el compromiso de cuidarla y protegerla de cualquier contacto, asumiendo yo eFe, cualquier necesidad del hogar, para lo cual establecí salir solo un día a la semana (lunes o martes) al centro de la ciudad, con el fin específico de adquirir medicamentos con recetas permanentes y otros de uso habitual y también comprar algunos insumos del hogar. (...)

El avance de las comunicaciones, desde mayo hasta ahora me ha hecho incursionar en otra área para mí no tan habitual como han sido las reuniones virtuales a través de las aplicaciones de Zoom y Jitsi Meet, también he seguido charlas y algunos cursillos en YouTube, Facebook Live, lejano está el tiempo en que alguna vez usé Skype, ahora todo desde mi celular. (...)

Francisco Piña
Valparaíso, 74 años

En el día de hoy se escucharon voces protestando por el manejo en el recuento de los muertos y contagiados por coronavirus. Hasta aquí yo he creído que el ministro de Salud, Jaime Mañalich, estaba siendo transparente con las cifras informadas. (...)

Lucía Foncea Muñoz
Providencia, Metropolitana, 74 años

❁

Hoy no he visto las noticias para ver cómo se ha comportado el coronavirus, ojalá las cifras estén estacionadas...

Mi hijo con una de mis nietas hoy nos vino a ver un ratito y se tomaron un tecito rápido y se fueron, están bien gracias a Dios.

Mi marido pasó por mi lado y vio que estoy escribiendo, pero no leyó, porque si no me descubrirá que lo estoy pelando.

¡Les cuento que hurgando en la vitrina encontramos una botella de vino añejo de no sé qué años, lo probamos con mi nana y está de chuparse los bigotes! Así que todos los días en la mañana nos tomamos un poquito, si no nos curamos y no sé qué saldría del almuerzo.

Elba Leonor Salinas Jazme
Limache, Valparaíso, 73 años

❁

Pronto cumpliré noventa días de «encierro» o cuarentena, estoy muy cansada y con dolor y tristeza, más otros días, no sé, todos son diferentes.

Sí debo manifestar la gran admiración que siento por el personal de la salud, por la policía, las fuerzas armadas y carabineros que tratan lo mejor posible de hacer lo que les corresponde: son un 10.

Gladys del Carmen Fuentes Solorza
Linares, Maule, 78 años

❁

En tiempos de pandemia

Después de casi tres meses en que nuestro mundo cambió, condicionándonos a quedarnos en casa, a permanecer encerrados sin contacto con los demás, nuestro cansancio ya no son las salidas y el encontrarnos en algún lugar para compartir y conversar. ¡Es agotadora esta incertidumbre de no saber cuándo, cuándo terminará esto!

Los rincones y los espacios que antes eran tan insignificantes, casi invisibles, hoy cobran importancia y se hacen notar: hay más tiempo para estar en casa y fijarse en todo, he tratado de reinventar el ambiente pero nada es suficiente sin la libertad. Me siento como si cadenas invisibles me ataran privándome de ella; me aprisionan y ahogan, no puedo ir más allá de un reducido espacio en mi casa. Me priva del contacto del abrazo que te alegra, volviéndose risa... Y el abrazo que te contiene en el dolor... ¡Qué importantes son los afectos!

El coronavirus me quitó no solo la libertad, sino también ha invalidado mis pasos en este otoño 2020: ¡no lo he disfrutado, no puedo!, no siento el susurro del viento y no lo percibo en mi cara al caminar por las calles o plazas alfombradas sintiendo el chasquido de las hojas bajo mis pies, no veré las calles tapizadas de hojas de distintos colores, que el viento desprende de los árboles y va dejando desnudos; hay algunos que antes de quedarse desnudos muestran en sus hojas unos colores y matices tan maravillosos, que es difícil de describir, pero es lo más hermoso de ver. El otoño no permite que los pajarillos edifiquen sus nidos, en el fondo, los obliga a migrar; los árboles sin follaje no les ofrecen ningún refugio donde abrigarse. ¿Quieren saber cómo me siento? Me siento pequeña como si fuera un canario cautivo en una jaula, ese que silva y canta. ¿Canta? No, es pena porque no tiene libertad, tiene alas y no puede volar; si fuera libre, surcaría los cielos y su canto sería de felicidad.

Teorinda del Carmen Badilla Badilla
Linares, Maule, 72 años

❁

Como todos los días, me levanto, hago hula hula, aseo, después de almuerzo voy a mi habitación y dibujo rostros, mi desafío es aprender a hacer rostros, ensayo más ensayo, con mucho ensayo tengo que llegar a la perfección.

Alrededor de las 19 horas, mi hermano —él sale a trabajar todos los días— nos reúne y nos informa de que en su trabajo hay una persona infectada con Sars-coV-2, por

lo tanto a todo el personal de su departamento le realizarán el examen. Me quedé sin habla, por lo que significa estar contagiado, aislamiento, si se agrava hospitalización y... un mundo incierto. La muerte está ahí, al alcance de la mano de todos. Reafirmo la ley fundamental de la vida, es el amor, el desprendimiento de las cosas materiales, agradecimiento de todo lo que se tiene y de lo que no se tiene.

Nidia González Landeros
Peñalolén, Santiago, 69 años

❁

Ya no quiero ver TV, menos noticias, largas horas en silencio total, yendo y viniendo dentro de mi casita. Leer no puedo, se me escapan las letras, la emoción a flor de piel.

Hoy de nuevo pasaron sanitizando y por altoparlantes nos decían que cerráramos todo, ya me siento perseguida.

Hablando con mis amigas por chat, saludando al grupo, de repente pensé si cuando volvamos a encontrarnos todas, ¿estaré?

Alicia Leiva Flores
San Antonio, Valparaíso, 68 años

❁

La pandemia y las cuarentenas tienen a las personas más pobres en una situación desesperada, sin trabajo, sin dinero, varias personas apretujadas en una pieza con necesidades urgentes, y muchos contagiados y asintomáticos que andan infectando en la calle. Así lo ha comprendido mi familia y cada uno de mis hijos a su manera se ha puesto a ayudar. Tal vez quiso Dios salvarme para que los viera en acción desde mi encierro... No habrían sido en vano nuestras enseñanzas y el ejemplo de Carolita —mi mujer— y el mío.

Núcleo Humanitario surge como una increíble fundación bajo el alero de los jesuitas, que acoge a más de dos mil inmigrantes que están en la calle, sin pan, sin techo, sin abrigo, ni trabajo, y las ansias de volver a su patria... Aquí están trabajando varios de mis hijos y nietos, en terreno y los otros ayudan. Otro trabaja en Fundación Las Rosas que pro-

tege como a dos mil viejitos..., y tantas otras obras a los que cada uno ayuda en silencio... Siento que nuestra siembra de amor al prójimo va dando frutos.

Cuando me pregunto hoy ¿para qué me dejó en la tierra el Señor?, pienso que tal vez fue, para que con humildad y sencillez siga presidiendo esta familia que me honra, y yo tenga la oportunidad de seguir creciendo en la misión de darles ejemplo de caridad y amor a Dios... Y así con mi granito de arena ayudar a cambiar mi país, por uno mejor que se acerque más a Dios, y que cada uno logre ser más hermano del prójimo.

Patricio Díaz Carrasco
Vitacura, Metropolitana, 87 años

❁

La parte triste de esta pandemia es no poder abrazar y visitar a nuestra familia, y al dormirme, me acuerdo de lo bueno que es esto de la comunicación, internet, nos manejamos un poco con nuestro *tablet*.

Rosa Cortez
Quilpué, Valparaíso, 87 años

❁

(...) La verdad es que soy pésima para escribir puesto que tengo muy poco estudio, solo cursé hasta tercero básico pero lo estoy intentando.

Bueno yo tengo 70 años y estoy llena de achaques puesto que soy hipertensa y tengo tres hernias a la columna, una cervical y dos lumbares. Esto que está pasando me ha afectado mucho puesto que hacía cinco años que estaba esperando una hora para que me viera un neurocirujano en el hospital Van Buren pero con tan mala suerte que había llegado la hora para el 17 de marzo, por supuesto que me la suspendieron por lo de la pandemia hasta nuevo aviso pero no podía ser de otra manera porque tenía que cuidarme.

Lo malo que tengo todos los controles suspendidos con el médico, pero estoy con medicamentos del policlínico y cuando puedo compro los que me quitan los dolores.

Bueno este último tiempo no ha sido fácil porque esto nos tiene muy afectados por el alejamiento de mis hijos y nietos, bueno espero que esta pandemia pase pronto ya que

nos sentimos muy solos y asustados al ver que tanta gente sufre por la pérdida de algún familiar y sus trabajos. (...)

Helvecia Olivares
Nogales, Valparaíso, Sin edad

❁

(...) Señores autoridades de Gobierno, en el tiempo que estamos pasando nosotros como adultos mayores estamos pasando muy mal, no podemos ir a terapia o juntarnos con los socios del club, ya que era una rutina de todas las semanas, ir a ensayo de baile como adulto mayor, en cuanto a los ingresos como la jubilación no alcanza para llegar a fin de mes.

Juan Manuel Arcaya Estay
Nogales, Valparaíso, 71 años

❁

(...) Por la falta de transporte se me complica bastante salir y es por ello, que solamente he ido dos veces a La Calera para cobrar mi pago de pensión y para abastecerme de elementos necesarios para el hogar.

(...) personalmente estoy con temor y estresada ya que no puedo visitar a mis familiares y tampoco he podido recibir mis controles médicos desde que comenzó la pandemia en el país.

Silvia Cepeda
Nogales, Valparaíso, Sin edad

❁

Y recién empiezo a abrir mi pensamiento a la desazón que sentía el día en que llevábamos algo más de un mes en pandemia, yo había sido enviada a mi casa por ser población de riesgo y una inquietud se movía discreta, incómoda y no lograba emerger desde que todo comenzó.

El virus emergió un mal y sin dar mucho que pensar, se instaló en nuestro mundo conocido y fue suprimiendo, de a poco pensábamos, hasta que nos golpeó en la cara, una a una las comodidades conocidas, no todas iguales ni para todos de la misma manera. (...)

Verónica Núñez Fernández
La Florida, Metropolitana, 62 años

❁

¡Hola!

Quiero compartir con ustedes cómo yo he vivido esta Pandemia «Coronavirus», esto es muy complejo. Gracias a Dios, yo y mi familia estamos bien hasta hoy, mañana no lo sé. Este virus tan horrible llegó a cambiarnos la vida. Esto me angustia mucho porque estancó todas nuestras actividades normales como saludar y abrazar a mis hijos, a mis nietos, hermanos, vecinos y amistades.

Extraño las reuniones del Club del Adulto Mayor, compartíamos un tecito y nos abrazábamos, teníamos muchos planes. A esta altura de nuestras vidas solo queremos entregar cariño, respeto a nuestro adulto mayor. Queremos pasarla bien, viajar, reír. No escribo más porque me entristece demasiado.

(A la persona que lea esta cartita le deseo lo mejor, que se cuide mucho y cuide a su familia y que Dios la acompañe).

Margarita Bustamante Saavedra
Nogales, Valparaíso, Sin edad

Miércoles, 10 de junio

Habrá que esperar

En mi vida siempre busqué certezas. Muchas veces me costaba conciliar el sueño pensando que no había resuelto algún asunto en el día, por falta de tiempo, porque me parecía complejo o simplemente por esa tendencia a postergarlo por algo más urgente. Sin embargo, ¡cuántas veces no me levanté a medianoche a garabatear alternativas de solución,

las que finalmente tachaba una y otra vez hasta encontrar la que me parecía mejor! Volvía a la cama y solo entonces podía dormir. Así fue siempre.

Estudié Enfermería en la Universidad de Chile y gran parte de mi carrera profesional la hice en la academia, donde obtuve mis mejores satisfacciones. Tengo ochenta y siete años y tres hijos adultos. Tengo una experiencia traumática de vida durante mi matrimonio porque sufrí maltrato físico.

Hace cinco años que jubilé y desde esa fecha no he dejado de seguir activa. Mis casi cincuenta años de vida académica me imprimieron una cierta disciplina de trabajo que mantengo hasta hoy. En forma voluntaria, he estado participando en diversos grupos de lectura, escritura, acción comunitaria y otras colaboraciones de bien común.

Hoy todo ha quedado atrás. Una amenaza que crece día a día, insólita, repentina, cruel, se cierne sobre el mundo en forma de pandemia de un virus que nadie conoce bien, que provoca día a día miles de versiones, en boca de personas que saben y en otras que no saben, pero que, finalmente, provocan una suerte de confusión general e incertidumbre creciente. ¿Qué hay que hacer?: evitar la exposición al virus, que está en el aire, en el suelo, en las superficies, en las ropas, en la piel, en todas partes. Es una locura. Hay que permanecer encerrados en las casas. (...)

No puedo estar tranquila. He perdido el apetito y duermo a sobresaltos. Estoy pendiente de que en algún momento se anuncien buenas noticias, como que el número de contagiados va disminuyendo, que las personas están acatando las medidas indicadas por las autoridades sanitarias, que confiesen si tienen síntomas, en fin, que les importe lo que estamos pasando, que vean lo grave que significa este chaparrón en la vid de todos. Pero... nada. La televisión nos muestra las calles llenas de gente comprando, paseando, charlando, como si nada pasara. No se inmutan.

Mañana será otro día, me digo esperanzada. Pero sé que falta mucho para solucionar el problema. Habrá que esperar con paciencia y con esperanza.

Gabriela Monardes Skinner
Valparaíso, 87 años

Viaje hacia el recuerdo

De pie frente al ventanal de mi vieja casa, en la quietud de mis últimos años.

En este día gris, pienso al igual que tantos y tantos compatriotas, en esta terrible pandemia. Miro al cielo primero: por estar listos para ayudar a otros y pedirle al Señor Jesucristo que perdone todos y cada uno de nuestros pecados así como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido, ¡oh Dios!

¿Quién estará aquí dentro de un año y quién se encontrará para entonces en tu presencia?

Hoy recuerdo ese otro ventanal de ese querido hospital. La UTI, el que fue mi trabajo, ¡qué nostalgia! Hoy me pregunto por qué no puede retroceder el tiempo y regresar a mis 24 años y con ellos a mi vocación al servicio de cada paciente que aún hoy anhelo servir. Y sueño estar de turno allí en la primera línea atendiendo en tiempos de coronavirus. Miro en mi viaje hacia el recuerdo y me veo en mi alegre y rápido caminar, trabajando con tanta alegría y vocación de servicio.

Hoy día mi trabajo no consiste en atender a los enfermos del cuerpo, sino a los del alma. A ellos los abrazo, es decir los abrazaba, y les digo que Dios es el único que puede satisfacer tu alma plena abundantemente. Permítele a él que complete el cuadro de tu vida. Les digo también: cuando lo único que tú tienes es a Dios, dispones de todo lo que necesitas.

A estas alturas de nuestra vida quizás el compañero de vida ya partió, los hijos tienen su propia vida, su propio lenguaje. Quizás tengamos anhelos secretos que son demasiado profundos como para contárselos a otras personas.

Puede ser algo relacionado con trabajo o con el matrimonio, como es mi caso. A menudo, parada frente al ventanal, mirando mi hermoso jardín, sueño que de pronto toca la puerta de calle mi desaparecido esposo, y que ese tiempo en que él no ha vuelto solo han sido cuarenta y cinco minutos sin vernos, y no los cuarenta y cinco años en que él no ha regresado y no nos vemos. Me pregunto una y otra vez qué nos diríamos. Ya que el tiempo todo lo cura.

¿Qué no ha cambiado en él, qué no ha cambiado en mí? (Dicen) que aún sigo sonriendo igual, a pesar de tantos y tantos inviernos y primaveras en que nuestro jardín ha florecido, en que solo yo paro frente al ventanal en completa soledad. Lo he visto y aún espero. Solo Dios sabe.

De nuevo pienso: ¿de qué hablaremos, de la pandemia y de mis kilos de más? Creo que no.

Quizás recordaremos aquella sala de la UTI donde nos conocimos, él como paciente accidentado y yo como funcionaria. Ahí se cruzaron nuestros destinos. Hoy día seguramente ambos enfrentamos en nuestras vidas enormes, gigantes preocupaciones, dudas, temores, sentimientos de culpa. Lo que no me cabe duda es que ambos nos equivocamos, por lo que yo hoy, apoyada en mi bastón frente al ventanal y frente a Dios te digo desde mi corazón, perdóname.

Yo sé que tú y yo enfrentamos con valentía cada gigante como el covid-19, esta pandemia que un día pasará y otra vez mi jardín florecerá. Y tú frente a otro ventanal me recordarás en ese viaje hacia el pasado.

Ximena Graciela Cifuentes Cifuentes
Las Condes, Metropolitana, 72 años

Jueves, 11 de junio

(...) Lo más terrible de todo es que quienes fallecen a causa del virus no pueden tener un velatorio, ni menos un funeral digno de un ser humano, tampoco pueden ser acompañados por sus familiares más cercanos. Una vez que mueren son cremados o simplemente tirados a fosas comunes, lo que es muy doloroso para sus familias, ya que ignoran dónde quedarán sus restos.

Los medios de comunicación, ya sea la televisión, radio y periódicos nos van informando todos los días y aun así la gente no toma conciencia de lo que está pasando, y se siguen exponiendo, saliendo a la calle y lo que es peor, con niños menores de edad y adultos mayores. Al actuar de esta manera demostramos un total egoísmo y no valoramos nuestra vida ni la de nuestros más cercanos.

Debo reconocer que yo también alguna vez fui egoísta, salí de paseo, pensando solo en mí, no pensé que al infectarme, también infectaría a los que estaban a mi alrededor.

Felizmente reflexioné, pero gracias a que vi un reportaje en donde se comentaba que en un hospital de Santiago, las personas que habían fallecido estaban tiradas en los pasillos. El director de ese hospital aclaraba que eso no era efectivo y que para esto habían conseguido un contenedor y allí depositaban los cuerpos. Esto me horrorizó e impactó mucho y entonces lo pensé y me dije a mí misma: «Es mejor quedarse en casa».

Todo esto ha traído una serie de problemas, ya que las autoridades sanitarias han pedido que debemos tener una distancia de entre uno a dos metros, usar mascarilla y guantes, no salir si no es necesario, además que los mayores de 75 años no podemos salir, claro está que es por nuestra propia seguridad, yo me incluyo en esto.

Gracias a Dios, dos de mis hijas me hacen las compras. Como vivo en un sector rural, los choferes de las micros que pasan por acá me las traen, además una muy buena amiga que va todos los sábados al supermercado me trae lo que falta.

Creo que soy una bendecida de Dios, ya que desde que comenzó todo esto, he recibido mucha ayuda, ya sea de mis familiares, amigos y vecinos. Que Dios los bendiga a todos y les multiplique mucho más.

No podemos culpar a nadie por lo que está pasando, ya que este virus no escoge ni a grandes ni chicos, ni colores políticos, ni condición social, religiosa; es un enemigo silencioso, solo depende de cada uno de nosotros cuidarnos, acatando las normas sanitarias y no salir de casa si no es necesario. Esto es lo único que podría parar esta epidemia.

Ojalá esto acabe pronto. Confío en Dios y la Virgen que así sea, que algún día volvamos a la normalidad. Necesito abrazar a mis hijos, nietos y bisnietos, a mis familiares, amigos, a la gente de mi grupo. Me hacen falta esos abrazotes bien apretados llenos de ternura y amor.

Vayan mis sinceros agradecimientos y admiración a quienes han trabajado duro: médicos, enfermeros, auxiliares, policías civiles y uniformados, personal de los supermercados, panaderías, choferes, en fin, a todos los que trabajan por y para nosotros, que Dios los bendiga y proteja.

Helen Pérez
Linares, Maule, Sin edad

Como todos los días, mientras desayunamos aún en cama con Margarita, mi esposa, encendemos el noticiero en la TV y conversamos sobre lo que haremos en la jornada. Pero esa mañana del 3 de marzo de 2020 la noticia principal nos dejó paralizados. Nuestras miradas se cruzaron con preocupación y pensamos en cómo les afectaría eso a nuestros hijos, nietos, yerno, nueras y familia en general. Ya era oficial, se había confirmado el primer caso de coronavirus en Chile.

Un ciudadano chileno con covid-19 que había paseado por varios países se había instalado en nuestra región. Se trataba de un residente de la comuna de San Javier, localidad distante aproximadamente a 25 kilómetros al sur de nuestra ciudad de Talca, en la Región del Maule, Chile.

El día anterior los peques de la familia habían iniciado su año escolar, lo que concitó la atención de todos. Los celulares se llenaban de chats y memes con buenos deseos para los niños. La situación era aún más especial, pues Juan Pablito, uno de nuestros pequeños nietos que también vive en Talca, iba a su segundo día de clases en primero básico.

Para nosotros es una actividad habitual llevar a Juan Pablito al colegio, ya que vivimos bastante cerca, y como hace un par de años que yo me acogí a retiro tengo bastante tiempo para realizar esta tarea.

Sin dudas que lo de la pandemia, que ya era una realidad en el país, no solo nos angustió, sino que también alteró los planes del futuro cercano. Pues los días venideros tenían que ver directamente con fechas importantes para nosotros y para algunos de nuestros hijos. Y como el tiempo y los acontecimientos se suceden tan independientemente de nuestros planes y deseos, nos vimos de súbito obligados a adaptarnos y literalmente sumarnos a la mayoría de personas que ya se comunicaban con sus familiares a través de videollamadas u otras formas de comunicación *online*, debido a las restricciones de salir a los espacios públicos.

Y una de estas fechas importantes era que el día 6 de marzo cumpliríamos cuarenta y nueve años de matrimonio. Casi toda una vida de mucho esfuerzo y sacrificio, y realmente de felicidad plena y de hermosas vivencias. Este suceso, sin excepción alguna, tenía a toda la familia expectante, ya que siempre estas celebraciones han sido festivas y concurridas, y esta no sería la excepción.

Este aniversario, como todos los vividos, lo habíamos planeado y lo celebraríamos en grande. Sin embargo, para esta fecha en particular se nos cayó el cielo a pedazos con la inesperada noticia y todo lo que habíamos imaginado para este esperado momento se desvaneció en un dos por tres.

Sin embargo con Margarita, como toda cosa importante que hemos planeado hacer en nuestra vida, no nos íbamos a amilanar. Ella sin siquiera comentarlo se adelantó ese día a preparar una jugosa plateada al horno y yo por mi parte, al más puro estilo de barman de crucero, me manifesté con un delicioso pisco sour. Lo cierto es que yo solo me limité a unir los ingredientes. Puesto que el limonero que creció en el patio junto a los niños, haciendo oídos sordos a esta pandemia, aportó el aromático zumo que al abrazar con su acidez al destilado nortino nos liberó por breves instantes de la seria realidad sanitaria al degustar la deliciosa preparación.

Las lágrimas surgían espontáneas mientras cada uno repasaba desde su perspectiva la historia conyugal. Y también reflexionábamos acerca de que hacía harto tiempo que no estábamos tan solos; de cómo el silencio en nuestra casa se había vuelto ya uno más de la familia. En eso estábamos cuando de pronto el sonido característico de una conexión informática rompió el silencio de la espesa soledad. Nos sorprendimos un segundo, pero ya recuperados corrimos rápidamente a conectarnos en ese mágico espacio.

¡Abracadabra! Ahí estaban todos. Nuestros tres hijos, ya todos emparejados, y nuestra única niña, convertida en toda una madre. Cada uno acompañado de los nietos, yerno y nueras. Sergio, nuestro segundo hijo, desde Santiago, entonaba junto a sus niñas y su esposa Muriel la canción del cumpleaños feliz. Loretito, nuestra hija, desde Temuco, reflexionaba acerca de la pandemia y concluía que a pesar de la distancia nuestro cariño se había acrecentado. Todos hablamos de la linda familia, del amor fraternal y de todas las cosas lindas que cada uno vivió. Este hermoso momento se tornó infinito, tuvimos de nuevo la oportunidad de vernos, nuestros rostros reflejaban la preocupación del momento pero se destellaba esperanza y nos prometimos reunirnos más seguido. Juan, el menor de los hijos varones, quien había programado esta reunión informática pronunció un discurso emotivo y relevó la importancia de cuidarse y quedarse en casa. Se emocionó al relatar la vivencia de dos profesionales de la salud que debieron dejar a sus pequeños en casa al cuidado de una señora, ya que ellos habían sido infectados con el virus. (...)

Héctor Marcos Marilao Pizarro
Talca, Maule, 70 años

Hoy me preparé nuevamente para salir a la aventura de comprar verduras y frutas en la feria. Todos dicen que la multitud de personas congregadas es un peligro de contagio, casi seguro. Me disfracé de astronauta de la NASA. Encontré, además de la mascarilla y unos guantes que me regaló mi hija, una bolsa plástica que cubre alguno de mis trajes domingueros. En la TV ya había visto a los médicos, cubiertos de pies a cabeza para habitar como si fuera su segunda casa la UCI. Tomé las bolsas de plástico y como sastre neófito, intente diseñar un traje covid-19. Salió un traje plástico que podía cubrirme casi todo el cuerpo. Me miré al espejo. Reí a carcajadas. Lo pensé: «Me parezco más a Cantinflas, actuando en su película *El barrendero*». Me animé, tomé mis dos bolsas de género y salí decidido a comprar en la feria del barrio.

A las pocas cuadras de andar y avistar la feria, unos vecinos me gritaban todo tipo de bromas y chistes de buen o mal gusto. Continué caminando a pesar de que exageraba mi seguridad personal al vestirme con el traje de la NASA. Al llegar a los primeros puestos, y observar los precios de las verduras y frutas, sentía a mis espaldas mil ojos mal intenciona-

dos que se reían o comentaban mi atuendo antivirus. Como siempre, acudí a visitar a mis «caseros» a quienes les compro de hace muchos años y conocen mis gustos por tal o cual verdura o fruta. La Sra. Flor, detrás de su mascarilla, no pudo evitar reírse, mientras me entregaba un kilo de papas, manzanas y naranjas. Y cuando tuve que pagar la compra, la billetera estaba oculta en el bolsillo del pantalón. El traje estrafalario impedía sacarla. No me quedó más remedio que romper parte del plástico y así, entregar el dinero. Continué la búsqueda de alimentos frescos. En el siguiente puesto, don Mario, muy serio, me vende otras ricas frutas y cuando le entrego el pago, se larga a reír de buena gana y me dice: «¡Oiga, don Enrique, su traje de plástico está todo roto! ¡No parece traje, tiene cubiertos solo sus hombros! ¡Mire, ha dejado una «reguera» de pedazos de su traje por toda la feria!» Avergonzado, salí del lugar, en medio de los transeúntes que me miraban como bicho raro. Caminé hasta mi casa y llegué extenuado. Entré, me miré al espejo y la piel traspiraba: No creo que esté contagiado..., ¿verdad?

Enrique Muñoz Vega
Viña del Mar, Valparaíso, 61 años

Hoy me siento muy sola y pienso que hay tantos adultos mayores que están sufriendo solos o en una casa de reposo, por diversas razones a veces porque cuando envejecemos somos una carga o una molestia para los hijos, de repente es triste ser viejitos. (...)

Elizabeth Rojas Oyarce
Curicó, Maule, 72 años

Oportunidades

Con fecha 10 de junio del 2020 inicio este relato sobre las oportunidades que se han presentado en mi vida, la primera de ella fue haber nacido un 11 de febrero de 1939 en Iquique, en un hogar de clase media, con madre dueña de casa y padre Contador, y el menor de tres hermanos. Nada extraordinario. Los otros familiares en Iquique eran tías, dueñas de casa, un abuelo

y varios tíos, todos ellos obreros. La excepción laboral, el hermano mayor de mi madre, el tío Félix Morales Cortes, que fue casi el único que tuvo más oportunidades de estudios que sus hermanos obreros. (...) Esta mayor formación educacional del tío Félix le permitió llegar a ser periodista de un diario de Iquique, además de secretario en una gobernación del norte. Aparte de lo anterior, fue poeta con libro publicado, *El canto del trigo*, fotógrafo y pintor autodidacta. Gracias a esos antecedentes, hizo contacto con Pablo Neruda, quien lo menciona en su *Canto general*. De él también el escritor Volodia Teitelboim narra algunos pasajes de su novelesca vida de relegado en Pisagua, en su libro *La semilla en la arena*.

A este contacto estrecho que tuve con el tío, y más la motivación que me entregaba mi madre, una gran lectora, se debe mi gran afición por la lectura, hábito que aún mantengo. Estas dos personas fueron decisivas en mi posterior desarrollo personal, pues muy pronto comencé a reproducir en dibujos todas las cosas que marcaban mi vida de niño: una función del circo, el desfile de colegios y militares del 21 de Mayo, o imágenes recreadas de una función del cine local.

La segunda oportunidad se produce al ingresar a la Escuela Santa María de Iquique, ya que estando en clases, y solo como travesura de niño, en el cuaderno en el que estaba trabajando me puse a dibujar el retrato de mi profesor, quien advertido por la atención con que mis compañeros de asiento seguían mi trabajo, se acercó a mi banco, y no se demoró en pedirme el dibujo, al parecer impresionado por el parecido.

Esta anécdota infantil sin embargo tuvo consecuencias, ya que a fines del año 1948 me encontré participando en un concurso nacional de dibujo y modelado, cuyo premio, según supe después, era una beca de estudios en una escuela especial que recién se estaba inaugurando en Santiago: la Escuela Vocacional Artística. Ese concurso, que era nacional, estaba organizado por el Ministerio de Educación de la época, y tenía por objetivo seleccionar a estudiantes de todo el país que tuvieran habilidades artísticas, para que realizaran estudios de artes musicales y artístico plásticas, con los mejores profesores-artistas de Santiago. No hace mucho tiempo me informé de que este proyecto surgió de una idea que lanzó Gabriela Mistral, cuando en el año 1947 visitó Chile.

La tercera oportunidad se presenta al ingresar becado, con diez años de edad, a la Escuela Vocacional Artística de Santiago, la que más adelante y mientras fui alumno en ella, tuvo más cambios de nombres: Escuela Experimental Artística, para llegar finalmente al actual: Liceo Experimental Artístico. En esos primeros años bajo la supervisión de la Superintendencia de Educación, en la actualidad está traspasado a la Universidad de Santiago (ex UTE). Allí quedé matriculado como alumno interno, por ser de provincia, por cuanto los

alumnos de Santiago eran «medio pupilos» o externos. Yo era uno más entre alumnos seleccionados de todo Chile, incluidos más adelante alumnos de Isla de Pascua y Juan Fernández.

En los diez años que permanecí en la Escuela Experimental (1949-1958), de acuerdo a la organización de los estudios, los alumnos del área Plástica debíamos realizar pasantías exploratorias en los llamados talleres complementarios. En mi caso, luego de tres años de tomar contacto con esos talleres, finalmente escogí y me quedé en los siguientes siete años en los talleres de dibujo y pintura, escultura y cerámica. Los profesores de esos talleres eran destacados artistas nacionales, como las pintoras Anita Cortez y Margot Guerra, y los pintores Pedro Lobos, Laureano Ladrón de Guevara (Premio Nacional de Arte), la escultora Berta Herrera y el escultor Sergio Mayol. En cerámica tuve de profesor por breve tiempo a don René Román Rojas, reemplazado a su fallecimiento por Luis Guzmán Reyes. Los primeros directores fueron Héctor Banderas Cañas (pintor) y Fernando Marcos, pintor muralista, que fue discípulo y trabajó con los muralistas mexicanos Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. (...)

René Edgardo Espindola Morales
Antofagasta, 81 años

En época de pandemia

Difícil es escribir de la pandemia sin recordar todos lo que hemos vivido en nuestro pasado, creo que debemos ser la generación que ha pasado por muchos eventos. Si me remonto a mis quince años me veo protestando en la Alameda para la caída de Allende, época donde conseguir alimentos era muy difícil, hacíamos con mis hermanos largas filas para conseguir un kilo de pan, un pollo o cualquier insumo de primera necesidad, entonces se instaura el mercado negro y se venden los insumos por valores a más del mil por ciento de su valor real, fue una época difícil y aterradora para mí.

Luego llega el golpe militar, donde vivimos horrores en los derechos humanos, pero la economía se mejoró sustancialmente.

Viví mi época universitaria estudiando Derecho donde por ser mujer no me permitieron ser ayudante de del Departamento Penal teniendo un 7 de promedio en mis pruebas escritas y orales —hablamos del año 1975 (increíble discriminación a las mujeres)—.

Entro al mundo laboral y recorro casi todo el mundo gracias a que trabajo en turismo

y las distancias entre los países del mundo cada día se acercan más, gracias a los aviones de alta tecnología. Hoy estamos por la pandemia imposibilitados de viajar a cualquier país, algo nunca pensado.

Pasamos también una la serie de terremotos vividos.

Empieza la revolución tecnológica donde jamás nos imaginamos a lo que llegamos hoy desde un celular donde se puede conectar y mirar a la persona con la que estamos hablando, televisores inteligentes, computadores, juegos en línea, compras *online* y mucho más de lo imaginable.

Pasan varios gobiernos después de la dictadura con altos y bajos.

Nunca nos imaginaríamos que nos tocaría vivir una pandemia de esta envergadura.

He estado del 15 de marzo 2020 en mi casa sola saliendo solo para mi tratamiento de cáncer al pulmón, es raro y cruel vivir sola tanto tiempo sin poder abrazar a mis hijos y nietos, sin poder trabajar en mi pasión como banquetera.

El mundo y Dios se rebelaron y nos mandó esta pandemia para parar de abusar de nuestra tierra, de hacer del consumismo una forma de vida; la competitividad, ser una de las cosas más importantes, lo importante es ser más rico, el mejor, perdiendo la empatía con el otro, el egoísmo pasa a ser algo normal, al igual que el abuso del otro y de la tierra, algo que no preocupa a nadie.

Esperamos una vez termine esta pandemia podamos vivir un mundo mejor y que nuestros nietos puedan disfrutar de un mundo donde se respete y empatice con el otro, donde se trabaje para poder tener lo necesario y no vivir para trabajar.

Que se den el tiempo de calidad para estar con sus seres queridos y hacer de su familia el núcleo más importante de sus vidas, que cuiden nuestro planeta quien nos da el sustento. Dios quiera que exista esta transformación.

....La pandemia... es una oportunidad que no podemos dejar que pase sin un cambio radical de nuestras vidas futuras.

María Pía Hoyl Rojas
Ñuñoa, Metropolitana, 63 años

Me duele toda la humanidad.

Si hiciera caso a las autoridades sanitarias tendría que haberme hecho el test del coronavirus hace como seis años. Habría sido el paciente cero mucho antes de la pan-

demia. Además de los síntomas corporales habituales de un hombre de mi edad, he sido alérgico desde que nací. Según mi mamá, lo primero que hice cuando vi la luz por primera vez fue estornudar. Lo de llorar comenzó después. Así que cada día me quejo por mis dolores de huesos y por los síntomas de mi extenso covid: estornudo cinco o seis veces al día. Aplico el broncodilatador para el asma otras cuatro veces. El descongestionante nasal todas las mañanas. Recurro al remedio para la diabetes todos los atardeceres. Me tomo una pildorita para la acidez cada mañana. Me trago dos tabletas antihistamínicas antes de dormir. Me puse la vacuna contra la influenza. Y a eso súmele un par de paracetamoles, unos tecitos de hierbas milagrosas que Lily insiste en que me tome, una copita de vino y de repente una piscola para matar al maldito coronabicho.

Como verán, no tengo espacio para otra enfermedad. Tengo todos los espacios ocupados. Salvo que la vacuna del coronavirus sea un supositorio.

Jaime Atria Rosselot
Providencia, Metropolitana, 70 años

❁

Ayer te estuve escribiendo sobre mis labores, en épocas de pandemia. Hoy por azar, en el cual tanto creo, muy temprano pasaron los basureros.

Recordé entonces a los municipales del pasado, que recogían la basura en carretones tirados por caballos, y a aquellos que limpiaban las calles con ramas de palmeras. Siempre los vi como adornos del paisaje pueblerino. Nunca se me pasó por la mente preguntarme... ¿Les dolería la espalda?... Era el trabajo diario, barrer coreográficamente plazas y calles, con sus largas escobas de ramas.

A propósito, tengo tres montones de hojas en el patio que eliminar; pues dicen que están anunciando lluvias para los próximos días. «¡Ojalá que llueva café!»... para que se me pase el frío.

Vicente Castro Vargas
Buin, Metropolitana, 76 años

❁

Confieso que mi salud ha estado resentida, la tos ha sido mi problema, tengo varios días con su compañía, hay momentos complicados, a pesar de haber completado un tratamiento para la alergia con medicamentos, aún continua.

Confío en que pronto me recupere completamente, ya que estoy con las medidas de cuidarme, sin salir de mi casa y además cuidándome del frío habitual de este tiempo. En todo caso no recuerdo haber sufrido por tanto tiempo de tos.

Ahora nos queda esperar que al terminar esta pandemia, efectivamente seamos seres humanos distintos, más solidarios, respetuosos, que entendamos que somos tremendamente frágiles, que de nada nos sirve ser tan orgullosos o llenarnos de cosas materiales, ya que esta pandemia nos ha demostrado que todos somos iguales ante una situación así, y no importa donde viva o cuanto tenga.

Debo agradecer a la vida, por todo lo que me rodea, y además les cuento que mi hermana ya se encuentra en su casa y totalmente recuperada, así espero sean muchas más las personas que se recuperen y que aprendamos a agradecer cada día, confiar, tener esperanza y practicar todas esas buenas acciones, de esta forma estaremos devolviendo a la madre naturaleza lo mucho que nos regala.

Evelina Pontigo Ampuero
Santo Domingo, Valparaíso, 64 años

Soy Medalia, viuda, 84 años. Nací en Valparaíso y ahora resido en la ciudad más austral del mundo con mi hija mayor Ximena y su familia formada por su esposo Walther, su madre Rita y mi nieto Javier. Sus dos hijas mayores residen en el extranjero. Después de enviudar mi salud fue desmejorando y ante la propuesta de venir a Magallanes a vivir no lo dudé. Y aquí estoy. Claro está, que los viajes a Santiago serán obligatorios ya que en esta ciudad no hay especialistas en dermatología que es lo que necesito ahora. (...)

Una vez en Santiago, el doctor nos dijo que una biopsia demoraba aproximadamente diez días en tener resultados, lo que nos permitiría hacer planes para visitar a mis hijos que viven en el sur. (...)

Por esos días las noticias internacionales informaban que las autoridades sanitarias de China habían cerrado la ciudad de Wuhan debido al descubrimiento de que animales salvajes vendidos para el consumo humano eran la fuente de un virus mortal, identificado como un nuevo

coronavirus llamado covid-19 por la Organización Mundial de la Salud y que ya había provocado miles de muertos. Aunque era muy preocupante y triste noticia, estábamos muy lejos de China.

Sin embargo, se propagó rápidamente. Se declara pandemia y el primer caso en Chile se confirmó el 3 de marzo de 2020. Luego, aparece el primer caso en Punta Arenas. ¡Cómo no asustarse!! ¡Si todos los que fallecían eran adultos mayores! Comenzó a afectarme. Me dolía el pecho, sentía angustia. Lloré por las noches, pensando en mis hijos y solo rogaba a Dios por todos los ancianos que estaban solos. La vida se detuvo. Nos cambió.

Medalia Guerra Nieto
Punta Arenas, Magallanes y de la Antártica chilena, 84 años

❁

Extraño la libertad de viajar como antes, parecía tan normal, era tan obvia la vida y no la supimos valorar, esos pequeños detalles, el abrazo del amigo, la caricia de los niños.

Me despierto cada día, la rutina es conocida, ella es como mi amiga, me levanto, me ducho, la casa permanece limpia, la soledad es mi única compañía. (...)

Parecemos leprosos, caminando por la vida sin tocarnos, sintiendo miedo del otro, luchando sin luchar. Las noticias son horribles, no las veo muy seguido, ellas muestran la pobreza, hacinados en sus casas, hospitales atestados, la muerte nos acompaña. (...)

Cuando la tormenta amaine, tendremos otra mirada, el otro será más hermano, seremos sobrevivientes de una batalla impensada.

La madre Tierra, femenina, hechicera y ancestral, nos cobija, nos reprende...

María Angélica Vásquez Rojas
Talca, Maule, 66 años

❁

Hoy abro los ojos a las 9:00 horas, me desperezo y me levanto a tomar desayuno con mi esposa eNe. Vemos noticias en un matinal, en realidad vamos cambiándonos de canal en canal, algunos por fomes, otros por trato inadecuado de alguna situación en discusión. (...)

Hoy me tocó hacer algunas compras en el barrio, salí con mi mascarilla y mis bolsas y llegué con verduras y frutas que estaban faltando; también en este tema de los abasteci-

mientos nos ayuda nuestro hijo mayor que vive a cinco minutos en auto de nuestro hogar y siempre nos está preguntando que nos falta para pasar a comprar, también nuestra nuera hace pancito en su departamento y nos está enviando día por medio. (...)

Francisco Piña
Valparaíso, 74 años

❁

Voluntariamente he dejado de escribir. Las innumerables noticias de contagiados y muertos me deprimen.

La autoridad sanitaria se empeña heroicamente en dirigir la prevención, sin embargo la marea es más fuerte, numerosa y porfiada a la vez que le dobla todos los días la mano al médico y a todo el cuerpo sanitario. Esta marea humana se empeña en juntarse en fiestas y comercio ambulante. Además, atizando el fuego la oposición, con la comparsa de fieles que recita a coro lo equivocada que está la autoridad en su estrategia. Como efecto dramático resta credibilidad en las advertencias sanitarias. Es verdad, muchas veces entendemos a medias el informe diario con los diferentes cambios de criterio en la forma de contar y que abonan la crítica pero esta no debe anular a la autoridad. El resultado quizás está a la vista en el aumento de contagios y fallecidos. Llegó el anuncio de cuarentena total. Comienza el viernes 12.

Héctor Octavio Quiroz Yañez
Viña del Mar, Valparaíso, 64 años

❁

Mamá pregunta: «¿Tienes de esas cosas para ponerse en la cara?» Me recomienda ponerme una (mascarilla) cuando salga al patio.

Le serví otro café porque tenía frío... Esta fue la mañana más helada en la Región Metropolitana, en varias semanas.

Por la tarde decae mi ánimo fuertemente y me siento muy desganado.

Juan Emilio Herrera González
Maipú, Metropolitana, 68 años

Muchos años han pasado desde que escribí mi último diario, contenía penas, alegrías, preocupaciones de una lola; hoy son sentimientos y vivencias de una mujer, un registro de mis días en tiempos de pandemia, que son tiempos de sosiego y detención, pero también de miedo e incertidumbre.

Esto empezó en un lugar lejano, donde un virus mutó. Llegó a Chile en viajeros transatlánticos... y ahí todo cambió.

Cambiaron las rutinas del jefe, del vecino, del vendedor viajero, las de la humanidad entera y las mías. El domingo de feria de cachureos mutó en domingo de lectura, el lunes o jueves, mis antiguas mañanas de compras se convirtieron en mañanas de manualidades, y las tardes de cine o noticias en tardes de escritura y sesiones de yoga vía Zoom.

Ana Judith Bastías Jaimes
Viña del Mar, Valparaíso, 62 años

Si pudiese analizar cómo he pasado estos meses diría: escuchando música, viendo series, programas nacionales, leyendo... El día a día se hace monótono, la rutina, aseo, cocinar, mis mascotas que hoy ya son tres, todos adoptados —dos perritas, Kiara, Pepa, y Tilo nuestro pequeño gatito—, pero si estoy segura de algo es de que soy afortunada de poder estar en mi hogar, si pudiese rescatar lo bueno de esta pandemia, queda la esperanza de que esto pasará y volveremos poco a poco apoder ir y venir por las calles, volver a ver a la familia, a mis hijos, nietos, de no tener miedo de subir al bus y sentir el corazón pleno, de poder sonreír, poder hablar con las personas sin temor a enfermar, sentir que el sol te llega en el rostro y muy dentro en el corazón, siento en lo más profundo de mi ser que todo lo que sucede en nuestro mundo nos debe dejar una enseñanza, hacernos personas más solidarias, más agradecidas, más humildes, más empáticas, aprender a valorar las cosas sencillas y por sobre todo valorar la vida.

Carmen Herrera Vargas
Puchuncaví, Valparaíso, 65 años

Ahora las aves parecen dueñas del cielo y de la tierra y nosotros, ¡qué insignificantes y limitados! Los arrogantes, vanidosos y engreídos somos los prisioneros de nuestros propios hogares. ¡Qué pequeños y vulnerables nos sentimos!

Miré por la ventana y vi el aleteo de un colibrí que danzaba en feliz libertad, ¡qué maravilla de la naturaleza!, con su pico iba bebiendo el néctar de cada flor, con la destreza y precisión de un bailarín, que da el ser libre y poder sentirse dueño del mundo, su mundo natural, sin nada que limite su actuar; a pesar de la lluvia, él seguía en su labor, después hizo un vuelo como circular y volvió a beber de cada flor. ¡Qué magia! Luce impresionante el color de su plumaje, cual si fueran los colores de un bello arcoíris.

Teorinda del Carmen Badilla Badilla
Linares, Maule, 72 años

❁

(...) El sentido común me dice: si puedo, mejor me quedo en casa. No tiene sentido ir a tomar frío y esperar por los remedios en el consultorio, aunque la ventanilla esté hacia afuera, la entrega sea supereficiente y ordenada... Mejor, quédate en casa.

Mi vecino de la polera roja se pasea por su balcón, teléfono en mano. Es el edificio del frente hacia el sur, lo veo casi todos los días. Ahora toma solcito. El día está bien bonito allá afuera. Ojalá se seque toda la ropa. (...)

Me gustaría salir un rato, ir a mi jardín secreto y sentarme allí en una banca, despidiéndome del otoño y escuchando correr el agüita. Queda en pleno centro de Santiago, detrás de un museo. Soy una jubilada amiga de los museos y bibliotecas. (...) Hoy es miércoles, creo.

Es como una película en cámara lenta... Me resulta imposible mantener la cabeza fría, despejada. Vamos a morir, una parte de nuestra gente va a morir. Ayer fueron casi doscientos. En este edificio hay 126 departamentos. Tomando un promedio de dos o tres, seríamos alrededor de trescientas personas. Viejos, adultos, jóvenes, niños. Mañosos, alegres, creativos, reflexivos, solidarios, emprendedores, cantantes de ópera, dentistas, abogados, cocineros, peluqueros, arquitectos, ingenieros, matronas. (...)

María Luisa Benner
Santiago Centro, Metropolitana, 65 años

❁

¡Rasguño el suelo por salir a tomarme un café donde el dominicano Jesús! Será lo primero que haga cuando se abran los cafés. Pero quizás el de Jesús ya habrá cerrado para siempre.

De repente pienso cosas políticamente muy incorrectas. En Estados Unidos un policía mató a un hombre de color aplastándole el cuello con la rodilla hasta asfixiarlo. Horrible. El hecho lleva varios días en titulares y como noticia destacada en todos los medios. Pues bien, acá en Chile hace pocos años, una cuidadora de 90 kilos, funcionaria del Estado al igual que el policía estadounidense, dejó caer todo su peso encima de Lissete, una chica de once años internada en el Sename del Estado, para «contenerle» un berrinche, hasta que la mató asfixiándola por compresión. Una violación horriblemente cobarde al derecho básico a la vida de un niño por parte de un agente del Estado. La autoridad responsable de lo que ocurre bajo su mando, y que designa a quien dirige el Sename, es la figura presidencial. Encarnada por entonces, para bien o para mal, en Michelle Bachelet. Paradojalmente, ella ahora es la autoridad máxima del planeta en ¡derechos humanos! La Alta Comisionada en el tema. Lo menos que me pregunto ahora es si a Trump lo irán a postular a ese cargo para el próximo periodo. O si a guisa de consuelo le otorgarán el premio Nobel de la Paz. Y me respondo: si el lobby a nivel internacional marcha bien, todo es posible.

Maribel Quezada Martínez
La Reina, Metropolitana, 84 años

A raíz de la misma pandemia, acá en La Serena, nos derivó a un toque de queda, pero la situación se está agudizando cada vez más, y creo que próximamente estaremos con restricciones totales obligatorias. Sin embargo, con mi señora, somos enfermos crónicos y tenemos más de 70 años, por lo que decidimos, con el consejo de nuestros familiares cercanos, hacer cuarentena preventiva. Lamentablemente, esto significa que no hemos podido ni salir a la peluquería, y a mi amada esposa no le gusta tener el cabello largo. A mí me gustaría saber cortar el cabello, para poder ayudarla, pero cuando era niño tuve una mala experiencia...

Con mi hermana Pelu, jugábamos a que era una «vieja platuda» y yo un pobre pero honrado peluquero. Al darle vida al personaje que ella caracterizaría, tomaba cosas que mi madre usaba en esa época: ropa, zapatos, joyas, una cartera, sombrero y solo un guante, ya que en la otra mano llevaba un palo de fósforo que simulaba ser un cigarrillo, siguiendo el ejemplo de mis padres, que fumaban mucho. Por mi parte, tomaba ropa de mi padre, la que por supuesto me «nadaba» pues yo tenía ocho años y era flacuchento.

Pelu se sentaba en el sillón al que le poníamos una almohada para darle altura, cuando comenzábamos a actuar.

Lo que más recuerdo de esos instantes es cuando ella entraba fascinada vestida como mamá a «mi peluquería», que no era más que el dormitorio de mis padres, y yo tenía en la mano una tijera y una peineta, y conversábamos:

—Adelante, doña Pelu. La estaba esperando hacía rato.

—Muchas gracias, don Regi. Pero no podía salir sin antes dejar las órdenes al personal de servicio.

—Pero qué bueno que ya llegó, póngase cómoda por favor. Y déjese de fumar, es muy temprano para hacerlo.

—¡Usted no se meta! —así me decía mi hermana, porque ella era mandona.— Porque los pulmones son míos. Dedíquese a lo que usted sabe.

—Pues bien, acérquese a la silla de corte para comenzar.

Ella tomaba asiento y yo le ponía una cinta alrededor del cuello, y mientras lo hacía le miraba sus bonitos rulos rubios que tenía en la cabeza. Hecho esto, le pedía que me indicara el corte que quería, a lo que me respondía:

—Tú eres el profesional del cabello muchachito, así es que tú sabrás lo que se lleva.

Dicho lo cual empecé a realizar mi trabajo, mientras mi hermana leía el *Peneca*, la revista. Mientras tanto, mi mamá con nuestra tía preparaban el cumpleaños de mi hermana, que sería esa misma tarde. Al término de mi obra maestra, le mostré a mi hermana cómo había quedado, y nos matábamos de la risa.

Mi madre y mi tía, al escucharnos reír tan fuerte, fueron a ver qué ocurría por tanto alboroto nuestro. Al entrar en la pieza y ver lo que había ocurrido, mi madre se puso a llorar y me perseguía para castigarme, pues mi hermana estaba feliz con la mitad de la cabeza pelada. Hasta el día de hoy, me apeno de lo que hice, porque aparte de la vergüenza de mis padres durante el cumpleaños, a mi hermana, hasta el día de hoy, nunca más le salieron rulos. Moraleja: pastelero a tus pasteles.

Reginaldo Rodríguez González
La Serena, Coquimbo, 74 años

¡Vino la Carito! Me trajo más arroz, tallarines, carne molida, peras, manzanas y tomates. Se me olvidó encargarle pasta de dientes. Me queda bien poquita. También voy a necesitar jabón, porque con tanto lavado de manos, no dura casi nada.

Lo que más me ha costado en esta cuarentena es la rutina del trabajo doméstico. Durante la «normalidad» venía la señora Antonia, una vez por semana. ¡La de cosas que hacía! Regaba y barría el patio, cocinaba, limpiaba la casa, me lavaba la ropa, la tendía y la dejaba planchada. Me dejaba varias comidas preparadas, las que yo iba combinando y calentando durante la semana. A lo más, me tocaba hacerme una ensalada, o un sándwich. O comprar algo ya hecho, de vuelta de la pega. Ahora tengo que preparar con mis propias manos todo lo que como. A veces me queda rico, pero otras, fallo en los aliños. Igual me lo como, qué otra me queda. No me atrevo a pedir *delivery*. La Caro me ha repetido ene veces que no lo haga, que ella puede venir cuando necesite algo. Me gustaría tomarme un traguito, pero no me atrevo a pedírselo. La reté tanto cuando llegaba a la casa con olor a alcohol, en su época de estudiante. ¿Cómo le voy a confesar que también a mí me gusta tomar algo fuerte, de vez en cuando? Especialmente ahora. Me serviría para dormir mejor.

Grecia Gálvez
Ñuñoa, Metropolitana, 77 años

(...) En mi opinión personal me siento muy incómoda al usar la mascarilla, además de no poder salir tranquila a ningún lado sin ella.

Nosotros somos pensionados y muy poco el dinero que recibimos y al pagar los gastos básicos se nos va el dinero y algunas veces no nos alcanza para comprar remedios. (...)

Además nos sentimos demasiados aburridos porque estábamos acostumbrados a salir y compartir con más personas y divertirnos y yo no he podido seguir trabajando en lo mío.

Carmen Rosa Valdivia Veliz
Nogales, Valparaíso, 64 años

❁

(...) En esta cuarentena he tenido muchos sentimientos encontrados, por una parte tranquila porque hemos tenido todos los resguardos y por otra parte preocupada por mi mari-

do y mi hija que continúan trabajando, arriesgando su vida y la de su entorno por miedo al contagio.

Lidia Olivares Olivares
Nogales, Valparaíso, Sin edad

❁

(...). De qué sirven las palabras bonitas hacia los adultos mayores cuando en la realidad recibimos pensiones miserables y no tenemos derecho a ningún bono de invierno, de emergencia covid-19 y tantos, estamos desprotegidos.

A todas y todos les pido que tomemos conciencia y nos cuidemos y cuidemos a los demás, un poco de solidaridad y empatía, no esperemos que nos toque a nosotros o familia para tomar conciencia de esta gravedad.

Espero en Dios que nos proteja y nos permita que al término de esta pandemia nos ayude a ser mejores personas, poder abrazar a nuestros seres queridos y tener un mejor vivir en nuestra comunidad.

Gracias por esta oportunidad de poder expresarme.

María Luz Olivares Olivares
Nogales, Valparaíso, Sin edad

❁

(...). Mi viejo lo veo cada día más decaído, no deja de ver las noticias y se apesadumbra cada día más por ello, así que he inventado jugar todos los días al naipe y hemos apagado el televisor a la hora de las noticias, y mientras tomamos mate con algo rico pasamos las horas haciéndolas un poco más llevaderas.

He ocupado mi tiempo leyendo, actividad que de siempre ha sido mi hobby favorito, he rescatado mis libros que estaban rezagados en el mueble lleno de polvo, algunos que leí hace más de diez años y ha sido como reencontrarme con antiguas historias ya olvidadas en un rincón de mi memoria.

Sonia Delgado Briones
Puerto Aysén, Aysén, 66 años

Tristeza siento por esas personas que están enfermas, sin una palabra de amor, que mueren tan solitarias, tal vez lloran, sienten dolor.

Las emociones van y vienen, pero también hay que darle su tiempo y término a la tristeza porque se puede convertir en depresión.

Es bueno llorar, pero más rico reír, bailar, tocar un instrumento, rezar, componer canciones, escuchar música. Me liberan, me siento liviana y mi estado de ánimo se siente libre.

Tengo esperanza porque vamos a crecer y tenemos la oportunidad de un mundo mejor.

Cuando todo esto pase espero que recordemos lo importante que es estar sano. Todo es incierto en la vida, pero la salud es número uno en prioridad.

Han sido días difíciles, complicados y largos, pero con paciencia y creatividad se hacen más llevaderos.

Mónica Aros López
Valparaíso, 66 años

(...) La soberbia del ser humano ha traspasado por mucho los límites de la prudencia. Hoy estamos enfrentados a esta pandemia y no por ello ha disminuido la soberbia humana.

¿Qué nos depara el después, tendremos un sano despertar, un cambio social real?

¿Tendremos un equilibrio ético entre lo que se crea, produce y gana en partes más justas?

Es mi pregunta y mi deseo.

Y tú, ¿qué piensas?

Pienso y creo que para este cambio o despertar social debemos elaborar una carta magna sin resquicios jurídicos o legales que permitan a los servidores de los intereses políticos abusar de ellos.

Debemos sin pérdida de tiempo crear una ruta que busque cambios y beneficios.

Mi visión:

Potenciar dentro de un año la carretera eléctrica con energías renovables. Aprovechar el flujo de nuevos capitales que vendrán después de la pandemia, los grandes consor-

cios internacionales que buscarán invertir, pero con utilidades justas, no como las de las actuales autopistas.

Beneficios:

Naturaleza recuperando su equilibrio, aire limpio, fin a las zonas de sacrificio, artefactos eléctricos, transporte, agricultura con energías limpias. No más gas, petróleo o sus derivados.

Economía en agua con sistemas de riego inteligentes, calefacción limpia, sin depender de los combustibles fósiles, ni de los recursos forestales.

Carretera hídrica de sur a norte:

Basta del negocio del agua (bien de uso público). No queremos escuchar mas que «no se puede», que es un «gasto inútil».

No soy técnico ni docto, pero me asiste la idea lógica de que se puede. Basta del negativismo de algunos agricultores de la zona central.

Chile es de todos y no de unos pocos.

Ella debe nacer desde las altas cumbres con tranques que acumulen y hagan subir el nivel de las aguas, canalizándolas hacia las cuencas río abajo, donde habrá nuevos tranques y canales de distribución.

Chile debe volver a ser el granero de antaño, debe recuperar a los campesinos que han emigrado a las ciudades por falta de agua y oportunidades. Debe ser el gran exportador de frutas, verduras y de carnes.

Debe potenciar las cualidades de cada zona sin mezquindades, mirando el beneficio de vida y trabajo para miles de ciudadanos, ahora ya.

Sueldos públicos:

Bajo una estricta ley los sueldos de los servidores públicos deben ser justos y austeros.

El ciudadano que se postule a un cargo público sabrá cuánto ganará y de él dependerá aceptar o desistir.

Basta de dietas, sobresueldos, bonos, autos, bencina, choferes, refrigerios gratis en horas de trabajo.

Ministerio de Ciencia, Investigación e Innovación tecnológica.

Potenciar al más breve plazo este ministerio. En ellos está el futuro de los países en este nuevo despertar.

No desperdiciemos la capacidad de nuestros investigadores, permitan que se desarrollen y dejen sus creaciones aquí, no en otros países.

Logrado ello, sea la visión de cada estadista el progreso y devenir de Chile.

La palabra y la acción es tuya.

«Papá, papá, despierta. Debes tomar tu presión y tus medicinas.»
Qué bello sueño.
¿Será posible ello, mañana, cuando se retome el despertar de los pueblos?

Antonio Facundo Aedo Pasmiño
Macul, Metropolitana, 90 años

Soy parte de una *Community*, que vive en este *Absurd planet*, y me considero un *Designated survivor*, que sobrevive en una *Casa de papel* en *Chernobyl*, rodeado de tipos muy poco *Gentlemen*, como *Jeffrey Epstein*, y *Narcos* como el *Chapo* y el *Patrón del mal*, que trafican *White Lines* con un inmenso *Deseo de matar*...

Lo cierto es que nunca en mi extensa vida, yo, poco dado a las telenovelas y las seriales me iba a imaginar obsesionado con tantas películas, series y documentales como en estos largos días de confinamiento.

Leo, hago puzles y sudokus, cocino, pinto, toco la guitarra, lavo la loza, limpio el piso y le paso un trapito a los muebles mientras dura la luz del día, pero al atardecer, muy temprano, pasaditas las seis, cuando la luz deja paso a la obscuridad, me instalo con un tecito y una marraqueta con mantequilla a ver si Tommy logrará salvarse de la difícil situación en que quedó en el último capítulo de *Peaky Blinders*.

No. Por lo menos yo, nunca me imaginé que caería tan bajo.

Jaime Atria Rosselot
Providencia, Metropolitana, 70 años

Jueves, 11 de junio

Pandemia y confinamiento

A dos meses y medio de confinamiento obligado, ya necesito escribir algo para recordarlo siempre. Con más de 80 años, nunca viví algo parecido, pero desde siempre he creído que alguna catástrofe mundial podría afectarnos, porque nuestra frágil humanidad está expuesta a mu-

chos peligros, sin que nos demos cuenta y lo peor..., sin que nos preparemos de alguna forma.

El egoísmo humano generado por el poder no tiene límites y por ser mal visto, se esconde entre discursos y declaraciones, pero está siempre presente entre los gobernantes de las grandes potencias. Por siempre un conflicto armado estaba como a la vuelta de la esquina, pero el mundo será muy cruel con quien lo provoque y la historia lo hará asumir sus consecuencias, como ocurrió con Hitler, después de la segunda guerra mundial.

Pero no solo una guerra nos puede complicar y hacernos recordar nuestra fragilidad. Como vemos hoy, una pandemia poderosa que muchos creemos estudiada, también puede hacer trastabillar a países grandes y pequeños, sumiéndolos en la cesantía, la pobreza y el descontrol.

Todos sabemos que los países grandes gastan sumas siderales en estudio y fabricación de armamento de guerra para ser usado o vendido a países menores y es dable pensar que un gasto menor se usa también en laboratorios, para crear sustancias bacterianas o venenosas para doblegar al enemigo o complicar su existencia. Convivimos con animales raros desde hace unos cinco mil años; y justo ahora aparece un virus pandémico de laboratorio, culpando a los pobres animales. Bien, como sea que haya ocurrido, estamos en junio y todos quisiéramos volver a la normalidad, pero el virus no se rinde, por el contrario, sigue viviendo en situación de calle, sin que nadie pueda controlarlo, ingresa a todos los hogares donde lo llevan y se pasea como Pedro por su casa, infectando y matando a las personas. Las razones son varias. El poder del bicho para sobrevivir es la principal, por eso, creo que fue fabricado. A la fecha no hay cómo eliminarlo, solo dicen que hay que controlarlo, lavándose las manos, vivir distanciado de los demás y usando mascarilla. Pero las cifras siguen llevando todas las estadísticas en un ascenso vertiginoso de contagios y muertes, como nunca habíamos visto. ¿Cómo vamos a parar esta cosa?... Todos lo saben; pero nada resulta. Por lo tanto tendré que usar este confinamiento para pensar quiénes son amigos y enemigos del virus; así sabré cómo debo cuidarme para llegar a la normalidad sin pasar por la intubación, los ventiladores mecánicos y los paseos a hospitales lejanos donde quizá podría terminar mi vida.

Nunca quisiera olvidar los acontecimientos de estos especiales días y en especial el comportamiento de la gente y las autoridades de mi país que bien o mal, sobreviven en condiciones muy difíciles y expuestas a la crítica del hoy y el mañana.

El Gobierno: creo que hace lo que puede frente a un acontecimiento desconocido. Está obligado a repetir lo que hacen, o han hecho los demás, pero nuestra idiosincrasia es diferente y retrasa cualquier progreso para controlar la epidemia, porque no respeta la normativa legal y hay problemas anexos como combatir la cesantía, beneficiar a la gente sin recursos, importar implementos médicos de control de la bacteria y atención de los

enfermos. Hay que ampliar los centros hospitalarios y evitar de todas formas los reclamos de la gente y las críticas de los adversarios políticos

El ministro de Salud: lo veo muy llevado de sus ideas y lo creo poco consecuente con las necesidades del país. Hace muchas semanas algunos alcaldes le solicitaron una necesaria cuarentena en su comunas... Los ignoró y dejó pasar el tiempo hasta que el número de fallecidos se multiplicó varias veces. Valparaíso es el mejor ejemplo de todo esto.

La ciudadanía: en general todos la han pasado muy mal. Más de un millón aquí están desempleados y algunos sobreviven en condiciones difíciles recurriendo al engaño y a ocupaciones incómodas como el comercio informal, tramitando y recibiendo la ayuda aprobada en varios proyectos. Los países más afectados son los que tienen una población más rebelde a las normativas. Desconocía que mis conciudadanos fueran tan porfiados en someterse a las leyes y reglas de seguridad, tan útiles como necesarias. Inicialmente los detenidos eran más de mil cada noche por toque de queda. En dos meses la cifra ha bajado, pero aún son cientos los que desafían la autoridad y la ley y son detenidos cada noche con las innecesarias pérdidas de tiempo que producen.

El control policial: las leyes son para cumplirlas, pero los porfiados no lo entienden. La policía por dedicarse a controlar las calles por la pandemia, le ha entregado espacios a la delincuencia y el narcotráfico, creando un daño similar a la pandemia, siendo necesaria la intervención de las fuerzas armadas y aun así, hay quienes siguen desobedeciendo la ley.

La televisión: el pilar fundamental de la información creo que ha fallado. La pandemia ha servido para que algunos periodistas se sientan orgullosos de lucirse; más que cumplir su deber de informar y educar. La búsqueda de «la exclusiva» ha desordenado su actuar, entrevistando a personas que para tener importancia han usado sus cargos y títulos en confundir más que para enseñar. Algunos han llegado a decir que todo lo que se ha hecho está malo, que las mascarillas no prestan utilidad, que el coronavirus pasará cuando se haga lo que «ellos dicen». Pobres profesionales, ¿quién habrá revisado sus títulos antes de entrevistarlos? Sus dichos solo han confundido a la gente que insiste en no usar la mascarilla e ignorar las normativas básicas establecidas. (...)

Luis Allende Guajardo
La Florida, Metropolitana, 81 años

Viviendo con la boca tapada

De nuevo en casa y de nuevo en cuarentena.
Se siente raro este ambiente, esta ciudad que ahora medio funciona en medio de esta pandemia que llegó y parece no querer marcharse.

Además, hace rato que siento que mi ciudad, esta ciudad, oprime, reprime y comprime y hace trizas tus metas, pero curiosamente me permite también sentir que vivo como si fuera un extranjero. Amo ser extranjero en esta extraña ciudad de edificios de cristal, que ha cobrado un tono sombrío, sin vida, donde todos caminan apurados y mirando hacia el lado, con la boca tapada, tal vez recordando los días pasados en donde podíamos aglomerarnos, abrazarnos, tocarnos con descaro y con deseo. Y tal vez no lo hicimos.

Tengo una flor desconocida en mi balcón y acaba de florecer por segunda vez este mes y ese simple y maravilloso detalle me pone contento, me hace sentir como más pleno que en otras épocas.

He tomado la decisión de retomar la escritura de este diario, donde quiero dejar constancia de estos días extraños que estamos viviendo (o acaso, sobreviviendo) y que se estiran melancólicos. Reconozco que hay muchas ocasiones en que no siento ganas de escribir, en que no tengo claro el propósito de escribir todo esto, ni siquiera sé si todavía tengo información en proceso.

Mi hermana me mira y sonríe cuando me visita y me desafía. Dale, flaco, me dice, escribe y relata estos días atroces, para que mañana cuando leamos estas páginas miremos hacia atrás con tristeza por los que nos dejaron y por lo que nosotros dejamos. Y lo dice mientras se acomoda su mascarilla porque ya se acerca la hora del toque de queda y ella ha salido de casa únicamente porque debía comprar medicamentos. Y anda trayendo un extraño e increíble sombrero con plumas. Y dice que si se muere de coronavirus la tienen que encontrar elegante y bien maquillada, que no permitirá de ningún modo que la vistan a gusto de la funeraria de turno.

Después, cuando mi hermana se ha ido, retomo este diario y de pronto, no sé bien por qué, me acuerdo de Leonardo, de mi viejo y querido amigo Leo, que está complicado con sus achaques, con un tratamiento demasiado invasivo que lo tiene deprimido y al que no logro ubicar por teléfono, porque cada vez que llamo me contesta una grabación que me deriva a un buzón de voz. Y yo me niego a conversar en el aire, sin tener una contraparte, sin un referente que me dé la certeza de que le importo un poco. Yo lo he visto padecer y sufro inenarrablemente por él. El Leo me enseña que para cada persona el límite de

lo soportable es tan diferente y ambiguo. Me hace pensar hasta dónde está uno dispuesto a resignarse por vivir, así de sencillito, por seguir acá jugando a esto, dónde termina el deseo de verlo seguir jugando y empieza el egoísmo de no soportar la pérdida.

Y casi al cerrar este escrito, no sé bien por qué, recuerdo que una vez mi sobrinita me preguntó si podíamos ir a la luna. La abracé con todo cariño y le dije, no sin algo de tristeza, que solo podía señalársela con el dedo y entonces ella me apretó fuerte y se acostó en mi hombro. Ese detalle me desarmó, porque me gusta que me mimen. Pura ternura, diría alguien.

Más tarde

Recuerdo que tengo deudas impagas y que me he prometido arreglar el desorden de mis libros y mis carpetas, pero de solo mirar ese montón de papeles y esa tonelada de textos desparramados me devuelvo y retomo este escrito, a pesar de todo, del frío que comienza a colarse por el balcón.

Pienso en mis pocos amigos, los sobrevivientes como los denomino, aquellos que pasaron hace rato la prueba de la blancura, que me demuestran que la amistad es un sentimiento muy arraigado en lo profundo. Sentimiento pocas veces imaginado. Esos amigos a los que añoro ver, tocar, abrazar como se hacía antes de esta peste maldita que carcome en silencio y de manera hipócrita, desarmando nuestras certezas.

Víctor Mario Bórquez Núñez
Antofagasta, 60 años

❁

(...) Y cuando todo parece normal, viene «el estallido social» y de nuevo dificultades y cosas jamás vistas. Mis hijos me decían «mamita no salgas sola a la calle», porque yo tenía muchas actividades: grupos de canto, reunión con los adultos mayores, talleres de manualidades, vida sana en los consultorios y, en fin, todo lo que sirve para estar bien.

De pronto viene la parte más complicada de mi vida, el covid-19. La ultima vez que fui a la iglesia fue el 15 de marzo y eso ha sido fatal para mí. El 23 de marzo al encierro, sin salir a ninguna parte por miedo al contagio, no poder visitar a nadie, no recibir visitas, solo por teléfono y la verdad que al escribir todo esto las lagrimas no las puedo retener. Es mucha la pena, sin poder visitar a una de mis hijas que se enfermó y como madre, quería estar con ella.

He tenido que adaptarme a la situación, vivo con mi hija menor y ella hace lo posible para que yo este bien. Si hay que salir, lo hace tomando todos los resguardos que amerita la situación, gracias a Dios tengo buena salud y espero que pronto pase todo esto. Dios en su misericordia infinita hará que vuelva todo a la normalidad.

Hay muchas cosas que escribir, pero faltarían hojas para hacerlo. Así que hasta aquí lo dejo, esperando que todas las personas que amo pronto pueda verlas y abrazarlas.

Betty del Carmen Negrón Ojeda
Puerto Montt, Los Lagos, 72 años

❁

Mi sentir, mi pensamiento y mi dolor de lo que nos tocó vivir al mundo, ojalá fuera irreal pero por desgracia es verdad y hay que resistir, a pesar de todo tengo la suerte de que estoy feliz, he aprendido tanto que tengo el corazón lleno de amor y acompañamiento. Nunca pensé pasar con mi hija menor y mi nieto, que les había dedicado poco tiempo a lo largo de la vida, por razones del destino. Lo primero que aprendí fue a empezar a sentir conformidad por la ida de mi hermana y marido, siento un poco más de tranquilidad. Para mi cabeza y corazón había sido muy pero muy tremendo, porque sus agonías fueron muy grandes y yo no aceptaba la partida de ellos. (...)

Es lindo cómo la creatividad surge, nace y se puede realizar, se puede con tan poco... (...) Es lindo ocupar todo el tiempo en estos tiempos. Es linda la conexión, de ahí parten todos los momentos de alegría y olvido de lo que estamos viviendo.

La importancia, desde una hebra de hilo, hasta una hoja de mi árbol, las siento y veo bellas y amo de tener este árbol vivo y jamás lo había mirado de la forma en como ahora y lo que significa para mí. Todo lo que tengo, desde mis hijos, que son lo más grande, hasta la última pequeñez son importantes y no quiero nada más. (...)

Norma Lucero Rambaldy
Puente Alto, Metropolitana, 68 años

❁

(...) Una amiga tiene un criadero de alpacas. Esquila, hila, teje preciosas prendas para vender y vestir a personas las cuales se ven muy elegantes, pero con la situación actual quedó muy pensativa y casi inactiva. Se reinventó: con su esposo caminan cinco kilómetros a diario, dos y medio de ida, dos y medio de vuelta aunque llueva, usando su equipo para la ocasión. Llegan a casa más que felices, cuenta ella que todo le parece diferente, como nuevo. Antes no tenia tiempo para observar solo miraba.

Norma Elba Carrasco Moreno
Frutillar, Los Lagos, 72 años

❁

Hoy se cumple el día cien desde que se reconoce el primer contagiado en Chile, momento en que empiezan a llevarse las estadísticas de control de esta pan-demoníaca, las cifras no son muy alentadoras, según vemos en la TV, 5.596 nuevos contagiados, llegando a un total de 154.092 y qué decir de los fallecidos, hoy 173 compatriotas (en un enredado y nuevo método de conteo implementado hace pocos días), llegando a un total de 2.648 conciudadanos de todas las edades, que partieron en un viaje sin retorno. Así como vamos estaremos llegando en pocos días más a cifras exorbitantes..., no se ve solución. Mañana viernes 12, desde las 22:00 horas, empieza la cuarentena total acá en Valparaíso (y también en Viña del Mar), esperemos a ver qué pasa en este puerto.

Un día más, casi calcado con los anteriores noventa y nueve, no sé qué se nos ocurrirá con eNe para seguir adelante con nuestras vidas de adultos mayores, y a pocos años de entrar a la cuarta edad... Por lo menos esperamos sobrevivir a esta crisis sanitaria y seguir disfrutando de los años que falten para nuestro final.

Copy Paste y tendremos otros cien días de pandemia, ojalá que con «caso terminado» y coronavirus o covid-19 derrotado y con vacuna lista para el 2021.

Francisco Piña
Valparaíso, 74 años

❁

Hoy, en un rico día de lluvia, que se agradece con esta sequía, inicio un escrito de mi vivencia en esta pandemia tan inesperada y que nos ha golpeado tan fuertemente a los adultos mayores, no por serlo sino porque hemos sido los más nombrados y golpeados, pero somos los que más nos hemos cuidado. Agradezco que nos hayan considerado .

En estos días leí un artículo de Alberto Fuguet que me interpretó, él recibía un comentario que decía «toda la noche hago la noche», como algo premonitorio, se refería al eclipse de sol, que por muy hermoso que fuera que el día se hiciera noche, esto había traído algunos acontecimientos muy tormentosos, que algunos afectaron a nuestro país como el estallido social del 2019 y el coronavirus a nivel mundial. (...)

Nancy Vergara Benvenuto
Linares, Maule, 76 años

Epílogo de un pasar confinado

Qué podré relatar de mi existencia cautiva en este postrero tramo de mi vida, más que una faena atrevida, prima de la conducta del ocio, al pretender que de alguna forma y en alguna medida, la voluntad más que el talento, pueda concebir una acertada narrativa. Ostento un dormir breve e intermitente por una vejiga inquieta para nada prudente, los sueños son exiguos y solo percibo estribillos redundantes; el propósito, despabilar mi mente, no por una oración prorrogada, sino porque ya es tiempo de una evacuación pendiente. La luz del alba es mi señal al despertar, seguida de un desayuno frugal, el paso por la reguera es crucial, activa el cuerpo y pone a la mente a bregar, la tenida acostumbrada espera a ser calzada, para afrontar un nuevo trajinar. En el ocio, la lectura, la música clásica y el clamor de los amigos mitigan mi desazón, solo el sostén de mis libros: por leer, en lectura y los leídos, hacen que este involuntario aislamiento físico sea menos sufrido: Mistral, Martel, Nietzsche, Kraus y Eger han venido a auxiliar mi razón. Otro aderezo seductor son la armonía nostálgica de los eslavos, con la que atiborro mis oídos y desenfreno mi corazón angustiado; me trasladan a la niñez, al recuerdo de mi padre, quien me enredó en el gozo de estos acordes, nunca malogrados. La melancolía aflora, el palpitar se acelera, el rubor me encuentra y tímidas lágrimas salpican mi rostro colmado de

pena; me desahogo con la escritura de cuentos y poemas, especialmente de la niñez, de la memoria de mi madre, en fin, de los recuerdos más vívidos que se tropiezan en mi consciente. (...)

Fernando Squella Narducci
Viña del Mar, Valparaíso, 71 años

❁

Observo y comparto

Los días parecen ser los mismos, pero no lo son. Desde mi ventana observo, miro y busco lo distinto en la naturaleza, en el movimiento y quehacer diario de la ciudad o en la cotidianidad de los vecinos. El cielo y el mar cambian su color y aspecto, de un cielo poblado de cúmulos —esas nubes de algodón que viajan a paso pausado— pasamos a marejadas violentas, a goterones de lluvias matinales o a calurosos días estivales, extraños en este otoño pandémico. Hay días de gaviotas tumultuosas y ruidosas, otros de silentes palomas, hay días tristes. Reconozco el sábado, día de ensayo de mi vecino saxofonista que irrumpe con su melodía: un aire de jazz conocido que me hace tararear y sonreír.

Me gusta esta tranquilidad. Los correos y cronogramas de mi trabajo interrumpido se han convertido en interesantes y entretenidos WhatsApp de mis amigas y familiares. Ellos aportan y comparten generosamente entrevistas y mensajes que ayudan a conocer mejor este virus y a llevar nuestro día a día saludable y pacientemente. Palabras, imágenes y música nos acercan diariamente en estos tiempos solitarios para algunos y de reflexión para muchos.

Ana Judith Bastías Jaimes
Viña del Mar, Valparaíso, 62 años

❁

18:30 H.

Y la tarde está oscura fría y triste, a través de mi ventanal veo lo mismo de siempre: un par de palmeras. El cerco verde de laurentinas y unas cuantas hortensias enve-

jecidas. Yo también estoy envejeciendo lentamente en el tránsito por la pandemia, sobrellevando la cuarentena, asumiendo y cumpliendo rigurosamente las medidas sanitarias.

Como jubilada del sector salud, creo conocer los riesgos a los que nos exponemos y que desgraciadamente hay mucha gente que hace caso omiso a las medidas básicas que todos conocemos y los contagios aumentan.

No quiero ponerme triste..., pero mi gran preocupación: mi hija, que también siguió el camino de la salud y está en la primera línea, dándolo todo en el hospital de la UC, sin vernos desde el 15 de marzo, a mis preciosas nietas de un año y ocho meses y tres años, alrededor de 75 km nos separan, mi esposo trata de entretenerse viendo tele, sé que está pensando lo mismo que yo: en su hija y sus queridas nietas. (...)

Y como no quiero ponerme triste, recurro al instrumento que me acompaña desde mi infancia y me transporta a momentos más agradables, un acordeón, interpretando en él la canción que ha vuelto a sonar como himno de la pandemia: ¡resistiré!

Guardé el acordeón y me acosté. Dormí pensando en que hay muchas personas sufriendo, durmiendo.

Sin techo, sin abrigo... (...)

María Elena Ojeda Bustamante
Machalí, O´Higgins, 68 años

Hoy supe que un amigo al que conozco de recién nacido está con covid, grave y ventilación mecánica, tiene 52 años, su esposa e hijo también contagiados. Su mamá me escribe contándome. Mañana llamaré por si tuvieron noticias.

Alguien dijo un día: todos vamos a tener un familiar o un conocido que se contagiará. Ya murió un conocido de mis tiempos de Liceo, su señora contagiada lo pasó en su casa y en una semana estaba bien. Él no resistió, casi dos meses luchando.

Alicia Leiva Flores
San Antonio, Valparaíso, 68 años

Purgatorio

Es de noche y tarde, pienso en profundo silencio.
Alguien me contó un día, que con los años se crece en sabiduría, se piensa más y se duerme menos. (...)

De pronto... El lastimero maullido de un gato me sobresalta, gime, tiene el alma fría, hambre de amor en sus entrañas. ¿Estará herido? Es la angustia misma en el silencio de la noche. Respiro un poco agitada, asustada de mis propios miedos, pero escucho... Se ha ido, ojalá descanse su dolor, ¡es bueno!

Ha dejado de llover, hay calma. Sueño despierta con la miseria humana y quiero ayudar, aunque sea una leyenda. Soy ahora un gran pájaro enorme, blanco y mágico. Vuelo sobre la tierra adolorida regalando calor, salud, alimento, felicidad y amor. Borrar el dolor del alma humana más allá de su prisión enferma sin vuelta atrás.

La juventud es indolente, egoísta, cruel, no enseña nada, pero la vejez..., aniquila poco a poco, sin piedad, castigando los errores en el tiempo final.

Mi espíritu cansado encadena mis ocho décadas sin perdón.

Mira ahí está... Me observa con dolor, la niña triste y solitaria vive en mi vejez y abrazada a su amada muñeca de trapo, mece mi desdén, lloro, río y la acurruco en mis brazos cálidamente, con cuidado y amor. Ahora duerme.

Siempre estará ahí.

Ha pasado mucha agua bajo el puente de mi vida.

Aguas turbias.

Aguas claras.

Aguas tibias.

Aguas frías, que estremecen el espíritu, sepultan el alma, pero este miedo es peor, oscuro, sórdido, injusto y salió de la nada, pegó fuerte en la humanidad que se durmió y despertó en medio de un caos desesperado.

Es mi purgatorio y se llama «pandemia». La Biblia lo anunció, ¿hemos sido tan malos? Reflexiono... ¡Sí! ¡Sí! La verdad, destruimos la tierra y el cielo, pisoteamos la naturaleza y la quemamos.

Nuestro ser primitivo fue mejor, quebramos la corteza del árbol mayor, el planeta ahora llora de dolor.

Mis lágrimas inundan mis ojos y pienso angustiada: ¿hasta dónde podremos llegar?

Me siento encerrada en una celda de miedos que ocultan mi razón, deseo que los niños y los jóvenes buenos puedan cambiar este mundo.

¿Estaré terminando mi misión? (...)

Devuélvenos la paz, la libertad, la salud y la tranquilidad. Monstruo virulento, ¡basta ya!

Cecilia Isabel Oyarzún Gaymer
Vitacura, Metropolitana, 76 años

❁

Amanece despejado.
(...) Le envío un video de cómo hacer el punto estrella a Ruty, que me llamó en la mañana. Llamo a Sergio, para decirle qué trabajo quiere hacer Iván en la casa. Hablamos un ratito con los niños.

Hoy no quise ver el reporte diario que dan de la pandemia.

Marion Vera Castro
San Joaquín, Metropolitana, 69 años

❁

Mi padre se llamó Juan Bautista Aguilera Carmona, nació en los inicios del siglo XX, año 1907 en un pueblo del Norte chico llamado Tierra Roja, al interior de Andacollo y Punitaqui. (...) Mi padre tuvo muy poco trabajo en su pueblo Tierra Roja, por lo que muy pronto decidió ir al norte, a las salitreras (...) Además de ir a buscar trabajo a las salitreras mi padre quería conocer a un dirigente gremial, que en esos años en todo el norte se hablaba de él porque defendía siempre en muy buena forma a los obreros del Salitre. Mi padre estaba muy emocionado por conocerlo, cuando llegó al norte encontró trabajo y se dio cuenta de que ya estaban en los finales de la vida útil de las salitreras (...)

Julio del Tránsito Aguilera Hidalgo
Valparaíso, 75 años

❁

Disfruto la compañía de mi hija y de mi nieta y la comunicación con mi familia, ya sea por teléfono o vía Whatsapp.

Y también la comunicación con mis amigas, las antiguas y las nuevas y con mis amigas-vecinas de toda una vida. También está la comunicación con mis amigas, que fueron compañeras de Liceo, colegio en el que estudiamos hasta que terminamos las humanidades, y que también formamos un grupo las Liceanas, y diariamente nos comunicamos, nos levantamos el ánimo... Soy muy feliz de tenerlas, ya que nos conocemos desde los ocho años. Acá tenemos un gran detalle, nos extrañamos mucho. Todos los meses, nos reuníamos en una de nuestras casas a tomar un rico tecito, y ya no puede ser, y eso lo extrañamos, nos hace falta. (...)

Angélica Morales Osses
Viña del Mar, Valparaíso, 72 años

❁

Día muy importante, hoy celebramos cincuenta y tres años de matrimonio. En este nuevo aniversario, damos gracias a Dios que nos ha guiado con buena salud. Compramos una torta, huevos y un poco de cordero (que estaba más barato que el vacuno). Fuimos a dar una vuelta en auto, recorrimos las calles sin poder bajarnos, todo fue extraño, pero recibimos una llamada de nuestro hijo menor y su esposa que estaban esperándonos —sorpresivamente— en nuestra casa. Celebramos con distancia y mascarillas, pero con la alegría de estar vivos. Los otros hijos y nietos nos acompañaron a distancia con sus celulares.

Termino con esto, doy fe que Cristo mueve corazones y especialmente el mío (de 80 años).

Horst Pfeiffer Lück
Talagante, Metropolitana, 80 años

Viernes, 12 de junio

Cuando cerró la puerta, no pensé que sería la última vez que la vería. Ese día Lily amaneció con más energía que nunca. Mientras cocinaba, con la música de su celular a todo volumen, cantaba y bailaba como en sus mejores tiempos de quinceañera. Picaba, revolvía, mezclaba y chupaba la cuchara de palo al ritmo de salsa y merengue como si estos fueran los ingredientes

más importantes de sus variadas recetas y postres. Me dejó varios platos preparados, más que para una cuarentena, para una ochentena. Y la música y el baile siguieron con cumbia, tango y boleros que la ayudaban a hacer de la limpieza de muebles, platos, piso y copas una coreografía que lejos de fatigarla la llevaban también a sus años de incansable bailarina y profesora de danza. Incluso la plancha, que hacía tiempo nadie había ni siquiera enchufado, trazaba pasos de baile en los pantalones, camisas y sábanas que se aplanaban al paso de la plancha. (...)

Pero no hay bien que dure cien años ni viejo que lo merezca. Si bien mantenemos una relación de pareja que ya dura un par de años, Lily tiene su vida armada en Valparaíso. Por los cerros del puerto principal circulan sus hijos, sus sobrinos y sus nietos que no se resignan a la idea de que algún día Lily abandone las escaleras y ascensores del viejo puerto para comenzar una vida nueva con un caballero que si bien les parece simpático, puede arrebatarles la música y los bailes de una abuela que más que su nona es la banda sonora, el baile y alegría que hacen que los cerros de Valparaíso sean algo más que gatos, perros, ascensores, escaleras y un lugar donde los turistas van a fotografiar, fotografiarse y comerse alguna cosita.

No he vuelto ver a Lily. Hace una semana ella también está en cuarentena y tendré que esperar quién sabe cuántos amaneceres, cuántos muertos, cuántos fríos, cuántas tristezas antes de que vuelva a escuchar su canto mientras pica las cebollas, arma un rompecabezas, o cuelga los pantalones, calcetines y camisas que por largos minutos dieron vueltas en la lavadora.

Jaime Atria Rosselot
Providencia, Metropolitana, 70 años

Relato íntimo de un ciudadano de a pie

Estoy cumpliendo junto a mi esposa dos meses de cuarentena entre voluntaria y forzada considerando los cuidados que debo tener a mis 76 años, a lo cual debo agregar dos meses anteriores de postoperatorio del tendón de Aquiles.

Pensé que a mi edad ya lo había visto y vivido casi todo, pero la vida continúa dándonos sorpresas y poniéndonos a prueba.

Es así como ahora el mundo está enfrentando la nefasta promesa de un apocalipsis viral. Unas gotitas de saliva cerraron las fronteras que antes se defendían con guerras. Eso sí, hay

equidad en el contagio ya que afecta a ricos y pobres. Hoy un doctor y un paramédico son más importantes que un jugador de fútbol y un hospital lo es más que un estadio de fútbol.

Estos son días de recogimiento y reflexión ante los momentos que estamos viviendo y en que el futuro es incierto en todo sentido.

Podríamos afirmar que la bola de cristal está empañada.

Los estadios están cerrados, los conciertos se postergaron, no hay misas (¿dónde está la Iglesia hoy?), el plebiscito no es tema, no hay encuentros masivos.

Lo peor de todo es que no hay contacto físico, no hay abrazos ni besos.

No puedo abrazar a mis hijos ni a mis nietos y cómo me hace falta. Quién sabe cuándo podré volver a sentir la calidez y paz interior que produce un abrazo de una persona amada.

Ahora es momento de estar en casa y compartir anécdotas y experiencias pasadas que estaban a punto de ser olvidadas.

Siento a nuestros hijos muy cercanos y preocupados de nosotros. Un regalo inesperado es que mi hijo Gianfranco, piloto comercial, y su familia que habían venido de vacaciones desde la India, donde trabaja, no pudieron regresar debido al cierre de fronteras y están con nosotros. Por un lado un regalo, pero por otro significó la pérdida de su empleo, como le ha ocurrido a millones de personas en el mundo. Pienso mucho en nuestros otros hijos y los acompañamos a la distancia en que a cada cual le toca enfrentar los desafíos que plantea esta pandemia. Es así como Fiorella en Barcelona, Coco en México, Martín terminando su beca en Yale, Michelle cuidando su empleo y Antonella adecuándose como profesora virtual y cuidando a sus hijos van bregando y «picando piedras» en sus jóvenes vidas y aprendiendo a ser resilientes, única manera de avanzar ante la incertidumbre y las sorpresas que nos reserva la vida.

Es así como este enemigo invisible, que no da la cara, que nos puede contagiar a través de un ser querido sin que este sepa, nos ha puesto a cuidar a los más ancianos y a valorar la ciencia por encima de la economía .

Ayer, al salir a buscar el diario vi que mi vecino del frente tenía diarios acumulados de días anteriores. Inmediatamente lo llamé para saber si le había ocurrido algo. En otras instancias tal vez no lo habría hecho. Es así como empezamos a desearle bien al vecino, a ofrecerle nuestro alimento, porque necesitamos que se mantenga bien, que no se enferme. Es que si tengo alimento y el de más allá no, mi vida está en riesgo y es tiempo de solidaridad.

Hemos vuelto a ser aldea y el miedo comienza a mostrar nuestra fraternidad con el vecino, con nuestra guardia del condominio, con la persona que nos trae los alimentos y al despedirnos le decimos: cuídese mucho.

Hoy, la mirada es nuestro saludo. Parece que por mucho tiempo nos saludaremos

como lo hacen los japoneses. Ojalá este virus nos haga más humanos y acordemos un pacto nuevo, como años atrás Yaser Arafat en la Asamblea de la ONU ofreció un ramo de olivos al pueblo judío. ¿Lo lograremos como país? ¿Como sociedad?

Domingo Vaccarezza
Las Condes, Metropolitana, 76 años

❁

Hoy comenzó a llover muy temprano, escuché las primera gotas, tímidas, golpeando el techo. Con el correr de las horas, aumentaron el ritmo; el húmedo ballet de la lluvia estaría saciando la sed de los campos, alegrando con sus besos, el patio y los jardines de mi casa.

No me tocaría barrer hojas, ni hacer ejercicios para estirar piernas y brazos.

Perdón, no te había contado; que hace varias semanas comencé con un ritual de movimientos físicos, para agilizar un poco mi anquilosado cuerpo. Al principio, como un juego ridículo al fondo del sitio, pero después de varios días, noté que ayudaba más a mi agilidad corporal. Ahí, retornó la memoria al tiempo de las excursiones de los fines de semana acampando en las noches, alrededor de una fogata en cerros de la zona, o en carpa en la laguna de Aculeo. Y en los cálidos meses, todas las tardes en la piscina municipal, con entrada gratis. En febrero nos esperaba la playa y el mar. Jamás me quejé de dolores ni de cansancio; era el tesoro de la juventud, con su cofre abierto y dadivoso para nuestra adolescencia.

Esta húmeda tarde salió un sol brillante apartando las nubes, sin embargo no se llevó el frío. Las pozas dejadas por la lluvia asemejan espejos rotos esparcidos por el patio. Es un atardecer romántico, sin besos.

Sentado, con las manos juntas, entrecruzados los dedos, como buscando en el silencio frío de la tarde el recuerdo de una pasión antigua y lejana.

Lamento despedirme, pensaba seguir contándote al oído el silencio amargo de estar preso. Adiós...

Vicente Castro Vargas
Buin, Metropolitana, 76 años

❁

Desperté muy tarde y soñando cosas surrealistas, cocinaba un pastel con una tostadora y por supuesto era un desastre, creo que mi cuerpo ya estaba harto de dormir y reclamaba desayuno.

Son las diez y media y recién termino mi café, entonces escribo. Es un privilegio el balcón que se ilumina lentamente, el sol es muy tierno en su timidez y viene a evaporar el agua y jugar a la fotosíntesis con la flora de la quebrada, hoy el mar es de un azul intenso y está separado del cielo y se distingue muy neto el horizonte. Como cada día saludo a todas mis redes sociales y miro las noticias del wasap, las principales son la asociación Salvemos Las Torpederas, la familia y mis amigas «las Chacoteras».

Hoy entramos en cuarentena y estamos expectantes, los adultos mayores en su mayoría hemos estado en cuarentena y semicuarentena, también usamos mascarilla y guardamos distancia social, no hay nada que reprochar, las salidas son esenciales. Sin embargo el resto del puerto funcionaba en pleno. Creo que faltó una campaña pública, una educación en las calles, repartiendo mascarillas, explicando a viva voz las razones de usarla y de lavarse las manos, hacer test en el mercado, exigir distancia social en las colas, nunca vi a nadie en los pocos lugares en que me tocó estar.

En el borde costero familias completas sin mascarillas, o ella con y él sin. ¡Un chiste!

El trabajo colectivo en salud es esencial, según mi experiencia, en la campaña del cólera, en contra de la pediculosis o la de lactancia materna con monitoras barriales, eran los propios vecinos quienes salían con el equipo de salud.

Es cosa de observar las redes de las ollas comunes o el buen resultado de otros países como Cuba o Venezuela con un concepto de salud comunitaria.

Lucrecia Brito Vásquez
Valparaíso, 66 años

Iniciamos «cuarentena», algo que ni en mis peores sueños tenía en mente. (...)

Este día salí con mi disfraz acostumbrado a realizar compras varias, la ciudad ya no es la misma. Ambulantes de terno y corbata pululan ciertos sectores, mucha gente pide limosna, se ve una cantidad ilimitada de cesantes y también muchos lanzazos, cómo lograr entender que esta ciudad que nunca fue sinónimo de «oasis» hoy esté tan devastada, se huele una miseria macabra. Por lo mismo doy gracias al infinito, que en casa siempre hay un plato de comida, de ser necesa-

rio también hay estufa con parafina suficiente, y agradezco a mi abuela el haberme inculcado la solidaridad como esencial en el diario caminar. No sé si este tiempo es mejor o peor que antaño, solo sé que el pasado ya fue, el futuro aún no ha llegado, solo vivo el aquí y el ahora.

La vida no es recta, tiene sus altos y bajos. Ya he caído, me he levantado, me he reinventado y pretendo reencantarme con una frase de Octavio Paz que dice: «El olvidado asombro de estar vivo»...

Carmen Carrasco Berríos
Valparaíso, 67 años

❁

Pienso en mi cuerpo y en especial en mis piernas. Lo que no ocupamos se atrofia. Bien lo supe cuando me operaron un pie y no pude pisar por tres meses. ¡Tuve que aprender a caminar, no podía dar el paso! Entonces salgo a caminar por las calles de mi barrio que siempre están vacías, no hay riesgo de contagio. (...) Cuando pienso en mi vejez, ruego por tener bien dos partes de mi cuerpo: mi cabeza y mis piernas. Solo así es digna esa etapa final de la vida.

Rosa del Campo Díaz
Quilpué, Valparaíso, 66 años

❁

A mis 93 años de vida, de los cuales podría decirse 83, fueron y son testigos del acontecer nacional y por qué no decirlo, mundial, ello me lleva a filosofar sobre qué es la vida y mirar retrospectivamente el acontecer de existir, que por lo demás es un regalo único e impagable, que no todos aprecian y valoran y muchos malgastan.

Cuántos cambios, cuántos logros, cuántas miserias, cuántos amores. Si me detengo en la década de 1940 y la comparo con ahora, se me presentan hechos, acciones y novedades que jamás soñé.

Félix Gómez Vignes
Viña del Mar, Valparaíso, 93 años

❁

Esta noche llueve casi constantemente. El caer de la lluvia sobre el techo es poético, no hay mejor poesía que el repicar de las gotas. El viento que rumorea y mece los árboles, su silbido memorable. «Sobre el campo el agua mustia/ cae fina, grácil, leve/ con el agua cae angustia/ llueve». «Tardes de hospital», Carlos Pezoa Véliz.

Después de dar los desayunos acostumbrados: perritas, gatos, mi madre «la Fresia», mi hija «la Gatita» y a mi esposa «Pelusita» y de encender la estufa a leña, comienzo a preparar mi primera sesión *online* de terapia psicológica.

Hecho, primera sesión de psicoterapia *online*. Estupenda experiencia: ¡vamos como avión!

Juan Nicolás Arancibia Jerias
Casablanca, Valparaíso, 66 años

❁

En los primeros días, informada de los numerosos contagios y de la ya declarada pandemia por la Organización Mundial de la Salud, no me despegaba del televisor y la radio, de los cuales paulatinamente me he ido alejando. (...)

Destaco, y creo que muchos lo han visto en sus pantallas, las aguas cristalinas con pececitos en Venecia, delfines en nuestras bahías, cielos azules en China y animales diversos visitando calles solitarias en cuarentenas oscuras en Nueva Delhi o Santiago de Chile. Sí, esa es la cara amable de la pandemia, mientras que la pobreza y el hambre ya han ingresado a millones de hogares en este nuestro continente. También ha afectado a inmigrantes y a miles de personas que viven en la calle.

Ana Judith Bastías Jaimes
Viña del Mar, Valparaíso, 62 años

❁

Yo creo que escribiré hasta el domingo no más para que mi hija pueda descifrar mis patas de gallo y lo pueda enviar a tiempo para que se rían un poco de mí.

¡Por fin llovió! Y fue bastante, lo que se agradece porque es grande la sequía que tenemos aquí.

Me levanté tempranito para ir por mi nana, porque como llovió, dice que no puede venir a trabajar porque si se moja se puede resfriar...

Elba Leonor Salinas Jazme
Limache, Valparaíso, 73 años

❁

Irrumpió en el cielo una enorme nube negra que comenzó a dibujarse en el contraste azul, a medida que se apoderaba del espacio iba adquiriendo la forma de un frondoso árbol repleto de frutos a punto de desprenderse. Y empezaron a soltarse los racimos primero y luego, se descolgaron cada una de sus gotas de llanto y, a medida que descendían, se iban transformando en una lluvia de lágrimas que caían al mar. No se sabe el por qué de tanta tristeza.

Así llegó a tus pies esa oleada de espuma y lágrimas, a lavar tus pecados. Ojalá que alguno haya valido la pena.

Marta Alicia Mera Figueroa
Viña del Mar, Valparaíso, 69 años

❁

Hoy recibí un email de una amiga que vive en Inglaterra. Ayer murió su marido, que estaba con un cáncer terminal. Preferí responderle por escrito, porque si le hablaba, solo nos habríamos puesto a llorar. Me costó, pero logré hilvanar algunas frases, recordando cosas que habíamos hecho juntos. (...)

Grecia Gálvez
Ñuñoa, Metropolitana, 77 años

❁

Mi capacidad para concentrarme en la lectura es nula. Me sucede desde marzo. Así. De repente y sin aviso, desapareció la lectora de toda una vida.

María Elena Olguín Muñoz
Puerto Varas, 73 años

❁

A eso de las 0:30 horas una esperada lluvia nos despertó con su anhelado sonido sobre las calaminas. Lluvia que se ha prolongado hasta el mediodía de hoy con más de 20 gratos y bienvenidos milímetros de agua. (Debo confidenciar que solo una vez en los ochenta días de cuarentena voluntaria hice una arrancadita hasta La Calera para cobrar mi pensión en BancoEstado. Me llevó mi nieta Macarena en su auto portando mascarillas, guantes plásticos y alcohol gel para evitar contagiarnos).

Aliro Caupolicán Flores
Nogales, Valparaíso, 88 años

❁

Siendo las 0 horas. Inicio este diario de vida.

Primero que nada, me motiva el deseo de querer dejar un testimonio de lo que ha sido hasta aquí está experiencia de vida, que la verdad hay momentos en se siente mucha impotencia de tener que depender de otros para hacer mis cosas que hasta hace poco las hacía yo misma, por ej. ir de compras al supermercado, feria, como también ir a visitar familia, amigas, viajar, ir al gimnasio, asistir a reuniones, etc. En realidad ha sido un cambio en 180 grados, todo cambió en muy poco tiempo, no me dio tiempo para asumir lo que se venía, siento que quedaron tantas cosas, tantos planes, tantos proyectos sin concretar ya sea con la familia, con mi grupo de Adulto Mayor, con mis hijos, con mis hermanas con mi pareja y a él tuve que pedirle que regresará con sus hijos ya que sentí que no podía asumir esa responsabilidad de cuidarlo a él y cuidarme yo... En fin, han sido mucho los cambios que esta pandemia trajo a mi vida y a la de todo mi entorno... Y sé que a todo el mundo le cambió su existencia a unos más que a otros.

A veces, me siento perdida, que esto va de mal en peor, se siente una desolación y angustia tan grande que aprieta el pecho y es entonces que pienso en las personas de mi

grupo que están solas, les llamo y hablo un ratito con ellos para sentir que no estoy sola y hacerles sentir lo mismo a ellos. También envío mensajes a mis hijos nietos, hermanas amigos y de esa forma me ayudo a pasar el tiempo y sentir que también les importo y eso me ayuda a seguir viviendo el día a día. (...)

Pero debo decir que son muchas las cosas que siento que vamos perdiendo, por ej. en mi grupo de Adulto Mayor falleció un socio, Juan Guillermo, muy querido y muy especial para todos, siempre estuvo muy preocupado de todo lo que significaba una buena convivencia entre todo el grupo, realmente nos marcó mucha esta sorpresiva partida, dos horas antes vino a mi casa conversamos un ratito y expresó su enojo y aburrimiento que esta PANDEMIA produjo en su vida y dos horas más tarde me avisan que había fallecido de un paro cardíaco, era para no creerlo.

También siento que en la parte personal se me ha cerrado mi círculo social que era lo que me motivaba el día a día. Participaba en grupo de gimnasia, en grupo de pintura en taller de tejidos en grupo de Adulto Mayor, los fines de semana nos juntábamos con mis hermanas y familias a compartir una once una celebración y visitaba a mis hijos, salía con mi pareja etc. Y de pronto todo eso no está, desapareció, y eso hace que sienta que se me están acabando las fuerzas.

Clemencia Chacón Gutiérrez
Linares, Maule, 68 años

Sábado, 13 de junio

Cómo nos ha afectado la cuarentena
Me he puesto a pensar sobre esta tragedia que estamos enfrentando y que a nosotros los adultos mayores nos mantiene encerrados en nuestras propias casas. Todo se puede resumir en una palabra: soledad.

Antes de la pandemia mi vida tenía las emociones del trabajo cotidiano y del contacto con las personas. Desde que se declaró este problema el tiempo se me ha hecho más largo y con poco sentido.

En un principio todos decían que teníamos que encerrarnos, que a los abuelos no se les debía visitar y solo verlos desde lejos, porque de esa forma nos cuidaban de la enfermedad, es ahí cuando empezó la pandemia de la soledad.

Yo habitualmente iba a la iglesia para hacer oración y compartir con los hermanos, me juntaba con mi grupo de adulto mayor para compartir una tarde de conversación y

recreación, iba al centro de día para hacer gimnasia y tomar cursos que nos ayudaban a llevar con mejor ánimo la vejez, me visitaban mis hijos y nietos. Pero todo eso cambió, de un momento a otro, encontrarse con otras personas era peligroso y solo la distancia nos podía mantener seguros.

Mis hijos están grandes y cada uno en su casa, mis nietos están estudiando o empezando a trabajar, dado que el choclo se ha desgranado, la soledad suele ser la peor compañera.

Me ha costado conciliar el sueño, porque me desvelo mucho y paso mala noche, he extrañado mucho a las personas con quienes compartía habitualmente y hasta la hipertensión me volvió a hacer pasar momentos desagradables.

Aquí encerrada en mi casa me ha acompañado la *Pelusa*, que es mi perrita, la que normalmente está en el patio, pero en estos días la he dejado entrar a la casa más seguido, le hago unos cariñitos y luego se va. La mayor parte del tiempo lo he dedicado a mis trabajos de artesanía en telar, la costura y el pintado decorativo, también he tratado de leer más. Escucho radio, pero no me gustan las noticias porque me dan susto, prefiero escuchar música cristiana y ver algunas teleseries turcas, que son mi segunda compañía.

Tengo miedo de que alguien de la familia se enferme de este virus o que algún integrante del grupo de adultos mayores lo esté pasando mal, porque sé que si eso ocurre, no lo podremos ir a visitar o a entregarle alguna ayuda, como normalmente hacemos.

Mis hijos me llaman por teléfono todos los días, al igual que mis hermanos, se nota que hay preocupación de ellos, pero no es lo mismo que cuando uno puede estar con su gente sin temores. Ahora estoy un poco más acompañada, pero solo espero, Dios mediante, que pase pronto todo esto para reencontrarnos sin temores, darle la salida a doña Soledad y poner el mantel largo.

María Isabel Romero
Linares, Maule, 81 años

❁

Miro el calendario y cuento los días... suman ochenta y cinco.

Casi tres meses de buenas y malas noticias, de quejas y agradecimientos, de dimes y diretes, como diría mi madre, de controversias y acuerdos...

Pareciera que este virus vino a dejar en evidencia lo que siempre se supo pero nadie quería reconocer.

En la gran mayoría de los países la pobreza sigue siendo el mal cotidiano. Salud, educación, trabajo, nunca han estado al alcance de todos.

Cómo nos cambió la vida... Hace unos meses estábamos llenos de planes, de predicciones casi absolutas... Surgían las propuestas sanalotodo desde diferentes voces.

Pero un invisible y mortal elemento vino a poner las cosas en claro, aún nos queda mucho por aprender.

Julia Fuentes Aranda
Quillota, Valparaíso, 73 años

❁

Me miro al espejo y veo mis canas. Ya no puedo ir a mi peluquería de tantos años. Su dueña, también mayor, no puede atender, sus hijos le insisten en que no lo haga. Ella lo vive con dificultad, le hace falta esa distracción, está sufriendo aún la partida de su marido hace un año, más otro duelo reciente en su familia. Hablo por teléfono con ella y me parte el alma su pena, está muy sola. Cómo quisiera poder ayudarla a mitigar ese dolor y ni siquiera la puedo visitar. (...)

¿Qué tan diferente será mi vida de ahora en adelante? Estoy segura de que en mi vida habrá un antes y un después de la pandemia. Hay una seguridad que voy a perder cuando esté en contacto con muchas personas, el virus me va a penar por el resto de mi vida. Y si se llevara a alguno de mis hijos, aunque no me contagie, se llevaría también mi vida.

Rosa del Campo Díaz
Quilpué, Valparaíso, 66 años

❁

¡Qué belleza! Mirar la cordillera nevada en este sábado 13 de junio en un regalo maravilloso para esta ciudad encuarentenada. ¡Cómo me gustaría ir a caminar respirando ese aire fresco después de la lluvia! Pero sigo adelante...

Lucía Foncea Muñoz
Providencia, Metropolitana, 74 años

El 13 de marzo de 2020, me levanté y vestí para ir a la ceremonia con que el Colegio Médico nos homenajearía a los egresados hace cincuenta años. Me puse un ambo, camisa blanca y una corbata al tono, recordando que ya hacía unos cinco meses que no la usaba, pues a raíz del estallido social dejé de ir a la oficina donde me había refugiado después de mi forzada jubilación de la clínica. Llamé a mis amigos más cercanos y la mayoría no asistiría. Unos argumentaron temor por la posibilidad de contagiarse de coronavirus, otros por flojera, otros por rebeldía y unos pocos por considerar que estos homenajes por cumplir años no tenían ningún valor. (...) Se comentó mucho lo que pasaría con este virus, algunos hablaban de pandemia, otros de una gripe con cifras muy insignificantes de mortalidad. En lo que sí todos concordaban era en que nosotros, todos alrededor de los setenta y cinco años, éramos «el grupo de alto riesgo».

Volví a mi departamento. (...) Me preparé un almuerzo, un café, y me recosté a ver algo de noticias con la secreta esperanza de dormirme.

La secreta esperanza de una siesta se frustró al comprobar que todos los canales de TV habían alterado sus programaciones para despachos desde el exterior donde se anunciaba la pandemia, entrevistas a los de siempre, que tienen una opinión que necesitan compartir y que se sienten poseedores de la verdad absoluta. (...)

Hoy 13 de junio, después de noventa días de cuarentena, en que los únicos contactos que he tenido han sido unas cuatro visitas de mis hijos, tres salidas al supermercado y los chats con mis amigos y familia podría decir que soy perfectamente autosuficiente para mi sobrevivencia física, me refiero a aseo, lavado, gastronomía y satisfacción de poder realizar algunas inquietudes postergadas como la escritura, la lectura, el cine que me ocupan el día. (...)

Yo soy mucho del hacer y poco del ser o estar. Lo que no impide que tenga momentos reflexivos y me desahogo escribiéndolos, como ahora. Pero, se dirán ustedes, ¿qué tiene de reflexivo todo lo que he leído hasta ahora? Más bien, parece un diario de vida de un viejo solo y latero. ¡Es que eso soy!

Sin embargo, debo decirles que pasan por mí pensamientos y sensaciones de miedo, de soledad, de insignificancia, de inutilidad, de ingratitud, de culpabilidad, de arrepentimiento. Como ven, todos negativos. Digo «pasan por mí», porque no son sentimientos permanentes, sino que es un runrún que suena ocasionalmente.

A estas alturas me parece que estoy viviendo un *reality* de lo que será mi vida en mis últimos días, en un futuro no muy lejano, cuando seguramente no tenga la movilidad ni

las capacidades de autosuficiencia de hoy. ¿Necesitaré a alguien que me acompañe? ¿Deberé ir a alguna, «residencia de adulto mayor», como llaman a esas verdaderas bodegas de viejos? Qué sabios son los esquimales, que cuando el anciano desdentado ya no es capaz de ayudar a curtir las pieles con sus dientes, es llevado al bosque para que sirva de alimento a los osos que después servirán de alimento a la familia.

Oscar Fertilio Trincado
Las Condes, Metropolitana, 74 años

❁

(...) Katty: yo era chica y mi mamá era muy buena, hacía comida rica y tejía unos ponchos y mi papá nos sacaba a pasear por el campo a andar a caballo, ahí también me acordé de que mi abuela —cómo se llamaba...— nos hacía calugas de miel y las guardaba en un frasco para el invierno... Pero con uno de mis hermanos —el...— íbamos y las sacábamos, las comíamos a escondidas, pero llueve...

Paola: Mami, qué lindo lo que ustedes hacían cuando niños, eran otros tiempos y ¿qué te parece ahora todo lo que pasa con la pandemia y lo que dicen las noticias?

Katty: Antes las personas eran buenas, tenían lindo corazón, ahora la gente está mala, pelea, viste la noticia, la gente andaba robando... (...) Mi abuela nos contaba cuando éramos chicos, que alguna vez iba a llegar el hombre a la luna pero cuando yo era chica pensé que era un sueño, pero ahora parece que sí llegaron, ¿no es eso cierto?...

Paola: Hay muchos avances ahora, los ves cuando miras TV, ¿te gusta cómo es tu vida ahora?

Katty: Sí, estoy feliz porque tenemos una casa, tenemos comida, estamos sanos, tu papá está con nosotros, tú me cuidas y además que Dios nos cuida todos los días, yo siempre le pido que nos proteja de estos bichos que andan ahora, pero ¿cuándo vamos a ir al médico? (...) He vivido una vida muy linda, he disfrutado con tu papá, tu hermano que me llama, yo contigo, además que fui de paseo al sur y lo pasé muy bien con mi hijo, hacía mucho que no salía de vacaciones, desde que me dio eso en la cabeza, ¿qué era? (...)

Paola: Mami ¿y qué te gustaría que pasara cuando tú ya no estés acá y estés con Dios? ¿Te da miedo eso?

Katty: No porque siempre llega la hora, así veré a mis papás, podría ser que sean ustedes felices con tu hermano y se acompañen, que vayas a tus reuniones de la biblioteca de la plaza Egaña, las de los martes, con tus abuelitos y amigas, que disfrutes de los paisajes

cuando vayas a ver a mis hermanos al sur... Hace frío parece, tu tía dijo que estaba lloviendo... Mira las flores del jardín, la del macetero,café tiene una florcita... Que sigas con tu vida porque parece que trabajas mucho, ¿no es cierto? Pobre estás con tu computador allí escribiendo pero yo veo tele y te acompaño, ¿qué haces? ¿Te traigo un tecito? (...)

Catalina Franco
La Reina, Metropolitana, 75 años

El futuro se ve cada vez más oscuro. Cambiaron al ministro de Salud, todo el mundo opina, ¡hay tantos expertos!, sin embargo, cada día hay más contagiados y sube el número de los fallecidos. (...)

Mónica Celis Morales
Huechuraba, Metropolitana, 70 años

Cada día hay más contagios en nuestro país y los ánimos van desapareciendo, esto nos ha golpeado muy fuerte, no podemos ver a nuestra familia y tampoco a nuestro grupo del adulto mayor, gracias a Dios todo el grupo está bien. (...)

Elizabeth Rojas Oyarce
Curicó, Maule, 72 años

Soñé que estaba en la casa de mi abuela Teresa. Alguien me decía que todos se habían ido a tomar el tren, que solo faltaba yo. Me ponía a recoger mis cosas y escuchaba que me decían que el tren ya había llegado a la estación. Yo respondía que igual alcanzaba a tomarlo porque era una estación terminal, pensaba, y no partiría tan pronto. Pero la estación no estaba tan cerca, y no tenía a alguien que me llevara... Después estaba arriba de un cerro. Tenía algunas cosas en mis manos y un perrito blanco, pequeño. Me disponía a bajar por un lugar escarpado, primero

por un tubo y luego por la huella de una vertiente seca. Me acomodaba en los bolsillos lo que tenía en las manos y tomaba al perrito para empezar a bajar. En eso aparecía la nana de la casa de mi abuela y me ofrecía llevarse al perrito por un camino más fácil, me decía que era un perro muy amistoso. Yo se lo pasaba y bajaba por mi camino difícil. Abajo me estaban esperando unas amigas, para ir a una comida. La nana con el perrito había llegado antes. Cuando desperté sentía que no podía abrir los ojos y estuve un largo rato sin atreverme a intentarlo. (...)

Grecia Gálvez
Ñuñoa, Metropolitana, 77 años

❀

Mi principal hobby, junto a la fotografía, es escribir poemas, con la edición de un libro (500 ejemplares) regalada por mis exalumnos de la Escuela Primaria América de Combarbalá, Fernando Aguilera Alfaro y Mónica Flores. ¿Su título? *Antología poética combarbalina*.

Y como hoy día amanecí con la inspiración asaz agresiva, he aquí su resultado:

Corona lluvia

Lluvia que caes al suelo,
Como muestra del amor
Que maestro buen Padre Dios,
Nos envía desde el cielo.
En ella viene el anhelo
De soñada realidad:
Convertirse en vino y pan,
Miel, leche, frutas y rosas,
La cascada rumorosa
Que nos limpia con su afán.
Segunda lluvia del año
Que acá en la zona central
Nos invitaba a soñar
Y eliminar desengaños
Capaz que le cause daño

A este virus mal habido
Que sin bullicioso ruido
Se ha transformado en pandemia
¡Baje el dolor a epidemia
Y después... solo un ladrido!
Este virus malhadado
Día y noche nos golpea
En la ciudad y la aldea
Sin vacunas ni cuidados.
Es rufián agazapado
Que siembra muerte y dolor,
Angustiante sinsabor
Exasperante tristeza
Sin pan y vino en la mesa,
Sin saber a dónde voy.
Para evitar todo aquello
¡A cuidarnos los ancianos!
Lavarnos muy bien las manos,
Usar guantes con empeño,
distanciar el metro y medio,
para el contagio evitar.
Mantenerse en el hogar,
Usar bien la mascarilla
Como un escudo que brilla
Con su sonriente amistad.
Así del fruto un día
Que Dios nos quiera brindar
Podamos muy bien usar:
Del cuerpo dulce alegría,
Del alma sus letanías
Del espíritu el valor,
De su cálida emoción
Para gozar de Jesús
Aquellos rayos de luz,

Que invaden su corazón.
Amén

Aliro Caupolicán Flores
Nogales, Valparaíso, 88 años

❁

Se nos informa de muertes todos los días. Más hombres que mujeres. Unos por el covid, otros por viejos o cáncer. Compañeros en el extranjero, otros en el terruño.

La muerte corre desde el campo a la ciudad, hambrienta, sedienta, vengativa y traicionera.

Hicimos una fogata y cantamos y danzamos gritando al cielo.

Omar Andrés Rubio Orellana
Limache, Valparaíso, 72 años

❁

Hoy despejado. *Ídem*. Desayuno. Cocino carbonada de mariscos, lavo ropa. Tratamos de entrar a Amazon, por las películas, pero no se pudo, no tenemos *smart tv*. Tomamos once, llama mi amiga Yoli, estaba bien, teleseries *Gilmore girl*. *Ídem*, nada más, todo igual, que año más desperdiciado.

Marion Vera Castro
San Joaquín, Metropolitana, 69 años

❁

covid-19
Pandemia... oh... oh.
En Chile... no... no... Era todo el mundo.
¡Qué tragedia!

Zulema Awad Wehbi
Vitacura, Metropolitana, 92 años

Lo que se aprende en las catástrofes

(...) Antes del año 60, era otro, no solo porque antes entraba a la adolescencia y ahora soy un ser de la tercera edad con 74 años, no, y no es producto solo de la madurez adquirida por el tiempo, no, después del año 1960 y ahora, 2020, especialmente en tiempos de pandemia por el covid-19, trato de continuar siendo agradecido y generoso. He recibido la vida como un regalo la primera vez y ahora, aún vivo, continúo sirviendo de contención y apoyo a cientos de profesores/as que valoran y requieren mi presencia, aunque sea *online* y no en «conversación» estilada en el terremoto del 60.

Quizás el entendimiento y la colaboración que tanto se exige hoy día se haría más simple si fuésemos más aquellos(as) que ya hemos pasado por momentos límites en nuestras vidas y que valoramos no solo nuestra vida sino la de todos los demás primero y luego, la nuestra. Y si no fuese así, que esta epidemia ayude a modificar comportamientos de personas jóvenes, intrépidas que en la actualidad no permiten que personas desvalidas, mayores o «desconocidas», esperen con calma y tranquilidad en la fila que se forma frente a una farmacia. Lo pude presenciar hace unas semanas ya que era una de las personas que requería comprar un par de remedios. Los peatones que debían sortear la fila que hacíamos en nuestra espera, iban apurados y molestos, algunos sin máscaras protectoras; otro, en la misma fila para entrar a la farmacia, paseándose afanosamente mientras miraba el reloj, golpeando los pies, impaciente, inquieto, ansioso. Y para peor, pasa un transeúnte que escupe al suelo a menos de cinco metros de la fila de personas que esperábamos nuestro turno de atención. (...)

Jaime Patricio Calderón Muñoz
Quilpué, Valparaíso, 74 años

Domingo, 14 de junio

Cuento corto de invierno

Viento con lluvia remecen las ventanas de mi departamento. El hombre del tiempo ha sido certero con su pronóstico. Lloverá tres días seguidos. (...)

Hace años me dedico a escribir, de preferencia, cartas abiertas a los diarios y relatos cortos, convertidos en dos ediciones. Libros sin pretensión, sin venta al público. Pertenezco a la Sociedad de Escritores. Me colabora, en encuadernación y arreglo de los escritos, Julia, mujer joven y bella que se desempeña como tesorera de la Sociedad. Es ciega de nacimiento, pero se maneja estupendamente en sus quehaceres. Viene una vez por semana a mi departamento y tiene un gran cariño por mi persona. Me abraza y besa, pero yo no tengo armas para defenderme. Si pretendiera hacerlo, haría el ridículo.

Salgo a caminar. Las veredas, con resaltos inadvertidos, son una trampa para el vejestorio que, si no se fija, aterrizará en el suelo. Las caídas a mi edad son fatales con resultado de quebradura de huesos. Camino lento. La lluvia persistente, a pesar de mi paraguas, moja mi rostro con una agradable sensación. (...)

Aprovecho para visitar a Carmen, colega escritora, amiga del alma, consejera y buena amistad. Casada con Manuel Rengifo, empresario, dedicado al comercio, hombre ignorante en letras, solo amante del buen vivir, con comidas muy regadas y pasares muy dudosos.

Metí mi mano en el bolsillo de mi pantalón, buscando una llave y la introduje en el cerrojo de la puerta que tenía ante mis ojos. Carmen me había pasado una copia y yo le había entregado una copia de la llave de mi departamento. Era para mí un departamento conocido. Previo a aquello, me había anunciado por citófono. Carmen salió a recibirme y me dio un gran beso en la boca.

—He venido de paso —le dije—, para que nos pongamos de acuerdo e ir juntos, con Manuel y Julia, al banquete de la Sociedad.

Le mostré la invitación. Ella tenía una similar.

Yo sabía, desde hace mucho tiempo, que Julia era la amante de Manuel. Ignoro si Carmen lo sabía. Para mí, el respetar la vida de otros era primordial. Luego de tomar un trago ofrecido, arreglar lo convenido y los detalles, me despedí de Carmen.

Miré mi reloj. Eran las 6 de la tarde. Aún llovía. Recién me di cuenta de que había dejado mis compras en casa de Carmen. Caminé largas cuadras, con paso lento, cavilando, y observando el ajetreo de la gente. Me senté en una plaza, en un escaño mal cuidado, con clavos a la vista, que dejaron un piquete en mi pantalón. Los niños, aprovechando el cese de la lluvia, jugaban en el parque helado cuidados por sus nanas. Un vendedor de mote con huesillo, instalado en una esquina, vendía su producto a manos llenas. No faltaban los limosneros estirando sus sucias manos invertidas. Nadie da nada por nada. Un suplementero gritaba: «¡La Segunda!». Eran las 7 y media. Luego de descansar media hora, decidí regresar a casa.

Llegó la fecha de la gran cena. Tal como habíamos convenido, luego de los saludos a

cada uno de los concurrentes, que no eran pocos, nos sentamos ante una larga mesa, adornada como corresponde a tal acto.

De cabecera, Juan Parra Zúñiga, escritor famoso de novelas de crímenes, como presidente de la Sociedad. Al lado derecho, su esposa, Janet, una rubia desabrida, voz ronca y altanera, la que no dejó, durante la cena, ni un minuto de hablar puras tonterías y sandeces. Al lado izquierdo estaba Julia, seguida por Manuel y su esposa Carmen. Por el otro lado, estaba yo, como el más veterano de los comensales. Hubo de todo, buena comida, discursos de alabanza, algunos largos y tediosos. El vino corrió a raudales. Todos felices y risueños. En resumen, fue un acto agradable y de buena onda, empañado, al final por un desmayo del presidente, el que se precipitó desde su asiento al piso, con gran algarabía. Felizmente, entre los asistentes, había un médico, el que, al examinar al caído, exclamó claramente: «Está muerto. Fue envenenado».

Han pasado meses. La PDI no ha logrado aún, luego de largas investigaciones, interrogatorios, análisis en el cuerpo de la víctima, saber cómo el veneno que ingirió Juan Parra fue introducido a su cuerpo. Hay muchas hipótesis, la esposa que estaba a su lado. Un mozo que servía la mesa. Un plato que venía desde la cocina intoxicado. Julia, difícilmente, es ciega. La propia víctima, un suicidio. El caso se ha ido perdiendo. El tiempo todo lo olvida.

En estos años, he logrado ahorrar dinero, para darme un gusto siempre apetecido: viajar a Dubái, capital de los Emiratos Árabes. Realizo los trámites pertinentes y me alisto para ello. Deseo dejar en tierra todo aquello sucedido y cometido con alevosía por otros.

Camino por la losa, junto a una legión de viajeros de diferentes características y razas, en dirección a una gigante nave, cuyas dimensiones enormes hicieron que me preguntara si esta mole sería capaz de elevarse. No era la primera vez que subía a un avión, por ello, la sensación de temor no estaba esta vez en mi cerebro.

Mi ansiedad por lo desconocido hacía que mi mente olvidara el presente. La nave recorrió un extenso trecho, antes de ubicarse en su punto de partida.

(...) Aterrizamos en Dubái temprano, en una mañana calurosa. Dubái es una ciudad emirato de los Emiratos Árabes, con sus rascacielos inmensos y una vida nocturna animada. El billete que portaba para mis gastos, se me hacía cada vez menor. Visité Burj Khalifa, una torre con una altura de más de siete cuadras, ochocientos metros. La Fuente de Dubái, con sus chorros de luces. Las Islas Artificiales, con sus parques de animales marinos. El precio que pagaba en el hotel Dubái, era de US$ 80 diarios. Seis días duró mi estadía. Para mí, fue suficiente.

El regreso fue normal. Allí estaba mi departamento. Julia se había encargado de mantenerlo aseado. Sorpresivamente, aparece en la TV, radio y diarios, una noticia que tendría graves

consecuencias en el mundo entero. Un flagelo, denominado coronavirus, ha aparecido en varios países del orbe. Pocos le dan importancia. Entre ellos yo, que piensa en una noticia como todas, para llenar los diarios y comentarios de la gente en general. Pero no es así. La crisis va en aumento, dejando miles de víctimas en el mundo entero. No existe vacuna para tal virus, debido a ello, en algunos países, como China, las personas mueren como hormigas. Estados Unidos, potencia mundial, se ríe de aquello. Cuán equivocados están. Nuestro país despierta de repente. Estamos hasta el cuello. El pueblo no responde al llamado sanitario de cuarentenas, aislamientos, etc. Todo es una mentira, piensan muchos. La cosa se pone seria, cuando un familiar querido fallece por este virus. La ciudadanía no estuvo nunca educada para esta catástrofe. La mayoría piensa: la comunidad entera que se vaya al diablo. Solo interesa mi familia y yo. A otra cosa mariposa. Y así, el mundo sigue rotando, llevándose millones de cuerpos inocentes al campo santo. FIN.

Renato Norero Valenzuela
Viña del Mar, Valparaíso, 92 años

Hoy más de 6.900 contagiados... 222 muertos. Dicen «fallecidos» para que no duela tanto..., pero duele más. No quiero mirar al mundo. Me aterra, me apena, me estremece. Gritos, llantos, furia, dolor, pobreza, hambre, enfermedad, soledad, vejez, muerte...

Respiro hondo y puedo ver: ¡solidaridad!, ¡esperanza!, ¡sonrisas de amigos!, ¡risas de niños!, ¡miradas y palabras dulces del ser amado!... ¡Vida!

Leticia Avendaño Triviño
Punta Arenas, Magallanes y de la Antártica chilena, 71 años

(...) En mi cuarentena me siento como en un remanso, mucha tranquilidad, relajada, he llegado a sentir que todos los días para mí son iguales, un lunes o martes es lo mismo que un domingo o que cualquier otro día de la semana, es la sensación de vida más plena que nunca había sentido. Haciendo una pequeña reflexión, antes de esta situación, mi vida estaba organizada y programada como un robot, pero como ahora cambió absolutamente el escenario, siento que me he visibilizado y siento mi presencia ante mí misma. Así tam-

bién, he podido ver y sentir como la naturaleza con una humildad divina e infinita está recuperando un pedacito de lo que el ser humano le ha usurpado desde siempre. Por otro lado, me invade un profundo dolor que me desgarra por dentro, al ver y sentir lo que está sucediendo fuera de mi zona de confort: hambre, miseria, enfermedades, muertes evitables, cesantía, injusticias, abusos y violencia de todo tipo, mucho sufrimiento, etc., frente a lo cual gracias a la energía que gobierna el universo, siempre hay héroes reconocidos y otros anónimos que nos devuelven la fe y la confianza en el ser humano.

Hasta ahora he podido enfrentar esta difícil situación sin mayores esfuerzos, en gran medida por mi familia, porque hemos sido siempre organizados, reflexivos, serenos, tranquilos y valientes y honestos para enfrentar siempre juntos las adversidades a través de todas las etapas buenas y no tan buenas que hemos compartido a través de nuestra historia de vida. (...)

Esmirna Riquelme
Villa Alemana, Valparaíso, 75 años

Como estamos en cuarentena total, me asomo por la ventana a ver qué pasa ya que el viernes fue un día muy agitado, bocinazos, alarmas de carabineros para apurar tacos, ambulancias, etc.

Hoy ha disminuido este estrés, ya hay pocos autos corriendo, y gente casi nada, pero sí pasa un helicóptero de carabineros, conté que pasaron como cuatro muy bajos. Me vino al recuerdo el año 1973, el golpe de estado, me asusté mucho. Lo comparé con ese año, todo se me vino a la cabeza, y empecé a recordar mi vivencia de ese año, cuando a mi casa llega el suegro de mi hermana que estuvo detenido en un barco, llego supercallado y a maltraer y no hablaba, yo y mis hermanos éramos jóvenes universitarios e idealistas.

Mónica Barrera Godoy
Valparaíso, 68 años

Se suele escuchar que esta peste ataca, con mayor intensidad, a los adultos mayores. Pero la evidencia en nuestro país no lo confirma, pues la cantidad de fallecidos es mucho mayor entre los menores de 40 años.

(Esto, por supuesto, está sujeto a confirmación en el tiempo).

Personalmente, siendo un adulto mayor bastante mayor, no me siento demasiado preo-

cupado, porque sigo casi al cien por ciento la cuarentena preventiva y los instructivos sanitarios.

Sin embargo, contemplando día a día la evolución en la cantidad de contagiados, en alza constante, solo cabe pensar que esta pandemia es impredecible, y que en esta verdadera «ruleta rusa» nadie está libre de que le toque la bala oculta.

Pero, a fin de cuentas, si me llegara a ocurrir, sería preferible que sea alguien como yo, que ya he vivido y gozado y sufrido de la vida casi un siglo, y no una persona joven con todo su futuro por vivir, sueños, trabajos y familia incluidos. (...)

Francisco Mella Barría
Ñuñoa, Metropolitana, 93 años

Ya van más de cien días de pandemia, nos sentamos a mirar las noticias y mi marido mueve el control remoto, en todos los canales las noticias son las mismas, la cifra de contagiados y fallecidos va aumentando como cada día y cada día aumenta mi tristeza, me siento vulnerable y caen lágrimas, globos blancos en las casas de los que han partido sin un abrazo ni un adiós, sus deudos guardan luto, mientras otros avaden los controles, roban, asaltan, gritan que se sienten abandonados, las ollas comunes, el hacinamiento, muestran las tomas de terreno sin luz ni agua potable, la represión por hacer que cumplan las normas, pero que es normal en estos días, todos estamos luchando contra el contagio, por vivir mientras un virus con aguijones invisibles va saltando junto a la muerte.

Hilda Olivares Michea
Chañaral, Atacama, 70 años

Continúa el control y aparecen los primeros porfiados. La prueba de fuego será el lunes 15.

Faltan pocos días para entregar este pequeño diario a la U. de Valparaíso. Esta iniciativa ha sido de gran ayuda para el desahogo por estos días de pandemia.

El trabajo ha sido muy escaso. A mi amigo que tiene con su familia una empresa con tiendas de sándwichs en la calle lo he notado muy triste. Este paréntesis en nuestra vida cotidiana no tenemos cómo compararlo excepto si lo comparamos con la gripe española al leerlo en los

diarios. Tampoco nuestros padres tienen recuerdo de aquella pandemia. Solo esperemos que pase pronto para salir a trabajar o de viaje o simplemente a visitar un familiar o a un amigo.

Lo que vivíamos antes nunca será lo que viviremos después. Aquel que tenía un buen pasar, mañana no lo sabe, solo presiente un vacío y un fantasma de pobreza que en algún momento había superado. Su casa, su auto, el crédito que tenía casi asegurado hoy no lo sabe. Me siento al lado de Leonor, le tomo la mano y lo que no hago desde hace tiempo, desde niño, recito una oración en silencio.

Hasta pronto, si Dios quiere.

Héctor Octavio Quiroz Yañez
Viña del Mar, Valparaíso, 64 años

Hoy desperté temprano, hay sol, qué rico, pero todavía es temprano, miro el techo, cuento las tablitas y miro toda mi pieza y pienso.

Qué silencio... Solo se escucha el trinar de los pajaritos, los vecinos deben estar durmiendo, como hoy es domingo se levanta tarde.

Para empezar mi día, haré fuego, tomaré desayuno, se ven muchas hojas en mi prado producto del temporal, después de almuerzo las saldré a barrer, saldré solo un ratito, porque tengo que cuidarme, soy hipertensa. (...)

Juana Odette Ríos Vera
Río Bueno, Los Ríos, 69 años

Está lindo el día. Tía Manena nos llama para aconsejarnos que salgamos a tomar el sol.

Pienso en mi vida y me emociona darme cuenta de todo lo que tengo... Me estremece pensar en lo que puedo perder.

Saco a mamá a dar una vuelta por el jardín, para tomar un poco de sol.

Juan Emilio Herrera González
Maipú, Metropolitana, 68 años

Para no olvidar

Es el comienzo de una tarde soleada, sin embargo, observo la playa limpia sin gente. Gaviotas y otras clases de pájaros pululan transparentando sus sombras sobre el agua. (...)

Camino hacia el espejo, me miro por largo rato analizando mi delgadez enfundada en mi bata de color azul. Sostengo en mis manos un libro sentada cerca de la ventana. En ese instante levanto la vista y veo las olas vestidas de espuma que golpean con fuerza la arena.

Estoy sola, agobiada de oír y ver las noticias acerca de la pandemia instalada en todo el mundo.

Me pregunto cuándo volveremos a la normalidad, para estar fuera del peligro de contagio del virus corona.

Luego, me aproximo a la estantería de los libros y decido hojear un álbum fotográfico de la familia. Al abrirlo encuentro una foto de mis hijos y mi esposo Federico, fallecido. Sonrío al evocar épocas pasadas e inolvidables. Pablo y Mauricio, mis muchachos, como acostumbro a nombrarlos. Me llaman a diario preguntándome cómo me siento, si necesito algo. (...)

Aún con el álbum en la falda, continué viéndolo. Siento que la nostalgia invade mi pecho y recuerdo aquella ocasión en que Federico me comentó que podían ir por unos días a Viña del Mar.

Era un caluroso día de enero, año 1974.

—¡Estela! Prepara el equipaje y dile a los niños —me dijo Federico. (...)

Saldríamos temprano hacia la costa. (...)

Momentos antes de salir de viaje, Federico me comunicó que no iría con nosotros, pero que llegaría al día siguiente. (...)

Durante la noche, después de cenar, nos instalamos frente al televisor, aunque la conversación no paraba haciendo planes para el otro día. De pronto, el conductor de noticias interrumpe, para dar un informe especial.

Comunicó la detención de un grupo de políticos y dirigentes sindicales, que habían sido detenidos en una reunión clandestina y puestos en un avión, deportándolos con destino norte del país.

Seguidamente, leyó la lista de las personas detenidas, entre ellas escuchamos el nombre de Federico. (...)

El álbum cayó al piso. Ya anochecía, cerré las cortinas y persianas. Retomé el libro; me acosté pensando en Federico. Él había regresado de la relegación, después de dos meses.

En medio de esa soledad, escuché el estampido de las olas.

Paz Figueroa
Concón, Valparaíso, 79 años

❁

GRACIAS AL SUPREMO HACEDOR.Los tiempos actuales son un misterio. ¿Por qué? Así es, la tranquilidad ya no existe, ni más ni menos, se mueve todo, todo se vence, al punto de hacerte pensar que la vida se complica de la nada, puesto que la tranquilidad se altera, nos hace recapacitar todo lo intangible que es nada menos que el paso del tiempo. (...)

Francisco Javier León Escobar
Rancagua, O'Higgins, 73 años

❁

Estoy con taquicardia, me siento angustiada, espero que pronto se acabe esta pesadilla, no quiero ver la televisión, solo covid-19, muertes y muertes, no hay noticias alentadoras, estamos en cuarentena, parece película de terror, ahora no solamente debemos pasar agosto, debemos pasar la pandemia...

Froilina Carvajal
Quillota, Valparaíso, 65 años

❁

Si hubiéramos pensado que cada uno(a) de nosotros(as) estábamos construyendo un hogar, que sería nuestra cárcel o nuestro refugio (como se sienta dependiendo del momento emocional que estemos viviendo durante esta pandemia), hubiéramos dibujado el lugar de nuestros sueños, en el cual dormir, yacer, jugar, correr, sembrar, vivir, bailar, sentir, comer, disfrutar y tal vez fallecer, esa idea acecha en algunos momentos.

Pero ni en nuestras peores visiones en las cuales tratamos de vislumbrar el futuro, nos imaginamos que viviríamos esta crisis sanitaria, que estamos viviendo en este momentos. Estar insertos en una pandemia global por un virus llamado covid-19.

Llegó de un lugar remoto, Asia, China, Wuhan. Traído por algún viajero desprevenido, al cual lo eligió de huésped, recibido por un Gobierno reactivo. Escuchamos noticias y da miedo encender la televisión, y saber lo que nos trajo el nuevo día. Tres mil fallecidos en Chile, por otro lado se dice que son cinco mil. La primera o la segunda cifra son muchos, tantas familias que están quedando con menos integrantes, tantas familias que lloran sus muertos.

Hace unos meses nosotros mirábamos noticias en televisión y pensábamos que a Chile no le iba pasar, pues estaban preparadas las autoridades para hacer frente a esta tragedia. Vemos que a algunos países hasta el momento les ha ido mejor. Ellos tomaron medidas a tiempo, pero deben ser cuidadosos con la salida de las cuarentenas. Acá en Iquique estamos en cuarentena desde el 15 de mayo del 2020, en algunos lugares, a medida que van aumentando el número de contagiados se van aumentando nuevas ciudades a ellas, pero muchos empleos y empresas están autorizados para funcionar como imprescindibles. También se autoriza a personas para salir de compras, para ir al médico, para pasear a la mascota, por lo que hay bastante gente en la calle, algunos lugares muy concurridos, los cuales no parecen estar en restricción. (...)

Vemos noticias muy trágicas, fallecen personas en la calle, solos en sus casas, o acompañados de su familia, pero se demoran varios días en retirar el ataúd para su entierro.

Gente que tiene cuarentena, o diagnóstico de covid-19 y sale a la calle, puede haber tantos motivos, pero todo es desastroso. (...)

Elba Huerta Bugueño
Iquique, Tarapacá, 67 años

❁

Mi nombre es Margarita y pertenezco al club de adulto mayor Atardeceres de Otoño de Linares. Les contaré sobre mi experiencia en esta pandemia, para mí este virus ha sido muy difícil; ya que me operé de dos cáncer, por lo que estuve hospitalizada durante dos meses en Santiago y salí de alta en enero de este año luego de quince radioterapias en la clínica Irán. Luego de todo esto en febrero tuve un control con el oncólogo y de-

cidió hacerme quimioterapias, la primera de ellas fue el día 4 de marzo, cuando recién empezaba todo esto. Ha sido muy difícil viajar a Santiago, quien me acompaña es mi esposo y hemos debido protegernos con mascarillas, guantes, alcohol gel y sacar los permisos correspondientes; ya que ahora están en casi todos lados con cuarentena. Yo debo tener mucho cuidado y tomar todas las medidas de seguridad antes y después de cada quimioterapia, porque mis defensas luego de ellas son muy bajas y no debo exponerme a ningún virus.

Luego de 21 días en casa me tocó mi segunda quimioterapia el 24 de marzo, debo para ello llegar con la mayor protección a la casa de un familiar que me recibe, me preocupa la responsabilidad que tenemos de protegernos tanto por esa familia para no contagiarlos como para la nuestra; yo vivo con mi hija y mis dos nietas.

Este virus nos ha traído algunas consecuencias, una de ellas es que a mi hija la despidieron debido al coronavirus y más encima a mi esposo le están descontando por su previsión en Dipreca, por todas mis operaciones y tratamientos; ya sea radioterapias y quimioterapias y justo ahora que es cuando más se necesita dinero.

Actualmente llevo cinco quimioterapias, solo me faltan tres. Mi consejo para los adultos mayores es que se cuiden mucho de este virus. (...)

Margarita Crespo Jaque
Linares, Maule, 64 años

❁

(...) He desarrollado la paciencia, la tolerancia, he aprendido a estar en silencio, a pensar más en mí, a contemplar la naturaleza, las estrellas, el sol luminoso, a ver fotos, recordar a mis viejos, mis hijos, nietos, bisnietas. Cuando era más joven tenía mucho miedo a la soledad, pero ahora gozo con ella, me doy mis tiempos, vivo el ocio. Duermo bastante.

Nunca había escrito diario íntimo, bitácora sí, me gusta escribir. De este confinamiento estoy segura de que van a surgir muchas historias interesantes, alegres, tristes, divertidas, para que nuestros familiares lean y me descubran más en mi forma de ser más profunda...

Hay una emoción que está contenida desde el año 73 y es que me cuesta mucho llorar, solo cuando el año pasado me despedí de mis nietos en Barcelona y en Madrid lloré

mucho, desconsoladamente más de media hora, no podía controlarme, ¿sería intuición de lo que se venía?... No me lo explico.

Me hace falta, es una forma de desahogar tensiones. (...)

Rebeca Herminia Villalobos Courtin
La Florida, Metropolitana, 75 años

❁

Día *ídem*, con sol. Iván pide lasaña para almorzar, los domingos tratamos de pedir comida, para descansar, entre comillas, de hacer almuerzo.

(...) En la noche, llama Herib, un amigo de la tanguería.

Marion Vera Castro
San Joaquín, Metropolitana, 69 años

❁

16.10 h.

(...) ¿Cuándo comencé a escuchar del innombrable covid? Fue en diciembre, luego en febrero partí de vacaciones, al llegar empecé a planificar mi primer mes de trabajo y luego mi tan ansiado viaje a Nueva York con mi hijo. De rompe y raja mi marido me dice: «Al parecer no habrá viaje, veámoslo en quince días», pasaron los quince días, y me dice nuevamente: «No creo que haya viaje», y en una de esas llegó el correo de LAN Chile en el cual me señalan que mi viaje se había suspendido, por lo tanto, ya no había viaje.

No tengo una gran familia, en cuanto a número, por mi parte solo tengo un hermano que es diabético e insulinodependiente hace más de treinta años, por lo tanto, es una constante preocupación y angustia, vivo al interior de la V Región, mis salidas eran tres veces a la semana a Valparaíso y Viña, y me empiezan a catetear: «Ya no puedes ir a Valparaíso, está complicado», humm, de a poquito me alejé y empecé a ir una vez a la semana. ¿Qué hago? Soy una persona activa, tengo 64 años, pero me gusta hacer vida independiente, salir, ir a una oficina y otra, conversar, ahora mi hija se vino a mi casa con mi nieta de dos años y diez meses y aquí estamos, doy gracias a Dios que vivo

en casa y con patio, no estoy encerrada como muchas personas que viven en espacios pequeños (...)

¿Cuándo se terminará esto? No lo sé, ¿cuándo empezaremos a vivir nuevamente? También creo que esto fue una advertencia para decir dónde vamos, cómo vamos, con quién queremos estar, en fin, hacer de nuevo familia, no vivir tan apurado y dedicarle tanto tiempo al trabajar y tener... Tener, ¿para qué? Si de un día para otro la vida puede terminar. (...)

María Soledad González Pereira
Olmué, Valparaíso, 64 años

❁

Soy creyente antigua.
Pienso con dolor que es un castigo... Sí, castigo.

Una mujer se viste, senos a la mayor notoriedad y ostentación. Ombligo al aire, mini-minifalda, cortísima y se cubre con blusa transparente... ¿Es vestir?

Otros hombres antes robaban algo que no se note. Ahora roban instituciones, militares, particulares, etc. Cantidades grandísimas... ¿Roban autos y matan a sus dueños?

Zulema Awad Wehbi
Vitacura, Metropolitana, 92 años

❁

Hoy, al encender el celular para ver la hora, me apareció en YouTube una canción de Salvatore Adamo, cantante de nuestra época y me vinieron las nostalgias de mi época juvenil: de los malones, de los amigos de mi barrio. Crecí en un complejo habitacional de ENAMI, de obreros y empleados de la empresa de minería. Todos éramos iguales, no había discriminación alguna. Siempre, al final de las vacaciones, se hacía un malón que empezaba a las 6 de la tarde y duraba hasta las 12 de la noche (y hoy las fiestas comienzan a las 12 o incluso más tarde). Estas fiestas de fin de vacaciones eran de invierno y verano y marcaban, para muchos, el regreso a sus lugares de estudio y la vuelta al colegio. Todos esperábamos deseosos volver a encontrarnos y disfrutar de esos sanos momentos. Había mucho respeto entre todos nosotros, entre hombres y mujeres, nos cuidábamos como hermanos. (...)

En esos años las familias eran numerosas, en mi familia fuimos once hermanos de los cuales sobrevivimos nueve: cinco mujeres y cuatro hombres. Mi papá era el único que trabajaba en esos tiempos y no sé cómo hacía cundir la plata. A todos nos dieron educación, éramos felices con lo que teníamos, nos entreteníamos con cualquier cosa, nuestros juguetes eran muñecas de género y, para los hombres, juguetes de madera. Éramos felices y no se le exigía a los papás que nos compraran grandes cosas, nos conformábamos con lo que fuera.

Edith «Yeya»
Quinta de Tilcoco, O'Higgins, 77 años

Lunes, 15 de junio

El vigía no grita «tierra», nos mantenemos vapuleados por el temporal, ¿zozobraremos?

En casa solo sabemos lo que sabemos por medios mediáticos. Estoy a punto de convencerme de que si el barco se hunde, será por culpa de los irresponsables que hacen fiesta, salen en cuarentena, no conservan distancia u otras canalladas de gente que aparece todos los días y a cada momento en la TV.

Nada que ver esas macanas que achacan la culpa a las estrategias dinámicas, a oídos sordos que no escuchan a nadie, desinformación o derechamente información tendenciosa, nueva normalidad, retorno seguro, carnet covid, ayudas que cubren menos que la mugre en una uña, cajitas para hacerse los lindos, etc., etc. y etc.

Esos tipos son malos «del verbo malos». Se irán al infierno.

Amanecí oscuro, pero no pido perdón.

Seguimos la rutina, que se vuelve cada vez más insoportable. Todos estamos afectados de una u otra manera, en menor o mayor intensidad. Me siento llamado a contener a los míos, sin que nadie pueda contenerme a mí.

Mañana será un nuevo día, muy calcado del anterior, igualito al que vendrá. ¡Malembe!

Juan Nicolás Arancibia Jerias
Casablanca, Valparaíso, 66 años

Hoy me siento en un estado de desasosiego que no me agrada. Solo decidí terminar estas líneas, que ojalá tengan un buen propósito. Me complace tener la capacidad de poder pensar y opinar.

La vejez es absolutamente desconocida, ignota. Y lo inexplorado produce inquietud. La vida tiene muchos desaciertos, errores, equivocaciones... La suma de todos estos se ve en la vejez.

Por esto quiero decir, que no soy vieja de mierda. Me siento vigente y con propósitos logrados.

Recojo otro pensamiento, lo que veo en este país. Hay muchos alzados, que creen estar por encima de los demás. Esto hace que me rebele frente a gente ilusa, que no se da cuenta de lo débiles que son. Pero todo cae, todo se desmorona ante los demás. Qué pena por ellos.

Puedo concluir que descubrí el arte a través de la pintura, siendo autodidacta, logré resultados insospechados para mí.

Quiero exteriorizar que mi familia es lo mas importante... Soy «millonaria».

A modo de reflexión, espero que el país se resuelva, aunque sea a través de los mismos faltos de criterio e ineptos de siempre.

Personalmente quisiera contribuir tanto al progreso, como al bien de todos, siendo mejor persona, predicando con la verdad y sin egoísmos.

María Angélica Salinas
Las Condes, Metropolitana, 68 años

Confinamiento, dolor, fragilidad y cambios

Viña del Mar ya está en cuarentena. Veo pasar las ambulancias, escucho sus sirenas, pienso en esos pacientes y me pregunto: ¿estarán conscientes?, ¿vivirán? Pienso en aquellos familiares esperando fuera de colapsados hospitales y en los hijos delante de portones enrejados de hogares de ancianos. Pienso en mi suegra, pienso en todos ellos, aislados y confinados. Grande es el pesar y el dolor.

Tengo esperanza y ansiedad como también disgusto. Este confinamiento nos hace ver un Chile diferente. Chile no es la tarjeta postal que conocen los turistas, ni los edificios de cristal de un barrio elegante. La pandemia, como un día de tempestad, revela la

fragilidad de nuestra sociedad. Esperamos una vacuna, esperamos volver a vernos y sobre todo esperamos cambios.

Quizás, ahora, sea nuestro sistema de salud el que mute.

Ana Judith Bastías Jaimes
Viña del Mar, Valparaíso, 62 años

Amanecí leyendo cartas que tenía guardadas. Fueron escritas entre los años 1949 y 1970.

Desde una tarjeta postal que mi mamá nos manda desde Viña del Mar a Talca, donde vivíamos, en enero de 1949, encantada de conocer esa ciudad. Nos dice que nos cuidemos, que comamos toda la comida y que ella ya llegará de este hermoso viaje a Viña con mi papá.

(Cómo han cambiado los tiempos: ya no se mandan tarjetas y nadie se sorprende especialmente de un viaje a Viña del Mar).

Luego, encontré varias cartas de mi hermana Margarita y también de mi prima Marilú, que nos mandaron cuando mi hermana Pepa y yo estábamos en el internado en Santiago.

Muy simpáticas y espontáneas esas misivas. Margarita recortó imágenes de revistas de la época para preguntarnos qué nos parecían las fotos. Margarita se representa como una joven rubia con pelo suelto, muy atractiva; yo, Lucía, aparezco como una aviadora; Paulina, la hermana menor, es una concentrada psicóloga con lentes y Pepa figura como Yayita, la compañera de Condorito. (Una historieta muy popular en esos años). Margarita tenía solo doce o trece años. ¡Qué imaginación! (Han pasado muchos años y la relación de cada una de las hermanas con el personaje que les dio, ha tenido bastante sentido).

También encontré mi diario de vida, que inauguré en marzo de 1957, a mi llegada al internado.

Qué emoción haberme reencontrado con ese testimonio vivo escrito a partir de mis once años de edad. Mis compañeras del colegio escribieron allí, puse fotos, confidencias, anhelos e historias de mis primeros amores, que fueron completamente platónicos. Creo que hasta inventaba el nombre del amado. ¡Eran otros tiempos! Ahora ya *ad portas* de mis 75 años no me parece cierto que haya transcurrido toda una vida entre medio. Gracias Señor, nuevamente, por estar aquí llena de energía y motivada para seguir adelante.

Lucía Foncea Muñoz
Providencia, Metropolitana, 74 años

❁

Pienso que estamos en un cambio de era, con dolor y muertes. En Chile llevamos más de tres mil muertos, para mí es la tercera guerra mundial, me siento como un soldado luchando para sobrevivir, estoy en la trinchera encerrada, sin libertad de movimiento: al menor descuido el enemigo me ataca.

De esta batalla decreto salir airosa, tengo tantas cosas aún que entregar, hacer y disfrutar, estoy en plena creatividad y plenitud de la vida. El tiempo pasa, pero el tiempo no cubre las huellas, sino qué hacer con el tiempo, para dejar huellas.

Nidia González Landeros
Peñalolén, Metropolitana, 69 años

❁

Hoy siento que cada día el desánimo es mayor.

Antes de la pandemia me entretenía creando manualidades, bordando, tengo un pequeño taller de bordado computacional, con lo que incremento mis ingresos, pero hoy todo eso se ha reducido casi a cero, lo cual ayuda más a mi desanimo.

Clara Rojas Messina
Antofagasta, 69 años

❁

(...) Ya estamos a 15 de junio de 2020, no he terminado este relato y quiero enviarlo, para que si es publicado, los jóvenes del mañana sepan que no todo era miedo, cuidarse, y estar alejado de los amores, los viejos también sentimos, pensamos, razonamos y no todos somos «abuelitos gagá», considero bien interesante que algún día un chico lo lea y diga, mira cuando fue la pandemia del covid-19, los viejos de este país decían, creían, pensaban esto y tal vez no entiendan nada, ni siquiera sus padres flaites o zorrones se lo habrán contado, y esto de los rotos con hambre que quieren que todo se lo den, será lo único que les dirán, tal vez tampoco les hablarán de los dos millones de cesantes ni de la suma de tres mil quinientos viejos muertos de aproximadamente 70 años promedio, que recibían pen-

siones miserables y que aún les quedaban, según decretos del gobierno de turno, a cada uno, veinte años más para cobrarlas.

Por tanto, por sus edades, probablemente, no tenían hijos menores de 25 a quienes dejarles ese fondo de herencia y si sacáramos la cuenta de hombres y mujeres, como no sabemos estratificación de sexo y edad concreta, podemos promediar que les quedaban aproximadamente veinte años para recibir su pensión de ciento sesenta lucas, lo que al año da $1.920.000 pesos y en veinte años un monto de $ 38.400.000 pesos por cada viejito víctima del coronavirus o covid-19, que multiplicado por 3.500 viejos muertos al día de hoy 15 de junio de 2020, da un total de $134.400.000.000 pesos que quedaron para las AFP, de un paraguazo, sin contar todos los muertos que faltan para fines de junio de 2020, todo julio y agosto, es decir, ¿quién gana con esta pandemia y su manipulación? Las AFP, los bancos, los grandes empresarios que vendieron cajas de 35 lucas y tenía cosas por 17, todo marca Chancho, pa los pobres, en Vitacura seguro eran marcas conocidas como vi en fotos y los que crearon «hogares sanitarios», las cajas de mercadería, los ataúdes, los cementerios, las clínicas privadas y dejaron a un país entero en la pobreza y el dolor, mientras ellos obtenían pingües ganancias para sus bolsillos, los de sus amiguis y parientes.

Ya, perdón por esta suposición, van a decir, esta vieja o es loca, o alguien le dijo que escribiera estas cosas (seguro dirán weás), porque a lo amable y todo, están convencidos que vejez = estupidez y secadura de cerebro. (...)

Emma Rivera Bilbao
Lo Prado, Metropolitana, 70 años

Motivacion en escribir

Me ha motivado mucho la convocatoria del diario íntimo de Chile, pues creo que al escribir en tiempo de pandemia puedo compartir mis sentimientos, mis sueños, deseos, miedos.

Tengo que reconocer, que a pesar de haber vivido una experiencia límite a los doce años en el terremoto y maremoto del año 1960 en mi pueblo Maullín donde estuve muy cerca de la muerte, no es un referente que me sirva ahora, para enfrentar la pandemia con tanto miedo y angustia como la que estoy sintiendo. Ahora hay mucha soledad, pues

no podemos reunirnos con nuestros familiares. Me gustaría estar más firme y segura de mi vida, pero como los seres humanos somos tan frágiles, el temor y la incertidumbre se acrecentan mucho más.

Hoy tuve una gran emoción al recibir un video enviado por mi nieto que vive en Santiago, donde describe lo que ha significado el covid en la cuarentena. Con tan solo diez años, demuestra su claridad frente al tema y dice que no ha salido, que echa de menos a sus compañeros, pero este tiempo le ha servido para ser más responsable, perseverante y buscar nuevas formas de vida para entretenerse. Algo que yo a pesar de la diferencia de edad pensamos casi lo mismo. Y tendrá que guardar la calma y esperar.

María Leticia Ojeda Bustamante
Frutillar, Los Lagos, 72 años

¿En qué nos entretenemos? Llamando a la familia para saber cómo están, en los quehaceres del hogar, compartimos las tareas. Esto de la internet, conectarme con la familia, con mi hija, que nos llamamos a cada rato, a mí me encanta, porque puedo ver recetas, noticias, películas, nos gusta leer, me gusta consultar recetas de mermeladas, queques para regalar. Me gusta jardinear, me encantan las flores, tejer a crochet, tengo lista una carpeta que empecé en marzo. Converso con mi marido del diario vivir, recordamos aventuras y viajes. Nos gusta la compañía, es una de las cosas que más echamos de menos.

Al levantarme me gusta ponerme una flor en mi cabello, mi collar, así me siento bien y las personas con quienes me conecto ven que estoy bien, con ánimo y fuerza para seguir dando la pelea.

Rosa Cortez
Quilpué, Valparaíso, 87 años

❁

(...) Voy a la carnicería, con permiso por supuesto, compro pan en un negocio nuevo en Varas Mena, cocino arroz con bistec y el Iván almuerza el resto de lasaña. Tejo, teleseries, lo llama en la tarde su jefa de España para decirle que le va a bajar el sueldo, Iván averigua con sus colegas y a nadie se lo van a bajar. Once. Hablo con César, su hija está con covid, llama Sergio también. Teleserie *Pituca sin lucas*.

Marion Vera Castro
San Joaquín, Metropolitana, 69 años

❁

Hoy me toca recibir las compras que hace mi hija por mí.

Ella cautela mi bienestar con mano dura. Nada de ir a comprar, ni a la esquina. A regañadientes se lo agradezco. Ella me trae mis encargos y a mí me toca desinfectar con una mezcla de agua y cloro todos los productos, uno por uno. Las frutas y verduras lavarlas, igualmente en agua con un poco de cloro.

Cuesta acostumbrarse, sin embargo, es la garantía que podamos, aun las viejas como yo, sobrevivir indemnes este periodo negro.

Negro como la boca del lobo, negro como el hoyo negro que me chupa la energía, y me deja sin habla. Todo lo que me sale para describir el abandono en que se encuentra Chile, me parece poco. Invoco a nuestros grandes poetas. Dadme fuerza, hagan que fluya con potencia el caudal de palabras requerido para explicar la tragedia que entre el virus mortal y el hambre bíblico tiene arrodillado a nuestro amado Chile.

Y mientras divago entre los picaflores que han vuelto y huelo el pan fresco, me golpean las olas del mar de hambre, el mar de Chile, una y otra vez, haciendo eco al ritmo de los gritos de los hambrientos en las poblaciones.

Borgis Lohan
Puchuncaví, Valparaíso, 74 años

❁

Marchas, petitorios de trabajo y alimentación. Gente de bajos ingresos y familias grandes. ¿Por qué marchan? Porque sus representantes en gobierno, diputados y senadores elegidos a elección de ellos solo cobran sueldos y pasan de divergencia y reclamos, y no avanzan.

Las marchas son justificadas aunque faltan al «no salgan, no salgan» por el contagio. Reclaman doctores y autoridades, pero la necesidad es más fuerte. (...)

Zulema Awad Wehbi
Vitacura, Metropolitana, 92 años

Martes, 16 de junio

Esto cuando partió fue impactante, muchas preguntas sin respuesta y al poco tiempo ya era una pesadilla que al ver una película te transportaba a otro lado, y después al terminar volver a la realidad. No podía creer lo que estábamos viviendo. Al pasar los días yo tratando de entender, pero me era muy difícil y buscando algo me encontré con mi gimnasia como taichi para elevar las energías, subir las vibraciones. Todo bien, pero en verdad esa..., me daba un poco de angustia y ya era meditación más seguido. Después quería contactarme con mis nietos e hijos, y me di cuenta lo dependiente que estaba de los demás, donde la gente joven con poca paciencia me deprimía. Pero en la medida que pasó el tiempo encontré que solo había que aceptar lo que estaba pasando y me di cuenta de que la flexibilidad era lo mejor. Con calma logré estabilizarme. Sigue pasando el tiempo y ya no tengo ansiedad de salir, pero igual abrazar y sentir a los de uno es otra cosa, los cumpleaños y todo. Y me di cuenta de lo poco agradecido que es uno con la vida y te das cuenta de que estás sola. Yo sentí que uno viene a esta vida solo y te vas solo. Por eso ahora entiendo que hay que ser, yo soy, yo soy sola, yo soy persona individual, que los hijos tienen sus propias vidas y que a veces no lo entendemos hasta que... Todo se me hizo muy difícil y por mí los hubiera llamado todo el rato por la soledad que es tu única compañía.

(...). La vida es así y me doy cuenta de que lo único que sabemos es que nos vamos a morir y la muerte, como es un misterio, da miedo. Hoy perdí ese miedo y que llegue cuando tenga que llegar, que me pille confesada, tranquila y en paz por lo menos. Esperarla así y llegar en paz al otro lado.

Ahora es penoso, muy penoso no saber qué va a pasar, cuánto durará y a lo mejor nunca más nos sacaremos esta muy incómoda mascarilla, guantes y eso. Lo que queda hoy es ayudar al más necesitado cuando se pueda, ser solidario y sentir empatía, con fe en la autoridad, que los iluminen para que esto sea la forma de salir adelante. Ser responsable

con lo que piden, no salir cuesta, pero hay que cumplir. Personalmente me preparo en la medida que puedo y trato de no hablar, silencio en mí. Observar y dejar que los más jóvenes lo hagan lo mejor posible. Este mundo necesita de ellos y que sean mejores personas, que esto sirva de algo, el encierro, que el confinamiento nos haga reflexionar.

Jessica Díaz Díaz
Las Condes, Metropolitana, 68 años

❁

La vida sin duda es un regalo divino, el año 1943 fui bendecido por esta oportunidad de existir. Siempre he tenido en mi mente desde niño qué pasó para que Dios me regalara esta oportunidad de vivir (...)

Fui creciendo y conociendo mi entorno entre los cuales estaban mis padres que nunca olvidaré, la casa que me cobijo a mí y a mis nueve hermanos, ingresé al colegio, superé todas las etapas educativas incluyendo la superior, no me di ni cuenta cuando muy joven me convertí en padre, la vida me favoreció con una hermosa profesión diría que apostólica, profesor de educación general básica, en esta etapa mis vivencias y mis interacciones con seres humanos me hicieron crecer valóricamente. (...)

En mis momentos silentes y solitarios reflexiono y comparo las etapas de mi existencia con las etapas de un día, cuando niño es comparable amanecer con esa fuerza natural que brinda el sol, en la juventud es como la plenitud del día, es la etapa en que brilla más el sol en su plenitud, adultez es la tarde, y la noche es la etapa de nuestra senescencia, el sol ya no brilla y llega la noche, es la última etapa del día y la nuestra es el momento de ir a dormir pero para siempre, en mi caso diré: Reinaldo, misión cumplida.

Reinaldo Olivares Moreno
Valparaíso, 76 años

❁

Encerrado en mi pieza, donde paso la mayor parte de cada día desde hace ya cinco semanas, sin salidas al exterior, salvo las que me ha requerido asistir al hospital donde hago un control mensual programado, derivado de una afección cardiaca. (...)

Pensamientos que se interrumpen y se trasladan al interior cuando en el círculo cercano se afecta alguien en tantos factores, siendo el más álgido el contagio, pero también los referidos a lo económico, laboral, anímico, psicológico...

Duro y estresante resulta para quienes ya estamos en este estado de la vida, mirar con preocupación desde el centro de los anillos hacia el exterior, que si bien suene egoísta mientras la claridad de lo más cercano me permite ver hacia lo más lejano, mi incertidumbre se manifiesta en el concepto solidario de esperanza y cuando se nubla lo distante, es porque está sufriendo efectos negativos lo más cercano y aumenta la inquietud, la ansiedad, el estrés y más hacia el centro, la «esperanza» de que llegue una solución como el maná, que por la esperanza y la fe de quienes la profesan puedan llegar las soluciones esperadas.

Sí que podemos los que como nosotros, dar el ejemplo, cooperar desde el encierro y tratar de entender a quienes no lo pueden hacer, ya que gracias a ellos estamos a salvo. (...) Es por ellos especialmente que mis pensamientos y agradecimientos se manifiestan constantemente, por los trabajadores de la salud.

Verdaderos héroes de esta guerra.

Felipe Contardo Valdivieso
Las Condes, Metropolitana, 71 años

Cada añoro más los días de mi infancia, en la que iba a la plaza de mi población a jugar. Al entrar a nuestra querida población, viniendo del centro de la ciudad, obligadamente uno veía la plazuela querida, que las calurosas tardes del verano, nos invitan a combinar bajo la sombra de los árboles, ornamentales como los floripondios, los que a su vez perfumaban el ambiente con un intenso y agradable aroma. Todos los vecinos del sector, elogiaban y agradecían la dedicación que ponía el encargado de las áreas verdes, don Abraham Shaimbun (ojalá esté bien escrito, pues él era turco) para mantener en excelentes condiciones las flores y el prado, a pesar de las jugarretas nuestras y de uno que otro perrito.

Reginaldo Rodríguez González
La Serena, Coquimbo, 74 años

Los días van transcurriendo y el animo va decayendo al cual se unen los días fríos y eternos, las noches cortas y frías, la angustia se agudiza y la tristeza te embarga más aún al acercarse el fin de semana pues eran los momentos de compartir en familia, somos una familia numerosa y aclanada.

Si hoy me preguntaran qué es lo que más echo de menos al estar en cuarentena de mi rutina diaria, es no poder abrazar y regalonear a mis nietecitos, a los cuales amo demasiado junto a mi hijo, es lo que más me entristece. Pero sí entiendo que es lo que debemos hacer para cuidarnos.

Clara Rojas Messina
Antofagasta, 69 años

Qué año, ¡se acaba el mundo! Eso dicen algunos.

Bueno amigos, no quisiera ser ácida ni amargada, nada de eso. Pero entiendo que estamos en una crisis de grandes dimensiones, el gobierno que por fin en sus estadísticas ha sabido que los pobres somos mayoría, en cuanto a población.

Pero para el sistema económico, esta población está muy desfavorecida, y es perentorio asistirla, protegerla, alimentarla, a pesar de lo oneroso que pueda ser; y debemos entender que el sistema que se defiende tan crudamente y con tanta pertinencia, nos lleva a la debacle.

Mientras tanto las personas se organizan. Las pymes piden soluciones prontas, los desplazados y los despedidos solo hacen colas en sus municipalidades. No se pagan peajes, no se pueden cancelar las AFP, ¡oh, qué horror! Hay muchas lagunas en sus hojas de ahorro. Los comerciantes feriantes solicitan permiso para llevar alimentos más baratos a las familias de su barrio. En fin, un sinnúmero de problemas, todos simultáneos.

Familias impedidas de desplazamiento, imposibilitadas de buscar el sustento semanal para sus miembros. Problemas en la ruta les impiden trasladarse. La ciudad hiberna, las estadísticas no amainan, no se conocen nuevas noticias, el virus no cede, sigue en su viaje implacable. Por toda esta caleidoscópica tragedia, las personas que nos dirigen todavía no se han dado cuenta de que ese es ya otro Chile. Un país largo, pobre y angustiado, y que lo que se necesita es otra realidad que guíe nuestros desti-

nos donde existan de verdad la libertad, la igualdad y la fraternidad, exigidas como valores en 1800.

Berenice
Valparaíso, 81 años

❁

Todo lo anterior está relacionado con lo que está ocurriendo, hoy se nos está advirtiendo con fuerza por el Creador: *¡Aquí* estoy! Se trata de que recapacitemos en nuestras faltas y errores de vida, puesto que de un tiempo a esta parte nos está señalando que las correcciones de vida son necesarias; no podemos seguir malgastando la vida que llevamos hasta hoy pues los tiempos se agotan. ¿Seremos capaces de corregirnos? ¿Somos perfectibles? (...)

Francisco Javier León Escobar
Rancagua, O'Higgins, 73 años

❁

Junto a este encierro, vivimos ya un invierno frío y lluvioso con mucha preocupación por aquellos que están sin trabajo, que fueron despedidos, no viven en condiciones más adecuadas y pienso cómo ir en ayuda, pero lo hago en la medida que puedo y me siento tranquila.

Personalmente doy infinitas gracias a todas aquellas personas que se encuentran trabajando y arriesgando su vida en los hospitales, a los que trasladan enfermos, a los que entregan alimentos en los rincones más apartados del país, sin temor a ser contagiados. Para ellos todo mi apoyo de corazón y que junto a la oración se salven y seamos salvados.

María Leticia Ojeda Bustamante
Frutillar, Los Lagos, 72 años

❁

Tengo un gran desafío: bajar la aplicación Zoom, Meet, Messenger, ¡uf! ¡Y lo logré!

Escucho música a veces, mi canción preferida: *Resistiré*. Cada día escucho alguna canción de Mon Laferte: muy ingeniosa su temática. Mi nieta compartió con ella en Perú.

Eliana del Carmen Peralta Andrade
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

❁

(...) Mi vida de repente o casi siempre fue muy difícil, como niño y ahora cuando estoy entrando en edad y que debo vivir la vida a concho donde después de trabajar por 53 años venga esta pandemia y se lleve a una gran parte de «la sabiduría de Chile» (viejos).

Qué ironía ¿verdad?

Bueno, siguiendo con mi relato cuando niño pasé mucha hambre y frío viviendo en una choza, donde el puente era el techo de esta.

Fuimos cuatro hermanos con un padre alcohólico al que nunca le vi ni la nariz. Mi madre se esforzó lo que más pudo para conseguir alimentos para cuatro bocas. A veces una vez al día y otras veces no, su sacrificio fue extremo.

Un día llegó una familia acomodada en esa época (setenta años atrás) y se llevó a mis dos hermanas porque corrían peligro. Ahora esas dos hermanas formaron una familia bien constituida y feliz.

Después me tocó a mí el turno y me internaron en el Refugio de Cristo de acá de la región. Una vida nueva, pero con mucha pena por no tener a mi mamá a mi lado y por otro lado con una cantidad de niños igual que yo o peor.

Ahí me inculcaron que el estudio me daría un porvenir y convertiría en un hombre de bien.

Cuando me internaron mi madre se quedó con mi hermana más pequeña y con la que posteriormente, hace quince años, nos encontramos y mi madre había fallecido ya hacía siete años (no conoció a sus nietos).

Siguiendo, este me enseñó a trabajar y a obedecer órdenes y reglas, las cuales me sirvieron para aplicarlas en el diario vivir y cuando vinieron mis hijos.

Fue el tiempo de salir del internado, ya con 16 o 17 años, a luchar solo en la vida, pero siempre estudiando y leyendo.

Los 16 o 17 años es una edad feliz para cualquier muchacho común. Para mí fue otra vez luchar y en alguna ocasión dormir en una plaza o en cualquier parte cuando llegaba la noche, cuando no tenía para pagar una cama en algún hospicio.

Seguí adelante y dentro de todos los trabajos en que me desempeñé uno fue una residencial universitaria. Este trabajo marcó mucho mi vida con respecto a desenvolverme solo. Mi manera de hablar subió, entré a estudiar a la Universidad Católica Mecánica Automotriz para trabajadores. Tenía un techo y comida todos los días y como si fuera poco, un buen trato, preocupación y cariño, qué más podía pedir.

El sueldo era poco pero estaba conforme con lo demás.

Pasó el tiempo (diez años) y ya sentía que debía buscar algo más seguro y quería tener una libertad económica y casarme.

El diario me trajo un aviso de un concurso de trabajo para la, en ese tiempo, Universidad de Chile. Después de cuatro meses me llaman para trabajar en la administración pública como auxiliar de servicio en la Facultad de Medicina con contrato en propiedad y un sueldo que superaba dos a tres veces al anterior.

Pasaron alrededor de cuatro años y me cambiaron al escalafón administrativo a una oficina con miles de productos dentales. Me sentía contento y preocupado a la vez de no dar el «ancho» del cargo, pero finalmente lo superé.

Mis estudios de mecánica estaban prácticamente terminados, pero había que hacer la práctica por tres meses y era una decisión importante renunciar a mi trabajo para hacer algo que no sabía qué haría o cómo me iría. Además tenía un buen sueldo en mi trabajo y ese sueldo era el que me pagaba la pensión y la comida, además de estar feliz y orgulloso de llegar, no sin la ayuda de personas que cambiaron mi rumbo y que guardo y atesoro en mi corazón. (...)

Lo más duro de mi vida no fue pasar hambre, frío o enfermar sino que nuestra separación como matrimonio y que hasta hoy día lo siento. Bueno, así es la vida, «nada es para siempre». (...)

En la universidad trabajé hasta el año 2015 (cuarenta y tres años de servicio). Ahora soy un jubilado hasta el año pasado feliz y hoy con los riesgos de morir y que debería ser al revés.

René Bernabé Cortez Ibaceta
Villa Alemana, Valparaíso, 71 años

(...) Pasa algo curioso, porque como que la vida se divide en dos: cómo la vivo yo y cómo veo que la viven o sienten los demás. Lo primero que me ha pasado es que siento que puedo vivir relativamente bien esta crisis, ya que mis hijos son mayores, casi independientes, mi estado de salud, pese a mis crónicas, está bien tratado con los medicamentos adecuados. Aparte de esto, hago cosas domésticas (las gratas y las no), tengo nueve hermanos con los que siempre hemos tenido una linda y cercana relación. Estamos comunicados. Sí ha habido cosas tristes, ya que se han producido dos muertes en la familia y no hemos podido acompañarnos. Otra tristeza es la gente a la que pilla tan mal esta situación; esas personas que viven con lo mínimo o menos, que empiezan a depender de cuán «bueno» puede ser el gobierno o cómo funciona la generosidad espontánea de los cercanos o esa generosidad organizada, que ha funcionado tan bien. Tantas cosas que decir a este respecto. Me molesta tanto el asistencialismo, ese con fotos pa la tele, ese que tiene como sello (o cara) el voto de algún candidato. Qué distinto sería que el asistencialismo fuera una manera de enseñar en la dignidad y las personas pudieran decir: «Esto me lo gané». Ahora sí se justifica que debe haber ayuda de parte del gobierno, sin duda.

(...) Otra experiencia importante es que he llamado y me han llamado amigas, esas que por una u otra razón no nos comunicábamos desde hace mucho. Fue muy grato hacer el llamado y recibir llamados. La sorpresa inicial, grata, dio paso a largas conversaciones, terminando todas con el compromiso de «Te llamo» y la certeza de que cuando pasará todo esto, de seguro nos vamos a encontrar.

Varias otras cosas. Me ha llamado la atención el hecho de que estar en casa siempre nos ha conectado o reconectado con la intuición, con el buscar, buscar, pensar, pensar; algo que antes tenía como solución salir a comprar o pedir. Del mismo modo, este tiempo ha servido para establecer contactos circunstanciales. Me dio mucho gusto cuando una de las mamás jovencitas del edificio creó un whatsapp cuyo objetivo era poder ayudarnos en el caso de que alguno requiriera algo, especialmente si se trataba de alguien de la tercera edad que viviera solo. Me inscribí e inmediatamente pensé que yo también soy adulta mayor, solo que vivo con mi esposo y mi hijo menor que pasa algún tiempo en casa. Bueno, no importa, fue loco, porque si bien el objetivo inicial fue el dicho anteriormente, ahora es un canal de utilidad pública, de saludos y consultas diversas. Pero bien. Decía que el tema de la pandemia también pasa por cómo la sienten y viven los demás. Y aquí la cosa es muy diversa. Tengo amigos que la viven en absoluta obediencia. Una amiga muy querida, junto a su marido no ha salido nunca, desde que fue declarada la pandemia. Idearon un

sistema de proveerse los alimentos con una persona que les presta ese servicio dos veces por semana. Reciben los alimentos y sanitizan todo. (...)

Nelly Clementina Astorga López
Valparaíso, 70 años

❁

Amanece con sol, temprano empieza la española a amenazar a Iván con despedirlo si no firma el contrato con menos sueldo. Día pésimo, muchos nervios y angustia a raíz de esto. Por lo menos otro jefe le dice que no acepte la rebaja del sueldo. En la tarde, compra de gas para las estufas, uno de 15 y uno de 11.

Once, teleseries, termino de tejer un chaleco para mí y un par de pantuflas. No llama nadie. Cocino arroz con carne picada, parecido a la comida china. Hago pan dulce.

Marion Vera Castro
San Joaquín, Metropolitana, 69 años

❁

Hoy nos enseñaron lenguaje de señas. Acá concentro mi atención porque las personas que nacen con discapacidad auditiva, aprenden a desenvolverse en la vida. Y nosotras que lo hemos tenido todo, de repente estamos disconformes. Este tema apunta a que debemos modificar el *switch* o interruptor de nuestras mentes, y por sobre todo ser felices... (...)

Angélica Morales Osses
Viña del Mar, Valparaíso, 72 años

❁

Hoy me desperté muy temprano, me acerqué a la ventana al escuchar el fuerte viento que soplaba desde afuera, había perdido esa costumbre de mirar el horizonte y hoy me detuve ahí.

Ha empezado a llover, me agrada este día frío y húmedo de otoño con el mar agitado y las olas golpeando con furia sobre las rocas. Han decretado cuarentena para detener

el contagio, es una tarea difícil, aún no está del todo claro este virus que ha cambiado el mundo, es desconocido y maligno, se teme por la vida y ya se han perdido miles.

El cielo se oscurece cada vez más y la lluvia se ha vuelto tan intensa que una gotera comenzó a caer desde el techo, pondré algún balde mientras tanto, luego que pare y salga el sol, tiraré unos trapos para secar. (...)

Silvia del Carmen Allendes Villalón
Valparaíso, 61 años

Miércoles, 17 de Junio

Reflexiones sobre pandemia

Caminaba por el centro de mi comuna justo en días finales de este mes de mayo, me encontraba gestionando y aclarando algunos pequeños *impasses* con la empresa de comunicaciones VTR y por lo tanto ya me encontraba haciendo la correspondiente fila para la atención, por supuesto que guardando por mi parte, las estrictas normas sanitarias que ya todos conocemos, pero que no todos respetamos.

No sé por qué en ese momento me pregunté lo siguiente: ¿por qué los chilenos no respetamos las normas existentes si sabemos que van en nuestro propio beneficio? ¿Por qué otras naciones las respetan y con mucho cuidado? ¿Qué es lo que falta o qué es lo que no se ha hecho para que la respuesta de la ciudadanía sea la que observamos? ¿Dónde está y por qué existe esa diferencia entre una persona que respeta las normas y otras que simplemente las ignoran?

Entonces en ese momento me quedé pensando en esta última palabra de mi frase y que está relacionada con la «ignorancia».

Ignorancia significa «falta general de instrucción o conocimientos», esto de acuerdo al Diccionario de la Lengua Española; pero también existe el concepto que dice: «la ignorancia no excusa el incumplimiento de una ley», y bueno todos sabemos o tal vez algunos que una ley es simplemente una norma de convivencia o que está establecida para el bien común en una sociedad donde conviven seres humanos por la necesidad de tener que vivir en sociedad.

En este punto desde mi punto de vista existe un craso error que se contrapone a la lógica, pero ¿qué es la lógica?, de acuerdo a la descripción del Diccionario de la Lengua

Española significa «parte de la filosofía que estudia las formas y principios generales que rigen el pensamiento y el conocimiento humano», también se dice que es un «razonamiento en que las ideas se manifiestan o desarrollan en forma coherente».

Bueno volviendo al punto del «craso error», no puede ser que una persona que ignora una norma sea culpable porque su ignorancia no la excusa. Es decir no va con la lógica que una norma o ley sea de conocimiento de toda una ciudadanía por el solo hecho de que sea publicada en un documento que se llama *Diario Oficial de la República*, o por el solo hecho de que sea dada a conocer por un canal de televisión al que nadie está obligado a ver ni a poner atención.

Y este concepto sí va de la mano con la primera definición de la palabra, *ignorancia*, que dice «falta general de instrucción o conocimientos». ¿Qué es lo que se puede concluir de todo esto?, es que si existe la ignorancia es porque nunca hubo instrucción para poder tener conocimiento de algo. No puede ser coherente que una persona tenga que conocer una norma porque esta fue escrita en un diario oficial, si la persona nunca tuvo la instrucción o debida educación para entender que este documento llamado *Diario Oficial* hay que leerlo por lo menos una vez al mes.

En conclusión entonces, la pregunta que queda en el aire o en el limbo como alguien diría es: ¿Qué hace que la nación chilena sea casi en un 80% ignorante?

Entonces para encontrar una respuesta a esta incertidumbre he hecho acopio de algunos pasajes de la historia de Chile y mi conclusión es la que describo a continuación:

1. Chile como nación tiene lo que se merece.
2. Al Estado de turno chileno le están pasando la cuenta todas las irresponsabilidades y corrupciones de todos los Estados de turno a lo largo de la historia de Chile.
3. Defino como «Estado conforme a Derecho» a la organización que tiene toda nación política y jurídicamente constituida y que conforma una república democrática.
4. El Estado está constituido por el poder ejecutivo con todos sus ministros, el poder legislativo, el poder judicial y todas las alcaldías o municipalidades a lo largo del territorio nacional, recordemos también que al Estado le cabe la administración de las fuerzas armadas, de orden y seguridad. Se puede concluir entonces que es una organización que tiene mucho poder.
5. La nación chilena o ciudadanía o pueblo son todas las personas que no pertenecen al Estado de turno, y de ellas es el poder constituyente, el poder número 1 de toda república democrática; y de este poder nace lo que se llama constitución política de la república, o pacto entre ciudadanía y estado, o carta fundamental, o ley de leyes.
6. A esta carta fundamental, la nación jamás ha tenido acceso, ni siquiera en la modi-

ficación de 1925 ya que en esos tiempos más del 70% de los ciudadanos eran analfabetos y las mujeres no tenían derecho a voto; entonces la pregunta es: ¿quiénes participaron en la modificación de la constitución política anterior a 1925? En la modificación de la de 1980, ni hablar.

7. La nación chilena y es una pena, pareciera que todavía no se da cuenta de la importancia que tiene el próximo evento que consiste en cambiar la constitución política de la república, ya que será la primera vez en la historia de Chile de más de doscientos años en que la ciudadanía tendrá la oportunidad de crear su propio pacto con el Estado. (...)

Víctor Sepúlveda Cuevas
Villa Alemana, Valparaíso, 72 años

❁

(...) Hacen tres años salí de mi país de origen (Venezuela) para establecerme en Chile, país que visitaba por razones familiares por ser la familia paterna de mi hijo de Quillota, V Región de Chile. Sin imaginar que con los años vendíamos a vivir aquí.

El ausentarse de la tierra natal es un reto a cualquier edad. En mi caso en particular en lo laboral por años de servicio como enfermera me había jubilado. Emigrar es iniciar y al mismo tiempo es permitir nuevas experiencias que impactarán la vida. (...)

Mabelis Josefina Romero
Concón, Valparaíso, 63 años

❁

Llueve de madrugada, cumpleaños de Ismaelito, nieto mayor, cumple 13 años ya. Gracias Dios por darme la oportunidad de ver crecer a mis nietos. Llama a Iván uno de sus jefes y le dice que la española anda comentando que él cuando tiene que viajar, no quiere ir. Una gran mentira de parte de ella, el jefe le dice que espere un poco para solucionar todo. Oh Señor, no permitas Dios que perjudique al Iván una persona egoísta y mala. (...)

Marion Vera Castro
San Joaquín, Metropolitana, 69 años

El tiempo se ha vuelto indiferente, no importa ya, estamos detenidos viendo desde lejos cómo la tierra llora y se desangra, hablo con mis pensamientos mientras voy dando vueltas en esta casa pequeña, prepararé una sopa caliente y volveré a la cama, no podemos salir y nadie vendrá a visitarnos.

Enciendo la televisión con la esperanza de encontrar respuestas y aparecen en la pantalla los mismos políticos de siempre, discutiendo, criticándose unos a otros, opinando de temas que jamás ellos han conocido, se oyen soberbios egoístas, mientras que la gente clama por una vida justa, digna, hay cesantía, hambre, sufrimiento, desesperanza.

Es triste para todos, a quienes el vivir, solo se les ha transformado en conseguir un plato de comida.

Algunos ancianos ya no sonríen, van con un andar lento, tímido, indefensos, frente a lo injusto de saber, que tal vez, partirán primero.

Estoy envejeciendo y pensé que este momento jamás llegaría, al reflejarme en el espejo veo como mis parpados han caído y mi rostro se ha llenado de arrugas, es extraño ver como poco a poco vas cambiando, hasta llegar al momento en que tú misma empiezas a desconocerte. Y a pesar de esto, aún anhelo un futuro, quiero avanzar, quiero crear, cruzar fronteras, dejar huellas, y por sobre todo, aún quiero continuar escribiendo la historia de mi vida.

Silvia del Carmen Allendes Villalón
Valparaíso, 61 años

Jueves, 18 de junio

Todo el día encerrado en casita.

Don Carlos, estimado amigo, le contesto su correo con la misma pregunta que me hace: ¿Se aburre mucho todo el día en casita?

Yo no. Lea cómo lo estoy pasando.

Hiciste ya la cama, me dice mi señora. Tiraste la ropa sucia a la lavadora. ¿Tomaste ya desayuno? Lava los platos. ¿Qué vas a hacer de almuerzo, cocer papas otra vez? No metas bulla que voy a tocar el piano. Si no quieres escuchar a Beethoven, sácate el audífono, la tele la puedes entender sin sonido. Siempre lo haces cuando duermo la siesta.

Camina sin meter ruido. No abras a cada rato el refrigerador. Ah, se acabó el pan. No me traigas «batido».

Ve que es fácil amigo, no aburrirse en casa, se me pasa el día volando.

Lo que ya no aguanto es el coranosecuanto...

Chao.

Casimiro Antonio Perocarpi Aravena
Viña del Mar, Valparaíso, 87 años

Viernes, 19 de junio

Temprano en la mañana el Nico me llamaba a gritos desde el lado del espino gigante. Una culebra subía por entre sus ramas espinudas. Destrozaba su piel, apretándose sinuosa contra las espinas. Fluía sangre color celeste.

Omar Andrés Rubio Orellana
Limache, Valparaíso, 72 años

❁

(...) Almorzamos lasaña de ayer, llama Valeria diciendo que va a venir, después dice que no, me puse nerviosa, yo creo que por las circunstancias. Había comprado pan y queso. Pasa el verdulero. Once con Iván, teleseries, converso con J. Herrera, llama Jaramillo, le presto veinte mil pesos.

Marion Vera Castro
San Joaquín, Metropolitana, 69 años

❁

Dios, la pandemia y yo

El periodo, a contar del 18 de octubre de 2019, ha sido tremendamente difícil para nuestra patria por consiguiente para el grupo humano más física y espiritualmente vulnerable

que somos los «viejos», ahora llamados siúticamente «adultos mayores de la tercera edad».

En la primera parte del periodo expuesto, sufrimos la intempestiva epidemia de violencia desatada, autogenerada en gran parte por cantidad de jóvenes y adultos que consideraron como el medio requerido y legítimo para alcanzar sus fines: destruir, saquear, vulnerar derechos, etc., como el mayor medio para hacerse oír. (...)

Y así estábamos con una inmensa incertidumbre, por lo que estaba ocurriendo, observando con dolor cómo era destruida la imagen de nuestro país al mundo... Y he ahí que los medios de comunicación comienzan a difundir la noticia amenazante de un minúsculo y destructivo ser llamado coronavirus.

Acá en Chile se habló de una gripe o influenza desconocida, que estaba en otro continente, lejos de América..., mas, de un día a otro nos enfrentamos con la carrera avasalladora y mortal de este flagelo que no perdona a todo aquel que halle a su paso. (...)

Pero este encierro (lo bendigo) me hizo darme cuenta de que nunca me había detenido a analizar mi vida paso a paso... ¿Razón?... El que vivía haciendo montones de cosas, sin detenerme un poco a analizarlas, en su éxito, realización o fracaso.

¿Por qué?... Pues terminaba el día, dejando planificado el quehacer del siguiente y así sucesivamente, toda mi vida.

Pero esta pandemia, con sus estragos me detuvo y sin premeditarlo comencé a volver atrás en mi existir de 87 años, retrocediendo hasta los tres años, cuando falleció mi madrecita, y al recordar ese periodo verifiqué que de allí hasta mi adolescencia, lo único que deseaba era crecer lo más rápidamente posible por vivir en insoportable soledad y falta de amor «en mi hogar». Mi padre y mi madrastra eran un buen matrimonio, yo parecía ser el apéndice no deseado.

A pesar de ello, nada me desanimó nunca, pues miraba confiada en el futuro.

Estudié sin que nadie incurriera en gastos, pues en ese tiempo era todo gratuidad, además yo ayudaba en el negocio como una empleada más, lógicamente sin remuneración.

Me casé, adquiriendo con ello una secuela de problemas de salud (no míos). Asumí la jefatura del hogar y con ello la responsabilidad que corresponde.

Realicé variedad de trabajos (vendedora, obrera, cajera, cinco años de suplencias en escuelas de Valparaíso-Viña). Mis estudios eran cuarto año de Pedagogía en Castellano, mantuve una verdadera lucha para poder ser nombrada en propiedad de cargo, entonces fui designada a Puchuncaví, tierra maravillosa donde hice clases por cincuenta años.

Mi existir nunca fue fácil, pero bajo mis términos hice un trato con la vida: ni protegida, ni amada, lucharía con todas mis fuerzas para lograr para los míos y para mí, una vida soportable, sin que nunca faltara lo vital para sobrevivir (ya era madre de tres hijos).

Y hoy la pandemia me ha detenido y sin proponérmelo, en este aislamiento, he meditado y me he puesto a reconsiderar, en forma somera, mi existencia.

He vivido mejor de lo que había esperado, aquí en este mundo, nunca fui totalmente libre... Me he debido en alma y vida a mis hijos, hasta hoy (fueron tres, solo me queda Mauricio Ignacio, pues Jorge Gustavo y Carmen Ercilia fallecieron trágicamente en 1995 y 2018).

Mi lucha en soledad, de toda mi vida, me hizo sentirme desamparada, desprotegida y hasta llegué a creer que Dios era sordo y cruel para algunos humanos. (...)

¡Gracias Señor por tu amor y misericordia, por haberme dado la oportunidad de reconocer cuánto me has amado y protegido! Antes de irme de este mundo... ¡Y esto me ha dado una paz gozosa!

¿Y a quién debo haberme dado el tiempo de hacer esta mirada retrospectiva de mi vida?

A la pandemia, que me tiene atrincherada...

Silvia Ordenes Villarroel

Puchuncaví, Valparaíso, 87 años

La soledad que siento me hace recordar la dictadura.

Nos quedamos, fue la decisión tajante de mi pareja. Y yo estaba de acuerdo. Hoy sé que fue mi ancestro alemán. El horror que sentimos los jóvenes alemanes en los sesenta del siglo pasado, al enterrarnos de los pormenores de la guerra, de la que nadie hablaba. El holocausto, el exterminio de millones por ser o pensar diferentes a los dueños del imperio de los Mil Años. Allí se me ancló esta seguridad de que mis hijos nunca me reprocharían haber hecho la vista gorda ante las injusticias, a las persecuciones, a las desapariciones de personas solo por pensar diferente. Así nos quedamos, con mi pequeña hija de un año.

Hoy, casi cincuenta años después, recuerdo esa sensación de soledad. Chile, una isla en medio de un mar negro, cubierta por neblinas y sombras oscuras. No había nadie conocido en torno a nosotros, familiares y amigos presos, desaparecidos, relegados. Desesperación y miedo de estarme volviendo loca al percatarme de que no lograba recordar sus nombres.

En octubre del año pasado los chilenos despertamos. Creímos que por fin nos acercamos al final del túnel, que hay luz de esperanza para un país mejor.

Entonces llegó el virus y vivo las mismas sensaciones. Me siento sola, aunque no lo estoy. Sin embargo la sensación de soledad es porfiada y nuevamente habito esta isla,

aislada del resto del mundo, cubierta por neblinas oscuras. Sin saber lo que va a pasar. Sin saber a dónde nos dirigimos.

El encierro me pone paranoica. Desconfío de los que más quiero. Me parece que no me quieren, soy una molestia para ellos, tengo ganas de arrancarme y no puedo.

Y todos los días el mar del hambre se estrella contra sus rocas.

Hoy en un comunicado la FAO advierte que un millón de personas pueden estar pasando hambre en Chile a causa de la pandemia (*Cambio 21*).

Borgis Lohan
Puchuncaví, Valparaíso, 74 años

❁

(...) Me fui a vacunar a mi consultorio Violeta Parra contra la influenza. Me impactó ver a todos los funcionarios del departamento de aseo con mascarillas. Yo estaba en el campo y escuchaba las noticias del coronavirus, pero eso me impresionó mucho, me sentí mal, con presión alta, mareos, fiebre, dolor de garganta y cabeza, y decidí venirme a mi casa, a la parcela.

El día 17 de marzo empieza mi nueva vida. Un nuevo e importante desafío: aprender a encontrarme y conocerme, convivir conmigo misma, ya que yo nunca había vivido sola desde que quedé viuda, era la primera vez que enfrentaría la vida solita, y jamás pensé que sería en medio de una pandemia. Me asusté mucho con el cordón sanitario y se venía algo peor. La cuarentena. Jamás pensé que tendría que estar encerrada para no contagiarme, y hasta ahora sigo acá, siendo responsable. (...)

La cuarentena ha servido para dejar al descubierto al otro Chile que no estaba a la vista; un Chile pobre, que sufre de hambre, frío y deudas. Pero tengo fe y esperanza de tener más adelante el nuevo Chile que todos queremos.

Es cierto, el virus vino para quedarse por varios meses. La cuarentena ha servido en parte pero la gente debe salir a trabajar para comer. Nadie estaba preparado, y la mayoría de los trabajadores y feriantes viven el día a día, por ende siguen y siguen los contagios.

Acá las autoridades no tomaron las debidas precauciones, de un comienzo faltó control, primero de aduana, con los turistas, los que fueron de vacaciones, y muchos más. No hubo cuarentena inmediata para las personas contagiadas y ¿quiénes pagamos las consecuencias? El pobre, los niños, los viejos como yo. Todo esto es terrible. Irreal.

Lo positivo del coronavirus es que he aprendido a vivir sola. Y he estado tranquila con eso, sana y con la paz que necesitaba. He estado más unida que nunca con mi familia a través del teléfono, mis nietos y bisnietos, tienen muchas historias que contar. (...)

Olivia Castro Rodríguez
Chillán, Ñuble, 70 años

❁

(...) Vivimos a concho los tres muy buenos años del gobierno de la Unidad Popular hasta que llegó el año 1973, cuando la derecha política y económica con el traidor Pinochet a la cabeza, dieron el golpe militar. Pinochet le lavó el cerebro a muchos chilenos hablando lo peor de los comunistas y hasta el día de hoy toda la derecha sigue haciendo lo mismo, debo agregar que el mismo año cuando llegó Allende a La Moneda en 1970 fue el año que yo ingresé a trabajar a la Universidad de Valparaíso, una coincidencia muy buena para mí y ahí los tres años de la Unidad Popular los viví a concho ya que en la universidad se sentía la efervescencia política de esos años, previo al golpe. Yo en mi vida gremial he participado en varias actividades relacionadas con el bienestar de la universidad y una de ellas es que fui socio fundador de la Asociación de Funcionarios —fue algo notorio— porque se hizo con unos pocos funcionarios que nos atrevimos a formar esto, porque todavía estaba el dictador en funciones.

Julio del Tránsito Aguilera Hidalgo
Valparaíso, 75 años

❁

Los días pasan y ya estamos a 19 de junio, y la lluvia cae intensamente, es como si el cielo llorara por tanta desolación, tanta tristeza, por esos médicos que han fallecido por salvar tantas vidas de personas que, tal vez muchos de ellos irresponsables, debieron quedarse en sus casas y no lo hicieron.

Cristina Pino Muñoz
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

Sábado, 20 de junio

(...) La empresa de vino Pomar por la celebración de aniversario solicitó le enviaran cartas con los términos de catas de alguno de sus vinos. El vino que seleccioné en esa oportunidad fue el Demi Sec.

Me siento especialmente motivada al compartirla en este país internacionalmente conocido y premiado por sus excelentes vinos.

Cata de vida.

Sentada frente al mar contemplo hoy la vida y aflora a mi mente todo lo compartido en el mágico tiempo y en cuenta regresiva. Ese especial momento cuando nos conocimos ligando para siempre pasado, presente, destino. Atesoro vivencias, encuentros definidos buscando la armonía en cada amanecer, sorteando los obstáculos como quien cata un vino de medianos a intensos, de ligeros a dulces, conjugamos la historia saboreando el placer. (...)

Mabelis Josefina Romero
Concón, Valparaíso, 63 años

Se acerca el solsticio de invierno. ¿Hibernaremos?

(...) Curioso como el encierro vivido entre 1971 y 1978 fue también forzado y voluntario. Extraña combinación.

Tenía 17 años y había ingresado a la universidad. En mi camino se interpuso un sujeto deleznable, un depredador. Estuve en cautiverio tantos años, tiempo juvenil, de gran efervescencia política, de ideales utópicos y utopías ideales, de verdades a medias, como siempre en la historia humana. Sacar a este individuo del congelador, en el que lo almacené por tantas décadas, no me resulta fácil. Tanto tiempo, igual está putrefacto. Ningún congelador garantiza ausencia de fecha de vencimiento.

Decidí contactar a una profesional para que me ayude a deshacerme de esta basura pestilente. Parece que la vida me ofrece la oportunidad de una profunda sanitización interior, superar mi síndrome de Estocolmo, que se puede vivir en cualquier latitud. Este nuevo cautiverio, con la pandemia, puede volverse un *Cautiverio feliz*,

como en la obra de ese cronista español, en medio del pueblo mapuche, por allá por el siglo XVII. (...)

Patricia Jiménez Rodríguez
Santiago Centro, Metropolitana, 66 años

❁

(...) En enero del 2017 que invitaron mis hijas a Arica lo pasé muy lindo, hasta que faltaban dos días para regresar y fuimos para el lago Chungará, ahí se acabó mi gira, no recuerdo nada, desperté en el hospital de Arica sin poder moverme ni hablar, estuve muy mal. Mi hija menor se quedó conmigo y mi hija mayor se volvió con los niños, mi hijo y mi nuera viajaron a verme, nunca pensé que mi nuera me iba a tener que hacer aseo, de ahí la veo como una hija mas, también viajó mi hermanita Gladys quien se quedó hasta que nos volvimos a Concepción. (...) Estuve varios meses en casa de mi hija después del accidente vascular.

En marzo me vine a mi casa, en Talcamavida, una localidad de la comuna de Hualqui, acá soy muy feliz con mis plantas, podía salir cuando quería, pero desde que empezó la pandemia estoy confinada en mi casa, sola. Solo mi hermano Saúl, que vive a 40 metros de mi casa, viene todos los días a dejarme almuerzo y pan amasado, también me va buscar los remedios a la posta y a comprarme cuando me falta alguna cosa. Él ha sido mi contención en estos largos meses de encierro. (...)

Alicia Contreras Bobadilla
Hualqui, Concepción, 76 años

❁

Hemos tenido unos pocos días con solcito que nos han levantado el ánimo. Hoy nos abrigamos bien con mi viejo, nos pusimos mascarilla y guantes y salimos a caminar por la orilla de río, fue tan placentero sentir la brisa sobre nuestros cuerpos que parecimos revivir, me dio gusto escuchar su risa que parecía haberse perdido en los recodos del encierro. (...)

¿Cómo iremos a terminar esta pandemia que parece haberse ensañado con la humanidad? ¿Será parte del plan divino que esta parte de la historia del mundo se renueve?

¿Que todos desaparezcamos, dejemos descansar nuestro planeta Tierra de todo el su-

frimiento que le hemos causado por nuestra avaricia, nuestra ambición de poder desmedido, ir destruyéndonos unos a otros cada día? (...) Mientras camino bajo la lluvia admiro los cerros que nos rodean con su magnífico sombrero blanco y sus faldas verde oscuras que nos dicen que el invierno llegó, el viento helado me hace sentir que estoy viva, que existo, que soy parte de este pequeño trozo de paraíso que es Puerto Aysén, un lugar incontaminado, donde dejamos los patios abiertos, las bicicletas en el antejardín, podemos hablar por celular tranquilamente por la calle, donde todos nos saludamos cariñosamente al cruzarnos bajo nuestras mascarillas, un lugar que se hace querer y nos hace sentir orgullosos de ser chilenos.

Quiero seguir luchando en esta vida y espero salir airosa de esta gran prueba que nos está tocando vivir y espero que aprendamos a ser diferentes a lo que hemos sido hasta aquí. (...)

Sonia Delgado Briones
Puerto Aysén, Aysén, 66 años

Domingo, 21 de junio

Han pasado casi tres meses y la vida continúa.
El día es gris como los edificios que la rodean; desde el amplio ventanal y desde este noveno piso, observa una ciudad silenciosa e inmovilizada. A pesar de que hoy es sábado y que son ya las dos de la tarde, el silencio es total. Es una ciudad muerta; de repente una que otra ventana iluminada, y allá en la lejanía, una bruma que oculta la que fuera la hermosa cordillera nevada de hace unos días. La «casa de Viole» persiste en su porfía color sepia y las enredaderas verdes, a pesar del invierno, compiten con el rojo desteñido de su techumbre.

Aquilata su privilegio recorriendo este departamento de casi 80 metros cuadrados que no comparte con nadie y se moviliza de un extremo a otro con la música de la radio Beethoven para que al igual que la heroína de la Bombal en *El árbol*, camine tomada de la mano de Mozart, porque aquí en estos rincones está su cotidiano.

(...) Sus hijos y nietos la contemplan desde las fotografías inertes desparramadas en las paredes blancas de la habitación, con la siempre presente interrogante de si los volverá a ver y a abrazar. Mucha vida encapsulada y expectante, guardada para una primavera aún lejana.

Encierro. Solo el estacionamiento de visitas, esperándola como todas las noches que en salida furtiva recorre ansiosa y compulsiva, caminado rápido y trotando. Es un fantasma oscuro con sus atuendos de invierno, fácilmente confundible con intrusos que rompen la intimidad del condominio para hacer daño. Y recuerdos y sueños oscuros la atormentan.

Es un mar hermoso aunque algo turbio plagado de centollas que al principio rescata para cocinarlas, pero que después constata que están muertas. ¿Es el rojo amenazante del coronavirus?, grita a su hija Sofía que está en la playa con sus nietas.

¡Es el planeta que reclama y que nos cobra la cuenta! ¡Es la catástrofe ambiental!

Su hija sonríe con cierta indiferencia como con una resignación o desesperanza aprendida, para desaparecer con la playa; está sola en alta mar.

Grita de terror y despierta en su viejo camastro en la soledad de la noche.

Cansancio, vejez y la noticia de algunos amigos muertos, para concluir por fin «que el diablo se viste con diferentes disfraces».

Marcela Jiménez de la Jara
Ñuñoa, Metropolitana, 78 años

Lunes, 22 de junio

(...) Era la cuarta vez que programábamos nuestro viaje en auto a la Carretera Austral, por lo que ese día nos era muy importante, pues con María Isabel —mi pareja y compañera de aventuras— iniciábamos viaje desde Viña del Mar hacia tan anhelado destino, esperando concretar el periplo de casi treinta días que habíamos pacientemente planificado desde hacía meses, lo que no había sido fácil, pues ambos somos muy analíticos y detallistas; además de que debíamos encuadrarnos en un determinado presupuesto.

Habían sido a lo menos tres intentos fallidos previos. (...)

Hubo voces de personas cercanas, que nos comentaban que tal vez las cosas no se estaban dando para que viajásemos hacia dicho objetivo, pero nos propusimos torcerle la mano al destino. A los 72 años, no teníamos mucho que perder, pero sí que ganar y esencialmente disfrutar. Tener la satisfacción de cumplir con nuestro proyecto.

Desde hacía varios días ya se estaba hablando del virus bautizado como covid-19 y el 3 de marzo se había detectado el primer caso en nuestro país, pero confiábamos en que su diseminación no iba a ser tan rápida como para impedirnos completar el viaje de ida en Caleta Tortel. Craso error; ya imaginarán el por qué.

De acuerdo a lo planificado, el 9 y 10 de marzo pernoctamos en dependencias de la Caja de Los Andes, ubicadas en Los Ángeles y Frutillar respectivamente, por lo que el miércoles 11 llegamos a Hornopirén después de cruzar en barcaza el Seno de Reloncaví hasta Caleta Puelche, el punto donde se inicia la Carretera. Desde Hornopirén tomamos otra barcaza hasta Caleta

Gonzalo, a 70 kilómetros de Chaitén (12 de marzo), trayecto donde comenzamos a experimentar lo que es el clima en esa zona, mucho viento y lluvia; era lo que queríamos vivir, ¡por fin!

Todo normal durante el primero de tres días de estadía en Chaitén, ciudad afectada hace algunos años por la erupción del volcán del mismo nombre, tragedia de la cual aún quedan vestigios. Sin embargo, el 13 de marzo nos dimos cuenta de que estaban detectándose contagios en distintas partes de la zona centro-sur del país, pero no en las zonas extremas hacia donde nos dirigíamos, lo que nos dio cierta tranquilidad para continuar hacia la próxima parada: Futaleufú, a la que llegamos el 15 de marzo.

Linda ciudad Futaleufú («Río Grande» en mapudungun), impresionante río y hermosos paisajes. Pero no nos aguardaban buenas noticias. Estando allí nos enteramos de que durante la noche se había incendiado el edificio de la Municipalidad y posteriormente nos llamó la encargada de nuestro alojamiento en Puyuhuapi —próxima parada— mostrando preocupación por nuestra llegada, dado que desde esa ciudad hacia el sur se estaban cerrando alojamientos y lugares turísticos públicos a causa de la detección del covid-19 en un turista británico que bajó desde un crucero con otros turistas para visitar Caleta Tortel (nuestro destino final), de tal forma que nos recomendaba que no continuásemos viaje para así evitar gastos innecesarios... y riesgos también.

A pesar de que hubo días agradables, a nosotros nos cubrieron nubes de tormenta, pues tuvimos de readecuar nuestro itinerario y renunciar a seguir hacia el sur, privándonos de conocer otras ciudades, pueblos y bellezas turísticas de las regiones de Los Lagos y Aysén. No obstante, para no perderlas todas, decidimos llegar hasta La Junta (17 de marzo), lindo villorrio ubicado al suroeste de Futaleufú, donde aprovechamos de visitar los últimos lugares turísticos posibles antes de iniciar el regreso. Tuvimos suerte, pues según el encargado del alojamiento donde nos quedamos, seríamos los últimos pasajeros antes de cerrar. Lo mismo nos pasaría en Chaitén; sentíamos que se nos venían cerrando puertas y rutas. Y una vez más debimos empezar a cancelar alojamientos, tanto los que quedaban hacia el sur como los de regreso. Y nuevamente las personas respondieron generosamente devolviéndonos los montos de las reservas; digno de destacar. (...)

Quienes estamos en pareja debemos sentirnos afortunados porque ¿qué sucede con los adultos mayores que viven solos? Triste situación que está tratando de ser suplida por el Senama a través de personas de buena voluntad que están llamando a todos los adultos mayores que pertenecen a clubes de la tercera edad. (...)

Andrés Páez Olivares
Viña del Mar, Valparaíso, 72 años

❁

(...) Yo me sitúo en la vereda de las personas que hemos tenido muchos años de juventud acumulada. Este año me correspondió darme cuenta de que estaba cumpliendo 35 años por segunda vez. Lejos de desanimarme comprobé que estaba viviendo una etapa que solo me impulsa a no perder tiempo en lamentaciones o en sentimientos de desdicha por no haber experimentado o dejado de hacer algo en la vida.

(...) La vida se compone de instantes en los cuales tenemos que absorber todo de lo que seamos capaces y que nos sirva como cimientos para ir enfrentando las dificultades e ir gozando las oportunidades que siempre sirven como crecimiento personal.

Así como el oro adquiere kilates al fuego, los seres humanos también nos aquilatamos en el sufrimiento y en el amor.

Mi vida va creciendo desproporcionalmente a mi proceso de envejecimiento biológico. Mientras más vivo, más crezco interiormente y más trascendente me parece la vida. Nada podrá permitir que a mi interioridad se la clasifique como de la tercera edad. Estoy en la adolescencia de mi vida emocional; pero con la esperanza de que siempre será mejor.

(...) Somos seres esencialmente creados para ser libres y este confinamiento obligado nos conmueve a ratos, nos revela por momentos, nos cuestiona permanentemente. Estamos restringidos en libertad, sin embargo, tenemos herramientas que hemos acumulado por años para hacer uso de ellas. La fortaleza es una, el amor o desamor que hayamos experimentado en la vida, la paciencia que hemos aprendido que no por mucho madrugar se amanece más temprano, que todo tiene un ciclo en la vida, que por más que intentemos precipitar las cosas, siempre hay un proceso que respetar. Al respecto nuestros hombres de la agricultura nos han enseñado por siglos que la semilla necesita un tiempo para germinar y que mientras dormimos esta crece a pesar de nosotros. (...)

No somos lo que otros ven de nosotros. Somos más que eso. Nuestra vida es invisible y trascendente, no puede morir ni envejecer, solo trascender y rejuvenecer.

Marysia Fernández Cruz
Valparaíso, 70 años

❁

La cajita infeliz del Edén

Nací en el peor de los meses de encierro pandémico, a consecuencia del hambre y pobreza muy bien escondida. Fui exprimida del pago de impuestos a los más pobres de este país, los alienígenas como alguna vez fueron catalogados.

Junto a miles fui gestionada en un mercado enrarecido de transacciones truchas, amigotes secretos y colusiones.

Sucedió cuando los alienígenas quedaron sin sustento para alimentar a sus familias y para rematarla más aún, la orden era confinarse. Una medida tomada urgente por el imperio, para que la olla común a presión de descontento social no estallara nuevamente dejando en evidencia los pecados neoliberales.

En este ambiente ya enrarecido, una confesión que da cuenta de un derrumbe de castillos de naipes y un Alzheimer escondepobres, que finalmente deriva en la renuncia de don Corleone, el del mejor sistema de salud del universo, dejando en evidencia un virus muy bien administrado para un sector y muy mal para el otro.

Entonces nacimos nosotras, las mentadas cajitas, pequeñas, tardías y que con nuestro exiguo interior, debíamos hacer taumaturgia para cumplir.

Pero la verdad de la milanesa es que fuimos creadas para aplacar el hambre de poder del que se cree nuestro dueño, manejándonos como un regalo, solo para la foto y mejorar una imagen irremediablemente agonizante por una larga infección de indolencia y desconocimiento social, por supuesto que en concomitancia con la prensa sectaria, que se esfuerza por maquillar todos los días los cagazos y mala fe del déspota poder, para finalmente repartirlas a algunos pobres alienígenas, no importando cómo ni cuándo. Pero más tarde que temprano nos entregarán a nuestro destinatario, de quien esperan agradecimientos eternos y por supuesto las respectivas agachadas indignas que se estilan en estos casos.

Pato Sánchez C.
Valparaíso, 61 años

El sábado tuve una enorme sorpresa, una sobrina que vive cerca, tiene 49 años, siete hijos, es entretenida y trabaja como extra en importantes teleseries nacionales, estaba aburrida con la larga cuarentena en su casa y me anunció en un día de mucho sol que

me visitaría. (...) Conversamos mucho y le conté de la psiquiatra que había conocido en internet y que aprendí: «Lo importante que es vivir el encierro día a día», sin importar el pasado, ni pensar en el futuro, siendo recomendable realizar primero una introspección para nutrir nuestra vida interior y recuperar algunos valores tradicionales, como practicar la solidaridad, llamar a alguien por teléfono, la bondad con el que toca el timbre porque quedó sin trabajo y yo le agregué: «La alegría de tener más de ochenta años y despertar agradeciendo por un día más de vida». La grabación duro alrededor de diez minutos, me entretuvo mucho, porque Fabiola tomó el rol de periodista, me dio confianza y pasamos unos momentos muy agradables. (...) Mi gran sorpresa fue que subió nuestra conversación a Facebook y en la tarde me llamó mucha gente para felicitarnos por la entrevista. (...)

María Angélica Benavente Kunz
Las Condes, Metropolitana, 80 años

❁

Bueno yo personalmente gracias a Dios me siento bien de salud pero todo esto de la pandemia mal emocionalmente, pues a veces amanezco con mucha angustia, lloro con mucha facilidad y esto nos tiene mal, con miedo.

Si recordamos un poco del 18 de octubre que lo estamos pasando mal, primero el estallido social y ahora este virus.

Yo vivo sola con mi marido de 74 años y no podemos salir a ver a los nietos, les echo mucho de menos, quiero que esto termine luego.

En el club no nos podemos juntar los días viernes como acostumbramos.

Las socias todas dicen extrañar las onces del día viernes, nos llamamos por teléfono y todas deseamos que esto termine luego. (...)

Alicia de las Mercedes Godoy Estay
Nogales, Valparaíso, 71 años

❁

(...) Nosotros con mi esposo, estamos en casa bien, nos entretenemos jugando bachillerato, naipes y dominó, tenemos buena comunicación así que los días se nos hacen muy cortos,

además vemos a nuestras hijas (dos) y nietos (tres) por videollamadas. También nos vienen a dejar lo que nos hace falta, yo salgo una vez a la semana a comprar el pan.

Me gustaría que la gente respetara la cuarentena quedándose en casa, que la televisión no estuviera todo el día hablando sobre el virus y del adulto mayor. Eso nos preocupa y asusta, todos deberíamos querernos y respetarnos, y así vencer el coronavirus.

Ana Ester Ardiles
Nogales, Valparaíso, 68 años

1. Problema miedo a este virus
2. Problema económico
3. Problema sicológico

Edith de las Mercedes Sandoval Donoso
Nogales, Valparaíso, 62 años

Esta pandemia nos ha afectado mucho, ya sea en el estado de ánimo, mis nervios, una está más preocupada de la familia, que ojalá nadie de ellos se contagie.

Me afecta no poder salir libremente, hacer los trámites, visitar a la familia y salir a comprar a la feria. También se extraña no salir al club, donde una se distraía compartiendo con los demás socios.

Necesitamos que los jóvenes tomen más conciencia con este virus. No sacamos mucho cuidándonos nosotros, si ellos no se cuidan.

Francisca Espinoza Castillo
Nogales, Valparaíso, 65 años

Querido diario: cuando niña adolescente tuve mi diario íntimo secreto en un viejo cuaderno... Fue mi sicólogo y terapeuta, ya en esos juveniles años mis pensamientos divagaban sobre la muerte, creo más bien un escape a mis carencias afectivas; recuerdo que escribí: «Podría morir esta noche/ ahora que nadie en mí piensa/ si morir esta noche/ que está cubierta de estrellas/ imagino que allá en el cielo/ están los Ángeles de fiesta»... Si en esos tiempos siendo niña aún pensaba en la muerte, al llegar a la tercera edad, la posibilidad de fallecer en cualquier momento está presente..., más aún ahora que es tema actual por esta terrorífica pandemia... Cualquier persona al leer mis palabras dirá que soy pesimista, aclaro que no es así, tengo sentido del humor y a mis 73 primaveras (sí. textual: primaveras porque nací en el mes de octubre) amo la vida y a todos los seres vivos, de hecho entrego mi amor y cuidados a cuatros perros, dos gatiñas y a una infinidad de avecitas que vienen a desayunar a mi casa todas las mañanas, y desde siempre me han gustado muchos los niños por su energía pura y cariño sincero... A veces sueño que soy veinteañera y corro por una playa descalza y que me reúno con amigos alrededor de una fogata. Además asisto, más bien asistía antes de la pandemia, a clases de yoga, de taichi y baile entretenido. Así que si escribo mi diario íntimo del tema de la muerte es porque desde que nacemos algo muere en nosotros, puede ser un cabello, una célula o una ilusión, ¿verdad? En la actualidad son demasiadas las personas fallecidas por el covid-19, donde tu mires ves a un deudo; la muerte es un tema común, demasiado común... Hace poco abrí el Messenger de una amiga, que muy triste me comunica que ha quedado viuda, su marido padecía de tabaquismo y secuelas de poliomielitis lo que derivó en una insuficiencia cardiorrespiratoria, jamás oyó consejos, y como muchos respondía: «Si me he de morir me moriré fumando». Por lógica no pude visitarla ni acompañarla al cementerio Parque, Viña del Mar está en cuarentena y además no pueden asistir a un funeral por covid positivo más de cinco personas y por otras causas hasta veinte acompañantes. Igual quedé sintiéndome como en deuda, fuimos vecinos y superamigos... Al día siguiente encontré un hermoso mensaje de un autor para mí desconocido y se lo envié a mi amiga, dice así: «No te acerques a mi tumba sollozando, no estoy ahí... Estoy en el viento que te acaricia, en las plantas que riegas cada día, en las estrellas que brillan de noche sobre tu hogar, en las sonrisas de tus hijos, en los pajaritos que cantan en tu ventana... Por eso, no te acerques a mi tumba sollozando... No estoy ahí... Estoy en tus recuerdos y en tu corazón». Hermosas palabras, ¿verdad? Por eso ahora que en estos momentos más de alguien está cambiando su traje terrenal por un traje cósmico espiritual concluyo que nuestros difuntos son seres de luz cuya energía recibimos sin darnos cuenta de su protección... Ellos disfrutan ahora de un cuerpo etéreo, libre, sin dolencias, en un lugar maravilloso, divino. Tan magnífico debe ser

ese paraíso que nadie vuelve a contarnos cómo es, ¡la transición de la vida a la muerte! Adiós querido diario, hasta pronto, ¡bendiciones!

Patricia Araya Pérez
Villa Alemana, Valparaíso, 73 años

❁

(...) Pienso que han promulgado esta ley tan rápido para los adultos mayores, no nos permitió prepararnos, ya que de un día para otro no pudimos ni siquiera salir a comprar lo básico, siendo que muchos de nosotros somos más responsables que algunos jóvenes, tomando más en serio las medida de precaución.

Ver televisión antes era satisfactorio, en cambio ahora, es un terror, nos asustan llegando al punto de no poder dormir.

Me gustaría que se nos tomara más en cuenta, que nos visitaran y pudieran ver en terreno nuestras necesidades, hay muchos de nosotros que vivimos solos, y en mi caso tuve que irme donde mi hija dejando mi casa abandonada.

Iris Alvares Romero
Nogales, Valparaíso, 76 años

❁

(...) Esta pandemia para mí ha sido muy dura a mis años, con el cansancio a cuestas de haber criado mis cuatro hijos, de haber vivido tantas situaciones durante mi vida como terremoto, temporales, tsunami, pero nunca un virus tan destructivo y agresivo y mortal que ha golpeado tantas familias llevándose sus seres queridos.

Me angustia pensar en tanta gente que no tiene qué comer por haber perdido su trabajo. Me siento triste y a la vez con mucho miedo de contagiarme ya que tengo un problema al pulmón.

Extraño tanto a mis hijos y nietos ya que ellos no quieren exponerme así que no me visitan. Solo me llaman por teléfono todo los días. Extraño besarlos, abrazarlos, mimarlos como siempre. (...)

Josefina Olivares
Nogales, Valparaíso, Sin fecha y edad

❁

En estos momentos vivo allegada en casa de una hermana también adulta mayor.

Julia Dominga Tapia Robledo
Nogales, Valparaíso, 74 años

❁

La pandemia me ha afectado mucho emocionalmente, debido a que soy diabética insulinodependiente, siendo uno de los grupos de mayor riesgo a contagiarme del virus.

(...) No estamos bien, el que mantiene la casa quedó sin pega por esta pandemia y solo estamos sobreviviendo los cinco que habitamos en la casa con el sueldo de mi hija, que no es suficiente (...) Tratamos de hacer almuerzo para dos o tres días pero todo ha subido de precio así que solo están priorizando la alimentación, dejar de lado las deudas de dividendo, comercio y solo pagamos la luz, gas y todo lo demás tendrá que esperar hasta que esta cosa se acabe.

Liliana Arancibia Castillo
Nogales, Valparaíso, 69 años

❁

(...) En estos meses que no se ha podido salir a la calle ha sido un poco complicado ya que altera la rutina de la vida cotidiana, en cuanto a la vida emocional, religiosa, y emocionalmente uno se deprime ya que cambió mi vida por completo.

Por la parte de salud, lo que me hace falta es un dentista ya que últimamente he sentido muchas molestias en mi dentadura, al igual que los meses anteriores tenía podóloga todos los meses y eso me afectó en la parte económica ya que tengo que pagar uno particular. (...)

Uberlinda del Carmen Sandoval
Nogales, Valparaíso, 72 años

Martes, 23 de junio

Después de haber contribuido a la olla común del sector San Alfonso, en Limache, con el Nico plantaremos almácigos de lechuga, coliflor, zanahorias y betarraga. La pandemia, además de muerte y desamparo, anuncia hambruna para el pueblo pobre.

Para el Nico, clases *online*, ducha con agua caliente, tres comidas diarias y cama con calefacción.

Omar Andrés Rubio Orellana
Limache, Valparaíso, 72 años

Miércoles, 24 de junio

He perdido la cuenta de los días que llevo encerrado en al apartamento, la rutina continúa, duermo, desayuno, escribo, juego ajedrez *online* con amigos, almuerzo, duermo, escribo mientras observo corretear a las nietas. Ellas gastan energías a su manera, a veces a costa de un porrazo por arriesgarse en alguna pirueta. Como no podemos salir a caminar como lo hacíamos a diario, en la tardecita hacemos ejercicios guiados por una joven española. Muy simpática por cierto, lo único que me preocupa es que cuando saluda con una sonrisa dice: «Hola, guapísimas».

Julio Villarreal
Ñuñoa, Metropolitana, 65 años

Empiezo este diario porque necesito hablarme en silencio, mirarme en el espejo de la vida. Quiero escribir y contar que hay cosas que me causan penas, rubor y risa. Es que es gracioso recordar que yo tuve un diario de vida hace setenta años, era un álbum bonito, de hojas celestes y tapas como de cuero acolchado, no tenía candado, como otros, solo tenía un cordoncito café que se amarraba entre tapas, había que esconderlo porque había secretos que ahora no recuerdo, tal vez que tenía polola o que enterré unos pantalones cortos que no me gustaban.

(...) Es importante que sepas que lo vivido no ha sido poco, aunque ahora esté envejecido es necesario contarte que soy testigo de grandes acontecimientos importantes en mi vida, he vivido un golpe militar, varios terremotos, la pérdida de un hijo, una operación a corazón abierto, y ahora una pandemia destructora y letal.

Que nos tiene confinados en cuatro paredes, un arresto domiciliario necesario pero invalidante, yo salía todos los días, siempre había cosas que comprar, pagar, buscar. Ahora ya soy adicto al *delivery,* al whasapp y a las noticias de TVN. (...)

Carlos Tapia González
Viña del Mar, Valparaíso, 80 años

❁

(...) En mi memoria existen emociones extremas. No había ningún enemigo en forma de virus o bacteria, no había ninguna guerra. Sí vivía en una isla rodeada de paredes, y demasiadas veces era mejor no ser recordada ni llamada. ¿Acaso me acostumbré a existir conmigo y es la causa de que en este presente desconozco el aburrimiento? (...)

Patricia Haltenhoff Harris
Quilpué, Valparaíso, 60 años

❁

(...) Estoy en mi patio ya preparada a recibir el pedido de mi verdura, estoy con todos los elementos necesarios para el desinfectado y lavado y así cumplir con todas las normas sanitarias que debemos tomar para luego entrarlas a la casa.

Cristina Pino Muñoz
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

❁

Me desperté a las 8:30 pensando «Hoy es mi cumpleaños... Cumplo 83 años», cosa que no me imagino y no lo creo. Me es difícil imaginar la edad que tengo, todo lo que he hecho,

la familia que formamos con mi esposo, con quien compartí cincuenta y ocho años de mi vida. Tantas cosas que contar, cosas divertidas, penas y alegrías; cómo es la vida, ahora pasa tan rápido todo. Es el momento de recordar y disfrutar. (...)

En la mañana, me saludaron mis hijos, primos y amigas. Después me fui al dormitorio a recostarme y, de repente, veo a mi hija y su marido que están en la puerta con un regalo: una torta. Fue emocionante, pues no lo esperaba. Ellos viven en Quilpué y, hasta esa fecha, no estaba esa comuna en cuarentena. Fue un saludo de lejos muy emotivo.

A las 19 horas aparece mi nieto con la torta, la vela encendida y el celular prendido en Zoom, en una videollamada con todos mis nietos y bisnieta comunicados cantando cumpleaños feliz, ¿qué más puedo pedir a estas alturas de la vida? (...)

Berta Irene Haschke Pina
Viña del Mar, Valparaíso, 83 años

Jueves, 25 de junio

(...) Ahí estoy, afirmado de la reja al interior del edificio y miro hacia afuera, como un prisionero, me gustaría salir a tomar solcito que se divisa en la vereda de enfrente, que pasara un amigo y solamente decirle hola con un gesto de mano, nada más, yo tengo mascarilla y como me afirmé de la reja al volver a mi departamento tendré que lavarme las manos a lo menos sesenta segundos con abundante agua y jabón.

Ahí diviso el auto de mi hijo, se detiene frente a la reja, ya tengo que salir, y veo a mi hijo, invulnerable, fresco y risueño, como si nada, se baja, abre la maletera de su auto y me pasa la bolsa de los remedios y otra bolsa de compras del Jumbo, nos despedimos cariñosamente, sin tocarnos, y espera a que yo me entre, porque puedo cometer la torpeza de quedarme afuera y correría peligro.

Llego a mi depto, entro, me lavo las manos, me cambio zapatos, porque están contaminados porque pisé el pavimento de la vereda, y sigue la rutina del encierro. (...)

Carlos Tapia González
Viña del Mar, Valparaíso, 80 años

Teletareas con la Abuela

«Mira, Beli, elige, ¿cuál puntero te gusta más?» «Ninguno, me marean. Leamos sin puntero mejor.» Así empieza la sesión de teletareas, cualquier excusa para alargar la cuestión esta tan latosa. Virtual o presencial, la cosa es la misma, que te invito, que mejor tú invita, que Beli no tienes activado tu micrófono, que Beli no te veo, que Beli baja tu tele, Beli estás chascona, en fin, la cuestión es sacar la vuelta. Bueno, pero la Beli algo se maneja en el tema y con el pasar de la cuarentena ya estamos dominando la sala virtual. Planificación y links ya me han sido reenviados así que con eso redujimos los alargues con el famoso cambio de puntero y los «te comparto pantalla Beli» que no tienen nada que ver con la tarea. O sea, casi, casi todo controlado. «Si hay actividades de escribir, pintar, recortar, leer un libro mejor será que te sientes bien lejos de la pantalla, nada que me muestres solo el moño o tu lindo cintillo por la cámara». A sentarse frente a ella, pero lejitos, que la Beli tenga una panorámica del área de trabajo, quiero a mano el estuche, las tijeras, el pegamento, la carpeta y las copias de las guías. Refunfuños van y vienen, pero ya, rapidito. Atención, ¿lista? ¡Ya! Empiezan las instrucciones de la *miss* y se despliega el *power point* que la debe haber tenido despierta quizás hasta qué horas de la noche. Fome. Pero sigamos, motivemos como podamos. El trópico de Capricornio habría pasado sin pena ni gloria si no lo destacamos como la línea imaginaria que pasa muy cerca del lugar donde nació la mamá, «¿De verdad, Beli?», primer gesto de interés de la figura aletargada que veo al otro lado. «Ya, siéntate derechita... Baja las rodillas». Sigamos, «Beli, ¿te mandé un emoji?» «Concéntrate, corta el chat». Llegamos al trópico de Cáncer. «No me gusta, Beli, una amiga dice que ahí la gente se muere de cáncer». Respiro profundo. «No es verdad, le pusieron ese nombre por una constelación que tiene la figura de las pinzas de un cangrejo», pero eso no aparece en el *power point* de la *miss* ni la reflexión sobre la diversidad ante un «wacala» repulsivo por ciertas costumbres alimenticias de los Inuit en el Ártico. ¿Dónde te fuiste? No te veo. «Fui a buscar mi colación». Pausa. Transmitir una formación integral es tanto o más desafiante que darle vida al *power point*, no tiene mucha cabida en esta aula virtual, falta el paseíto en carne y hueso indicando, reforzando, retroalimentando, corrigiendo posturas, modales y hábitos, manteniendo el orden y todo ese sinfín de detalles que no bastan con compartir la instrucción en una pestaña. «Beeeliiii, ¿estás ahí?», «Sí, aquí estoy, terminemos luego con la guía de evaluación». Logrado el objetivo sí que valió la pena recordar lo bien que lo pasamos en esa playa de la zona tropical, o los animales salvajes que asustaron a la Beli en la zona templada de la sabana africana. Y por

último ni tan distintos eran los Inuit a nosotros que también comemos pescado crudo, aunque le agreguemos limón. Ya nos adaptaremos mejor a esto. Terminamos. Despejemos la mesa de trabajo. Se guardan los útiles. Por lo pronto, dejemos abierta la sesión así la soledad del aislamiento no se acentúa tanto. Un «Beli, ¿estás ahí?» me corta el tedio de este encierro y me reconforta saber que «estoy ahí» para alguien.

Marta Palmenia Bustos Zavala
Providencia, Metropolitana, 67 años

❁

No siento miedo al virus si soy precavida. Más miedo le tengo a una parte de la humanidad. Si hoy tuviese 20 años de edad, hubiese decidido no traer hijos. (...)

He amado este planeta. He amado su naturaleza de regresar a su centro. He amado su capacidad de restaurarse, de reconstruirse, de volverse fértil una y otra vez, de sacudirse y al segundo después comienza su magia otra vez. ¿Por qué no se ve? ¿ Por qué no se siente? Pena me da ver los esteros, los ríos, los océanos, arrastrando el basural que los humanos no queremos. No fue suficiente que las verdes rutas sufrieran de las plagas plásticas y los vientos en vez de soplar hojas y semillas..., repartiesen lo más indigno, hoy se suman las innumerables mascarillas lanzadas en cualquier parte como si la Tierra fuese ajena a nuestra existencia. (...)

Patricia Haltenhoff Harris
Quilpué, Valparaíso, 60 años

❁

A veces pienso cómo sería mi vida con Manuel si estuviera vivo, estoy segura de que no se hubiese venido a Viña. Probablemente, estaríamos en esa tremenda casa o viviendo en un departamento en Santiago.

Me llevaría el desayuno a la cama, luego se iría a la ducha, se vestiría e iría sentarse al living y esperar a que me bañe, arregle; al fin de salir a comprar al supermercado tomados de la mano, yo caminando un poco rápido y volver pronto a la casa. Leería el diario y me acompañaría en la cocina mientras yo preparo el almuerzo. Luego, dormiríamos siesta

y veríamos tele. Comeríamos y, nuevamente, a la cama ver noticias. Yo tejería y el leería. Finalmente, nos iríamos a dormir. Echo de menos esa mano y esa mirada que me decía que me quería, su felicidad era su hogar, sus hijos y los nietos. (...)

Berta Irene Haschke Pina
Viña del Mar, Valparaíso, 83 años

Viernes, 26 de junio

(...) La realidad actual nos plantea escenas distintas superando a la ficción y el tiempo no está determinado. Todos somos actores, protagonistas, escenógrafos y observadores que día a día nos adaptamos a una nueva forma de vida. (...)

Mabelis Josefina Romero
Concón, Valparaíso, 63 años

❁

(...) No quiero ver los gráficos, ya no quiero ver más noticias, solo quiero que esta pandemia se termine. Querido diario: No sé hasta cuándo durará esta epidemia, no sé cuántos diarios tendré que escribir relatando mis frustraciones, ya me duele la cabeza, pero no tengo tos, tal vez un poco de fiebre, ¿tendré el coronavirus? Ni Dios lo quiera, tendría que ir al hospital, hacerme el examen, si fuera positivo tendría que irme a una residencia sanitaria, vivo con mi esposa, ella quedará sola, ¿y si también estuviera contagiada? No querido diario, no soy capaz de resistir esta presión del ambiente, los días se suceden unos a otros, pasan los días, también los meses se suceden, recibo mensajes de cariño, saludos, de afecto y aliento, ejercicios físicos y mentales, mantras, corazones, etc., etc. Diario amigo, no diviso la luz al final del túnel, soy vulnerable de alto riesgo, tengo que cuidarme, nuevamente se hace tarde, nuevamente las sombras de la noche me invitan al descanso, creo tener un poco de fiebre, tomaré un paracetamol por si acaso, ya es muy tarde, tengo sueño, me acostaré... Padre nuestro que estás en el cielo...

Carlos Tapia González
Viña del Mar, Valparaíso, 80 años

Antes de que la historia fuese historia intuyo y veo a la verdad mezclada con la mentira. Como un juego donde debes adivinar cuál es cuál. No escuches a la mayoría. La mayoría se puede equivocar. Algo así debió ocurrir con los dioses, de superdioses a dioses de papel, nos contaron de superhombres, volvimos a errar. Hoy puedes encontrar otros seres como los reptilianos, los grises y otros entes que se entre mezclan con los *illuminati*, sin dejar de lado el nuevo orden mundial y cómo nos han querido exterminar. Entonces, también te vas enredando con la idea de que el virus salió de un laboratorio, pero de todos modos los chinos son los culpables por comer murciélagos y estamos obligados a respirar medios ahogados con alegres mascarillas que acaban navegando por los ríos hasta los peces del mar. Esto último sí es verdad. Ahora la vida huele a mascarilla usada.

¿Antiguamente a qué olían los ríos? ¿Olían a tierra de montañas? ¿Olían a nieve..., a respiro transparente? Extrañar... ¿Alguna vez llegaremos a extrañar al planeta? ¿Recordaremos a qué olían las mañanas cuando la neblina fresca entraba a los pulmones y de nuestras bocas emanaban nubes en el aire disipadas? ¿Recordaremos a qué olían los prados cuando rodando quedaba nuestro ropaje verde?

Nada acaso es accidente. Y cómo afirmar que todo está sincronizado... Sin embargo, la época de soledad y silencio en mi vida, ha hecho posible valorar lo que aún existe, lo que aún vive. No solo he aprendido a observar y caminar por mis mundos interiores, también he aprendido a mirar los mundos exteriores de este maravilloso planeta oceánico... Sea una matrix, sea un laboratorio, sea una realidad inventada..., es innegable que los perfumes de la floresta, de sus frutales, tienen un efecto en el organismo. (...)

Los ancianos de la antigüedad eran sabios no por haber leído grandes bibliotecas, sino porque aprendían buenamente de todo lo vivido. Esa era su preciosa sabiduría. ¿Y nosotros... nos haremos más sabios cuando se abran las puertas ciudadanas o solo veremos el mismo puente?

Patricia Haltenhoff Harris
Quilpué, Valparaíso, 60 años

Cuando la realidad supera la ficción

(...)Las inesperadas partidas a causa de la pandemia son solitarias, silenciosas, dolorosas. El duelo lo comparten los más cercanos. Estamos aprendiendo a convivir y a aceptar este momento tratando de hacer fácil lo que realmente es difícil.

El distanciamiento social nos mantiene en una paradójica libertad de confinamiento.

Se habla de cambios en las cartas de menú a formato digital. Los utensilios de uso común en los restaurantes como saleros, servilleteros, paneras serán eliminados. La genuina sonrisa Duchenne que se expresa en los ojos de forma espontánea sustituye a la tradicional sonrisa de los labios ahora tapados por la mascarilla.

Esta nueva imagen del rostro semicubierto le ocasiona un efecto bizarro a mi nieta de desconfianza y temor. El martes 30 de junio cumplirá once meses. Este último trimestre sus salidas son contadas. Ya no está el ir día a día a la guardería. Es parte de los actores infantiles del planeta azul a quienes les ha tocado vivir un histórico acontecimiento.

Mabelis Josefina Romero
Concón, Valparaíso, 63 años

❁

(...) Me gusta mucho escribir y siempre tengo muy en cuenta participar. La participación es algo muy natural dentro de mí. Me gusta hacerlo. (...)

Estaba entre lanas y palillos mi viejecita amada, con sus noventa y tres años, aún ya cansada, su mirada entrelazaba la mía y a cada momento me preguntaba: qué grande esto, hija, que pasa, tanta gente que se muere cada día. Entonces yo silenciosa me acercaba con amor a ella, tomaba sus manos a mi madre querida, acariciando su cabello y con amor le decía: aférrate a mí, mamá, cuidémonos las dos. Ella descubría sus manitos dejándolas lavar y encerraditas en el hogar estamos protegiéndonos de este desconocido virus que atrapa a seres humanos sin poder escapar. Ella me mira con tierna lucidez y me habla tan lindo de su niñez. A veces canta para olvidar episodios y noticias y yo me aferro a ella, a escucharla como queriendo decir: aquí no pasa nada, mi viejecita amada. La cubro con su chal, la abrazo mucho y le digo: hasta mañana, mamá, que duermas tranquila. Mañana será otro día, Dios así lo sabrá.

Este es un relato original inspirado en mi madre. Ella tiene 93 años, está lúcida y yo hago que ella olvide cosas que están sucediendo, con amor, con cariño, para tenerla por muchos, por muchos años más.

Uberlinda Carmen Guerra Rojas
Coquimbo, 70 años

❁

Aunque un poco tarde me entero de esta convocatoria, voy a tratar de hacerlo lo mejor posible...

Me despierto en la mañana agradeciendo estar con vida y salud, tener una casa, un techo que me cobija, una linda cama, una hermosa casa y un inmenso jardín que me facilita la vida en estos tiempos acompañadas de nuestro amigo covid-19 (me gusta el término que uso mi amiga Marcela para referirse a esta situación). No lo quiero nombrar mucho porque le damos más fuerza...

Referente a la pandemia hay muchas versiones, que el virus existe sí existe, pero nos confunden diciendo que es un bicho creado por mentes perversas que nos quieren dominar y que nos vacunarán y nos pondrán un chip para manejarnos, otros dicen que no, que los virus no existen, que todo es mentira y nos están coartando nuestro libre albedrío obligándonos a ponernos bolsa y quedarnos en casa... Otros que viene una nueva era de dicha y felicidad, que esto es un paso hacia otra evolución de la humanidad donde seremos más espirituales y viviremos respetando a la naturaleza, en fin... Mi visión es que el virus existe, y que ha muerto gente, eso es verdad, pero para mí no es tan grave, es una gripe más fuerte que la influenza, que afecta a personas con problemas de salud y a aquellas personas con su sistema inmunológico débil... Con esto me quedo, por eso no veo noticias ni nada que me confunda... Trato de cumplir los protocolos de cuidados y cuidarme de no resfriarme...

Bueno, en las tardes me pongo a pintar, ya que es mi hobby más preciado, estoy pintando tres cuadros dedicados a mis hijos con tema de maternidad... Me están quedando lindos.

Estoy en un grupo de WhatsApp donde meditamos por veintiún días, me siento a hacer mis tareas y meditar...

Soy profesora de yoga y en la mañana le doy clases en su casa a una persona más mayor que yo jajaja... Cuidando la distancia y los protocolos... Con eso también me distraigo y

me obligo a arreglarme un poquito más y a tomar aires diferentes, y a mi alumna le hace muy bien porque ya está cansada, extraña su libertad... Todos extrañamos el no poder circular libremente por la ciudad y visitar a nuestras amigas y familias.

Me llama mi hijo mayor que vive en Reñaca con su pareja, que se tiene que ir a la parcela que queda en Concón a tomar otros aires ya que el encierro los tiene agotados y ya están cansados de mirarse las caras, me dice, mama voy a Concón y me queda una vida. ¡Cómo que una vida?!, le pregunto, sí, me contesta, es como los juegos de la play, te dan dos vidas (dos permisos para salir a la semana), se te gastan y «estás muerto»...

Ada Teorinda Acosta Campos
María Pinto, Metropolitana, 74 años

Sábado, 27 de junio

(...) Uso las mismas pantuflas y solo me cambio el pijama, he dejado de maquillarme. A veces, me pinto solo los labios. Esto ha sido una liberación, la vida se me ha vuelto más simple

Berta Irene Haschke Pina
Viña del Mar, Valparaíso, 83 años

❁

Me levanto tarde, porque hace mucho frío, mi esposo querido me trae el desayuno a la cama, ¡yo feliz!

En mi comuna no hay cuarentena, pero sí debemos cuidarnos, usar mascarilla y respetar la distancia social... Tengo que salir a comprar. No me gusta usar mascarilla, me siento amordazada, fui con mi hijo a la carnicería del barrio, no había mucha gente, entramos y la cajera me dice: No pueden entrar más de cuatro, así que espere afuera....

No me gusta salir a comprar, todos estamos como asustados unos de los otros, es como si el otro me fuera a contagiar, le hacemos el quite.

Después voy al supermercado, menos mal que no hay fila afuera y podemos entrar enseguida, pero adentro está lleno, me asusto y le digo a mi hijo me voy mejor afuera...

No, me dice, anda a un lugar que esté más vacío... Me siento como ahogada e insegura en ese lugar... La gente no respeta la distancia...

Ada Teorinda Acosta Campos
María Pinto, Metropolitana, 74 años

❁

Quedarme en casa, algo que tuve que hacer porque es mandato y por lo que, de no hacerlo puede traerme consecuencias negativas, tanto con la ley como con la repercusión sobre mi salud. Pero aun así, no encuentro la motivación ni la fuerza suficiente para aguantarlo y no me parece, o no estoy convencido de que sea una medida capaz de solucionar la situación epidémica en la cual estamos inmersos, por lo que me quedé mirando al vacío sin hacer nada en absoluto, y sin la menor idea de lo que podría hacer.

En mi caso particular, me encuentro desde hace un año en Santiago de Chile adonde vine a parar, gracias a la preocupación de mis hijos y debido a la imposibilidad que representó para mí la situación actual de el deterioro de la calidad de vida en mi querida Venezuela, donde haberme quedado hubiese significado simplemente morir. (...)

Ya hasta las cosas de rutina habitual se han convertido en un hastío insoportable. Es prácticamente imposible no desesperar pues ves que las consecuencias del bendito virus no se mitigan, sino que por lo contrario cada día las cifras de víctimas aumentan en proporciones que parecen incontrolables y a nivel mundial, lo cual lo hace más sofocante, considerando que estoy dentro del rango de mayor vulnerabilidad, donde se supone que si me contagio muero. Definitivamente no quiero morir todavía.

Es verdaderamente difícil plantearse cambios de vida, cuando tú estás en una condición como la mía, 70 años de edad, recién comenzando a conocer un nuevo país, tratando de asimilar todos aquellos cambios naturales de un migrante en tierra desconocida y principalmente preocupado y ocupado en encontrar un trabajo que te permita solventar tu situación económica en busca de garantizar tu sobrevivencia. (...)

Luis Alfonso Medrano Zambrano
Santiago Centro, Metropolitana, 70 años

❁

(...) Me inscribí en aceptar una cita a ciegas y cumplir con lo que se me solicitaba; estar sentado en un banco de la plaza del cerro, haciendo como que leía.

Unas gotas comenzaron a caer en mi excabellera color castaño, yo luchando férreamente contra la curiosidad, afianzándome en la voluntad.

Platón enseñaba que hay que buscar lo bello lo justo, y lo bueno, a mí, me interesaba más lo bello, porque ya no tenía edad ni energías para lo justo y menos para lo bueno.

Plaza Waddington, Playa Ancha, sector wanderino por antonomasia, volvía al lugar de mi infancia, frente al cine Iris, junto a la carnicería Olimpia de mi abuelo, don José del Rosario, si hasta el nombre es vetusto y casi gay.

Niños de nueva generación jugando en la plaza, pero no a la pelota ni al volantín, como en mis tiempos, juegan con los celulares, dele que suene uno junto al otro, exponiendo más de cincuenta mil pesos cada uno a la delincuencia, lo que se supone que sus padres aún están cancelando en alguna tienda esos aparatos. Acotación senil.

II

¡Qué cambios, lo importante es que había niños y con pantalones largos, no ridículamente como a mi edad, que me lanzaban a esta misma plaza con pantalones cortos!

Cuatro de la tarde, la hora en que los adultos mayores salimos a «carretear», porque a las seis, ya se impone el «mate o el tecito» y la comedia de la tarde, o el fútbol desde Inglaterra, para los varones.

Llevo para la ocasión, una bolsita de caramelos de la tienda Forno de calle Pedro Montt, los famosos Sueño Dorado, que eran los afrodisiacos de mi época y con los cuales tuve tanto éxito con mi penúltima esposa, porque aún me guardo la esperanza de otro matrimonio, porque como dicen, «la tercera es la vencida», y esta vez será a voluntad propia.

No hay tesoro más divino e inmenso que la familia y con esta pandemia, tan mal centrada, tan mal llevada por la autoridad, se me ha hecho horrible la soledad. Tengo en mis manos el diario *La Estrella*, que no trae ninguna novedad, solo es el requisito que me pidió la moza que me enviara su fotografía para la primera cita.

Es una rubia estupenda, tipo germana con ojitos verdes pero me entra una inquietud, ¿será actual la fotografía o será alguna tomada en la época de las carrozas funerarias que transitaban por este lugar?... Tan desvencijado no estoy así que me reservo algún derecho a retractarme, como dicen en las tiendas del *retail*.

Allá la diviso venir en su autito verde, pero hago como que no me he dado cuenta, para no mostrarme ansioso o para que mi bloqueo pericardial adormecido, no se me vaya a despertar y la historia se trunque.

Mis ojos estaban viendo ese diario del puerto, de manera que yo seguía leyendo hasta que comenzó a llegar a mí, ese olor divino que antecede a la lluvia, ese olor a inquietud que es como el anticipo de una relación, inquietud y nada más que inquietud.

III

Cerré los ojos y de pronto un sabor tan femenino, más ansiado en el pensamiento que en el sexo, me rodeó como un satélite natural del amor.

Ese perfume femenino tan ansiado, se interponía entre las gotas incipientes de lluvia y mi curiosidad, de sentir a mi esperada dama de la cita, ese vaho tibio que me envolvería, era mi actual circunstancia.

En torno a mis mejillas y, después, cerca del precipicio de mis labios se posó delicadamente. Era ella, la amada desconocida de aquella cita a ciegas.

—Hola —me cantó con su voz dulce y bien entonada en mi hombro vacío solitario de historias pretéritas. Mi sístole se despertó, afinado a cuatro cuarenta, tono de orquesta y...

¡No puede ser, es joven blanquita, sin arrugas ni kilos de más!

—Soy Marlene —me dice.

Abrí mis ojos, extendí mis brazos y unos ojos verdes como el río Nilo, me anuncian que había llegado al paraíso, finalmente después de tantos años, esos ojos de promesa, me borraron la lluvia, me borraron el tiempo.

De la pandemia... ya ni me acuerdo, ahora sentados ambos contemplando la puesta de sol, la vida me da la última oportunidad.

Senén Cariaga de la Cuadra
Valparaíso, 71 años

Domingo, 28 junio

Un viejo más

Los médicos me indicaron caminar ocho cuadras diarias. La pandemia me sentó en una silla.

(...) Recordé haber leído una metáfora de «sentarse en la puerta para ver pasar el

cadáver del enemigo». Pero me lleva a pensar que no tenía ninguno y veo a diario a muchos pasar. Entonces pienso en el poema de Amado Nervo, *En paz*. Y su frase final: «Vida nada me debes... Vida estamos en paz». Así entiendo ese eterno equilibrio y que todo ser humano sueña y lucha.

(...) Cuando en una vitrina encontré este cuaderno, no dudé en adquirirlo y le quise dar en esta etapa de mi vida un lugar especial, además de que podría utilizarlo siempre que alguna noticia o hecho me hiciera registrarlo. Hoy utilizo la convocatoria para transmitir los momentos que voy atesorando.

Nunca supe las diferencias entre los géneros literarios y los subgéneros.

Mi amor por las matemáticas me fascinó. Encontrar a otros pares y brillantes relatores. Participar en charlas científicas y la posibilidad de conocer grandes trabajos, me alejó de la literatura.

Hoy la pandemia, se volvió solo números, estadísticas y registros. Esta matemática ha llenado de angustia y esperanza.

La tecnología nos introdujo en su mundo. El nacer a mediados del siglo pasado (1952) me hizo tener la suerte de que a mis ocho años, vi por primera vez tecnología, conocí el término «transistores»... El gran lujo era la «libertad» de llevar una radio al parque... Libertad que luego nos atraparía, nos haría dependientes y terminaría en su interior. Inframundo... Palabra terrible que conocí con mi nieto de 6 años, en sus juegos. De él, aprendí que podíamos a voluntad entrar y salir. Cruzar el umbral de lo tangible a lo intangible. A desdoblarnos y cuando terminábamos volvíamos a esta realidad y quedaba pensando en lo triste que era jugar en lo virtual y no a orillas de un arroyo, colocando un barco de papel y ver quién llegaba primero. Subir a un árbol o correr con un perro y ver si le podía ganar.

Todos los cambios no me gustan, este menos. En este mundo, sus personas lo hacen mal y cada vez más rápido.

Al sol le faltan 4.500 millones de años para apagarse... ¿Cuál será la prisa?

La economía

(...) Merecemos estar en mejor posición. Tenemos pocas tierras cultivables y las que había las construimos. El mejor valle lo pavimentamos completo y perdimos dos ríos.

Debemos trabajar más unidos.

Una sociedad de consumo, donde el comprar es la única forma de no estar triste. Qué nos pasó en el camino...

Qué pasó con las revoluciones en Chile, todas buscando el diálogo con las elites y nunca escucharon... Así nos pilló el momento actual... Nos paró el sistema y no sabemos

qué hacer... «Trabajadores independientes», se les llama a quienes venden en una vereda y que día a día salen a reunir algo para subsistir.....

Alguna vez en Chile se pensó en una Escuela de Artes y Oficios la cual se construyó y formó... Fueron otros tiempos.

Hoy volveremos a las fábricas; las industrias; a los servicios y al turismo. Y otras que se me escapan.

Cómo saldaremos al personal siempre mal remunerado de la salud... Habrán sido quienes gobernaron este barco en estas terribles aguas turbulentas, a costa de ellos y familia.

Les debemos más que la vida por su valentía, responsabilidad y amor.

Orlando Lazo
Antofagasta, 67 años

❁

Estoy angustiada, porque me he pesado y ya he subido casi cuatro kilos en todos estos meses, esto tal vez porque he dejado de caminar, no puedo ir a mi gimnasia a la casa de encuentro del adulto mayor, la ansiedad y el encierro descontrolan mi mente.

Pido a Dios y al universo que esta pandemia pase luego, y que todo vuelva a la normalidad, y así poder de nuevo encontrarnos, a tomarnos de la mano y abrazar a las personas que más quiero, que así sea.

Cristina Pino Muñoz
Viña del Mar, Valparaíso, 67 años

❁

(...) Lucho para ver todo lo positivo y bueno que tiene mi vida hoy. No paso hambre, tampoco frío, mi casa es cómoda. La relación con mi marido es buenísima; respeto y mucho amor.

Estamos en cuarentena aquí en Machalí, y nosotros hemos seguido todas las restricciones y reglas que se nos piden.

(...) Pero hemos sabido de amigos que sí están enfermos, y uno muy grave. Entonces suspiras y te das cuenta de que muchos están muriendo, muriendo, por un enemigo invisible que nos ataca y nos mata.

Vivimos el golpe de estado y también murieron muchos, pero al menos veíamos o sabíamos quiénes los mataban.

Vivimos el terremoto del 2010, muchos murieron, pero sabíamos que en un lapso de tiempo nos pondríamos de pie. Pero esto, esta incertidumbre te supera, porque ignoramos el tiempo y la solución. (...)

Olimpia Medina
Machalí, Metropolitana, 60 años

❁

(...) Me angustia saber que hay gente que no tiene dinero para comer, que no tiene trabajo. Me he puesto a pensar que esto no es real, que es producto de mi imaginación al ver una película futurista, que no hay oxígeno, que hay un virus, que tenemos que ponernos mascarillas para sobrevivir.

Berta Irene Haschke Pina
Viña del Mar, Valparaíso, 83 años

❁

Se me confunden los días y las horas... Trato de no pensar en lo que está sucediendo, por eso mismo no veo TV, ni quiero enterarme de nada, le hace mucho daño a las personas que estén contando cuántos muertos y contagiados hay... Hablo con mi hijo y le pregunto: ¿Cuándo terminará todo esto? Quiero pensar que esto es un sueño, del que quiero pronto despertar.

Me preocupan mucho los jóvenes y jefes y jefas de hogar, qué harán con su vida, sobre todo los que no tienen trabajo... Y los niños, están viviendo tiempos con cambios profundos, les tocará difícil... ¿O a lo mejor ellos nos verán diferentes a nosotros? Realmente estamos viviendo en incertidumbre...

Hay varias cosas positivas en todo esto, todo se soluciona por teléfono y por internet, ¡es fantástico! Estamos más en casa, ordenando y limpiando lugares abandonados, en

familia, conociéndonos más, dialogando, discutiendo, aprendiendo cosas nuevas que nos ofrece YouTube, la naturaleza se ha recuperado, hay menos *smog*, los ríos están caudalosos, tenemos tiempo para todo...

Ada Teorinda Acosta Campos
María Pinto, Metropolitana, 74 años

Lunes, 29 de junio

Otro día de vida, doy gracias por ello.

Me doy cuenta de que todo se estancó, que la vida avanza en tiempo, pero no en movimiento.

Solo se agolpan los recuerdos.

Con mi marido estamos tratando de armar un rompecabezas de 1.500 piezas, después yo me pongo a tejer y él se pone a pintar con acuarela.

Nosotros no tuvimos hijos, entonces solo esperamos llamadas de hermanos, sobrinos y amigos, pero pocas veces lo hacen.

(...) Hay un poema que me gusta mucho. Es de Mario Andrade, brasileño y se llama *Golosinas*.

Al final dice: «Tenemos dos vidas y la segunda comienza cuando te das cuenta de que solo tienes una».

Olimpia Medina
Machalí, Metropolitana, 60 años

❁

(...) Una de mis hijas vela por mí, me trae todo lo que necesito, tengo un yerno que es doctor y semanalmente viene a hacerme un examen, pero con la cuarentena se le hace más difícil. Ñuñoa ha pasado en cuarentena mucho tiempo y ya he perdido la cuenta del tiempo que llevo aquí en mi casa, pero como soy una persona autovalente, me las arreglo para seguir haciendo mis cosas (...).

A veces me deprimo un poco, pero yo misma me doy arengas para seguir viviendo. Me gusta entretenerme leyendo, haciendo sopas de letras, escuchando la radio María,

que es mi compañía. A la hora de almuerzo coloco la radio en la hora que dan folclor, lo que me alegra bastante y hasta deseos de bailar me dan. A veces me paro y trato hacer los pasos de cueca o un vals o también entono las letras porque me gusta cantar.

(...) En días pasados a través de radio María, nos avisaron que habría oración por todos los afectados por la pandemia. Esta oración duró una hora, rezamos por los fallecidos, por los que están luchando por vivir y en estado crítico, por los que están mejorando en casa de reposo y los que están respirando con pulmones inflables, etc. Cantamos, oramos, escuchamos testimonios de sacerdotes, monjas. Se puso exposición del Santísimo, al final un sacerdote obispo hizo la bendición con el Santísimo y luego rezamos todo lo que el sacerdote hace antes de sacar la hostia de la patena, por ejemplo: bendito sea Dios, bendito sea su santo nombre, etc. (...)

Ángela Enriqueta Bañados Yáñez
Ñuñoa, Metropolitana, 89 años

Ideas en tiempos de pandemia para fortalecer a futuro la salud mental y conductual de la sociedad chilena (el bien del todo es más importante que una parte del todo)

(...) La verdad es que me interesó escribir, no porque me sienta deprimido o con problemas, sino para expresar algunas ideas relativas al diario acontecer nacional, pues estimo que existen algunas conductas abiertas y de público conocimiento que, en la forma y fondo, afectan la salud mental, conductual y emocional de muchos adultos mayores y también de adultos jóvenes. (...)

1. Programas matinales y noticiarios de TV abierta nacional. Mi cónyuge, otros familiares y amistades prefieren no contaminarse ni ver matinales y noticieros de la televisión nacional, pues los deprime. (...)

- Salvo excepciones, generalmente casi todos los matinales y noticieros de TV tienden a entrevistar a diversos personeros que hacen críticas asociadas a la conducción de la pandemia, lo cual está bien cuando se trata de críticas constructivas u opinar con bases sólidas técnica y socioeconómicamente bien fundamentadas (...)

  En mi opinión, tanto los periodistas como algunos entrevistados, no son del todo amigables y objetivos con la situación que nos afecta a todos por igual. De hecho, en vez de preguntar o afirmar «Qué equivocaciones o errores se han cometido»,

¿no sería más prudente parafrasear palabras «cómo fortalecer, cómo mejorar, cómo robustecer tal o cual medida»?

- Otro ejemplo. Recuerdo tiempo atrás que, en un noticiero nocturno, la periodista entrevistaba a un médico preguntándole por el protocolo en caso de que hubiera dos pacientes graves y un solo ventilador. El médico replicó que existía un protocolo y un equipo técnico-médico para resolver *in situ* sobre dicha situación..., pero la periodista insistía en que el médico le revelara o insinuara a quién dejaría morir. (...)

  Estos ejemplos demuestran el morbo, indolencia y agresividad con que actúan algunos medios en pro de vender noticias, en que al lector o televidente le queda una sensación amarga que todo se ve negro —impactando en su salud mental y emocional— en vez de visualizar o percibir una luz de esperanza al final del túnel. (...)

2. Parlamento. Sucede algo similar a lo expuesto anteriormente. Entiendo perfectamente que todos tenemos diferentes puntos de vista, dogmas, formas de enfrentar la vida y la solución de problemas que afectan a un pueblo, pero no es menos cierto que existen ciertos «señores de ambos bandos» que se creen dueños de la verdad y que muchos de ellos a veces han emitido juicios que profesional y técnicamente me consta no es así..., pero en el afán de creerse dueños de la verdad y ganar votos en su entorno, aseveran expresiones de las cuales no están seguros o lisa y llanamente no saben.

Estas situaciones llevan al común de la gente a sentir incertidumbre y rechazo por los «honorables» que, sabemos, han sido elegidos democráticamente y que, hasta ahora, la única forma de gobernar y legislar buscando el bien común es la «democracia». (...)

3. Consejo Nacional de Televisión. Acaso a través de TV Educa y en televisión sbierta por cable y digital, el citado Consejo (CNTV) ¿no debería propiciar programas de cultura cívica, educación y convivencia, asociadas al bien común de la sociedad en el diario vivir de los chilenos, en temas tan simples como el saludo, conducta, respeto, urbanidad, deberes, ética, valores, medio ambiente, equidad, justicia, libertad, etc.? (...)

Ramón Maureira

Villa Alemana, Valparaíso, 69 años

(...) Y aún estamos perplejos: se buscan razones, el origen, formas de tratamiento, mientras los de la primera línea en salud trabajan poniendo todo su corazón en ello con sencillez, tan solo haciendo lo que mejor saben (...)

¿Tendré que contemplar a la inmigrante en la esquina y pagarle más de lo que espera para que lleve a su hijo un juguete y compartir una sonrisa con el adulto mayor que traspasa su soledad en la mirada para que la entibie?

Esto solucionaría parcialmente mi necesidad de caminar a tu lado Señor, pero queda lo más difícil: contagiar a otros, refundar una sociedad de valores, reconocernos iguales y caminar hacia Ti ayudándonos a cargar la cruz.

Es una utopía Señor, pero me encanta y viviré por ella. Porque ya lo dijo tan claro san Agustín: «Nos hiciste para Ti e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en Ti».

Verónica Núñez Fernández
La Florida, Metropolitana, 62 años

❁

(...) Esta pandemia quedará grabada en nuestras vidas como una película surrealista. Esto de tener que andar con mascarilla —que era algo impensado— y no poder saludar como antes, el temor acercarte a la gente, lo veo como un contacto tan frío. (...)

Tengo una sensación de inseguridad, tanto del presente como del futuro. Nada nos asegura que, en un supermercado, una micro, una farmacia o cualquier lugar donde transite gente, no nos contagiemos al más mínimo contacto.

Berta Irene Haschke Pina
Viña del Mar, Valparaíso, 83 años

❁

Hoy vino mi hermanito, estuvo un rato, conversamos de todo un poco, mi hermano en estas circunstancias ha sido mi apoyo, él está siempre preocupado por mí, a veces cuando ha salido me da miedo de que me pase algo y no tenga a quién acudir, con esta pandemia me puse más temerosa.

Alicia Contreras Bobadilla
Hualqui, Concepción, 76 años

A las 5 de la mañana empieza la lluvia muy fuerte, me despierto, comienza el viento, le temo al viento, me tapo los oídos, menos mal que pasa rápido, le pido a los «silfos» (elementales del aire) que soplen por sobre mi casa... Parece que me oyeron jajaja...

Trato de vivir solo el momento, me cuesta recordar lo que hice tal o cual día, se me confunde..., pero igual no tengo miedo, solo sé que debo hacer que cada día sea diferente.

Nos toca baile, nos enseña mi hijo que es profesor, bailamos rock and roll, es muy divertido y nos hace muy bien, quedamos bien cansados y listos para dormir...

Ada Teorinda Acosta Campos
María Pinto, Metropolitana, 74 años

Martes, 30 de junio

Lo que me entretiene es ver fotos familiares, de viajes y del tiempo en que trabajaba. Eso me tranquiliza. Selecciono algunas y las subo a Facebook o WhatsApp. Esto me ha permitido un reencuentro con compañeras de trabajo, además de un reconocimiento de mi labor como asistente social. Y por otra parte, el contacto permanente con la familia a través de estas redes.

Berta Irene Haschke Pina
Viña del Mar, Valparaíso, 83 años

Una ciudad en silencio

Después de largos meses sin llegar a mi loft en Valparaíso, me reencontré con mis mascotas: *Bobby Poddle*, *Luna Van Turca* y *Rucio Callejerito*, con mis cardenales que adornan la terraza y la fiel mamá-nana Luisa que me esperaba con todas las novedades de este puerto tan vapuleado y maltratado los últimos meses.

Ya se hablaba del coronavirus (covid-19) desde Magallanes hasta Santiago, se comentaba de un virus que ataca a los humanos en forma letal, que España e Italia sufrían las consecuencias con una alta mortandad de personas mayores, que provenía de China,

de los murciélagos, de un laboratorio secreto; en fin, todavía era muy lejano para nosotros situados en el fin de la tierra ya cayéndonos al mar.

Nada hacía presagiar lo que nos podía ocurrir. Valparaíso sufriendo los embates de su destrucción, los porteños lloraban su ciudad quemada, vandalizada, rayada con mil insultos que hasta daba vergüenza leerlos por la alta violencia que implicaban. Lloré ver el centro devastado, las farmacias quemadas, los supermercados desaparecidos, las tiendas donde el esfuerzo del dueño anciano atendiendo su clientela, yacían exterminadas y ese señor que llevaba sesenta años tras el mostrador estaba postrado de depresión. Lloré. (...)

Volvió el silencio de monasterio que tanto extrañaba y que atesoraba cuando escapaba de Santiago, ese silencio que calma con los ladridos de los perros, de gatos peleando en los techos, del pitazo del buque que se despide y del viento que de repente se levanta dejando claro su sonido ulular. Qué maravilloso eres Valparaíso cuando te reencuentras con tu esencia de puerto caótico pero mágico, desordenado patrimonio con mil historias de tu esencia bohemia, el encanto de pescadores, wanderinos, turistas, marineros y de tu propio pueblo porteño.

Las semanas se hicieron meses, nos acechaba la pandemia, ya tocaba la región, cayeron contagiados y la muerte comenzó a golpear las primeras puertas. Igual el centro bullía de movimiento, el comercio informal se hizo más presente, todavía no entraba el terror entre la vieja guardia porteña, total Valpo ha pasado otras pandemias graves en que ha muerto mucha gente; entre ellas la tuberculosis que extinguió la familia de mi madre que quedó de sobreviviente de aquella tragedia y me transmitió el hechizo de este puerto herido.

¡Y después de muchos vaivenes, decretaron la cuarentena obligatoria!

Ya no se podía salir de la casa, siendo el único tratamiento para evitar expandir la pandemia y acabar con la tortura de la espera. Pensé en ese momento de escapar, veía la bomba de tiempo de desacatar la orden del «Quédate en casa». Aproveché los permisos de paseo de mascotas y después de un mes bajé temerosa al centro, estacioné el auto y caminé; un sobrecogimiento me apretó el corazón, no había nadie, ni siquiera los perros que siempre me encontraba, solo los marinos fiscalizando. Guardo esa imagen en mi retina, la sensación de entrar a una ciudad en guerra y no ver nada, una ciudad en silencio y vacía. No lo podía creer y me alegré de sentir nuevamente a ese hombre y mujer porteños, respetuosos de su ciudad y de su autoridad, sencillos en su andar, solidarios con su gente, amando la familia y al Wanderers, sentirse orgulloso de vivir frente al Pacífico y en el puerto principal, don Pancho. (...)

Elsa Opazo Águila
Valparaíso, 66 años

Aunque no quiero, debo ir al médico, me asusta un poco, porque hay mucha gente y no se cuidan, en la clínica hay una entrada para los que tienen problemas respiratorios y los que no tienen problemas respiratorios, bueno tal como lo pensaba la gente no tiene cuidado, no guardan la distancia, y otros exageradamente cuidadosos cubriéndose con desinfectante hasta la cara jajaja, tengo temor de donde estoy, trato de no estar cerca de nadie, me echo alcohol gel a cada rato en las manos, me es incómodo el lugar... Las enfermeras conversan una cerquita de la otra, no tienen cuidado, como andamos todos con mascarilla no se entiende lo que hablamos, hay que repetir, qué gracioso..., pero me atendieron muy bien... Después de unas cuantas horas ya dejo ese lugar, aliviada...

Nos toca nuestra caminata al cerro, nos entrena nuestro hijo que es profesor de Educación Física y entrenador, ya hace varios días que hacemos esto, los primeros días veinte minutos, luego una hora hasta llegar a tres horas, todo en subida, me encantan esos paseos, vamos sin mascarilla, me siento libre y feliz, respirando ese aire tan puro... No hay gente, no hay con quien chocarse jajaja, solo nuestros tres perros y nosotros... Qué bien se siente acá arriba, dominamos todo el valle de María Pinto, hermoso, fabuloso... ¡Gracias Dios por tanta belleza¡

Ada Teorinda Acosta Campos
María Pinto, Metropolitana, 74 años

(...) Yo soy uno de los muchos privilegiados que, viniendo de una familia de clase media de padres que trabajaban como empleados del Estado, a partir de estudiar en un Liceo público, pudimos llegar a la educación superior y estudiar una carrera profesional en forma gratuita.

Y ahí, en este entorno universitario, se nos inculcó la idea de que, dado que el Estado nos financió nuestra formación profesional, teníamos un compromiso con aquellos que a través de sus impuestos, nos habían permitido ser los profesionales que ellos, como sociedad, necesitaban.

Y es así como muchos de nosotros ingresamos al servicio público, en diferentes áreas y en diferentes regiones de Chile. (...)

No solo estábamos conscientes de que estábamos devolviendo a la sociedad la oportunidad que se nos había dado. También sentíamos como propio este compromiso que tenía-

mos con aquellos, como nuestros padres y familias, compromiso que habíamos contraído desde el momento que ellos, con el trabajo que le habían entregado por muchos años al país, nos habían permitido ser los profesionales que éramos. (...)

El Chile de los cincuenta y sesenta ya no existe. El país solidario, el que educaba a sus hijos gratuitamente, el que le daba atención sanitaria de calidad a través del Servicio Nacional de Salud a toda la gente sin distinción de clase social, ejemplo de un sistema sanitario que fue copiado por países de Europa, ya no está más.

La solidaridad, el sentido de pertenencia a una clase, el saber que lo que le pasa a tu vecino es también tu preocupación, todo eso se perdió cuando, en un momento muy oscuro de la historia, este país fue obligado a cambiar. (...)

Se privatizaron servicios públicos. Se destruyó el sistema público de salud. Se expropiaron los fondos de pensiones, se transformó la educación en un bien de mercado. (...)

A partir de 1983 se comenzó a «farandulizar» el país. Una potente propaganda gubernamental, apoyada por una gran invasión de productos suntuarios de dudoso origen y de muy bajo costo, más la introducción de medios de pago como las tarjetas de crédito, que fueron ofrecidas al ciudadano como una forma de alcanzar el estatus de países como Estados Unidos, provocaron que los habitantes pensaran que, independientemente del hecho que ahora tenían que pagar por la educación de sus hijos, cosa natural en Estados Unidos, estábamos llegando al primer mundo. (...)

Después de diecisiete años de gobierno dictatorial, y con la incapacidad de los gobiernos posteriores, se destruyó la base solidaria de este país. La consigna hoy es que cada cual se rasca con sus propias uñas. (...)

Mi percepción es que, dada la cultura general que tenemos como ciudadanos de Chile, en la cual lo importante es tratar de salvarte solo y como puedas, la solidaridad social no es un sentimiento generalizado y, dado que las necesidades económicas del 60 por ciento de la ciudadanía no están aseguradas por la nula capacidad del gobierno de entender y dar una respuesta contundente y real a este problema, la posibilidad de que salgamos pronto de esta situación, lamentablemente, la veo lejana.

José Miguel Verscheure
Concón, Valparaíso, 70 años

(...) Los muertos por y a causa del covid-19 —a los que llaman fallecidos para suavizar el obituario diario— son cerca de nueve mil, aunque se niegan unos tres mil. Se esconden como si no fueran personas. Para ellos los muertos son datos que dan cuenta del fracaso de su estrategia de cuarentena de puertas abiertas. A esta altura siento que me enojo por lo que le han hecho a ellos, los muertos. Jóvenes, niños y viejos —para decirlo sin eufemismos— tienen familias que les aman y que compartieron sueños de vida. Ellos rieron, jugaron, crecieron, lloraron y amaron. Ellos y nosotros no somos números. No me quiero ver en esa estadística, registrada como adulto mayor tratado compasivamente. Antes de que eso ocurra, presentaré un recurso de amparo para defender mi derecho a recibir las prestaciones de salud que correspondan al diagnóstico de modo eficaz y oportuno. Si los viejos debemos enfrentarnos al covid-19, siento que debemos hacerlo luchando con dignidad por nuestras vidas. (...)

Patricia Morgan Cano
Coquimbo, 69 años

Índice onomástico

Acosta Campos, Ada 578, 579, 585, 589, 591
Acuña P., Rina 81, 84, 95, 111
Acuña, Lila 248, 337, 359
Aedo Pasmiño, Antonio 489
Aguilera Hidalgo, Julio 429, 452, 500, 556
Agurto Barrera, Betty 209, 301, 346
Alderete Kovacic, Roberto 422
Almarza, Ángeles 118, 270, 425
Alvares Romero, Iris 567
Álvarez Oyarzún, Elsa 386
Allende Guajardo, Luis 491
Allendes Villalón, Silvia 548. 551
Amigo Santander, Gloria 25, 41
Aracena A., Betty 284, 297, 311
Arancibia Castillo, Liliana 568
Arancibia Jerias, Juan 252, 299, 507, 532
Arancibia Riquelme, Sonia 60, 61, 65, 94
Araya Pérez, Patricia 567
Araya Rojas, Georgina 325
Arcaya Estay, Juan 465
Arcos Jara, Rubén 327
Ardiles, Ana 565
Aros López, Mónica 333, 487
Astete Ansuaréna, Jeanine 216
Astete Ansuaréna, Marie 277
Astorga López, Nelly 547
Atria Rosselot, Jaime 447, 477, 489, 502
Avendaño Rojas, Roberto 361, 377
Avendaño Triviño, Leticia 167, 207, 522
Avilés, María Eugenia 114, 140, 163
Awad Wehbi, Zulema 518, 531, 539
Azócar, Myriam 268, 326, 415

Badilla Badilla, Teorinda 462, 482
Bänz Canales, Yorka 329, 345
Bañados Yáñez, Ángela 586
Barra, Cecilia de la 236
Barreda Céspedes, Ema 42, 220
Barrera Godoy, Mónica 523
Barría Cataldo, Lupe 27, 44, 51, 156, 162, 251
Barriga, Isabel 246
Barros Lezaeta, Luis 134, 214
Bastías Jaimes, Ana 481, 497, 507, 534
Becerra Fuentes, Ernen 294, 318
Bell Jaras, Ana 264
Bello Pardo, Juan 145, 241, 261, 292
Benavente Kunz, María Angélica 120, 332, 564
Benner, María Luisa 254, 363, 482
Berenice 543
Betancourt, Renard 115, 239
Bórquez Núñez, Víctor 493
Bown Fernández, Guillermo 381
Bragazzi Falcón, Juana 341
Brito Vásquez, Lucrecia 426, 505
Browne Escobar, Allan 168
Burgos Coderch, María Eugenia 348
Burgos Sierra, Miguel 189
Bustamante Saavedra, Margarita 466

Bustos Lacourt, Dominga 385
Bustos Zavala, Marta 145, 453, 573

Cabrera Salinas, Ana Magdalena 299, 313, 329, 343, 416
Cabrera Vargas, Víctor 156
Caiceo Alfaro, Fernando 262
Calderón Muñoz, Jaime 519
Calderón Ramírez, Mary-Cruz 180
Calderón, Nelly 176
Camacho Valda, Carmen 228, 247
Camacho Valda, Patricia 201, 295
Campo Díaz, Rosa del 435, 450, 460, 506, 512
Campos Lenoir, Ana María 331, 345, 362, 382, 407
Cañete, Carmen 257
Capurro Razeto, Aida 458
Cariaga de la Cuadra, Senén 581
Carrasco B., Oriana 378, 402, 414
Carrasco Berríos, Carmen 328, 506
Carrasco Moreno, Norma 415, 426, 495
Carrera Núñez, José 320
Carvajal, Froilina 28, 66, 139, 527
Castillo Prado, Ramiro 260, 276
Castro Gómez, Juan 298, 313
Castro Rodríguez, Olivia 556
Castro Torrealba, Mario 197, 205, 229, 282, 311
Castro Vargas, Vicente 435, 477, 504
Castro, Cecilia 315, 329, 428, 437
Caupolicán Flores, Aliro 509, 518
Celis Morales, Mónica 26, 38, 85, 90, 104, 159, 300, 515
Cepeda, Silvia 465
Ceriani Gallardo, Verónica 94
Cifuentes Cifuentes, Ximena 469
Collad, Pilar 233
Contardo Valdivieso, Felipe 541
Contreras Batarce, Moraima 217, 246, 266, 280, 323
Contreras Bobadilla, Alicia 558, 588
Contreras Puelma, Julia 225
Contreras Vargas, Fernando 452
Corrial Peña, María Angélica 51, 57, 144
Cortés Arancibia, Eduardo 436
Cortez Ibaceta, René 545
Cortez, Rosa 384, 464, 537
Crespo Aguirre, Marcela 139, 158, 169
Crespo Jaque, Margarita 529
Cruz López Llana, Omar de la 30, 89, 109
Cruzat A., Ximena 373
Cuscó y García, José 32, 50
Chacón Gutiérrez, Clemencia 510

Delgado Briones, Sonia 332, 395, 430, 486, 559
Delgado, Blanca 270, 314
Díaz Carrasco, Patricio 56, 79, 464
Díaz Díaz, Jessica 540
Díaz Valenzuela, Ernesto 292

Echeverría Silva, Patricia 17, 97, 107
Egaña Pizarro, Nilda 75, 86, 134
Escala, Verónica 92, 147, 258, 288
Escobar Iturra, David 62, 174
Espindola Morales, René 475
Espinosa Cavada, Juan 209
Espinoza Baeza, Cristina 99, 106, 120, 133, 173, 408
Espinoza Castillo, Francisca 565
Esquivel Cari, Olga Silvia 231
Fernández Cruz, Marysia 562
Figueroa Tagle, Leonardo 64, 141, 161, 258, 272
Figueroa, Paz 527
Flores Amengual, Blanca 392, 405
Foncea Muñoz, Lucía 394, 406, 417, 450, 461, 512, 534

Fontecilla Núñez, Nadia 289
Franco, Catalina 515
Fuente A., José Alberto de la 405
Fuente Núñez, Rubén de la 53
Fuentes Aranda, Julia 131, 512
Fuentes Solorza, Gladys 440, 461

Gaete Vargas, Margarita 28, 34, 55, 76, 234
Gálvez, Grecia 485, 508, 516
Gallardo Seguel, Alejandrina 308, 323, 389
García Astudillo, Violeta 171, 226, 278
García Verdejo, Josefina 178, 192, 217, 249, 267, 310
García Verdejo, María Inés 162, 328, 342, 447
Garrido Andrades, Julio 269, 297, 312
Garrido Salazar, Cristina 427
Ginés Ortega, Jesús 78, 106
Girgulsky Echtermeier, Susana 456
Glavich Rojas, María Angélica 439
Godoy Estay, Alicia 564
Godoy Valenzuela, María Demetria 182
Gómez Gilberto, Amelia 256
Gómez Vignes, Félix 506
González Landeros, Nidia 61, 121, 139, 463, 535
González Larsen, Elsa 48, 83, 121, 133, 175
González Pereira, María Soledad 531
González Santibáñez, Ramón 119
González Ulloa, Marcelo 238
González, César 186
Gray Aguirre, Carlos 296, 378
Grijalba Vergara, Walter 196
Guerra Cabello, Isabel 193
Guerra Nieto, Medalia 479
Guerra Rojas, Uberlinda 577
Gundermann Ruckert, Clara 190, 203, 267, 337
Gutiérrez Badilla, María Magdalena 33, 82, 138
Guzmán Pérez, Nélida 179, 192

Haltenhoff Harris, Patricia 570, 573, 575
Haschke Pina, Berta 571, 574, 578, 584, 588, 589
Heller Gutiérrez, Viviana 22, 25, 451
Henríquez Miranda, Ema 248, 309
Hernández Garros, Susana 200, 213, 223
Herrera González, Juan 300, 315, 382, 406, 416, 480, 525
Herrera Rivera, Daisy 180, 403
Herrera Vargas, Carmen 132, 162, 394, 481
Hidalgo Klippgen, Edelberto 369
Hoyl Rojas, María Pía 476
Huaquín Mora, Laura 243, 307, 335
Huerta Bugueño, Elba 528
Huilipan Ladino, Galvarino 432

Jara González, Adriana 38, 61, 90
Jerias Pérez, Esperanza 380
Jiménez de la Jara, Marcela 59, 560
Jiménez Rodríguez, Patricia 165, 558
Johannes Muñoz, Alejandro 39
Josefina Romero, Mabelis 550, 557, 574, 576

Klenner Ferrada, Carmen 250, 311, 324, 342
KUN, 93, 96, 101, 244

Landman Navarro, Cecilia 128, 137, 143, 145, 146
Langer Moreno, Ernesto 105, 113
Larenas Hillerns, Nicolás 190, 203, 265
Larraguibel Lazo, Catalina 109, 35, 47, 49, 57, 63, 73, 84
Lazo, Orlando 583
Leiva Flores, Alicia 409, 419, 463, 498
Leiva Silva, Marianela 225, 242, 277
León Escobar, Francisco Javier 219, 272,

527, 543
León Monterrey, Lucía 200, 213, 240, 259
León Vergara, Amelia 116, 191, 204, 400
Leyton, Carmen 194, 229
Lillo, Osvaldo 321
Lineros Alarcón, Cecilia 266, 280, 308, 322
Lobos Díaz, Aliro 355
Lohan, Borgis 234, 287, 332, 538, 555
López, Verónica 58, 85, 110
Lorca Aguilar, Mario 306
Lorca Zapata, Juan 372, 390, 398
Loyola López, Rosa 357, 367
Lucero Rambaldy, Norma 494
Luna Lagos, Maruja 288, 317

Maldavsky Kischinevzky, Reina 354
Mancilla Oyarzún, Graciela 429, 441
Margaño Torrente, Beatriz 100, 87
Marilao Pizarro, Héctor 472
Martínez Bustamante, Dora 324, 375, 402
Martínez Godoy, Verónica 164, 368
Martínez Mercade, Aide 215, 241
Maureira, Ramón 587
Mauriera Lagos, María Cristina 445
Medina, Olimpia 584, 585
Medrano Zambrano, Luis 579
Mella Barría, Francisco 524
Mendoza Peña, Eliana 29, 197, 207
Meneses Cortés, Elba 66, 75, 79, 83, 112, 135
Mera Figueroa, Marta 209, 234, 287, 316, 428, 508
Merillan Bustos, Iris 33, 89, 116, 143
Merino Espinoza, Julia 417
Millán Massa, Marcela 449
Millones, Sergio 367
Miranda Martin, Ana María 178, 191, 228, 412
Miranda Vásquez, Graciela 208, 218, 253, 330
Möller Rodríguez, Gladys 322
Monardes Skinner, Gabriela 467
Montenegro, Violeta 202
Montero Martínez, Paulina 302
Montero Ortiz, Virgilio 374, 390
Montt Letelier, Carmen 409
Moraga Cabrera, Irma 18, 21
Morales Osses, Angélica 316, 395, 429, 453, 501, 547
Morales Segovia, María Alicia 19, 31, 35, 176
Moreno Farías, Patricio 31, 91
Morgan Cano, Patricia 29, 47, 98, 593
Moris Sandoval, María Eugenia 132, 138, 232, 343
Moya Carvajal, Víctor 26, 197, 443
Muñoz Vega, Enrique 446, 473

Naranjo Arcaya, Laura 98, 163, 277, 303
Negrón Ojeda, Betty 494
Neira Pino, Isaura 291
Neumann Flores, María Isabel 358, 411
Norero Valenzuela, Renato 522
Núñez Fernández, Verónica 453, 466, 588
Núñez Lozano, Antonieta 413
Núñez Oyarce, Lidia 340

Ojeda Bustamante, María Elena 498
Ojeda Bustamante, María Leticia 537, 543
Olguín Muñoz, María Elena 46, 86, 509
Olivares Abarzúa, Erika 65, 343, 449
Olivares Castillo, Carmen 126, 130, 227, 264
Olivares Fernández, Violeta 371, 388
Olivares Michea, Hilda 112, 120, 146, 173, 524
Olivares Moreno, Reinaldo 540
Olivares Ojeda, Javier 254, 271, 286, 316
Olivares Olivares, Lidia 486
Olivares Olivares, María Luz 486
Olivares, Helvecia 465

Olivares, Josefina 567
Olivares, Osorio 40, 45, 75, 99, 183, 320
Opazo Águila, Elsa 590
Órdenes Godoy, César 211
Ordenes Villarroel, Silvia 554
Orellana Orellana, Omar 255
Ortega Ramírez, José Manuel 40, 77, 82, 125, 159, 173
Osorio Barrera, Norma 380
Ossandón Bustamante, Guillermo 366
Osses Ross, Claudio 379, 391, 403, 415, 424
Oyarzún Gaymer, Cecilia 500

Páez Olivares, Andrés 561
Palacio, María Ester 300
Parada Noel, Celia 36, 76
Parra Molina, Guisela 362, 393
Pedreros Quiroga, Rubén 18, 22, 37, 45, 50, 52
Peñafiel López, Ricardo 206
Peralta Andrade, Eliana 56, 83 121, 401, 544
Pérez, Helen 470
Perocarpi Aravena, Casimiro 552
Pfeiffer Lück, Horst 168, 183, 501
Pino Muñoz, Cristina 95, 159, 556, 570, 583
Pino Pizarro, Alfonso 177, 189, 202, 216, 242, 279, 307, 335, 355
Pinto Leiva, Patricio 181, 217, 232, 253, 270, 286
Piña, Francisco 460, 480, 495
Placencia Parra, María Julia 81
Pontigo Ampuero, Evelina 404, 425, 478
Portales Coya, Patricio 36, 48, 372, 396
Pradenas Hernández, Cristina 172
Prado Moreno, Pedro 68

Quezada Martínez, Maribel 284, 314, 383, 394, 451, 483
Quijada Flores, Lucy 260
Quiroz Yáñez, Héctor 286, 480, 525

Ramírez Bravo, Ximena 455
Ramírez Paredes, Estrella 21, 158, 235
Ramírez Rivera, Verónica 160, 165
Ramírez Rodríguez, Carlina 436
Ramírez Savoy, Violeta 111, 166
Ramos Guerra, Lautaro 17, 46, 74, 78
Regular, Claudio 335, 74
Rengifo Lira, Eugenio 371, 396
Reyes Morales, Ana María 301, 364
Reyes Riquelme, Luisa 231
Ríos Vera, Juana Odette 315, 437, 525
Rioseco García, Marilú 35, 59, 82, 96, 109, 115, 117, 135, 152, 161, 336,
Riquelme, Esmirna 523
Rivera Bilbao, Emma 536
Rodríguez Cáceres, Elisa 33, 37, 44, 60, 103, 105, 107, 131
Rodríguez Flores, Marcela 434
Rodríguez González, Reginaldo 484, 541
Rojas Messina, Clara 419, 535, 542
Rojas Oyarce, Elizabeth 408, 441, 473, 515
Rojas Reyes, Rita 318, 365
Rojo, Luz María 419
Romero, María Isabel 511
Rubio Orellana, Omar 129, 144, 158, 518, 552, 569
Ruiz Bórquez, Nelson 211
Ruiz Hidalgo, Julia 252, 285
Ruiz Pacheco, Abel 205, 268, 340, 376
Ruz Laferte, Jorge 400

Saavedra Escobar, Ana 249, 310
Sáez, Margarita 55, 90, 97, 182
Saldivia Péndola, Enrique 339
Salgado Montoya, Mauricio 240, 224, 276
Salinas Jazme, Elba 407, 418, 439, 461, 508
Salinas, María Angélica 416, 450, 533
Sánchez C., Pato 563

Sánchez González, Mauricio 27, 32, 149, 358
Sánchez Vásquez, Marión 28, 34, 66, 117, 157, 167
Sandoval Donoso, Edith 565
Sandoval, Uberlinda 568
Santana Burgos, Ana María 275
Santíz Téllez, Raúl 149, 187
Santo, Emilia del 199
Seguel Seguel, Patricio 433
Sepúlveda Cerda, Mariana 263, 279, 295
Sepúlveda Cuevas, Víctor 550
Sepúlveda Jofré, Claudio 152
Sepúlveda Muñoz, Erika 43, 49 127, 153
Serrano Olguín, César 375, 401, 444
Severino Navarro, Manuel 222
Soledad 88
Soto Benavides, Doris 137
Soto Retamal, Carmen 54
Soto Riquelme, Ángela 251, 285, 361, 379, 392
Squella Narducci, Fernando 97, 157, 497

Taj Taj V., Sonia 23, 118, 129
Tamayo Jara, Margarita 443
Tapia González, Carlos 570, 571, 574
Tapia Lucero, Silvia 157, 283, 326
Tapia Miranda, Gladys 309, 323, 337, 359
Tapia Robledo, Julia 568
Toledo Pereira, Mónica 23, 45
Toro Briones, Guillermo 274
Toro J., Cristina 424, 432
Toro Leiva, Luzmira 363, 382, 408, 418
Torres, Nancy 452
Tortolero, Ruth 108
Trincado, Óscar 514

Vaccarezza, Domingo 504
Valdebenito Leiva, Luis 142
Valdivia Veliz, Carmen 485
Valdivia, César 452
Valencia, Orlinda 387
Valenzuela Fuenzalida, Álvaro 170
Valenzuela, Mariana 128
Vargas Figueroa, Marcela 393
Vargas Pastén, María Eugenia 148
Vargas Vargas, Clarisa 22
Vásquez Rojas, María Angélica 479
Veloso Jofré, Gonzalo 420
Vera Aravena, Mario 57, 59, 79, 117, 194, 295, 391, 414, 444, 457
Vera Castro, Marion 500, 518, 530, 538, 547, 550, 552
Verdugo Pérez, Teresa 162, 177, 246
Vergara Benvenuto, Nancy 496
Vergara Cepeda, Dayne 383, 398, 428, 440
Verscheure, José Miguel 592
Via Iribarren, Laurentina 459
Villalobos Courtin, Rebeca 34, 99, 364, 530
Villarreal, Julio 49, 130, 95, 569
Vistoso Navarrete, María Eugenia 207
Volpone Valdés, Luz 181
Vrais, Scarol 359, 391

Walker, Patricio 212
Wiener Levy, Susana 143, 161, 190, 244, 336, 370
«Yeya», Edith 442, 532
Yobánolo Vilches, Gloria 19, 42, 64, 74, 76, 77, 84, 92, 115, 125, 153, 201
Zamora Ibarra, Heidy 271, 331
Zamorano Núñez, Roberto 397, 410
Zelada Muñoz, Sara 24, 247
Zelje 103
Zurita Vargas, Ivonne 282

C O L O F Ó N

Diario íntimo de Chile. Letras mayores en tiempos de pandemia ha sido publicado por la Editorial UV en colaboración con Gerópolis. En el interior se usaron las fuentes Walbaum MTStd (regular, italic y medium) Bodoni Std (bold y book), Bodoni Ornaments y BauerBodoni Std Bold. Este libro digital se terminó de editar el día diecisiete de noviembre del 2020.

«PORQUE ESCRIBÍ **ESTOY VIVO**»

Enrique Lihn

9 789562 142212